

Arna Golán
(compiladora)

CUENTOS CONTEMPORÁNEOS DE ISRAEL



El Colegio de México

**CUENTOS CONTEMPORÁNEOS
DE ISRAEL**

CENTRO DE ESTUDIOS DE ASIA Y ÁFRICA

CUENTOS CONTEMPORÁNEOS DE ISRAEL

Arna Golán
compiladora



EL COLEGIO DE MÉXICO

Publicación de este libro fue auspiciada por:

Instituto para la Traducción de Literatura Hebrea, Israel.

Instituto Cultural Mexicano Israelí.

Fondo Cultural Pauline Kovalsky, México.

Asociación Mexicana de Amigos de la Universidad Hebrea.

Isaac y Raquel Marcovich , Moisés y Myriam Gitlin en memoria de sus padres Erujim y Bella Gitlin.

Los derechos de los cuentos en hebreo pertenecen a los siguientes autores: S. Izhár, Moshé Shamir, Aharón Megued, Janój Bartóv, Binyamín Tamúz, David Shajar, Itzják Oren, Itzják Orpáz-Averbuj, Pinjás Sadé, Abraham B. Yehoshúa, Aharón Apelfeld, Amalia Cahana-Carmón, Shulamit Hareven, Shulamit Lapíd, Amnón Shamósh.

Los derechos del cuento de Itzják Ben-Ner pertenecen a la editorial Am-Ovéd, Tel Aviv; los de Amos Oz, a Debora Owen, y los de Shammai Golán, a la editorial Hakibútz Hameujád, Tel Aviv.

Ilustración de la portada: Vista de la ciudad vieja desde la iglesia franciscana Dominus fleuit. Tomada del libro *Jerusalem, una ciudad renacida* de Yael Guiladí, Keter Publishing House, Jerusalem, 1980.

Primera edición en español, 1988

D.R. © El Colegio de México

Camino al Ajusco 20

Pedregal de Santa Teresa

10740 México, D.F.

ISBN 968-12-0396-8

Impreso en México-*Printed in Mexico*

ÍNDICE

PREÁMBULO	7
INTRODUCCIÓN	11
CON SUS PROPIAS MANOS, <i>Moshé Shamir</i>	33
LLANTO, <i>Aharón Megued</i>	53
DOBRIN, EL HOMBRE, <i>Janój Bartóv</i>	63
HABAKUK, <i>S. Izhár</i>	83
HORIZONTE, <i>Binyamín Tamúz</i>	107
EL MONUMENTO A LA RESURRECCIÓN, <i>Itzják Oren</i>	115
LA HISTORIA DE UNA LUCIÉRNAGA, <i>Pinjás Sadé</i>	133
EL ADIVINO, <i>David Shajar</i>	143
EL PASEO VESPERTINO DE YATIR, <i>Abraham B. Yehoshúa</i>	157
LAS TIERRAS DEL CHACAL, <i>Amos Oz</i>	181
NEIMA SASÓN ESCRIBE VERSOS, <i>Amalia Cahana-Carmón</i>	197
LA CALLE DE TOMOZHENA, <i>Itzják Orpáz-Averbuj</i>	213
LA CAZA, <i>Aharón Apelfeld</i>	231
LA DESAPARICIÓN DEL PADRE, <i>Shammai Golán</i>	241
DIECIOCHO MESES, <i>Itzják Ben-Ner</i>	263
LAS MANOS DE SINWANI, <i>Shulamit Lapid</i>	287
SOLEDAD, <i>Shulamit Hareven</i>	303
LAS LECCIONES DE NAÍM, <i>Amnón Shamósh</i>	323

PREÁMBULO

Esta antología del cuento israelí, traducida al español, intenta presentar un panorama amplio y representativo de la narrativa creada en Israel desde la fundación del Estado hasta los años ochenta. Obviamente, no es posible agotar la riqueza del cuento israelí en este marco, pero sí mostrar algunos ejemplos de lo que se ha desarrollado en el transcurso de estos años, en los que el pueblo judío logró realizar su antiguo sueño de volver a su patria ancestral con el objetivo de renovar su vida nacional y cultural. Esta época ha sido decisiva en la vida de Israel, época llena de esperanzas, promesas, construcción y esfuerzos destinados a mantener la independencia nacional, así como guerras, dolor, dudas y vacilaciones. Todo esto se ha reflejado en la creación literaria, la cual presentamos al lector de habla hispana.

Posiblemente, la narrativa israelí es una creación dinámica ya que se encuentra frecuentemente en un proceso de cambio que emana de una sensibilidad profunda hacia los acontecimientos nacionales y sociales, de un anhelo por mejorar la realidad y por cumplir con los valores morales, sociales y nacionales, a pesar de las guerras y del estado de sitio permanente, así como de una reflexión constante acerca de la literatura misma, sobre sus instrumentos y su forma de expresión, que surge del anhelo por llegar al significado de la existencia israelí, y también al significado universal de la vida del hombre.

Los cuentos presentados en esta antología representan la creación de 18 escritores centrales en la narrativa israelí —desafortunadamente no fue posible incluir en este marco creaciones de otros escritores importantes— y fueron elegidos con dos criterios principales. El primero, es la presentación de la dinámica literaria, aquella que se revela en cambios constantes de géneros dentro del sistema literario israelí. Acorde con este criterio se eligieron, algunas veces, los primeros cuentos de algunos narradores, a pesar de que más tarde se desarrolla su creación en otras direcciones, ya que estos produjeron o expresaron, en el momento de su aparición, un cambio literario importante, mientras que de las creaciones de otros escritores se presentan cuentos posteriores, ya que éstos

atestiguan acerca de fenómenos centrales en años posteriores. De esta manera se crea una secuencia de cuentos, de los cuales el lector puede recibir una noción acerca del desarrollo de la narrativa israelí de aproximadamente 40 años.

El segundo criterio es el “reflejo” de la realidad en la narrativa israelí. En cierta medida, la realidad se refleja en todos los cuentos, e incluso, más o menos con un orden cronológico. No obstante, la relación entre la ficción y la realidad se descubre como algo más complejo. En este sentido, la realidad se refleja en distintos materiales tomados de ella misma —como acontecimientos históricos, diferentes tipos de vida en la ciudad, en el campo y en el kibutz, costumbres observadas en diferentes comunidades, diferentes niveles sociales e ideológicos, difundidos en épocas específicas—, los cuales sirven como trasfondo de diferentes cuentos (aunque existen algunos de ellos que ignoran intencionalmente la realidad israelí concreta o que se transportan a la realidad judía en Europa). Empero, no es éste el diseño de una “realidad existente”, ya que es la reorganización de los materiales tomados de la realidad, algunas veces con cambios, o de materiales que al parecer fueron tomados de la realidad, para así poder expresar a su manera, una vez organizados en una nueva estructura, alguna concepción del mundo. Algunas veces, ésta es una concepción social e incluso ideológica que hace referencia a una sociedad y un tiempo concretos y otras veces es psicológica-existencial que se refiere a la misma existencia del hombre en un marco social y en otras ocasiones, es existencialista-abstracta pues trata la esencia de la existencia humana en el mundo, más allá de un lugar o tiempo definidos. Es por esto que se puede declarar que más que la realidad reflejada en esta narrativa se transmite con ésta una interpretación formulada por diferentes escritores y esta interpretación se establece acorde con el mundo del escritor, su concepción de éste y su dolor, su reacción ante fenómenos que suceden en la realidad y su anhelo por mejorarla y superar al individuo.

Esta interpretación-reacción se encuentra siempre viva, despierta y es dolorosa. El escritor israelí vive en un país pequeño, con una población de unos cuatro millones de habitantes, un país que se encuentra rodeado de enemigos y el cual atraviesa por cambios sociales y nacionales vertiginosos. Debido a esto, cada uno lleva dentro la responsabilidad de lo que acontezca y toma parte activa en la vida del país. El escritor, así como el resto de los ciudadanos del país, presta su servicio militar obligatorio y posteriormente forma parte de las reservas —algunos escritores fueron miembros de movimientos de resistencia en la época del mandato británico y tomaron parte en la guerra de Independencia—; por lo tanto, es un socio activo en el sistema social, en el kibutz o en las organizaciones sociales, políticas e ideológicas. Se cuentan entre los intelectuales involucrados en la vida del pueblo, primeros en enfrentarse con los problemas sociales y nacionales, con la crítica, en formular dudas y exigencias, así como primeros en el delineamiento de nuevos horizontes. Así pues, no es para admirarse que campos centrales de la realidad israelí se reflejen en los cuentos y que de la sensibilidad de los escritores se eleve la tendencia

a iluminar justo los defectos, lo doloroso, para así expresarlo y con esto llegar a un cambio positivo.

Es por lo anterior que, antes de cada cuento, se presenta la biografía del escritor por medio de la cual se pueden apreciar sucesos históricos dentro de los cuales se consolidó la personalidad del autor, así como sus obras. Asimismo, se presenta en la biografía una corta descripción de su creación literaria, sus temas y la aceptación que obtuvo ante la crítica y el público lector, para así poder comprender el cuento dentro del marco de la creación de cada uno de los escritores.

Es un grato deber, un deber de júbilo y honor, el agradecer a todos aquellos que respondieron con gran entusiasmo y apoyaron la preparación de esta antología, así como su publicación. Doy las gracias a la Asociación Mexicana de Amigos de la Universidad Hebrea de Jerusalem, que por su apoyo e impulso y sus grandes esfuerzos realizados sigue el acercamiento entre El Colegio de México y la Universidad Hebrea de Jerusalem. Igualmente, no cabe duda que la preparación de esta antología no hubiera sido posible sin la valiosa ayuda del Instituto para la Traducción de Literatura Hebrea en Israel, que se encargó de la difícil tarea de traducir la mitad de los cuentos presentados aquí y todo esto en corto plazo y con un alto nivel. Agradezco mucho al Instituto Cultural Mexicano Israelí que apoyó la publicación de esta antología con entusiasmo, aspirando a profundizar el intercambio cultural entre estas dos naciones, así como al Fondo Cultural Pauline Kovalsky pues gracias a su apoyo fue posible la traducción de la introducción y de las biografías, y me alentaron en esta tarea y apoyaron esta publicación. Agradezco también a las familias Gitlin y Marcovich.

Gracias de todo corazón a El Colegio de México y a su Centro de Estudios de Asia y África, en el que tengo el honor de ser profesora visitante y la satisfacción de gozar del amplio criterio y gran corazón de sus profesores; gracias a su iniciativa fue posible la publicación de este libro. A todos les agradezco mucho. Espero que este libro establezca un puente más que relacione a los dos pueblos, el mexicano y el israelí, ampliando el mutuo conocimiento de sus culturas, tanto antiguas como modernas.

Arna Golán
El Colegio de México
La Universidad Hebrea de
Jerusalem

INTRODUCCIÓN

EL CUENTO ISRAELÍ: ¿UN REFLEJO DE LA SOCIEDAD?

La narrativa israelí, aquella que fue escrita a partir de los años cuarenta por los nacidos o educados desde jóvenes en el país, se creó dentro de las tormentas de la historia judía: en una época decisiva debido a los dramáticos acontecimientos nacionales, al Holocausto, por un lado, a la fundación del Estado por el otro, a la luz de una visión nacional-revolucionaria, así como al esfuerzo y al sufrimiento de su realización. Es por esto que, aun cuando sus creadores desean librarse de la carga del drama histórico y encerrarse en el mundo privado del individuo, no logran hacerlo. Los ecos del tiempo nacional continúan resonando en su creación. El drama de la narrativa israelí es por lo tanto, el esfuerzo creativo por transformar los ecos de la historia en creaciones literarias.

Sus primeros escritores, aquellos denominados “La generación de la guerra de Independencia” (o la guerra de la Liberación), nacidos a fines de la primera guerra mundial o en los años veinte, poseen rasgos biográficos en común, y son testigos de acontecimientos decisivos en la historia del pueblo judío. Su educación tuvo como objetivo la realización de la gran visión nacional: transformar, por medio de una revolución, la vida del pueblo; retornar a la tierra ancestral después de un largo exilio para renovar en ésta la vida nacional, la cultura y la lengua hebreas, así como modificar la existencia del hombre judío por medio del retorno a la tierra y a la naturaleza, constituyendo una sociedad nueva y justa. La Declaración de Balfour, el mandato británico, la colonización judía en Israel, el desarrollo del conflicto árabe-israelí, la incorporación a organizaciones clandestinas contra el gobierno británico, el establecimiento del kibutzim, la salvación de sobrevivientes del Holocausto y por encima de todo, la fundación del Estado de Israel (1948) y la guerra de Independencia, todos estos acontecimientos formaron su mundo vivencial e ideológico. Más aún, siendo portadores de una misión, realizan por sí mismos los deberes nacionales y cumplen con las esperanzas de sus padres: ser la primera generación perteneciente al renacimiento nacional, “tzabarim” (nacidos

en Israel) que son pioneros, agricultores y combatientes, realizadores de los valores judíos ancestrales dentro de un nuevo sistema de valores nacionales, para constituir una nueva sociedad sionista, socialista y democrática.

Con el establecimiento del Estado, participan en la absorción de sobrevivientes del Holocausto y de los refugiados de Asia y África, así como en la institución de un sistema social, político, cultural y defensivo. Sin embargo, después de la fundación del Estado se enfrentan a la transición de una sociedad pionera, idealista y voluntarista, poseedora de un espíritu de sacrificio y compañerismo, a un Estado que se encuentra en proceso de establecimiento y a una sociedad en la cual afloran manifestaciones de diferencias sociales y culturales. Más aún, la esperanza de paz con los países árabes se va desvaneciendo y la realidad no se asemeja al gran sueño. La dura y dolorosa realización del ideal provoca una crisis ideológica y espiritual la cual se ve reflejada en su creación literaria.

La participación activa en los hechos históricos, a los cuales la sociedad adjudica un valor supremo, lleva consigo en gran medida que la narrativa de esta generación se concentre en la descripción de sus contemporáneos, de sus actividades, vivencias y preocupaciones en el kibutz, en los movimientos clandestinos, en la guerra, en la salvación de los sobrevivientes y en la absorción de los inmigrantes, es decir, en su valioso papel dentro de la sociedad actual. Su enfoque hacia la actividad y la situación del hombre en la sociedad tiene como resultado que la narrativa sea principalmente realista. Su obra está basada en la suposición de que el mundo ficticio debe ser un "reflejo" detallado y explicable por medio de causas sociales y psicológicas, de la realidad social actual, especialmente de sus valiosos segmentos, para contribuir así con la sociedad, ayudándole a comprenderse, expresarse y mejorar. Debido a que la narrativa tiene un papel social y nacional, el narrador y el texto en su totalidad deberían orientar al lector hacia valores apropiados para que así comprenda y aprecie correctamente la realidad, por medio de su "reflejo". En aquella época también fue escrita una narrativa creada bajo la influencia del realismo socialista ruso, en la cual se enfatiza la función nacional-social de la creación literaria: apoyar y reforzar a las "fuerzas avanzadas", las sionistas-socialistas en Israel, aquellas que luchan para restaurar la vida del hombre y del pueblo judío. Este tipo de narrativa representa la realidad nacional-social bajo un juicio ideológico claro: presenta "personajes típicos" que se encuentran involucrados en "situaciones típicas". Su protagonista es el "héroe positivo" al cual la trama dirige hacia el desarrollo de sus fuerzas positivas, sobreponiéndose a obstáculos externos e internos, a factores negativos de la sociedad y a sus propias debilidades, con lo que constituye un ejemplo educativo para el lector. Esta dinámica, la cual se desarrolla por lazos lógicos y causales, ejemplifica el esfuerzo del protagonista por encontrar la integración armónica de los dos campos esenciales en la sociedad socialista: la vida colectiva-ideológica y la vida individual, la autorrealización.

El cuento de Shamir, tomado de su libro *Con sus propias manos*, ejempli-

fica en gran medida esta tendencia. El libro está dedicado a la inmortalización de la figura de su hermano Elik, caído en la guerra de Independencia. En la primera parte, en una serie de episodios, se presenta al personaje ejemplar del "tzabar" (nativo de Israel). Elik "nace del mar", como el milagro de ser un hombre nuevo, aquel que remoldea por sí mismo su vida y su personalidad sin la carga hereditaria del pasado. Además, mantiene una relación cercana con la naturaleza, la cual también es primitiva, con la arena descolonizada que le permite una nueva creación y construcción. Más aún, domina la naturaleza, es poseedor de una gran inventiva e intuición, parecido a un salvaje bueno y moral que anhela hacer el bien a su familia y al país. Todo lo anterior lo realiza "con sus propias manos", en un primer contacto físico con el mundo. Por ello la pobreza, la ausencia de bienes y de una herencia cultural, son el origen de una nueva creación y construcción y las cualidades de curiosidad, anhelo de experimentación, desafío y disponibilidad para sobreponerse a los obstáculos, son el origen del crecimiento de un joven que está dispuesto a luchar y sacrificar su vida en aras del renacimiento de su pueblo. En la última parte, la trama toma la forma del "molde heroico": el héroe positivo lleno de temores antes del combate (en los párrafos que no se incluyen en este libro, se describen sus dudas, el amor por una joven, pero también el recuerdo de un combate en el que venció a los árabes, a pesar de todas las dificultades). No obstante, a pesar de sus temores y de la dificultad de despedirse de lo seguro y querido, incluso de sus temerosos padres, sale a patrullar en un carro no blindado y muere en el combate, y hace de su valentía, un ejemplo de heroísmo y autosacrificio.

En varios cuentos de Shamir y de otros escritores de su generación (Nathan Shajam e Igal Mosinzon, por ejemplo), se presenta al héroe positivo en otros campos nacionales importantes: como en movimientos clandestinos o en el marco del kibutz. Muchas veces se encuentran involucrados en situaciones de conflicto —entre sus deberes sociales y su anhelo a la autorrealización o en su responsabilidad hacia su vida privada y familiar— lo que los conduce a un dilema moral. Pero aun cuando el protagonista no logra resolver el dilema en forma positiva, el ideal continúa siendo la integración de los dos campos.

El cuento "Llanto" (1956) de Aharón Megued ejemplifica la narrativa realista a la cual contribuyeron también otros escritores (Janój Bartóv, Yehudit Hendel, Noemí Frenkel, Shlomó Nitzan y otros). En este cuento los personajes son seres marginados y extraños en la nueva sociedad del kibutz, quienes no toman parte en la formación de la misma y no se lanzan hacia situaciones de dilemas ideológicos y morales. Además, el protagonista es débil y pasivo y no posee fuerza de voluntad para sobreponerse a obstáculos sociales y familiares o a razonar sobre éstos. En la exposición, el narrador describe con detalle, con plenitud realista, a los personajes y su situación social y al mismo tiempo estos detalles forman la trama. El protagonista ha sido herido varias veces, por la sociedad o en su vida privada, pero siempre se rinde y vuelve a su rutina invulnerable e imperfecta. Cuando el golpe se torna demasiado doloroso, afectando a su hijo, que se le parece, se rebela con violencia y entra en un conflicto peligroso

con el principal representante de la sociedad, el cual lo desprecia. Como no tiene fuerza para vencerlo o para llevar a cabo su decisión, finalmente se derrumba. El tema, cuyo fondo es el destino del marginado y débil en la sociedad, así como la presentación de la vida del kibutz y de los protagonistas en forma detallada, con explicaciones causales, psicológicas y sociales y finalmente la identificación del narrador con la víctima de su propio carácter y de la sociedad, conduce al lector a razonar acerca de la naturaleza humana y al mismo tiempo a criticar la sociedad "reflejada", para así llevarlo al mejoramiento de ésta.

"Dobrin, el hombre" de Janój Bartóv, publicado en 1962, marca un desmoronamiento parcial del realismo, ocurrido unos años antes. En este cuento el protagonista está encerrado en su casa, en su mundo privado y no es presentado en su relación con la sociedad. La realidad se presenta desde el punto de vista subjetivo del protagonista, y al principio parece incomprensible y sin sentido. Más aún, el protagonista-narrador se convierte, debido a la realidad amenazante, en un antihéroe perplejo y confuso, se comporta ilógicamente y provee argumentaciones ilógicas a lo que sucede. Debido a que se pierde la causalidad lógica de la realidad y del razonamiento del narrador, se pierde asimismo la capacidad del protagonista de actuar dentro de esta realidad en forma lógica y de sobreponerse a los obstáculos. Sin embargo, en la segunda parte, cuando logra descifrar la identidad del misterioso y amenazador extraño, en un proceso parecido a lo del "detective", el cuento se transforma nuevamente en realista, enfocándose en el tema de la moralidad del comportamiento humano. El punto de vista del narrador se convierte en omnisciente: él es capaz de presentar el trasfondo social del pasado con plenitud realista y con entendimiento cabal y de relacionar el presente con el pasado en forma de causas y consecuencias, de construir enlaces causales entre los hechos y las reacciones emocionales y de evaluar lo sucedido y juzgar sus hechos por medio de normas morales claras, siendo el tema la influencia del asesinato, en la vida cotidiana y en la guerra, sobre la moralidad humana.

Cabe mencionar que, durante los años cincuenta, se cambia en gran medida el carácter de la narrativa realista. Leales a los valores del movimiento obrero sionista-socialista, así como al espíritu de voluntarismo y de vanguardismo de aquellos días anteriores a la creación del Estado, algunos escritores comienzan a criticar el presente que no cumple con estos elevados valores en el joven Estado (Aharón Megued, Janój Bartóv, David Shájar, Amós Keinán y otros). Incluso se publican en los periódicos sátiras y parodias sobre la vida social, las cuales expresan la inquietud frente a la difícil realización del sueño (Amós Keinán, Binyamín Tamúz, Itzják Oren). Asimismo se distingue un giro hacia el pasado de la nación en esta tierra, cuya tendencia es la de examinar los procesos sociales e ideológicos del presente por medio de la observación de procesos similares —según la concepción de los autores— ocurridos en etapas históricas lejanas, para mostrar así una moral válida en una forma objetiva (Moshé Shamir, Natan Shajam y otros).

En aquellos años, cuando el cuento realista se encontraba en el centro del sistema literario israelí, se crearon otros géneros narrativos los cuales fueron marginados en este sistema, especialmente el cuento lírico, cuyo enfoque es el mundo interno de los personajes. Un lugar especial ocupan las obras líricas de S. Izhár quien a pesar de la tendencia dominante realista ha sido evaluado como un escritor importante y central. En sus cuentos este fenómeno puede ser explicado debido a la cercana relación existente entre el mundo interior y la realidad social y nacional. En éstos, el protagonista se encuentra en el centro de algunos acontecimientos nacionales muy valiosos (trabajo en el kibutz, defensa de un asentamiento, guerra), pero debido a su anhelo de librarse de las obligaciones impuestas por la colectividad, las cuales limitan la libertad personal, se encierra en su mundo interior. Sin embargo, después de un largo proceso de "fluir de conciencia", acepta la obligación social, como si hubiera de sí mismo hacia la colectividad. En gran medida, sus pensamientos también se refieren a lo acontecido en la realidad que lo rodea, lo cual los acerca a la creación literaria contemporánea. Incluso grandes partes de los cuentos se encuentran dedicadas a descripciones líricas de los paisajes en un estilo rico, sensible y renovador, lo cual fue evaluado como una dominación de la tierra-patria por medio de las palabras y como una valiosa contribución al renacimiento del idioma hebreo.

El cuento "Habakuk" (1961) marca ya la crisis espiritual de esta generación. El tema trata de las memorias de la adolescencia, organizadas en tramas de entrenamiento espiritual y emocional instruido por una persona ejemplar, pero el enfoque es el proceso lírico del narrador quien atraviesa por un desarrollo vivencial y espiritual escalonado que va, desde la añoranza por lo sublime, maravilloso, lejano y alto, hacia el conocimiento de su destino, el cual surge de su anhelo original. Este destino contrasta con el sistema de valores nacionales-sociales: la confirmación del dominio del "Reinado de la Belleza", la sumisión de la vida ante el arte. Es más, la Biblia, que ha sido la fuente principal del renacimiento nacional, se transforma aquí en la fuente de valores que separan al individuo de la sociedad. Sin embargo, finalmente, el protagonista acepta los deberes nacionales y sale en defensa de su patria, en la guerra de Independencia. En la parte final, el narrador expresa la crisis actual de la generación, la cual lo ha conducido a apoyarse en el pasado: ha perdido su camino en la realidad nacional cambiante y desilusionante. En su angustia, se dirige a su maestro del pasado, el "Profeta Habakuk", para que éste le enseñe un nuevo y adecuado sistema de valores.

Los cuentos líricos de Binyamín Tamúz recopilados en *Las arenas doradas* (1950) han sido distintos. Sus protagonistas no son adultos involucrados en los acontecimientos nacionales, sino un niño aislado en su mundo vivencial personal o un adulto que añora su niñez en los tiempos del preestado. Sus vivencias están relacionadas con la naturaleza y lo conducen al descubrimiento de los "secretos" universales de la vida humana: el nacimiento, la soledad, el amor, el arte y la muerte. En el cuento "Horizonte" (1946), la trama se estructura

por pasos que se repiten desde la naturaleza, representada por el polo positivo para el niño-protagonista, al mundo social del colegio, el cual representa el polo negativo para él, sintiéndose ahí extraño y débil. Después de un conflicto inevitable en la clase, es expulsado por la autoridad del marco social. Esta estructura contiene rasgos comunes con "Llanto", sin embargo en "Horizonte" lo principal es el proceso lírico por el que pasa el niño, así como su significado. Con su capacidad imaginativa, el niño personifica a la naturaleza, otorgándole a las nubes y a la tierra un carácter mítico, lo que provoca un proceso lírico que lo lleva a una madurez emocional por medio de la observación de los fenómenos naturales. Primero, observa en forma metafórica una cohesión erótica entre el cielo (masculino) y la tierra (femenino). Luego observa, lo que a él le parece un nacimiento, refiriéndose simbólicamente a su propio nacimiento. Las revelaciones posteriores de las relaciones entre el cielo y la tierra conducen al niño hacia la capacidad de otorgar y provocar el amor dentro de la naturaleza, simbolizando las relaciones dentro de su familia. Su expulsión de la clase significa, entonces, la supremacía de la imaginación creativa sobre la aprensión mecánica, así como captar mejor lo original del niño solitario sobre el mundo social y racional, práctico y autoritario. Obviamente, esta concepción del mundo contrasta con los valores sobre los que está basada la narrativa realista.

Excepcionales en el sistema literario de los años cuarenta y cincuenta fueron los cuentos fantásticos de Itzjak Oren, los cuales se caracterizan también por incluir elementos que son considerados ajenos a la narrativa, como documentos o ensayos sobre temas filosóficos, científicos o mitológicos, y por los metafísicos, es decir, sus cuentos pretenden iluminar el orden y los principios abstractos y espirituales de la realidad en su totalidad.

"El monumento a la resurrección" (1961), es un cuento fantástico típico, ya que cumple con las características básicas necesarias según las cuales en un mundo parecido al mundo real ocurre un acontecimiento que viola los principios de la naturaleza conocida. Sin embargo, el texto posibilita la exposición de este acontecimiento sobrenatural por medio de dos explicaciones, teniendo las dos la misma validez y sin poder decidir entre ellas: la explicación "maravilla", según la cual el acontecimiento sobrenatural realmente sucedió confirmando así que existen principios "maravillosos", y la explicación "extraña", según la cual los principios naturales no han sido violados. El acontecimiento sobrenatural es solamente el resultado de una ilusión sensual o de una equivocación del protagonista. En dicho cuento acontece algo sobrenatural dentro de un mundo semejante a lo real de Jerusalem y además, en un mundo científico-tecnológico: la llegada del Mesías acompañada por la resurrección de los muertos. Con esto se realiza uno de los principios fundamentales de la religión judía: la fe en el dominio de Dios sobre el mundo y en su omnipotencia; revelándose también en su capacidad de cambiar los principios de la naturaleza, al traer al Mesías al fin de los días. Pero en el cuento, el acontecimiento maravilloso fue pronosticado y aceptado por la directiva de una industria científica-militar, la cual no es capaz de creer en lo sobrenatural. Sin embargo, ésta lo

acepta, y preocupada por las consecuencias demográficas planea una solución para este hecho maravilloso, que de acuerdo con la fe judía tiene como objetivo la redención del mundo, convirtiéndolo así en un hecho inútil y absurdo. En contraste, el narrador no duda de la grandeza del acontecimiento y relata todo lo sucedido como una trama de "misión maravillosa". Él acepta su misión, se encarga de erigir el monumento a la resurrección y a pesar de todos los obstáculos en el trabajo, en el hogar y en el camino, se dedica a cumplirlo llevándolo a cabo a la perfección, pagándolo con su vida. Además, debido al hecho que es él quien cuenta el cuento —a pesar de su muerte— es posible seguir la interpretación "maravillosa" y concluir que probablemente resucitó junto con los otros muertos. No obstante, muchos detalles en el texto orientan hacia una interpretación contradictoria, "extraña", según la cual el Mesías no llegó en realidad y la trama es por lo tanto de intriga. Por ejemplo, el narrador no es una persona fiel en su entendimiento de la realidad. Es ingenuo, pasivo y ridículo ya que se encuentra desconectado de la realidad cotidiana. Además, él se encuentra sometido a una fantasía mística-mesianica extraña sobre la cual reflexiona en su trabajo. Por lo tanto es probable que el Mesías no haya llegado —él tampoco lo vio— sino que la directiva, explotando su fantasía, lo expulsa por alguna razón de la fábrica y lo conduce hacia la muerte, al igual que a su infiel esposa. Es imposible decidir por alguna de las dos interpretaciones ya que éstas son imperfectas, debido a detalles que las refutan. Es por esto que también es difícil formular el significado del cuento y sólo puede hacerse en forma alegórica, la cual une los elementos de las dos interpretaciones. Según ésta, la llegada del Mesías significa, alegóricamente, cualquier esfuerzo por redimir al mundo, no obstante los esfuerzos sinceros están condenados al fracaso debido a que los tecnócratas, quienes gobiernan al mundo, engañan a la humanidad y sacrifican a los ingenuos creyentes.

Un lugar importante en la narrativa israelí de los años cincuenta lo ocupa el libro de Pinjás Sadé, titulado *La vida como una fábula* (1958). Aquí una confesión autobiográfica de un artista joven, solitario y marginado de la sociedad, quien desprecia la dimensión materialista de la vida cotidiana y el cual no le atribuye ningún valor a la dimensión social e histórica de la vida del ser humano. Su camino es una búsqueda permanente del significado espiritual de la vida humana. Es así como su vida se convierte en una "fábula" de la situación existencial del individuo frente a Dios, interpreta su vida dolorosa, llena de errores, pecados, amor o amistad, como un camino hacia la experiencia religiosa, basada en el Nuevo Testamento, en la mística judía o en filosofías de tendencia mística. El protagonista de "La historia de una luciérnaga", un capítulo casi independiente extraído de este libro, es un artista al cual la sociedad no le reconoce sus méritos. Sin embargo, el narrador lo presenta como una persona cuyas cualidades lo llevan más allá de lo bueno y lo malo convencional de la sociedad y de la nación. Las normas sociales pierden validez ante su persona genial y excepcional, la cual no le ha permitido integrarse a la vida llena de convenciones y solamente la locura intencional será su fin adecuado. Obvia-

mente, el realismo y sus valores no tienen cabida en esta obra.

"El adivino", de David Shajar, muestra el carácter realista-simbólico de la mayoría de su narrativa, que era una excepción a principio de los cincuenta, al igual que sus temas, los cuales se concentran en el significado metafísico de la existencia humana. Lo relatado se presenta como una reconstrucción de reminiscencias auténticas del narrador, provenientes de la etapa de su niñez. Sin embargo, el acto del recuerdo se ve motivado por una inquietud ideológica, que lo lleva a reflexionar por medio de memorias, sobre un tema metafísico: la invalidez de las respuestas dadas al dominio de los sufrimientos injustos y de la muerte, en la vida humana. Lo que parece un fluir de recuerdos se encuentra rígidamente estructurado: los personajes representan distintas actitudes o respuestas ante la angustia y la muerte y muchos detalles concretos, aunque sí funcionan en el nivel realista, reconstruyendo la vida en Jerusalem en los tiempos del mandato británico, se convierten en símbolos de estas actitudes. El falso adivino representa a aquellos que aprovechan la necesidad humana de recibir atención y tener esperanza, complaciéndolos por medio de la ilusión, al igual que el médico falso quien responde al sufrimiento físico con fórmulas calmantes. No obstante, la medicina avanzada tampoco puede salvar a un niño de la muerte injusta, al igual que la filosofía pretende explicar la situación angustiante del ser humano por medio de una lógica vacía. El tío Kalman, aparentemente un hombre común y corriente, se convierte en el adivino verdadero, ya que se atreve a enfrentarse con el destino humano, después de haberse liberado de todos los convencionalismos sociales y espirituales. Su profesión, escribir cartas y demandas, simboliza su esencia, la cual se realiza en el caso del niño. Su posición, basada en la mística hindú y en la cábala judía, es que uno debe negarse a su propia existencia para así poder captar e identificarse con la esencia de las cosas, ya que entonces se aúna a la vivencia general y reconoce que nuestros criterios son parciales y sin validez. Los seres humanos sufren por la propia esencia de nuestro mundo, que es parcial y mortal. Empero Dios, quien tuvo que reducirse al crear el mundo, pero que gozaba la creación, se castiga a Él mismo sufriendo al lado de sus criaturas. Sin embargo, estas respuestas consoladoras se refutan. El tío Kalman, quien al principio se identifica con el sufrimiento del niño y sus padres, imitando a Dios, trata en su desesperación de reunirse posteriormente con la totalidad, para así poder consolarse con la ilusión de que es posible vencer a Dios. No obstante, sus esfuerzos se iluminan irónicamente: después de haber conseguido la serenidad absoluta, el negro clavo, al cual se encuentra colgado el falso zodiaco, lo envuelve, simbolizando su actitud como una huida hacia el sueño ilusorio de la dolorosa realidad; el sufrimiento injusto que no tiene remedio, así como ninguna justificación.

A finales de los años cincuenta y principio de los sesenta, surge un cambio notable en la narrativa, el cual ocurre con la aparición de los primeros cuentos de los escritores denominados "La generación del Estado". Sus biografías son diferentes de las de la generación anterior, aunque contienen algunos rasgos

en común. Nacidos en los años treinta, su educación contiene la misma base ideológica-sionista, socialista y democrata de sus antecesores, pero ellos no tomaron parte activa en los hechos heroicos. En su infancia experimentan los últimos años del mandato británico, así como la intensificación del conflicto árabe-israelí, la fundación del Estado y la guerra de Independencia, en la cual participaron sus padres o hermanos mayores. En su adolescencia, vivieron el encuentro con los sobrevivientes del Holocausto —algunos de ellos son sobrevivientes— pero observan después un cambio social fundamental con la llegada de los refugiados de Europa y de los países árabes. Su madurez transcurre en el joven Estado, soñado por sus antecesores, dentro de la dura y muchas veces dolorosa realización del sueño nacional. Durante la quinta década, cumplen con el servicio militar y después con las reservas, debido a la condición prolongada de guerra con los países vecinos. Al final de esta década o a principios de los sesenta, estudian en la Universidad Hebrea, la única existente en aquella época, e inician su creación literaria. Su visión del mundo se encuentra moldeada también por inquietudes ideológicas: la desilusión del régimen soviético en los tiempos de Stalin, así como de las persecuciones de los judíos allá; la continuación del conflicto con los árabes que los obligan a vivir en un estado permanente de emergencia; los problemas sociales y culturales provocados por la inmigración masiva de comunidades de muchos y diversos países, siendo la integración nacional un objetivo complicado, el cual también provoca la reflexión acerca de la identidad judía e israelí y la preocupación por la democracia debido a fenómenos de fortalecimiento del liderazgo central. Todo esto ha llevado a los jóvenes escritores a buscar otras respuestas a la situación nacional así como a la del individuo. En su búsqueda se ven influidos por las teorías filosóficas existencialistas, por la literatura europea moderna existencialista simbólica o por la del “fluir de conciencia”, y la concepción del mundo que surge de su obra es, por lo tanto, notablemente diferente a la de sus antecesores.

Según sus obras, las cuales relativamente rápido ocupan el lugar central en el sistema literario israelí de los sesenta, la realidad concreta no puede ser explicada por sí misma, es decir, por factores sociales-nacionales o psicológico-humanos, sino por fuerzas ocultas, abstractas, universales y permanentes que determinan tanto la situación humana como la situación de la sociedad. Los fenómenos concretos en la naturaleza o en la vida humana no son más que señales, símbolos, que insinúan las esencias abstractas, así como los principios abstractos que dominan el mundo. Además, la situación humana no es únicamente determinista sino también paradójica o absurda y amenazante. Ya que la realidad no es explicada lógicamente, los protagonistas pierden la capacidad de comprenderla o de actuar por su propia voluntad con el objetivo de cambiarla y la trama ya no es causal. Son débiles y pasivos y si desean llegar a su autorrealización o cambiar su situación desolada, pueden lograrlo únicamente por medio de un acto absurdo de destrucción o autodestrucción. Obviamente, en un mundo así, el narrador o el texto en su totalidad, tampoco

pueden orientar al lector a una posición ideológica o moral clara e inequívoca.

En el cuento "El paseo vespertino de Yatir" (1958) de A.B. Yehoshúa, quien ha sido el primer escritor de esta tendencia simbólica, el mundo ficticio no es parecido al real: es imposible ubicar al pueblo en un lugar o tiempo definidos o reconstruir lazos causales semejantes a los reales entre los acontecimientos. Además, el mundo no es presentado con plenitud realista sino que se encuentra sometido a moldes metafórico-simbólicos que llevan a su significación. El pueblo olvidado se encuentra aislado de todo el mundo, no existe ninguna comunicación entre sus habitantes y el mundo exterior o entre las personas mismas y entre ellos y la naturaleza. La realidad es extraña, incomprensible y amenazante y el agresivo tren intensifica lo absurdo de la situación. La joven protagonista se rebela, aspirando cambiar todo esto, pero sólo le es posible realizarlo de manera distorsionada y destructiva: voltear el agresivo tren que pasa todo los días en el pueblito, ignorándolos totalmente. Los otros participantes se dejan arrastrar por ella, sin juzgar el hecho por medio de valores morales. El mismo narrador, aunque a veces se retracta, también se incorpora a su iniciativa, en la pasividad y la debilidad, para conseguir a su amada. Lo absurdo es que justo después de voltear el tren y de la matanza se pone al descubierto, aparentemente, lo positivo en las personas; el narrador consigue a su amada y aun la naturaleza parece más cómoda y menos hostil. Esta realidad fantástica y absurda se transforma —por medio de símiles, metáforas, analogías y alusiones a la Biblia— en simbólica, haciendo referencia a la existencia humana y nacional, en la que Dios (el inspector Kanauth lleva uno de los nombres de Dios, lo que orienta a otros nombres y muchos detalles simbólicos) se encuentra también distorsionado e impotente, al igual que los seres humanos, y es él quien expulsa a la única persona —el guardián— que conserva su moralidad. El tren, que simboliza una entidad cruel, sagrada y tradicional y los vientos del Norte, que simbolizan la desgracia por mandato de Dios, simbolizan el orden absurdo y cruel del mundo, en el cual no existe esperanza de ningún cambio o de ninguna comunicación significativa y cualquier esfuerzo por cambiarlo se lleva a cabo mediante la destrucción.

El cuento de Amos Oz, "Las tierras del chacal" (1963), es, además de uno de los primeros cuentos del autor, una nueva tendencia simbólica pero es distinto ya que no incluye elementos fantásticos. Es posible identificar el mundo real del kibutz y los acontecimientos centrales se incorporan en una especie de trama causal: un soltero envejecido del kibutz, caracterizado por su fealdad y fuerza física, seduce a una muchacha a que vaya a su cuarto, en donde se establece entre ellos una relación de atracción entre hombre y mujer, acompañada por sentimientos de repulsión hacia él, hasta que a éste se le revela la verdad, que es su verdadero padre. Ella se rebela contra la verdad, aspira a anular el gran tabú, pero finalmente se destruye su mundo en el "frío". Sin embargo, el cuento no es realista y el kibutz no se encuentra diseñado como una entidad social. Los personajes no se diseñan con plenitud realista y no es posible explicar su comportamiento a base de explicaciones causales, sociales o psicológi-

cas. Aún más, esta vía de acontecimientos se encuentra dispersa entre largas descripciones del kibutz, así como de la naturaleza de carácter extraño y algunas veces irreal. Éstas se encuentran elaboradas por verbos, símiles y metáforas que proporcionan a la naturaleza propiedades humanas y a los seres humanos cualidades animales, subordinando todo el mundo ficticio a moldes metafóricos. De esta manera se transforman los detalles concretos en signos, símbolos de esencias abstractas. Así se construye una amplia analogía entre el mundo humano y el de la naturaleza, de la cual se deduce que en ellos existen las mismas esencias contradictorias, y que también se plantea una lucha violenta permanente. Por un lado está el mundo salvaje, un mundo sombrío y cruel, de chacales y de instintos eróticos, de oscuridad y de tormentos. Por otro lado existe el mundo del kibutz, lleno de luz y tranquilidad, un mundo de cultura y de intelecto el cual se encuentra amenazado por el mundo de la naturaleza. Pero esta lucha existe también dentro de cada mundo, incluyendo el del ser humano, el de la naturaleza, el de lo animado y el de lo inanimado: el viento y el otoño luchan contra el bochorno, destruyéndolo finalmente. La oscuridad lucha contra la luz y la vence, la trampa destruye al chacal y los chacales sacrifican a su compañero atrapado. Además, esta lucha está motivada por una atracción erótica entre las dos esencias opuestas, ya que cada elemento incluye también elementos del opuesto. Los opuestos anhelan la fusión erótica con atracción y repulsión, pero la realización de su violenta y placentera fusión, trae consigo la destrucción, el dolor y la muerte. La trama de la joven y del hombre se integra como una parte de la estructura general del mundo, y al incorporarse a ésta, queda claro que el mundo del instinto salvaje no existe sólo fuera del mundo cultural. Aún en el mundo del intelecto y de la "luz" (Galila) se siente atraído eróticamente por la esencia sombría (Damkov), que contiene elementos de éste, lo cual lo conduce hacia la destrucción. Es así como surge el significado de que la existencia del ser humano contiene un dilema sin solución: la existencia cultural y protegida es falsa, plana, carente de autorrealización de la vitalidad instintiva. Pero la realización de los instintos ocultos, la salida del campo protegido, lleva consigo la autodestrucción. El mundo "oscuro" amenaza al ser humano por dentro y por fuera.

Diferente es la concepción del mundo que surge del cuento "Neima Sasón escribe versos" de Amalia Cahana-Carmón (1964). Éste es un cuento lírico que tiende hacia lo simbólico. La trama externa presenta a una joven —la narradora— quien se esfuerza por salir de la rutina de la escuela y por crear relaciones de amor con el maestro, admirado por ella. Él también se siente atraído por ella, pero entre más atrevida se vuelve la joven, más la ignora el maestro, aceptando las convenciones del mundo del colegio tradicional y destrozando las ilusiones de la joven. No obstante, el enfoque del cuento es el proceso interno de la narradora. Su amor provoca una actividad emocional y espiritual intensa, que no se formula por conceptos, pero que se manifiesta por una captación lírica, sensible y rica de vistas, voces y aromas de la naturaleza, de la ciudad, de la escuela, y de otras personas. Ella los capta en una forma

subjetiva, de acuerdo con sus sentimientos y su concepción del mundo, y es por esto, que el mundo no es iluminado objetivamente, sino subjetivamente. Es más, estos detalles concretos, que expresan su visión del mundo, están sometidos a moldes metafóricos y por ello adquieren también un significado simbólico. Acorde con este significado, existe en el mundo, especialmente en Jerusalén, un prodigio misterioso, que se revela únicamente al alma abierta ante él. La búsqueda de este prodigio y su descubrimiento provocan una vivencia espiritual elevada, de índole religiosa, la cual se expresa por medio de la poesía. Sin embargo, esta vivencia es paradójica ya que conduce al quebrantamiento de las normas religiosas convencionales, a algo que se evalúa como pecado material o erótico. En contraste, la abstención de lo prodigioso posibilita vivir una vida totalmente pura, empero, ésta estará vacía de vivencias emocionales y espirituales, será una vida "fría" que se asemeja a la muerte. La historia de amor de la joven, materializa este dilema existencial: su amor la lleva a descubrir el prodigio existente en la realidad, especialmente en el maestro, el cual le parece a ella una revelación nueva del profeta bíblico Ezequiel. Sin embargo, el amor la conduce también al pecado erótico de acuerdo con lo convencional. Contrario a esto, el maestro acepta los mandamientos religiosos y rehúsa el prodigio existente en el mundo, en el arte y en el amor. Por ello se asemeja a una luna fría que destruye las emociones de quienes lo aman. El frustrado encuentro entre ellos simboliza la imposibilidad del encuentro entre dos modos esenciales de existencia, los cuales no pueden llegar a la comunicación debido a su misma esencia, ya que la realización de cada una de las dos esencias opuestas significa el pecado o la muerte espiritual y emocional.

Otro dilema existencial sin solución, diseñado simbólicamente, se encuentra en el cuento "La calle de Tomozhena" de Itzják Orpáz. Es el primero de una cadena de cuentos recopilados bajo este título en 1978, marcando la cristalización de su creación simbólica en un proceso permanente desde principios de los sesenta. Aparentemente el cuento presenta la realidad de una aldea en Europa Oriental en los veinte y los personajes representan tendencias sociales e ideológicas prevalecientes en esta época. No obstante, el cuento no se puede entender plenamente en su nivel realista. Además, por las formas de descripción y por medio de analogías entre los personajes y entre éstos y el mundo, y a través de alusiones, principalmente al libro del Génesis, a la creación, al diluvio y a la revelación de Dios ante Jacob, el cuento adquiere su significado simbólico. Acorde con este significado, el paseo físico del muchacho por la calle de Tomozhena se transforma en un paseo de búsqueda espiritual por una creencia, para así poder encontrar una respuesta a la agonía de la existencia humana y llegar hacia la redención. Los personajes a quienes él se encuentra simbolizan diferentes respuestas. Su padre aspira por la fe en Dios, a su revelación y su salvación, pero se encuentra ante un hueco oscuro y una escalera rota: Dios no se revela ante él y el camino hacia la fe se encuentra bloqueado. En su angustia se lanza a una vida insensata y paradójica y comete actos de creación deformada o pecaminosos de destrucción. Su madre, ahora a un Me-

sías privado, anhela la redención por un amor ilusionado que se asocia con milagros religiosos y con la redención nacional en Eretz-Israel. Cuando su Mesías soñado no aparece, ella enloquece y vive también paradójicamente: se aleja de la vida real y de su esposo, pero se siente atraída a Porjoi, el apasionado. Niuma, Kuka y Yánkele sueñan con la redención en términos socialista-revolucionarios, pero su sueño también es paradójico ya que se ven afectados por una fuerza que no es social —son inválidos o moribundos. Pero ellos, al igual que los padres, continúan rebelándose al mundo y a la vida defectuosa, a pesar de que no tienen esperanzas. Las respuestas religiosas convencionales de aquellos que no se rebelan, son mecánicas e ignoran la agonía del ser humano y del mundo. Es así como la búsqueda del joven lleva a la conclusión de que el ser humano, la naturaleza y el mundo no tienen esperanzas de redimirse. Con esto, el joven no se rinde en su búsqueda; saldrá nuevamente a su camino paradójico, sabiendo que no existe la redención, pero continuará buscándola.

La tendencia simbólica caracteriza también la narrativa de otros cuentistas (como de Yorám Kaniúk, por ejemplo) y adquiere cualidades especiales en la obra de Aharón Apelfeld. Su obra se enfoca hacia el Holocausto del pueblo judío durante la segunda guerra mundial. Sin embargo, intenta llegar no sólo al significado de aquella época aterradora, sino más allá, a la esencia del judaísmo, de la identidad judía y a los principios abstractos espirituales y generales que han determinado tanto la situación existencial del pueblo judío como la naturaleza y la existencia humana en general. En su mayoría, sus cuentos y novelas no se enfrentan a las atrocidades concretas del Holocausto. Principalmente se concentra en los tiempos anteriores y posteriores al mismo, diseñándolos como consecuencias o anticipaciones de la destrucción y exterminio del pueblo judío en Europa. Sin embargo, específicamente en los cuentos en los que se describen acontecimientos siempre aparentemente marginados del Holocausto, no son éstos concretos y ubicados en un tiempo o lugar definidos. Asimismo, los personajes no se diseñan como personas singulares, que poseen una biografía privada o una conciencia y entendimiento claros. Es por ello que no es posible explicar su destino por medio de explicaciones casuales, sociales, políticas o psicológicas, y lo ocurrido adquiere un carácter misterioso, incomprensible. Además los trasfondos, los personajes y los hechos simbolizan esencias abstractas y generales, porque están subordinados a moldes metafóricos los cuales les atribuyen carácter simbólico. Por ejemplo, sus temas son el anhelo de huir del destino, específicamente de la identidad judía; el poder del pasado de los sobrevivientes, el cual los persigue como una enfermedad interna y misteriosa y aunque los conduce hacia la aspiración por la liberación total y de todas las obligaciones personales, los lleva hacia la muerte; el anhelo de personajes dañados y torcidos a lo sagrado y elevado, sin lograr conseguirlo o la lucha entre lo sagrado y lo profano en el mundo absurdo.

El cuento "La caza" (1965) es de los más simbólicos. Aquí se presenta el destino del pueblo judío como una parte integral de las relaciones entre esencias generales existentes en el mundo en su totalidad. En este mundo do-

mina "Satanás", el demonio, y debido a esto, la violencia y las matanzas rigen como la ley básica de la supervivencia a la cual obedece el pescador. Al comportarse de acuerdo con los principios de la naturaleza satánica e integrándose en ésta, el pescador pierde su imagen humana y se convierte en cazador de seres humanos, de los judíos, en cuya existencia se realiza la esencia extraña, espiritual, condenada a la muerte porque no se integra a los principios del mundo. Estos son seres extraños, diferentes y débiles quienes, ante los ojos del cazador, se asemejan a aves negras y raras, una parte repelente y sobrante de la naturaleza, lo cual le permite u obliga a matarlos. Por lo tanto, la trama de Yanek se integra a las relaciones esenciales entre el cazador y la presa, entre el fuerte y el débil, el que se integra a la naturaleza y sus principios y el que no se encuentra arraigado a la tierra, entre el que pertenece a la mayoría y el extraño y excepcional. Yanek niega su identidad judía, siguiendo el camino de su padre quien aspiraba escaparse del destino del exterminio. No obstante, en el transcurso de la cruel cacería, acepta su destino que es el de la persecución y la muerte de quienes pertenecen a esta esencia. Reconoce que su huida no tiene probabilidad, vuelve a su identidad e incluso encuentra santidad en las víctimas, en sus miradas brillantes.

La narrativa de Shammai Golán también se encuentra anclada fundamentalmente en la experiencia del Holocausto. Siendo su carácter más realista, enfoca primero el destino de los jóvenes en el Holocausto de Europa, quienes perdieron a su familia y conocieron la soledad, el terror y la muerte, hasta que los salvan y llegan a Israel; después diseña la derrota de las aspiraciones de éstos, que desean arraigarse al país sin lograrlo, ya que su pasado los persigue y no les permite integrarse a la vida debido a que esto los obliga a cambiar su identidad. Las tramas conducen a sus personajes hacia la esterilidad, la locura y la muerte, y son pocas las veces en las que finalmente surge la solución, con la resignación o la esperanza. Esta estructura temática caracteriza también sus cuentos sobre la vida israelí, al igual que los elementos simbólicos y líricos.

El cuento "La desaparición del padre" (1976) se presenta como la confesión de un padre, sobreviviente del Holocausto, cuya esposa lo ha abandonado y su único hijo es herido gravemente en la guerra del Día del Perdón (6 de octubre de 1973). En su última carta a su esposa, y en un proceso gradual, se descubre la situación actual, en la que el padre expulsa a su hijo inválido por haber tomado la decisión de desaparecer del mundo, así como el pasado doloroso y complejo que lo ha llevado a su decisión. Sin embargo, el protagonista revisa su pasado detenidamente, a veces en tono irónico, yéndose más allá de la vida. Según su punto de vista, en la historia de su familia se ha llevado a cabo un principio irónico y cruel de falta de continuidad, el cual se materializa en la muerte, la invalidez o la esterilidad. Este principio fue causado por acontecimientos históricos que determinaron el destino del pueblo judío, decidiendo así su destino personal en contraste con sus intenciones y aspiraciones. Acorde con él, no es posible huir del destino ya que éste sigue persiguiéndolo y al rebelarse él mismo cometió un pecado y permaneció sin el derecho de vi-

vir. De acuerdo con su punto de vista subjetivo, el trasfondo de la nevada en Jerusalem, así como del hospital, los personajes y los hechos se convierten en moldes metafóricos que simbolizan una lucha permanente entre la vida y la muerte, la esterilidad y la continuidad, el arraigamiento y el aniquilamiento, y diferentes modos de responder a esta situación existencial con el objetivo de sobrevivir. No obstante, muchos detalles, especialmente al final, refutan su interpretación, presentándolo como a una persona insensata, quien con sus hechos causó en gran medida la destrucción de su familia por haber llevado a cabo sus buenas intenciones en formas distorsionadas: sus heridos le sirvieron como pretexto para no integrarse a la vida y su aspiración consciente de continuidad le sirve para pecar con la novia de su hijo destruyendo las esperanzas de su querido hijo. Aun su suicidio no es solamente una expiación por su pecado, que es permitido después de haber sabido que su hijo volvió a la vida, sino que es también la realización de su anhelo más profundo, el de escaparse de su identidad odiada y de su destino cruel, el de morir en vida. La combinación de las dos interpretaciones proporciona el significado del cuento: el destino del pueblo judío, que lo ha lanzado en la diáspora entre la vida y la muerte, sigue persiguiéndolo aún en Israel. Los que no lo pueden soportar, llegan hacia la locura o la muerte.

Este cuento representa también un cambio en la narrativa israelí, ocurrido en los setenta, cuando se destacaba la tendencia de volver al realismo. Sin embargo, ésta no era una vuelta al realismo de los años cuarenta y cincuenta. El nuevo realismo es en verdad un nuevo género "combinado", el cual incluye elementos realistas, líricos y simbólicos, compuestos de una nueva forma que reúne las características de los géneros que fueron desarrollados durante tres décadas. Esta nueva tendencia se destaca, por ejemplo, en los cuentos y novelas de autores "simbólicos" de la década anterior, como A.B. Yehoshúa y Amos Oz. Sus obras comienzan a diseñar temas actuales, sociales y políticos, reflejando así, en una forma más directa, la situación nacional. Con esto, sus obras no son un "reflejo" objetivo y fiel de la realidad israelí, acorde con el realismo anterior, sino que son un "espejo" deformado, creado por la mayoría por los puntos de vista subjetivos, que además de contener elementos líricos contienen elementos simbólicos, los cuales imponen un nuevo orden sobre la realidad israelí, organizándola nuevamente de acuerdo con ideas acerca de la realidad nacional (las guerras y la pérdida de hijos, las relaciones con los árabes, el sistema político o el significado del sionismo en la situación actual) sobre la situación humana en Israel y más allá, de la situación humana en general, en su significado universal.

El cambio se manifiesta también en la creciente obra de autores, que en la década anterior habían publicado poco, ya que su tendencia hacia la realidad concreta, iluminada por medios líricos, parecía no tener mucho valor. Ahora empiezan a publicar más, y su narrativa, que hace referencia a la situación nacional y social aunque desde un punto de vista subjetivo, provoca gran interés y entusiasmo por parte del público lector y de la crítica literaria, la cual

las coloca en el centro del sistema literario. Asimismo, cuentos y novelas de otros autores, algunos de los cuales narran también sobre épocas anteriores —como los de Yoram Kaniuk, Yehoshúa Knaz, Yehoshúa Korén, Ruth Almóg, Aharón Almóg, Shulamit Hareven, Shulamit Lapid y otros más—, los que más allá de las grandes diferencias entre ellos, junto con elementos líricos y simbólicos, representan una realidad concreta, determinada en el lugar y tiempo israelí y explicada por factores sociales, ideológicos y psicológicos, son aceptados con interés y apreciación y provocan polémicas acerca de la situación nacional actual.

La nueva tendencia puede ser explicada por varios factores sociales y literarios. La guerra de Seis Días (1967) motivó una división político-ideológica fundamental: la tierra de Israel completa merecida por los derechos históricos de la nación o la devolución de los territorios conquistados a cambio de la paz. La polémica despertó una profunda conciencia nacional, social e histórica y una sensibilidad de los factores actuales de la vida nacional. La dolorosa guerra del Día del Perdón, acompañada por una crisis nacional, profundizó la sensibilidad hacia los factores nacionales y sociales, al igual que el reconocimiento de la imperiosa necesidad de llegar a una integración nacional interna entre las diferentes comunidades judías del Oriente y del Poniente. Esta conciencia provocó la necesidad de conocer, entender y respetar las diferentes raíces culturales y solucionar los problemas causados en el transcurso del renacimiento nacional. Estos factores y otros más motivaron el crecimiento de una nueva concepción, según la cual el destino de la nación y del individuo se determina en gran medida por factores sociales y que la literatura debe desempeñar de nuevo una función nacional-social, es decir, expresar, reaccionar y representar la realidad actual: la agonía, las dudas y las esperanzas y contribuir a la cristalización de la nueva identidad desarrollada en la patria. Además, la narrativa simbólica se evalúa en ese tiempo, según la dinámica interna literaria, como una forma de creación que se ha envejecido, que ha llegado a su agotamiento y que por ello es necesaria una renovación literaria; la literatura simbólica debe “bajar del escenario” y dar lugar a una nueva creación.

El nuevo realismo lírico no se ocupa de temas característicos del realismo anterior, como la integración armónica de la vida privada con la vida social o el conflicto social entre el individuo y la colectividad. Se enfoca, principalmente, en los conflictos internos y en los dilemas personales. Con esto, el individuo se encuentra ubicado dentro de la sociedad, ya que los acontecimientos nacionales son factores que influyen en su vida privada. Por ello, su destino personal representa procesos nacionales generales al igual que expresa, a veces en forma simbólica, ideas acerca de la situación nacional o más allá de la situación humana en general. Es frecuente una estructura de trama en la cual el personaje, cuya existencia en el marco personal y familiar ha sido destrozada con anterioridad, es dañado gravemente debido a la situación social o nacional y lo lanza hacia una crisis existencial. Esta crisis enfrenta al personaje ante un dilema: negarse a reconocer y aceptar la verdadera situación, aunque es dolo-

rosa e insatisfactoria, y arruinarse o reconocerla, aunque el reconocimiento, que posibilita aferrarse a la vida, significa hacer concesiones y compromisos dolorosos. El proceso por medio del cual el protagonista llega a un polo del dilema, enfrentándose con su pasado, es lo que compone la trama del cuento. La concepción del tiempo también cambia, ya que la biografía del personaje, y algunas veces también la de la generación anterior, la de los padres, cumple un papel importante en este proceso. Los personajes ya no “nacieron del mar” ni son símbolos de ideas abstractas. Se cargan el peso de la historia.

Los cuentos de Itzjak Ben-Ner ocupan un lugar importante dentro de esta tendencia. Su cuento “Dieciocho meses” es transmitido desde el punto de vista subjetivo del protagonista, que a veces no puede analizar su situación. Pero el cuento posee un tema central en Israel, la pérdida de hijos caídos en la defensa del país, y del cuento surge una concepción general acerca de la actitud humana en esa situación dolorosa. El cuento comienza con la crisis del protagonista, un padre al cual la desaparición de su hijo en la terrible guerra agrava sus problemas personales anteriores, los cuales jamás se atrevió a enfrentar: la desintegración de su matrimonio, la falta de comunicación con su otro hijo, la soledad, la pérdida de su juventud y la búsqueda del amor, del contacto humano y de la seguridad en sí mismo. En su angustia, y por temor a enfrentarse con la realidad, se deja arrastrar por dos caminos de acción los cuales le posibilitan el escape de la verdad: busca alocadamente a su hijo perdido, aun cuando es obvio que no se encuentra con vida y mantiene aventuras sexuales con sus alumnas y otras jovencitas, ilusionándose de que así encontrará el amor. Al huir de la dolorosa realidad se va degradando hasta que en su peor caída lo descubre su otro hijo, quien lo desprecia y lo obliga a enfrentarse con la realidad. Después de haber sufrido una crisis, un tremendo temor por la muerte, reconoce su situación y comienza a volver a la vida, que es imperfecta y dolorosa, pero verdadera. En otros cuentos del mismo autor, los protagonistas llegan a veces a la autodestrucción, pero en todos el trasfondo actual, social y nacional es un factor dominante en la vida personal, y se describe plena y detalladamente, aunque en forma distorsionada, de acuerdo con el punto de vista subjetivo y doloroso del protagonista. Los ecos del tiempo nacional actual suenan en estos cuentos muy fuerte, con el objeto de expresar y representarlo inmediatamente.

El cuento “Las manos de Sinwani” de Shulamit Lapid representa la creciente sensibilidad y la conciencia en la sociedad israelí y en la narrativa sobre la problemática social, las relaciones entre las diferentes comunidades descendientes de muchos países, especialmente entre los “ashkenazim” (originarios de Europa), los “sefardí” (originarios de los judíos expulsados de España) y los “orientales” (originarios de los países árabes). Asimismo, atestigüa acerca de la tendencia de reconocer la situación social de las clases más humildes, siendo muchas veces la de los judíos orientales, que no han logrado integrarse a la vida en Israel. El trasfondo social en un barrio de Tel Aviv está diseñado con plenitud, pero a diferencia de los cuentos de los años cincuenta, no se pre-

senta un héroe positivo que se esfuerza por cambiar la situación social y familiar, una persona que en su lucha por mejorar la vida social, encuentra también su satisfacción personal. Más aún, no existe en este cuento un conflicto social entre un protagonista sufrido o luchador y la sociedad. En lugar de este tipo de trama, el cuento se enfoca a la conciencia de la joven protagonista e inicia con la crisis en su mundo personal, el cual anteriormente era incompleto y vulnerable ya que ella había ignorado a su humilde y violenta familia, al igual que a todo su pasado. Como consecuencia de su encuentro con una pobre jovencita en su angustia, se desmorona la falsa perfección de su vida y se lanza en un dilema inconsciente: si continúa ignorando a su familia, destruirá una parte de su personalidad, al igual que su nueva vida. Si acepta su pasado odiado, en forma positiva, tendrá que hacer concesiones, descubrirle a su esposo la verdad y enfrentarse, ella misma, con su pasado. Las primeras y erróneas soluciones que toma —buscar a la jovencita o salvar a su hermana de su padrastro y golpearlo a manera de venganza— fracasan, constituyendo una huida de la verdad, aunque sirven como escalones hacia la autoconciencia. Finalmente llega la dolorosa pero inevitable solución: la adopción de su hermana menor, así como la adoptaron a ella en su niñez, como un acto de madurez. No existe en este cuento, ni en muchos otros, la creencia en la posibilidad de actuar heroicamente con el objeto de cambiar la realidad. Sin embargo, existe la creencia de que a pesar de todo, es posible mejorar la vida en el marco cercano, o que es posible vivir en la compleja y dolorosa realidad, dentro de la cual se lleva a cabo el renacimiento de la nación, si logramos reconocer la verdadera realidad externa e interna, aunque esto signifique hacer un compromiso doloroso.

El cuento "Soledad" de Shulamit Hareven (1976) se integra a la tendencia realista-lírica de los años setenta. Sin embargo, es también una continuación de sus cuentos, que desde los años cincuenta han diseñado, en diversas formas, procesos internos de personajes, femeninos en su mayoría, frente a un trasfondo social, que se va diversificando de un cuento a otro. En éste se diseña el proceso psicológico interno de la señora Dolly Jacobus, que fue refugiada en su juventud y la cual se fortalece en su matrimonio con un hombre rico perteneciente a la comunidad sefardita de Jerusalem. Este proceso avanza desde el encierro en un mundo "alto", protegido, delicado, artificial y falso, hacia el mundo "bajo" de la realidad cotidiana israelí, así como hacia sus "bajos" instintos. Este proceso doloroso le posibilita, finalmente, enfrentarse con la verdad de su vida y reconocer la necesidad de reconstruir su identidad nuevamente. La esterilidad simboliza su modo de vida y el símil "un feto en la matriz" lo extrae. Lo falso de su vida se destaca por medio de la analogía con otras mujeres pertenecientes a la familia sefardita: Bilhah, la mujer independiente, trabajadora y llena de vida; la madre, una persona estable, fiel a la tradición familiar y comunitaria, centro de su familia, que a pesar de despreciar la nueva realidad israelí "baja", continúa fiel a su identidad y "nunca ha luchado contra su cuerpo"; y la secretaria Esther, en cuya persona se integran dos dimensiones

de la existencia, la “alta” y la “baja”, lo que explica la atracción que siente Meir hacia ella. El proceso se inicia con el encuentro gradual con la realidad externa que a ella le parece confusa, vulgar y repelente, y se intensifica con el trauma causado por el encuentro con el nivel más bajo de la realidad: en el correo se encuentra con una jovencita vulgar y sensual que provoca en ella una atracción lesbiana inimaginable y la conduce hacia el reconocimiento y confirmación de este nivel tan bajo, que existe en ella misma. Su iniciativa con el objetivo de materializar el contacto sexual, es la primera manifestación de auto-realización a pesar de los tabúes, lo que fortalece su reconocimiento de que su vida ha sido falsa e incompleta. El contacto deseado no se lleva a cabo, pero el cambio psicológico ocurre. La protagonista está lista, en su nueva conciencia, a iniciar por primera vez una comunicación sincera con su esposo. Pero, como era de esperarse, su apertura hacia la realidad motiva el descubrimiento de la traición de su esposo, que ella se había rehusado a reconocer. Ahora ella ya es capaz de saber que “habría que”, que debe reconstruir nuevamente su vida y su identidad. Lo ocurrido se trasmite desde el punto de vista de la protagonista, pero la posición de la narradora fortalece las normas que surgen del cuento: al principio se ilumina la actitud de Dolly irónicamente. Pero a medida que avanza hacia la dura realidad, estando más consciente, se fortalece la identificación de la narradora con ella, confirmando así la norma del deber de reconocer la verdadera realidad, aunque sea más dolorosa. En contraste con el cuento de Amalia Cahana-Carmón, en el que existe también una tensión entre lo “alto” y lo “bajo”, no se estructura aquí una dimensión simbólica. Sin embargo, el texto está saturado de símbolos del modo de vida de la protagonista. Asimismo, de este cuento surge la creencia en la necesidad y posibilidad de enfrentarse con la realidad y de lograr llegar a vivir una existencia más verdadera y madura y por lo tanto, más completa.

Una tendencia complementaria se manifiesta en el cuento de Amnón Shámsh, originario de Alepo, Siria. En éste se atestigua el fortalecimiento de la conciencia de los orientales hacia sus raíces culturales y su herencia comunitaria, incluso del creciente interés que existe en Israel hacia la creación literaria de los originarios de los países árabes. Además, el cuento atestigua que después de haberse encontrado con la cultura occidental, que prevalece en Israel, han llegado al reconocimiento positivo y orgulloso de la riqueza cultural de su comunidad, teniendo también la capacidad de comparar las dos culturas, buscar lo positivo en las dos y volver a su pasado con amor y nostalgia. El cuento “Las lecciones de Naím” presenta un encuentro entre un joven de la comunidad judía de Alepo con una doctora originaria de Alemania que llegó a Alepo. En el transcurso del encuentro entre los representantes de las dos culturas, la doctora funciona como una guía que lleva al joven oriental a reconocer con amor la tradición de su comunidad al mismo tiempo que le abre paso al mundo cultural occidental y a sus diferentes conceptos. Gracias a este encuentro, después de haber sido destruidas las dos comunidades, el joven inmigra a Israel y se encuentra preparado para recordar y apreciar su herencia con cari-

ño y al mismo tiempo, respetar las diferentes culturas y llegar a la integración de las dos culturas.

Los acontecimientos históricos actuales vuelven, entonces, a ocupar un lugar en la narrativa israelí, expresando así la inquietud y la reflexión acerca de la pesada realización del renacimiento nacional. Sin embargo, la narrativa se esfuerza por llegar más allá, por transformar los hechos de la historia en creaciones literarias, teniendo un significado universal de la vida humana y creando una obra de arte.

Arna Golán

Traducción de Neta Goldgrub

Moshé Shamir

Nació en Safed en 1921; en ese tiempo sus padres eran miembros de un grupo de "Jalutzim" (pioneros-obreros); se trasladó con éstos a Tel Aviv a la edad de tres años. Educado en el movimiento obrero "Hashomér Hatzair", fue electo en 1939 para la directiva del mismo, y fue propietario y editor del órgano informativo *Al Hajomá*, en el cual publicó sus primeros cuentos. Entre los años de 1941 y 1947 fue miembro del kibutz Mishmár Ha'emek y actuó en el "Ha Palmaj", la fuerza de choque de la "Haganáh", el mayor movimiento clandestino contra el mandato británico. En 1947 se trasladó a Tel Aviv donde fundó y editó con unos amigos escritores una de las revistas de la primera generación literaria israelí. En la guerra de Independencia cayó su hermano menor Elik. Cuando era publicista activo en índoles políticas e ideológicas, atravesó por cambios ideológicos: en 1957, expresa su decepción en cuanto a la realización del marxismo en Rusia, abandonando más tarde su partido "Mapám". Después de la guerra de Seis Días se convierte en uno de los líderes del movimiento "La completa tierra de Israel". Entre los años 1977 y 1981 es miembro de la Kneseth (parlamento israelí) por parte del partido Likud y más tarde se encuentra entre los fundadores del partido Hatjijá. En 1981, se retira de la Kneseth para dedicarse a la creación literaria. Desde 1971 ingresa como miembro de la redacción del diario *Ma'ariv* y a principios de los años setenta es editor de la revista *Moznáim* de la Asociación de los Escritores Israelíes. Entre 1961 y 1963 fue catedrático de la Universidad de Tel Aviv y del Tejnión (universidad tecnológica) de Haifa.

Autor de cuentos, novelas y piezas teatrales, además de crítico literario. Su primera novela, *Él anduvo por los campos* (1948), basada en su vida en el kibutz y en el "Ha Palmaj", obtuvo el premio Usishkin. Después de haber sido adaptada para el teatro, fue llevada a escena con mucho éxito. Más tarde publicó dos compendios de cuentos, *Las mujeres esperan fuera* (1952) y *El triple hilo* (1957), pero su camino principal es la creación novelística, como en las siguientes novelas: *Bajo el sol* (1949) y *Con sus propias manos* (1952), en la que narra la vida de su hermano Elik como representante de la primera generación de los "tzabarím" (nacidos en Israel), y la cual recibió el premio Brenner. En esta etapa se cristalizan las características de su obra literaria, aunque más tarde tuvieron desarrollo y se diversificaron. Es realista con matices social-realistas, presenta la realidad social en Israel, mayormente la de las partes activistas y "avanzadas", que se encargan de las misiones nacionales y sociales centrales, especialmente la vida de su generación en el kibutz, en la guerra o en los movimientos juveniles e ideológicos. Sus temas se refie-

ren a la integración del individuo en la sociedad con base en principios ideológicos, sus protagonistas son personajes típicos que representan tanto a la sociedad como sus tendencias principales.

Su posición, como uno de los escritores más sobresalientes de su generación, se consolidó después de haber publicado novelas históricas, las cuales tienen como tema los límites y los derechos del poder, y con esto refleja la problemática del Estado recién fundado: *Rey de carne y hueso* (1954), que trata sobre el reinado de Yanái y la cual obtuvo el prestigiado premio Bialik, y *La oveja del pobre* (1956), acerca del reinado de David. Posteriormente, volvió a los tiempos y a los temas ideológico-sociales actuales en las novelas: *La quinta rueda* (1958), *Porque estás desnudo* (1958) y *La frontera* (1967). En los años setenta inició la publicación de su trilogía histórica acerca de la época decisiva en la vida contemporánea del pueblo judío, en los inicios del movimiento sionista, de la cual han aparecido dos partes: *Paloma de otro patio* (1973) y *El velo de la novia* (1985), las cuales destacan por su único y dramático entrelazamiento de la historia y la ficción, iluminando por medio de la vida de la protagonista a la sionista-socialista revolución.

Sus artículos sobre temas políticos y sociales han sido recopilados en *Al correr de la pluma* (1961). Asimismo, publicó un libro de ensayos sobre las relaciones israelí-árabes, titulado *Mi vida con Ismael* (1968). Algunas de sus obras han sido traducidas a varios idiomas, entre los cuales se cuenta el español.¹

¹ *Rey de carne y hueso*, Ed. Candelabro, Buenos Aires, 1958; *La quinta rueda*, Ed. Minho, Barcelona, 1965; *La guerra de los hijos de la luz*, colección Teatro Contemporáneo, México, 1958.

CON SUS PROPIAS MANOS*

ASANDO PESCADO

Elik nació del mar.

Así solía decir papá cuando nos sentábamos a comer en la galería de la pequeña casa, en los anocheceres estivales. En torno, extensiones arenosas, y sobre las paredes y el cielorraso se escabullían pequeñas lagartijas, huyendo de la luz; y en mi padre y en mí, el hermano mayor lo suficientemente crecido como para diferenciar entre broma y verdad, se despertaba el deseo de provocar al pequeño mimado. Así, hasta que nació el tercero, y empezamos a referir a él ese origen marítimo; pero para entonces ya Elik se seguía a nosotros en la chanza, y sólo mi madre seguía oponiéndose, con la taza de cacao en la mano.

—¡Así les enseñas a irritar al pequeño!

—Te encontramos dentro de un barril —decía papá— que el mar echó a la costa.

Y otras veces:

—Te encontramos en una col, grandota.

Y recuerdo otra versión:

—A ti te encontramos entre los beduinos, en el desierto— y nada podía ser más enojoso.

Lo convenido era que cuando se asignaba a uno de los pequeños cualquiera de los tipos de nacimientos nombrados, éste gritaba y se revolvía y protestaba con toda la fuerza de su garganta, hasta que papá corría a apaciguarlo con un mimo y una sonrisa de broma lograda, susurrándole al oído cariñosamente:

—¡No, no, no! Nuestro eres, eres nuestro, chiquillo, nuestro.

Pese a la transparencia del juego para ambas partes, no recuerdo una sola vez que hayamos vuelto sobre él con menos pasión. Por el contrario, la experiencia nos enseñaba modos y maneras de ahondarlo y aguzarlo, y el más entusiasta de todos era, naturalmente, papá, que siempre nos encontraba nuevos y sorprendentes “barriles” y “coles”. Y quien con mayor pasión protestaba era

* De esta obra recopilamos tres de sus capítulos.

ese tercero que desde la cuna llevaba ya en alto el honor de nuestra familia.

Y bien, Elik nació del mar. Pero esta vez no es broma. Porque nadie entre nosotros se sentía tan próximo al mar, como nadie había tan próximo como él a los perros, los caballos, los otros niños, los árboles, las casas en construcción, las excavaciones en la arena, las máquinas.

Primera estampa en el recuerdo: Elik sentado sobre el muro alto de cemento que ponía fin a la calle Allenby por un lado y al asalto de las olas por el otro. Él a horcajadas sobre el muro de cemento y mis ojos viéndole desde abajo, desde la arena blanca; sus rizos dorados flotando al viento, sobre un fondo celeste, lagrimeante, de cielo límpido; inmediatamente el clic de la cámara fotográfica y después de un tiempo la fotografía misma, redonda y clara, en el álbum de familia, y esos rizos sobre el fondo del cielo y esa cabeza dorada, fotografiada desde abajo.

El mar estaba cerca de nuestra casa, a unos pasos. Al principio no había nada entre nosotros; más tarde alguien construyó una casa delante nuestro, pero aún así, nada se interponía.

Elik profesaba un gran amor por el mar. Mamá, que pasando los años, cuando solíamos alejarnos a nado, llegó a contemplarlo con aprensión, todavía nos dejaba en aquella época bajar hacia él todo lo que quisiéramos.

Y nosotros íbamos, antes de partir para el jardín de infantes, y al regreso; antes de partir para la escuela, y al regreso; en el gran calor del mediodía, cuando aparece plano y estremecido bajo el sol, y la blanca arena quema, y los ojos giran en busca de sombra; y a la hora del crepúsculo, cuando los barcos se alejan arrojando humo, y el sol tantea su camino y se mete en el mar y se deforma, una y otra vez; y al anochecer, cuando de pronto el cielo se eleva, en la playa una mujer solitaria con vestido largo, sin sombrero, una pareja entrelazando los dedos, y sobre un poste enmohecido un martín pescador, maravilla de colores, ¡martín pescador!

De pronto, el silbido de papá desde la casa. Los sentidos se aguzan y entonces repara el niño en la noche que se extiende sobre él, en el mar que resopla a sus espaldas y en las olas que golpean pesadamente como si se hubieran convertido en aceite negro. El mar en la noche y la noche en la mar, y en casa, la cena y la eterna discusión en torno al lavado de dientes.

Naturalmente, descalzos siempre. Lo primero, mojarse los pies. Y como a una altura determinada de la pierna empieza esa cosa enojosa y superflua que se llama pantalón, se lo enrolla hacia arriba, todo lo que se pueda, hasta que aparecen los bolsillos colgando pesadamente (bolitas, corcho, llave, cortaplumas, destornillador para la bicicleta), hasta que sencillamente no se puede más.

Entonces se entra al agua. Y el agua, naturalmente, es mar. Y como es sabido, hay distintas clases de mar.

La arena blanca también es el mar, y las cáscaras de banana y los trozos de diario y el hierro enmohecido. La arena blanca desciende hacia el mar transformándose en arena dura, gris, mojada, que se desliza al mar con rapi-

dez y sumisión, y las olas la enjuagan continuamente. Y con la presión de un pie diminuto de inmediato se diluye y deshace, y la ola lambeteante le pone fin.

Después hay dos tipos de roca. La roca de la playa cuyo lomo está expuesto al sol y recubierto de algas. Entre ellas hay charcos y albercas y canales de aguas verdosas, cálidas, estancadas y sus espaldas sufren el golpeteo constante, insistente, de la ola.

Algas. Hay algas que son como marañas de pelo largo y suave, hay otras que parecen musgo, y hay costras, costras de conchilla, costra rojiza, amarillenta, gris. Hay algas que en cuanto se les pone el pie encima el trasero resbala y se manchan los pantalones. Tan resbaladizas son. Y otras en las que los dedos se hunden como en una alfombra y algo salivoso se hincha y sube con cada pisada.

Ésas son, naturalmente, las rocas "primeras". Le sigue, generalmente, una extensión de agua poco profunda, y debajo, arena blanca, conchillas irisadas, juego de olas suaves.

Más lejos, las "segundas", sumergidas en el agua, y sólo la vegetación parca resalta a la vista como una franja turbia, rojiza a la distancia. Entre ellas, las pozas que contenían las aristas, afiladas e hirientes, y tras ellas, el mar.

Y en todo lo que concierne al mar, ese mar de gran anchura y gran significación, múltiple interés y variado gusto, Elik es siempre el de las iniciativas y los inventos. Y en el mar, ese mar nuestro, hay qué inventar, vaya si hay.

Introducirse en los baños de los mayores por debajo de la cerca, o a través de las rocas, enrollando los pantalones al máximo, lo que acababa ineludiblemente en mojadura, por culpa de una atrevida ola.

Meterse en el cuarto de calefacción de los baños calientes y tiznarse a la par del mecánico, contemplando el fuego enorme.

Reunir conchillas y especialmente "dentudas", de esas que por fuera son rojizas-rosadas y por dentro, blanco reluciente y tienen dientes pequeñitos a todo lo largo de su estrecha abertura, y se parecen a una almendra.

Entre el montón de conchillas, elegir aquellas que tienen un orificio en la cabeza, y después de un hurgueo que es como volcar todo el plato, extraer del bolsillo un hilo, enhebrar en él las conchillas y atarse ese collar escamoso al cuello. Hacer un puerto. Excavar la arena, amontonar todo tipo de piedras y levantar un dique entre las rocas. Cerrar una de las entradas del agua entre las rocas, y por el lago quieto así formado echar a navegar barquitos de papel (hay muchos diarios arriba, en la acera).

Arrojar piedras al agua. A ver quién llega más lejos, quién salpica más alto (en eso, nadie le gana a papá).

Construir castillos de gotas de arena mojada, teniendo en el cuenco de la mano la arena extraída del agua y dejando que las gotas se deslicen lentamente del puño cerrado encaramándose una sobre la otra, hasta que los castillos se alzan, esbeltos y caracoleantes, uno junto al otro y uno sobre el otro.

Y el placer de los placeres, el juego por excelencia, la aventura máxima: la pesca.

En eso Elik era diligente e ingenioso como nadie, inventando constantemente nuevos métodos y artimañas y toda clase de redes y cebos y anzuelos y maneras diversas de aturdirlos, cerrarles la salida y hacerlos caer en la trampa.

¡Cuántos peces hay en el mar y cuántas maneras de atraparlos!

El más pequeño de todos, el "saltador", que no es un pez sino un bicho, una especie de saltamontes del mar, un insecto del agua. Es traslúcido y sus interiores y vísceras se ven como a través de un vidrio. Dos aletas lo preceden y por atrás, una doble cola, por lo que al darle vuelta no se sabe donde está la cabeza y donde la cola.

Su tamaño es del largo de medio dedo de una criatura y un décimo de dedo de diámetro. Es pequeño y torpe. Salta y brinca dentro del agua y no sabe nadar, y cobra importancia sólo al estar prendido del anzuelo, pues dicen que nada como él para atraer a los peces.

Después viene el cangrejo; distintos tipos de cangrejo. Los blancos amarillentos que moran en los orificios de la arena, los multicolores y de dura coraza en los recovecos de las rocas, pequeños, grandes y hasta enormes, a cuya vista se retraen alarmadas esas pequeñas intrusas, nuestras manos, e irrumpe, excitado, el comentario, "¡oh, miren qué cangrejo!"

Los cangrejos no tienen importancia y nos son antipáticos. Se les considera unos bichos malvados, y circulan historias sobre pequeñuelos que perdieron una mano o un dedo o sufrieron mordeduras sangrantes causadas por el poderoso par de pinzas de esa rara criatura, cuya parte trasera marcha hacia adelante y la delantera hacia atrás.

Le siguen los peces "impuros", multicolores, que moran en las rocas primeras, en las pozas pequeñas y llenas de algas. Hacen su camino por la pared de la roca, desaparecen de pronto debajo de ella o en los recovecos preferidos, y de pronto se lanzan en raudo vuelo de un rincón a otro. Características, jamás su tamaño sobrepasa al de dos dedos de bebé ni su grosor al de uno. Ostentan diversos colores, pero los principales son el pardo, el azulino y el verde, que combinan los colores del agua, la roca y la arena que les sirve de morada. Son resbaladizos, no hay por dónde apresarlos, y no tienen escamas ni aletas verdaderas. No está permitido comerlos y dicen que su gusto es abominable.

Y por encima de todos, los peces comestibles, de plateada escama y blanca aleta, los largos y los chatos, los gruesos y los finos. A esos es posible verlos en su primera infancia en cantidades, elevándose y moviéndose con cada ola y golpéandose contra las rocas, volcándose y brillando al sol. En su adolescencia, en cardúmenes más pequeños y ya adultos, cuando el mar los lanza de sus profundidades a la playa, o cuando cuelga encorvado del hilo de cáñamo del pescador árabe, que le atraviesa las agallas y la boca.

Esos pescados son permitidos y gustosos, y generalmente los compra mamá al peso; yacen encogidos sobre el plato de cobre de la balanza, y entretanto es dable observar al pescador de piel tostada y fibrosa, inclinado sobre su cesto y pretendiendo justificar el despojo de una onza con un griterío que

no consigue impresionar a mamá, con su voz serena, quien después los toma como están, les raspa las escamas, los abre, dona las vísceras a los gatos del patio y los guisa en medio de ruidos, aromas y gran calor y excitación.

Elik sostiene que nosotros, los niños, podemos de cuando en cuando pescar alguno de esos “bures” chatos y anchos, y sólo hay que saber, atreverse, armarse de paciencia. Así le ahorraremos a mamá la compra del pescado y comeremos de lo conseguido con nuestras propias manos, y ha de saberse que lo que Elik ambiciona es eso, comer de lo que consiguió con sus manos.

¿Cuáles son, pues, los medios para pescar a todos esos habitantes del mar?

Cada especie requiere su método.

La pesca de los “saltones” no es sino un juego de niños. Simplemente con las manos y los diez dedos. Primero, subirse a la roca y desde allí observar el agua de la vecindad, en todas sus bahías y hondonadas. Regla primera: en el momento de la pesca, no estar personalmente dentro del agua, para no espantar a toda la creación dentro de ella y expulsarlas hacia sus guaridas.

Una vez apostado sobre la roca e inclinado observando el agua, decidir hacia dónde dirigir la mano. Hecha la decisión, cerrar todos los caminos de retirada con ayuda de cuanto chico haya a mano, y ¡a callar se ha dicho!

Comienza la operación. Introducir la mano con los dedos hacia adelante y hurgar con ella el pie de la roca. De inmediato surgirá un cangrejo. Dejarlo pasar. Después despegarán y se alzarán dos o tres saltones. Muy bien. Seguirlos lentamente con la mano. No dejarlos ir si no es adonde uno quiere. Es muy posible que en el camino se les unan varios de sus hermanos. Seguirlos todo el tiempo en su avance tranquilo y rastro por la roca.

Finalmente se llega con ellos a la pared de roca fijada como trampa. Allí empiezan a debatirse por falta de salida y entonces las dos manos se cierran sobre ellos. Las palmas se encogen poco a poco, alzándose junto al canto áspero de la roca, sienten el contacto quisquilloso de las aletas y finalmente salen a la superficie, apresando el botín.

Cierto día Elik propuso una innovación. A nosotros nos trajo una gran economía de tiempo porque hasta el momento en que los saltones a los peces caían, quedábamos libres para jugar a la pelota en el terreno; para mamá, empero, esa innovación significó una plaga más, fuera de las escritas.

Un frasco —dijo Elik— de esos grandes, en que mamá guarda arroz o harina o dulce de naranjas. Verter en él algunas cucharadas de harina, después llenarlo con agua de mar, disolver la harina y dejar el frasco abierto en el agua, junto a una roca. Los peces, así decía Elik —no podrían menos que tentarse por esa pasta de agua y harina y entrarían dentro del frasco, porque desde afuera lo distinguirían perfectamente y encontrarían la entrada, pero en cuanto estuvieran adentro ya no sabrían cómo salir, pues por todos los costados verían sólo agua y mar y se golpearían en vano contra las paredes de vidrio.

Teníamos nuestras grandes dudas acerca de la innovación, pero Elik no se quedó esperando a que estuviéramos convencidos. Mientras nosotros dudá-

bamos, él vació uno de los frascos de mamá, lo lavó y enjuagó en la canilla del patio (evitó la cocina, por temor a que mamá lo sorprendiera), extrajo de la despensa varias cucharadas de harina blanca, la vertió dentro del frasco y corrió al mar para poner en práctica la artimaña.

La primera vez nos demoramos junto al frasco para ver qué pasaba. No pasó nada. Si bien aparecía de cuando en cuando un pez, olfateaba aquí y allá y hasta volvía su mirada al frasco, no llegaba a tentarse, y menos aún a caer en la trampa de paredes transparentes que le habíamos preparado dentro del agua.

—Así no puede ser —arguía Elik—. Están sintiendo que estamos aquí. Vámonos.

Temíamos por el frasco, ya que rondaban la playa algunos tipos sospechosos, pero no obstante subimos al terreno y jugamos a la pelota hasta el mediodía. A mediodía nos arrastramos, desganados, para el almuerzo, y teniendo aún la naranja en la mano, bajamos. Increíble, pero dentro del frasco había pesca. Algunos saltones y un “impuro” colorido y airoso, un pez de verdad.

Es justo confesar que al izar el frasco del mar se escabulleron de él varios saltones, y también la pieza de resistencia, el pez. El asunto mismo, empero, la importancia y significación de la novedad, fue demostrado en forma irrefutable.

Pero después de todo y a fin de cuentas, no cabe duda que el mejor y más hermoso de los instrumentos de pesca es la red.

¿Cómo se fabrica una red?

Tómese un alambre ni muy grueso ni muy fino y encórveselo hasta formar un anillo. Tírese de uno de sus extremos hacia afuera del anillo hacia adelante y hacia atrás, para que sirva de mango. Después de cerrar el anillo, rodéese el mango con alambre fino y enróllese bien, para dar más firmeza.

Búsquese ahora en el ropero una camiseta vieja de papá, de esas de verano, de tejido reticular. Si no es una camiseta, recúrrase a un trozo de mosquitero, y a falta de mosquitero, bueno es un chal viejo de la abuela. Lo importante es que sea como red y con agujeros.

Una vez conseguido el retazo digno de ser convertido en red, todo lo que hace falta es otro alambre, lo más delgado y lo más flexible posible.

Tómese el trozo de tela y únense sus orillas al anillo de alambre confeccionado anteriormente, cuidando que la unión sea de adentro hacia afuera, es decir, que sus bordes salgan de dentro del anillo, rodeen el alambre y se dirijan hacia afuera. Ahora enhébrese el segundo alambre en los agujeros de la red rodeando el anillo, apriétense los alambres uno al otro hasta obtener una especie de cesto con mango.

Este cesto, cuyo diámetro no supera al de un plato sopero, es la red. La red encantada que extrae del mar su tesoro de peces, batracios y reptiles que en él moran.

Con esa red es posible hurgar en la extremidad de la roca, perseguir a los “saltones” y a los “impuros” y recibirlos dentro de ella en su fuga de los ruidos

y obstáculos que se les colocaron por todos los costados, y una vez que se recogió todo lo que cabe, se la levanta de un impulso hacia arriba, dejando que el agua se filtre en un chorro acelerado, todo según el tamaño de los agujeros y la calidad de la red. Después se abarca el sedimento palpitante de vida dentro del puño, se salta a la arena y allí se da vuelta a la red, se la sacude, se libera de sus hilos a algún saltón de duras aletas, y se traspasa la redada a los frascos y latas redondas llenas de agua, arena y hierbas marinas, cada especie por separado, según nombre y tamaño: peces, impuros, saltones y cangrejos.

Más arriba de la red se encuentra, naturalmente, la caña de pescar. Cuántas veces hemos intentado fabricarnos cañas con los juncos que arrancamos a orillas del Yarkón, con hilo de enrollar y alfileres doblados, la ayuda de un corcho y el agregado de un trozo de plomo y todo lo que se necesita y lo que no es tan necesario, pero nunca llegamos a ser poseedores de una caña de verdad, ni mucho menos de la paciencia de estar sentado con ella debajo del casino, y va sin decir que jamás pescamos nada.

Pero la reina y señora es la red grande de pescadores. Esa que los pescadores usan para desplegar su magia. Que sacuden y extienden y vuelven a sacudir y pliegan con mano hábil, que hacen bailar y arrojan de un solo impulso y de siete distintas maneras, que tiran hacia sí con dos puños apretados y fibrosos, que enrollan sobre el hombro mientras se alejan con paso lento y silencioso. Con esa red, naturalmente, no teníamos ningún contacto, fuera de la contemplación admirativa.

Un día de invierno, gris y de fuerte oleaje, nos deparó una ganga preciosa: varios pescados comestibles, "bures", arrojados a la playa.

Estábamos de pie contemplando el mar y clavando los ojos en el lugar donde sus olas espumantes, turbias, se precipitaban sobre lo que en un tiempo eran las escaleras que llevaban al segundo piso de los baños calientes, mientras nos preguntábamos cuándo las olas acabarían con ellas.

Elik, que jamás podía estarse quieto junto a los otros, se metió dentro del agua (previo enrollado, como ya se explicó, de los pantalones), tratando de tantear con sus pies las rocas, nuestras rocas, que la turbulencia del mar cubría indiscriminadamente.

Acudimos a sus gritos. Con nuestros ojos vimos cómo las olas golpeaban cardúmenes de peces "buri" contra las rocas, y desde las rocas los arrojaban a la arena. A los talones de Elik nos precipitamos sobre tres o cuatro de ellos, que si no fuera por nosotros hubieran vuelto con la próxima oleada al mar.

Estábamos tan emocionados que al principio no atinábamos a hacer nada. Dispersas en la arena había madejas con las cuales los pescadores hacían collares para sus pescados. Tomamos una y arrojamos sobre ellas a nuestros tres infortunadas víctimas, y todo eso a la carrera, porque ya corríamos con todas nuestras fuerzas para traerle a mamá nuestro tesoro y antes que acabáramos de atarlos ya estábamos en la cocina y ya nuestros prisioneros susurraban y se freían en la sartén materna.

Pero no recuerdo a Elik tan emocionado ni tan absorto en los pescados o en la pesca como cierta mañana de invierno, entre las columnas de cemento de los baños fríos dejados en el abandono, como solía suceder invierno tras invierno.

Entre las columnas y al amparo de una de las paredes desnudas se había congregado una familia de pescadores judíos, de los pocos que se dedicaban a la pesca minúscula.

Un hombre que nos pareció el hijo mayor vino con una plancha de hojalata y comenzó a agujerearla con ayuda de un clavo y una piedra. Las mujeres —una anciana y varias niñas— desescamaban pescados que extraían de una cesta de paja. Les extraían las entrañas y los sumergían dentro de un balde con agua de mar.

El que parecía el padre (sólo lo veíamos de espaldas) se inclinó sobre un ángulo que hacían una columna y una pared para soplar al fuego, protegido por piedras en todos los costados. De pronto se alzó la llama.

Elik no podía apartar los ojos, ni del que hacía los agujeros, ni de las que extraían las entrañas ni del que soplabla la llama. Y la familia ocupada en forma tan intensa y acelerada en preparar su comida, no prestó atención a los dos chiquillos que estaban junto a ellos, con los ojos desmesuradamente abiertos.

La plancha agujereada fue posada sobre el fuego y por entre sus agujeros hicieron su aparición lenguas rojizas y prudentes. El humo se hizo más espeso y con nuestros ojos vimos al brujo de la hoguera haciendo arder tablones y cajones rotos que el mar, salado y furibundo, acababa de lanzar. Mojados aún eran arrojados al fuego sometidos con mano férrea y obligados a lanzar humo, sin piedad y sin remedio. Y entonces llegó lo más interesante.

Sobre la lata candente fueron colocados los pescados, que comenzaron de inmediato a susurrar y chirrear, mientras el hijo mayor los invertía diestramente; un olor a chamuscado empezaba a extenderse, permaneciendo en el aire.

En la extensión de playa abierta el agua se deslizó por la arena abriéndole surcos, pero aquí se tejía briosamente una vida de familia.

Enrojecidos y tiznados, los pescados eran retirados de la plancha y colocados junto a la pila de “pitas”^{*} sobre el refajo de la madre, en la arena. Otros pescados ocuparon su lugar, mientras que la nube de humo se iba espesando y elevando. Los niños de la familia empezaron a comer y Elik no ocultaba su envidia abierta y dolorosa. Pero no se movía. Sin quitar los ojos de quienes comían y quienes asaban, se fue acercando a mí. —Pescadores— dijo, como si acabara de caer en la cuenta. —Pescadores. ¡Y cómo disfrutan!— y después de una pausa, como haciendo un gran descubrimiento:

—¿Viste? Así hacen ellos el pescado.

No tenía entonces más de seis o siete años, pero yo recuerdo ese momento como si estuviera sucediendo ahora. La curiosidad tranquila y profunda del niño, las sencillas frases con las cuales ese chiquillo travieso que cursaba el se-

* Panecillos chatos al estilo oriental.

gundo grado expresó casi toda su filosofía de la vida: la esencia, la esencia siempre, obrar, con las propias manos.

—Así fríen ellos sus pescados. Así vive una familia de pescadores. He aquí a una familia de pescadores. He aquí cómo se han hecho una casa entre las columnas abandonadas de los baños. Y la vida es así, dentro, muy adentro de las cosas, cerquita de los elementos, del mar, de los peces, de la arena, del viento...

CON SUS PROPIAS MANOS

Elik amaba el trabajo. Nada despertaba mayor admiración en él que la vista de un obrero trabajando. Albañiles sobre todo, pero también zapateros, vidrieros y componedores de primus, eran sus mejores amigos. Una extraña amistad se desarrolló entre Elik y Shimón, el zapatero yemenita. Éste sentía por Elik un gran afecto, pero al mismo tiempo su ira se desencadenaba contra él con suma facilidad. Era un zapatero ambulante, y en su caja de herramientas había una infinidad de tesoros, siendo el máspreciado esa lezna que era también imán y capaz de cazar a los minúsculos clavitos en cardúmenes. Solíamos estar las horas junto a Shimón viéndolo remendar una suela o pegar un taco y jugando, por riguroso turno, con ese juguete maravilloso que daba por tierra con todas las leyes transitadas de este mundo y abría una brecha hacia un nuevo movimiento, una nueva tendencia, un nuevo impulso, basado más en lo que atrae que en lo que oprime.

En una oportunidad Shimón le arrojó a Elik un cuchillo, y si éste no hubiera sido endiabladamente ágil no habría evitado la herida; y todo porque, de tanta amistad, lo provocaba. Le arrebatava las herramientas de debajo de las manos y lo molestaba continuamente en el trabajo. Porque esa característica tenía Elik: a todo aquel que amaba, provocaba. ¡Cómo amargó la vida de los numerosos perros y cachorros que fueron propiedad suya, en el transcurso de su corta existencia!

Porque amaba el trabajo, cada edificio nuevo que se levantaba en el contorno le costaba a mamá, por lo menos, un par de pantalones. Los anuncios de sus nuevos tesoros: un pozo de cal apagada, una pila de bolsas de cemento, pilas de ladrillos, toneles de pintura, los traía encima suyo y con generosidad de amante: manchas de cal sobre las rodillas y la blusa, manos pintadas hasta los codos y zapatos tintos en amarillo, verde y rojo. Los fondillos de los pantalones tenían un talento prodigioso para atraer las gotas de negro hollín imposibles de lavar y su frente, rostro, niña del ojo, mentón y cuello, se adornaban con lampones de los que era posible deducir dónde había estado parado mientras contemplaba el trabajo del revocador. Porque el principio no admitía concesiones: con sus propias manos. Sólo con sus propias manos.

Nuestro patio, el patio de la casa, era un reino inmenso y amado, porque

no hay un lugar donde todo no esté sometido a la obra de las propias manos como el patio.

El piso del patio, arena. Pero no la arena blanca del mar ni la arena roja de los naranjales. Áspera, roca desmigajada de la loma que hubo antaño, llena de residuos de construcción y trozos de cemento, dura para el pie descalzo y rica en guijarros resbaladizos. Una tierra miserable, en la que nada brotaba ni tentaba, desigual en su colorido y desprovisto de encantos ocultos. Tierra de uno de los tantos patios del oeste de Tel Aviv, patio de pobres; pero porque era nuestro, no lo había mejor. Desnudo había estado, hasta que vinimos nosotros. Rodeaba la casa por todos los costados concediéndole sólo un vano que besaba la calle, allá donde el balcón del frente le ofrecía sus escalones.

Un solo elemento vivo en el patio, la canilla. Fuera de ella, no vivían en él sino esas criaturas insignificantes que es posible encontrar en todo baldío, esa lombriz larguirucha a la que llamábamos "tijeras" debido a sus dos tentáculos que lanzaba hacia adelante mientras se arrastraba sinuosamente; mariquitas, caracoles, infinidad de hormigas negras y rojas, alguna lagartija, de tanto en tanto, gorriones visitantes con los que nos ensañábamos. Los gastos, miles si no millones, no vienen ahora al caso y merecen un capítulo aparte.

La canilla era el centro del patio, no por su posición geográfica, sino por su importancia. Dos cualidades tenía. Una, que salía de la tierra y el caño que llevaba a ella estaba profundamente enterrado, de modo que el agua salía fresca, aun en pleno mediodía estival, y la otra, que goteaba. Y porque goteaba se había formado a su alrededor una superficie verde, resbaladiza, llena de interés y humedad... Siempre había un charco a sus pies, siempre se podía sorprender a un gorrión sorbiendo y siempre era posible introducir el dedo dentro de la boca de la canilla para sentir allí un terciopelo húmedo y acariciante y un burbujeo que despertaba un secreto placer.

Finalmente, no debe olvidarse que la canilla era un pretexto para trabajar. De vez en cuando papá solía declarar la guerra al charco (en la casa había mosquitos, y por la noche nuestro padre patrullaba las camas de sus hijos y el golpe de sus palmas contra las paredes daba cuenta de cada mosquito aplastado, lo que de inmediato se registraba en la pared con una pálida mancha rojiza). Y una vez dictada la sentencia, nos hacía trabajar. Elik libraba una batalla obcecada por la posesión de la pala, y finalmente conseguía trabajar con ella. Ya teníamos experiencia. Primero, abrir un canal para desviar el agua del charco. Con ayuda de la pala el agua se dispersaba, y entonces empezaba el ataque contra el charco mismo, con puñados de arena seca que se rastrillaba del suelo lo más ruidosamente posible. Papá solía observar sesudamente la canilla, y el resultado de su examen se expresaba en esa palabra mágica: el "packung", y el "packung" está malo. Después de mirar y repetir "packung" todos quedábamos contentos y con la conciencia tranquila.

Dos o tres veces intentó papá arremeter contra la canilla con un trapo, un esparadrapo o una goma, pero tarde o temprano tornaba a aparecer el charco, el contorno de la canilla reverdecía, y al meter la mano dentro del caño se vol-

vía a sentir esa caricia aterciopelada y fresca, que daba placer.

Otro trabajo que la canilla obligaba a hacer en su cercanía, era el lavado. Por la mañana papá prendía la leña debajo de la batea, pero por la tarde, de regreso de la escuela y con la mitad del día por delante, la mejor mitad, el fuego pasaba a nuestro cuidado (lo que comprendía leña, queroseno en momento de apuro, ceniza caliente, asadura de patatas).

Para entonces ya el patio parecía la boca de un río enorme y turbio, al que se habían agregado lagunas, ciénegas, arroyos y afluentes. El agua de jabón, azulada y espumante, erraba por la arena esponjosa, y no alcanzaba a absorberse cuando llegaba la nueva, que iba más lejos. Una sensación al mismo tiempo repugnante y deliciosa daba hundir el pie en ese pantano jabonoso. La yemenita tenía las manos como el interior pelado de un fruto rugoso y las alas de su vestido estaban metidas dentro de sus pantalones negros y largos. Arrebolado estaba el rostro de mamá y ante su insistencia le ayudábamos a colgar dos o tres pares de medias. Pero toda nuestra dedicación estaba en el trabajo. Y ¿qué era trabajar? Asar las papas, canalizar el patio para hacer correr el agua, levantar diques sobre los lagos que persistían, talar árboles secos, soplar la llama, en suma, todo aquello que iba a contribuir, hacia el final del día, en el momento de subir a casa, a esculpir ese rostro tiznado que provocaría el gesto desesperado de mamá: “¿Quién los lavará ahora? No tengo tiempo para ustedes. Cuidado con entrar así a casa”.

El remedio para el charco de agua vino de donde menos se lo esperaba. Unos primos nuestros, que tenían casa con patio en otra zona de la ciudad, trajeron un día sábado medio cacho de bananas verdes como regalo para mi madre. ¿Qué valor tenía una banana? Nada. Y menos tratándose de bananas árabes, cuya forma no es redondeada sino una sucesión de ángulos agudos y planos. Cuando preguntamos por su origen resultó que provenían de ese árbol (podía llamarse árbol) de brazos extendidos, dentados, mustios, que bebe del agua de la canilla del patio, se toma en serio su existencia, florece, da fruto, forma un racimo.

—Plantemos uno en el patio —dijo mamá.

—¿Por qué no? —dijeron los primos—. Todos los días podamos por lo menos un vástago ansioso de convertirse en árbol.

Munidos de lo más selecto de las advertencias lanzáronse los dos hermanos a su expedición por las dunas, la entrada de los barrios y la vera de los caminos, trayendo a su regreso, bien envueltos en sacos húmedos, tres tiernos retoños.

Al llegar encontramos un pozo ya abierto y relleno con tierra rojiza, que era tenida por tierra mejor, y vimos el agua del charco gotear dentro del pozo. Los vástagos fueron plantados y ya se los veía, desamparados, en medio del patio desnudo y candente. Los regábamos profusamente. Uno no prendió, el otro se quebró en el primer día de lavado y el tercero creció transformándose en un frondoso árbol de banana, con flores dulces-melosas-rosadas, alargados racimos, basto fruto, y por encima de todo, nuestro. Pero para eso hicieron fal-

ta dos años, y a partir de entonces, el charco y el goteo de la canilla se legitimaron y todo nuestro trabajo con la pala, con la tierra, con la bosta y con las derrengadas carretillas se convirtieron en acciones legales. Pero antes de que transcurrieran esos dos años alcanzamos a enriquecer el patio con nueva vegetación. Como queda dicho, era el nuestro un patio desnudo, y fuera de una mata espinosa de cerco que de tanto en tanto amarilleaba con algunas asquerosas cabezas de florecillas que llamábamos “vela de noche”, y que no nos atrevíamos a cortar por miedo a que nos afectara la vista, como decían los chicos del barrio —no brotaba en él nada. El patio del edificio vecino de tres pisos se caracterizaba por una dispersión de tamarindos, cuya florecencia rosada era uno de los primeros temas para la expresión entusiasta: mira qué hermosura. Los patios de más allá de la calle Hayarkón, en dirección al Este, tenían jardines o rica vegetación salvaje. Nuestro patio de pobres era raquítico, y ansiaba ser nutrido con nuestras propias manos.

Durante el invierno toda la escuela, bajo la guía del maestro de ciencias naturales, se dedicó a plantar huertas, y las semillas de rabanitos y cebollines estaban al alcance de todos. Cierta vez reparamos que también en casa teníamos algunas cajas de cerillas con semillas de los dos tipos. Aquí ya rozamos otro capítulo, el de las raterías, pero este merece un tratamiento por separado, por lo que lo dejamos ahora. Lo cierto es que las semillas estaban, y el patio pedía que se le enriqueciera y el comienzo del invierno era buen tiempo para empezar.

Teníamos presentes las lecciones del maestro y obramos de acuerdo con sus instrucciones. El jardín tenía la forma de una lomita chata, con los cantos bien marcados, elevándose un poco sobre el nivel del patio. Traíamos tierra en una batea vieja que apoyábamos en dos vigas y conducíamos entre dos, uno adelante y otro atrás. Decenas de veces fuimos y volvimos con nuestra batea, perseguidos de patio en patio, hasta que en el nuestro se acumuló una montaña de tierra castaño-rojiza, del color de la fertilidad.

Raspábamos el abono de la calle con pala y lata. Nos arrojábamos sobre cada rosca de caballo como sobre un precioso botín. Un tesoro inapreciable nos deparaba la parada de los coches de los árabes, en la esquina de Allenby y Hayarkón. Allí se acumulaba la riqueza de generaciones. Nos achatábamos entre las patas de los caballos y debajo de las ruedas de los carros, raspábamos lo que debía ser raspado, sacudíamos el producto de nuestros afanes dentro de la lata, y nos lanzábamos tras el grito de quien había hecho el descubrimiento siguiente. Después rastrillamos la tierra mezclándola con la bosta, regamos en abundancia, vigilamos las nubes oteando la lluvia y sembramos en hileras, un cantero para rabanitos y el otro para cebollines.

La primera carrera de la mañana, desde la cama caliente, afuera (eh, tú, cálzate, te resfriarás) y la pregunta: ¿brotó?

Con la maleta al hombro, saltando cercos, porque era más divertido, derecho al patio, el cuerpo inclinado y los ojos inquisitivos: ¿brotó?

El milagro sucedió al cabo de varios días lluviosos. Por la mañana Elik

descubrió que los rabanitos habían levantado un diminuto techo sobre sus cabezas, abriendo un ojo hacia arriba.

Su reacción natural levantó en vilo a la casa entera. Pero no pasaba nada, gracias a Dios, sólo unos rabanitos que brotaron. Nos inclinamos sobre la tierra. El examen minucioso nos reveló muchos brotes. Más aún, descubrimos que filas enteras de tierra revelaban una tendencia a levantarse como leche hervida. De regreso de la escuela ya se podía ver de lejos el verdor (¿será posible?) y al día siguiente Elik propuso probar uno, tal vez estuvieran ya para comer.

Los rabanitos y también los cebollines —que no se quedaron atrás— crecieron rápidamente, pero nosotros los sometíamos a demasiados exámenes de suficiencia, en nuestro afán de masticar algo.

Vinieron días de abundancia. En casa había siempre rabanitos para el desayuno y la comida de la noche y el tío adoraba el cebollín. Y todo eso era nuestro, hecho con nuestras propias manos.

La desgracia se anunció anticipadamente, pero lo hizo una sola vez. Por la mañana encontramos pequeños pozos, impresos profundamente en nuestros canteros, y dentro de ellos, rabanitos y cebollines pisoteados. ¿Casco de animal o muchacho dañino? ¿Piedras que cayeron y desaparecieron? ¿Cómo? Elik propuso quedarse al acecho. La propuesta era tentadora, pero había que ir a la escuela.

Aquella noche comimos por última vez rabanitos con crema. Al día siguiente regresamos de la escuela y ante nuestros ojos tuvimos la causa de la desgracia. Mamá se encontraba ya en el patio y les arrojaba piedras. Ellos, sin excitarse demasiado se alejaban sosegadamente. Los asnos, los asnos del cargador de arena para la construcción. ¡Oh, la cólera desatada dentro de nosotros! Ahora, véase la diferencia en los caracteres: yo corrí a la quinta, para ver cuál era el daño, salvar lo que era posible. Elik se precipitó hacia los asnos.

Apenas podía ver lo que tenía delante mío. Aquello era el derrumbe, tal como suena. Odié con todas mis fuerzas a la arena de construcción, al yemenita que comerciaba con ella, a las construcciones que brotaban últimamente en cada terreno, todo ese torbellino que rompía cercos y fronteras, que penetraba en la jurisdicción privada, que estropeaba huertas plantadas por niños, que imprimía el casco del asno sobre los tiernos arriates...

Elik ya espantaba con su voz y empujaba a uno de los asnos hacia la esquina del cerco. Tenía en la mano un palo con el que golpeaba al rucio. Escuchábamos los golpes como quien sacude una alfombra desde el segundo piso. El asno lo soportaba resignadamente y la ira de Elik borboteaba hasta matar y destruir, pero de pronto penetró en él una idea. Y la idea fue el final de la acción. De un salto se encaramó en el lomo del asno. El golpe siguiente ya fue dado en el anca, mientras sus pies azuzaban las costillas del miserable rucio. Este entendió de inmediato el deseo del amo y con un largo trote salió del patio llevándose montado a Elik, triunfante.

Arranqué algunas hojitas pisoteadas y les tuve lástima. Ya entreví el fin. Elik se encariñó intensamente con los borricos. El yemenita permitía gustoso

que lo ayudara, conduciéndolos, mientras él se dedicaba a juntar sus preciosos montones en la playa.

Dos semanas por lo menos estuvo Elik conduciendo una yunta de burros que llevaban arena a las malditas construcciones que brotaban de todos los costados. Con sus propias manos empujaba de ellos los pesados sacos que se precipitaban y vaciaban en el lugar que les estaba destinado y después, con sus propias manos, sacudía los sacos y los volvía a poner sobre el lomo del asno. Orgulosamente montado volvía a hacer su camino hacia la playa.

Eso, hasta que encontró un nuevo motivo de interés.

LA CAMIONETA VERDE

Y en la mañana misma, de madrugada, un jueves.

El despertar en un cuarto en tinieblas, sólo la mano de papá, con su cálido contacto, en la frente. Cansancio, un cansancio insoportable y algo de la rebeldía del muchacho que solía rehusarse a dejar el lecho para ir a la escuela, en las mañanas invernales.

Por un momento: ¿Por qué, por mil demonios, el mundo es así, ese mundo que no permite girar dentro de la frazada cálida y dormir todo lo que el cuerpo agotado pida? Ganas de enojarse mucho con alguien, de odiar intensamente.

Y enseguida, con voz dominada por el sueño: ¿Qué hora es?

Al escuchar la respuesta, el corazón da un salto: tarde ya, y el cuerpo se dobla al yugo de la vestimenta.

El frío borra el sueño. Se oyen los pasos leves de papá en la cocina iluminada. Los ojos se encandilan con la luz. Las ropas buscan al tanteo su camino junto al cuerpo. Las manos se retuercen con rabia ante cualquier error. Una puerta floja se abre y se cierra. También mamá se levanta. Ayer, a su regreso a medianoche, todavía estaban despiertos, aguardándolo. Y ahora están con él, a las cinco y media. Vida maldita, sobre el filo del miedo. Habría que... ¿qué?, ¿educarlos para que no se preocupen?, ¿por qué no han de preocuparse?, ¿para que no sientan zozobra?, ¿para que no amen?

Los tabloncillos de la celosía, que jamás se cierran del todo, se abren en barras grises, que no alcanzan a iluminar el cuarto. Se escucha el golpe de una olla y de un vaso en la cocina, el susurro del quemador de gas.

Se afanan por él con los ojos entornados por el cansancio, quieren saber en qué pueden ayudarlo, cómo serle útil, cómo hacerse aceptables, y de ser posible, cómo ir en su lugar.

Palpó la mesa redonda, una especie de loma de objetos dispersos, encontró su manojito de llaves y se las metió en el bolsillo. El arma en el abrigo, el gorro de lana en la percha del vestíbulo. De pronto siente que no puede ir para allá, que no es capaz de soportar esta solicitud y la luz de la lámpara eléctrica, ver cómo lo atienden sin poder gritarles a todo pulmón: no hay milagros, que-

ridos míos, no hay milagros, y el amor, en nuestros días, no es escudo. Por grande y tremendo y sacrificado que sea, el amor no es escudo.

Levantó la celosía. Una mañana gris tapiza la calle. Todavía no garúa, pero la garúa no tardará. Junto a la acera verdea oscuramente el techo de la camioneta, y el piso de su caja es negro. Lugar para seis muchachos, seis fusiles.

Volvió la cabeza hacia atrás; en el cuarto ya la mañana se restregó en las paredes. Se fue directamente al cuarto de baño; al salir de allí se encontró con ellos y los siguió a la cocina. Sobre la mesa estaba la rodaja de pan, el vaso de leche, el huevo. Tomó la leche y la sorbió pausadamente; imposible tragar más. Ambos lo contemplaban en silencio, como si quisieran grabar en el corazón lo que ahora les entraba por los ojos. Sabía que les causaba una gran pena al no tomar de lo que habían preparado; sabía que dominarían su pena, y nada le dirían. En esa casa se vivía como si hubiera en ella un enfermo grave, que necesitara toda la atención, todo el silencio, toda la discreción del mundo. Pero si volviera por la noche se mostrarían intencionadamente alegres, intencionadamente complacidos, hasta la mañana siguiente.

Tarde ya. Echó una mirada al reloj. De esperar un minuto más, o dos, ese acero se resquebrajaría, y lo indecible se hubiera dicho... Pero él se encasquetó el blando gorro de lana, tomó el arma, se arrebujó en su guerrera, y dijo Shalom, tal vez nos volvamos a ver, tal vez no.

Un cuarto de hora más tarde, en Mikvé, Israel, con los muchachos.

Hay un frescor agradable. La alta cúpula del cielo, sólida y gris. La visibilidad buena, hasta lontananza. La máquina gruñe como es debido.

Le dicen que el chofer, aquel que debía ocupar su lugar junto al volante, duerme todavía. Ayer no se sintió bien. Y es necesario apresurarse, abrir el paso a la caravana. Ya es ley: cuanto más temprano, más seguro.

Con un gracioso ademán de renuncia Elik decide no esperar al dormido.

Los muchachos se trepan a la caja abierta de la camioneta. Su comandante guiará.

Aquí están, subiendo uno tras otro, el artillero, el sargento de delgada silueta y hermoso rostro, que es el mayor de todos, y tras ellos los cinco muchachos, tiernos y acerados, la última hornada de las escuelas secundarias de la ciudad, ese con su sonrisa y aquel con sus chistes, ese con su canturreo y aquel con su hablar rebuscado, un poco pretencioso. Todos un tanto borrosos en sus uniformes un poco holgados para sus juveniles siluetas, y sin embargo, nítidos y diferenciados, diferenciados y selectos. La modestia, encantadora, la mano leal.

Najum llega corriendo, el rostro embotado antes de la ablución matutina; mete la cabeza por la ventanilla del automóvil: escucha querido, andan rumores de que algo pasará hoy. Abre los ojos y ándate con cuidado.

Pone en marcha el coche, gira el volante y sale. Todos los días está por pasar algo, todos los días le recomiendan andar con cuidado. Entretanto, se prepara un camino alternativo, que cruza las arenas hasta Rishon Lezion, y

quizá ya no se nos necesite; tal vez todo ande bien, y nada pase, ni haya que andar con cuidado, ni se preste oído a rumores.

Por primera vez abandonas tu atalaya en lo alto de la camioneta y te metes dentro de la cabina del conductor; pero se puede confiar en los muchachos, son de lo mejor.

Mañana es ya víspera de *shabat*.

Al cabo de tres minutos, en el camino de asfalto, rumbo a Yazur.

Detrás de la muralla de pinos se insinúa el dorado del naranjal. Un oro alegre y rojizo. Al pie del pinar, a todo lo largo de la cuneta, brota abundante la acederilla y amarillea el buen limón con sus flores erguidas. Germinación invernal.

Es el mes de *Shvat*, es hora que lo sepas, y el recuerdo de la luna redonda y plena, la luna de anoche, da cuenta de la proximidad del décimo quinto día de *Shvat*. Tal vez dentro de dos o tres días, la fiesta de los plantíos. Tierra, tierra amada.

Atención ahora, nos estamos acercando. Arriba, los muchachos disponen sus armas. Hace algunos días, una orden rotunda inglesa les arrebató la protección de la camioneta blindada. El blindado demostró, al parecer, que servía para algo, y en cambio la camioneta abierta restablecerá el equilibrio. Desde ese momento habrá quienes hieran, y quienes sean heridos. Desde ese momento se sale con esa camioneta verde, liviana, abierta. Desde ese momento sólo la camisa verde oliva se interpone entre el corazón y las balas. ¡Guardémonos de olvidar lo que los británicos perpetraron contra nosotros! ¡No lo olvidemos jamás!

Pero una modesta ringla de almendros cuyos pimpollos florecieron de la noche a la mañana, expulsa todo juramento del corazón en brasas, y lo abre de par en par a la alegría primaria que se derrama afuera sobre lo verde, y lo amarillo, lo blanco y lo rojo, lo anaranjado, lo dorado, lo castaño, lo negro.

En el camino de asfalto, rumbo a Yazur.

Un minuto más, dentro de la aldea, alerta los sentidos.

De inmediato quedó a la vista la barricada, impenetrable como nunca. Imposible detener la máquina. Había que embestir.

Enseguida los tiros. Un diluvio. El infierno, y no hay cómo hacerle frente. Desnudos están ante la andanada.

El fuego de la camioneta golpea con todos sus puños.

Una mina o una granada prende fuego a la bencina. La máquina chirría con todas sus ruedas, se detiene.

—¡A saltar! ¡A la cuneta!

Una bala.

¿Se acabó acaso?

Una bala.

Entre jadeo y jadeo, un desvanecimiento. ¿Por la intensidad del dolor, acaso? ¿Es esto dolor? ¿Dónde están?

¿Se acabó? ¡Qué va! Es preciso luchar, es preciso vencer, mientras el caño

incandescente tire. No acabasteis conmigo, no acabasteis conmigo. Resistiremos dentro del fuego. Dios mío —están matando a mis muchachos. Los nuestros escucharán. No acabasteis conmigo. Dios mío —están matando a mis muchachos... ¿Esto es? ¿Eso es todo?...

Nada más...

Traducción de Etty E. de Hoter

Aharón Megued

Nació en Polonia en 1920; inmigró con sus padres a la tierra de Israel en 1926. Creció y se educó en la Moshavá Ra'anana donde su padre fue uno de los primeros maestros. Cumplió sus estudios de bachillerato en el colegio Herzelia en Tel Aviv. Siendo miembro del movimiento juvenil "Majanót Ha'olim", realizó su periodo de capacitación kibutziana en el kibutz Guiv'at Brenner en 1938, y fundó más tarde con su grupo el kibutz Sdót Yam, en Cesárea a las orillas del mar Mediterráneo. Entre los años 1946 y 1948 fue enviado en misión del "Hajalutz Hatzair" a los Estados Unidos de América y en 1950 se estableció en Tel Aviv, donde reside hoy en día. Fue el primer editor de la revista literaria central *Masá*, desde su fundación, en 1951, como revista bisemanal y después como suplemento literario semanal del periódico *Lamerjav*; publicó en éste muchas obras nuevas entre las que también se encuentran las de la siguiente y joven generación. En 1968 fue nombrado Consejero Cultural de la Embajada de Israel en Londres. Desde su regreso en 1971, es columnista en el periódico *Davar* del Partido de los Trabajadores (Hama'araj). Ha sido miembro del comité central de la Asociación de Escritores Hebreos y es miembro del Comité Israelí del Club del PEN (poetas, ensayistas, novelistas), club internacional. Representó a Israel en congresos internacionales. Su esposa es la escritora Ida Tzurit.

Es autor de cuentos, novelas y piezas teatrales. Sus primeros cuentos fueron publicados a finales de los años cuarenta y recopilados en 1950 bajo el título *Vientos del mar*. Este libro y la segunda recopilación de cuentos *Todo Israel-amigos* (1955), la cual obtuvo el prestigioso premio Brenner, son cuentos realistas, en los cuales se describe la vida del joven kibutz y su tema central es la relación de los individuos, muchas veces marginados, extraños o excepcionales, con la sociedad, que ahora formula su nueva y única forma de vida. Posteriormente publicó su novela satírica titulada *Hedva y yo* (1956), en la cual critica los cambios sociales e ideológicos en Israel después de la época heroica de la fundación del Estado, por medio de la descripción de las aventuras de una pareja joven que abandona el kibutz debido a las exigencias de la mujer. Dicha novela tuvo éxito, obtuvo el premio Usishkin a la literatura y fue llevada al teatro. Durante los años cincuenta y principios de los sesenta fueron llevadas a escena 10 piezas teatrales cuyas entre las que sobresalen *Jana Senesh* (1958) y *Génesis* (1962). A principios de los sesenta cambia notablemente el carácter de sus obras, en las cuales se manifiesta un alejamiento drástico del realismo. La novela *El caso del tonto* (1960) y la recopilación de tres cuentos largos,

titulada *La huida* (1962), la cual obtuvo el premio Shlonsky, son obras fantásticas que contienen elementos simbólicos y que algunas veces describen una realidad lejana como la de Nicaragua, o ficticia como la destrucción total del mundo. Sin embargo, continúa también en estas obras, en forma indirecta, la expresión de la crisis ideológica y la crítica social. Posteriormente, vuelve al camino realista, para profundizarlo y ampliarlo en diversas formas e introducir nuevos temas, siempre ligados a los procesos ideológicos, sociales y espirituales desarrollados en Israel y desde el punto de vista crítico de un amante que aspira a llegar a la profundidad de los fenómenos. En 1965 se publica la novela *El que vive del muerto* cuya trama gira alrededor de un escritor joven bohemio que se esfuerza por escribir e inmortalizar la biografía de una persona destacada, de un héroe de la generación anterior, la pionera, sin ser capaz de llevarlo a cabo, enfrentando dos épocas de la historia del país en forma irónica. La novela obtuvo el premio Usishkin. A partir de esta novela sus obras se dedican, además de los temas sociales e ideológicos, que se formulan por medio de biografías de distintos personajes ubicados en distintos marcos de la sociedad, sobre temas de múltiples relaciones entre la ficción y la realidad y entre estos dos y la teoría o la crítica literaria, la cual aspira a entender, formular y evaluar dichas relaciones mutuas, pero fracasa, ya que éstas son más ricas y complicadas que cualquier forma conceptual. Desde entonces publicó las siguientes novelas: *La vida corta* (1972); *Los cuadernos de Eviatár* (1973); *Sobre árboles y piedras* (1974); *El murciélago* (1975); *Heinz, su hijo y el espíritu del mal* (1977); *Asael* (1978); *Amor juvenil* (1979); *Viaje en el mes de Av* (1980), y *El camello y la joroba de oro* (1983). Esta fructífera creación narrativa estableció su posición como uno de los escritores centrales e importantes de su generación. En 1973, una selección de sus obras, aparecidas bajo el título *Mediodía*, obtuvo el prestigiado premio Bialik.

Sus obras han sido traducidas a varios idiomas, y al español algunos cuentos y una pieza teatral.¹

¹ *Jana Senesh*. Buenos Aires, Editorial Israel, 1961.

LLANTO

Mirtel vivía en una pequeña caseta detrás del frondoso ramaje de unos arbustos, en un extremo del kibutz. La misma dejadez que reflejaban su persona y su vestimenta reinaba en su vivienda. Había allí una cama que nunca se hacía, una mesa coja de tablas descoloridas que había cogido de la comunidad, una silla y unos cuantos cajones para diversos usos. En los rincones, por el polvoriento suelo, siempre había calcetines viejos, cintas de cuero y a veces una camisa de trabajo o alguna toalla sucia de muchos días. El olor a humo de cigarrillo nunca desaparecía del cuarto.

Era un muchacho bajo, pero de complexión fuerte. Tenía las piernas musculosas y las manos parecían palas. Su cara tenía esa expresión descompuesta, un poco perpleja, del que se levanta por la mañana después de una pesadilla. A eso se sumaba lo empañado de sus agudos ojos, en los cuales era difícil apreciar alegría, tristeza e incluso indiferencia. Era hombre de pocas palabras pero cuando hablaba lo confundía todo; construía frases cortadas y confusas en las que las palabras “de acuerdo”, “eso es”, o “pues eso será” completaban generalmente lo que no podía o no quería decir. Como era humilde y sencillo en su relación con los demás, no le tenían compasión y ni siquiera se les pasaba por la mente burlarse de él. Estaban acostumbrados a su existencia como a la de los diversos objetos que andan por el patio y de los cuales nadie se preocupa de si hay que tirarlos o darles algún uso.

La mayor parte del día la empleaba en ser el carretero de la granja y por las tardes, desde hacía unos cuantos años, repartía las pequeñas provisiones de los miembros del kibutz. Esas dos tareas las llevaba a cabo con toda meticulosidad, sin el más mínimo signo de desidia. Del burro se ocupaba con tal esmero que rozaba ya el fanatismo. Era muy minucioso con su limpieza y sus arreos y le henchía el morral con todo lo que encontraba entre los desperdicios del gallinero, el establo y los basurales. Jamás se olvidaba de prepararle la ración nocturna o el lecho de paja ni de barrer o limpiar el corral. A veces, durante las noches de lluvia o de tormenta, se levantaba en la oscuridad y

corría al corral para ver si todo estaba en orden. Nadie se atrevía a tocar el burro sin pedirle antes permiso, por miedo a que les rompiera los huesos. No había nada que lo irritara más que el que se le hiciera algún mal al burro.

El cuarto de las provisiones, reino del que sólo él era el señor, parecía más un museo que un almacén de utensilios. Los objetos estaban ordenados sobre los estantes en filas y en compartimentos, cada uno con un papelito adherido en el que además del nombre del objeto aparecía escrito un número y una fecha. El suelo y las paredes no tenían ni una mancha. A través de una ventanilla entregaba los enseres que se le pedían y no permitía que nadie pusiera el pie del umbral para adentro. Ese cuarto estaba considerado como el sancta-sanctorum de Mirtel y todos lo respetaban como tal. La libreta de registro la llevaba al detalle, no pudiéndose encontrar en ella ni un solo caso de deferencia. A pesar de ello, si alguien llamaba a la puerta de su caseta por la noche o en sábado porque necesitaba algo, nunca se negó a atenderle. Cogía las llaves y sin decir nada se dirigía hacia el almacén, le hacía una seña a quien fuera de que se pusiera al otro lado de la ventanilla y él entraba y le daba lo que pedía.

Cuando Hedi abandonó a Mirtel y se marchó de la granja no hubo en él cambio alguno por lo que nadie sabía si estaba afligido o no. Aquella mañana de verano incluso la ayudó a llevar los bultos desde el barracón en el que tenían el cuarto hasta la verja y también fue él quien los cargó a la camioneta. Después le vieron decirle un adiós corriente, como si no se estuviera despidiendo de ella más que para unas cortas vacaciones, y cuando el coche arrancó sacó Hedi la cabeza por la ventanilla y mirando hacia atrás gritó: "Cuida bien del niño, Mirtel", "de acuerdo", le contestó él. La escena dibujó una sonrisa en las caras de los que por casualidad la presenciaron. Cuando volvió al carro que tenía enganchado al burro y uno de los compañeros le dijo moviendo la cabeza en señal de duelo y con un tono consolador: "¿Se ha marchado, eh?", Mirtel se encogió de hombros y soltó, no sin un cierto dejo de burla: "Así es la vida, qué se le va a hacer, mujeres, ya sabes". Daba lástima oírle pronunciar esas palabras, y no tanto por lo que pudiera estar sufriendo sino por la forma de rebajarse.

Hace seis años, cuando Mirtel y Hedi pasaron a ocupar una de las viviendas familiares, su unión causó una gran sorpresa. Hasta entonces Mirtel rehuía a las chicas y tenía tal inseguridad con ellas que se ruborizaba, tartamudeaba y decía cosas sin sentido en cuanto alguna se dirigía directamente a él preguntándole cualquier cosa. Resultaba difícil imaginárselo en la intimidad. Hedi era un animalito salvaje, una gata golosa, en celo, que perseguía desvergonzadamente a los hombres. Esa pequeña criatura de pelo rubio y mirada ardiente era además muy testaruda, por lo que acababa siempre saliéndose con la suya y sus aventuras eran del dominio público. Cuando trabajaba en el almacén de la ropa hablaba de sus relaciones íntimas sin ocultar lo más mínimo, como quien habla del tiempo. Amaba, odiaba y envidiaba a voces. Pero todo lo que contaba lo contaba con candidez y esa facultad conseguía eliminar todo pre-

juicio moral. Era imposible enfadarse con ella de la misma manera que no puede uno enfadarse con un niño glotón aunque se le pesque robando golosinas de la despensa o rompiendo un cacharro. Nuestra reacción ante quien comete una falta está, por lo visto, determinada por la manera en que él mismo considera sus faltas. Hedi no sabía lo que era el pecado y eso es lo que hacía que la perdonaran hasta los más empedernidos moralistas. Sus historias y actos no provocaban nunca ni enfado ni desprecio, sino que eran objeto de regocijo y risa e incluso despertaban cierta adhesión y simpatía. A veces parecía que arrastraba a las demás muchachas a amar a sus amantes, a odiar a los que odiaba y a vengarse de los que le eran "infieles". Lo más divertido era cuando murmuraba contra esos "traidores" despellejándolos. Entonces se revelaba con todo su salvajismo y crueldad ilimitados. Parecía dispuesta a arañarlos, a arrancarles la piel a tiras, morderlos y asesinarlos. Y a pesar de todo resultaba simplemente divertido.

¿Qué es lo que veía Hedi en Mirtel para haberlo escogido entre todos sus amantes? Al cabo de un tiempo le quedó claro a todo el mundo que aquella locura tenía su lógica. Satisfacciones nuevas como el calor de un hogar, la compañía, y en parte una posición más respetable en el marco social, no excluyeron a las de antes, a las que tenía cuando era libre. Los dos o tres primeros meses fue Hedi como una esclava para él, y con tal entusiasmo se ocupaba del nuevo cuarto que parecía que aquella casa duraría más que ninguna. La verdad es que su comportamiento era tan decoroso y circunspeto que las muchachas decían que por fin había sentado cabeza. Muchos empezaron a poner de modelo aquella maravillosa metamorfosis mientras decían: mirad lo que puede una relación fija, cómo puede cambiar a las personas. Sólo que pasados esos meses volvió Hedi a su estado natural, demostrándoles a todos los que se habían apresurado a emitir su juicio, que estaban equivocados. De nuevo volvía a colgárseles del cuello a los muchachos y a hacerse la enconadiza con los vigilantes nocturnos. Pero también ahora parecía que sus actos no iban acompañados del sentimiento de que estaba haciendo algo malo, sino que del mismo modo que perseguía a unos y otros, le permanecía fiel a su compañero sin ver en ello contradicción alguna. Cumplía con todas las obligaciones que tiene una mujer para con su casa, y no sólo eso sino que a la mínima ocasión defendía a Mirtel con arrojo ante cualquier ofensa que se le hiciera. "Mi Mirtel", lo llamaba siempre.

Mirtel, o no sabía de las diabluras de ella o se hacía el que no sabía. Fuere como fuere él la dejaba moverse a su aire y no había nada que indicara que se llevaban mal o que algo le preocupara. Él seguía haciendo su trabajo como siempre y por la noche se encerraba temprano en la habitación y se dormía, por lo que se supone que no la veía ni salir ni entrar. Cuando tuvieron un hijo, llamado Yosi, hubo quienes murmuraban que no era de él, pero eso no eran más que habladurías y por supuesto a él no le llegaron.

Seis años duró esta relación sin que se hiciera más sólida ni se debilitara, incluso dejó de ser motivo de admiración y de crítica, hasta que un día Hedi

le dijo a Mirtel que se marchaba a la ciudad y, según contaron, se fue tras su amante, un sefardita guapetón que era taxista. Una vez que se hubo marchado, a Mirtel le pareció que no tenía derecho a seguir ocupando aquel cuarto que era para una pareja y por eso se fue a vivir a la caseta que antes había sido el taller del zapatero.

Aunque Mirtel no sufrió ningún cambio significativo desde entonces, parece que desde el día en que se marchó Hedi, el amor por su hijo, que tenía cuatro años, se hizo muchísimo más fuerte.

Yosi se parecía físicamente a su madre mientras que de su padre heredó su forma de ser con la gente. En la casa de los niños* estaba entre los que recibían los golpes y no entre los que los daban; era cerrado y uno de los blancos de las bromas pesadas de los niños traviesos del grupo. Cuando los demás niños de su edad jugaban, él se quedaba en un rincón chupándose el pulgar y sujetándose el codo con la otra mano mientras los miraba con ojos tristes. También él era lento para hablar y llevaba los pantalones caídos y sucios y la camisa salida por detrás, y siempre, lloviera o hiciera sol, le goteaba la nariz. En cuanto le hacían lo más mínimo se echaba a llorar y buscaba refugio bajo el delantal de la maestra. En el patio encontraba siempre cómo entretenerse solo.

El único consuelo de Yosi era su padre. En cuanto lo veía pasar con el burro enganchado al carro cargado de basura o de cántaros de leche corría hacia el portón cerrado del patio llamándolo y pidiéndole que lo llevara con él, y como Mirtel se negaba se quedaba allí de pie siguiendo el carro con la mirada fija hasta que desaparecía. Cuando llegaba la hora en que se dejaba a los niños en libertad para que fueran a ver a sus padres, para él llegaba el momento de la salvación. Salía disparado del patio, como un pájaro que se escapa de la jaula, y corría lo más rápido que podía para encontrarse con su padre, y no había nada que diera más lástima que ver que lo buscaba y no lo encontraba. Por las noches, después de que habían acostado a los niños, seguían oyéndose por la granja durante un buen rato el llanto y los gritos de Yosi: ¡papá, papá! Se ponía de pie en la cama y con las manos sacudía violentamente la barra de hierro que ésta tenía, como un preso que hace todo lo posible para romper los barrotes de su celda, hasta que al final desesperanzado se dormía exhausto.

Mirtel trataba a su hijo de igual a igual. Le hablaba con la misma seriedad con la que le hablaba a la gente cuando repartía las provisiones, hasta de la misma manera confusa y medio tartamuda. A veces se les oía por el kibutz discutiendo entre ellos de lo que fuera y Mirtel, parándose un poco y extendiendo las manos, como hacía cuando discutía con el encargado de distribuir el trabajo, decía: "Pero Yosi, tienes que comprender que no puedo... qué le vamos a hacer... así es... al fin y al cabo yo también soy de carne y hueso... no puedo... créeme..." y otras veces Yosi terminaba por convencer a su padre y en-

* En el kibutz los niños viven, por edades, en casas especiales para ellos, mientras que en la casa de los padres pasan tan sólo unas cuantas horas al día por las tardes. (N. del T.)

tonces podía oírsele a Mirtel diciéndole: “Está bien... tienes razón... deja ya de repetírmelo... tenías razón... se acabó.” Pero eso no disminuía en nada la admiración que Yosi sentía por su padre.

Yosi en sus juegos con Mirtel encontraba recompensa a todas las humillaciones por las que tenía que pasar cuando estaba con los niños. Su padre y él encontraban siempre un lugar solitario en alguna de las pequeñas parcelas de césped del extremo del kibutz y allí se divertían sin que nadie los molestara. Mirtel andaba a gatas con Yosi montado encima mientras éste lo fustigaba con una vara. O a veces se agachaban para cavar con las manos zanjas que convertían en cauces de río, en lagos y en mares. Pero el momento de mayor felicidad de Yosi era cuando Mirtel sacaba el burro del corral, aquel burro que no le dejaba tocar a nadie, lo subía y salía a darle una vuelta al atardecer. Yosi iba a lomos del burro y Mirtel, andando delante, tiraba de las riendas. En aquel momento se sentía Yosi como un rey. Le ordenaba a su padre que lo llevara por todos los caminos de la granja para que lo vieran todos los niños y orgulloso miraba desde su elevado asiento a sus amigos, viendo cómo éstos se morían de envidia. Durante todo el camino, hasta que llegaban de vuelta al corral, iban padre e hijo en silencio, convirtiéndose aquello en una especie de marcha triunfal por el campamento enemigo. Iban pasando por las calles de la ciudad conquistada y todos sus habitantes se postraban en silencio a su paso.

No lejos de la caseta de Mirtel, en las cercanías del taller de coches, se encontraba el almacén de un viejo jeep hundido en la arena hasta el morro. Era un trasto oxidado y abollado, pura chatarra, pero milagrosamente el volante había quedado entero. Mirtel y Yosi se apoderaron de aquel jeep. Los sábados y los días de fiesta se iban allá los dos, a aquel lugar tranquilo en el que no había ningún niño cerca, se sentaban en el oxidado asiento y emprendían sus viajes.

“¿A dónde vamos hoy?” —preguntaba Yosi.

“A Haifa”, proponía Mirtel.

“No, a ver a mamá”, decía Yosi.

“Bueno, venga, arranca ya”, decía Mirtel.

Y Yosi agarraba el volante dándole vueltas para un lado y para otro, imitando el ruido del motor y el pitido de una bocina y así salían hacia lejanos parajes. Al llegar frenaba y decía: “Hola, mamá, hemos llegado.”

“Está bien”, decía Mirtel, “ahora a Haifa.”

“Bueno, ahora a Haifa”, complacía a su padre.

Y cuando llegaban a Haifa le enseñaba Mirtel todos los lugares bonitos que vale la pena visitar: el puerto, la fábrica “Shemen”, los depósitos de petróleo, el Monte Carmelo, los bosques, etc. Y aunque Yosi ya se sabía de memoria todas las historias de Mirtel sobre esos sitios, las escuchaba como si las estuviera oyendo por primera vez y además lo ayudaba con preguntas.

“Ya”, decía Mirtel, “ahora volvamos a casa.”

Sólo que el viaje de regreso era un poco triste, como siempre lo es marcharse de sitios lejanos.

Sucedió un sábado por la tarde, cuando todo el mundo estaba durmiendo la siesta. Mirtel y Yosi acababan de volver de sus viajes. Como Mirtel estaba muy cansado y le dolía la cabeza dejó a su hijo en el jeep y se fue a la caseta a acostarse un rato. Se tendió en la cama con la ropa y los zapatos y a los pocos minutos se quedó dormido. De pronto lo despertó una voz que gritaba: “¡papá, papá!”

Mirtel saltó de la cama y corrió hacia la puerta desde donde pudo ver cómo Eitán, un niño de ocho años, el hijo de Perets, el encargado de las vacas, sacaba del jeep a Yosi arrastrándolo.

“¡Suéltalo!”, gritó con todas sus fuerzas.

Eitán seguía agarrando a Yosi por los pies y Mirtel salió corriendo hacia allá, lo agarró y pálido de furia bramó: “Qué le estás haciendo, di, qué le estás haciendo?”

A Eitán se le empezó a amoratar la cara del dolor que sentía en el brazo que Mirtel le oprimía con su manaza.

“Déjame...”, dijo entrecortadamente.

“No te voy a dejar”, siguió Mirtel apretándole el brazo, “dime qué es lo que querías de él?”

“¡Te digo que me dejes!”, gritó Eitán.

“¡Cállate!”, masculló Mirtel lleno de ira acercando amenazadoramente el dedo a la nariz del niño. “Cállate te he dicho...” De repente sintió que le subía la sangre a la cabeza inundándole el cráneo y que se le nublaba la vista. “Ahora te voy a enseñar qué es eso de arrastrarlo por los pies”, le dijo dándole una bofetada, “yo te voy a enseñar a ti lo que es bajarlo del jeep”, y le dio otra bofetada, “vas a saber lo que es bueno...”

Ante la potencia del golpe el niño se acurrucó intentando protegerse, pero Mirtel estaba fuera de sí y con su fuerte brazo lo lanzó violentamente contra el suelo. El niño salió rodando por la arena como un ave degollada.

“Ven”, agarró de la mano a Yosi que estaba sentado en el suelo sollozando, horrorizado por lo que veían sus ojos, “ven”, se lo llevó hacia su cuarto como quien huye del lugar del crimen.

Cuando se dejó caer en la cama no sintió remordimiento alguno. Tenía en el paladar el dulce sabor de la venganza, él, que hasta entonces no sabía lo que era vengarse.

Al cabo de un cuarto de hora, o quizá más, se oyen fuertes golpes en la puerta y en el umbral estaba Perets con su hijo de la mano.

“¿Qué le has hecho?”, dijo con voz ahogada.

Mirtel, alzando la vista hacia el niño, le vio la cara magullada y un enorme chichón en la frente. Se quedó perplejo ante él y no dijo nada.

“Te compadezco”, dijo Perets después de un largo silencio, “si no acabaría contigo ahora mismo. Pero no vas a quedarte aquí ni un momento más.” Y salió dando un portazo.

Por la noche, después de que hubieron acostado a los niños, volvió Mirtel a la caseta, cerró la puerta y tomando una manta a manera de fardo recogió

todas sus cosas que eran muy pocas.

Después fue al corral, echó cebada en el morral del burro y le preparó el suelo con paja.

De allí se fue al almacén de abastecimiento y metió la llave con el manajo en el ojo de la cerradura de la puerta.

Volvió a su cuarto. Se tiró vestido en la cama y se durmió.

Al día siguiente, cuando todavía flotaba la neblina de antes del amanecer y nadie se había levantado todavía para trabajar, se dirigió Mirtel a la casa de los niños, despertó a su hijo, lo vistió y le dijo: "Ven, nos vamos."

"¿Con mamá?", preguntó Yosi.

"No, no con mamá", dijo Mirtel mientras se lo llevaba.

"¿A dónde?", preguntó.

"No importa. Ya lo verás."

Yosi se dio cuenta de que estaba pasando algo fuera de lo común, algo espantoso, horrible, y cuando entraron a la caseta y vio el fardo en un rincón rompió a llorar y se sentó en el suelo, despatarrado.

Mirtel cogió el fardo con una mano y la otra se la tendió a Yosi.

"Deja de llorar. Basta. Ven. Vámonos ya."

Yosi seguía llorando y no se movía de donde estaba.

"Ven", lo agarró Mirtel de la mano.

Pero Yosi no se movió.

"Ven de una vez. Nos vamos. Todo irá bien." Intentó Mirtel levantarlo.

Pero estaba como pegado al suelo. Mirtel no entendía por qué de repente el niño pesaba tanto que no lo podía levantar. En cuanto lo soltaba un poco volvía a pegarse al suelo.

"No seas niño", intentó Mirtel convencerlo, "nos tenemos que ir y se acabó".

Yosi lloraba más amargamente todavía.

Mirtel no sabía que hacer con él. Se sentó sin fuerzas en la cama. El frío de la mañana le daba escalofríos. Fuera todo estaba empañado, silencioso, empapado de rocío. Y el llanto del niño seguía y seguía sonando penetrante, como si nunca fuera a cesar.

Traducción del hebreo: Ana María Bejarano

Janój Bartóv

Nació en Petaj-Tikva en 1926, hijo de una familia de obreros, trabajó desde muy joven para mantener a su familia. En 1943 se incorporó a la "Brigada judía" que luchaba como parte del ejército británico en Europa durante la Segunda Guerra Mundial. Terminada la guerra fue testigo del holocausto del pueblo judío en Europa y tomó parte en el rescate de los sobrevivientes. Al volver a Israel, empezó sus estudios de sociología e historia en la Universidad Hebrea de Jerusalem, abandonándolos para integrarse al regimiento que defendió Jerusalem. Entre los años 1947 y 1949 participó en las batallas en Jerusalem y sus alrededores. Al terminar la guerra reanudó sus estudios en la universidad, los cuales finalizó en 1951. Entre los años 1951 y 1955 fue miembro del kibutz Ein Hajorésh, donde se dedicó a la agricultura y a la enseñanza. En 1956, se trasladó a Tel Aviv, lugar en el que fue editor nocturno del periódico *Lamerjáv*. Entre los años 1958 y 1960, fue corresponsal del mismo en los Estados Unidos de América, hasta la clausura del periódico en 1970. Y a partir de 1971, se reincorpora nuevamente como miembro de la redacción y columnista pero ahora del periódico *Ma'ariv*. Entre 1966 y 1968, fue agregado cultural de la embajada de Israel en Londres.

Es autor de cuentos, novelas y piezas teatrales. Su primer cuento fue publicado en 1944, pero no fue sino hasta que concluyó sus estudios universitarios cuando empezó a dedicarse a la creación literaria. Primero, publicó novelas cuyos temas son los cambios sociales en Israel después de la fundación del Estado. La primera, titulada *La cuenta y el alma* (1953), presenta y critica los cambios ideológicos y sociales en el Estado recién fundado, por medio de la trama de un joven que abandona los ideales nacionales y sale del país. La segunda, titulada *Seis alas para cada uno* (1954), describe los años de la inmigración masiva a Israel, de los refugiados de Europa y de los países árabes, enfocándose en los esfuerzos realizados en la absorción de los nuevos inmigrantes, en los logros y los fracasos y en la tensión de los personajes entre el pasado y el presente. La novela fue llevada a escena en Israel, en Estados Unidos de América y en Francia y obtuvo el premio Usishkin (reapareció en una nueva elaboración en 1973). Posteriormente publicó dos recopilaciones de cuentos sobre la vida del kibutz, de la Moshavá y de los suburbios de la ciudad titulados *El pequeño mercado* (1957) y *El corazón de los sabios* (1962). Éstos son cuentos realistas que describen tensiones sociales por medio de la presentación de personajes singulares o extraños y la relación de éstos con la sociedad o presentan dilemas morales, que surgen también durante la guerra, los cuales provo-

can procesos internos intensivos. Sus novelas posteriores tienden a describir temas relacionados con el destino del pueblo judío y con la identidad judía. Los materiales están basados muchas veces en su propia biografía, pero sirven como base para temas generales. En la novela *Heridas de adolescencia* (1965), relata la historia de un joven soldado israelí en la brigada judía, así como la trama del encuentro con sobrevivientes del holocausto, la cual provoca la reflexión acerca de la identidad judía y sobre su incapacidad de venganza sobre los nazis. La novela obtuvo el premio Sholonsky. La siguiente novela, *De quién eres tú, niño* (1970) describe la niñez en Petaj Tikva, su tema es acerca de la relación entre el tzabar (nacido en Israel) y su país, su paisaje, su estructura social y sus ideologías. En la novela *El simulador* (1976), construida en forma de novela detectivesca, se profundiza el tema de la identidad judía en Israel, así como la relación entre ambos. Su última novela, *A la mitad de la novela* (1984), es una reconstrucción hecha por un muchacho sobre la vida y obra de su padre, quien era un pionero, en forma no convencional, que tiende a anular los límites entre la ficción y la realidad iluminando la vida de dos generaciones en Israel. Dicha novela fue premiada con el prestigioso premio Bialik. Asimismo publicó otro libro de cuentos titulado *Pequeño judío* (1980). Una selección de sus obras fue publicada en 1973 bajo el título *Hermana lejana*. También publicó entre otras obras, crónicas e impresiones de su estadía en los Estados Unidos de América y en Inglaterra, así como algunas piezas teatrales, que fueron llevadas a escena, y una biografía de Dado (David Eleazar), el jefe del Estado Mayor de Tzahal (el Ejército de Defensa Israelí), en la cual pone énfasis en los días dolorosos y controvertidos de la guerra del Día del Perdón (6 de octubre de 1973). Asimismo tradujo novelas y ensayos del inglés al hebreo. Algunas de sus obras han sido traducidas a varios idiomas, algunas de ellas al español.¹

¹ *Ni ángeles, ni demonios*, Buenos Aires, 1956; *Seis alas para cada uno*, Jerusalem, La Semana Publicaciones, 1974; *El simulador*, Jerusalem, La Semana Publicaciones, 1978.

DOBRIN, EL HOMBRE

Pero primero hay que iluminar el fondo: no se trata aquí de la venta de nuestro departamento, sino del encuentro con Dobrin. Fue el aviso en el periódico el que lo trajo aquí.

Es más: hay que mencionar que era un departamento en el sótano. Hasta que él vino, no hubo quien abrigara —en serio— la intención de comprarlo. Hasta el día de hoy dudo si fue el departamento lo que enfermó a nuestro hijo. Pero desde el momento en que oímos de boca de los médicos que la medicina anda perpleja y no sabe ni qué le produjo a nuestro niño la enfermedad, ni conoce algún medio comprobado de curarlo, comenzamos a achacarle todo al departamento. La enfermedad es muy rara en este país, nos explicaron los médicos, y el índice de su frecuencia hasta el presente ha sido de un solo caso en 400 000 habitantes, aproximadamente. En un pequeño país como el nuestro eso significa en total cuatro o cinco casos al año. La rareza de la enfermedad, por supuesto, no es algo que deba deplorarse, pero, debido a la ínfima cantidad de casos, los doctores carecen de experiencia teórica y práctica. Por qué enfermó justamente nuestro hijo —esta cuestión no dejaba de picotearnos el cerebro y le hallamos respuesta en el sótano que nos compramos en un momento de ligereza e irreflexión. Si hubiéramos pensado dos veces antes de enredarnos con una planta baja, no tendríamos ahora sobre la conciencia un niño enfermo, nos dijimos, y en aquel momento surgió la decisión: vender, y de inmediato.

Me levanté y fui a colocar un aviso en el periódico, en tres líneas breves: tres cuartos y una gran antesala y, por supuesto, la dirección. Traté de ocultar un detalle, porque ahora sabía lo que no sabía cuando llegué a la ciudad, que ni el más humilde entre los humildes quiere un departamento al que se baja. Todos quieren encima de los pilares. Y si no tienen recursos, buscan medio piso. Por otra parte, me dije, no podré ocultar el departamento a las miradas de quien venga a comprarlo. Al contrario, que se moleste en venir a molestarnos sólo quien sabe lo que le espera. Agregué pues “planta baja” y me abstuve,

sin embargo, de señalar el precio. Estaba dispuesto a hacer grandes concesiones con tal de que viniera alguien.

La reacción fue asombrosamente inmediata. El aviso apareció en la edición de la víspera del sábado del diario vespertino, que se lanza a la calle en horas tardías del viernes. Poco después de las 12 tocó el timbre de la entrada el primer buscadepartamentos, el más ágil entre los prestos. Esbocé para mis adentros una sonrisa zumbona: cómo se apuró éste a llegar— vaya a saber qué ganga se le andará escurriendo entre los dedos...

Pero antes de que se expandiera la voz aserradora del timbre eléctrico por el ámbito de nuestro departamento, sonó por segunda vez, y tercera. A las dos, el departamento parecía ya recepción oficial: gente que no conocíamos y que se desconocían entre sí entraban y salían. Se paseaban por las habitaciones. Probaban con la uña la pintura de las puertas, golpeaban con el dedo doblado las paredes. Bajaban el agua del excusado. Contaban los mosaicos del piso de nuestras alcobas y calculaban su superficie —y todo ello sin reparar en mí o en mi esposa—, como si hubieran entrado a la exposición anual del museo, o a una subasta de declarados en quiebra. De vez en cuando alguien se acercaba y preguntaba: “¿cuánto quieren por esto?”, pero de su gesto no podíamos deducir si habíamos exagerado o reducido el precio. El hombre meneaba la cabeza, murmuraba algo y se dirigía a examinar qué se veía por las ventanas abiertas a la calle. Sabíamos lo que se veía: las piernas de los transeúntes, las ruedas de los autobuses, los tubos de escape que estornudan en una nube negra. Mi mujer y yo nos apretujamos en uno de los rincones con nuestro niño en el medio, y sonreímos uno al otro. Muy chistoso —publicamos un pequeño aviso en el periódico y ya era como si nos hubieran expropiado nuestro hogar. El barullo que había en la casa me divirtió mucho. Me sentí como un niño con sed de visitas: habrá alborozo hoy, la gente vendrá y vendrá, tal y como lo predijeron mis amigos. Dijeron: un aviso y la corriente de personas no cesará de fluir tres días con sus noches. Vendrán de toda laya.

Sería interesante referir ampliamente sobre cada uno de los que en busca de casa vinieron a examinar lo que teníamos para ofrecerles, si no se tratara de otra cosa, es decir, del sorprendente encuentro con Dobrin. Vino, por ejemplo, un sastre minúsculo y pálido cuyas exigencias eran modestas y todo le pareció bien, sólo que tenía un problema: si los inquilinos tendrían a bien consentir con que operara su máquina eléctrica de coser. Esta produce un rudo efecto, dijo, sobre la nitidez del sonido de los receptores de radio, y ahora, por ejemplo, tenía muchas dificultades con los vecinos, que se oponían a tener un taller en su casa. Pero qué puede hacer él —el hombre se ve forzado a trabajar.

Vino un obrero con negras manos de curtidor cuyas yemas parecían haber sido esculpidas con cincel de tallista. Abrió la puerta y acto seguido se llenó nuestra antesala con una nutrida concurrencia de niños, yernos, tías. Toda la vida vivimos en un solo cuarto, dijo, y buscamos un tanto de lugar. ¡Somos gordos, bendito sea Dios, y necesitamos espacio!

Vino una señora simpática cuyas venas azules se traslucían en la piel de

su frente como a través de las pantallas de papel de las lámparas de mesa. "Soy maestra de jardín de infantes", dijo con voz suave y canora, en tanto que su marido permanecía de pie a un lado, con las manos recogidas sobre el trasero, paseando los ojos lentamente de pared en pared, del suelo a las ventanas. "¡Qué departamento ideal!", exclamó con admiración. "¡Podría instalarse aquí un *kindergarten* modelo!" "¡Y hay patio además! ¿No se opondrán los vecinos a que cerquemos parte del patio para nuestro jardín de infantes?"

Vinieron dos parejas jóvenes del campamento cercano de nuevos inmigrantes, y aun antes de que pegaran el pulgar al timbre eléctrico, oímos el trueno de sus motocicletas que aterrizaron como un par de pesados bombarderos.

Vino un intermediario de inmuebles que sólo quería averiguar si en el aviso que publiqué en el periódico no habría alguna ganancia para él.

Vino un anciano enfermo del corazón, con su viejecita. El doctor, nos reveló con una sonrisa reconciliada con su destino inevitable, le prohibió subir escaleras.

Vino toda suerte de gente. Vinieron y se fueron, prometieron pensarlo, prometieron el oro y el moro con las palabras dichas como conviene. Y yo, ya lo he dicho, me sentía feliz con el alboroto. Me mantuve de pie apretujado en el rincón, casi se me olvidó que había decidido en forma irrevocable deshacerme inmediatamente del departamento, y solacé mis ojos y mis oídos con las personas que se paseaban por la casa con toda libertad. Nunca me distinguí por mis dotes de fisonomista, pero en aquellas horas comencé insensiblemente a jugar conmigo mismo a las apuestas. Me lancé a adivinar de quienquiera que entrara quién era y a qué se dedicaba, si le agradaría el departamento, si se pondría a regatear o se apuraría a marcharse dispensándose con una palabra de cortesía, o con una mentira disimulada, o evidente.

Y en cuanto a la venta del departamento, el asunto dejó de preocuparme, tal vez porque lo consideraba como vendido ya. Aunque en tales circunstancias las personas se abstienen naturalmente de evidenciar entusiasmo y les da más bien por enumerar uno a uno todos los defectos grandes y pequeños, los buscadepartamentos no ocultaron la impresión que les hizo el bajo precio que señalamos. Esta reacción nos entristeció y hasta nos afligió. Nos estábamos comportando como quien se declara en bancarrota, como fugitivos de la epidemia, en el apuro de deshacerse de un departamento grande y espacioso por unas monedas de ínfimo valor, y eso, sin saber siquiera lo que podríamos hacer con el dinero que recibiríamos. Justamente la marcada y repetida insistencia en que "el precio no es tan alto que digamos", me infundió el deseo de arrepentirme de todo el asunto. Al cabo de un tiempo confesó mi mujer que, en determinado momento, también ella llegó a rogar en silencio que nadie lo comprara.

Éste es el fondo de mi encuentro con Dobrin y me parece digno de bosquejo para darle relieve a la experiencia que atravesé después.

La plegaria de mi mujer fue escuchada. El largo viernes tocó a su fin, en-

tró el sábado, la multitud se dispersó tal como había venido. La sensación que se adueñó de nosotros cuando nos quedamos con la mercadería entre las manos carecía de fundamento, pero ambos sabíamos que nuestro departamento no se había vendido. En la planta baja, debajo de los pilares, sólo hay breves horas de sol en los agudos ángulos que se forman entre nuestras ventanas y los pedazos de cielo al oriente y al poniente. Afuera era quizás todavía de día, pero nuestro departamento ya estaba casi todo sumergido en sombras. Mi mujer entró en la cocina a preparar la cena y yo encendí la lámpara de la antesala y me senté a leer los periódicos del sábado. No teníamos con qué consolarnos el uno al otro.

—¿Quién quiere vivir en un sótano? —dijo mi mujer de pronto, cuando nos sentamos a la mesa, en tanto que le daba de comer a nuestro hijo.

—No hay que desesperar —dije, como se dice en estos casos. —200 000, o quién sabe cuántos, leen este periódico el viernes. Vendrán mañana. Vendrán pasado mañana.

Pero eran palabras vanas. Qué importa si, con todo, aparece un miserable y nos salva, si es que aparece. Todos esos tantos que invadieron nuestro departamento, husmearon y palparon y evaluaron y después nos dieron la espalda y se escabulleron —dejaron atrás una certidumbre: que somos moradores de sótanos. Mis ojos estaban fijos en los de mi mujer, que se hallaba sentada encajando las cucharaditas de alimento entre los dientes rebeldes de nuestro hijo, luchando con él y diciendo una y otra vez: "Come. Come. Si no quieres estar enfermo toda la vida." Una sensación de pesadilla me envolvió. Qué pasará si no se presenta algún comprador. Y qué, si nos vemos forzados a permanecer aquí esperando, año tras año, hasta que podamos salir a vivir en un departamento decente, humano, como todos los demás. Una ligereza momentánea nos embrollaba nuevamente la vida, después de que decidimos, por fin, que basta, que hay que comenzar a vivir, como todos, como de ordinario, como en días de paz, como las aguas de Siloé en Jerusalem que corren mansamente, de aquí a la eternidad. Una planta baja, me dije entonces, y precisamente por voluntad propia, precisamente por desdén, es el libre albedrío, no es, a pesar de todo, una subasta. ¿Qué resultó? Que no somos más que moradores de sótanos, y véngase a ver nada más quiénes son todos esos que hallan nuestro departamento despreciable. El aviso nos deparó sólo tristeza y abatimiento.

Es cierto que, como lo profetizaron nuestros amigos, la gente siguió viniendo a perturbar nuestra tranquilidad tanto el sábado como el domingo. ¿Quién iba a creer que a tanta gente le hacía falta un departamento, pero no el nuestro! Nuestros amigos tenían razón: después de tres días cesó la corriente. Y también mi mujer —¿quién quiere vivir en un sótano?

Así, no hay que sorprenderse de que no entendiera al principio lo que quería el hombre parado en la puerta.

—¿Todavía está en venta su departamento?

—¿Qué?

No sólo que en los repliegues de mi fuero interno ya me había resignado a que no habría quien lo comprara, sino que era tan diferente de los tantos otros que le habían precedido —un hombre alto con un traje gris acarbonado, cuya pesada cabeza se inclinaba un tanto hacia mí por la altura o por la edad—, que no me bastó con lo que acababa de oír.

—¿No fueron ustedes los que publicaron el aviso el viernes en el diario vespertino?

—Sí, sí, nosotros, —dije cortésmente y mis ojos abarcaron al hombre. Sólo faltaba este desenlace, se burló de mí una voz, a guisa de chiste sobre mí mismo. —Pase, por favor.

Me hice a un lado y la puerta lo hizo conmigo. El hombre atravesó el umbral, dio dos pasos y se detuvo en medio de la antesala. Contrajo los ojos, como tratando de acostumbrarlos a la escasa luz. Afuera ardía todavía el verano, pero en nuestra casa reinaba una sombra fresca. Me asaltó una sensación desagradable, como si me hubieran sorprendido en fraude, como si hubiera prometido una cosa y me pescaran en posesión de un sustituto falso. Pues de no ser así, cómo había llegado hasta aquí un hombre semejante, si no por la impresión que produjo mi aviso. Esperé parado lo que diría, pero ya sabía quién era. Tal como lo hice con el resto de los compradores potenciales, me apresuré a adivinar su profesión, su clase social, su origen. El primer pronóstico rezaba: funcionario inglés. Imposible, porque ya no hay ingleses ni funcionarios del mandato británico y habla hebreo. Como lo habla, en una frase, es señal distintiva, pero no sé de qué. Tal vez un abogado que ofició en tiempo de los ingleses y adoptó sus hábitos. No, seamos exactos, digamos —juez. No de paz, de primera instancia. Pero qué tontería, me reí para mis adentros. Esa gente no viene hoy en día a buscar plantas bajas. Ellos viven en casitas jerosolimitanas o en los viejos departamentos de Tel Aviv. No quien ya haya sido juez en tiempo de los ingleses.

—Se puede —no preguntó el hombre, sino sentenció con voz sobrada y confiada y con un movimiento de la mano indicó los cuartos.

—Por favor. Por supuesto. Me apresuré a adelantarme, como para despejar el camino. Sabía que me estaba poniendo mezquino y estúpido, pero no puede contenerme. Diligentemente, con marcada cortesía, le abrí la puerta de la recámara de los niños, que es la más iluminada y aireada de nuestras tres piezas. Le franqueé la entrada, pasó y entró él primero, acariciando y examinando serenamente con la vista todo lo que se le ofrecía, hasta que se detuvo nuevamente en el centro de la habitación. A lo mejor no es juez, traté de calmarme. Un hombre cuya posición espiritual —y quizás también social— es superior a su posición material. A fin de cuentas, anoté claramente: “planta baja”. Quizás alguna de las ciencias. Humanidades. Maestro no —eso seguramente no. Este hombre ha callado mucho en su vida, frecuentemente ha escuchado y, tal vez, consultado libros. Quizás sea un ex profesor centroeuropeo. Tiene un aire muy parecido al de mi profesor, en cuyo estudio también, cada vez que fui llamado a penetrar en él, permanecía sentado con su traje gris

oscuro, con el cuello almidonado, corbata y zapatos lustrados, aunque sólo estuviera leyendo réplicas rabínicas. Pero su hebreo no es de la Europa Central.

—¿El cuarto de los niños? —dijo.

—Sí —dije. —Mi mujer y mis hijos viajaron a visitar a los padres de ella. Seguramente volverán dentro de poco.

—Lindo cuarto —dijo. Una fina sonrisa, como dibujada a lápiz, se prolongó sobre sus labios. Sólo ahora vi que sus labios eran muy angostos y se doblaban hacia adentro. Labios de viejo. No, de taciturno. De ambicioso. De malvado. No, es un hombre guapo y nada viejo. No guapo, sino de elevada estatura, magnífica, de quien no cede un palmo de su honor y ante nadie ni nada se inclina. Justamente porque se muerde los labios, justamente porque tiene ancha y carnosa la nariz. Entre los ancianos pobladores de mi colonia había tipos parecidos. Pero éste es un hombre de horizontes más distantes que el alcance de sus ojos. No, no es de los que hojean historia. De las artes, tal vez. Los ojos fríos y nivelados son los ojos juzgadores de quien implanta y ordena criterios en las artes. —Lindo cuarto.

Se quitó el blando sombrero descubriendo un corto cabello atusado, una estría de sudor a lo ancho de la frente. No se va, me apresuré a deducir. Quiere ver el departamento. Y a lo mejor está cansado. El sudor.

—Hay una entrada adicional por el lado del patio —dijo y se dirigió hacia la puerta. Lo seguí rápidamente y le di vuelta a la llave. Abarcó con la mirada el patio trasero y dijo:

—Y hay dos habitaciones más.

—Sí, es un departamento grande, sumamente espacioso. De súbito me sentí ridículo, por haber recurrido al lenguaje de los intermediarios de inmuebles. Añadí a mi pesar: —Qué lástima que sea tan bajo.

Me miró de arriba abajo con sus ojos fríos y sonrió indulgentemente, algo asombrado de que hubiera considerado necesario disculparme:

—Evidentemente. Pero también el precio es bajo. Y enseguida volvió la mirada hacia el patio grisáceo y polvoriento. Hacia la maleza que se elevaba en invierno y se quemaba y se ennegrecía en verano, hacia la acacia salvaje que nos separaba de un alto edificio al poniente. Por qué diablos, me dije, vino precisamente a esta hora, cuando el alto edificio llena de sombra el departamento y el patio. Pero, bueno, me repliqué con amargura, si no corremos peligro de que compre el departamento.

—Es agradable estar aquí —dijo, sin despegar los ojos de la ventana. —La penumbra fresca. Y el piso. Odio los pisos que cuelgan del espacio, allá arriba, piso sobre piso. Aquí, aquí hay tierra debajo del piso.

Calló, y de pronto sentí cuán íntegro era el silencio en torno, cuán profunda la quietud. El autobús que pasa frente a la casa dejó detrás más silencio aún. Ahora que reconstruyo para mí el diálogo digo que fue en este lugar, a estas alturas, que oí un acorde extraño bajo la superficie de sus palabras. Pero creo que, entonces, paré las orejas atónito y me concentré en el principio sorprendente: nuestro sótano de mala muerte le gustaba.

—¿Este edificio es un condominio o pertenece a una sociedad de acciones?

La cuestión no fue suscitada por ninguno de los que le precedieron y ahora, me sentí confundido. Compré el departamento. Pagué su precio a los dueños anteriores, lo poseo legalmente, pero no lo sé. Me encogí de hombros: ¿hay alguna diferencia?

Pero sus ojos esperaban una respuesta explícita. De pronto se me ocurrió que su rostro evocaba la efigie de Vespasiano, la del libro de Tcherikower, nuestro viejo texto de historia. La que se encuentra, si no me equivoco, en el Louvre. O tal vez en alguno de los museos de Roma. Quién puede acordarse. La fría sonrisa de los labios doblados hacia dentro, la rústica nariz. Los ojos inclementes. Tuve que fortificarme en su contra, anular su poder.

—¿Qué importa, en realidad? —me reí con desaire.

—Es muy importante. El grado de la posesión del departamento y la naturaleza de la misma se determinan de acuerdo con su estado legal. Éste es muy diferente en ambos casos y, al menos desde el punto de vista teórico, la diferencia es muy significativa y concreta.

—No tengo la menor idea. Lo único que sé es que lo compré. Es mío. Puedo venderlo.

—Nunca se sabe. Es cierto que la tenencia del departamento es suya y que vive en él. Pero una sociedad de acciones, por ejemplo, que es una forma corriente de organización de muchos edificios, porque ofrece ciertas ventajas, obliga a cada socio a renunciar a importantes derechos. Es verdad que no hay gastos de registro del terreno en el momento de la transferencia y que también los impuestos son más bajos. Cada miembro de la sociedad se priva, en cambio, de parte de sus derechos de propiedad absoluta. No puede hipotecar el departamento, por ejemplo. No puede transferirlo a otro sino con el consentimiento de la sociedad. Diferencia real y concreta.

Más que aplicar el oído al contenido de las palabras del hombre, me prendí de la manera en que las formulaba, de su modo de expresarlas. Hablaba pausadamente, escogiendo cada palabra y, una vez que daba con ella, la añadía a las que la precedieron. Economizaba de tal modo la moción de sus labios, que parecía como si las palabras salieran solas de su cavidad bucal. Por un momento lo vi sentado en la sala del tribunal dando lectura a una sentencia. Sopesando cada palabra. Sin emociones superfluas. Me acometió un aire de travesura, en primer lugar, porque ya había dado con la primera seña. —Eso es— el viejo *gentleman* inglés de los figurines de sastre. Y en segundo lugar, puedo tranquilizarme, me dije: los juristas no compran sótanos, ni plantas bajas, nada más porque el piso descansa sobre la tierra. Hágase la voluntad de nuestro jurista, con tal de que lo compre, que lo compre ¡demonios!

—Se puede averiguar exactamente la situación legal, si ese es el problema— declaré.

—¡Es un problema! —recalcó sus palabras, como tratando de poner en mi conocimiento que había registrado la nota de mofa en mi respuesta y que

merecía enterarme de que no era tan vivo. —Es posible que su departamento pueda llegar a interesarme, pero antes tengo que saber en qué medida lo posee y en qué grado me pertenecerá, si realmente decido comprarlo. El hombre debe, a mi juicio, ser dueño único y exclusivo de sus bienes.

¡Dueño exclusivo, por Dios! Para morirse de risa. El hombre debe ser dueño único y exclusivo de sus bienes. Triste y ridículo me sonó el carraspeo de la frágil corteza jurídica en nuestro medio-sótano que nadie quería comprar. El estilo y el lugar. El rostro del juez, el severo traje inglés, las frases minuciosamente estilizadas poco a poco que se deslizaban a través de los labios apretados como si las estuviera inventando en ese preciso momento, cuando en realidad eran expresiones machacadas, moneda gastada, fórmulas descoloridas de la aceleración con que todo el mundo aspiraba a la unidad con sus bienes, a la propiedad solitaria.

No me reí, porque el hombre extendió la mano y tomó del anaquel de los juguetes de mi hijo un tiiovivo de plástico y lo hizo girar entre sus dedos. Tenía dedos grandes que se ensanchaban hacia las puntas, dedos arrugados de piel floja de quien ha trabajado con sus manos durante muchos años. Trabajo de verdad. Con pala. O con martillo. O con hacha. ¿Cuándo —me pregunté con los ojos pendientes de los dedos que hacían girar el juguete de plástico, los dedos viejos cuya sangre se perdía en la luz agonizante del cuarto de mi hijo— cuándo trabajó este juez con sus manos?

—Créame —le dije—, no logro acordarme. Pero tengo los papeles. Podemos examinarlos.

—Es usted un hombre joven —dijo, y fue ésta la primera oportunidad en que dejó traslucir que había reparado en mi persona específica, aunque su voz volvió a tornarse plana, voz de magistrado que sabe cuán leve es el valor de la melodía frente al peso del contenido. —Pero ya aprenderá que cada vez, cada vez que un hombre contrae una nueva conexión, de la especie que sea y sea cual fuere su finalidad, se ve en la obligación de velar estrictamente porque sus negocios estén protegidos desde el punto de vista legal, punto por punto. El hombre nunca puede prevenir todas las eventualidades que pueden ocurrirle y, por lo tanto, debe obstruir de antemano toda brecha y, no obstante, dejar sus manos en libertad en todos los demás puntos. Cuando el hombre llega a esa situación imprevista, ya no le resta posibilidad alguna de hacer que la rueda dé marcha atrás. Ninguna posibilidad.

De súbito me invadió el miedo, sin que supiera por qué. Este hombre está enfermo, me sugirió una voz. Quizás se le trastornó el juicio, tal vez sea otra cosa, pero algo, algo anda mal en las frases impersonales que escapan como soplo fútil entre sus labios. No me moví de mi lugar, ni respondí a sus palabras, y también él calló.

Seguíamos parados en la habitación que oscurecía. Qué día éste en que mi mujer viajó con nuestro hijo a visitar a sus padres y la casa está vacía. Sólo por la calle pasaban los autobuses estremeciendo los muros de la casa.

Seguí así, de pie, hasta que se sacudió como de una alucinación y devolvió el tiovivo a su lugar en el anaquel.

—¿Pueden verse las otras habitaciones?

Atravesamos la cocina y la recámara y entramos al “salón”, es decir, a la habitación que nos servía de estancia, lugar de trabajo y aposento para recibir visitas. La ventana era ya tan sombría como un tintero. Yo amaba esa hora en que el exterior no me recordaba incesantemente dónde vivía. Tal como lo hiciera antes, el hombre surcó con la mirada toda la habitación y sus escasos muebles —una cama, dos sillones ligeros de asientos entretejidos de tiras rojas de plástico, una mesa, una silla y un estante de libros, el esplendor de nuestra casa, un vasto estante de libros que ocupaba una pared entera. Hace mucho que he caído en la cuenta de que los hombres se dividen en hambrientos de los libros y ciegos a los libros, los que ni a echarles una ojeada llegan y los apasionados cautivos que de inmediato se pegan a los anaqueles. Veamos qué hace el juez, me dije.

El juez —como ya le motejaba en mi fuero interno—, vio el estante, pero a diferencia de las visitas que más me agradan, permaneció parado de lejos y no acercó los ojos a los nombres de los libros. Sus labios doblados hacia adentro se convirtieron nuevamente en mueca de sonrisa.

—Discúlpeme, —dijo, y era evidente que iba a decir algo relacionado con el estante. Le respondí con una sonrisa exagerada y me adapté a su lenguaje:

—Cuenta usted con la indulgencia.

—¿Qué viene a ser esto, esta especie de columnas negras y anaqueles colgantes?

—Una especie de estante —mantuve mi sonrisa.

—¿Una suerte de estilo, éste? Sus ojos juzgadores examinaban de lejos el estante, como si quisiera repasar una vez más la documentación de las pruebas antes de dictar la sentencia. —¿Estilo? Si no es nada. Vacío. Volátil... En París, hace muchos años, hubo Dadá, futuristas, toda clase de... ¿qué tiene de malo un simple armario cerrado, eh? Con el perdón de usted.

—Hay tiempos cerrados y hay tiempos abiertos —le repliqué sonriendo. Sus palabras eran gratas al oído, no por su contenido, sino porque complementaban y confirmaban hasta tal punto la imagen que me había formado de los jueces (aunque en ese momento también se me deslizó por la mente el pensamiento de que, en realidad, no tengo la menor idea de lo que viene a ser la imagen de un juez. En un tribunal estuve una sola vez, de muchacho, por una transgresión de tránsito que cometí con mi bicicleta. A otros jueces los conozco sólo por la pantalla de cine), esos guardianes apostados para defender los cúmulos de la experiencia humana, los valores determinados por otros, los marcos hereditarios. Esos que cortan las manos de los rebeldes, o se convierten en muros de preservación de su victoria. Ese pueblo, los jueces.

—¿Puedo tomar asiento?

Sólo ahora me di cuenta de que no le había ofrecido al hombre una silla. Tendrá 60 años o más, por lo grande y robusto. Todo este largo rato ha perma-

necido aquí de pie y quién sabe cuánto anduvo hasta que llegó a mi casa. Y aquella estría de sudor en su frente, cuando se quitó el sombrero. Se dejó caer en uno de los sillones de plástico y quiso reclinar la cabeza, pero no había dónde apoyarla y, sustentándose en sus brazos, la irguió. Sin embargo, viejo. Y cansado, imponente, intimidante. ¿Qué habrá hecho este hombre hasta ahora? Y el hebreo que habla —y que me enerva, por conocido.

—¿Qué es, en realidad, el hogar de un hombre?... En mi juventud —en general, viajé mucho. Tolosa, por ejemplo. No París, Tolosa. O Copenhague. O Praga. Una casa no es un juguete, no es un tiovivo de plástico que se compra y se tira. Un estante de libros es hogar, mueble que se hereda. Y cuando se arma con esta intención se le ajusta un respaldo macizo. Un armario así requiere puertas. Puertas de vidrio herméticamente cerradas, para que no penetre el polvo y se coma los libros. En más de una ocasión he pensado que en hebreo no distinguimos entre casa y hogar. Últimamente he tenido la oportunidad de entrar en las casas nuevas y observarlas —juguetes, todo cuelga del vacío, de la nada. Polvo de mil colores. ¿Mis palabras lo divierten?

Había sonreído, por lo visto, porque me divertí de veras, porque envidié su capacidad de ver así, de hablar así. Dije:

—No sé qué decirle. Los guardianes de los muros necesitan, ante todo, muros. Mientras que en los últimos 20 años...

—¡No sé lo que pasó en los últimos 20 años y no importa! —alzó la voz, golpeando con el puño cerrado el brazo del sillón. La vida del mundo no se cuenta en billetes, por decenas de liras. Cientos de años, miles de años.

—Pero ahí están los hechos —susurré, casi, porque en realidad no quería convecerlo de nada. —Todo el mundo, los muebles daneses, y los transistores japoneses, y los suéteres franceses, y las películas italianas, y el jazz ruso. Hay estilo.

—¡Qué estilo ni qué nada! Un espíritu de irreflexión y extravío llena las casas. Ahora entro de vez en cuando en los departamentos de la gente y es increíble. Ni pueblo, ni cultura, ni nada. ¿Estuvo alguna vez en Alejandría?

—No —dije. —¿Por qué?

—En Alejandría hay estatuas, monumentos de bronce y edificios parisenses y funcionarios ingleses, pero el egipcio indígena, amigo...

Calló, como si se hubiera desviado del tema, como si hubiera pronunciado lo que no se había propuesto decir y yo sabía que, efectivamente, así era. Algo disonó intensamente, pero todavía no sabía yo qué era —sólo que hablaba con emoción, como quien se halla bajo el influjo de una experiencia estremecedora, imprevista. Este hombre no es juez. Ahora lo sabía con exactitud: es nativo de esta tierra. No puede ser de otro modo. Cómo se articula en su boca la pronunciación del hebreo, un hebreo fluido, pintoresco, plástico, exento de la mezcla de sonidos extranjeros y, con todo, planchado y abotonado. Un poco de yidish y de árabe en el macadán. Pero no de la vieja comunidad. De los meros ésos, de los hijos de los primeros colonizadores que criaron alas y volaron a otros parajes. ¿De los que luego tornaron a Jerusalén a trabajar

para el mandato británico? ¿De los que se desarraigaron y se mudaron a Tel Aviv y hacen rodar el comercio? No, y sin embargo: de los que se fueron a Londres y regresaron abogados con sus "Ka-Ces" de consejeros del rey. Guardé silencio y esperé lo que viniera.

—¡Ningún estilo! —De golpe retomó su modo de hablar anterior y era grato escuchar el goteo de las palabras de este viejo varón cansado, de rostro severo, que parecía estar leyendo una sentencia. Ya no discutía como creyente fanático. No se enojaba más, como si estuviese apostado en la última línea de defensa de una idea vencida. Fallaba. —Entro ocasionalmente en las casas de la gente. No conocen de estilo sino lo que ven en el departamento del vecino. Y en el cine. Y en los periódicos. Recuerdo cuando nosotros, nuestra generación, nos construíamos una casa. Hoy no se vive en casas, sino en albergues, en caravasares. Todos son huéspedes que se han detenido a trasnochar. No me diga, cada generación con su estilo. Una alfombra persa, mi joven amigo, seguirá poseyendo estilo dentro de mil años. Pero ustedes, que ni siquiera les importa si son propietarios de sus departamentos o miembros de alguna sociedad de acciones, de alguna ficción legal.

Interrumpió sus palabras, como si ya no quedara nada por decir y luego añadió, como finalizando la sentencia anterior:

—¿De qué país es usted?

—Como usted, señor —le respondí sonriendo, presto a ufanarme de mis finos sentidos. —De aquí.

—¿Usted? —Sus ojos juzgadores ardieron con luz gris y en esa sola palabra cabía todo el desprecio del mundo. Con ojos como esos miraba a los jóvenes colonos mi padre, montados en sus blancos mulos. —¿Dónde?

Le dije.

No, la luz gris y helada no fue equivocación, porque ahora se empañó de pronto, se convirtió en miedo. Sus ojos se llenaron de negror. A decir verdad, yo también estaba electrizado y el relato comenzó a correr en mi imaginación como gato que anda a la husma de los ratones.

—No recuerdo tal nombre —dijo. Se refería a mi nombre, al nombre del aviso y de la puerta de mi departamento.

—Usted nació en la colonia —dije. No se sorprendió, ni cuando dije que era nativo del país, ni cuando dije que nació en la colonia. Tan obvio es para ellos, me dije. Y ya sentía rencor hacia él, aunque sabía que no era ésa la madre del cordero. No sé nada aún sobre este hombre que ha venido a comprar mi departamento. De este hijo de primeros entre los primeros.

—Ustedes —su familia— son, es decir, de los nuevos.

—No de los campesinos —ofrecí generosamente. —Ellos vinieron hace unos treinta, treinta y tantos años.

—Así —dijo, y me pareció ver cómo la negrura se disipaba en sus ojos y constatar el retorno del frío gris. —Hace años que no estoy en la colonia, años.

—¿Cómo se apellida? —pregunté ingenuamente, porque en ese momento traté de relacionarlo y me di cuenta de que no se había presentado al entrar. El nombre —en la colonia— encierra todo el cuento.

No respondió y sólo ahora me percaté de lo que había sucedido ya, por lo visto, antes. El hombre se levantó del sillón y se hallaba ahora frente al estante de los libros, dándome la espalda y de cara a la salida que se abría a la antesala. Oyó mi pregunta y no respondió. Una voz me gritó al oído: ¡Secreto!

Ahora sé que debí haber manifestado mayor sensibilidad, pero precisamente por lo extraño del encuentro y porque presentía el secreto, quise saber. En los últimos años ha arreciado en mí la necesidad de saberlo todo acerca de la colonia, de su gente, de su existencia y esencia. Demasiado tiempo permanecí de espaldas a esa realidad que soy yo, y ahora, con cada persona con la que me topo por el camino es como si hubiera atrapado el extremo de otro hilo, como si, siguiéndolo, pudiera hallar alguna aclaración a mi vida.

—¿Cómo se apellida, señor?

Volvió su rostro hacia mí. Un hombre alto de gran cabeza caballuna, facciones de Vespasiano, oscuro traje inglés.

—Zohar.

Zohar no es su nombre, me dijo la colonia entera fotografiada en mi memoria. Mi recuerdo corría de calle en calle, en la arena rojiza, por las veredas de madera, por la calzada de las grandes piedras, por los caminos asfaltados, por las casas espaciadas entre las palmeras y los cipreses y las higueras y los eucaliptos y los cinamonos, por los edificios de la época del Barón de Rothschild con sus muros amarillentos cargados de ventanas y las casas de adobe que vuelven al polvo, desde las moreras ante la biblioteca Gutman, hasta el almendral, más allá de la colina de los turcos. El hombre permanecía parado como en medio de una revista de identificación y mi memoria corría ida y vuelta, esforzándose por evocar todo aquel otro tiempo con el que finalmente ahora tengo sed de tropezar con alegría, para tocar un momento mi infancia que se pierde. Sabía que algo no estaba bien, que había que poner freno a la boca, pero me arrolló el ansia de revelar hasta lo que más vale callar.

—Sí, pero ¿cuál era su apellido anterior, en la colonia? Si no teníamos allí ningún Zohar. No había tal nombre entre nosotros, en la colonia, no entre los veteranos. Antes, ¿cómo se apellidaba antes?

—Dobrin.

Ahora, cuando ya todo se desbocó, estaba seguro de haber visto cómo se desteñía la mirada de sus ojos justicieros y se le hundía dentro, avergonzada, como piedra gris arrancada del cauce del arroyo. Ahora es fácil decir: no debí haberlo empujado, violentado a identificarse. ¿Pero cómo podía imaginar siquiera qué terrible era el nombre que el hombre quería ocultarme? Si es tan sencillo: ¿quién hubiera querido verse cara a cara con el Dobrin vivo, con el Dobrin real?

Pero quizás, simplemente, sólo volvió su rostro del estante de los libros y filtró quedamente, entre sus finos labios doblados hacia dentro:

—Dobrin.

Nada más.

Es decir, si todosuviésemos en común el mismo recuerdo de la infancia, si el nombre Dobrin tuviera para todos el mismo significado que posee en mi memoria, el cuento, a decir verdad, debería acabarse aquí. Dobrin.

¿Cómo olvidar las leyendas de los hermanos Grimm, en los cuadernillos vocalizados e ilustrados con los personajes mismos? Habiendo visto entonces a la bruja que hornea niños, ¿cómo habrá de borrarse de nuestra memoria? Las leyendas nos rodean como el bosque a Caperucita, los nombres se deslizan por la garganta como píldoras, se ablandan y se filtran en nuestros huesos hasta que nosotros, los que seguimos siendo lo que fuimos, somos otros, totalmente diferentes. Eso es Dobrin.

Es decir, basta con mencionar su nombre.

Pero cuántos aquí se relacionan con aquel año, con aquella esencia, en que un asesinato —uno sólo— estremeció al país entero. No oíamos hablar sino de las trapazas y reveses del juicio Dobrin, que alimentaban los periódicos día a día quién puede acordarse durante cuántos meses.

Páginas enteras nos conducían por los vericuetos de la pugna entre la acusación y la defensa, nos hacían compartir las palpitaciones de la trama, los desvíos en esta o aquella dirección, las palabras del inculpado. Toda la colonia se rehusó a creerlo hasta el último momento —hasta que lo condenaron a prisión perpetua.

Pero ni aun eso es lo esencial.

Es más, mucho más. Ese asesinato perdura en mí como escisión que marca la frontera entre lo que precedió y todos los numerosos sucesos que me sobrevinieron desde entonces, y por eso no exagero al decir que fui parte de él. Cobi, el hijo del asesinado, era mi mejor amigo, y el hombre aquel, Dobrin, el asesino, era tío de Cobi. Dobrin, el relato de espantos.

Ahora se halla aquí un hombre parado ante mi estante de libros, un hombre del que, en mi necedad, traté de adivinar el “quién” será, un hombre alto, elegante y taciturno, y yo me encuentro parado frente a él. Sin contemplar aquel tiempo de infancia horrendo, es imposible concebir este momento, alcanzar a Dobrin, el hombre.

Tenía yo 11 años y no conocía a Dobrin sino por lo que oía de mi amigo Cobi, pero como Cobi era mi amigo, me vi envuelto desde el primer momento, desde que su padre desapareció, en todo lo que aconteció, día tras día, es decir: la desaparición del padre no era más que un simple misterio que podía relacionarse con cualquier otro relatado en todo cuento habido y por haber, desde *Sin familia* hasta *David Copperfield*. El comienzo del espanto —lo que se me antoja hasta el día de hoy como escisión que marca una frontera en mi infancia— se dio algunos meses después, cuando encontraron el cadáver putrefacto —en mi imaginación me representé la visión— en un hoyo debajo de uno de los toronjos del huerto de cítricos de la familia. Sólo desde aquel día comenzó la idea del asesinato a convertirse en realidad, el padre de mi amigo Cobi, ese

hombre corpulento del sombrero de corcho y los pantalones de montar, el hombre de los brazos peludos y los ojos transparentes. Ese día comencé a darle vueltas a la cuestión de que alguien había asesinado al padre de Cobi y lo había enterrado en el hoyo del huerto y durante los largos meses del proceso no cesé de pensar en él. Hasta en los detalles más ínfimos, los que aparecían en el periódico, los que salían de la boca de los niños en clase y del vecindario y los que oía por las tardes y los sábados entre papá y mamá y entre ellos y los demás adultos.

Y luego vino el vuelco más terrible. Primero fue acusado un tal Bronshtein, del que hasta el día de hoy no sé exactamente qué posición ocupaba en los ramificados negocios de cítricos y terrenos de la familia Dobrin. Tampoco tenían ningún significado para mí, ni el nombre Bronshtein, ni su dueño. Pero de súbito se produjo el vuelco —Dobrin, el hermano, fue aprehendido. Bronshtein, que a ojos de todo el mundo ya estaba prácticamente condenado, se convirtió en el testigo principal de la acusación contra quien había sido hasta entonces —como se nos aclaró— el testigo principal en su contra, el Dobrin vivo.

Aunque no recuerdo ningún otro asesinato en nuestra colonia hasta aquel caso —he aquí cómo un acto de esta naturaleza, el hecho de que un hermano se levante contra su hermano y lo asesine, bastó para alimentar las más terribles pesadillas. El asunto de Caín y Abel, si bien trataron de reconciliarnos con él, aunque sólo fuera porque de él se ramificaban tantas otras narraciones que nos enseñaban en la escuela, no era fácil de comprender. Y, con todo, hay una gran diferencia —porque el Dobrin asesinado era el hombre que vivía del otro lado del lote vacío, era el padre de Cobi. El otro Dobrin, el asesino, era uno de los hijos predilectos de la colonia, viajaba mucho por el mundo, hablaba idiomas, vendía cítricos, compraba tierras, había vivido en Inglaterra y en Dinamarca. Había traído también una mujer de allá, según decían, y desde su retorno no había vuelto a vivir en la colonia. Hay una gran diferencia entre un caso como el acontecido en nuestra colonia y entre el caso de Caín y Abel.

Esta historia, tal como la enseñaba el maestro y como papá se esforzaba en asistirla, estaba cargada de prédicas, interpretaciones y comentarios que embotaban el filo del asesinato de motivos generales como la lucha entre los labradores de la tierra y los pastores de ovejas, el justo dolor de Caín cuando Dios no miró con agrado su ofrenda, la cuestión onerosa de la parte de Dios mismo en la responsabilidad también desde otro punto de vista, cuando pretendió no ver el crimen que Caín estaba por cometer y preguntó inocentemente después ¿donde está Abel tu hermano?, como si hubiera venido de América. No me era fácil a mí, al niño, ponerme de tal o cual parte, y ni siquiera estaba convencido de que fuera Caín quien debía andar errante con una señal en la frente.

Pero aquí todo era real. Yo tenía 11 años y al joven Dobrin nunca lo había visto, como ya he dicho, aunque ahora supiese todo de él. ¿Cómo se levanta un hombre así, a quien Dios agració con todas las bendiciones, a matar a su

hermano mayor? Los relatos detallados se repetían una y otra vez en el curso del proceso y toda la colonia sobrecoyida y pasmada los revolvía en todas partes, a la sombra de los eucaliptos, en la sinagoga, en la escuela, y también en las largas tardes en nuestra cabaña, a la luz verdosa de la lámpara de petróleo. Cómo hallaron primero la montura de los anteojos. Cómo hallaron en el pozo del estiércol los trozos del sombrero de corcho y los pantalones de montar cortados, cómo lograron los investigadores de la policía probar que el crimen fue perpetrado con un martillo de embaladores de cítricos y según los fragmentos del cráneo hasta identificaron el martillo. Siguiendo el curso del proceso nos enteramos de cómo se encontraron ambos hermanos en el naranjal apartado, cómo se excavó el hoyo en el que enterró el joven Dobrin a su hermano mayor, cómo se afanó por borrar todas las huellas. Es más, el procurador demostró que todo fue planeado de antemano con gran precisión y de tal manera, que toda la sospecha y la investigación recayeran sobre Bronshtein, quien tenía —como lo probó la defensa— sus propios motivos para embarcarse deliberadamente en el homicidio; confiando plenamente en que amén de asesinar a su hermano conduciría al cadalso a su tercer socio. Todos los detalles, hasta los más ínfimos, se sumergieron en mí, se adueñaron de mí, y me robaron el sosiego. Mi imaginación veía cada uno de los momentos del horror y, como no conocía al joven Dobrin, se trazó la figura del hombre sangriento, el monstruo espantoso que asesinó a su hermano mayor con un martillo de embaladores de cítricos.

—¿Por qué? —preguntaban pasmadas las mujeres sentadas al anochecer en nuestro patio, a la entrada de la cabaña, ante las estrellas. —¿Por qué? Un hombre que tiene la mar de dinero, inmerso en honores hasta el cuello, que tiene, dicen, una bellísima mujer. ¿Por qué?

—Es un monstruo —respondían las mujeres. —Un animal sediento de sangre.

Ahora, 18 años después, o más, se halla aquí parado en mi departamento un hombre viejo en un traje inglés, de elevada estatura y ojos justicieros, diciendo una sola palabra:

—Dobrin.

Por un momento no supe qué hacer conmigo. El miedo se arrastró y surgió, previsto dese hacía mucho tiempo, y no pude expulsarlo. Una voz —como si recién esta noche sobrevinieran las primeras pesadillas de asesinato en mi vida— sentenció con ira: No. No este hombre. No, se esforzó la voz para arrojar de mi interior lo que ya había sucedido y ya no podía evitarse; no es posible que así, con tal crueldad impía, se convierta el juez que vino a comprar mi departamento en Dobrin.

Pero así era, lo sabía. Exactamente como todas las cosas que me ocurrieron en los largos años que transcurrieron desde entonces. Así es. No hay ningún otro Dobrin. Y en el momento en que pronunció su nombre ya se parecía al padre de Cobi, al mismo Cobi, a todos los Dobrin corpulentos de ojos fríos, ojos de cosaco, como decía papá. La sangre de los cosacos del Dniéper fluye

por las venas de estos campesinos, decía papá a veces con desdén, y un fuego café se encendía en sus ojos judíos. Era joven entonces el hermano mayor, el padre de Cobi, y su rostro estaba lleno de un sol seco como los terrones rojos que volvía en los contornos de su casa. Así se veía Dobrin el asesino.

Ahora sé lo que debí haber hecho en aquel momento, si no hubiera perdido el dominio de mis buenos modales. Pues no existía razón alguna para que hubiera dicho simplemente, en una palabra, Dobrin. Pero en aquel breve instante no tenían ninguna importancia los buenos modales de nuestra madurez obtusa. Maldito sea su nombre y borrada su memoria, se revolió en mí una voz como espada. Todo lo que he experimentado después —todo lo precedió el asesinato de Dobrin en mi corazón. Cuando Bobby se quemó en la guerra, pocas horas después de que me relevó en la posición, y luego volvió al mundo sin orejas, sin nariz, con diez dedos cortados, con los ojos apagados —ya lo había precedido Dobrin. Cuando abrimos brecha en las barreras de la carretera a Hebrón y dejamos atrás a los dos, en la cerca de piedra —ya les había precedido Dobrin. El asesinato se hizo tan posible, inevitable, casi comprensible.

El juego al que jugábamos.

Cuando desapareció Dobrin, el primogénito, pasaron su mujer y sus hijos a vivir en la casa del anciano Dobrin, en la finca colindante. Cobi —el hijo mayor— estudiaba conmigo en la misma clase y éramos buenos amigos. En el viejo patio del abuelo jugábamos a las escondidas, al salto y al burro, a las *rondas*, nuestro béisbol infantil, comíamos *clementinas* y *sachumas*, nuestras mandarinas tempranas, toronjas sanguinas, anonas y guayabas, y hacíamos las tareas de la escuela. Algún tiempo después de que se pronunció la sentencia y Dobrin fue condenado a prisión perpetua, creamos un juego nuevo. El anciano Dobrin tenía un gran establo de hormigón, en cuyos altos almacenaba la paja para las bestias. Allí, en los altos cerrados, habiendo alzado la escala, para evitar sorpresas, jugábamos al asesinato, tal y como lo describieran en el tribunal. Uno de los muchachos hacía el papel de Dobrin el asesino, otro el de Dobrin el asesinado, uno era Bronshtein, y los demás papeles se representaban de acuerdo con el número de amigos que podían ser partícipes de nuestro secreto. El inventor del juego fue Cobi y era él quien nos incitaba una y otra vez a jugarlo, sin fin. Hasta que se armó entre nosotros una tremenda riña que nos llevó a abandonar el juego y, como corolario, puso término a la amistad entre Cobi y yo. Solíamos turnarnos los papeles. En cierto orden. Tanto para variar el juego como porque el papel del asesinado no le gustaba a nadie. Pero Cobi se rehusaba porfiadamente a representarlo aunque fuera una sola vez. No estábamos dispuestos a ceder y desembocamos en la riña, y para exasperarlo decidimos no volver a jugar al asesinato de Dobrin, aunque Cobi reventase.

No pude contenerme y aunque sabía exactamente lo que estaba haciendo, dije:

—Yo estudié con Cobi en la misma clase.

—Era un niño muy capaz —dijo. Lo dijo en una voz desprovista de infle-

xiones, como si las palabras se hubieran posado sobre una regla. Ninguna indicación de que, efectivamente, había entendido por qué mencioné el nombre de Cobi, de que en realidad le dije: asesino, el hijo del hombre que asesinaste era un buen amigo. Si se advertía alguna emoción en su frase definidora, era tal vez la del narrador de los tiempos idos que no volverán.

—Era un niño con carácter—. Nada, tan sólo un niño simpático llamado Cobi.

—¡Carácter! Dobrin sostenía su sombrero en la mano y ahora se lo puso pausadamente, cubriendo su cabello atusado y segregando sus ojos con el ala de la luz eléctrica que alumbraba desde el techo. Espetó una risita entre sus labios delgados doblados hacia adentro. —¿Qué es carácter? Es como decir: tenía ojos azules. Tiene.

Adelantó un tanto su cuerpo en dirección a la puerta, como insinuando: con su permiso, me voy.

Pero yo no sabía cómo terminar el diálogo del que debí abstenerme, de haber podido. Es horrendo permanecer así de pie y continuar con un asesino la conversación que comenzaste con un juez. Por qué una y otra vez no nos advierten las apariencias las cosas que esconden en su pecho. Por fuera guardé también la pose serena, ya que, explícitamente, no dijimos nada.

—¿Qué hace ahora? —pregunté, y como ya no deseaba respuesta, me apresuré a replicar: —Me parece que estudió en el extranjero. Leyes. Hace años que no nos encontramos.

Había alcanzado la puerta de la antesala y, caminando, dijo:

—Sí, leyes. Pero ahora es dueño de muchos bienes. Y con cierta intención que puede interpretarse de varias maneras, añadió, y ahora su sonrisa no dejaba lugar a dudas, era una sonrisa amarga:

—Propiedad ilimitada.

—Los bienes de la familia Dobrin —se me escapó de la boca, prácticamente a mi pesar. Pero con la intención patente de vengar en él el agravio de mi infancia, de arrancar de su pecho la menor ilusión de que el nombre del Dobrin primogénito hubiese caído en el olvido, de que Dobrin, el asesino, hubiese sido perdonado, de que no sabía quién era el hombre que había venido a comprar mi departamento situado en el sótano. Qué bien hizo Cobi —propalé con esas contadas palabras— hizo muy bien en dejarte en cueros y quedarse con todos los bienes de la familia. No hay misericordia.

—Sí —dijo. Y luego, dirigiéndome una ligera venia, como cuando entró: —Vendré otra vez a ver el departamento. Me pareció bien.

—Por favor —y asesté el último golpe: —y yo averiguaré la situación legal y podré decirle si es un condominio, o pertenece a una sociedad de acciones.

—Muy bien.

Avanzó lentamente y con cautela, a paso cerrado, hacia la salida y lo acompañé, un tanto a la zaga. Su mano se posó en el picaporte, pero se demoró, vacilante. La puerta no se abrió. Y yo —no sé por qué— me llené de pronto de compasión por él y me resentí conmigo por haber saltado a revelar le que

sabía quién era Dobrin. ¿Qué falta me hacía esta revelación? ¿Qué me importaba no oír la triste apología de aquel hombre, que fue emitida sin una sola palabra explícita? ¿Qué me importaba creer en la posibilidad de la existencia de otro Dobrin cualquiera y no ver que Dobrin, la pesadilla, era simplemente un hombre, sin señas, sin señal alguna.

Su palma presionó el picaporte, abrió la puerta a medias, se volvió hacia mí y me extendió sus grandes dedos.

—Buenas tardes —dijo, y sus dedos rodearon mi mano. Se inclinó suavemente un tanto hacia mí, o quizá sólo pareció encorvarse, por su elevada estatura.

—Buenas tardes —dije y cerré tras él la puerta. Ya entonces sabía que no volvería a mi departamento y que, aunque lo viera alguna vez en la calle, era muy dudoso que lo reconociera, tal y como no lo reconocí hasta ahora si alguna vez me crucé con él. ¿Cómo es posible reconocerlo?

Y recién entonces me quedé solo con mi pecado. Aquel hombre fue el primero que trajo el asesinato a mi infancia, pero yo no tenía el derecho de ver la señal que me reveló en su frente. Un hombre se desnudó y dijo que era Dobrin para que yo le dijera que era un hombre —y yo me negué a olvidar que era un asesino.

Traducción del hebreo: Esther Solay-Levy

S. Izhár

S. Izhár (seudónimo de Izhár Smilansky), vástago de una familia de colonos y escritores, llegados a la tierra de Israel a fines del siglo pasado, nació en la Moshavá Rejovót en 1916. Al graduarse en el Seminario Beit Hakerem en Jerusalem se incorporó al movimiento clandestino de la "Haganáh". Al estallar la guerra de Independencia combatió en varias batallas. Una vez finalizada la guerra, fue maestro en varias escuelas secundarias agrícolas, y después director de la secundaria en Rejovót, también cursó la carrera de educación en la Universidad Hebrea de Jerusalem. Asimismo fue miembro activo en la política israelí. Fue electo miembro de la Kneseth (Parlamento Israelí), donde prestó sus servicios desde 1949 hasta principios de los años sesenta por parte del partido Mapai (Partido de los Obreros en Israel). Después de haber dejado el partido, fue miembro de la Kneseth por parte del partido nuevo Rafi (Lista de Obreros en Israel, dirigido en estos años por David Ben Gurión) durante cuatro años. Posteriormente concluyó sus estudios universitarios y su doctorado y a partir de los años setenta es profesor en la Escuela de Educación de la Universidad Hebrea, donde dicta la cátedra sobre teoría literaria y literatura.

Es autor de cuentos (largos, en su mayoría), una novela y artículos sobre temas literarios y culturales. Su primer cuento *Efraim regresa a la alfalfa*, publicado en 1938, se considera como el inicio de la llamada narrativa israelí. Sus características, las cuales no son típicas de la narrativa de su generación, marcan en gran medida el carácter de sus obras posteriores. Son cuentos líricos, que presentan a personajes individualistas los cuales realizan, con sus hechos, los valores centrales del movimiento sionista en el kibutz, en la agricultura, en la defensa de los asentamientos o en la defensa de su patria en la guerra de Independencia. Sin embargo, la sensibilidad hacia la naturaleza y el sistema de valores de este escritor, como individuo que anhela la libertad personal total, conduce a sus personajes a rebelarse ante la gran responsabilidad nacional y a encerrarse en su mundo interior, sumergiéndose en monólogos internos en los cuales expresan su añoranza hacia la autorrealización en el marco de la vida privada, hacia la libertad de los deberes nacionales o hacia la naturaleza. Con todo esto, sus protagonistas vuelven, finalmente, a la colectividad y se adjudican la responsabilidad social o nacional. Sobresalen, en su estilo, cuyo objetivo es transmitir con exactitud los más sutiles sentimientos y pensamientos y describir un idioma hebreo renovado, rico y sensible, los matices más delicados de la naturaleza. Algunos de sus famosos cuentos son: *Senderos en los cam-*

pos, *Una noche sin disparos*, *Viaje a bordo de la noche* (1938-1941) y las recopilaciones, *En los rincones del Negev* (1945), y *El bosquecillo en la colina* (1947), la cual obtuvo el premio Rupin y *Caravana de media noche* (1950). En 1949 se publicó una recopilación de dos cuentos bajo el título de *Jirbet Jiz'eh*, en la cual sus temas fueron las atrocidades de la guerra, la lucha por conseguir la fidelidad hacia los valores morales humanos, aun en tiempo de guerra. Su única novela, titulada *Los días de Ziklag* (1958), novela lírica de gran alcance, presenta siete días en la vida de un grupo de combatientes en la guerra de Independencia, en el Negev, luchando con el ejército egipcio, concentrándose en las vivencias y pensamientos de los jóvenes, en su mundo interior, expresando su temor hacia la muerte, sus dudas y aspiraciones espirituales y su anhelo a la vida y a la libertad personal. Asimismo sus protagonistas se destacan por la adhesión con la naturaleza que los rodea, captándola subjetivamente. La novela provocó gran admiración, cosa que le valió el premio Brenner y posteriormente el máximo, premio del Estado de Israel a la Literatura. Unos años después, vio la luz su última obra literaria *Cuentos de la llanura* (1963), la cual obtuvo el premio Usishkin. En estos cuentos se cristaliza la actitud escéptica acerca de los valores colectivos cuando entran en conflicto con el individuo, su libertad y autorrealización acerca de la sociedad moderna y urbana y aun acerca de las palabras, por no ser capaces de transmitir los pensamientos y sentimientos, o captar y describir los fenómenos de la naturaleza. Después de la publicación de estos cuentos Izhár no ha publicado ningún cuento más. Desde entonces continúa publicando ensayos, especialmente acerca de temas culturales y educativos, y de la teoría y enseñanza de la literatura. Su libro *Leer un cuento*, un estudio y crítica definitiva de las formas de la interpretación literaria y sus principios, apareció en 1980. Dos años después se publicaron otros dos libros sobre el mismo tema: *Un cuento no es*, y *Llamar por la educación*.

Ha publicado también cuentos para niños y adolescentes, algunos de los cuales han sido ilustrados por su esposa, la pintora Naomi. Algunos de ellos han sido traducidos a varios idiomas, de éstos uno o dos al español.

HABAKUK

I

Y bien, hace rato que debió haberle llegado el turno a la historia de Habakuk, pero siempre quedaba postergada, por una u otra razón. Esta vez, sin embargo, procederemos sin más al relato.

El comienzo de esta historia es bastante conocido, y muy simple. La cosa fue así:

¡Oh!, pero creo que aquí corresponde que haga una pausa, antes de entrar en materia, con el fin de anunciar y advertir expresamente a todos aquellos que no pueden soportar historias tristes, que no estoy del todo seguro si esta historia no lo será. El comienzo será por fuerza un poco triste, y el final lo será sin escapatoria —y sólo a la mitad, quizás, la cosas serán un poco distintas, no sólo tristes. Quien teme a la tristeza queda aquí advertido, y puede saltar ahora y echar a correr en dirección a todo lo que es capaz de ponerlo contento y alegrarlo, y que vaya con Dios.

Y bien, Habakuk. Pero, naturalmente, no el de "...Hasta cuándo, Señor, pediré auxilio, sin que Tú escuches, clamaré a ti violencia sin que Tú salves", ni el de "Cómo contemplas a los pérfidos y callas cuando el impío devora al más justo que él". No aquel justo a quien Dios prestó oído y finalmente le respondió a saber: "Escribe la visión y grábala en tabletas", hasta el fin, y "Pues es una visión para tiempo fijado", hasta el fin y agregó "Si se tarda, espérala, pues vendrá —ciertamente, sin falta". No se trata del Habakuk aquél, de ninguna manera. Quién soy yo para decir sobre él más de lo que aparece en los tres capítulos: el del "Oráculo tenido en la visión de Habakuk"; el de "Yo estaré en mi puesto de guardia", y el de la "Oración del profeta Habakuk, en el tono de las lamentaciones."

Ése sobre el cual contaré hoy, al que finalmente le llegó el turno, después de toda clase de postergaciones, no se llamaba Habakuk, sino Yedidiá. ¿Por qué, entonces, lo llamo así? Sencillamente porque así lo llamaban. ¿Quiénes? Naturalmente todos aquellos jóvenes tarambanas entre los cuales yo me conta-

ba. Ésos a quienes nunca les basta el nombre que el padre le da al recién nacido en el día de su circuncisión, y renuncian fácilmente a su antiguo nombre, esa concha vacía, y le dan uno nuevo, que en opinión de ellos se le adapta mejor, es más acertado y expresa la esencia de su ser. ¿Qué? ¿Acaso no lo sabes? ¿Nunca te endilgaron apodos? Basta de explicaciones.

Y bien, lo llamaban Habakuk. Era flaco, de estatura mediana, un poco calvo de frente y coronilla, muy narigón, sumamente nasal en el hablar, y las cejas le subían y bajaban sobre los ojos pardos, de expresión singular, quizás, con perdón de la comparación, quizás pardos como los ojos de un perro; me refiero a un perro-lobo, como puedes imaginar.

¿Y qué tenía que ver esa banda de tarambanas más arriba mencionada con ese hombre calvo, que era 10 o 12 años mayor que ellos? Y ahora, finalmente, volvamos a esa apertura dejada de lado con la que ya comencé, al parecer, más arriba, aquella introducción, conocida y simple. Veamos:

Cierto día llegaba yo por primera vez a Jerusalem, forastero en un centro del saber, con mi madre acompañándome para inspeccionar cómo me había instalado, y con 100 y un consejos que dar al novel en materia de instalaciones, y en eso vemos venir a nuestro encuentro, junto a la estación de autobuses a un hombre narigón, un poco calvo de frente y coronilla, con una sonrisa de oreja a oreja en un cálido gesto de bienvenida, y mi madre le responde con un saludo vago mientras me señala a mí, al joven forastero, diciendo sin ninguna intención: "aquí te traigo algo como un amigo" —cosas rutinarias y convencionales, sin suponer hasta qué punto previó, y en qué medida este "algo" que espetó en forma cautelosa y sin comprometerse iba a alzarse y crecer hasta convertirse en lo que llegó a ser más allá de todo lo previsto, de todo lo que era posible prever.

Y bien, al día siguiente y junto a la misma estación de autobuses, ¿quién me sale al encuentro?, narigón y calvo de frente y coronilla, sonriendo con enormes dientes de choclo, avanzando con un paso un poco tamborileante, que impulsa hacia adelante espalda y hombros, avanza y se inclina al frente con acompasado movimiento, sino ese conocido de mamá de ayer, y en la mano... ¿qué tiene en la mano?, pues en la mano ase un estuche de violín, que al parecer contiene un violín.

—No sabía que tocaras —le dije con admiración no oculta, en medio de los saludos y los buenos deseos.

—No sabía que te interesara la música —replicó, observándome.

¡Oh sí, mucho! —le dije entusiasmado, aunque, a decir verdad, exageré bastante con ese pretencioso "mucho". Porque sinceramente, ¿qué sabía yo de música, qué sabía entonces? Sólo de picotear aquí y allá, nada más. Toda la música que sabía yo hasta ese momento, podía ser dividida en dos: lo que había leído y lo que había escuchado. Pero la ejecución misma me era completamente desconocida. Recordarás qué melodías se podían escuchar entonces aquí, fuera de los aullidos de la muchachada que cantaba: "Ya jalili, ya amali", o "en viaje a Jerusalem, mermelada y conservas" y del tarareo triste y ensoña-

dor de mi padre, ya bim-bum-bam, ¿qué otras melodías podía conocer? Bien sabes tú de dónde venía yo, y qué había allá fuera de umbríos naranjales, cercas de acacias, el latir de los motores de los pozos, el rumoreo de los eucaliptos, el graznido de los cuervos después de la primera lluvia, el regateo en idish y la venta en árabe, los rebuznos de asno antes de saltar de la cama —¿qué más había en nuestros lugares para escuchar? Pero lo poco que sabía de música lo recogí, con emoción, exaltación y corazón rebosante, de *Juan Cristóbal* y de la casa del tío Moshé.

En cuanto a *Juan Cristóbal*, aquí está, y no tienes más que leer y ver. Y en casa del tío Moshé había un gramófono. Una extraña caja mágica, lustrada y exhalando extranjerismo que tenía el tío Moshé; perfumada y un poco forastera, como ya dije, como el humo de una pipa inglesa, o el gusto de un vino importado. Tenía una persiana que se corría, y estaba colocada sobre un pie especial, que servía también de armario de discos y cuando se hacía girar la manivela y se posaba con cuidado el brazo con la cabeza redonda, terminada en púa, irrumpían los sonidos; y si acercabas el oído a esa persiana, los sonidos lo inundaban con una estruendosa voz que hacía olvidar el mundo existente y al mismo tiempo construía uno nuevo, distinto y hasta ese momento desconocido. Y a partir de ese momento, si se ponía cuidado en cambiar la púa con frecuencia (como estaba escrito, úsese la púa sólo una vez, frase que nos servía para toda clase de circunstancias), y se le volvía a dar manivela, y siempre que el tío Moshé no estuviera durmiendo la siesta, podía quedarme y escuchar sin límite (miel en contraste, come hasta hartarte —sentenció el tío Moshé al regresar y verme escuchando, tal como me dejó al salir. Yo sonreí en silencio, si bien para mí me dije: “miel en contraste, cómetela toda, sin dejar nada”). No podía menos que escuchar. No podía desconectarme. Y el hecho de que los discos no fueran muchos no obstaba. Al contrario, escuchar y escuchar y volver a escuchar, cada uno de ellos mil y una veces, hasta que todo, hasta el mínimo detalle descende a la profundidad y allí se instala en el lecho de tu vivencia, confundiendo con el rumor que venía a través de la ventana, de los eucaliptos sobre la cabeza, inocente y aprehendido con el resplandor de la luz titilante, que se mezclaba con el aroma del mueble lustrado, convirtiendo el silencio del cuarto grande y vacío (fuera del golpetear de los pies descalzos de la sirvienta Kadia, que lo atravesaba de tanto en tanto) y los charcos rebosantes de roja llamarada abrazándose al embaldosado rojo, y los rayos de sol que se aposentaban allí en silencio.

El tío Moshé tenía en realidad otros discos, pero aquéllos, casi todos, eran oraciones que cantaban personas que él amaba de alguna sinagoga, y a los cuales escuchaba al sobrevenirle la añoranza de días de los que yo mucho no sabía. Toda clase de “Señor, Señor, Dios de piedad y perdón” y de “pescado y carne y todos los manjares que con ellos se preparan” —que sólo despertaban una sonrisa condescendiente en mi rostro y en el de mi amigo Ishái.

Pero fuera de ese tesoro abundante e innecesario de discos de chantre, abríase, sólo para mí, un preciado reducto de trozos de Tchaikovski, qué fácil-

mente podían sorber el corazón, migas de ópera, de aquí y de allá, Chaliapin, Caruso, Galli-Curci, como también la romanza andaluza de Sarasate, que solía silbar agudamente hasta espantar a los cuervos posados en las copas de los árboles, los cuales no dejaban de protestar estruendosamente, hasta provocar el asombro de mis compañeros que solían interrumpirse para contemplarme estupefactos mientras les silbaba a la cara con los ojos en las nubes, las manos en los bolsillos y los hombros levantados, en lo que a mí me parecía la imitación de un violín y a ellos una bomba de queroseno herrumbrada y chirriante, hasta que se llevaban el dedo a la frente con la señal convenida, y algunos me arrojaban un terrón o una piña que encontraban a mano, para ayudarme a retornar a la normalidad, mientras me reprochaban: —Cállate, también tú.

Pero incluso en el tesoro del tío Moshé encontré el concierto de violín de Beethoven. Oh, qué te puedo contar. Lo escuchaba con los dedos puestos entre las páginas del *Juan Cristóbal*. Sí, hasta entonces no había visto con mis ojos una orquesta y un director, tampoco conocía los diversos instrumentos y sólo podía imaginarlos, aunque todo eso no me impedía maravillarme hasta lo más íntimo, y encontrar miles de cosas prodigiosas que nadie hubiera imaginado encontrar, como tampoco asumir la función de director y dirigir con las dos manos, los 10 dedos y enérgicos meneos de cabeza, zamarreo de hombros y de toda la espalda mientras conducía con valentía y coraje al gran Beethoven y las huestes de sus músicos embrujados, de batalla en batalla, hasta la cima victoriosa cantando pequeños trozos y repiqueteando el ritmo con los pies como 10 tambores, disfrutando hasta las lágrimas, y hasta la felicidad, hasta imaginérmelas en vistas y en colores, que a su padre creador no se le ocurrió imaginar que serían posibles, más allá de todo tiempo, fuera de todo lugar, anulando la hora de la cena, hasta que se impacientaba conmigo algún miembro de la familia, cansado de la baraúnda y de mi música y mis extrañas contorsiones, y de pronto me gritaba y me mandaba a casa diciendo: oh, basta por hoy, y yo me levantaba como borracho y arrastraba mis pies por la arena entre las casas sombreadas de casuarinas y eucaliptos, cantando, exaltado, sin ofenderme porque me habían echado, soñando, bordando, agitando las manos, el corazón rebosante de ansia de distancias y de prodigios y de recónditos secretos y de no aquí, y así no, y de más allá de todo eso, de todo, de todo lo existente, de todo eso que te rodea, así no.

No te asombre pues, que fuera eso lo que le pregunté a Habakuk (entonces lo llamaba, creo, señor fulano de tal, como corresponde, pero él sonrió y dijo que se llamaba Yedidiá, como si leyera su nombre de la Biblia, con el acento en la a) y sin haber terminado la primera frase, le pregunto: ¿conoces el concierto de Beethoven?, mientras le silbo el motivo conocido para que no se equivoque ni se confunda, y también para que sepa que soy de los conocedores, y sé lo que pregunto y por la manera de torcer los labios doy a entender que sé que pregunto por alguien que está por encima de su entendimiento, es como pedirle lluvia a un cielo límpido, con un escepticismo tan evidente, que él no

tendrá reparo alguno en responder negativamente. Pese a lo cual, respondió con imprevista sencillez:

—Sí.

—¿Sí?

—Sí. La verdad es que no soy Jascha Heifetz, pero toco el violín —dijo ese calvo narigón con su voz nasal, como si dijera la cosa más natural del mundo.

—Oh —dije, sin comentarios.

—¿De veras? —agregué cuando junté fuerzas para hablar.

—¿Quieres escuchar?

—¿Y tú, quieres tocar?

—¿Por qué no?

—¿Cuándo?

—¿Por qué no ahora?

—¿Ahora? ¿Dijiste ahora? ¿Ahora mismo?

Todo lo que hasta ese momento hubiera debido estar contenido en esta marcha, que antes tenía alguna meta o algo que debía hacer, sin duda muy necesario, quedó olvidado al instante.

—Ven, entonces —exclamé, dispuesto a tomarlo de la mano y tirar de él con fuerza, pero echó a andar con su paso extraño, que se dejaba caer y se inclinaba hacia adelante en un vaivén, sonriente, sin reparar en que también él había renunciado al motivo de su salida, dejando algún propósito, que lo esperaba antes de nuestro encuentro, pendiente y sin completar —de modo que todo quedó postergado y hecho a un lado, lo que me esperaba a mí y lo que le esperaba a él, y fuimos a escuchar a Beethoven en el violín aún escondido de Habakuk, a quien entonces llamaba Yedidiá, con cierta vacilación, pero con gran placer para él, como si lo hubiera llamado, digamos Adanoá, el sacerdote. No hizo falta alejarse mucho, a decir verdad, no hizo falta alejarse del todo, sólo girar y entrar por el portal con su portoncillo que colgaba allí por milagro, de viejas vigas de madera, y bajar a la carrera los peldaños de piedra, un tramo y otro tramo, pero al llegar al llano no trepar por la entrada de amplia terraza, sino girar repentinamente hacia la derecha (no era para nosotros la entrada principal) a lo largo de la pared, después a la izquierda, hacer un rodeo por el senderito pegado al muro, hecho de pequeños promontorios que se desmigajaban bajo los pies, y otra vez a la izquierda, y una entrada que lleva escalera abajo a una puerta.

—¿Vives aquí abajo?

—En las profundidades —dijo con tono especial, como si leyera de la Biblia —allá abajo vivo— agregó sonriendo.

Rápidamente traspusimos la puerta, que estaba sin llave, y nos encontramos en un cuarto con pequeñas ventanas que asomaban al ras del suelo de afuera.

Y he aquí el cuarto al cual muy en breve vendría con frecuencia, casi sin moverme de él, y al que llegaría a conocer como la palma de mi mano, en to-

dos sus detalles, ángulos y objetos. Pero no había allí casi objetos. A decir verdad, no había nada. Mi nuevo amigo no tenía nada. No le importaba no tener nada. Así era Yedidiá, o Habakuk; no tenía nada. Por lo menos, no más de lo que había allí en el cuarto. Y en él no había nada. Una mesa, una silla, una cama, algunos cajones (que tenían usos diversos, ropero, estante para libros, alacena, etc.). Todos pegados a la pared, apartados hacia los costados, a los rincones, dejando todo el espacio libre y vacío, únicamente con el atril alzándose en el medio como una mano abierta y en él los cuadernos de notas, y junto al atril, arrumbado a un costado, alzabase a escasa altura una lata arreglada de manera que se pudiera colocar dentro una lámpara de queroseno, que de esta manera se convertía en calentador ("Que en Sión tiene su fuego, y su calentador en Jerusalem" —sonrió Habakuk en una mañana de invierno, pronunciando solemnemente el versículo con voz nasal), y arriba, sobre los agujeros practicados en la lata, era posible colocar una tetera que hirviera lentamente, echara vapor y preparara el té, y cuando estuviera listo nos invitaría a beber, entre una charla y otra.

Pero todo eso no se reveló, naturalmente, sino pasando el tiempo. En aquella mañana no había nada de todo eso, y las cosas fueron así:

—Siéntate —me dijo Yedidiá al entrar, indicándome la cama cubierta por una manta militar, mientras él abría el estuche del violín y extraía efectivamente un violín (porque hay un cuento en que un hombre extrae del estuche de un violín, un hacha), asió el cuello del instrumento, y entonces pude ver que su mano era blanca, de largos dedos, y sus uñas levantadas —alargadas, como los arcos de la cáscara de nuez— extrajo el arco y lo estiró, y ya el violín estaba bajo el mentón, mientras él pulsaba las cuerdas para afinarlo.

—Beethoven, concierto de violín en re mayor —anunció solemnemente (el nombre de Beethoven lo pronunció distinto de como que yo lo leía en *Juan Cristóbal*) y después de golpear con el pie, tres, cuatro, empezó a tocar. Sus dedos se estremecían sobre las cuerdas, mientras la otra mano dirigía el arco, y sus cejas se movían hacia lo alto de la frente, y la frente echada hacia atrás en dirección a la calva, y sus ojos pardos sobresalían, y su mentón se hizo doble a causa de la presión del violín.

Pero lo que salía del violín era efectivamente semejante a lo que solía escuchar en el gramófono del tío Moshé, en el cuarto de baldosas rojas, si bien sería impropio no señalar ya desde el comienzo, sin ofender a nadie ni su querida memoria, que había algo opaco en la música de ese hombre desconocido, no sólo por la ausencia de la orquesta, sino también, sospecho, a causa de un chirrido aquí y allá, de un desliz insignificante y de un sonido que no salía pese a toda su buena voluntad, y por eso faltaba allí ese brillo tan especial que surgía de la caja lustrosa. Con todo, la cosa no molestaba en absoluto, todo desaparecía, y todo mi ser estaba concentrado en él y en el hecho de su ejecución, en el hecho de que los sonidos se producían ante mi vista, el hombre allí de pie con su violín que dice música, no el truco de una máquina misteriosa, sino producto de la mano de ese hombre que estaba frente a mí, cuyas manos hacen

maravillas, y pese a ser narigón, calvo de frente y coronilla, y de ojos pardos perfunos, canta con entusiasmo creciente, dentro de ese sótano suyo en el cual no hay nada, sólo él.

II

Y así golpeó con el pie los cuatro compases de la percusión, al quinto se incorporaron los instrumentos de madera para decir dos frases y nuevamente vinieron los tambores y el pulsar de los violines mantuvo el repiqueteo, y entonces surgió el segundo tema (porque hay aquí dos temas, y no un montón de melodías que se suceden incesantemente...) y un tema se ligaba con el otro y entonces hizo su entrada el violín. Con majestuosidad, llega y trepa y asciende a montes y cumbres, y se aferra a aquel motivo conocido, remontándose a regiones exaltadas. Habakuk conducía el arco por encima de las cuerdas, y los dedos de su mano izquierda volaban y temblaban sobre éstas, y de pronto el ejecutante movió el mentón y frunció la frente para indicarme que le diera vuelta a la hoja, pero no me di cuenta de la señal, y se vio obligado a interrumpir y correr para pasar la hoja con la mano que asía el arco. Yo no conocía entonces el significado de esa señal convenida, como nada sabía de esas notas, y no entendía nada de ellas. De la misma manera me enteré, para mi sorpresa, que “*allegro ma non troppo*” escrito al comienzo del capítulo, no era ninguna fórmula secreta sólo para iniciados, sino que significaba simplemente “rápido, pero no tanto”, o algo por el estilo. Y después tuvo que interrumpir para enseñarme la primera lección para profanos: qué significa ese asunto misterioso llamado “re mayor”. No era fácil descender a las profundidades y avanzar en línea recta por ese filón entre mayor y menor, y abrir el oído y el corazón para discernir toda la gama de la escala, dejar a cada sostenido tomar su lugar y a cada bemol aterrizar en su sitio y navegar en ese valle maravilloso, dejar que el alma se ensanche, se enriquezca, mientras todo en derredor se va aclarando, más y más, abriéndose más y más, hacia arriba y hacia abajo, del re bajo al alto, y otra vez y de pronto se apodera de una hoja de papel y dibuja escalas de un solo trazo, mientras repiquetea acompasadamente con el pie y con la boca canta, y nuevamente toma el violín para tocar un trozo aquí y allá, de memoria, de corazón y con generosidad, las más grandes, claras, sencillas y geniales de las melodías.

Yo era entonces un tremendo ignorante. Me da vergüenza decir hasta qué punto. No sabía nada, no discernía nada, no había nada en mí fuera de un niño del llano, enamorado del florecimiento del almendro en el invierno, del repiqueteo de los pozos de los naranjales en el verano, y siempre soñando, viniera o no al caso, ingenuo e inocente como un pájaro en la rama, como la piña de un abeto, y sin saber nada, ni siquiera que no sabía, algo como un rondel completo, blanco e inocente.

Y así se pusieron en claro, en una hora no fácil, asuntos grandes e importantes, y poco a poco llegamos al larghetto y al rondo allegro que le sigue, y rápidamente examinamos la estructura general del concierto como tal, y a Beethoven en especial, y lo que innovaron los innovadores —sin contar esas vasijas vacías en la actualidad— y de lo que a este respecto escribieron los genios en sus diarios, y lo que él escribió en su diario, y entonces supe que ese hombre anotaba cosas en su diario, cada cosa en su día, y se puede abrir el cuaderno y ver, y en tal y tal día se encuentra escrito lo que se busca, una frase hermosa y completa, cargada de no pocos ocultos significados, que despiertan hambre de interpretaciones: “El mundo está lleno de dioses” —así, ni más ni menos, estaba escrito en un lugar con letras de imprenta hermosamente dibujadas y dignas de minucioso examen, y más que eso, de una desbordante admiración, que por cierto le fue entregada.

A todo eso llegó la hora del almuerzo y quedó atrás, y ese hombre que aún sostenía el violín en una mano y el arco en la otra, alisó las arrugas de su frente que bajaba y subía, y preguntó si el huésped le haría el honor de compartir su merienda, una merienda ligera y sin importancia, simplemente sostenerse con un plato de sopa de verduras, que él sabe preparar en un santiamén, pero su gusto sería el de un potaje nutritivo, que contendría de todo: tomate, cebolla, zanahoria y zapallo e hinojo, y la mar en coche, muy efectivo para aplacar el hambre si se lo sirve en la mesa con mucho pan y buena compañía, un corazón, un plato, una cuchara, ¿qué tal?

Dicho y hecho, y mientras el potaje se cocinaba sobre la cobertura de la lata cuyos agujeros irradiaban luz y alegría, nosotros navegamos a través del Beethoven de la gran época, entre el opus (ver definición) 55 que es la sinfonía *Heroica* y el 57, que es la sonata *Appassionata*, y el 59, que son tres cuartetos famosos y el 73, que es el glorioso concierto para piano y orquesta *Emperador*, y también el opus 68, la sexta sinfonía, la *Pastoral*, y todo es alegría, despierta y abre manantiales de emoción y brillo de ojos, una urgencia candente de romper en canto y de querer hacer en el mundo muchas cosas ardientes y grandes y que se alzan al cielo, conquistan corazones y provocan lágrimas de gozo y gratitud.

Ah, sí, naturalmente. Después nos sentamos a comer en camaradería aquella sopa-potaje, como estaba prometido, con pan blando y fresco, y su gusto era espeso y mantecoso, aunque bastante raro, pero si hubiera aquí un piano, lo dejaríamos todo e iríamos a improvisar, y hacer escuchar una después de otra dos obras grandiosas y llenas de fuerza y sentimiento y ardiente amor juvenil, como las estrellas de Orión en una límpida noche invernal: la *Appassionata*, y la *Waldstein*, y entretanto, y sin haber piano, ese narigón soplab a través del espesor de la sopa en los espesos vapores cantando con toda la poca fuerza de su voz los motivos principales, confiando en mí y en mi imaginación, dirigiendo con su mano blanca y larga, de dedos finos y de estrechos nudillos y uñas en alto, mostrando cómo una cosa deriva de la otra y cómo la emoción trepa y sube de pico en pico, más alto, más alto, hasta la cumbre suprema.

III

La tarde había entrado, cuando de pronto se puso en claro que había llegado la hora, o tal vez quedado atrás, de despedirse y correr a hacer diversas cosas necesarias que fueron postergadas y completamente olvidadas, y ahora se congregaban para transformarse en un público de acreedores impacientes y exigentes.

—El tiempo pasa —dije, casi con desesperación, pero sin poder arrancarme del lugar y marcharme.

—El tiempo pasa siempre. El lugar queda y el tiempo pasa —él decía cosas significativas y misteriosas, mientras colocaba delicadamente el violín dentro de su estuche y devolvía el arco a su sitio.

—No alcancé nada —me quejé, mientras me levantaba para irme.

—Se alcanza lo que es indispensable alcanzar —me dijo entonces. Imposible alcanzar más, como es imposible alcanzar menos de lo indispensable.

Me decía esas cosas maravillosas sin que yo supiera a propósito de qué. “Y tú eres joven aún —me dijo, levantando más su alta frente. Tienes todo el tiempo del mundo para alcanzarlas. Sólo empezaste —dijo, sonriéndome. ¿Qué edad tienes?” —preguntó, y yo sentí que algo nuevo y desconocido se aproximaba, algo muy especial y no menos extraño, algo fuera de nuestro alcance.

Se lo dije, pero no se conformó. “Qué día naciste —me exigió— y a qué hora.”

—¿Para qué la hora? ¿Qué importancia tiene? De paso, si mal no me acuerdo de los cuentos de mi madre, esos de “antes, cuando ustedes eran chiquitos”, creo que nací a la alborada, pero...

No acabé de hablar, y mi extraño amigo Yedidiá, con una expresión en la cara, como quien recibe en pleno rostro el resplandor de una fogata, extendió esa extraña mano, asió una hoja de papel y trazó con rapidez una circunferencia perfecta. De pronto apareció de alguna parte, sobre la pequeña mesa, un folleto lleno de números, que él empezó a hojear con increíble rapidez, encontró lo que buscaba y a continuación se puso febrilmente a marcar puntos dentro del círculo que había dibujado sobre aquella hoja, que era todavía un espacio vacío en ansiosa espera de lo que vendría, mientras balbuceaba todo el tiempo cosas extrañas e inescuchables, entre las que se mezclaban, con cada espiración, nombres de estrellas y planetas bastante conocidos, pero sin que se supiera a título de qué, como serían Venus, Marte, Saturno y Júpiter, y también nombres menos conocidos como Urano, Neptuno y Plutón, y quizás otros nombres o apodos o Dios sabe qué, que pendían de ese redondel sobre el papel con sus trazos como una orla que no era de este mundo. Estaba totalmente absorbido por un esfuerzo concentrado y laborioso, trazando líneas que unían un punto con otro de un solo impulso, como si no tuviera ninguna duda, dibujando aquí y allá signos prodigiosos, que hasta entonces yo no había visto en

ningún sitio ni en ningún libro y que nunca había escuchado sobre ellos, un lenguaje críptico que crea toda clase de ángulos y de arcos, y al contacto del lápiz rápidamente aparecían triángulos y cuadriláteros, mientras se desentendía de todas las preguntas que yo le hacía de palabra y con gestos, y de tanto en tanto expelía de su interior exclamaciones de asombro, como si de pronto se le hubiera revelado por encima del pico de una montaña un paisaje prodigioso e inesperado, y levantaba los ojos por un momento, cual si leyerá maravillas ...así ...de verdad... Pero si es extraordinario ... increíble, y así siguió, sin que faltara “fantástico” ni “maravilloso” y una plétora de calificativos exagerados, y recogiendo los ojos que de minuto a minuto se habían ido remontando a distancias enormes, lejos, lejos de aquí, los posó por un instante en mi persona asombrada (y debo confesarlo, con no poco susto que trataba de disimular con una mueca en forma de sonrisa) y nuevamente se remontaban al contacto con aquello grande y misterioso, no de este mundo. Y yo ya no sabía qué hacer, si no sería preferible que recogiera en silencio mi persona y me marchara de puntillas, cuando aquél levantó su largo dedo como pidiendo atención, como quien se dispone a hablar, a revelar arcanos, y mi carne casi se pone de gallina al contacto con el aire, y me quedé rígido, embrujado delante del hombre que sobre el instante de las distancias inmensas, y quizás por un instante, se puso a comparar lo que vio allá y lo que veía frente a él —o lo que vería—, el instante se espesó, se comprimió, un poco más y se produciría el estallido. Su dedo continuó en alto en la mano de brujo, y su rostro resplandeció.

—¿Viste? —me dijo de pronto, con voz ahogada— Aquí, ¿viste?, y su largo dedo blanco y sarmentoso señaló uno de los sectores trazados por su lápiz dentro de aquel círculo, y otro sector más, vecino; aquí, esta zona —dijo, con excitación inexplicable—. Maravilla —dijo, levantó los ojos— pero esta otra zona es por lo visto amenazante, si no fuera por este ángulo de aquí —agregó, rompiendo en carcajadas, al parecer a la vista de la trampa que le habían tendido a Satán—. Es un ángulo excelente, se puede confiar tranquilamente en él —y me miró como un médico a su paciente angustiado—. Sólo queda la duda sobre este cuadrado —y mientras hablaba, su frente se llenó de arrugas. Y nuevamente alzó los arcos de sus cejas sinuosas, mirando a través mío, inquisitivo, y yo no era sino un libro abierto, sin secretos.

—¿Qué es todo eso? —pregunté atemorizado.

—Tú —respondió—. He aquí tus astros; todo está escrito aquí. Y yo no sabía si sonreír burlonamente o estremecerme de miedo, si decir la primera cosa graciosa que me viniera a la cabeza, o contenerme y callar. El destino, por lo visto, en persona, flotaba encima nuestro, y de cualquier manera no era para tomarlo a la ligera. Me alcé de hombros y seguramente mi aspecto era bastante lastimoso.

—Venus y el Sol —exclamó, dirigiéndose a mí, para que pudiera apreciar el logro—. Helos aquí, compensándose.

Yo miré por encima de su hombro, con cautela, para ver de cerca, como quien contempla un abismo.

—¿Dónde? ¿Qué es todo eso? —pregunté ingenuamente, y a sus ojos fui como un desnudo entre vestidos.

—Un horóscopo —pronunció él la palabra mágica—. Está escrito en las estrellas —agregó, con suave sonrisa. Todo está escrito en el libro del cielo. El hombre nace y el fulgor de sus estrellas está en él. No hay escapatoria. Así, el hombre, así, el mundo. Esa fue su explicación, que sólo ahondó la incógnita. Y todo siguió muy confuso y también un poco alarmante, aunque tentador, como echar una mirada a través de la ventana hacia un sitio terrible, que da muchas ganas de mirar, pese a que está terminantemente prohibido, y el mirón —tal es la sensación— recibirá su castigo. No supe qué hacer ni qué decir. Y quizás fuera conveniente revestir el rostro con esa expresión de tipo inteligente y burlarse de todo eso, como de una tontería, y cosa de chicos que sólo despertará burla y meneo de cabeza a quien lo escuche.

—Pero tú lees en las estrellas —le dije, sin saber exactamente lo que eso significaba.

Y de inmediato, sin saber por qué, me sentí tambalear, o como si algo, que siempre sostuve firmemente en mi mano, se me deslizara, y había que despertarse y apretar fuerte. Me balanceé para un lado y para otro y ensanché el cuello de la camisa.

—Astrólogo —me dijo, sonriendo—. Interprete de las estrellas.

—¿Y adivino? —le susurré sin respeto y quizás con algo de terror. Pero él no respondió, sino que echó los brazos a los costados y los agitó como diciendo, cree lo que quieras.

—O profeta —se escapó de mi boca algo entre pregunta y exclamación, y sentí de pronto que lo mejor que podía hacer, y cuanto antes mejor, era levantarme y salir corriendo y palpar y tocar todas las cosas palpables que había afuera, todo eso que existe, concreto y terrenal, todo lo que es, que está allí afuera tal como fueron y como, a Dios gracias, seguirán siéndolo.

Tal fue el comienzo, y la continuación no tardó en venir. Me hice visitante asiduo del sótano, donde reinaban los sonidos y las estrellas. Aceptando su reinado, por una parte, pero me retraje de su dominio, por la otra. Pero no guardé esta revelación, con todo su valor y espanto, para mí solo, sino que comuniqué mi secreto y conduje al sótano, uno por uno, a tres o cuatro de mis mejores amigos, y nos quedábamos allí mucho tiempo, pese a ser época de exámenes, y nos comportábamos como Pedro por su casa, como si el sitio nos perteneciera, y él, su dueño, sólo estaba a nuestra disposición, condición que él aceptó sin protestas ni apelaciones sintiéndose cómodo entre nosotros, adolescentes apenas, como nosotros nos sentíamos cómodos en su madriguera vacía, sin nada más que su persona tocando el violín y levantando su mirada a las estrellas, y nuestros aplausos estallaban con fuerza.

Solíamos venir, cada uno en su momento libre o todos juntos, al cuarto que jamás estaba cerrado con candado, y dejábamos todo lo de afuera, afuera, nos echábamos en los rincones, adoptábamos diversas posiciones, encendíamos el fuego en la estufa para nuestro placer, hacíamos bromas, chismorreába-

mos, y al minuto, todo se desvanecía. La jerga de la calle, nuestras ocupaciones, nuestra risa en toda su estentoriedad, todo desaparecía, y nosotros ya no estábamos allí, sino el gran Beethoven a la derecha y las estrellas del firmamento a la izquierda, gozando y osando, entusiastas y fervorosos, dirigiendo cada uno desde su rincón todas las orquestas posibles, dirigiendo con ambas manos, con el agitar de nuestras jóvenes cabelleras al punto que si un extraño hubiera entrado al cuarto se hubiera alarmado ¡una banda de locos! Pero para suerte nuestra sólo nosotros estábamos allí, pronunciado con fervor infinito las palabras más grandes e importantes que es posible pronunciar, con entusiasmo, con brillo de ojos, sin arredrarnos ante nada, ni de la sumisión al objeto admirado ni de la violación de principios, ni de lo sagrado, ni de lo profano, llegando a la exaltación y a la inspiración, hasta el Nombre Expreso, y más alto y más allá, remontando vuelo; oh, tierra de batir de alas, pueblo espigado y bronceado, gente fuerte y trabajadora cuya tierra está surcada por ríos; oh, palabras fascinantes que no tienen significado, pero tienen majestad y embrujo, y un vislumbre que provoca la imaginación; oh, todos los que habitan el mundo y pueblan la tierra, cuando se alce la señal de los montes, mirad, cuando suene la trompeta, escuchad; oh, palabras prodigiosas y altisonantes; oh, cual suave calor sobre la luz, cual nube de rocío en el calor de la cosecha. Acabóse el aire para respirar, pero no el entusiasmo para decir.

Va sin decir que todos se mostraron ansiosos, desde el primer instante de conocer su destino y su suerte, porque tenían ante sí a un profeta, un hombre que está bajo nuestra ala, que no se arredra ante nosotros, por el contrario, con rostro radiante tomaba un pliego y trazaba en él un círculo con mano segura y diestra, hojeaba su libro de letras y números, determinaba la situación de las estrellas con el día del nacimiento, cada estrella en su correspondiente región, dibujaba triángulos y cuadrados, ángulos y arcos, tal como se mostraron en el cielo en aquella hora portentosa, exhalando palabras y su susurro mágico, mientras todos esucuchaban con las orejas sonrojándose de joven expectativa y de curiosidad (que al estar juntos se despojaban un poco de espanto, y un poco ayudaban las sonrisas burlonas), una curiosidad alegre por lo general, sin mayor intención, pero que sin embargo a veces provocaba un estremecimiento al contacto de la magia misteriosa, como el roce cuerpo a cuerpo con el futuro recóndito, aquel que ningún ojo podrá revelar, y sólo el ojo agudo de ese hombre es capaz de remontarse hacia sus lejanías borrosas, trayéndolo para ponerlo sobre la palma de nuestra mano, el polluelo del porvenir que todavía no rompió el cascarón, piando encima de la excitada palma de la mano...

Él miraba y sabía, si bien no lo decía todo, o quizás veía y no descifraba hasta el final. Porque a nosotros nos sonreía siempre. Con él, el cielo nos sonreía. Siempre encontraba para nosotros quienes se apostaban a nuestra derecha para contrarrestar a las estrellas hostiles, dañinas, y suavizar los ángulos duros, aviesos, prontos a hacer mal. Leyó, no sólo eso, sino lo que le esperaba personalmente, pero al respecto guardaba un absoluto silencio, sin darnos la

menor señal del obús que de pronto le caería de un cielo límpido, allá junto al comedor, sobre el césped...

Oh, no, para nosotros previó sólo grandezas y florecimientos, y bebe hasta hartarte, y ase al mundo por la pelambre, como se coge a un caballo en plena carrera, por las crines.

Y como era profeta, había que apodarlo con un digno nombre profético, y sin ninguna dificultad y sin pensarlo dos veces su nombre fue Habakuk. ¿Por qué, precisamente, Habakuk?, y bien, ¿por qué no? ¡Aquí está la madre del borrego!, precisamente, Habakuk. (La razón por la cual no lo llamamos Jedutún, que profetizaba con arpa, en alabanza a Dios, hincaba, me lo sospecho, simplemente en que no teníamos suficiente conocimiento del Libro de Crónicas.) Dicho y hecho. Él no se opuso y nosotros nos pusimos contentos. Y desde entonces fue Habakuk. Profeta Habakuk, lo llamábamos alzando hacia él los ojos, y en momentos de espíritu travieso lo llamábamos “viejo Habakuka”, y a menudo se nos oía decir: “a las cuatro en casa de Habakuk”, o “piernas, ¿dónde vais?, pues a casa de nuestro profeta”. “Vayamos al asalto en pleno mediodía” y cosas por el estilo, llenas de gracia, metáfora y rodeo.

Algunos tomaban asiento en las escaleras que descendían de la puerta al cuarto, abrazándose las rodillas, otros se echaban sobre el estrecho camastro, la mirada clavada a lo lejos, fulano mecía rítmicamente la cabeza en aquel rincón, y su amigo se volcaba sobre la silla con los pies en el alféizar de la ventana, repiqueteando en secreto ese mismo ritmo, y sólo nuestro profeta Habakuk permanecía de pie, el violín bajo el mentón, el arco en ristre, cejas en alto, frente hacia atrás, enardecido corazones, interrumpiéndose por un instante para respirar y exhalar: “no... es maravilloso, simplemente maravilloso”; y todos, uno tras otro, al contacto de sus ojos pardos (como los de un perro lobo) agitaban la cabeza y se remontaban más y más alto, formidable, gigantesco, milagroso.

¿Y ahora qué? Ahora le llegó el turno a Mozart. Sonata para violín y piano (lástima que no me acuerdo de la referencia) y como no hay piano, nuestro profeta no da el brazo a torcer y nos canta con su voz nasal las cosas más importantes que correspondía al piano decir (y aún así, ese fue un comentario de Habakuk, la intención de Mozart se centró en el piano, ya que el violín sólo debía acompañarlo), pero nosotros cantamos y completamos sin mayores dificultades, con la generosidad de nuestra imaginación que se desata a placer y arbitrariedad, siempre entusiastas y comentando, ya sea a toda voz o en un susurro, alentándolo aquí y allá cuando encontraba dificultades, retrocediendo con él al comienzo de la frase, para descubrir su sentido y su esencia, y adelante para esculpir la nueva frase, también pedimos que vuelva sobre ella, y él nunca deja de acceder y vuelve a tocar. Y ahora le pedimos que torne a comparar lo de ahora con lo que tocamos el día anterior, y de inmediato accede y compara; nuestras palabras fluyen sabia y generosamente, como la arena en la playa y se habla y se habla, miles de ejemplos para cada asunto y 5 000 cantares en cada movimiento, siempre emocionados y con los brazos revoloteando.

De pronto irrumpía aleteando en el cuarto Noemí, para escuchar un poco.

Siempre a la carrera, con poco tiempo, entre dar una lección y tomar otra, sonrojada por la excitación, la carrera y el frío de afuera, del ardor del corazón y del contacto con el invierno, y ya le era ofrecida la única silla, como corresponde a la única niña entre varones, pero ella se tiraba sobre el acolchado para permanecer en la sombra, no vista, inadvertida, sin hacer público su rubor ardiente como el florecer de rosas tempranas, incluso cuando todos le sonreían y la envolvían con la luz de sus miradas, mientras el profeta Habakuk alzaba la frente y anunciaba escuetamente: "Adaggio", y todos contenían la respiración y se disponían hasta las profundidades del alma a un viaje delicioso, con ojos lavados y excitados, si bien dos pares de ojos se desviaron sigilosamente, encontrándose clavados unos en los otros, sorprendidos, demorándose, y tratando de volar hacia los costados y arriba, siempre hacia arriba, trascendiendo el cielorraso, y más alto, oh, más alto, siempre, oh, Dios.

El adaggio llega a su fin y nadie se anima a respirar. El bueno de Habakuk arruga la frente y sin retirar el violín del mentón trata de curvar sus labios en algo así como una sonrisa conciliadora, y con todo, sigue estirando el arco y pulsando las cuerdas con un rápido recorrido de dedos para probar su tensión, y diciendo "Rondo presto", blande la espada y adelante, a la conquista de esta tierra desconocida, hacia la cima, azotada por el viento y por las lluvias y también por los rayos del sol, tintineantes, arrebatados, brillantes como pastos lavados anuncia gozosamente que el fin no ha llegado y nada hay más duro que un canto de esperanza, y todo nos espera, todo.

Fin. El arco se curva en un amplio movimiento de brazo. Callamos, plenos del gran instante. Callamos con fuerza. Después, chisporrotea la llamada. Todos, todos al mismo tiempo, qué sintió, qué pensó, qué imaginó, qué se le ocurrió, qué vio, y dónde estaba el centro, el acento, la melodía, y cómo un tema se liga a otro, y cómo uno crece del otro, y la estructura, y la construcción, los planos, las líneas, y los contrastes, y el complemento, y las tonalidades y el canto, sí, y también lo que aprendimos de la crónica, y lo que ese gigante escribió en su diario y en sus cartas de aquel año y lo que allí se menciona con respecto a lo que nos ocupa, y por qué esta escala entre todas fue elegida, en qué dirección se sube a ella y hasta qué punto, ángeles y hombres, y dónde hay una situación idéntica en la Biblia, y dónde leímos un poema que dice exactamente eso, y cuándo fue posible sentir una plegaria pura, plegaria del hombre que se envuelve en su corazón, en qué momento su fe se comprime hasta la desesperación, y él permanece vacío, sin nada más que eso: de las profundidades te he llamado, Señor, alumbrame tu faz.

Y he aquí que la puerta se abre y el profeta Isaías desciende los peldaños. Apretujados en los costados, extendemos hacia él las manos para colocarlo en el centro, a la luz, para que nos mire y nos diga cosas ardientes. Atentos escuchamos, nos llenamos de raptó y él se desvanece, sin que sepamos cómo, mientras en el cuarto perduran los ecos; oh, hombre de Anatot; oh, nativo de Tekoa. De pronto, Habakuk cierra los ojos y nos recita, sin que entendamos una sola palabra del idioma, páginas de su amado Goethe, el gigante, el único. Tam-

bién Homero nos hizo una visita, y más de una vez Platón se demoró en nuestras inmediaciones, y Bialik, de santa memoria, y Dostoievski, mirándonos a través de sus espesas cejas, cejas que penetran dentro de los corazones, y ante nosotros se alzaba la esencia del hombre, y la muerte que sigue a la vida, y la vida que sigue a la muerte, y la vida misma, ésta que vivimos, y la que vendrá, y el amor, oh, el amor. Y cierta vez, con suave y tamborileante paso, la corona de espinas sobre la cabeza, se allegó también al cuarto el Nazareno, nos miró en silencio y tornó a su cruz. Pero es necesario decir acaso que uno hubo inamovible, que no nos dejaba, no antes, ni mientras, ni después, ni en las largas noches, ni en horas de la tarde, ni durante los sábados, en los que no salíamos de paseo en bicicleta a las montañas de Schjem, que no se movía de nosotros ni al llegar ni al salir, ni al caminar ni al recogernos en nuestro lecho, uno y único y grande y especial, ardiente la mirada, la pelambre desgredada, una mano en la solapa de su abrigo, mentón saliente, afrontando la borrasca, oh, Ludwig, oh, Beethoven, oh, dios de nuestra juventud.

Aquí estamos con su Séptima, con el final (en un gramófono y discos que uno de nosotros encontró y arrastró hasta nuestra madriguera), con fuerza, con majestad, con impulso, con el llamado, venid a mí, los dispersos, congregaos y medita, que el día llega. No os demoréis allá, de aquí y de acullá, adelante sin arredrarse, todos los que lo desean, todos los que creen, todos los que aman, venid, avanzad, hueste tras hueste, ejército tras ejército, marchando, todos, aquí, mi Dios, buen Dios, aquí estamos, todos aquí, delante de Ti, aquí. Cuando crezca, cuando sea yo, si lo logro, cuando sea lo que tengo adentro, atesorado, si en verdad algo se atesora en mí, cuando ya conozca las cosas, cuando pueda, cuando me afirme sobre mis dos piernas —clamaré, las manos extendidas, clamaré con todas mis fuerzas, estad atentos, elevad la mirada, estad prontos a todo, prontos para levantaros e ir, obedecer al movimiento de un dedo, como ejecutantes a un director, hipnotizados, embrujados, pero alertas, hacia su reinado, el reinado de la belleza, y él reinará, celebrará, único entre todos, y nosotros lo alcanzaremos, allá, no sé dónde, exaltados hasta estallar, reverentes, pero con la mirada en alto.

IV

Y cierto día, estando el pequeño grupo congregado, afuera llovía, mientras adentro, ese “fuego de Sión”, goteaba oro de sus orificios, y cada uno recogido en su rincón, arrebujados en su abrigo, y el cuarto, como siempre, desnudo de todo, lo poco que contenía era lo que estaba corrido hacia los costados y nosotros. El profeta Habakuk colocó sobre el atril un libro de notas, lo hojeó y encontró lo que buscaba, señaló con el extremo de su arco la inscripción y no dijo sino eso, lo que estaba escrito: Sonata para violín sin acompañamiento de Johann Sebastian Bach. Y levantando el arco comenzó a cavar en la canteira, sin cesar de tocar hasta agotarla, movimiento tras movimiento. Nadie abrió

la boca ni osó decir nada. Sólo después alguien se animó y pidió en un susurro, más, Habakuk, repítelo, Habakuk, una vez más, por favor. Pero Habakuk se demoró esta vez, cansado, quizás. Su frente estaba rugosa y su boca torcida por la concentración y los ojos lejos de nosotros. Todo comienza en paz —dijo Habakuk en el silencio que nos envolvía... así... —y tomando el violín nos mostró cómo... y entonces comienza el espanto —y lo ejecutó. Todo es borrasco, nada permanece firme. Un viento espantoso... susurró, y tocó el pasaje. ¿Qué quedará de todo eso? —murmuró con los ojos entornados, sin dirigirse a nosotros, y sin que tampoco nadie respondiera. Callábamos, y el cuarto estaba lleno de silencio y de su voz. Y en el cuarto nada había fuera de latidos de corazones y oídos atentos.

¿Con qué podemos compararlo? —dejó Habakuk oír encima de la caja de su violín —con Isaías, capítulo XIX. “Ved al Señor cabalgando sobre una nube ligera...” seguía con los ojos cerrados, y tocó el versículo, he aquí al Señor cabalgando sobre una nube ligera. Todo justo, todo medido, serenamente, como una especie de prueba antes de la experiencia. Una nube ligera en un cielo límpido, quién puede imaginar la gravedad de lo que vendrá, lo que esa nube ligera alberga en su seno, cómo de pronto lo más agobiante de todo irrumpe en ella.

— “Y vino a Egipto —dijo Habakuk, con un estremecimiento—, los ídolos de Egipto tiemblan ante Él.” Escalas que bajan y suben, acordes que se suceden, ola tras ola, una más tenebrosa que la otra.

— “... y marcharán hermano contra hermano, amigo contra amigo, ciudad contra ciudad y reino contra reino...” Se expande el desastre, hasta lo más firme vacila, se marchita cual lánguida flor, o gira en círculos. ¿Qué será ahora? ¿No hay augurio en la frente del vidente de estrellas?

“Se evaporarán las aguas del mar, y el río quedará seco, sin agua, apestarán los canales, los brazos del Nilo menguarán y se secarán, cañas y juncos se amustiarán...” También la naturaleza es hostil. Y no hay escapatoria. ¿Hacia dónde? Corre el arco, gimen las cuerdas, gimen y lloran.

“¿Dónde están tu sabios, que te digan...?” Oh, burla punzante. Perdidos en la espantosa corriente, todo se desliza bajo los pies, hasta el último de los refugios que prestaban seguridad, y lo que ayer era símbolo de buenaventura, limpieza y coraje —se revela en toda su vanidad, su nulidad. Impotente, no resiste ninguna prueba de arrogancia cuando llega la hora. ¿Qué te queda pues, qué te espera de ese látigo fustigante, de este viento delirante, de la angustia, del temor? ¿Dónde está la estrella salvadora? ¿Quién nos lo dirá? ¿Quién vislumbrará en la lejanía? Habakuk, ¿tú?

Clama y toca Habakuk, con fuerza extraordinaria y nos arrastra sin compasión, sin parar mientes en un chirrido aquí y allá, ni en su falta de capacidad aquí y allá.

¿Del día de quién se habla aquí? ¿A quién llegará el día de ser ultimado a los 28 años, junto al puente? ¿Y quién será vencido por la enfermedad incurable, en plena avidez vital? ¿Y quién arrastrará su vida mediocre hasta la vejez?

¿Quién conspirará, quién caerá en la trampa, quién escalará la montaña y quién caerá al pie de la montaña por culpa de una bala perdida? Basta, no preguntar ahora, no es la hora de las preguntas.

— “Y se asustarán y se horrorizarán ante la agitación de la mano del Señor de los Ejércitos que se levanta contra nosotros.”

¿Dónde vas, Habakuk? No nos agobies hasta el fin. Danos una señal, profetiza qué seguirá a la cólera espantosa y grande. ¿Lo sabes? ¿Aparece alguna señal en tus estrellas? ¿Qué debe hacer el hombre? ¿Qué debemos ser nosotros, para sentirnos mejor, y para que al mundo le importe? Contempla a quienes están sentados a tus pies. ¿Tienes para ellos un mensaje?

— “El Señor herirá a Egipto, para sanarlo luego” —canta el violín de Habakuk ascendiendo y descendiendo (sin poder evitar los chirridos, por incapacidad de tocar mejor), y quizás aquí esté la clave, cumbre y abismo, jamás la línea recta, sino que todo fluye, asciende y desciende, se hunde y se salva. ¿No es así? Alzad los ojos, criaturas, mirad a vuestro alrededor, ¿no es así? Aquí y allá un chirrido, pero él se corrige y sigue adelante. Observad, pues, si a la oscuridad de la noche, aun de la noche más oscura, no sigue la luz del día, y de la misma manera la primavera sigue al invierno, y el mal no dura para la eternidad. De extremo a extremo, ola tras ola, no olvidar. Noemí trata de sonreírnos, a nosotros, los cabizbajos, de floja mano. Yejam sucumbirá en la batalla. También Yaacov. También a Habakuk le espera aquel obús perdido, y otros en cambio prosperarán, allá donde vayan y allá donde su mano toque les artesonarán la casa y hasta darán fruto. Pero quizás haya alguien distinto, no precisamente así, que canta ahora, con pavor sacrosanto. Posa en nosotros tus ojos que alumbran con bondad, como velas de Shabat, míranos, uno a uno, aspiráanos a la bondad de tu luz. Tú, que sostienes los cuatro rincones de la casa, ¿nos harás un dique?, ¿nos señalarás el camino hacia lo posible? Y gradualmente, la transición. Ya no es sólo plegaria, sino plegaria y vislumbre de luz, plegaria y el comienzo del cambio, y la clara voz que proclama: “Y tornaron hacia el Señor que los acogerá y los curará”, oh, venid, retornemos, quién sabe lo que nos espera a la vuelta de la próxima esquina, no otra marcha de espanto, sino, “aquel día habrá una carretera...”, la habrá, es claro que la habrá, y la nube ligera no será sino un ornamento en el cielo, un adorno sin ningún signo agorero. Ninguna amenaza se ocultará bajo su aparente sonrisa. Vendrá una nube y se disolverá, eso es todo. Vendrá y se irá. La bendición se esparcirá sobre la tierra. Amén, amén, amén.

¿Por qué, entonces, están todos cabizbajos? ¿Y Habakuk? ¿Qué dice? Nada dice. Su ejecución llegó al final. Bajó el brazo del violín, colocó el arco sobre el mueble. Quieto en su sitio, su frente hacia atrás, como quien vio muy lejos. Y todos callan, Bach, Isaías, todos. Resonancia infinita. No hay orilla. Como dentro de una gran campana que acaba de sonar. Silencio prolongado. Y hace frío en el cuarto vacío.

Finalmente dice Habakuk, sin dirigirse a nadie, la mirada al frente, en un susurro casi imperceptible:

Desnudo y descalzo,
y congelado de frío,
y esperándolo
siempre.
Amén.

Nadie se anima a respirar, envueltos todavía en todo eso. Un poco de escalofrío en los hombros. Alguien enjuga la comisura del ojo. Incapaces de decir algo acertado, que el momento merezca. Lo mejor es escurrirse, cada cual para su casa. Vamos, pues, a casa, para quien la tiene. Él, Habakuk, no tiene casa. Ni casa ni bienes ni familia ni nada. Nosotros nos iremos y él permanecerá en ese dismantelamiento. Pero tiene un violín. Las estrellas lejanas, que nadie puede atrapar, a él le hablan. Y los jóvenes vienen a él, en su florecer, entre ellos una niña, de ojos ardientes. ¿Qué más?, ¿qué más hay?, ¿qué más es posible? Fuera de la música, de las estrellas y la belleza de la juventud, con una niña entre ellos. ¿Y quién no la ama? Todos la aman, sea que se lo digan, sea que alberguen su amor en el corazón, sin decirselo. Ella es nuestra esperanza, ella es nuestra luz, mi luz, mi alma.

Uno a uno nos levantamos y nos fuimos. Buenas noches, Habakuk, buenas noches, todos. También tratamos de sonreír. Él no responde, enhiesto junto al atril, junto al libro de notas, con el arco cruzado sobre él. Afuera, los pinos murmuran al viento. Pinos. Nos abotonamos los abrigos, y las nubes van y vienen. Nubes cerradas. La lluvia no tardará. Corred, muchachos, corred. Dame la mano, amada, y corramos juntos bajo la lluvia y el viento.

V

Y bien, después de todo eso... pero siento que no puedo relatar lo que sucedió después de todo eso. La tristeza se asentó en derredor. Ya advertí al principio que mi relato sería triste, recuerdas. En realidad, yo tenía pensada una apertura completamente distinta, pero salió de otra manera, y así quedará. No voy a cambiarlo ahora. Pero tú, amigo, estás ansioso por saber la continuación de la historia del tal Habakuk, el del violín y las estrellas, y cuál fue su suerte. A decir verdad, la continuación no la conozco. Al poco tiempo nuestros caminos se separaron. Nos desconectamos completamente, salvo menciones casuales de amigos comunes. Como estas estrellas cuyas estelas se encuentran y rápidamente se separan, y quién sabe si les está destinado otro encuentro, en la lejanía del tiempo, alguna vez. Pero supe cuál fue su fin terrenal. Amargo fue su fin y ya lo sugerí más arriba más de una vez. Y también sugerí que de todos nosotros él fue el menos sorprendido por ese fin. Él veía por encima de las cosas ordinarias, aquéllas en que todos estamos sumergidos. Y también es posible que no fuera así, que precisamente este secreto no le haya sido revelado por

las estrellas, que por alguna razón prefirieron ocultárselo y no decirle nada, se abstuvieron de sugerírselo, y su fin le cayó encima como un golpe inesperado, como un ave de rapiña sobre su presa, tomándolo completamente desprevenido, sin advertencia alguna. Vaya uno a saber si fue así, o así. Si supiera dónde se encuentran ahora esos diarios de Habakuk, quizás fuera posible saber más. Tal vez esté allí anotado si desde el cielo le revelaron el enigma del sentido de la muerte de un hombre en la mitad de sus días. Pero sin en vano buscaremos en ellos, ¿qué queda, en realidad, sino que la muerte de un hombre puede también carecer de sentido, las chispas alzarán vuelo y el hombre nace para la aflicción?

Nosotros, de cualquier manera, no hubiéramos podido imaginar jamás, que de todos nosotros, precisamente él fuera alcanzado por aquel obús. Él que no sólo era incapaz, no se le hubiera ocurrido siquiera, levantar la mano contra una mosca en la pared, y nosotros en cambio ya estábamos enrolados en la Haganá, y en el futuro no lejano seríamos comandantes intrépidos del Palmaj, que se pasaban las noches en la clandestinidad entrenándose en las "herramientas" pequeñas (apunte, tire, de 8 a 12 de la noche, y recorriendo las calles en el frío de la madrugada para dar la alarma), nosotros no podíamos imaginar ni la sombra de esa posibilidad. Nosotros no, pero los poderes celestes, que las estrellas conocen mejor que nosotros, actuaron, colocando a sus emisarios en constelaciones tales que no podía ser de otra manera. Y así fue, pruebas al canto.

Nunca pude saber, por ejemplo, dónde, en esa hora de la tarde de aquel viernes fatal, estaba Venus, la estrella mujer que trae a quienes nacen bajo ella alegría y placer, esta Venus que enciende la chispa en el corazón del artista, y dónde estuvo colocado en aquel instante su rival, el viril Marte, adusto, colérico y ansioso de batallas, siempre ocupado en cosas y sediento de acción; o cómo influyó Mercurio, con sus cuerpos repletos de astucia e inteligencia y que dota a los oradores de su oratoria, y el sombrío Saturno, aquel de los anillos, que trae a quienes llevan su suerte al azote de la pobreza, el dolor, y los condena a la tristeza y la zozobra —¿cuál era el mensaje para nosotros, aquí abajo, en el valle de lágrimas? Y Urano y Plutón y todo el resto, ¿cómo se ordenaron en aquella hora uno frente a otro, o uno junto al otro? ¿Cuáles eran los vértices de los ángulos de sus posiciones? ¿O no será que todas las constelaciones cerraron los ojos, intencionadamente, para no ver, para no escuchar, para no saber —ellos en el cielo y el hombre al polvo? Sea como sea, aquel año se dispersaron, por lo visto, las estrellas, colocándose rígidamente en ángulos inexorables, y sobre la tierra cayó, como se sabe, la guerra. En aquellos días, a comienzos de Siván, cuando todo brota y se cubre de frutos, días hermosos en sí mismos, para respirarlos hondamente, llegó un grupo de voluntarios a un kibutz para trabajar en las fortificaciones, entre ellos Habakuk. No era combatiente y no podía serlo. Jamás había portado armas y no conocía herramientas de guerra, y además era demasiado viejo, por lo que lo destinaron a cavar trincheras. Y en la pausa del almuerzo de aquel día, cuando los trabajadores

estaban echados sobre el césped, junto al comedor, y la conversación, es de suponer, giró en torno a la tregua que debía entrar en vigor esa misma noche, cese de fuego entre las partes, y pocas horas los separaban ya de la costa segura, se produjo de pronto un pequeño bombardeo de última hora, bombardeo sin importancia, pero uno de los obuses eligió para aterrizar aquel trozo de césped junto al comedor, estallando en medio de los hombres que allí descansaban. Entre los muertos estaba Habakuk (si bien seguramente no lo llamaban así, y no sabían que de él se trataba). Lo recogieron y lo sepultaron a la sombra de los pinos en la ladera, y allí descansa en paz, en medio de todos los jóvenes caídos en las filas del Palmaj.

Y eso es todo, o quizás algo más. Seguramente estás enterado que hay un día de recordación en el cual todos los amigos de los caídos acuden a las tumbas de sus seres queridos, rinden su homenaje, escuchan discursos y pronuncian discursos, y después se dispersa cada cual al túbulo de su amigo, reflexiona en silencio dónde estás tú y dónde nosotros, prestan oído al extraño silencio, al rumor de los pinos en la ladera y a los pensamientos no hablados, sobre cosas que fueron o que pudieron haber sido. Y madres que gimen y muchachas que se envuelven en sus mantillas y muchachos que se tiran, incómodos, del bigote, se quedan un poco más, dejan una flor o una rama y se alejan, quien en una dirección, quien en otra, a las comarcas de los vivos y sus trajines.

Y así, en realidad, quise comenzar el relato, una apertura triste como la que sigue: entre todos aquellos que se allegan a las tumbas de los caídos en la guerra, en aquel cementerio de jóvenes segados en flor, en la ladera de pinos, una tumba hay me lo sospecho, que no tiene visitante, la tumba de Habakuk (el cual no fue uno de los jóvenes, pero los amó entrañablemente). Quién era ese Habakuk, y cómo era —así pensé yo comenzar esta narración. Y sea este relato —pensaba yo agregar— una vela encendida en recuerdo de un hombre extraordinario. Cosas por el estilo, tristes, tenía pensado decir en aquella apertura, pero las cosas fueron rodando de otra manera, y el comienzo fue como fue.

Pero así las cosas, siento que no podré ahora despedirme y seguir mi camino sin detenerme antes e inclinar la cabeza ante su túbulo, silencioso y atento, y después, tal vez, me anime y alce los ojos para preguntar por ese amigo maravilloso de hace mucho tiempo, por el profeta Habakuk, sea que pueda escucharme desde donde está, sea que no pueda escuchar voz alguna, y no lo perturbe en su descanso, pero una o dos cosas no puedo dejar de preguntar y después me irá.

Me pesa el corazón. Mi cielo se ha vaciado, pero mis ojos todavía siguen alzándose hacia las alturas. Oh, Habakuk, tú que miras por encima de todos nosotros a la lejanía, que miras de frente a las estrellas, ¿me escuchas? Tú, desde donde estás, dime, si lo sabes, allá, más allá de todo eso, dinos ahora, en este momento, que aún desencantados como nosotros, en quienes todo su caudal corriente de inteligencia se les fue en palabras, y ya saben que no los salvará y están fatigados, y ya no pueden soportar este más o menos chato que pose-

en, el desierto en derredor, y que en momentos de tristeza echan miradas de reojo a los costados, y pueden llegar por un instante a las estrellas, aquellas que vuelan alto y guardan silencio —para que nos digan, ¿saben ellas, acaso, más? ¿Qué es, qué se pretende de nosotros aquí? ¿Qué debemos hacer? ¿Hacia dónde encaminar nuestros pasos?

Habakuk, Habakuk, oh, ¿hacia dónde ir? ¿Qué es lo justo, y qué debemos ser? Nosotros, los que quedamos aquí, en la tierra de los vivos, que contemplan el sol y su alma es su único botín, ¿hacia dónde, ahora? Qué. ¿Qué dices?, ¿qué dicen tus estrellas? ¿Hacia dónde?

Habla, hálbanos, no te envuelvas en el silencio en un momento así. Tú, que ves en las estrellas, tus amigos prestan oído a tu voz.

Traducción de Ety E. de Hoter

Binyamín Tamúz

Nació en la ciudad de Jarków, en Ucrania, en 1919; inmigró con sus padres a Israel en 1924, instalándose en Tel Aviv y más tarde en Rejovót. Siendo adolescente atravesó por cambios ideológicos agudos: primero se convirtió por corto tiempo en religioso, más tarde pasó a ser miembro del Movimiento Juvenil Comunista. En 1937, fue uno de los fundadores del movimiento de "Los Hebreos Jóvenes" (denominado movimiento Kana'anita), bajo la influencia del gran poeta Yonatan Ratosh. Estuvo activo en este movimiento ideológico hasta principios de los años cincuenta cuando lo deja como consecuencia de su viaje y estancia en París. Parte con el objetivo de estudiar artes plásticas y tener un encuentro con el pueblo judío y el judaísmo en la diáspora. A su regreso a Israel en 1952, se integra a la redacción del periódico *Ha'aretz* donde escribió crítica sobre las artes plásticas y una columna satírica llamada "Uzi y sus colaboradores" así como otros artículos sobre temas culturales. Más tarde fue editor de la revista semanal, de dicho periódico, para niños y adolescentes *Ha'aretz Shelanu* (*Nuestro País*) en la cual publicó cuentos para niños. Este cargo lo desempeñó hasta el año de 1963, para después dedicarse a la creación literaria. Entre los años 1965 y 1971 fue editor del suplemento literario del periódico *Ha'aretz* y entre 1971 y 1977 fue agregado cultural de la embajada de Israel en Londres. Desde 1977 radica alternadamente en Londres y Tel Aviv.

Su primer cuento fue publicado en 1945 y recopilado con otros en 1950, bajo el título *Las arenas doradas*. Éstos son cuentos líricos, que a diferencia de la tendencia realista de aquella época, narran sobre la niñez en Tel Aviv y Rejovót en los tiempos del preestado, enfocándose en las vivencias privadas y expresando valores románticos como la supremacía de la imaginación creativa y las vivencias ingenuas de la niñez sobre el mundo racional y activo en la sociedad. Sus cuentos posteriores, recopilados en *Jardín cerrado* (1958), retornan a la sociedad actual, pero la presentan desde el punto de vista de un romántico desilusionado, que la juzga acorde con los valores de los tiempos perdidos y ahora el mundo pastoral y precivilizado incluido el de los árabes, al cual describe en su siguiente recopilación titulada *El cuento de Antón, el armenio* (1964). Posteriormente publica más novelas, en las cuales es posible distinguir un proceso de reflexión sobre temas centrales de la identidad israelí: desde la identidad del individuo dentro de la existencia social y cultural de Israel y su relación con el mundo cultural europeo, hasta la ideología sionista y su realización en relación con el mundo árabe y oriental, como la identidad judía después del Holocausto. Todo esto en diversos modos literarios: desde

la novela picaresco-lírica, hasta la novela lírico-simbólica, o alegórica. Primero se publicó una trilogía picaresca, cuyo protagonista es un joven naïve sentimental que pasa por aventuras raras en el Hapalmáj, en Tel Aviv, en España y en un manicomio, compuesta de las siguientes partes: *La vida de Elikúm* (1965), *En el lejano poniente* (1967) y *Elikum—El libro de las fantasías*. Posteriormente, apareció la novela *Jacob* (1971), la cual ilumina la biografía del pionero Jacob como una irónica repetición sobre la vida del bíblico Jacob. En la novela *El naranjal* (1972) adquiere el conflicto árabe-israelí un carácter mitológico y la novela *Réquiem a Náaman* (1978) en la cual narra la saga de una familia israelí desde 1895 y hacia 1974, después de la guerra del Día del Perdón, es una novela elégica sobre las esperanzas frustradas de la sociedad israelí. Otras novelas suyas son: *Fábulas de botellas* (1976), *El Minotauro* (1980) y *La posada de Jeremia* (1984). En 1981 se publicó otra recopilación de cuentos bajo el título *El olor amargo del geranio*, la cual contiene características líricas parecidas a las de su primer libro. Una selección de sus cuentos, titulada *Angiocasel, un medicamento raro*, apareció en 1973. Sus obras han ganado algunos premios literarios. Asimismo publicó siete libros de cuentos y novelas para niños y adolescentes y tradujo del inglés al hebreo. Es el editor del libro *Arte Plástico de Israel* (1978), que describe y concluye este campo de creación desde sus inicios hasta los años ochenta. Algunas de sus obras han sido traducidas a varios idiomas, unos cuentos al español.

HORIZONTE

Una vez, un día de invierno, vio cómo el cielo cargado de nubes viajaba en bloque hacia la tierra, a descargar la ira de sus pechos en los montes lejanos. Y la tierra se estremecía de placer, el verde de las colinas ardió hasta ennegrecer y mientras miles y miles de bocas sedientas se iban abriendo ahí para absorber la lluvia que avasallaba el espacio, se abrieron las puertas de la nube que estaba en la mitad del cielo, de enfrente y asomó un pedazo de azul radiante de hermosura que se puso a contemplar la batalla que se reñía en la distancia. Y el niño sonrió para sí y dijo: papá y mamá.

Lágrimas de alegría le afluyeron a los ojos y corrió hacia la casa, temblando de gozo.

Pero ahora los días eran días de verano.

El campo estaba caliente. Tortugas cirunspectas de piel fruncida y de ojos pequeños y brillantes como ojos de viejos, pasaban por él ida y vuelta, y sus carapachos sonaban sobre la tierra como la voz de un arado invertido que se arrastra en pos del caballo. Ágiles lagartijas, delgadas y crespas, correteaban entre los tallos de las espigas y la tierra se las iba tragando una por una. En el linde del campo se erguía una hilera de cipreses y más allá, se prolongaban infinitamente las acacias hacia las arenas rojizas y las colinas verdeantes y los montes lilas. Y entre los montes, aquí y allá, se abría un diminuto valle y el cielo parecía ahí besar la tierra, separarse de ella y seguir viaje, con su equipaje de nubes y sus columnas de aire titilante.

En las mañanas, cuando abría los ojos hacia la ventana cubierta de verde, aún se veían las gotas del rocío cayendo sobre la yerba y evaporándose sobre el vidrio. Con los pies descalzos hollaba el pasto del jardín y se humedecía las palmas de las manos con el resto del sereno que ascendía y se esfumaba con el sol.

Camino a la escuela, que estaba en la calle principal, se detenía junto a las vallas de acacia, soplabla en las flores de pluma jaspeada y se llenaba los

pulmones de su fragancia amarilla. Un camaleón pensativo que colgaba de las ramas y se había olvidado de cambiar sus colores de tantas reflexiones que abrigaba en el corazón, apresuró el paso y abrió una boca rosada y susurrante cuando el niño extendió la mano para cogerlo. La rueda del sol, en cuanto asomó al sendero de arena, se elevó y ardió en el aire de la mañana.

El niño guiñó en dirección al sol y le dejó prenderle primero la mejilla derecha y luego la oreja izquierda y le sonreía, parándose de vez en cuando. Por un momento olvidó a dónde iba y estuvo a punto de volverse y andar hacia ese lugar en que sale el sol y en que el cielo y la tierra han querido establecer su morada, para lanzarse sus besos y rozarse a mañana y tarde, acariciándose al pasar, sin voz. Pero enseguida recordó la escuela y los 40 niños y niñas que se reunían día tras día en el aula grande y lo miraban, al niño extraño, peculiar, el más pequeño de todos, con manifiesta burla. Y con pesar y dolor le dio la espalda al sol y a la luz que lo inundaba y se dirigió a la calle principal.

Pero antes de pisar el umbral de la casa enemiga, lo esperaban todavía algunas maravillas por el camino.

El rosal que crece junto al banco, en el patio contiguo, abrió anoche tres ojos rojos y mira con ellos la calle, tímido y feliz. El niño se detuvo a su lado perplejo, también, ante la majestad roja, bajando los ojos, dirigiendo el arrullo de su voz a la planta, acariciándola de lejos y besándola en su corazón.

Pasó un carro cargado de canastillos de uvas, desbordando racimos y parras temblorosas por los costados, todo estremecido y rechinante en el camino de piedra sobre sus ruedas herradas.

El niño volvió la cabeza y sus mejillas ardían, pero cuando el carro pasó adelante lo siguió mirando largamente, hasta que desapareció en el recodo de la carretera con su ruido claro, la alegría de la vendimia que trajo consigo y los racimos de uva que dejó a su paso descansando en su negrura y verdor a las orillas del camino.

Ahora no le quedaba más que pasar frente a dos o tres casas de rojo techo desde cuyos patios lo atisbarían, de las alturas de sus copas, álamos rumorosos de blancura y eucaliptos perezosos y cansados que lo cosquilleaban a veces con las puntas de sus hojas filosas y olorosas. Lanzó una mirada temerosa hacia la elevada estatura de los árboles y se escurrió entre ellos en dirección al portón de la escuela y al corredor del largo edificio. Sólo entonces se percató de que, como todos los días, había llegado tarde y el murmullo de las clases ascendía ya de los salones.

Moderó sus pasos y vio en su imaginación los 40 pares de ojos y oyó la voz del maestro que se burlaba de él día a día por llegar tarde y por ser el más pequeño de los niños de la clase.

“No debimos haberte aceptado en el tercer grado”, suele decirle el maestro día a día en el tono en que uno se dirige a los grandes, acentuando así la ternura de sus años.

“No debimos haberte aceptado, sólo que tuvimos compasión por tu madre y atendimos sus ruegos. Tu lugar está en el primer grado. Única y exclusiva-

mente en el primero. Decididamente en el primero. ”

Y cuando el niño se acercó aquel día a la puerta de su clase, le temblaban las rodillas, su mano vacilaba y se negaba a empuñar el picaporte. El más rotundo silencio reinaba ahí y al prestar oído le pareció que no había nadie. Se armó de valor y abrió cuidadosamente la puerta. Y efectivamente, el salón estaba vacío.

Dos gorriones que brincaban entre los bancos vacíos se asustaron por su culpa y volaron rumbo a la ventana. El golpeteo de sus picos contra el vidrio infundió tristeza en su corazón. Pero una paloma silvestre y sensata siguió recogiendo migajas junto a la cátedra y, lanzándole de vez en cuando una rápida mirada, volvía a recogerlas serenamente. La quietud y la alegría tornaron de inmediato al corazón del niño. Qué buena era la serenidad de la paloma silvestre entre las paredes del salón que transpiraban siempre rencor.

“Los niños salieron de excursión”, dijo una voz detrás de él, “se fueron de excursión todo el día”.

Era el conserje de la escuela. La única persona entre los muros de esa casa que nunca lo reprendió, ni lo abordó con argucias y sermones.

El niño lo miró asustado y haciéndole una extraña reverencia, cuya naturaleza ni él mismo comprendió, se apresuró a correr al patio y salió nuevamente a la calle.

Una inmensa alegría se adueñó de su corazón y, reconociendo a diestra y siniestra, optó por remontarse calle arriba para festejar el día de vacaciones que le cayó del cielo.

Con pasos veloces de hombre que conoce su objeto, o quizás por miedo a que se le llamara a regresar a la escuela, se apresuró hacia el montículo de greda que blanqueaba en el límite de la colonia.

A sus pies se extendía un naranjal sombrío con una noria que dejaba oír sus latidos día y noche. Y en la cumbre se alzaban dos o tres azufaifos verdes de fruto muy dulce en invierno. Ahora no le brindaban los arbustos al niño sino su sombra —y él, que no pedía más de lo que se le daba, se alegró con ella y en ella se sentó.

De ahí en adelante se tendían los campos y las franjas de acacia a todo lo que se alcanzaba con la vista y llegaban hasta las laderas de las montañas; los arroyos quebraban los campos con rápidas líneas tortuosas y se alejaban, trazando el camino hacia las colinas verdeantes. Y he aquí que comenzaron las burbujas de aire, los anillos de luz y las piruetas de cielo a girar levemente en el aire... Irguió la cabeza y con ojos ávidos siguió un ovillo de luz, frágil y centelleante, que bogaba, sube y baja, por las alturas celestes. Lo siguió mirando, inclinando la cabeza hacia atrás casi hasta desnucarse y cuando el ovillo desapareció tras el azufaifo, enderezó la cabeza para encontrar otro, y entonces, regresó aquel que se había escondido y volvió a paseársele enfrente y entre más bajaba el niño la cabeza, más bajaba bogando el ovillo de luz, hasta que sus ojos llegaron al lugar en que el cielo y la tierra se hallan juntos y el ovillo fue embaulado entre los dos.

El niño se propuso llevar a todos esos hijos minúsculos de la luz, a todos los surtidores de aire y a todos los salientes del sol, juntos, a aquel lugar remoto, para alegrar al cielo y la tierra con ese pequeño regalo suyo. Para que en su alegría se bañaran en la profusión de luz, para encenderles y calentarles el corazón y para que ardiera en él un gran regocijo.

Comenzó el niño a apuñar luz con los ojos y a enviarla a lo lejos; y las luces fluían y pasaban por los campos amarillentos conduciendo su oro claro; y por las colinas de bordes verdeantes recogían las luces un tanto de aire musgoso para llevarlo de regalo; y en los lechos de los arroyos secos danzaban sobre los tersos guijarros ardiendo con chispas de fresca blancura.

El sol se detuvo en medio del firmamento, la tierra entera comenzó a elevar capa tras capa de luz hacia el cielo, el cielo le enviaba gavillas de azul a la tierra, y el niño, sentado entre ambos, dirigía su juego con el corazón colmado de buenos deseos para los dos.

Hasta que declinaron las sombras; el azufaifo tomó su sombra y la pasó al declive de la colina de enfrente. El niño sonrió para sus adentros y casi entornó los ojos y se durmió, pero de pronto se levantó, descendió de la colina, zarpó y se encaminó directamente a la casa de papá y mamá.

Y al día siguiente, cuando llegó a la escuela, el maestro abrió el registro, lo consultó fugazmente y dijo:

“¿Dónde estuviste ayer?”

El niño calló y no respondió, pues no sabía qué contestar.

“No debimos haberte aceptado en el tercer grado”, dijo el maestro ahuecando la voz, “y por si fuera poco, todavía llegas tarde y te ausentas días enteros.”

Y dirigiéndose a los alumnos:

“Y nosotros aprendimos ayer cosas importantes. ¿Verdad, niños, que aprendimos ayer cosas importantes?”

Todos los niños asintieron con la cabeza y miraron con expectación maligna, pendientes de lo que se le haría al niño.

“Veamos”, prosiguió el maestro, “te voy a preguntar algo de lo que aprendimos ayer. Si sabes, bien. Y si no, te mandaré a casa, a traer a tu madre contigo.”

Todos los niños se rieron con sorna, satisfechos con el invento de su maestro, y aguzaron el oído.

“Pues bien”, alzó el maestro la voz, agitando ambas manos delante de él, fuera de sus mangas cortas, parado en posición de contienda, “te voy a preguntar una palabra, una sola, que les expliqué ayer claramente a todos los niños. Escucha, pues, con atención. ¿Qué es horizonte?”

Miró el niño a su maestro, atónito y desolado; y guardó silencio.

“¿Sabes lo que es horizonte o no sabes?”, lo apremió el maestro.

“No”, dijo el niño.

“Vete, entonces, vete de aquí. Tu lugar no está entre nosotros.”

Y mientras el niño recogía y metía sus útiles en la mochila, el maestro añadió solemnemente:

“Quién de ustedes, niños, sabe lo que es horizonte?”

Y las manos se alzaron una a una.

Traducción de Esther Solay-Levy

Itzják Oren

Itzják Oren (seudónimo de Itzják Nadel) nació en 1918 en Ulán-Udé, al este del lago Baykal en Siberia, donde su padre, maestro de hebreo, fue deportado de Latvia, después de la primera revolución rusa (1905). Ahí estudió en un colegio ruso, pero su padre le enseñaba el idioma hebreo así como el judaísmo a pesar de la prohibición existente acerca de la enseñanza de estas materias. Al enterarse las autoridades de que el padre enseñaba hebreo a niños judíos, la familia tuvo que abandonar Rusia, estableciéndose en 1924 en Manchuria, al norte de China, en la ciudad de Jarbín, donde existía una pequeña comunidad judía compuesta por inmigrantes de Rusia. Fue en este lugar donde terminó sus estudios secundarios en un colegio ruso y se incorporó al movimiento juvenil judío existente, el Bietár.

En 1936, recibió el permiso del mandato británico de la tierra de Israel para inmigrar como estudiante de la Universidad Hebrea de Jerusalem, fundada hacía 11 años. En la universidad cursó las carreras de literatura hebrea y filosofía y al mismo tiempo se incorporó al movimiento clandestino activista "Etzel" (Organización Militar Nacional). En 1940 se incorporó al primer kibutz del Beitár, sólo por unos meses y al salir de éste se alejó de toda actividad política e incluso hoy en día no pertenece a ningún partido. Durante la segunda guerra mundial sirvió en los cuarteles del ejército británico y en 1948 fue herido en una explosión en la calle Ben Yehuda. Desde la fundación del Estado de Israel ha sido funcionario del Gobierno en la Secretaría de Hacienda y más tarde en el Ministerio de Justicia, donde funge como editor de las publicaciones del Contralor de la Nación. Durante los últimos 25 años se encuentra activo en la difusión del idioma hebreo y la cultura judía a los judíos en la Unión Soviética por medio de los programas de la radioemisora israelí "Kol Israel". En los últimos años ha sido uno de los dos editores de la *Enciclopedia judía en el idioma ruso*. Asimismo tradujo al hebreo obras clásicas rusas (Guncharov, Gogol, Tolstoi).

Su primer cuento titulado *Lluvia*, fue publicado en 1945, y en 1950 vio la luz su primer libro, bajo el título *En algún lugar—cinco leyendas autobiográficas*. Éste, a pesar de su pequeño volumen, marcó el carácter peculiar de su creación narrativa, la cual ocupa un lugar especial en la narrativa israelí. Sus cuentos y novelas son, en variadas combinaciones, obras fantásticas que, además de acontecimientos sobrenaturales, ocurridos en la realidad israelí o en otros lugares del mundo, contienen y combinan materiales llevados de la literatura universal, del mito, de la leyenda universal, de las ciencias, de historia

o de fuentes judías. Estos materiales están entrelazados con la narrativa por medio de ensayos o documentos, o como en un juego intelectual, para así transformar a los símbolos, conceptos o mitos en personajes de carne y hueso, encontrándolos con personajes, símbolos y conceptos de diferentes fuentes, culturas, ciencias y naciones en un escenario literario fantástico, en donde se lleva a cabo un encuentro grotesco, simbólico o alegórico entre ideas filosóficas, siendo sus temas la existencia humana y su significado cósmico-metafísico. Es decir, la combinación de la narrativa y ensayo, pensamiento, poesía, ficción y documentos, ciencias naturales y elementos místicos, sirve para expresar ideas sobre la estructura cósmica en su totalidad, sobre el papel de las ciencias y del espíritu humano en el desarrollo cósmico, el papel de la creación literaria, así como sobre el papel del pueblo judío en el proceso histórico místico universal, un papel elevado pero trágico, y sobre sus relaciones con las otras culturas. Todo eso está transmitido por un tono irónico pero el cual lleva hacia la máxima seriedad. Sin embargo, sus novelas son más realistas y se refieren a la situación nacional, aunque ésta está concebida básicamente por ideas abstracto-metafísicas. Sus libros de cuentos son: *Las aventuras de Benjamín V* (1959); *El rostro de la generación como un perro* (1968); *Los dueños del cielo y la tierra* (1970); *Desafíos* (1972); *Un viaje alrededor del eje* (1977); *Jabotinsky y yo* (1980), y *Cinco rollos volantes* (1985). Sus tres novelas son: *En la retaguardia* (1953); *Los padres y el agraz* (1964), y *La montaña y el ratón* (1972). En 1978 obtuvo el premio del Primer Ministro a la Literatura. Algunos de sus cuentos han sido traducidos y una selección de ellos está por publicarse en inglés.

EL MONUMENTO A LA RESURRECCIÓN

I

Todo había sido debidamente organizado y preparado a las mil maravillas. Lo cual es un logro que amerita especial reconocimiento, dado el hecho de que el asunto todo debía guardarse en secreto: fuera de quienes se ocupaban directamente del operativo en cuestión, ni un alma había que supiese algo de ello. Y a decir verdad, sigue siendo un enigma para mí, hasta hoy mismo, la razón de haber sido objeto del privilegio de ser uno de aquellos selectos que se habían enterado de antemano de este gran suceso, es decir, de ese gran acontecimiento sin precedente en la historia del género humano que iba a tener lugar después de 18 horas del instante en que me lo anunciaron.

No soy docto en las complejidades de las diversas ciencias que pretenden predecir el futuro. De modo que no sé si han sido los astrónomos o los astrólogos, los físicos o los sabios de la estadística, los sicólogos o los sociólogos quienes anticiparon la venida del Mesías en la fecha, hora, minuto y segundo prefijados. Todo lo que sé —e incluso este saber no es más que conjetura— es que alguien previó, calculó y pronosticó, elaboró un supuesto, lo demostró hasta el nivel de certeza científica y se lo entregó a sus superiores. Y esos superiores indagaron y examinaron, organizaron y planificaron y lo guardaron en secreto hasta llegado el momento.

Yo mismo nada tuve que ver, por supuesto, ni con el pronóstico ni con los preparativos —lo cual nada tiene de extraño. Todo lo contrario, lo más pasmoso es que, a pesar de ser lo que soy, fui uno de los pocos, como ya lo había dicho, en saber del gran secreto unas 18 horas antes de que se revelase en público.

Y al decir “ser lo que soy” no intento de ninguna manera menospreciar mi persona. Soy un hombre como cualquier otro. No soy menos que la mayoría de mis congéneres. Pero, por cierto, tampoco supero a la mayoría de mis congéneres y estoy seguro de ser inferior a algunos, aquellos que pertenecen a esa minoría que goza del don que hace de su vida un triunfo permanente

y que, vayan donde vayan, la fortuna los acompañará. Yo, como ya lo dijera, no tengo ese don ni puedo jactarme de triunfos. Pero, tanto como me puedo jactar de éstos, tampoco puedo señalar derrotas, ya que para sufrir una derrota, el hombre debe luchar y yo jamás luché “ni con ejército, ni con poder, ni con fuerza, ni con espíritu”.

No merezco presentarles la historia de mi vida, porque mi vida no es digna de ese nombre. Me contentaré con describirme a mí mismo tal como soy y del presente podrá, quien tenga interés, deducir el pasado fácilmente. Hasta esto lo hago sólo para aclarar por qué me sorprende el hecho de haberme visto, repentinamente, compartiendo las confidencias de los ilustres de la generación en la más ilustre de las generaciones.

Tengo unos 30 años, soy casado y padre de un hijo y una hija. Mi hijo tiene seis años y mi hija dos. Mi esposa es enfermera no diplomada y trabaja en un hospital. Vivimos en un departamento de dos habitaciones en uno de los suburbios de la ciudad. El departamento es de mi propiedad, pero todavía estoy pagando la hipoteca, mensualmente, de mi sueldo y del de mi mujer.

Soy obrero de una de las fábricas de la industria militar. Debo confesar: no tengo ni la más remota idea de qué es lo que la fábrica produce. Para empezar, porque el producto final es secreto militar, y además, porque jamás tuve interés alguno por saber cuál es ese producto secreto.

Ocho horas diarias me encuentro solitario en una estrecha cámara sin ventanas, cuya única puerta queda cerrada, excepto cuando la abro yo. Y yo no la abro más que cuatro veces al día: por la mañana, al entrar al cubículo, al mediodía, cuando salgo al restaurante, a completar con un vaso de té mi refrigerio de sandwiches, que traigo de casa; al término del descanso de mediodía, cuando vuelvo del restaurante a la cámara; y por la tarde, que es cuando la dejo hasta el otro día. La ventilación artificial de esa pequeña cámara mía viene de pequeños orificios ocultos en el cielorraso y la luz parte de tubos fluorescentes. Mi asiento es una especie de sillón alto y frente a mí, embutido en la pared, hay un dispositivo que se asemejaría, en mi imaginación, a un inmenso termómetro, o sea un enorme tubo de vidrio (o de algún otro material transparente), que se va llenando de mercurio (o tal vez sea algún otro líquido que se parece al mercurio). Ese proceso de colmo se cumple de abajo hacia arriba, o sea que esa columna comienza siendo ínfima y va ascendiendo y creciendo —a veces rápidamente y otras lentamente, como ocurre con el mercurio de un termómetro— hasta colmar totalmente el tubo. Y al ser colmado yo lo vacío. ¿De qué manera? En mi derecha empuño el extremo de una soga que pasa por un agujero en la pared. Vean bien, señores: ni palanca, ni botón, ni manija —sino una soga. Una simple soga de sisal de lo más común. Cada vez que veo que se ha llenado el tubo, tiro de la soga y el tubo se vacía.

No sé cuáles serán los procesos que involucra mi función, como tampoco sé por qué tengo que tirar de una soga, en nuestros días, en los que todo aparato en este mundo del Señor se regula automáticamente y todo dispositivo se controla a sí mismo mecánicamente.

Cinco años hace que vivo en mi apartamento y no sé quienes son mis vecinos de edificio (excepto en el departamento por encima del mío). En mi opinión esa falta de curiosidad es uno de mis rasgos más característicos. Dada esa característica mía ni escucho los noticieros, ni leo diarios, es causa de que tan poco es lo que sé y tanto es lo que no sé, es causa de que mi educación formal no haya sobrepasado la escuela primaria. Y recalco: educación formal, porque hasta el día aquel en que contraí matrimonio y me nacieron hijos y me esclavicé a mi trabajo en la cámara de la fábrica de la industria militar, solía leer mucho —sin ser sistemático, sin orden alguno leía todo lo que me caía entre manos: policiacas y Espinoza, las Sacras Escrituras y Marcel Proust, Platón y libros de ciencia popular— todo eso, en forma algo caótica, era mi alimento espiritual. Pero mi manera de leer nada tiene en común con la de otra gente, ya que generalmente lo que yo capto no es lo escrito tal como es, sino lo que me imagino y lo mejoro y elaboro en mi espíritu. Por eso es que no recuerdo ni una sigla de lo que le decía el príncipe Volkonsky (me refiero a *Guerra y paz* de Tolstoi) a su amada Natascha, pero sí que ha quedado grabado en mi memoria todo lo que yo le diría a Natascha de toparme con ella algún día y éstas son cosas que nadie podrá borrar o quitármelas. Creo que las novelas policiacas que he leído en mi vida llegan a los cientos, pero de preguntarme alguien cómo hicieron Sherlock Holmes y Poirot y Perry Mason para descubrir a los asesinos, no tendré respuesta que darle. Sin embargo, tengo mi propio método de descubrir a todos aquellos criminales y de tener una sola pizca del talento de Conan Doyle o de Agatha Christie o de Stanley Gardner, escribiría de vuelta sus novelas, encontrando a los criminales de un modo más rápido y más eficiente. Hasta en cuanto al establecimiento de estados modelo tengo un plan mejor que el de Platón, si bien es cierto que esa idea se me ocurrió precisamente al leer *La República* de Platón. Estoy dispuesto a divulgar ese plan mío, pero no lo hago sólo por estar convencido de que nadie me prestaría atención. Y lo que es más: de libros del tenor de *Cómo fisióné el átomo*, *Electrónica para la juventud*, *Los astros al alcance de todos*, *Uno, dos, tres... la eternidad*, y otros semejantes, traté de aprender algo sobre el movimiento de los cuerpos celestes y de las partículas atómicas. Los leí pero no me habré detenido lo suficiente para estudiarlos, por lo cual se me han olvidado los rudimentos de todo eso. Pero ni de esto me quejo para nada. Todo lo contrario, retengo en mi espíritu un sistema de leyes de acuerdo con las cuales toda materia del mundo —desde el electrón y hasta la Vía Láctea— se movería en el espacio de un modo totalmente diferente de la manera en que circula hoy. También este sistema de leyes prefiero reservármelo para mí mismo, a sabiendas de que aún clamando en alta voz, ésta no sería más que una voz clamando en el desierto, ya que en nuestros días se les permite a los hombres promulgar leyes aplicables sólo a ellos y a todo quien intente dictarle leyes a la Creación completa, lo consideraría la gente embaucador.

Me quedo, pues, en mi cámara y gozo de mi trabajo. Y gozo de mi trabajo, porque mi mente queda en libertad de reflexionar y fantasear sobre el pasa-

do de todo ser viviente, sobre el presente del Cosmos y sobre el futuro del género humano. No aparto los ojos del tubo y mi mano tira de la sogá cada vez que el líquido lo colma. Son ya seis años que observo el líquido, tirando de la sogá, entregado un tercio del día a la plácida meditación, destruyendo mundos viejos y construyendo nuevos y mejores.

II

Aquel día alguien golpeó la puerta de mi cámara. Eran las 9:45.

Yo no quité mis ojos del tubo y tenía la sogá en mano. Pero aun así recuerdo exactamente que era esa hora —de donde se desprende que habré tenido tiempo de echarle un rápido vistazo al reloj, antes de abrir la boca para preguntar en voz alta:

—¿Quién es?

—Yonah Schwartz —fue la respuesta, detrás de la puerta.

Y realmente era la voz de Yonah Schwartz.

Era el único de los empleados de la fábrica que, durante los últimos dos años, solía entrar a mi cámara una vez por mes, para entregarme mi salario mensual. ¿Y por qué razón sólo estos últimos dos años? Por la razón que hasta hace dos años los salarios de la empresa se pagaban en efectivo, pero hace dos años se introdujo el pago en cheques. Mientras el salario se pagaba en efectivo, me iba a la caja, a pie, después de las horas de trabajo, me paraba en la cola y esperaba mi turno hasta llegar a la ventanilla. Desde que se introdujeron los cheques, Yonah Schwartz los distribuía entre todos los obreros, incluyéndome a mí. Ya no tenía que apretujarme en la cola y ni bien regresaba a casa, el primero del mes, endosaba el cheque y se lo entregaba a mi mujer.

Al oír la voz de Yonah Schwartz apreté el pedal a mis pies. La puerta se abrió inmediatamente y entró Yonah Schwartz. Ese pedal lo instalaron los encargados de seguridad, para que la puerta no se abriese de afuera, a menos que yo lo considerara necesario. Sólo quien venga provisto de una llave especial —que era la que yo siempre tenía en mi posesión— podría abrir la puerta sin recurrir a mi pedal.

La inesperada visita de Yonah Schwartz a mediados del mes me sorprendió muchísimo y mi sorpresa fue mayor aun cuando se dirigió a mí diciéndome:

—Lo llaman a la dirección. Urgente. Yo lo suplantaré.

—¿A mí a la dirección?

Nunca me habían llamado a la dirección. Ni idea tenía de la apariencia de sus miembros. Cuando ingresé a mi trabajo, hace seis años, me presentaron ante un fulano sonriente de ojos azules tristes, de bucles enrizados y patillas invadidas por las canas, y hasta el día en cuestión, jamás supe si era o no miembro de la dirección. Desde entonces, ninguno de mis superiores me había importunado ni una sola vez al salir de mi cámara.

—Sí, a usted lo llaman a la dirección —dijo Yonah Schwartz decidido y a mí me pareció ver erizarse las púas de su barba grisácea. (Yonah Schwartz se afeitaba una vez por semana, los viernes por la tarde, en vísperas del sábado, y ese día era un martes.)

Una vez vuelto a la normalidad el pelo de su barba —o que me parecía que había retornado a lo normal— Yonah hizo un gesto del que entendí que se disponía a ocupar mi lugar en ese asiento que anteriormente llamé una especie de sillón.

Me levanté de mi asiento y mientras soltaba la empuñadura de la soga, siguiendo con la mirada el ascenso del líquido en el tubo, me aprestaba a referirle brevemente la índole de mi tarea. Pero Yonah Schwartz echó una mirada de sus ojos amarillos (de algún modo estoy convencido de que, en un principio, los ojos de Yonah Schwartz eran marrones; pero siendo uno de los veteranos pioneros del país que pasó por todas las peripecias que vivieron ellos, como pavimentar carreteras y cavar pozos, pescar en el mar de Kinnereth y montar guardia en la Galilea, la defensa clandestina de Jerusalem y los paseos por el desértico Neguev, el tinte de sus ojos aclaró al amarillento, por obra del sol) y de lo profundo de esa mirada atisbaba el desprecio. Antes de que lograra descifrar esa mirada, ya se había sentado en mi lugar, fijando sus ojos en el tubo y empuñando mi soga en su mano.

Desde ese momento ya no quedaba lugar para mí en la cámara. La abandoné encaminándome, a través del amplio patio, hacia la dirección.

Después de cruzar el patio, entré a un edificio de unos pisos. Me paré frente al ascensor y toqué el botón. Una flecha de luz amarilla brillante apuntaba hacia arriba —indicando que el ascensor subía.

Me senté a esperar que subiese a donde iba y volviera a bajar respondiendo a mi llamado. Entretanto habían llegado unas personas más, esperando también ellas el ascensor pero, como eran tan impacientes, esperaban de pie. En tanto que yo me hice de paciencia y esperé sentado.

Sentado esperando descubrí que la llave especial de mi cámara estaba todavía en mi bolsillo.

En aquel momento yo no sabía aún que jamás retornaría a mi cámara. Todo lo contrario, asumía que volvería en unos minutos. Y menos mal que eso pensaba porque de no ser así, la llave torturaría mi conciencia hasta que volviera corriendo a entregársela a Yonah Schwartz imponiéndole a la dirección esperarme un largo rato —lo cual podría repercutir sobre mi futuro.

III

Resultó ser con toda certeza que aquel fulano sonriente de ojos azules y tristes, de cabello enrizado y patillas invadidas por las canas —es decir, el hombre que en su momento me había dado mi puesto— era miembro de la dirección: la prueba está que era él quien presidía la mesa en la sala en cuya puerta había

un letrerito que decía "Dirección" y a la que entré sin golpear. Se me había ocurrido que habiendo sido llamado a la dirección, podía prescindir de golpear la puerta.

Pero al haber abierto la puerta y entrado, perdí mi seguridad y dejé de saber si había hecho lo debido o no. Si bien es cierto que no era por mi propia iniciativa que había venido, sino que me llamaron mis superiores, aun así podría ser que hubiera debido dar unos golpecillos. Esa duda que me carcomía era la que me ocasionaba el temblor que sentía en las rodillas al ir acercándome a la mesa, desde la puerta. Pero al verlo, sonriente, de cabello enrizado, con sus ojos azules y tristes, cuyo rostro ya conocía de seis años atrás, me sentí alentado y mi ansiedad se desvaneció sin dejar huella.

El sonriente de ojos tristes presidía, pues, la mesa. A sus lados estaban sentadas dos personas a quienes hasta el momento no había tenido oportunidad de conocer. Uno de ellos delgado, de tez sonrosada, de pelo rapado y tan corto y escaso que su cabeza parecía un campo de zarzales después de haber sido segado, y era totalmente un manojo de nervios crispados; o tamborileaba los dedos contra la mesa o hacía muecas frecuentes y rítmicas a veces dejando caer el labio inferior y otras guiñando el ojo izquierdo y contrayendo las contigüidades del ojo.

Este tipo nervioso estaba a la izquierda del enrizado y a su derecha estaba sentado uno que era su perfecto revés: medio estatua y medio carne y hueso, calvo, cuyos ojos tenían el color del metal herrumbrado y de gesto frío como un glaciar —ni un gesto, ni un parpadeo. Cara como ésa habría tenido la mujer de Lot, después de volverse estatua de sal.

El sonriente me echó esa mirada triste que tenía, señalando la silla de enfrente. Sus labios acentuaron la sonrisa.

—Tome asiento, señor Kornstein —dijo complaciente.

—No me llamo Kornstein —respondí, todavía de pie.

—¿No es Kornstein? —chilló el nervioso.

El glaciar ni se movió.

—No. Era Kornstein. Ahora me llamo Karni.

—¿Cuándo cambió su nombre? —preguntó el crespito y, aunque lo hizo en tono plácido, su voz translucía un dejo de oculta preocupación.

—Hace cinco años. A decir verdad, a mí no me importaba llamarme Kornstein, pero mi mujer insistió vehementemente.

—¿En qué insistió su esposa?

—En el cambio de apellido.

El nervioso hojeó el expediente que tenía delante suyo sobre la mesa. El glaciar frunció el ceño. El crespito emitió unos raros murmullos.

Yo estaba absolutamente tranquilo. Acababa de darme cuenta de que todavía estaba de pie, aunque ya hace tiempo que se me había ofrecido —tal vez hasta se me haya ordenado— tomar asiento. Me senté y lo que es más, me acomodé bien al sentarme. Ya no me importaba si había hecho bien o mal.

El nervioso le arrimó el expediente al crespito mostrándole un cierto docu-

mento. El crespo asintió con la cabeza y le murmuró algo al oído al glaciar. La ira que marcaba el rostro del glaciar desapareció y con ella se desvaneció de su cara el último rastro de toda expresión.

—La mujer de Lot hecha hombre, después del arrasamiento de Sodoma y Gomorra —fue lo que me pasó por la mente.

Al parecer no me había contentado con reflexionar para mis adentros y debería haberlo pronunciado, ya que es imposible que el de la sonrisa haya podido leer mi pensamiento. Dijo:

—No es la mujer de Lot, sino el Monumento del Renacimiento, ni es la revuelta de Sodoma y Gomorra sino una revolución fatal en el destino del género humano y de la creación toda, y tampoco es después de la revuelta sino antes de ella.

En tanto yo me empeñaba en aclarar el significado de todo ese guiso de palabras, el glaciar abrió los labios y filtraba de sus dientes apretados una frase breve e inequívoca:

—Mañana de madrugada, a las cuatro-cero-cero, viene el Mesías.

Como ya quedó dicho, sigue extrañándome hasta hoy mismo que me haya tocado el privilegio de ser uno de los pocos a quienes se había considerado necesario enterarlos del acontecimiento más importante que estaba por ocurrir en la historia de la humanidad y hasta tal vez en la historia del universo. Pero habiendo pronunciado su dicho el glaciar, no me provocó ni una pizca de asombro. De haberme dicho que mañana a las cuatro-cero-cero sonaría el reloj despertador al lado de mi cama, me habría asombrado mucho más, ya que mi despertador suena por lo general a las cinco-cero-cero y no a las cuatro-cero-cero.

—Esto es de sumo secreto, sumo secreto. De sumo secreto, ¿me oye? —se excitó todo el nervioso, guiñando el ojo izquierdo que le fruncía toda esa parte de la cara a unos cuantos centímetros de radio.

El crespo sonriente dejó caer la cabeza hasta que el nervioso hubiese terminado su agitado musitar. Después se dirigió a mí cordialmente y me dijo calmado, como era su manera.

—Supongo, señor Karni, que habrá oído que la llegada del Mesías involucra la resurrección de los muertos. Obviamente, tan enorme adición de población sobre el globo terráqueo (estimamos el número de los que resucitarán en unos cuantos billones, con base en el informe de nuestro Servicio de Inteligencia, quien se atiene a la opinión de que la orden de resurrección se aplicará a todo ser humano sin diferencia de religión, raza, nacionalidad e ideología —todo el que haya nacido alguna vez, resucitará: justos e infames por igual—) podría originar innumerables problemas, principalmente en cuanto a la alimentación y la vivienda. Por ello se han hecho los arreglos pertinentes para despachar a los resucitados —ni bien emerjan de las tumbas— a la Luna, a los planetas y tal vez a otros cuerpos celestes. Los vehículos necesarios y sus tripulaciones están en estado de alerta. En cuanto a la discreción ésta es indispensable para evitar el pánico entre los residentes del globo terráqueo. Estamos haciendo to-

do lo posible para llevar a cabo este operativo de acuerdo a un minucioso plan, sin conmociones para los habitantes del globo terráqueo y, dentro de lo posible, sin su conocimiento. Sin embargo, nos hemos propuesto decididamente a perpetuar el acontecimiento, erigiendo un monumento, el Monumento a la Resurrección. La tarea de erigirlo —o, más bien, de colocarlo— se le ha encomendado a usted.

El crespo suspiró. El nervioso levantó la palma aprestando los dedos a teclar sobre la mesa, pero la mano se le quedó como colgada en el aire. El glaciar estiró el brazo señalándome con el dedo como si me estuviera apuntando con una pistola.

A mí se me secaron los labios. Quise mojarlos con la lengua, pero no me atreví. Tragué la saliva que se me había juntado en la boca y sentí un dolor punzante en la garganta.

La tarea es el colmo de la simplicidad —siguió diciendo el crespo sonriente— mañana, a las 2:50 de la madrugada, usted se despierta, sale de su casa, se va a la carretera que lleva a Ramallah. Hay quien dice que Ramallah es Beth-Él, que es donde, en su tiempo estaba apoyada la bíblica escala de Jacob cuya cabeza llegaba al cielo. ¡Vea bien! Usted se va a pie. Al llegar a la barrera de la frontera, tome a la izquierda y siga caminando hasta ver el extremo de una sogá asomando por sobre la tierra. Usted se echa a tierra junto a ese lugar y espera hasta las cuatro-cero-cero. A las cuatro-cero-cero oirá un son —algo entre el sonar de un cuerno y una sirena. Sepa pues que no es una sirena de alarma, sino el son del “Shofár”, el cuerno del Mesías. Al oír el son, tire inmediatamente de la sogá. ¡Y vea bien! No espere el final del toque del cuerno, usted tirará de la cuerda al oírse el primer son. Esto es todo. Ahora váyase a su casa y acuéstese a descansar. El descanso es de gran importancia para el operativo y debe considerarse como fase inicial del cumplimiento de su misión. Y recuerde: ¡Ni una sola palabra a nadie!

—¿No vuelvo a mi cámara? —pregunté.

—No. Usted debe descansar.

—¿Y la llave?

—¿Qué llave?

La llave de mi cámara. Una llave especial —y saqué la llave de mi bolsillo.

Los tres irrumpieron en carcajadas. El crespo ondulaba hasta su risa. El glaciar emitía sonidos metálicos de su garganta. El nervioso estremecía sus hombros.

Salí y me fui caminando al autobús con la llave aferrada en mi puño.

IV

De pie en el autobús, en viaje a mi casa, me carcomía la preocupación y me asediaban lóbregas reflexiones. No es que pensara en mí, ni era por mí que me preocupaba. Tenía plena seguridad de que llevaría a cabo fielmente mi mi-

sión y ejecutaría con toda eficiencia la tarea que se me hubiera encomendado, aunque esa confianza no tenía ninguna justificación objetiva. Era precisamente el Mesías quien me preocupaba. En algún lugar había leído que Napoleón fue derrotado en la batalla de Leipzig debido a un catarro. ¿Y qué pasa —me preguntaba en mis adentros— si en el instante mismo de poner el cuerno en sus labios, el Mesías sufre de un ataque insoportable de dolor de vientre?

Estos temores y otros semejantes me acosaron durante todo el viaje. Pero después de llegar a la puerta de mi casa dejé de temer por el Mesías y, dadas las circunstancias, comencé a preocuparme por mí.

Al llegar a la puerta de mi departamento eran las 10:55. Siendo que se me había ordenado descansar hice el plan de mi día: ni bien entre a casa me desvisto y me echo en cama, me tapo con una cobija y me duermo. Dormiré como un santo hasta que regresen a casa mi hijo de la escuela y mi mujer de su trabajo. Mi esposa trabaja hasta la 1:00 y camino a casa recoge a mi hijita del jardín de infantes. A la 1:30 ya está toda la familia en casa, excepto yo y a las 2 toman su almuerzo; siendo que hoy yo también estaré en casa, almorzaremos todos juntos. Después del almuerzo lavaré los platos. Así será completo el reposo de mi mujer y podrá volver a su trabajo (de las 5 a las 7:30) más fresca que nunca. Mientras esté mi mujer en su trabajo, jugaré con mi hija y ayudaré a mi hijo a hacer su tarea (“Buenos días papá”, “Buenos días mamá”, “Feliz Año Nuevo” —en letras enormes). Siendo que a la noche mi mujer estará menos cansada que de costumbre, saldremos juntos al cine, pidiéndole a la vecina del departamento de arriba —justo encima del nuestro— que baje a nuestro departamento a cuidar a los niños. Ella también tiene hijos y a veces nos necesita para ese mismo servicio, como que “una mano lava la otra”. Ciertamente que la dirección me había ordenado descansar, pero el cine es también un modo de descansar.

Ese plan lo había decidido a las 10:56. A las 10:57 vino el primer percance. El hombre propone y Dios dispone.

Me acerqué a la puerta del apartamento teniendo apretada en mi mano la llave de la cámara. Distráido la introduje en la cerradura, o más bien intenté introducirla, porque esa llave era de un diseño peculiar y de ningún modo se podía encajar en la cerradura de mi apartamento. Sin embargo traté un largo rato de meterla e insertarla, hasta cansarme. Después de haberme fatigado me di cuenta del error y vi que todo esfuerzo sería en vano. Extraje del bolsillo la llave adecuada y abrí la puerta. Todavía estaba en la entrada cuando oí de arriba la voz de mi vecina, la que vive encima de nuestro departamento y la misma que tendría que cuidar de nuestros hijos esta noche. Levanté la mirada y la vi bajando apurada las escaleras con mi chiquilla en brazos. A medida que bajaba y se me acercaba se elevaba su voz, y cuando se paró frente a mí su voz se hizo aullido. Mi vecina a los alaridos y mi hijita no largaba ni un ¡ay! De ojos bien abiertos y labios fruncidos, me extendía sus bracitos.

Yo no sabía todavía qué significaba eso y ya estaba amargado. Y cuando me enteré de qué se trataba, me amargué más aún. Resulta que la maestra, la

dueña del jardín de infantes, había traído a mi hija a casa esta mañana, porque la chiquilla ardía en fiebre. No cabe duda de que la niña se había enfermado y tal vez hasta haya contraído una enfermedad contagiosa. Temiendo que los otros chiquillos se contagiasen, la maestra se apuró a traer a casa a mi hija. Pero encontró cerrado nuestro departamento. Subió pues al segundo piso y le entregó la chiquilla a la vecina. Dado que la vecina tiene tres chicos temía por su salud y se negó a recibir a mi hijita, aunque consintiéndole a la maestra que la dejara después de una disputa. Ahora se desquitaba conmigo, si bien los insultos que profería venían en género femenino y por todas las señas no se referían a mí sino a mi esposa, como son "No es madre sino bruja, quien manda al jardín de infantes a una chiquilla enferma; ¿hijos tiene que criar esa infame?, ni cachorros de animal le confiaría a esa" y otras expresiones similares de oprobio y condena que no revelaban un sentimiento de mayor simpatía, aunque yo suponía, hasta ese momento, que las relaciones de mi mujer con los vecinos eran buenas, particularmente con ésta.

Tomé a mi hija, la acosté en su cuna y le di de sorber té a cucharaditas. La pequeñuela escupió el té y empezó a llorar. Me puse a mecer la cuna, suavemente al principio y luego con todas mis fuerzas hasta que la chiquilla se durmió. Al dormirse comenzó a respirar con dificultad emitiendo ronquidos y gorgoteos. Apurándome a la tienda llamé por teléfono al hospital donde trabaja mi mujer. Después de toda una serie de ruidos raros —entre ellos voces de hombres y otras de mujeres— me ligaron finalmente con la enfermera principal de la sala de mi mujer. La enfermera principal me comunicó que esta mañana alguien había notificado en nombre de mi mujer que estaba enferma y que no vendría a trabajar. Depositó el tubo y lo volví a coger. Repetidas veces marqué y me comuniqué con el servicio de salud. Quien me atendió me preguntó cuánta fiebre tenía mi hija. Para lo cual yo no tenía respuesta. La voz me aconsejó darle a mi hija una aspirina y telefonar al día siguiente para reservar turno. Intenté protestar, pero la conversación había sido interrumpida.

Regresé a casa. Ante la puerta estaba mi hijo. De pantalón roto y camisa sucia. La mano se me levantó sola y le abofeteé la cara. Fue la primera bofetada que le aseté a mi hijo en toda su vida. Se quedó boquiabierto de asombro y plantado en su lugar. Sentí un pinchazo de dolor en el corazón, pero como no tenía ánimo para mis propios males, me desentendí del pinchazo y entré a casa. Mi hija dormía. Los ronquidos y gorgoteos habían cesado. Me senté al lado de su cuna y le toqué la frente. Puse la palma de la mano sobre su frente, pero no concluí nada, ya que nunca supe establecer la temperatura de alguien a toque de mano. Me agaché y le puse el oído sobre su pecho. El pecho le subía y bajaba alternadamente y su respiración era rítmica y calmada. Me tranquilicé. Y al tranquilizarme, me acordé de mi hijo. Me fui hacia la puerta y la encontré abierta. Parecía como si, del apuro, me hubiera olvidado de cerrarla. Parado en la puerta buscaba a mi hijo con los ojos. Escudriñé los alrededores y no lo hallé.

Volví a la cuna de mi hija, arrimé una silla y me senté. Traté de meditar

sobre el Mesías que estaba por llegar a las cuatro-cero-cero y le eché una mirada al reloj. Era la 1:27 —la hora a la que mi mujer suele regresar del trabajo. Y aunque hoy no había ido a trabajar, como me había enterado, volvió a la hora justa. Al verme sentado al lado de la cama de mi hija, se quedó helada y me miró sorprendida. Tenía los párpados enrojecidos como si hubiese llorado.

Le conté todo lo ocurrido, excepto el asunto del Mesías cuya llegada se esparaba a las cuatro-cero-cero. También le oculté el hecho de saber que hoy no había estado en el trabajo.

Me preguntó:

—¿Qué pasa que llegaste a esta hora?

Me di cuenta de que, vergonzosamente, no tenía respuesta para tal pregunta, a pesar de que por lógica, debería haberme respondido. Las palabras se desprendieron solas, al decir:

—Me despidieron del trabajo.

Por qué se habían desprendido precisamente esas tres palabras, es un enigma.

Siempre que me sobrecoge o me conmueve una mala noticia que me cae como un rayo, me dan ganas de echarme en cama y sumergirme en mis fantasías. En tanto que mi mujer siempre que la sobrecoge o la conmueve una mala noticia que le cae como un rayo, se le viene encima una tremenda febrilidad. Al oír de mi supuesto despido, se lanzó hacia la chiquilla, le puso los labios sobre la frente y le arregló la cobija. Luego se apresuró a la cocina y puso al fuego unas ollas y la pava. Mientras estaban al fuego sacó del refrigerador legumbres y las peló con un utensilio especial, medio cuchillo y medio serrucho. En un dos por tres echó las legumbres peladas en una de las ollas y salió. Todo eso lo hizo sin decir una sola palabra.

La chiquilla se despertó y estalló en llanto. Volví a tratar de calmarla: la acaricié, le di de beber té dulce y mecí la cuna, pero esta vez todo fue inútil. No sé cuánto tiempo me pasé empeñado en esos vanos esfuerzos. A mí me parecieron largas horas, pero la cuenta precisa indicaba que no había transcurrido más de media hora. Al cabo de esa media hora apareció mi mujer y con ella mi hijo y el Dr. Tamir.

Mi hijo se retiró a un rincón y me observaba furibundo. El Dr. Tamir se acercó a la cuna y permaneció a su lado. Mi mujer le cambió la ropa a mi hijo y se unió al doctor.

El Dr. Tamir, cuyo apellido significa su apariencia, era un hombre esbelto, de cabello claro, como los nórdicos.

Ambos —mi mujer y el doctor— se ocupaban de mi hija y yo me acerqué a mi hijo tratando de reconciliarlo por todos los medios. Al principio no respondía y todas mis travesuras fueron inútiles. Al final le hablé de un ratón que se había tragado un elefante y quedó del mismo minúsculo tamaño que tenía. Ese cuento hizo mella en su imaginación y sirvió de pretexto para una reconciliación total. No me quedó otro remedio que contárselo por segunda vez.

Entretanto el Dr. Tamir había terminado de examinar a mi hija y le apuntó una receta. Mi mujer me entregó la receta pidiéndome pasar por la farmacia. Me fui a la farmacia, acompañado por mi hijo. Por el camino le conté por tercera vez el cuento del ratón que se había tragado un elefante.

Cuando regresé de la farmacia estaba mi mujer arrellanada en el sillón —ese único sillón que había en nuestro departamento y que lo habíamos obtenido de los padres de mi mujer— y detrás de éste estaba parado el Dr. Tamir. Su mirada la tenía puesta en lontananza a través de mi cuerpo, como si yo no estuviera hecho de materia, sino de un vacío en el espacio; y mi mujer me lanzó una prolongada mirada comenzando en un verdoso destello de odio para acabar con una expresión de culpa mezclada de adulación, como la de un perro que acaba de ensuciar. Esa brusca transición de un destello verde a la expresión de perro que había ensuciado, la conocía bien y nada bueno presagiaba.

El Dr. Tamir dijo “una cucharadita tres veces por día” y se largó.

Nuevamente intenté meditar sobre el Mesías y el Monumento de la Resurrección. Al parecer el predisponerme como era debido para el Día de Dios que estaba llegando subrepticamente, era más de lo que podía, pero al menos logré distraer mi atención de lo que ocurría a mi alrededor. La prueba está en el hecho de que no recuerdo absolutamente nada de todo lo acaecido desde el momento en que el Dr. Tamir salió de nuestra casa y hasta el instante en que me desperté en mi cama por los sollozos de mi mujer, acostada a mi lado. La luna llena bañaba la habitación de un amarillento verdor. A la luz de la luna le eché un vistazo al reloj. Eran las 12. Los hombros de mi mujer se estremecían. Tenía el rostro hundido en la almohada.

Nunca tuve el don de una buena memoria y jamás logré memorizar debidamente ni un sólo verso, pero viendo los tremulantes hombros de mi mujer y su nuca en un subir y bajar (su cara no la veía porque estaba hundida en la almohada), viendo su cabellera que se despeinaba en cada sacudida de su nuca, me resonó repentinamente (verdaderamente resonó, porque, no sólo la letra sino que hasta la melodía resonaba en mi mente) una estrofa íntegra de la poesía de Bialik:

“Y dile también: mi lecho
mar de lágrimas lo he hecho
y que bajo mi blanca carne
por la noche mi cojín arde.”

Le dije:

—Amas al Dr. Tamir.

Sus hombros redoblaron su temblor y nada me respondió.

—¿Y él también te ama? —pregunté.

Levantó la cabeza, me disparó una mirada victoriosa de sus ojos lacrimantes y dijo:

—Sí.

En ese momento resolví para mis adentros asesinarlos a los dos; y esa decisión tenía su justificativo, ya que bien sabía que a las cuatro-cero-cero resucitarían ambos y serían transportados a uno de los planetas. Tal vez hubiera llevado a cabo lo que había maquinado, pero de pronto tuve ante mis ojos la imagen de mi hija y de mi hijo. ¿Cómo remendaría yo los pantalones rotos de mi hijo, si todo hilo que pongo entre mis dedos yerra el ojo de la aguja? ¿Cómo conseguiré médico para mi hijita (así sea hasta el Dr. Tamir) si en el servicio médico me cortan la llamada?

Le dije a mi mujer:

—Yo me voy. El cresco me dio orden de salir a las 2:50 de la madrugada. A las 2:50 de la madrugada me voy de la casa.

Afortunadamente mi mujer no oyó más que la última frase. A los tontos los ayuda Dios, porque de haber oído lo que le dije al principio, más que seguro que hubiera comenzado a interrogarme sobre quién es el cresco y me hubiera acribillado a preguntas y quién sabe si, al final de cuentas, no hubiera yo dado un traspíe revelando algún indicio de lo que sabía en cuanto a la redención, la resurrección y el monumento. Siendo que había oído sólo la última frase, levantó medio cuerpo, dando puñetazos contra la almohada:

—No, a las 2:50 no, a las 2:50 no; ahora, ahora mismo te vas, en este mismo instante —gritó presa de histeria.

Por milagro los niños no se despertaron con sus alaridos.

Me levanté, me vestí y salí.

Cerca de mi casa habían hecho un parque. Los retoños todavía eran pequeños y el parque era más bien una aspiración para el porvenir, pero los bancos que habían sido instalados sí que eran bancos de verdad.

Me senté en uno de ellos esperando las 2:50.

V

A esa hora partí del parque y me fui caminando por la carretera que conduce a Ramallah. Hay quien dice que ésa es Beth-Él, donde en su tiempo estaba la escala de Jacob y su cabeza llegaba al cielo. Iba a pie. Al llegar al cerco de la frontera tomé a la izquierda y seguí caminando hasta que vi una punta de soga atisbando de la tierra.

La ví, en lo negro de la noche, a la luz de las estrellas, porque la luna se había puesto y el alba no se mostraba todavía.

Me eché a tierra cerca del lugar esperando las cuatro-cero-cero.

Las estrellas desteñían y el universo se tornaba azulado. Oscuras siluetas brincaban en el horizonte, sobre las cimas de las colinas de Judea. A veces se veían como copas de árboles mecidas por el viento y otras se asemejaban a un pelotón de soldados de guardia, temblando en el helado rocío de la madrugada.

A las cuatro-cero-cero oí un son —entre el sonar de un cuerno y el de una sirena. Sabía que no es la sirena de alarma sino el sonar del cuerno del Mesías. Apenas oído el son del cuerno tiré de la sogá. No esperé el final del sonar. Tiré y jalé al oírse el primer sonido.

Y al jalar sentí que me iba hundiendo en la tierra. Yo me voy hundiendo y frente a mí va irguiéndose una estatua. A medida que seguía jalando seguía hundiéndome más hondo y más erguida se ponía la estatua ante mis ojos.

Al parecer jalé mucho tiempo, lo hice hasta la salida del Sol que iluminaba la Tierra. Siendo que estaba absorbido por mi trabajo, una labor sagrada, no vi el lucero ni el purpúreo amanecer. Vi el Sol ya en la plenitud de su incandescencia.

Y al alumbrar el Sol en la plenitud de su incandescencia yo ya estaba hundido en tierra hasta el cuello y sólo sobresalía del polvo mi mano derecha, cuya palma empuñaba la sogá.

La estatua ya estaba casi totalmente erguida —y si tenía todavía una leve pendiente hacia atrás, no sería su ángulo de más de unos 5 o 6 grados. Unos minutos más y el Monumento de la Resurrección estará erguido ante mis ojos perpendicular al terreno.

Cuando el dios hindú le reveló a Arjuna su divina figura, se asemejaba a mil soles que resplandecían simultáneamente en el firmamento. Hablaba de un sinfín de bocas, mirando por miríadas de ojos, vestido con atuendos del paraíso y ungido de mirra, cuyo aroma es el del cielo. Fortuna tuvo el hijo de Pandu de ver la Creación toda, con su profusión de luces y tintes, encarnado en el cuerpo del Dios de los Dioses.

Yo no vi la Divinidad, ni vi su asomo.

El Monumento a la Resurrección que se iba irguiendo ante mí, no era más que la efígie de una doncella cuyo cabello castaño era corto como el de un mancebo, de ojos azules sesgados un poco a lo mongólico, sus dientes y su rostro irradiaba una sonrisa en la que se amalgaman la inocencia y la sensatez, el amor y la seguridad hasta lograr una perfección suprema: su cuello apenas inclinado hacia adelante, sus hombros...

No. No me dio tiempo para ver sus hombros, ya que en el instante mismo en que se irguió vertical ante mí, recta y firme, el polvo cubrió mis párpados y ya no veía yo nada.

Iliya Muromyetz, o tal vez algún otro personaje de la antigua épica rusa, encontró en uno de sus viajes una cartera en el camino. Descabalgó Iliya Muromyetz e intentó levantar la cartera. La cartera no se movió de su lugar, pero Iliya Muromyetz se hundió en la tierra.

Sea Dios mi testigo que no ha sido por una cartera que me hundi en tierra; por el Monumento de la Resurrección me cubrió el polvo. Y aunque el polvo cubría mis párpados, mis oídos no habían sido taponados y percibían el son del cuerno del Mesías.

Todavía sobresalía mi brazo por sobre la tierra, pero mi mano ya estaba paralizada y mis dedos se habían anquilosado. Dejé de jalar la sogá.

Y al dejar de jalar se calló el son del cuerno del Mesías y en su lugar se oyó un zumbido. Yo bien sabía que los resucitados son transportados a los cuerpos celestes.

¿Y yo? ¿Ahora, sepultado en tierra, no soy yo como uno de ellos? ¿No me corresponde a mí lo que les toca a ellos?

Ésta es una cuestión que necesita ser elucidada. Lo que ninguna elucidación precisa es la certeza de que mi mujer y mis hijos y el Dr. Tamir han quedado sobre el globo terráqueo.

De no ser por la capa de polvo que me cubre la boca y dificulta mi respirar, me echaría a reír.

Traducción de Avi Nadra



Pinjás Sadé

Nació en 1929 en Levón, Polonia; inmigró a la tierra de Israel en 1934 y se educó en Tel Aviv y más tarde en el kibutz Sarid, en el valle de Jezreel. De joven se trasladó a Jerusalem en donde se ganó la vida como bibliotecario, guardián nocturno y pastor de ovejas. Al estallar la guerra de Independencia participó en las batallas en Jerusalem. Al finalizar ésta vivió en distintos lugares hasta que se trasladó a Tel Aviv, donde reside hoy en día. Todos estos años se ha dedicado casi exclusivamente a la creación literaria, ganándose la vida con trabajos literarios. Se aleja de actividades políticas o sociales.

Es novelista y poeta. Su primer cuento apareció en 1945 y su primer poema en 1946. Su primer libro es una recopilación de poemas titulada *Profecía silenciosa* (1951). No fue sino hasta 1958 cuando publicó su primera novela *La vida como parábola. Un cuento autobiográfico*, la cual apareció después de ser rechazada por las editoriales del país y terminó siendo publicada por una pequeña imprenta. Su aparición provocó muchas polémicas debido a su mensaje filosófico e ideológico. Es la confesión personal de un escritor quien desde su niñez vivió en la soledad, desconectado de la sociedad y sus ideales, enfocado en su vida personal, en sus vivencias, que las interpreta como un camino de índole religiosa, de sufrimiento, de pecados, arrepentimiento y redención, según conceptos cristianos del Nuevo Testamento, de poesía germana mística y de otras fuentes místicas. En 1967 apareció en Londres el libro traducido al inglés y un año más tarde se publica la segunda edición hebrea, esta vez a cargo de la conocida "Shoken". También fue llevada al teatro y volvió a ser reeditada, y con esto establece un lugar destacado y especial en la literatura israelí. Sus novelas posteriores continuaron con características similares: la reflexión sobre el camino espiritual del individuo desde el sufrimiento hasta las experiencias místico-religiosas. En su segunda novela, *Sobre la situación del ser humano* (1967), se expresan estas experiencias por medio de un contraste entre personajes y amores terrenales, simples y sin ningún valor espiritual y personajes y amores perfectos, celestes, espirituales que tienen un significado religioso-existencialista. Esta tendencia alimenta también su tercera novela *La muerte de Avimelej y su ascensión al cielo en brazos de su madre* (1969), a pesar de que aparentemente éste es un cuento histórico —según el cuento bíblico— sin características de confesión. En 1967 apareció el libro de Yosef Mondi *Conversaciones de media noche con Pinjás Sadé*, en el que el escritor expresa su peculiar visión del mundo. En 1970 apareció *El libro de poemas*, que comprende todos sus poemas. Un año después se publicó el libro *El pasto rojo se quema lenta-*

mente, el río verde fluye siempre y un diario titulado *Viaje*, que es un diario de su viaje por Europa, el cual interpreta como de revelaciones espirituales y místicas. Su interés permanente por la mística judía es la base del libro *La purificación del corazón* (1981), siendo ésta una readaptación personal de los cuentos y leyendas del rabino jasídico Reib Najman Mibraslav (del siglo XIX). Sus obras y especialmente sus libros de poesía han ganado premios literarios y han sido traducidos a varios idiomas, algunos poemas y extractos de sus novelas incluso al español.

LA HISTORIA DE UNA LUCIÉRNAGA

Ahora hablaré de Marián. No recuerdo las circunstancias en las cuales nos conocimos, pero fue en la época a la que ahora he llegado en mi libro. Marián tenía entonces 20 años, es decir, cuatro años menos que yo. Se puede describir su aspecto así: de talla menos que mediana y rostro redondo, labios gruesos, ojos brillantes y a veces ardientes, rizos negros y crecidos y una barba que sólo de vez en cuando conocía la navaja. Vestía un traje viejo de poca limpieza, que le iba estrecho. Su aspecto, que llamaba la atención por lo extraño, no cambió con los años, salvo el hecho de que durante un tiempo se dejó crecer la barba, como también por la magrura que se asentó en sus mejillas en la época de su enfermedad, de la cual hablaré más adelante. En su aspecto exterior, Marián parecía en muchos detalles al personaje que Rolland describe al comienzo de su biografía de Beethoven según los testimonios de Kloeber Czenry y Moscheles. Incluso quedé sorprendido al ver, en una película sobre la vida de Beethoven, el parecido de Marián y el actor que personificaba al músico. Pero Marián era un tallo demasiado endeble para soportar la cabeza beethoveniana, pesada y febril.

Había en él algo más que me hizo recordar lo que se cuenta a propósito de Beethoven, y es su costumbre de errar por la ciudad y la campiña. Dos o tres veces me crucé en el camino de Marián, o lo vi de lejos. Una vez en una verde campiña, en medio del mundo feliz de la naturaleza; otra, en la calle principal, dentro del tráfico bullicioso del mundo urbano. Tanto aquí como allá cargaba sobre sí una sombra pesada de soledad. Si me hubiera sido dado el ojo del visionario, hubiera vislumbrado tal vez también la sombra del enano de rojas pupilas, brincando en pos suya, con el cuenco de plomo hirviendo en las manos.

¿Maduraban, acaso, en su cerebro, durante esos paseos, sus fantasías artísticas? O acostado en su lecho por las noches ¿prestaba oídos a la voz de su sangre sollozante? Porque Marián era un gran artista, de inspiración alucinante, y hasta con una vislumbre ofuscada de genio. Entre sus obras recuerdo un

apunte a la pluma hecho sobre una hoja arrancada de un cuaderno: al principio sólo noté una maraña de líneas trazadas, aparentemente, en el aire, por el vuelo de un pájaro enloquecido; pero poco a poco fui discerniendo en el cuadro un puerto, muelles y barcos, velas, un bosque de mástiles, aves marinas y objetos extraños, y la claridad que emergía del caos era tan honda, hasta inspirarle a uno el ansia delirante de bajar a ese puerto embrujado y partir en uno de los barcos. ¿Hacia dónde? Tal vez hacia el lugar al cual, como uno de los hombres de la antigüedad, acabó al fin partiendo el mismo Marián.

Recuerdo también el apunte aquel que Marián llamó *La primavera*. A la derecha había dibujado jardines, árboles y parejas de enamorados; era la naturaleza, la vida en flor. A la izquierda aparecían fábricas, chimeneas y muros de piedra, la vida estancada. Entre las dos partes atravesaba una vasta línea oblicua. Y he aquí arremetiendo esta línea, en un impulso de derecha a izquierda, un toro joven, fuerte y lleno de vigor, la encarnación de la primavera.

Otro apunte (Marián lo llamó *El chantre*) me viene también a la memoria: sobre un enorme pliego dibujó, en líneas de tinta china negras y gruesas, un perfil con un ojo enorme, ardiente, espantado. Unas líneas aquí y allá tal vez sugirieran arcos góticos. Paréceme que el hombre ese del perfil sugería más un pope de alguna obra de Dostoyevsky que un chantre judío. De alguna manera había en ese hombre en la negrura amenazante, fervorosa, atormentada, que lo rodeaba, algo de santo.

Marián hacía surgir de sus apuntes vertiginosos cortejos fúnebres, entierros, jardines florecientes, barcos haciéndose a la mar, motivos autobiográficos (incluso empezó a trabajar en ilustraciones para algunos de mis poemas), es decir, que tenía sus sentidos orientados hacia los temas verdaderamente importantes del arte: la muerte, la naturaleza, el viaje y el yo. Esos temas le ocuparon también en sus poesías. Cierta vez (era un lluvioso día de invierno, y ambos estábamos sentados en un pequeño café), tradujo para mí un poema que describía cómo el poeta, siendo niño todavía, recibió la noticia de la muerte de su padre: fue al hospital y allá (sólo recuerdo esos dos versos) “me paré de puntillas frente al empleado de la ventanilla/y recité de memoria la tabla de multiplicar”.

Vuelvo a sus dibujos. Me contó que tuvo épocas de creación febril, en las cuales no encontraba tiempo ni siquiera para comer y dormir. Al cabo de varios años, ya después de su muerte, alguien me narró lo siguiente: en cierta ocasión Marián estuvo encerrado durante un mes en su cuarto, dibujando. Fumó una cantidad enorme de cigarrillos, pero casi no comió. Al cabo de treinta días abrió la puerta de su cuarto, arrastrándose de bruces hasta el puesto de primeros auxilios, donde le devolvieron el aliento con comida y bebida. Por otra parte, tenía épocas vacías de inspiración, en las que se sentía infeliz y desesperado. Cuidaba sus obras hasta que se perdían de alguna manera u otra o las repartía entre sus amigos. Una vez hizo una exposición en un pequeño café llamado “Nitzán”. No creo que haya vendido algo en esa oportunidad, y en cuanto a la crítica, creo que una sola nota apareció en la sección de miscelánea de uno

de los diarios, en la que se hablaba de él como un "talento joven e interesante" o algo por el estilo. En realidad no tiene importancia lo que un tinterillo escriba o deje de escribir en su diario. Pero esa ligereza, más imbécil que malintencionada, con respecto a su arte, fue una de las cosas que llevaron al sensible y torturado Marián, el soñador de grandezas, a la tumba.

Como no vendía cuadros, se encontraba la mayor parte del tiempo, salvo que recibiera alguna ayuda o trabajo casual, sumido en la miseria y el hambre. Recuerdo cómo apareció cierta vez en el café "Nitzán" con la mejilla hinchada y deformada, y pidió a los presentes un poco de dinero para ir al dentista a que le arrancara la muela que le dolía. No le dieron dinero, pero finalmente encontró un dentista compasivo que lo trató gratuitamente.

Después de que nos conocimos solía venir de vez en cuando a mi altillo. Generalmente venía por las noches, y a veces nos repartíamos la cena. Sucedió que nos quedábamos sentados hasta el amanecer, bebiendo té, llenando el espacio del diminuto cuarto con el humo espeso de cigarrillos baratos, y conversando. Recuerdo sólo en forma confusa los temas de las conversaciones, que siempre giraban en torno a conceptos abstractos y que para mí no eran importantes, ya que a Marián le preocupaban problemas que yo ya había dejado de lado hacía varios años. Quizás fuera extraño que en tanto que yo expresaba en mis palabras el tren de ideas corriente en mi poesía, Marián hablaba de la importancia, y hasta de la imprescindible necesidad, de salir del yo introvertido hacia el mundo de la sociedad humana y la naturaleza; lo extraño consiste, pues, en que ahora estoy yo haciendo su elegía en vez de que él haga la mía; pero, ¿quién sabe si no lo está haciendo ahora, en ese lugar lejano desde el cual ninguna voz llega hasta nosotros? Quizás sí, quizás no. El asunto es abstruso.

Hablamos de la locura (recuerdo: era una tarde de otoño, silenciosa, el cielo estaba gris blancuzco. De pronto, empezó a caer la primera lluvia. Un aroma de pureza se difundió en la atmósfera. La mujer del panadero subió a la carrera las escaleras y empezó a descolgar su ropa de la sogá). Como los árabes, admiradores de los "genios", también yo expresé mi admiración por la locura y agregué que en mi opinión la locura es producto de una elección íntima. Como ejemplo cité entonces a Nietzsche y a Hölderlin. Marián no había oído el nombre de Hölderlin. Pero leía con intensidad *Así hablaba Zaratustra*, que yo le presté (también le impresionó profundamente el libro de Weininger, que llegó a sus manos de la misma manera). Se sorprendió cuando expresé mi opinión de que para enloquecer es necesario una osadía suprema, y que es una manera de hendir la angustiante muralla de la civilidad fría y estéril que se cierra sobre nosotros, y de abrirse camino hacia los planes santificados del arte y la existencia religiosa. No puedo saber qué se tramaba entonces dentro de Marián, en esas profundidades que están debajo de la capa lógica superficial que solemos poner en acción en la conversación amistosa; pero él me contó más tarde que estando en el hospital volvía con insistencia sobre estos temas y preguntó cuál era mi opinión sobre lo que a él le sucedió, dando por convenido que lo que le sucedía era producto de la elección y la voluntad.

Después vino un periodo en que Marián dejó de visitarme y no supe de él. El invierno pasó y el verano fue muy tórrido. Estar en el altílo con techo de chapa, que ardía como un horno, era un suplicio infernal, y mi situación espiritual y material era mala y desviaba mi atención de muchas cosas. ¿Qué le sucedió en aquella época a Marián? Los detalles que oí después de un tiempo no eran claros, salvo los dos sucesos siguientes que alguien, no recuerdo quién, me contó. He aquí el primer suceso: cierta vez vinieron de la policía militar para llevarlo a hacer el servicio militar, o tal vez el servicio de reserva. Marián, naturalmente, no estaba en condiciones de hacerlo. Salió, pues, huyendo, perseguido por los policías. Había llegado a "la tierra de nadie" frente a la puerta de Yaffo que era territorio árabe, y ya se disponía a pedir refugio a los jordanos, cuando a último momento fue apresado. Al imaginarme la escena de ese último momento en que fue apresado, al imaginarme la escena de los dos perros de la autoridad militar persiguiendo al admirable animal, fino y atormentado, sentí que había en ella algo de simbólico y trastornador. De un modo u otro, a fin de cuentas, Marián fue eximido de servir en el ejército. Y he aquí el relato del segundo suceso: en un mediodía tórrido fue hallado, desnudo y con el pelo crecido, tirado sobre la carretera en las cercanías de Motza. Al parecer había estado vagando por allí durante varios días, hasta desfallecer de hambre y de sed. Su mente estaba confusa y balbuceaba palabras incomprensibles. Lo llevaron al puesto de policía que se encuentra en la Plaza de los Rusos. Cuando la noticia llegó a oídos de sus amigos, dos de ellos fueron a verlo. Dos carceleros lo condujeron en presencia de ellos, arrastrándolo por las axilas, y lo dejaron caer del otro lado de la reja. Marián quedó tirado en el suelo, encogido, sin levantar los ojos hacia sus visitantes. Su aspecto había cambiado en forma espantosa, hasta no poder ser reconocido; tenía las mejillas hundidas, los labios hinchados y partidos, los ojos agrandados y girando dentro de las órbitas. Parecía (así se expresó uno de los amigos) "el esqueleto de un barco oxidado, cubierto de moho, izado de las profundidades, después de miles de años".

Finalmente comprendió quiénes habían venido a verlo. A sus preguntas los reconoció, y hasta los llamó por sus nombres, extendiéndoles (según testimonio del amigo) "una mano floja y fría". Su voz era entrecortada al hablar, pero nuevamente se sumió en el silencio y no respondió a sus preguntas, mientras seguía tirado en el piso. Los carceleros dijeron que así estaba todo el día, sin vida, como un objeto, sin tocar el alimento y sin siquiera cuidarse de su aseo al hacer sus necesidades.

Los amigos volvieron al día siguiente, esta vez para ayudar a trasladarlo a casa de un médico. Lo llevaron en un automóvil y cuando entró en la sala de espera (después de negarse en un comienzo a salir del coche) empezó a hacer bromas un poco pesadas. Por ejemplo, insistía en acostarse en el suelo y empezó a provocar a un muchacho que estaba en el patio, al caer en la cuenta que aquél le temía. Cuando uno de los amigos le ofreció una tableta de chocolate, Marián lanzó una orgullosa carcajada, y la rehusó. Llegó el médico, pero apenas le echó una mirada ordenó, con alarma evidente, que lo llevaran con

urgencia al hospital de enfermos mentales. Como la admisión al hospital implicaba un procedimiento complicado, tomaron a Marián y lo trajeron de vuelta a la policía. Por el camino iba parlotteando y diciendo groserías en forma infantil, hasta que se vieron obligados a silenciarlo. Al parecer, estaba de un humor muy exaltado.

Al llegar al puesto de policía se demoraron un poco en la entrada. En el interin trajeron comida, y como Marián no era capaz literalmente de sostener una cuchara, lo sentaron en la escalera y uno de los amigos le dio de comer. Marián bebió sediento la sopa. En aquel momento venía bajando la escalera una muchacha, y al llegar abajo reparó en Marián y se puso a mirarlo con curiosidad y pavor. Pasó un tiempo, y Marián y sus acompañantes seguían estacionados delante de la entrada. Marián estaba entonces de pie, el cuerpo apoyado en la pared y la cabeza por una ventana lateral caída. De pronto, como si hablara consigo mismo, esputó:

—Soy el hombre más podrido del mundo.

Eso sucedió en el verano. Entretanto viajé a Londres. Transcurrió el verano y el invierno, cuando regresé a Jerusalem, oí que Marián había dejado hacía mucho el hospital.

Quise verlo y conversar con él como se quiere conversar con alguien que viene de un viaje lejano y extraño, porque mi impresión era que su viaje había sido más lejano y extraño aún, que el mío. Fui en busca de su vivienda en uno de los barrios pobres. Tres hombres, estacionados en la esquina de una calleja y conversando a gritos sobre el impuesto a los réditos, no supieron responder en absoluto a mis preguntas sobre Marián. Me detuve delante de una casa. Había allá una chapa de un escriba de libros santos. De pronto una mujer asomó la cabeza y me dijo: “¿Buscas el escriba? No está en casa. Regresará al atardecer.” Me apresuré a retirarme. Vi a algunos niños jugando en la arena y les pregunté si alguno de ellos conocía a Marián. Entretanto se congregó en torno mío un corro de mujeres y niños. Al principio, debido al cartapacio que por casualidad llevaba, desperté en ellos la sospecha de que era un recaudador de impuestos, o algo por el estilo. De alguna manera volví a preguntar por Marián. Las mujeres se consultaron entre ellas en árabe y finalmente me respondieron que no había en el vecindario nadie con ese nombre. Sólo una anciana, a quien le había parecido escucharme decir Miriam, quiso mostrarme el camino hacia la muchacha. A duras penas logré explicarle su equivocación, y entonces me soltó la manga. Después hice un intento de describirles a Marián, que al fin y al cabo no podía, con su melena y su barba pasar inadvertido en ese lugar. Agregué que era pintor. A la última explicación respondieron las mujeres que conocían a un mozo llamado Yosef, que si bien era ahora empleado municipal, antes había sido fotógrafo, y ya querían llevarme a él. De pronto, una muchacha que hasta ese momento había permanecido apartada y silenciosa, dijo: hubo aquí una vez un pintor, jorobado, se llamaba Benyamin. Pero murió hace cosa de un año.

Me sobresalté al escuchar el nombre de Benyamin y la extraña asociación.

Me alejé del corro de mujeres y regresé a la ciudad con una sensación alucinante, como si hubiera ido en busca de alguien muerto hacía mucho tiempo, y de cuya muerte estaba enterado. Y hasta ahora no estoy seguro si no era realmente así.

Y cuando entré en el restaurante cooperativo encontré a Marián.

Me alegré mucho de verlo. No noté en su rostro señales de lo que le había acontecido, pero su manera de hablar y su conducta eran distintas que en el pasado. Examinaba meticulosamente el menú y consultaba largamente con la camarera sobre los platos. Su apetito era excelente. Finalmente salimos de allí. Cuando nos sentamos en un rincón oscuro del pequeño café me envolvió con preguntas sobre mi viaje. Le respondí, y por mi parte, vacilaba en preguntarle sobre lo que había vivido y la prueba que soportó, por lo que le dejé hablar a su placer. Su conversación me produjo, de manera extraña, un desengaño. Me dijo que había renunciado a la pintura, y dejado de darle importancia al arte. Lo principal, dijo, era el proceso de evolución íntima del hombre. ¿No notas en mí cierta evolución, un cambio? —preguntó, pero sus ojos encubrían una mirada perpleja. Yo guardaba silencio. Todas esas cosas no tenían para mí ningún significado real y me parecieron sólo una evasión peligrosa. Marián estaba interesado por los problemas morales porque tal vez pensara que antes de emprender la tarea artística había que templar íntimamente el instrumento de trabajo, el hombre; pero en mi opinión no se puede templar el instrumento si no es por un lazo vivo con el trabajo mismo. El arte al filo de la vida, y no sobre el punto exhaustivo final. Ahora me preguntaba si esa experiencia espantosa por la que pasó Marián valía la pena, si su fruto eran este tipo de hallazgos. Pero también es posible que los psiquiatras, los médicos del hospital le hayan metido esas cosas en la cabeza. De ser así, asesinaron al artista en él, y así acabaron matándolo a él mismo. O puede ser que Marián perdió, simplemente, la capacidad de trabajar. Tal vez la desilusión sufrida fuera demasiado grande, quizá no tuviera paciencia para esperar que se cumplieran sus grandes sueños (y de haber esperado, los hubiera visto realizarse, porque Marián era un artista auténtico); así las cosas, algo se quebró dentro de él sin posibilidad de ser reparado. Marián siguió hablando de esto y de otras cosas (sólo una frase que pronunció, como por vislumbre, fue inolvidable: siempre se camina al borde del abismo; y aun cuando se cree estar lejos de él se está, a pesar de todo, al borde mismo), pero su conversación en general era vacía y me produjo tedio. Instantes después, cuando vi en la calle a una muchacha conocida me despedí de él.

Eso era en invierno. Yo viajé entonces a Kineret, y de allí, pasado un tiempo, fui a parar al valle de Jezreel. De todo eso hablaré luego.

Transcurrió el invierno. El verano vino y se fue. Y en el otoño siguiente, la historia de la vida de Marián llegó a su fin.

He aquí las últimas líneas. Me las relató mi amiga Ruth, que era enfermera en el hospital de enfermos mentales. De extraña manera, y sin culpa de mi parte, me tocó escuchar el relato de la muerte de Marián en idéntica situación

en que otrora escuchara el relato de la muerte de Benyamin. Acometióme una pesada vergüenza.

Un día (contó mi amiga) volvieron a traer a Marián al hospital, después que intentó desnudarse en plena luz del día en la Plaza Sion. Pasó unas semanas en el hospital, y aunque su estado dejó de causar preocupación a los médicos, era evidente que al salir empeoraría otra vez. Por eso siguieron reteniéndolo. Estaba tranquilo, y hallaba interés en trabar conversación con el médico y la enfermera. A veces conversaba sobre mi viaje a Londres, y en especial prestaba interés a la manera como pude poner en práctica la idea del viaje. Se veía que pensaba en ese viaje como en una posibilidad ansiada y lejana, quizás de la misma manera en que pensaría Jonás, después del episodio de Nínive, en su Tarsis. Cierta vez mandó pedir la devolución de sus cuadros que se encontraban en manos de un editor en Jerusalem. No sé cuál era la causa ni cuál fue la suerte corrida por esos cuadros. Ahora llegamos al fin de la historia. En una ocasión preguntó Marián, como de paso, qué le sucedería si trepara sobre un poste de electricidad. Le contestaron que no le pasaría nada. A la noche siguiente de esa conversación (noche oscura y tormentosa) salió del hospital y al día siguiente lo encontraron yaciendo en el campo, junto a un poste de electricidad, el cuerpo carbonizado. Marián había muerto. La policía atribuyó su muerte a un accidente, o a un rayo. El día del entierro estaba lluvioso y se lo sepultó rápidamente. Acompañaban al féretro sólo dos personas: la enfermera del hospital y la madre.

Knut Hamsun dice en *Misterio* que los verdaderos genios son esos mozos pálidos, luciérnagas, que se apagan en secreto sin alcanzar el mercado de la publicidad. Así era Marián. De todas maneras, ha muerto. ¿Qué significa eso? Quizás signifique que se partió en dos: una parte de él vive en mí y vivirá mientras yo viva. Porque no puedo pensar en él como en un muerto (porque, ¿qué es un muerto?), como en la nada. Puedo pensar en él como en quien ha hecho un largo viaje, como quien ha desaparecido de mi vista, pero no como quien no está. Y la otra parte está muerta. Sepultada en la tierra, pudriéndose y deshaciéndose (porque tantos y tantos inviernos y veranos pasaron por encima de él, en la tierra) y el agua penetra en su cadáver y los pastos clavan en él raíces. Marián murió, pero eso, ¿qué significa? ¿Pasea acaso, como él gustaba hacerlo aquí, pero sereno y feliz, por la anchurosa campiña del cielo? ¿Volió su alma a Dios, que se le dio? Ya que, al ser arrebatado en su juventud, ¿no sería porque era el amado de Dios, y quizá por eso sufrió y se atormentó tanto? ¿O se perdió totalmente en la matriz de la tierra, donde lo sepultaron una decena de judíos barbudos? ¿Está él muerto para nosotros, o nosotros, todo este mundo, hemos muerto para él? Quizás haya despertado a otra manera de existencia y nos haya olvidado, como se olvida un sueño borroso. A primera vista, esas posibilidades suenan como vanas y extrañas. Tal vez. Pero en horas avanzadas de la noche, cuando todo en torno duerme, salvo algo que no se aquieta dentro de mí, algo inexpresable, oscuro, plañidero, como un grito o un gemido lejano, y aquí estoy encorvado escribiendo estas líneas a la amari-

lenta luz de la lámpara, me acuerdo de muchas creencias nebulosas meditando en muchas posibilidades extrañas.

Traducción de Etty E. de Hoter

David Shajar

Nació en Jerusalem en 1926 en el seno de una familia religiosa. Es de la cuarta generación de judíos nativos en el país. Se educó en Jerusalem, donde concluyó sus estudios secundarios en el colegio Beit-Hakerem donde reside hoy en día. Participó en la guerra de Independencia y después de concluir su servicio militar cursó sus estudios sobre la Biblia y literatura en la Universidad Hebrea de Jerusalem. Ha desempeñado el puesto de maestro en literatura en diversas secundarias en Jerusalem. Tradujo del inglés y del francés al hebreo y redactó selecciones de cuentos de la literatura universal. No es activo en ningún tipo de movimiento político. En el año de 1969, fue electo presidente de la Asociación de los Escritores Hebreos, renunciando un año más tarde. En los últimos años se dedica exclusivamente a la creación literaria y permanece algunos meses de cada año en Francia, lugar donde tuvieron gran éxito sus obras.

Es cuentista y novelista. Sus primeros cuentos fueron recopilados y aparecieron en 1946, junto con otros en 1955 bajo el título significativo de *Sobre los sueños*. En estos cuentos realistas-simbólicos reconstruye el narrador las memorias sobre personajes comunes y corrientes que se destacan por su anhelo a lo misterioso y espiritual, los cuales son sus sueños. Sus aspiraciones convierten a sus personajes en personas excepcionales y extrañas cuyo anhelo, que va más allá de la dimensión material y dolorosa de la existencia humana, los lanza entre lo sagrado y lo vicioso, por un camino doloroso, algunas veces grotesco. La vieja Jerusalem, de carácter místico y misterioso, sirve como trasfondo adecuado para reforzar y motivar sus aspiraciones. Posteriormente publica una novela satírica titulada irónicamente *Luna de miel y oro* (1959), en la cual ilumina en forma crítica a la nueva sociedad israelí, diseñando a su protagonista —en forma exagerada y satírica— como un pícaro que se integra al ambiente del poder del joven Estado, disfrutando del dinero, del estatus y de las mujeres y ridiculizando los valores nacionales y morales. Más tarde, en sus recopilaciones de cuentos titulados *Emperador* (1960), *El adivino* (1966), *El bigote de papá* (1969) y *La muerte del pequeño Dios* (1970), el escritor vuelve de la crítica de un soñador, a su camino principal que inició en sus primeros cuentos. La tendencia simbólica se profundiza en estos cuentos, en los cuales las memorias de la niñez y la adolescencia en Jerusalem se relacionan con memorias más tardías en un fluir de conciencia, con el objeto de llegar al significado místico y metafísico del mundo, a la revelación del milagro y del significado oculto de las cosas. Sus cuentos obtuvieron éxito, especialmente en Italia y Francia. La editorial Bompiani, por ejemplo,

eligió un cuento simbólico *El reloj* para representar el relato israelí en la selección de literatura universal contemporánea; la revista francesa *Nouvell Litteraires*, eligió su cuento "La muerte del pequeño Dios", como muestra del cuento israelí y la editorial Gallimard publicó una selección de sus cuentos traducidos al francés bajo el título *La colombe et la luna*. A partir de 1969 se han publicado sus novelas, programadas como secciones de una obra constituida por cinco partes, bajo el título significativo *Lurián*. Este título que al mismo tiempo se encuentra compuesto según el nombre del protagonista (Lurián), insinúa, al igual que el subtítulo de la primera parte, "El santuario de los utensilios rotos", a la mística judía, a la Cábala, la cual es la base del simbolismo de la obra y sus ideas: aparentemente lo relatado se presenta como memorias concretas y detalladas de la época de la niñez y la adolescencia, compuestas por hechos históricos, relaciones entre judíos y árabes, crónicas familiares, acontecimientos de la época del mandato británico, etc. Al recapturar estas memorias y relacionarlas con un nuevo orden, se proporciona un significado simbólico de los detalles concretos, los cuales transmiten la idea general de la obra. Es un esfuerzo por restaurar las reminiscencias "rotas", con el objeto de llegar, por medio del entendimiento de su significado simbólico, hacia el significado de la existencia humana y del mundo en general, los cuales son "rotos" en esencia, de acuerdo con la Cábala; aún más, otorgarles y devolverles la perfección perdida, por medio de la creación literaria. La búsqueda del significado oculto, del prodigio y de la revelación del misterio, es lo que caracteriza dicha obra. Han aparecido cuatro tomos: *Verano en el camino de los profetas* (1969); *Viaje a Ur Kasdim* (1971); *El día de la duquesa* (1976) y *Nin-Gal* (1983). La obra obtuvo en 1980 el premio del Primer Ministro a la Literatura. En 1981, la última parte de ésta, fue elogiada en Francia con el premio Médicis al mejor libro traducido al francés en este año. Otra novela de carácter distinto sobre los tiempos del mandato británico, fue publicada en 1979 bajo el título de *El agente de su majestad*, y otras de sus obras han sido reeditadas. Asimismo publicó una novela para adolescentes (1974). Algunas de sus obras han sido traducidas a varios idiomas y ciertos cuentos al español.

EL ADIVINO

Como pronto se verá, no es acerca de un adivino que me dispongo aquí a contar, sino sobre mi tío Kalman. En todo este episodio el adivino no fue sino algo así como una palanca de cambios, que desvió el tren de la vida de mi tío a una vía muerta que no lleva a ninguna parte, a un extraño callejón cuya dirección es imposible de prever. Comparé al adivino con una palanca, porque al igual que ella no sabía lo que estaba haciendo, a decir verdad el adivino nada hizo. Sólo obró por ausencia. Si se hubiera quedado donde debía haberse quedado, es decir, sobre la cama de su mujer, maniatado o no, entonces no hubiera sucedido lo que sucedió.

Siendo yo un niño de nueve, 25 años atrás, vivía en nuestra casa un adivino —extraño, y un tanto alarmante, que tenga yo recuerdos nítidos de cosas que pasaron hace tanto tiempo ¡25 años!— y bien, volvamos a lo nuestro: sobre la ventana que daba a la calle de su cuarto había un cartel con la inscripción “adivino”, escrita con los caracteres tradicionales de los antiguos pentateucos, letras con ángulos suaves y redondeados y puntas filosas como agujijones. El cartel ostentaba también el retrato de una cabeza tocada con un fez, y ojos vidriosos cuya mirada, por lo que a mí me parecía, se zambullían en las honduras del porvenir, y flotaban en torno al retrato, dibujos y letras. Los dibujos se borraron hasta hacerse irreconocibles, pero las letras eran aún descifrables. Durante el invierno el cartel se mecía al viento con un chirrido, chocando contra las viejas piedras de la pared, y las gotas de lluvia eran como lágrimas que manaran de los ojos vidriosos dentro del liquen que brotaba en los intersticios de las piedras.

Dos años vivieron el adivino y su mujer en el pequeño cuarto del rincón del patio, y al fin del segundo año, una semana después que Kalman salió de la cárcel y vino a vivir con nosotros, nos levantamos una mañana para comprobar que el adivino y su mujer habían desaparecido, simplemente se habían fugado dejando una deuda de siete meses de alquiler. Durante el tiempo que el hombre vivió en nuestra casa no hubo una sola persona en el barrio que no

lo hubiera visitado, por lo menos dos o tres veces, para que le dijera su futuro. En eso se parecía al viejo doctor Levinstein, quien conocía íntimamente los dolores y pesares de toda persona del barrio, y también él se servía de dos o tres fórmulas para todo, e igualmente tenía dos o tres clientes fijos que necesitaban de sus servicios cada dos o tres días. Uno era Rajamin, el anciano picapedrero. Él mismo no recordaba el número de sus años, y cuando se le preguntaba por su edad, respondía: "Años muchos, a Dios gracias, muchos más de 70 años." Su lengua se estremecía, asomando su punta como un caracol que saca la cabeza de su caparazón para uno y otro lado, a fin de echar un vistazo al mundo. Continuamente consultaba al adivino y al doctor Levinstein en cosas de potencia viril. Y la bújara anciana y gorda que no podía levantarse de su asiento sin ayuda, y se la pasaba sentada a la puerta de su sótano todo el santo día, bisbi-seando en bújaro para sus adentros y chupando el extremo del *narguile* de hojalata, también ella venía a ver al adivino de tanto en tanto para preguntarle cuándo llegaría la carta. El secreto de la carta era sólo conocido por ella y él. Recuerdo todavía a su mujer y a sus dos hermanos, aquellos que escalaron posiciones hasta llegar a ser taxistas en la calle Ben Yehuda, y después de la proclamación del Estado se compraron un taxi propio, pero al adivino no lo vi jamás.

—Jana volvió a atar a su marido a la cama— le dijo el tío Kalman a mamá y se rió. Yo amaba a Kalman más que a nadie en el mundo. Era un hombre bueno y alegre y siempre estaba cantando, canciones en idish de la época en que era estudiante de *yeshiva*, canciones en alemán de cuando estudiaba en la escuela Lemel, y canciones en francés de cuando estudió en la escuela de la Alliance, y que aprendió de los discos de Maurice Chevalier, e incluso melodías turcas que se conservaban en la memoria de las profundidades de su primera niñez. Pero no comprendí por qué se reía al decir que Jana nuevamente ató al marido a la cama. El marido de Jana era el adivino, y cuando se suscitaba entre ellos una riña, ella lo ataba a la cama. Nunca me pude explicar eso, en lo que encontraba algo intimidante. Cómo puede una mujer pelear con un hombre, vencerlo y para postre atarlo a la cama. No era posible —salvo que ese adivino fuera un hombre muy pequeño, un enanito. Pensándolo bien, no podía ser que el adivino fuera un hombre corriente. Era un enano, sentado sobre una almohada en medio de la cama grande, sorbiendo café turco de un pocillo diminuto y diciéndole a los clientes su futuro con una voz finita y ronca.

—¿Cómo puede Jana atarlo a la cama? —le pregunté a Kalman— no tiene tanta fuerza.

—Por lo visto, le basta su fuerza para eso —dijo Kalman—. Y al parecer, a él le gusta.

No entendí lo que me decía, no le veía la lógica, pero no discutí. Por aquellos días, no había desarrollado aún la pasión por discutir con todo el mundo, y va sin decir con mi tío Kalman. Solía aceptar siempre lo que me decía, mejor dicho, lo bebía ávidamente, incluso cuando no lo comprendía. Sólo muchos años más tarde siendo yo estudiante de filosofía, me embarqué con

él en una discusión cuando me expuso la esencia de su pensamiento. Y esa conversación “filosófica” que tuve con él es uno de mis recuerdos más lacerantes y penosos. Creo que nunca me lo perdonaré. En mi calidad de “brillante discípulo” del profesor de filosofía, estaba yo inmerso en esa etapa de arrogancia y satisfacción propia, intolerancia y suficiencia de un tipo determinado, propias de los estudiantes aplicados que captaron los principios de la teoría de su maestro, aprendiendo de él a convertirlo todo en un juego de palabras, por el cual se puede vencer a toda persona que siente y piensa y trata de expresar su pensamiento por medio del lenguaje. En aquella ocasión le causé una aplastante derrota al descomponer sus ideas en palabras y exigirle una definición exacta de cada una de ellas. Pero por encima de todo no me perdono que en lo profundo de mi alma estaba resentido con él. Sí, sentía cólera con él como con toda persona que osara tratar asuntos “filosóficos profesionales”, sin antes haber profundizado en las últimas innovaciones de la ciencia del pensamiento lógico y la etimología. Pero en realidad, esa etapa de mi vida nada tiene que ver con mi tío Kalman.

¿Qué hacía Kalman en nuestra casa 25 años atrás, en la época del adivino? Kalman no hacía nada. Es verdad, en el momento en que se posaba sobre él el espíritu de la actividad ayudaba a mamá en sus quehaceres, vaciaba por la mañana el cubo de los desperdicios y salía en misiones urgentes al almacén y al verdulero y al carnicero, lavaba la vajilla e incluso limpiaba los pisos. Una vez, su industriosisdad llegó al punto de levantarse antes que nosotros para lustrar todos nuestros zapatos, colocándolos en fila sobre el banco de afuera. Pero estos ataques no eran ni prolongados ni frecuentes. En este aspecto, como en otros, Kalman era un tipo un poco raro. Si estaba inspirado, ningún trabajo le resultaba pesado. Era capaz de dar vuelta a los armarios y rasquetearlos por abajo. Pero en cambio, cuando lo atacaba la haraganería, nada en el mundo podía moverlo de su sitio en el sofá. Y era así como se acostaba: a lo ancho del sofá, la cabeza apoyada en una almohada puesta contra la pared, los pies calzados echados sobre la única silla tapizada que teníamos en casa, una mano sosteniendo el cigarrillo y la otra el cenicero, y los ojos clavados en el cielorraso con una mirada lejana y serena. En los grados supremos de la haraganería no se molestaba en buscar un cenicero, y la ceniza se dispersaba por todas partes, sobre su camisa, sus pantalones, sobre el piso y dentro del jarro de agua. Por lo que nada tiene de extraño que en la semana que estuvo viviendo en casa, hasta que ocupó el cuarto del adivino, haya agujereado todas las camisas de papá. Por milagro no puso fuego a la cama, porque más de una vez se dormía con el cigarrillo encendido en la mano. Se dormía de espaldas y sus mejillas sumidas se hundían aún más, como si en el sueño las sorbiera hacia adentro, y su prominente nariz sobresalía y dejaba oír un ronquido colérico. Quemó todas las camisas de papá, porque al llegar tenía sólo la camisa que llevaba sobre su cuerpo, la cual fue a parar al cubo de los desperdicios al poco tiempo de su llegada, lo mismo que sus pantalones, su camiseta y sus calzoncillos, como también la destartalada valijita que hasta el día de hoy nadie sabe qué conte-

nía, porque mi madre la tiró sin molestarse en abrirla. Por aquel entonces la gente del barrio no se apresuraba a arrojar ropa a la basura, y si tal fue la suerte de la ropa de Kalman, era porque no había alternativa. Un pájaro desplumado y salvaje parecía aquel día. Pájaro en libertad, cuyo corazón seguía latiendo borascosamente dentro de él. En general, había algo de pájaro filoso en todo su ser, y después de meterse en la ropa de papá, esa impresión se hizo más patente aún. Durante toda su vida los pantalones le fueron grandes, puesto que jamás pudo permitirse ni se molestó en encargarlos a la medida, y todos los pantalones listos que se encontraban en las tiendas eran más anchos que sus caderas. Por eso, se me ocurre, parecía siempre estar saltando en diagonal.

Aquel día, estando todavía en el umbral, le dijo a mamá: Dame alguna ropa usada de Eli, y arroja la mía directamente a la basura.

—¿Tienes jabón carbólico? Eli era mi padre y mamá entendió enseguida. Kalman estaba lleno de piojos y pulgas de todo tipo. Yo no sé cuántas semanas estuvo escondiéndose en el sótano de Levy, el mozo de cuerdas loco, de Urfa, que hablaba idish, hasta que dieron con él y lo encarcelaron. A casa vino después de estar 21 días en la cárcel. Todo se juntó. Fue demandado por todos sus acreedores, precisamente en el momento en que el juez lo sentenciaba a pagar a la mujer alimentos a razón de cinco libras israelíes por mes.

En el sótano del mozo de cuerdas Levy, se escondió primero del bedel del juzgado que quería ponerle en las manos la convocatoria, después del empleado de la Ejecutoria que quiso entregarle el primero y segundo avisos, y finalmente del policía Trajtenberg, quien estaba encargado de encontrarlo y meterlo en la cárcel. Trajtenberg vivía en la misma casa en la cual se encontraba el sótano del mozo de cuerdas Levy, y una vez por semana, aproximadamente, bajaba al sótano para conversar con Kalman de cuestiones de mujeres y política, y al final de cada conversación el policía se lamentaba de su difícil situación y el grave peligro que le acechaba, porque si el inspector inglés llegaba a enterarse de que en esa misma casa se escondía el sentenciado a prisión, sería despedido y él mismo puesto en el calabozo. Al escuchar eso Kalman hurgaba en sus bolsillos y entregaba al policía todo el dinero que en ese momento llevaba encima. Cierta vez, cuando en su bolsillo no encontró ni una sola moneda para remedio, pidió prestado para ese propósito 10 grush al mozo de cuerdas Levy. Finalmente, al cabo de varias semanas, Kalman se cansó de todo el asunto y se entregó. 21 días estuvo preso, y dos veces compareció ante el juez árabe, devanando con él una conversación sobre temas espirituales. Esas conversaciones fueron tan del gusto del juez que le perdonó a Kalman sus pecados. Lo sentenció a pagar sus deudas a razón de 25 grush por mes y alimentos a su mujer a razón de tres libras mensuales.

El asunto de su mujer merece una explicación, o más bien cierto justificativo.

En realidad, no recuerdo para nada a su mujer; no porque no la haya visto, sino porque no dejó en mí impresión alguna. Creo que si la encontrara por casualidad en algún lugar, a la media hora de separarme de ella, no la recono-

cería. Recuerdo sólo que era considerablemente más alta que él, que tenía una voz un poco gruesa, y que siempre hablaba de “alimentos”. No era una mujer mala, y parece ser que si fuera simplemente cuestión de “alimentos” no se le hubiera ocurrido demandarlo, sino que trataría de arreglarse por sus propios medios. Al fin y al cabo ¿cuáles eran las pretensiones de una mujer por aquellos días? La mayor parte de las mujeres del barrio no conocían siquiera la existencia de las heladeras eléctricas. Las ollas que necesitaban ser enfriadas eran colocadas en fila sobre el entrepaño de la ventana, envueltos en trapos mojados sumergidos en una fuente con agua, lo que bastaba perfectamente a toda ama de casa, incluyendo a la mujer de Kalman. Quizá ella misma no se hubiera enredado en ese embrollado y sórdido asunto judicial de no mediar la intervención enérgica de su familia. En lo íntimo de su corazón sentía por él un secreto temor. El tío Kalman le infundía terror con sus opiniones, su modo de hablar, sus ataques de industriosisidad y sus periodos prolongados de holganza. Con el tiempo llegó a sentir temor de su canto, su risa y su mirada. Varios años trató de ocultar sus temores a su familia y vecinas, y hasta defendía a su marido que a ojos de ellos era un holgazán del tipo corrupto, que hacía buenas migas con los policías y soldados ingleses borrachos en los cafés de las inmediaciones del cine Edison. Cuando le preguntaban por la profesión de su marido, decía que era representante, y cuando cierta vez la presionaron para que dijera representante de qué, dijo, “representante de géneros”. Por alguna razón, este tipo de comercio era muy respetable a sus ojos. Durante los cinco años que estuvieron juntos se empeñó por todos los medios en que Kalman se convirtiera en el dueño de una tienda de géneros. Finalmente, casi lo logró, al convencer a su padre que alquilara un local y lo llenara de mercancía, pero el propio interesado, mi tío Kalman, se negó rotundamente a escalar en esa posición.

A él le bastaba su “ocupación” —redacción de cartas y petitorios en las lenguas que adquirió durante sus estudios en la escuela Lemel y de la Alliance. La mujer —ahora veo que no sólo no me acuerdo de su aspecto, sino que también olvidé su nombre por completo— declaró que se hubiera conformado con ese sustento, si perseverara en él. Pero como es sabido, prefería la lectura de libros frívolos y estarse las horas en el café. Finalmente, las cosas llegaron a un punto, que prefería que pasara su tiempo en el café que verlo tirado a lo ancho del sofá en el patio conversando con los chicos de los vecinos. Estando él en el café siempre podía decir que “trata con gente”, “compra y vende”, “sube y baja los precios”. Él no se atrevía a confesar ante sí mismo sus sospechas hasta que no llegó a ella y “puso las cosas en claro” para salvarla de él a tiempo.

Quiso la suerte que su madre viniera a verla en ese día extraño y agorero que en apariencia había comenzado auspiciosamente. Kalman parecía estar de muy buen talante, con ganas de hablar con ella de acercamiento y reconciliación. Después de haberse retraído de ella mucho tiempo, vino y la besó de una manera que exaltó su corazón y por poco la hizo llorar. Le dijo que así no po-

dían seguir, que había que hacer algo para salir del pantano, y su corazón empezó a batir con fuerza ante la realización de su antiguo sueño, del fin de las humillaciones y la apertura de una tienda de géneros y el comienzo de una vida desahogada y honorable como todo el mundo.

Poco a poco algo en sus palabras empezó a sonar falso y a angustiarla despertando nuevamente sus sospechas. De pronto se le puso en claro que él estaba hablando de su propio sufrimiento, de que se estaba amustiando, que no tenía con quien “hablar de cosas verdaderamente importantes”, y que no contaba con “las condiciones apropiadas para pensar y estudiar”. Se le quitó el habla y no pudo decirle lo obvio —vaya quejas de un hombre que no hace nada para sustentar su casa y se pasa sus días en la holganza. Aquella noche estuvo de acuerdo con su madre en que había llegado el momento de “tomar medidas”.

Mi madre no tenía jabón carbólico, pero en cambio había en casa jabón de lavar, en abundancia. Mamá encendió los dos calentadores que servían para el lavado a fin de calentarle agua para el baño. Todavía no habían instalado ducha ni bañera en nuestro patio, pues no todo el barrio estaba conectado a la red de agua corriente. Extraíamos agua del pozo del patio. En un rincón del mismo, junto al cuarto del adivino, había un cuartito de madera que servía de cuarto de baño, además de ser cuarto de lavado, y las tinas que se usaban para lavar ropa servían también de bañeras. Kalman se bañó en la tina grande mientras cantaba a toda voz la famosa canción de Maurice Chevalier *Bajo los techos de París*. Después salió del baño envuelto en el batón de mamá y preguntó si había sardinas. Había en la casa pescado relleno y carne y toda clase de manjares hechos por mi madre, pero a Kalman se le antojaron precisamente sardinas, y yo fui despachado corriendo al almacén para comprarlas. Después de exprimir sobre ellas un limón entero, se comió las sardinas directamente de la lata, de pie en la cocina, rematando con una taza de cacao. Durante los 21 días que estuvo preso —así me dijo— soñó con una comida así. Terminada la merienda, se tiró sobre la cama, como de costumbre, de espalda a lo ancho, la cabeza apoyada en la almohada arrimada a la pared, los pies sobre la silla tapizada, y se quedó dormido de inmediato. Así durmió 10 horas.

Como una semana después que Kalman salió de la cárcel y vino a vivir con nosotros desaparecieron el adivino y su mujer, y junto con ellos la esperanza de cobrar algún día el alquiler de siete meses que quedaron debiendo. Pasado un tiempo nos contaron que se había instalado en el barrio árabe de Tiberíades, por cuya razón, así decían, sus negocios de adivino prosperaban. Cuando el adivino desapareció, el tío Kalman pasó a vivir a su cuarto.

Ya dije que el aspecto de Kalman era el de un pájaro, enteco, picudo, y los ojos brillosos girando de aquí para allá. Cuando salió de la cárcel y se instaló en el cuarto del adivino tenía 45 años. Algo le pasó, en la prisión, y no me refiero a la manera de vivir normal que adoptó después de su liberación. Como se recordará, según el veredicto del juez árabe debía pagar sus deudas a razón de 25 grush por mes, y alimentos a su mujer a razón de tres libras israe-

lles mensuales. De ahí que debiera ganar por lo menos seis libras por mes, para tener con qué saldar sus deudas y llenar sus propias necesidades, lo que hacía traduciendo cartas para el orfanato vecino, trabajo que no le tomaba más de tres horas por día. No me refiero, pues, a su rutina diaria más o menos normal, ni siquiera a que les cantara canciones y mantuviera una excelente relación con los chicos del barrio; siempre fue un hombre de buen talante. Algo le pasó en la cárcel distinto de todo, y no hay con qué compararlo. Era capaz, por ejemplo, de tenderse a todo lo largo sobre el suelo del patio y mirar durante horas la fila de hormigas que hacían su camino desde el hormiguero en el intersticio entre las baldosas y por encima de él, y durante todas esas horas estaba tan absorto en lo que veía, que yo podía sentarme sobre su espalda sin que él lo notara. En general, los animales lo tenían arrobado, y no precisamente leones y tigres y el resto de las especies exóticas que se encuentran en el jardín zoológico. Se conformaba con los gatos y perros del barrio, los gorrones del techo o las lagartijas que se dejaban atrapar. Y no sólo animales, también plantas, y toda clase de cosas. El día que bajó a vivir al cuarto del adivino —se bajaba a él por siete escalones, pero no se le llamaba sótano porque, con todo, sus ventanas estaban dos palmos más altas que la calle— le dio un enorme susto a mamá. Cuando entró al cuarto lo encontró sentado en el suelo, cruzado de piernas y la mirada fija en una piedra, una simple piedra de la calle, no trabajada. Le preguntó si no sería mejor que siguiera viviendo en casa hasta que le blanquearan el cuarto pero él no le contestó porque no la veía ni escuchaba. Mamá se asustó pensando que no se sentía bien o quizá estaba desmayado, y sólo después de zarandearlo una y dos veces y gritarle “Kalman, Kalman, ¿qué te pasa?”, se sacudió como de un sueño y le replicó asombrado: “si te dije que no hay ninguna necesidad de blanquear”.

Muchos años más tarde, siendo yo estudiante de filosofía, me dijo en la conversación de marras que en su opinión, “el hombre puede llegar a captar la esencia de las cosas mediante la observación a través de la negación del yo, y no importa qué es lo que observa, incluso puede ser un fragmento de piedra. Cuando se llega a esa captación, se confirma una vez más que no existe total ni parte, ni hermoso ni feo, ni bien ni mal”. Y también me dijo en aquella conversación que “el sufrimiento de un niño es el castigo de Dios que se castiga a sí mismo al recuperarse —es decir, Dios— del amor a sí mismo en lo particular y en lo temporal.”

Todo eso empezó en la cárcel. Cierta noche, estando sentado sobre su jergón, notó de pronto una gota de agua que se desprendió de la pared húmeda y quedó prendida en la saliente de una piedra. La gota asumió la forma de pera típica de la gota de agua antes de desprenderse. Pero no se desprendía, sino que quedó colgada. La gota estaba muy cerca y muy lejos al mismo tiempo, transformándose en el centro al cual todo se refería y del cual todo se alejaba. El cuarto se ensanchó infinitamente, todo se sumió en una calma infinita, y Kalman en parte de esa calma palpitante. Desde ese momento siente que no puede comprender ya el temor y la preocupación y la ira y el rencor y el apresu-

ramiento de toda la gente en torno a él, dentro de la cárcel y fuera de ella.

Cuando Kalman se instaló en el cuarto del adivino se hizo él mismo adivino. El primer día que abrió los ojos y se encontró en ese cuarto, rodó hacia adentro la vieja bújara, resoplando y bisbiseando en bújaro para sus adentros, a fin de tratar el asunto de la carta. No se sorprendió en absoluto al ver que el adivino había cambiado de piel y de cara e insistía en que no era él. Eso sólo le sirvió de motivo suficiente para volver sobre el asunto de la carta en todos sus pormenores. Kalman la escuchó y en el acto resolvió que debía retirar el cartel que colgaba encima de la ventana que daba a la calle. Después llegó a la conclusión de que eso no cambiaba nada, y aunque algo cambiara, no valía la pena el esfuerzo que se invertiría en retirarlo, y hasta el día de hoy, creo, el cartel sigue en su sitio.

—La carta —le dijo Kalman— llegará dentro de siete días y siete noches y siete horas y siete minutos y siete segundos.

—Que la bendición caiga sobre tu cabeza —le dijo ella, y efectivamente, de inmediato vino la bendición, no exactamente sobre su cabeza, sino sobre su mano, en forma de un beso húmedo y sonoro de su boca con el agregado de una moneda de cinco grush.

—No hace falta, no hace falta — le dijo, refiriéndose a ambos aspectos de la bendición, el sentimental y el material, pero ella se rehusó firmemente a recibir de vuelta la moneda e incluso se mostró ofendida, por lo que pensó que al fin y al cabo lo que a la larga contaba era la tranquilidad del alma de la mujer, y aceptó la moneda. Cuando ella se fue pensó en sentarse y prepararle con tiempo la carta esperada, pero repensándolo se le puso en claro sin lugar a dudas que sería imperdonable matarle la esperanza con su cumplimento.

No alcanzó a irse ella cuando el otro vino —el picapedrero Rajamim. Rajamim era un tipo bastante desconfiado: en el momento de echar un vistazo al cuarto y ver al tío Kalman, levantó las cejas y apretó la boca en un signo colérico de interrogación, pero no dio la menor señal de retirada.

—Entre —lo llamó Kalman— entre señor, por favor.

El picapedrero no esperó otra invitación.

—Esclavo de esclavo soy —explicó Kalman— aprendiz de aprendiz del que adivina antes lo que viene después, lee las generaciones de antemano y recuerda el futuro por haber pasado.

Esas palabras, claras como el sol y albas cual la luna y placenteras como mirra e incienso tranquilizaron al punto al picapedrero y diluyeron por completo sus sospechas. De inmediato, y sin mayores preámbulos, como quien habla de hombre a hombre, se embarcó en la explicación de ese asunto prolongado y difícil de la fuerza viril, y como sus labios temblaban, y su lengua asomaba a la manera de aquel blando caracol que contempla el mundo desde dentro de su caparazón, el asunto se hizo infinitamente prolongado y difícil.

—He aquí que ahora —concluyó Kalman— bienaventurado que está próximo, la cosa de por sí se yergue y en su potencia habrá firmeza cuando llegue Miriam.

El picapedrero extrajo de entre los pliegues de su túnica a rayas una moneda de diez grush, la puso sobre la mesa de un manotazo y dijo:

Usted comprenderá. El resto, como siempre, a cuenta.

—¿Cuánto a cuenta?

—Quince grush, no más. Siempre pago así. Diez al contado y 15 a cuenta.

—¿Y los otros? ¿Y la bújara?

—A mí me hacen siempre una rebaja —explicó el picapedrero—. Hace más de 20 años que no trabajo.

—“Entonces, esa vieja me engañó” —se dijo Kalman y empezó a reírse a carcajadas, hasta las lágrimas. El picapedrero levantó los ojos con cierta desconfianza, le arrojó un saludo y se apresuró a dejar el lugar.

—“He aquí un trabajo fácil y placentero” —se dijo Kalman, a quien le gustaba escuchar y no hablar, ver y no dejarse ver, hacer hablar a otros y dejarlos contentos. Extraño, sólo a su propia mujer no pudo contentar. No, en realidad no era extraño, porque para satisfacerla, hubiera debido transformarse en otra persona, de lo que no era capaz.

El error estuvo en casarse con ella. Pero él se casó con ella sólo para contentarla. Al parecer, era más fácil decir a otros su futuro. De pronto sintió que había sido despojado de la paz del espíritu, que se estaba enredando, que mentía. Trató de concentrarse en el jarro de agua que estaba sobre la mesa, pero la gran paz no volvió a descender sobre él para envolverlo. Salió a la calle, llegó a la esquina y depositó los 15 grush que recibió de sus clientes dentro de la lata de limosnas del yemenita ciego.

Hasta la puesta del sol erró por las callejuelas del barrio mientras murmuraba, vaya a saber por qué, todo el tiempo: “La oscura noche del alma, la oscura noche del alma.” Sintió la amenaza de algo terrible, algo que nada tenía que ver con lo que le rodeaba.

Los 15 grush mal habidos de su salario de profeta abrieron una rendija para la noche oscura que se coló dentro de su alma.

Al ponerse el día regresó a su cuarto y se puso a esperar. Lo supo desde el primer instante, desde el momento en que su silueta del vano opacó la luz del sol poniente. Era hermosa, también en su angustia contenida. Muy discreta y fina en sus modales, casi disculpándose de tener que molestar a otros —aunque se tratara de un adivino que de eso vive— con su dolor y su sufrimiento.

El hecho mismo de venir al adivino tenía un solo significado, que no había necesidad de explicar: estaba tocando fondo, no había más esperanza. Su hijo de once años, Guili, tenía un cáncer en los ganglios. Clandestinamente se allegó al anochecer, confusa y avergonzada de sí misma por venir, los ojos suplicantes, desorbitados con sus lágrimas no derramadas.

—Usted es la Sra. Grinfeld —le dijo—. La esposa del Dr. Grinfeld. Su marido era profesor de bioquímica. Siendo Kalman conducido desde la cárcel para comparecer ante el juez árabe se presentaron ambos, el Dr. Grinfeld y su mujer, como demandantes en un juicio de accidente. El conductor demandado

había perdido el dominio del volante, hirió a un niño y finalmente se subió sobre el pequeño automóvil "Morris" de la pareja.

La esperanza le asomó a los ojos, como quien está ante la revelación de un milagro.

—Lo sé —le dijo Kalman— porque estuve presente en el juicio de ustedes. No hay aquí nada milagroso.

—Mi marido no debe saber que vine a verlo —dijo ella, disculpándose.

—Sí. Él no cree en adivinos ni en milagros ni en otras supersticiones —le dijo—. Tampoco yo creo. No soy adivino. No es mi profesión. Es un error, una mentira. Vivió aquí un adivino pero desapareció, se fugó. Mañana retiro el cartel.

Ella se quedó sentada en su sitio, sobre el banquito, encorvada, como quien recibió un golpe y espera, resignado, el otro. Kalman la miró. La oscuridad en el cuarto se espesó. Como él estaba sentado mirando a la puerta, la veía como una silueta; sólo los botones de vidrio de su blusa relumbraban.

—En este caso, debo irme —dijo, pero se quedó sentada en su sitio.

—Encenderé la lámpara —dijo él.

Encendió la lámpara de queroseno. La llama titiló y tembló hasta aferrarse a la mecha, instalándose como una pequeña lengua de luz. El botón de vidrio de su blusa refractaba haces de pequeños rayos, que se movían con cada respiración. De pronto el botón dejó de moverse y se hizo centro, como aquella gota de la cárcel, y todo se alejó de él en un desplazamiento rápido, sereno, cargado de vida auténtica.

—Si me permite, la acompañaré hasta el hospital —le dijo, sintiendo que tenía que ver al niño con sus propios ojos.

Nuevamente suscitóse en ella la esperanza. Se apresuraron en silencio uno junto al otro por las callejuelas del barrio. La luna llena había salido y la sombra de las casas era filosa y clara como un cuadro en blanco y negro. Tres semanas habían pasado desde que los médicos establecieron, este es el fin, cuestión de días.

Pero el cuerpo se negaba a morir. Ya habían dejado de suministrarle rayos y otras medicinas y sólo le aplicaban inyecciones de morfina para calmar los dolores. El niño yacía, acurrucado, en su lecho, detrás de un biombo que habían colocado entre él y otros dos enfermos cuyo estado no era aún tan grave. Era pequeño y escuálido como un esqueleto, y sólo su cuello y su vientre resaltaban con su hinchazón. De vez en cuando se estremecía en un espasmo de dolor.

Su madre estaba sentada en un banquito junto a la cama y lo miraba con ojos abiertos y muertos. La enfermera nocturna se asomó a la sala. "El médico dijo que mañana le haremos más transfusiones de sangre" —le dijo a la madre. Quería, al parecer, alentarla. Mientras se hicieran transfusiones, había esperanza.

Kalman se alejó de puntillas. Sabía que debía decirle a la madre alguna palabra de consuelo. Tenía necesidad de falso estímulo del adivino más que la

vieja gorda y el anciano acabado, más que nadie, pero no tenía fuerzas para pronunciar una sola palabra de aliento.

Horas enteras ambuló por las calles. No supo cuánto tiempo había pasado hasta que descubrió que, por alguna razón, estaba dando vueltas al edificio de la cárcel.

Después de medianoche cayó sobre su cama como una piedra, y despertó con la sensación que debía apresurarse por un caso de peligro de vida que no admite postergaciones.

De un salto se levantó y corrió al banco de sangre para donar sangre para el niño Guili Grinfeld. Se debe hacer todo lo posible, todo lo conocido, todo lo que es dable hacer —se dijo, mientras su sangre goteaba dentro del frasco ventrudo, sabiendo lúcidamente que en el mejor de los casos, la transfusión no tendría más efecto que prolongar los sufrimientos del niño algunas horas más, quizás días.

Dolores de un niño ¿qué grandeza, qué gloria, qué fuerza y qué bondad puede haber en todo el mundo, en todos los mundos, en todas las extensiones de los años luz, en todas las galaxias, en toda la creación, en Dios mismo, si Él permite aunque sea a un sólo niño pequeño que sufra dolores tan espantosos? Esos espantosos dolores, ¿por qué han sido creados, por qué, y para qué?

—Ahora puede pasar por la cocina, a que le den una comida y un pocillo de café —le dijo la enfermera, mientras le desataba la goma del brazo.

—Muchas gracias. Me conformaré con el café —le dijo. Apuró la taza de café de un trago y se apresuró a salir, como si le urgiera el tiempo. Pero la verdad es que no tenía nada que hacer, no había nada que hacer. Por la noche volvió al hospital y el portero lo dejó entrar en cuanto mencionó el nombre del niño —privilegio especial de los parientes de los moribundos —pensó Kalman— de entrar al hospital fuera de las horas de visita. En el rincón del patio, sobre el banco debajo del pino grande, estaba sentada la madre del niño llorando quedamente, mientras el padre se paseaba lanzando de tanto en tanto un gemido ahogado. Kalman se allegó directamente a la morgue, retiró la sábana y contempló largamente el rostro del niño. El niño parecía sumido en un sueño profundo, todas las señales del dolor se habían borrado de su rostro. El cuerpo del niño que volvía a ser parte de la vivencia general, ninguna relación tenía ahora con la angustia y el temor y el sufrimiento y el dolor y el tormento de un ser vivo en lo particular y temporal. A través de la ventana enrejada asomaba una rama de olivo sumergida en la luz del farol de la calle, y el alma de Guili no tenía necesidad de ir a ninguna parte, existía.

Salió de la morgue con una rara sensación de alivio, y cuando se encontró fuera del hospital le atacó el hambre. Entró en el restaurante de Abulafia y pidió una porción de *jumus* y después una porción mixta que comprendía *sihslik kabab* y encurtidos, que engulló con la ayuda de una copita de coñac, rematando con café turco.

Cuando se levantó de la silla la cabeza le daba vueltas un poco y las rodillas le flaqueaban. “Con todo, donar sangre debilita un poco —dijo para sí

en alta voz— 300 ml de sangre, creo, nos chupan del cuerpo. ”

Al llegar a su cuarto se arrojó sobre la cama, como de costumbre, la cabeza apoyada en la almohada arrimada a la pared y las piernas tiradas sobre el banquito. En la pared de enfrente había un clavo de acero negro, del cual en su época había pendido un calendario con el dibujo del zodiaco del adivino, y sus ojos se fijaron en él, en el clavo. Como un golpe de luz conoció de inmediato la gran serenidad de la vida en esencia y ausencia que es más grande que Dios, que creó la vida en lo particular y lo temporal. En un principio hizo Dios la creación como un espejo que le devolvió su imagen para enorgullecerse de ella, y cuando quiso regodearse en su propia imagen descendió a la categoría del más pequeño de los déspotas que quiere ver su retrato en los diarios. El camino se abre ante mí para ser más grande que Él, con la grandeza de la gran serenidad de la vida en esencia y ausencia, que es más grande que el Dios que creó la vida en lo particular y en lo temporal. La serenidad que no tiene particular ni parte ni cambio, que no tiene pasado ni tendrá futuro, porque es la gloria del presente. La negrura del clavo se fue ensanchando hasta envolverlo por completo, y se sumió en un profundo sueño.

Traducción de Etty E. de Hoter

Abraham B. Yehoshúa

Nace en Jerusalem en 1936, en el seno de una familia radicada en esta ciudad desde hace cinco generaciones; es hijo de madre originaria de Marruecos y de padre sefardita, que fue un orientalista; además de escribir algunos libros de investigaciones sobre el idioma árabe, publicó 12 sobre la historia de la comunidad sefardita en Jerusalem a finales del siglo XIX y principios del XX.

Adquirió su educación en Jerusalem y al concluir su servicio militar como paracaidista, cursó estudios de filosofía y literatura hebrea en la Universidad Hebrea de Jerusalem. Se capacitó como profesor de literatura dedicándose entre 1961 y 1963 a la enseñanza. Entre 1963 y 1967 fungió como secretario General de la Asociación Mundial de Estudiantes Judíos en París. Entre 1969 y 1970, fue escritor invitado en la Universidad de Oxford en Iowa y en Harvard, en los Estados Unidos de América. Entre 1971 y 1975 fue decano de los estudiantes de la Universidad de Haifa y desde entonces radica en dicha ciudad, en cuya universidad es profesor de literatura hebrea y universal desde 1976. Es activista en movimientos de izquierda en Israel. Durante todos estos años ha publicado ensayos sobre temas nacionales y culturales, los cuales han influido en la opinión pública.

Su primer cuento, *La muerte del viejo*, aparecido en 1957, marca el inicio de una nueva etapa en la narrativa israelí, denominada, narrativa de la segunda generación, "La generación del Estado". Este cuento, junto con otros publicados en revistas y suplementos literarios, han provocado gran interés y polémica debido a su nuevo carácter, distinto al de la narrativa anterior. Los cuentos, recopilados en 1962 bajo el título *La muerte del viejo*, son cuentos fantástico-simbólicos, que se enfocan en la situación humana existencial y su significado metafísico, sin relacionarla explícitamente con la situación israelí social y nacional actual. En estos cuentos se presenta un mundo absurdo, sin ubicarlo definitivamente en un lugar o tiempo; los personajes que anhelan librarse de una rutina angustiante y sin sentido, en un acto de rebelión, no logran realizar su intención sino por medio de actos absurdos, insensatos y violentos de destrucción o autodestrucción.

El manuscrito de su primer libro obtuvo el premio ACUM (Organización de Escritores y Músicos) en 1961. Tres años más tarde, obtuvo el premio de Kol Israel, la radioemisora israelí, por su cuento dramatizado y difundido por la radio titulado *El secreto del profesor*. En 1966 se filmó y proyectó su cuento *Tres días y un niño*, el cual representó a Israel en el Festival de Cannes. Dicho cuento ha sido recopilado junto con otros en

su segunda reedición aparecida en 1968 bajo el título de *Frente a los bosques*. El libro obtuvo el premio del municipio de la ciudad de Ramat Gan, confirmando así su posición como escritor central de su generación. En los cuentos recopilados en este libro se manifiesta un giro significativo hacia el realismo-simbólico, expresándose en la adherencia a un plano más realista, aunque a lo largo de su creación literaria se advierte la coexistencia de elementos realistas, simbólicos y líricos. Estos cuentos se caracterizan por sus contenidos y temas sociales y políticos, así como por un realismo psicológico en el diseño de la conciencia de los personajes. Sus temas son la existencia judía en Israel y las relaciones con los árabes o temas referentes al marco familiar o al amor, como por ejemplo: las relaciones de un poeta, que ha dejado su producción literaria, con su hijo retrasado o relaciones complejas de celos. Con esto, el nivel simbólico de sus cuentos les proporciona significados adicionales y abstractos sobre la existencia humana o nacional. Además, la realidad se proyecta en un "reflejo distorsionado", iluminándola como un mundo esencialmente deformado, lo cual los aleja del realismo convencional. Esta misma tendencia se manifiesta en la novela *A principios del verano de 1970*, aparecida en 1972, en la cual presenta a un padre-maestro que está por jubilarse y cuyo hijo cae supuestamente en la guerra de desgaste, enterándose después de muchas búsquedas, que su hijo se encuentra aún con vida. Sus dos novelas aparecidas posteriormente, *El amante*¹ (1977) y *Divorcios tardíos* (1982), continuaron y profundizaron más este camino, reflejando la realidad israelí actual, por medio del "reflejo distorsionado", causado por la imposición de ideas en varios niveles —el nivel nacional e histórico, el psicológico, teológico y metafísico— sobre el mundo representado.

Además las dos novelas, las cuales obtuvieron gran éxito, desarrollaron la técnica de "fluir de conciencia" de cada uno de los personajes, que iluminan la realidad deformada y amenazante desde distintos puntos de vista y entendimiento, lo cual proporciona complejidad y enriquece su significado en los distintos niveles. La primera novela ganó el premio Brener y la segunda el prestigiado premio Bialik, y el teatro de Haifa puso en escena la pieza "Naim", adaptada de la novela *El amante*.

En 1985 fueron llevados al cine, la novela *El amante* y el cuento *El silencio que continúa de un poeta*. Tres piezas teatrales suyas fueron puestas en escena: "Una noche de mayo"² (1969), donde se expresa el doloroso ambiente que prevalecía en Israel en vísperas de la guerra de los Seis Días; "Últimos tratamientos" (1971) y "Objetos" (1985). Asimismo publicó una colección de sus ensayos titulado *En favor de la normalidad* (1980). Una selección de sus cuentos, titulada *A principios de verano de 1970* vio la luz en 1974.

La mayoría de sus obras han sido traducidas en muchos idiomas (las novelas, a 12 idiomas cada una), algunos cuentos, una pieza teatral y *El amante*, también al español. *Divorcios tardíos* está a punto de publicarse en España.

¹ *El amante*, traducción de Mirta Rosemberg, Buenos Aires, editorial El Cid, 1980.

² *Una noche de mayo*, El Instituto de Traducción de Literatura Hebrea, Jerusalem, 1978.

EL PASEO VESPERTINO DE YATIR

Siempre, siempre al acecho para atacarte; y, súbitamente, en una estación apartada te acorralaron.

Natán Alterman

I. VIENTOS

Sólo los vientos del norte, los vientos del norte con su ira, los vientos del norte en el momento en que, poseídos de un terror turbulento, irrumpen en una danza desatada a lo largo de la alta cordillera de Gaziv, aúllan entre las quebradas, aúllan sobre las piedras, desbordan y lavan, se precipitan y barren, los insaciables vientos del norte que no dejan rincón sin penetrar, sólo ellos conocían la pequeña aldea de Yatir, oculta y solitaria en la ladera de una de las pedregosas montañas que se asoman sobre los abismos del valle de Saujun, valle que atraviesa un largo y sinuoso camino hasta alcanzar una profundidad misteriosa, al pie de la blanca aldea.

Sólo entonces cuando los vientos sacudían la aldea, rugían iracundos entre las casas, estallaban en nuestros pequeños jardines y nuestras vidas apacibles, entonces nosotros, los pobladores de Yatir, sentíamos que por fin alguien nos recordaba, a nosotros, los remotos, los abandonados; los rostros se llenaban de tormenta y los corazones se vaciaban y latían con potente emoción. Recorríamos la aldea como lunáticos, nos ahogábamos en los remolinos, y una tristeza queda y pesada se agitaba dentro de nosotros, agrandando nuestros ojos lagrimeantes por el impacto de los vientos, en una vana búsqueda de la lejanía. Esa lejanía perdida para nosotros, interceptaba por la eternidad de macizos montes, las más selectas cimas de una cordillera corcoveante y fatigosa, laberíntica y extensa, la cordillera de Gaziv.

Pero en días normales, cuando el cielo se petrificaba en un azul oscuro y profundo, salpicado de nubes blancas y livianas, mientras un viento lugareño, cansado,ambulaba solitario, y la calma se echaba, pesada e impenetrable sobre la aldea, todos esperábamos, con tranquilidad aparente, la pitada estridente y prolongada del tren rápido que hacía su aparición fugaz ante nosotros: el tren rápido, que coincidía regularmente con el paseo vespertino de Yatir.

¿Quién tuvo la idea de levantar esta aldea en las soledades de los montes Gaziv? Nadie lo sabe. Una antigua tradición afirma que en los tiempos primigenios, cuando se construyó la línea férrea desde la llanura de Biram hasta el lejano país de Famias —esa larga vía férrea que salvaba los más duros obstáculos geológicos de la zona de Gaziv— algunos de los obreros de antaño, que trabajaban en las obras de excavación, decidieron levantar sus casas en esos sitios salvajes, con la secreta esperanza de reconstruir sus vidas. Cuentan las leyendas que varias de las familias de los obreros se instalaron en el lugar, que era feraz y prometedor, araron las tierras fértiles de los bordes de la montaña, y como coronamiento de su actividad construyeron la estación del tren, con la esperanza de que se constituyera un empalme y estación central del complejo de las vías férreas que debían cuartear esa tierra montañosa. Pero muy pronto, en cuanto quedó olvidado el alboroto en torno a la reluciente vía férrea y estallaron las grandes guerras allende el mar, Yatir quedó solitaria y abandonada en su apartado rincón. De pronto se puso en claro que la aldea estaba espantosamente lejos de todo lugar poblado, que sus conexiones con la red de senderos de la montaña eran complicadas y engañosas, y la estación del tren, que había animado la más hermosa de las esperanzas, quedó reducida a una estación montañesa, pequeña e insignificante, por la que sólo pasaban dos trenes: uno que se detenía antes de alumbrar el día —un tren de carga de las minas de Lesha, anticuado y chirreante; el segundo era ese que la atraviesa antes del oscurecer, un tren reluciente, lujoso, uno de los mejores de la compañía, un tren que atraviesa dos países; y ésta era la hora del paseo vespertino de Yatir.

Vanos fueron los esfuerzos de las primeras autoridades de la aldea para detener ese tren, hacerlo parar junto a la aldea de Yatir, aunque fuera por algunos minutos. Los directores de la compañía se negaron rotundamente. El expreso hacía un camino largo y fatigoso, cada minuto le era preciso, y no podía detenerse junto a ese abandonado y remoto pueblo montañés. Raudo pasaría ante los ojos de los lugareños, pasaría nada más, noche tras noche.

Entonces vinieron los días difusos, los días grises. El día se restringía en ese canal estrecho y prensado del ocaso, cuando el tren pasaba en loca carrera, contra el fondo suave de los últimos rayos de luz. El día se subordinaba a ese momento, y sólo esa hora le servía de testimonio. Todo estaba dividido en dos partes: la una hasta el momento de la aparición del tren y la otra después de su desaparición. Esos segundos contados y estruendosos en que el tren se revelaba al pie de la alta montaña, al pie de la aldea expectante, eran el tiempo, la ansiedad del tiempo, como cada uno de los miembros de las generaciones venideras llamaría a esa sensación opaca de angustia, de ira impotente y reprimida que acompañaba al tren encauzado en su ruta segura, prestablecida, hacia metas ocultas.

Y a medida que aumentaba la soledad, a medida que iba poniéndose en claro con crueldad sin parangón, que la aldea seguiría eternamente solitaria, reforzóse ese inexplicable apego al retorno simultáneamente puntual y asom-

brador. Sumisos y atentos seguíamos diariamente la carrera del tren rápido con el paseo vespertino de Yatir.

II. EXPECTANTES

En la planilla de trenes constaba: el tren rápido pasa por la estación de Yatir a las 18:27 horas. A las 4:30, los primeros niños que habían dado fin a sus tareas escolares descendían al pozo de la aldea, situado en la estribación de la montaña. A las 5:00 llegaba al lugar la mayor parte de los niños de la aldea para jugar junto al pozo. A las 5:30, la señora Sharira abría la celosía de su ventana que daba al puente grande extendido sobre el valle y sacaba algunas sillas a su balcón. Cinco minutos más tarde venían sus vecinas y amigas. Hasta las 6:00 se iban abriendo todas las otras ventanitas que daban a la vía, y por cada una de ellas asomaba una cabeza que sacudía su sueño.

A las 6:05, una alegre pandilla de mozos y mozas llegaba con gran bullicio a la higuera grande, junto a la casa de la señora Shauli. Era casi seguro que el señor Tarvan aparecería como por casualidad en aquel momento, confuso y perdido, mirando a su alrededor como a la espera de algo. Exactamente a las 6:10 se levantaba la sesión del Concejo de la aldea, y los concejales, con el secretario a la cabeza, salían a la ancha explanada del frente del edificio.

Pocos segundos más tarde aparecía Dardishi, sumido en su embriaguez crepuscular, buscaba la piedra grande y se sentaba en ella con su gruñido. A las 6:15, la pequeña carreta de Francy, el viñatero, comenzaba a trepar por el sendero que llevaba a la aldea, y tras ella salían los cinco obreros que trabajaban en la construcción del dique grande, emprendían la subida por el sendero estrecho al este de la aldea, a fin de tener una buena vista del paso del rápido. En aquel momento se abría la ventana del enfermo Ehudi, y su cabecita pálida se encasillaba en ella. Meshulam, el huérfano, descendía entonces taconeando hasta el puente grande y colocaba un trozo de hierro viejo en las vías; de inmediato su tía, que siempre se demoraba, le gritaba desde lo alto de su casa.

Ya siendo las 6:22, no había persona que no se hiciera sombra con la mano sobre el rostro, para defenderse del sol que planeaba serenamente, deslumbrando con sus últimos rayos el puente grande. Al comenzar el ocaso me incorporaba yo calmamente con dos banderines en las manos, la bandera verde, desplegada y la roja, enrollada, y me paraba al encuentro del tren que avanzaba. A las 6:24 descendía Ziva rápidamente hacia mí desde su casa de la vecindad, deteniéndose, silenciosa, a mi lado. A las 6:25 exactamente, emergía del edificio de la estación la figura encorvada del viejo Arditti, el jefe de la estación, y todo el pueblo lo seguía con ojos apacibles. Con su paso corto se acercaba a las dos agujas que gobernaban los rieles y con un solo movimiento de la mano hacía el cambio. De esta manera creaba una línea única para las ruedas del tren, la línea férrea principal, interrumpiendo todo contacto con la vía secundaria, la vía de la estación, una vía mohosa y cubierta de desidia que co-

rría paralela a la vía principal pretendiendo acompañarla un trecho a lo largo del puente, pero acababa tropezando contra una barrera de gruesos postes, como un final repentino y triste de una ansia reprimida. Arditti terminaba su breve trabajo y frunciendo las cejas se quedaba esperando, apoyado en las dos agujas, como rubricando su acción.

6:26. El pito del tren se escuchaba desde lejos y una ansiedad muda iba descendiendo lentamente sobre nosotros. Yo dejaba caer la bandera roja y extendía la verde en forma inclinada, para ir elevándola con lentitud. A las 6:27 exactamente el tren se precipitaba desde la montaña acercándose con un mugido acompasado. Estrepitoso y borbotante cruzaba ante nosotros, pitando, trastocando con el ruido de sus motores el mundo apacible que se envolvía en la luz del atardecer. Acompasadas las ruedas, unísonos los movimientos, la ruta fija, pero veloz, veloz como el rayo.

Las señoras, Alice, Roni, Ehud y Zahara, y los obreros de Francy, a excepción de Guershon, solían agitar la mano, saludando. A veces algunos desde el tren respondían. Todas las miradas estaban vueltas hacia el tren que atravesaba el puente grande, hasta que desaparecía en la primera vuelta.

Entonces la gente se examinaba uno o dos minutos en un mutismo disimulado, con ceñuda seriedad, y después se dispersaba, mientras descendía sobre nosotros el primer anuncio de la noche.

Así era, así es, así será, por los siglos de los siglos.

III. ANSIEDAD

Así era, así es, así será, por los siglos de los siglos.

Pero ella no pensaba así. No así pensaba Ziva. Ziva, la tierna muchacha que creció frente al paso del tren, Ziva, esa que maduró en la larga espera cotidiana, a la hora del crepúsculo; Ziva esa que embelleció frente a las cumbres de las montañas, que adquirió cordura para esa soledad angustiante, en la apacibilidad del aire puro montañés. Ziva, que acumuló sus planes por culpa de esa repetición triste y fatigosa. Esa Ziva traspasada por el desasosiego que encendía sus ojos, que escrutaban soluciones lejanas en los vientos del norte, los vientos de la ira. Era esta Ziva a la que yo amaba en secreto, amaba con toda el alma, y sabiéndolo ella me esquivaba y evitaba mi presencia. Ziva, que tan bien sabía callar, hasta que de pronto se desprendió hoy de su silencio.

Porque hoy, en el momento en que el último vagón desapareció en la vuelta del camino, y el aire de la noche se fue encapotando para dirigirse al encuentro de la gran tormenta que ya descendía de la montaña; estando yo, como siempre, sumido en la contemplación de aquella que se perfilaba en la oscuridad, con la bandera verde colgando, mustia, de mi mano, Ziva se acercó a mí, contrariamente a su costumbre; levantó la bandera roja del suelo, desató cuidadosamente el nudo que la retenía, y lenta, soñadora, la extendió sobre el suelo, sosteniéndola con ambas manos. Su rostro pequeño asumió una expresión

singular y sus ojos azules brillaron con extraño fulgor. De pronto, viéndome inclinarme hacia ella, me dirigió una mirada medrosa y seria al mismo tiempo, y reuniendo coraje me dijo:

—La bandera roja —y la alisó con la mano —está como nueva...

Miré, y, entonces me di cuenta que jamás la había visto, así, desplegada.

—Me pregunto si alguna vez la utilizarán — continuó, taimada.

—¿Para qué? —me asombré.

—Para el tren expreso —se apresuró a contestar, y después agregó queda —naturalmente.

Guardé silencio. En la aldea nadie traía a sus labios el nombre del tren expreso. Ella notó mi ansiedad, pero no cejó. Irguiéndose con rapidez, preguntó inocentemente.

—¿Acaso se necesita, realmente esta bandera roja?

Le dirigí una sonrisa enamorada, pero ella persistió en su seriedad.

Se apresuró a explicar sus palabras, obcecada y firme en sus trece:

—Porque, ¿de qué valdrá agitar la bandera roja para advertir el peligro, si el tren expreso es incapaz de detenerse jamás?

La lógica directa de sus palabras aumentaba la confusión y la sensación de extrañeza.

—¿Pensaron ustedes en eso? —preguntó con mordaz terquedad.

—No—, balbuceé, distraído —no...

Ella aguardó un instante.

—Nuevamente tendremos tormenta mañana —dijo, sombría, mientras señalaba el cielo amenazante—. Tantas cosas ocurren durante nuestra tormenta montañesa...

Y viéndome de pie, perdido y confuso, frente a sus palabras, frente a esa inoportuna preocupación, se acercó a mí ligera, y con un rápido manoteo revolvió mi cabellera, mientras su rostro envuelto en la oscuridad susurraba:

—¿No la ves? ¿No sientes la tormenta? No sé por qué, pero temo por el tren —agregó, con voz galana.

Y yo, reprimiendo mi placer ante su contacto y sus dulces engañas, puse una mirada atenta, y pregunté por su deseo.

—Vayamos a ver a Bardón, el secretario —dijo con renovado coraje—. Vayamos, y expliquémosle lo que sentimos. Él nos comprenderá.

No protesté por el plural que empleaba, y con embrujado paso la seguí, candoroso, en dirección a la aldea, que encendía sus luces.

Bardón, el activo secretario, estaba sentado como de costumbre en el balcón de la casa del Concejo, fumando su pipa nocturna. Lanzaba nubes de humo blanco debajo de su espeso bigote, los ojos vueltos hacia el fulgor celeste que persistía aún en la desnudez del cielo. Nos acercamos en silencio, hasta que estuvimos frente a él. Él ni siquiera nos miró. Con voz tranquila, en lenguaje claro y valiente, Ziva empezó a explicar nuestras aprensiones, nuestros pensamientos, pero concediendo a Bardón pausas y lugar para completar las cosas que quedaban al margen. En todo el tiempo que ella habló el hombre no se

movió de su sitio. Calmo y reconcentrado miraba al frente y el humo se derramaba debajo de su pipa susurrante. Cuando ella calló, esperó unos instantes, después extrajo la pipa de la boca y dijo simplemente:

—¿Por qué no van a ver, pues, al jefe de la estación, al viejo Arditti en persona, y le piden a él que resuelva vuestra gran ansiedad?

Ziva no se confundió ni se replegó. Con esa osadía y ese coraje que aquel día desbordaban de ella, le dijo:

—Ya teníamos pensado ir a ver al viejo jefe de estación; pero ya es tarde para que vayamos a conversar con él, nos dijimos: Bardón es un hombre valeroso, un secretario activo, y las cosas de la aldea le interesan profundamente. De seguro también él alberga en su corazón la ansiedad por el tren expreso, desenfrenado, puesto que éste es causa de zozobra para toda la aldea, y todos los días, después de la desaparición del tren, ésta se sume en la tristeza y la depresión. Y esa tormenta que se avecina aumenta sin duda la tristeza de su corazón. Tal vez quiera usted venir con nosotros a ver al viejo Arditti, enclaustrado en el edificio de la estación, y junto con nosotros expresar lo que siente, antes de que llegue el día de mañana, en que ambularemos, impotentes y perplejos, viendo a los vientos sacudir la aldea.

Cruzó las manos sobre el pecho, agotada la carga de su osadía. Bardón no se irritó ni se encolerizó, no protestó ni regañó, ni siquiera pareció sorprenderse. Repentinamente se levantó de su sitio y una chispa de secreta esperanza brilló en sus ojos francos. Se acercó a Ziva y apretó sus dos hombros con mano fuerte y comprensiva.

—Claro que iré —y reforzó sus palabras—. Vaya si iré...

IV. ALEVOSÍA

En la hora señalda bajamos los tres por el sendero blanco que atraviesa la aldea, que ya se había recluso dentro de sus casas. Delgados vapores de neblina desbordaban, laxos y húmedos, de las cimas de las montañas. Cortinas de nubes errantes envolvían de vez en cuando la luz fría y brillante de la luna, que se volcaba en torno. Bardón iba delante, bajo y fornido, caminando con paso seguro, los ojos francos mirando al frente, los pensamientos puestos en las acciones que le esperaban. Tras él, un tanto descuidada, caminaba Ziva, y sus piernas ágiles frenaban el impulso de la carrera traviesa a la que se lanzó al bajar la cuesta; yo me arrastraba detrás de ambos, y escondidas y frías legañas pendían de mis ojos cerrados y semidormidos.

Noche de víspera de tormenta.

Pinchazos sorpresivos de frío cruzaban de tanto en tanto el aire estremecido; yo encogía los hombros, los ojos fijos en las enormes y conocidas piedras del sendero, salvándolas con torpe pie.

La estación estaba completamente a oscuras. Nos detuvimos junto a la enorme puerta de hierro, vacilantes, como tratando de poner en claro si en verdad

teníamos derecho a golpear sobre ella en el silencio de la noche. Bardón repasaaba con mano asombrada las dos agujas, húmedas de rocío, que el jefe de estación Arditti había devuelto a su estado anterior. Después levantó sus ojos interrogantes a Ziva, que estaba parada en silencio. Ésta se decidió rápidamente, y extendiendo su mano blanca y delgada golpeó suavemente la puerta. La estación persistió en su silencio. Ziva volvió a golpear una y otra vez, hasta que del interior de la casa llegó un ruido ahogado y se escucharon los pasos reptantes de Arditti.

—¿Quién es? —surgió la medrosa pregunta.

—Nosotros —apresuróse Ziva a responder, con su ronquera cautivante—. Abra, pronto.

Arditti abrió la puerta, sosteniendo en su mano una linterna cuya luz temblequeante iluminó nuestros rostros. Al ver el rostro de Bardón se despertó un tanto y balbuceó, sorprendido:

—¡Oh, oh! Bardón —se disculpó con voz abatida, como sintiéndose culpable—. Ya es tarde y no esperaba... Nunca tuve visitas de noche.

Bardón se envalentonó ante la humildad del viejo jefe de estación. Extendió campechanamente su ancha mano, apresó el brazo de Arditti, agitándolo amistosamente y penetró en la estación, con Ziva tras él. Cuando Arditti notó mi presencia, la de su fiel ayudante, su rostro se ensombreció, pero no me dijo palabra, porque entre nosotros imperaba el silencio, porque el tedio y la repetición acabaron con todas las palabras posibles, porque era obvio que ya nos habíamos dicho todo lo que había que decir con relación a ese trabajo descarnado y pequeño que hacíamos en equipo para el ferrocarril, y otras cosas, ciertamente, no teníamos qué decirnos.

Arditti aparecía ridículo en esa camisa de noche corta y arrugada. Su espalda encorvada se traslucía a través de la tela delgada y las piernas blancas quedaban al descubierto. Sus ojos, rojos y lagrimeantes, estaban todavía anudados por el sueño. Con mano temblorosa encendió la gran lámpara de petróleo que tenía junto a su cama, que más que dar luz creaba sombras en el enorme cuarto. De pronto se reveló en toda su vejez agobiante. Bardón se ubicó de inmediato junto a la mesa escritorio, que era el lugar habitual del jefe de estación. Ziva colocó una silla frente a la cama y se sentó en ella, acurrucada, mientras que yo me quedé junto a la puerta, la espalda apoyada contra la gruesa pared. Cuando Arditti terminó de encender se sentó sobre la cama, y comenzó a frotarse las piernas desnudas para combatir el frío que lo atacó en pos de la visita nocturna. Sus ojos, grandes de sorpresa, pedían una explicación. Bardón recorrió el cuarto con ojo avizor, y comentó, en tono compasivo:

—¿No hay electricidad en la estación?

—No —apresuróse Arditti a contestar—. Parece que la compañía del ferrocarril no se inclina a hacer gastos en esta estación apartada y olvidada. Ziva y Bardón intercambiaron una mirada de comprensión satisfecha, y Bardón asintió con la cabeza como confirmando lo dicho por Arditti. Después se puso a tamborilear sobre la mesa. Nadie abrió la boca y Arditti persistía en su asom-

bro. Como el silencio se prolongara, preguntó, con voz vacilante:

—¿Qué asunto les trae?

—El asunto del tren —respondió rápidamente Ziva—. El tren rápido, naturalmente... — y su voz se ahogó.

El rostro de Arditti se nubló. Bardón se retorció nerviosamente el bigote. Con los ojos entornados escrutó la lejanía, y volviéndose a Arditti dijo claramente:

—Nos preguntamos, Arditti (y esa es la razón de esta visita tardía) si esa bandera roja que su fiel ayudante toma en sus manos para el caso de peligro, se desplegará algún día frente al tren nocturno.

—¿La bandera roja? —se asombró Arditti.

—La bandera roja, sí —intervino Ziva con ojos fulgurantes—. La bandera roja, enrollada, como tela que no se corta.

Espantado, Arditti me buscó con los ojos, y viéndome oculto dentro de las sombras, junto a la puerta, volvió lentamente la cabeza hacia Bardón. El asombro lo había dejado alelado.

El secretario se empeñó en explicar.

—¿No cree usted que puede ocurrir un accidente, también con el tren rápido?

El rostro de Arditti se puso pálido.

—Y el tren viene a toda carrera —siguió Bardón hilando con voz queda las ideas maravillosas de Ziva—, y la bandera roja no podrá detenerlo en el momento de peligro. Y eso significa algo así como una irresponsabilidad con respecto a nuestros queridos viajeros, tan seguros dentro de sus vagones, mientras que, en realidad, corren el peligro de que un día de esos se estrellen contra los peñascos, sin que podamos ponerlos sobre aviso.

Arditti se sintió atravesado por la ansiedad, porque comprendía que esas palabras conducían a otras cosas extrañas, que Bardón demoraba las cosas, según su apacible costumbre. Inclino la cabeza envuelta en sombras, pensó un poco, después respondió sencillamente:

—¿Y para eso se molestó usted, Bardón? ¿Acaso no lo sabe? En nuestros días los trenes ya no se descarrilan. No hay accidentes. El avance del tren es infalible; sus ruedas corren seguras sobre los lisos rieles, y todo ese agitar de banderas no es sino un resabio del lejano pasado, una especie de ceremonia de saludo, pero que está de más, completamente de más.

Los rostros de Bardón y Ziva se llenaron de claridad, y el secretario se apresuró a remachar sus ideas, con seguridad creciente:

—Bien dicho, Arditti, bien dicho. De más... todo está de más. También nosotros, los que observamos desde el costado del camino, estamos de más. Al fin y al cabo, esto es apenas una estación olvidada, un paisaje al pasar... y pare de contar. El tren pasa, fugaz, delante nuestro, extraño y lejano, y nosotros, los pobladores de la aldea montañesa, nos apartamos del camino, con constancia y fidelidad estúpida, para ese momento feliz que el día rubrica con su última luz, para ver pasar el tren. De modo que — tembló la voz del secretario— de modo que todo marcha perfectamente.

Un silencio angustiante se extendió por el cuarto. No sabiendo qué responder, Arditti, trenzó las manos temerosamente y bajó los ojos. Ziva estaba enteramente presa entre las cuerdas del embrujo. Permanecía sentada, rígida, la cabeza entre las palmas de las manos y sus ojos azules, muy abiertos, no se apartaban de Bardón, que hablaba.

De pronto Bardón se abalanzó sobre la mesa, extendió un brazo corto y vigoroso en dirección a Arditti, y preguntó en un grito susurrante que acertó ahogar:

—¿Se le ocurrió pensar, Arditti, por qué causa estamos atados a esta contemplación obcecada, día tras día? ¿Qué esperamos? ¿Cuáles son nuestras expectativas?

Arditti guardó silencio. Bardón se irguió, cruzó sus manos sobre el pecho, y su silueta envuelta en la oscuridad dijo, como para sí misma:

—Y la respuesta es sencilla — aquí hizo una pausa — . El desastre...

—El desastre... —murmuró Ziva para sí, radiante y etérea.

—El desastre... —asentí yo desde las sombras del vano, mis ojos fijos en la suave nuca de Ziva.

—El desastre... —dobló el jefe de estación su cabeza cana, hasta que se recobró y preguntó asombrado —¿El desastre?

—Sí Arditti —asintió el secretario con creciente entusiasmo— Otra esperanza no nos queda. Nos la arrebataron los respetables señores del ferrocarril. Y por eso todo lo que nos resta esperar es un gran desastre, la destrucción completa del tren nocturno contra nuestros peñascos... Un desastre sobre el cual ellos no puedan pasar en silencio, que sea imposible ignorar... un desastre que nos ponga en el foco de los acontecimientos. Y esas montañas nuestras se prestan para el desastre. Las laderas rocosas, las quebradas profundas... el camino sinuoso... y finalmente el puente, el puente enorme tendido sobre el abismo...

Las palabras de Bardón se ahogaron en la emoción misma que las originara. Arditti tuvo un sobresalto.

—Pero, ¿por qué? —gritó quedo— ¿por qué?

Bardón se inclinó sobre él y dijo en un susurro que repercutió en todo el cuarto enorme:

—Tenemos ansia de dolor, querido Arditti. Estamos tan solos... apartados. Fuimos relegados por los acontecimientos del mundo. Las grandes guerras de allende el mar nos dejaron de lado. Mucho tiempo hace que no sabemos de dolor, de auténtica pesadumbre. Y he aquí que un desastre así, con todos sus pavores, nos enriquecerá, regará almas marchitas, que día a día reviven su desolación. El llanto, Arditti, ese llanto que lloraremos por la suerte de los desdichados... ¡No sabe usted de cuánto es capaz el auténtico dolor!

Arditti se quedó aterrorizado en su lugar:

—¿Y los viajeros? ¿Y la gente? —preguntó, pequeño y humano.

El valiente secretario le replicó aquí:

—A esa gente nos referimos, a esos que pasan diariamente junto a nuestras casas, gente extraña que viene de lejos y se desliza frente a nuestras vidas,

y a quienes sólo queremos conocer, saber quiénes son.

—Gente nueva, Arditti... ¡Mundos enteros!

El silencio tornó a abatirse sobre nosotros. El jefe de estación seguía fro-tándose con fuerza las piernas. Por un momento me buscó a mí, a su fiel ayu-dante, pero yo me encogí, diluyéndome al amparo de la puerta grande. Entonces volvió sus ojos grises a Bardón, y vencido, preguntó:

—¿Y bien?

La difícil hora de Bardón había llegado. Se levantó de su sitio, y acercán-dose al ventanal lo abrió de par en par, mientras todos seguíamos con la mira-da sus movimientos resueltos. Una noche clara se volcó dentro del cuarto, y delgados vapores de niebla comenzaron a flotar y a urdirse a nuestro alrededor. La aldea estaba completamente a oscuras, pegada a la ladera de la montaña como las rocas y las peñas. En el cuarto reinaba un silencio fino, envuelto en un nuevo frescor. Bardón empezó a hablar lentamente, como si fuera de algo distinto:

—La tormenta se viene otra vez... y mañana volveremos a quedarnos so-los, con el fragor de los vientos en las montañas...

Los brazos de Ziva se aflojaron y cayeron a los costados, en completa iden-tificación.

—Cuán propicia es la tormenta para el desastre —continuó Bardón, el rostro vuelto hacia la ventana—. ¡Qué visión espantosa! El tren precipitándose en me-dio de nuestra tormenta montañesa; y cuán grande el peso de la responsabili-dad nuestra, de salvar lo que se pueda del descarrilamiento.

Y aquí se volvió a Arditti, susurrándole con voz suplicante, como confián-dole un secreto:

—Usted no saldrá, pues, mañana a cambiar las agujas... un descuido... y nuestro tren estrellado sobre la ladera... dependiendo de nuestro socorro...

El secreto del secretario quedó a la vista.

Arditti saltó de su asiento como mordido por una serpiente. Iracundo y sorprendido, estalló con toda su alma abatida y asqueada, mientras Bardón se mantenía calmo:

—¡Cómo! ¿Cómo es posible, Bardón? ¡Cómo! ¿Cómo?

Era evidente que el anciano jefe de la estación no podía descender hasta la profundidad de las intenciones del activo secretario. Empezó a dar vueltas por el cuarto, en medio del pavor necio que lo dominaba, exaltado en su ira:

—Pero esto es alevosía —le enrostró a Bardón y a Ziva, que estaba laxa de dolor—. ¿Acaso soy yo quien ha de traer la catástrofe sobre la gente que viaja confiada en el tren expreso? ¿Yo, que toda mi vida trabajé aquí, que no falté ni un solo día, y me preocupé con toda fidelidad de los pasajeros?

Hizo una pausa, nos lanzó una extraña mirada, los ojos inyectados en sangre:

—¡No! —protestó—. ¡No!

La cabeza de Bardón estaba un tanto inclinada y una sonrisa burlona se asomaba en la comisura de sus labios. En vano los ojos del ferroviario reco-

rrían el cuarto en busca de un partícipe para sus ideas humanitarias.

Los ojos de Ziva estaban bajos, urdiendo lágrimas sobre los sueños de dolor desvanecidos, y yo, modesto y bueno, arrullaba amorosamente a la muchacha sentada, cuyos hombros se encogían.

Arditti se sintió incómodo en ese silencio de cada cual en su sitio; de pronto recordó a Bardón y le dijo, los ojos refulgentes de alegría sádica:

—Mañana vendrá el patrón, el inspector general del ferrocarril, el señor Kanaot, que siempre que hay tormenta visita Yatir. Creo que encontrará singularmente interesante esta nueva aventura.

Un estremecimiento acometió a Bardón y a Ziva. Porque el inspector general de la zona de Gaziv era conocido por su formidable circunspección y su fidelidad incondicional a los intereses del ferrocarril. Arditti temblaba ante él, y no vacilaría en denunciarlos.

Bardón se acercó, silencioso, a Arditti, firme en su sitio. Colocó su mano sobre el hombro flojo y lo apretó con fuerza, con la ira de una oculta desesperación. Después le dijo, con voz firme y clara.

—¿Acaso somos aventureros? Somos montañeses, y esas soledades nos pertenecen. Amamos esa tierra, la amamos de verdad. Y porque la amamos, y queremos aferrarnos a ella, porque no queremos dejarla, es que necesitamos ese dolor, esa congoja, esa responsabilidad que habrá de caer sobre nuestros hombros montaraces...

Cesó de hablar. La lámpara de petróleo se había agotado y la luz se iba apagando. Era tarde, y nos esperaba un día de tormenta. Arditti permaneció clavado en su sitio, sin disimular su asombro. Jamás habíamos visto, ni él, ni nosotros, al secretario en su abatimiento. Ziva se levantó lentamente, como rehusándose a dejar el cuarto en sombras, y en su audacia dirigió a Arditti una mirada suplicante. Abrí la puerta para dejarlos pasar. Silenciosos salimos a la noche, buscando con nuestros ojos el sendero que ascendía a la aldea. Bardón adelante, con su paso decidido, Ziva y yo quedamos atrás, caminando con el paso sosegado de los jóvenes. De pronto me volví a ella, tomé su mano pequeña y ardiente, mientras le susurraba:

—Querida...

Pero ella se desprendió de mí con astuta languidez y me rechazó con suavidad.

—Ahora no, ahora no... si todavía no conseguimos nada.

V. EL PATRÓN

Ya por la mañana se hicieron presentes las señales de un viento opaco del Norte que se aprestaba a venir, y entretanto golpeaba y tronaba sobre el muro de los altos montes, amenazando inundar la tierra montañosa. Cúmulos de malos vientos, abundantes en fuerzas, estaban almacenados por la tormenta en las cimas de los montes norteños de grotescos peñascos, para el momento de la

ira. De vez en cuando, una ráfaga de viento rompía el bloqueo y con empuje triunfal barría la aldea con un rugido estremecedor, mientras iba reuniendo los retazos de nubes para dirigirlos al gris horizonte del sur, oculto a la vista. El sol oscurecido se abría paso hacia nosotros entre las capas del cielo que se encapotaba. Perseguido y tempestuoso, luchaba por la pizca de luz azulina que vibraba sobre la faz de la tierra, aunque era previsible que acabaría por ceder ante la oscuridad creciente y su fatiga no lo sostendría frente a los vientos desatados.

Sentados sobre uno de los bancos de madera del andén, Arditti y yo esperábamos, silenciosos como de costumbre, al inspector general, el señor Kanaot. Separados uno del otro, y sumido cada cual en sus pensamientos, escuchábamos el ruido que hacía el alero, que golpeaba iracundo, buscando en vano reparo del viento enloquecido. Mis ojos estaban irritados a causa del polvo que flotaba y sentía la garganta ardiente y dolorida, pero no me moví de mi sitio. Descansaba sobre el banco con abandono, la cabeza metida en el cuello levantado de mi raída chaqueta, los ojos puestos en los cúmulos de hojas secas que se amontonaban en el andén.

Arditti estaba muy excitado. Era evidente que quería cambiar conmigo algunas palabras, pero como ya nos habíamos dicho todo lo que había que decir, se contuvo de exteriorizar lo que pensaba. Aguardaba con profunda seriedad al señor Kanaot. Daba vueltas, enjuto y encorvado, por el andén, haciéndose sombra con la mano sobre la frente surcada de arrugas y esforzando los ojos ardientes para ver acercarse los pasos esperados del inspector general. Hasta que finalmente, en avanzada hora de la mañana, se vio de lejos a lo largo de la vía nebulosa de polvo, una mancha roja que se movía aceleradamente y desaparecía a intervalos en los vericuetos de la montaña.

El rostro de Arditti se animó con una expresión de suprema alegría. Andando y desandando por el andén, se repetía con emoción:

—Ahí viene... ahí viene... por fin— y volvió a mí su rostro abatido, temeroso.

Me erguí con lentitud, me froté con el puño los ojos lagrimeantes, y empecé a andar calmosamente por el andén, sin replicar palabra.

El inspector general, señor Kanaot, es una figura conocida y sumamente respetada. Muchos años hace que ejerce esa función, y todo hombre oyó hablar de él desde que tuvo uso de razón. La mayor parte de la gente lo considera omnipotente, pero no falta quien reniegue de él. Conoce su trabajo al dedillo y nada escapa a sus ojos penetrantes. Aunque la mayor parte del tiempo permanece invisible, gobierna con mano firme. Su actitud es al mismo tiempo severa y correcta, su lenguaje ceremonioso y aún frente al más humilde de sus subordinados no abandona su tono cortés. Pero cuando el momento lo requiere no vacila en insultar e injuriar a grandes y pequeños. El rigor con el que controlaba el orden y la conducta era proverbial, puesto que sus reglas, así se decía, eran las reglas de la justicia.

La aldea de Yatir, tan apartada, no recibe su visita con frecuencia. Y si bien siente por el viejo Arditti un cariño tan profundo como inconfesado, en

sus cortas y raras visitas no encuentra qué decirle, pues los problemas son pocos, manidos y fatigosos. Durante todo el tiempo de su estadía dormita junto a la mesa grande, mientras Arditti y yo permanecemos en silencio, sentados frente a él. Pues tal es el hábito del patrón, tan alerta, activo y dedicado en cosas de los ferrocarriles, en cuanto se coloca junto a una mesa y frente a seres humanos, cede al sueño de una pesada fatiga...

El pequeño vagón rojo iba frenando su ímpetu a medida que se acercaba a la estación. Con sorprendente exactitud detúvose el inspector general justo a nuestro lado. Con mano experta desconectó el motor y descendió ágilmente metido en su abrigo demasiado holgado. Un sombrero enorme y estrafalario tocaba su cabeza un tanto chata, firmemente sostenida por un cuerpo redondo y retacón. Suave y rubicundo, extendió sus dos manos en saludo, y mientras Arditti y yo nos inclinábamos sumida y admirativamente para tomar sus manos pequeñas y rechonchas, balbuceó para sí en tono áspero y extraño, volviendo a nosotros sus ojos húmedos:

—Qué día horrible, qué viento... puá... esta estación queda endemoniadamente lejos...

Repentinamente se desentendió de nosotros y con paso pequeño y saltarín se dirigió hacia la estación, las mangas de su enorme abrigo danzando al viento. Nosotros lo seguimos sumisamente.

Arditti cerró con mano temblorosa la puerta en pos nuestra, sin dejar de observar al inspector que se dejó caer, tal como estaba, envuelto en su abrigo, sobre la ancha silla junto al escritorio. Y mientras Arditti, excitado, iba en busca del diario de la estación, grande y pesado, el patrón extrajo del bolsillo una pipa negra y masticada y la encendió con gran trabajo, aspirando y espirando por los enormes agujeros de su nariz. Después, una vez que logró soltar de su boca varias nubes de humo espeso y hediondo, y el olor de la pipa le subió a las narices, complaciéndolo, dejó la pipa apagada en el extremo de la boca y comenzó a examinar —para entonces ya semidormido— el registro de la estación, pasando lentamente sus enormes hojas. Arditti no le quitaba los ojos de encima. Sentado en su cama de hierro, atento y tenso, parecía aguardar el día del juicio. Al poco rato, el señor Kanaot se cansó del trabajo de inspección. Apartó el diario de delante suyo, se apoltronó en su silla, nos dirigió una sonrisa condescendiente y se preparó para su siestecita. Poco a poco sus párpados se aflojaron, cayendo sobre los ojos vidriosos. Las arrugas del mofletudo rostro se fueron distendiendo por obra de esa profunda fatiga, su mano blanda, extendida hacia adelante, empezó a hundirse, con deprimente laxitud, sobre su pequeño vientre.

El silencio pesaba en la habitación. A veces las ventanas se estremecían por efecto del viento, y de lejos llegaba el golpeteo de la hojalata del techo. La respiración pesada del patrón se extendía acompasadamente por el cuarto, y Arditti y yo conteníamos la respiración para no turbar su sueño. A pesar de que en estos momentos pugnaba Arditti por decir cosas que retenía dentro de sí, no se atrevía a abrir la boca. En silencio mordió sus dedos, mientras que

se refrenaba por esta disciplina que le obligaba. Al cabo de un rato se movió el cuerpo dormido y el patrón comenzó a despejarse de su somnolencia. Abrió sus ojos fatigados, pesados, los paseó por el cuarto y después los fijó en Arditti, inmóvil en su asiento, abierta de ansia la boca, y preguntó en tono cortés, una cortesía condescendiente:

—Y bien..., señor... Arditti.

Y de inmediato volvió a cerrar los ojos, sabedor de que Arditti no tenía respuesta.

Pero Arditti me echó una mirada de susto, después reunió su coraje y arrebolado el rostro, se lanzó:

—Señor... señor inspector... Conspiran contra el tren expreso... el tren rápido... anoche... un plan alevoso...

Aquí el viejo se quedó silencioso con un suspiro ahogado. Era evidente que su espíritu estaba agitado en extremo.

El bloque silencioso de la silla no se movió. Se veía que ese lenguaje emotivo no era de su agrado. Con los ojos aún cerrados, levantó una mano floja, como queriendo detenerlo.

—¿Qué le pasa, señor Arditti? —dijo pesadamente— ¿Qué le pasa, que no puede hablar en forma reposada, como se debe?

Arditti tragó saliva, se repuso, y dijo en un susurro acelerado:

—¡Un designio alevoso se está urdiendo en la aldea de Yatir... Tal vez se venga urdiendo hace mucho. La gente de la aldea quiere un desastre... busca el dolor, ese dolor que no le fue dado sentir durante las guerras de allende el mar... Se sienten abandonados... llenos de hastío, y por eso proyectan descarrilar el tren expreso, nuestro hermoso tren rápido!

Se hizo el silencio en el cuarto.

El señor Kanaot levantó con lentitud su pesada cabeza y en un gesto pausado de atención, preguntó con voz clara, como quien quiere dejar bien establecidas las novedades:

—¿Descarrilar, señor... Ar... dit... ti?

—Sí, sí —respondió con ardor— . ¡Destruir!

El patrón envió su cuerpo rechoncho hacia adelante.

—¿Destruir, señor Ar... dit... ti? —siguió interrogando con lánguida cantinela, y una chispa de interés se encendió en sus ojos opacos.

—Así es —respondió el viejo con entusiasmo, asintiendo vigorosamente— . Quieren que el tren se despeñe junto al puente grande. De mí, de mí —golpeaba con los puños apretados sobre su pecho— , de mí pretenden que esta noche no salga a cambiar las agujas.

El patrón cerró los ojos llorosos y se sumió en su dormitar. Abatió la cabeza sobre el pecho y abrió la boca en un suspiro. De pronto se abrió paso en su interior una leve sonrisa que se volcó en su boca de gruesos labios. Extendió la mano y la puso sobre la mesa, como buscando apoyo. Después posó sobre ella la cabeza fatigada, abrió sus dos ojos vidriosos en dirección a Arditti, que aguardaba, respetuoso, y se descargó con voz ronca:

—Hermosa noticia... señor Ar... dit... ti... Hermosa noticia... Hacía mucho que la esperaba con ansia.

Arditti quedó aturdido por la sorpresa. Sus ojos grises brillaron en el esfuerzo por comprender.

—¿Hermosa? — susurraron sus labios.

—Claro — respondió el otro lentamente, mientras examinaba a Arditti con sus pupilas rígidas. —¿Qué tiene de raro? Ese monstruo soberbio se pasea refulgente a lo largo de la vía, y aquí lo contempla una aldea solitaria y apartada del mundo, tan importante como las piedras blancas del camino...

Arditti creyó desmoronarse.

El inspector seguía repitiendo y dirigiendo la idea dentro de su portentosa persona. Después declaró para sí, con voz de visionario:

—Es una buena idea... una idea grandiosa... —y de inmediato clavó en mí su mirada inquisidora—. ¿Es usted, joven, el gran pensador?

Sonreí modestamente, hasta que una sonrisa abominable se dibujó en mis labios. El patrón me entendió perfectamente, y con su dedo corto y regordete señaló en mi dirección:

—Nació usted para cosas grandes... grandiosas...

Bajé los ojos, satisfecho; después eché una mirada a Arditti, que todavía estaba muy agitado, y en medio de la desesperación que se abatió sobre él balbuceaba con voz mustia, con emoción creciente:

—Y yo me preparaba para decírselo... El señor es el inspector general... el señor todo lo puede... está en todo... solamente él es capaz... la confianza en él aumenta día a día.

La fatiga del señor Kanaot desbordó al escuchar la abundancia de elogios. Se arrebujó dentro de su abrigo grande, metió la cabeza entre los hombros, y abatido y triste, interrumpió la cantilena de Arditti.

—Déjeme en paz, por favor, por caridad.

Y volvió a sumirse en repentina somnolencia. Nuevamente reinó el silencio en el cuarto, y Arditti y yo nos mantuvimos atentos a los movimientos de nuestro patrón. Por último éste echó una mirada a su reloj, y acto seguido levantó los párpados de sus ojos disponiéndose a despertar, ya que sus asuntos eran muchos y colmaban el mundo. Al reparar en el rostro medroso y amonestado del jefe de estación, le dedicó, compadecido, una sonrisa lánguida y franca. Arditti se estremeció de agradecimiento ante esa demostración de cariño y se apresuró, extrañamente obstinado, a revelar temblorosamente lo que aún albergaba en su pecho.

—¿Y el deber, señor? ¿Mi deber cotidiano?

El patrón se irguió, sacudió las últimas legañas de sus ojos y se encaminó hacia el anciano, quien se puso de pie respetuosamente. Extendiendo un fornido brazo se aferró a un botón del raído gabán, el gabán del uniforme de Arditti y atrayéndolo con fuerza hacia sí, empezó a susurrarle cosas primigenias, mientras Arditti, sumiso, encogía su alta estatura:

—¿Cómo se le ocurre mencionar el deber? ¿No ve usted que en la gris repeti-

ción el deber se convirtió en una gran fatiga, y tal como usted, abnegado y fie¹, se verá un buen día agonizando a la puerta de la estación, sin que junto a usted esté nadie, nadie, y ese tren expreso pasará junto a sus ojos apagados sin concederle siquiera una mirada de piedad, y eso que le preparó su camino, y lo cuidó y lo protegió, día tras día...?

Arditti asió con mano temblorosa su cabello ralo y lo alisó laxamente. La atmósfera se llenó de un ahogado silencio, hasta que de pronto el rostro del señor Kanaot asumió una expresión severa, y dirigiéndose a la puerta la abrió de par en par. Fuertes vientos de locura irrumpieron en el cuarto. Afuera, la borrasca se arremolinaba con toda su ira. Un día pesado y fatigante nos esperaba. Me puse el brazo delante de la cara para protegerla de la tormenta. Arditti se tambaleaba con el viento. Sólo el patrón se mantenía firme y sólido frente al huracán, mientras examinaba con aire solemne el andén. De pronto se volvió a Arditti y le dijo con voz sonora, aunque toda se la llevó el viento, perdiéndose:

—¡Qué tormenta, por vida mía! Y por debajo de la capa de niebla la responsabilidad se transforma en un destino maravilloso... Hoy, al anochecer vendré... hoy al anochecer, mi querido Arditti.

Con rapidez sorprendente tomó la mano de Arditti, la sacudió con cordialidad, y con un ademán jovial para mí se lanzó hacia la tormenta, hacia el pequeño vagón, con el abrigo arrastrándose tras él como una larga estela, abatido por el viento y la niebla, pero en seguimiento fiel de su enérgico dueño. El patrón descendió ágilmente al vehículo, lo puso en marcha con mano segura, y en pocos segundos desapareció en un vericuelo de la montaña.

Cerré la puerta con fuerza. Arditti permanecía aún como congelado en su sitio, encadenado en su fidelidad y confianza en el patrón. Dirigí mi vista a la silla desocupada, la silla grande junto a la mesa, y me regodeé. Deslizándome suavemente llegué hasta la mesa, la mesa del jefe de estación, y me senté, encorvado, en la silla donde persistía el calor del cuerpo del efervescente patrón. Lentamente fui ensanchándome en ella y extendí las dos piernas hacia adelante, con libertad silenciosa. Un frescor recorrió mi cuerpo, y mis dientes castañetearon. Aproximé la silla a la mesa en busca de una pizca de calor, que no hallaba dentro de mí.

Arditti me examinaba a mí y a mis actos en medio de una tranquila tristeza. Quería conversar conmigo, y tal vez yo también hubiera querido decirle algo, pero ya estaba convenido entre nosotros que nos habíamos dicho todo lo que había que decir, que los asuntos eran pocos y se repetían pavorosamente. Me tendí en la silla, cerré mis ojos contemplativos, doblé la cabeza sobre mi pecho, apagué mis voluntades. Poco tiempo después me quedé dormido, arrullado por la tormenta que rodaba por las montañas.

VI. CONGOJA

Envueltos en enormes abrigos bajaron ya los primeros niños que dieron fin a sus deberes escolares, al pozo de la aldea. Con gran trabajo consiguió la señora Sharira abrir la celosía de la ventana que da al puente grande, y el viento golpeaba las livianas sillas de paja que colocó en el balcón. Hasta las 6:00 ya se habían abierto todas las ventanas que daban a la vía, y arrebuajadas cabezas asomaban de ellas. La pandilla de muchachos y muchachas llegó a la hora señalada, y Dardishi ya ocupaba su lugar. A las 6:10 se dio término a la reunión del Concejo, la puerta se abrió de un empujón y Bardón fue el primero en salir precipitadamente. Difícil, muy difícil se hacía el camino de Francý, el viñatero desde lo alto de la lona, y el fatigado caballo arremetía contra el huracán desencadenado hasta que se quedó plantado en la última vuelta. A través de la niebla era posible discernir a los cinco obreros que trabajaban en la construcción del dique grande, avanzando lentamente. La ventana de Ehudi, el enfermo, se abrió, golpeando con fuerza contra la pared de la casa. Meshulam el huérfano alcanzó a descender con pie descalzo hasta el puente grande y a colocar su trozo de chatarra sobre las vías brillantes. El regaño de la tía, que se demoraba, como siempre, fue devorado por el viento.

Cada cual ocupaba ya su sitio, y esperaba. Las agujas del reloj se desplazaban lentamente hasta la hora de la salida tradicional de Arditti. Ziva avanzó saltarina hacia mí; un leve vestido la cubría y ella temblaba de frío. Las dos agujas seguían en su estado anterior, y Arditti no llegaba. Un murmullo contenido ascendió desde la aldea, rumorosa de gente. Todas las miradas se clavaban en el andén, vacío y sumido en la orfandad. Todos volvían los ojos conmovidos hacia las dos agujas inmóviles de acero. El sol, cargado de nubes flotantes, bañaba la montaña de un rojo resplandeciente. Más allá de la borrasca, más allá de los vientos, más allá de los remolinos, tenía lugar un ocaso sereno y lejano. La luz se volcaba sobre el rostro de Ziva, que se protegía con la mano sobre la frente, la mirada tendida hacia la aldea en ebullición.

—¡Arditti no salió hoy! ¡Arditti no salió hoy! —urdiase una nueva alegría a través de la capa de neblina, que descargó toda responsabilidad. 6:25. La suerte estaba echada.

Ziva se precipitó fervorosamente sobre la bandera roja, tirada, como de costumbre, en el suelo. Rápidamente desató sus nudos y la desplegó. Mis ojos buscaban a Arditti, pero la estación permanecía en silencio. Una pitada lejana anunció al tren, rodando por los montes como si no se propusiera venir hacia nosotros. Ziva puso en mis manos la bandera roja, y yo arrojé la vieja y apresé con ambas manos la bandera nueva, agitándola en dirección a la gente de la aldea. Un murmullo de aprobación surgió de la multitud usual de espectadores, pero nadie se movió. Sólo los ojos brillaban en medio de la borrasca, tratando de no perder el más pequeño detalle de las vías relucientes situadas sobre el puente grande. El cielo se oscureció de pronto, como resignándose al sacrificio del ocaso. Rápidamente se precipitó la oscuridad y la niebla del cielo que

descendía sin pausar, pegajosa y húmeda, impregnó de melancolía los últimos minutos de luz. La voz del tren, fragorosa y retumbante entre los montes se escuchaba cada vez más cerca, mientras los ecos se espesaban, para ser devorados dentro del vapor que nos envolvía. Contrariamente a mi hábito me encaramé sobre una gran piedra, y con todas mis fuerzas levanté la bandera roja, para anunciar el peligro.

De pronto logró la locomotora atravesar la cortina de niebla, y la vimos salvar a toda velocidad la última vuelta. Venía directamente hacia nosotros, golpeando acompasadamente sobre las vías brillantes y húmedas, en impotente tambaleo, y tras ella, obedientes, los vagones. Dos espigas de débil luz brotaban de sus faros, buscando confiadas la ruta establecida. A la sentadora luz crepuscular se perfilaba la cabeza inclinada de Ziva, los ojos agrandados, una sonrisa petrificada volcada en su rostro. La bandera roja amenazaba romperse, desgarrarse ante la violencia del viento.

El aburrido conductor de la locomotora notó mi presencia, negándose a comprender lo que pudo haber pasado súbitamente. Se apresuró a pitar en protesta contra mí, pero yo agité tercamente la bandera roja, hermético en mi respuesta, extraño y lejano. El sol, que logró romper el cerco de las nubes, brilló sobre la ventilla de la locomotora. El rostro empavorecido del conductor se inclinó hacia mí y desviándose de su ruta, pasó en un abrir y cerrar de ojos frente a mí y penetró con un golpeteo nuevo a la vía de Yatir, a nuestra pequeña trocha. Extraño suena el ruido de las ruedas sobre la vía herrumbrosa, pero los vagones pasan uno tras el otro a la trocha abandonada, y el pavoroso golpeteo se repite una y otra vez. Un grito desenfrenado de regocijo se ahogó en un estertor:

—¡Vienen hacia nosotros, hacia nosotros, sobre nuestras vías!— pero éstas eran cortas, pequeñas para soportar la tremenda carga que se abatió sobre ellas en la forma de ese tren rápido, y el fin, señalado con un andamiaje de vigas, se acercaba cada vez más a la locomotora en loca carrera, que en vano intentaba frenar su velocidad. Y cuando, en veloz desesperación, llegó al final, embistió con su hocico poderoso, hasta hacer trizas, el último obstáculo, y ansioso de su propia destrucción, saltó de la vía. Las ruedas enormes, lisas, acompasadas, fieles, fueron desprendiéndose una a una del riel y, perdido el equilibrio, todo el tren se precipitó hacia el abismo de espesa niebla.

Toda la gente de la aldea de pie, y con las manos tendidas hacia el tren que pasó delante de ellos, gritaba enloquecida. Pero el tren no tenía salvación, porque sus vagones estaban aferrados uno a otro en forma inseparable, un solo destino los unía. Uno tras otro se iban descarrilando, entrechocando, precipitándose uno sobre otro, quebrándose, rompiéndose, entreverándose y destruyéndose. Y todo eso sobre nuestros peñascos, sobre las rocas graníticas levemente inclinadas de nuestras casas pequeñas y miserables. Poco a poco fue apagándose el ruido de los motores destruidos, y un silencio suave se alzó de los cúmulos de niebla que se desplazaban lentamente en la dirección de un nuevo anochecer.

Los habitantes de la aldea se precipitaron por la ladera. De pronto emergieron de sus agujeros, convergiendo desde todos los ángulos. Con pavorosa prontitud saltaban en dirección al valle, dispuestos a nuevas actividades. Del último vagón del tren, inclinado al borde de la quebrada, surgieron las primeras figuras de los viajeros, doloridos e indefensos, pidiendo socorro. Ya llegaban hacia ellos los primeros, infundiendo sosiego, y junto con el crepúsculo recogieron a los heridos bajo su abrigo. Una noche negra se elevó desde la estrabación de la montaña, y en la aldea revivida se encendieron en su honor las primeras antorchas.

Ziva seguía a mi lado. Con la bandera roja yaciendo, mustia, en mi palma, la miré con ansia. Estaba pálida y temblorosa, llena de horror ante la desgracia viva. Yo extendí hacia ella la mano para calmarla, con una leve sonrisa.

—¿Y, querida?

Pero ella me miró como una extraña. Sus labios balbuceaban algo sin sonido, y se retorció desesperadamente las manos. De pronto desapareció en dirección al valle, hormigueante de gente.

Lentamente arrastré mis pies hacia la estación en tinieblas, y cuando llegué al pórtico y entré, un tanto temeroso, arrojé las dos banderas desplegadas junto al vano. Silenciosamente empujé la gran puerta de hierro. Arditti estaba sentado en su sitio junto a la mesa grande, sus ojos grises agrandados dentro de sus órbitas, su cabeza mustia sostenida por la palma de la mano. Arrastré el cajón roto desde su sitio y lo coloqué junto a la mesa. Arditti no puso atención ni en mí ni en lo que estaba haciendo.

Largamente se extendió el silencio. Demasiado tiempo había sólo silencio entre nosotros, un silencio impotente, el silencio de la falta de acción. Pero el silencio paseaba insoportable, hasta el ahogo. Con voz sofocada, lo violé:

—Todos se uncen al yugo del nuevo dolor... se solazan en la pesada responsabilidad. Un día nuevo y maravilloso descendió sobre nosotros, Arditti... Jamás olvidaremos lo que hizo por nosotros...

Los estrechos hombros del jefe de estación se estremecieron de terror. Posó en mí sus ojos, hostiles hasta el dolor.

—El patrón —angustiáronse sus palabras en un susurro—. El señor inspector... ¿Vendrá? ¿Vendrá a inspeccionar?

—Claro que vendrá —dije con fervor—. Si en todo sitio donde haya dolor, allí está, y con sus grandes llaves abre las puertas de la misericordia y el amor. Todo lo acogerá bajo su protección comprensiva, exacta, fatigada...

Arditti posó la cabeza sobre la mesa, agobiado por la vejez y las acciones. Su mano callosa cayó sobre la mesa y quedó colgando flojamente delante de ella. Con sigilo y adulación extendí hacia ella mi mano y la presioné tiernamente.

Una pálida luna fue ascendiendo desde el oriente. Las voces desde el lugar del desastre, junto al puente grande, repercutían, débiles, pero constantes. Mucho tiempo estuve con el anciano jefe de estación, hasta que lo abandoné a su suerte y me deslicé hacia la noche ya apaciguada, hacia el lugar del desastre.

VII. AMADA

Alucinado y tambaleante descendí al valle, en dirección al lugar del hecho. Me fui abriendo camino entre las ruinas del tren, tropezando con los trozos de madera de los vagones volcados. Con ojos ansiosos busqué vanamente a Ziva. Toda la aldea estaba allí, ni uno solo faltaba. Los niños sostenían antorchas ardientes, serios y alertas en pos de sus progenitores, que se entregaban por entero a la tarea de salvamento. El alma colmada, parcos en palabras y gritos, cumplían con su deber humano con seriedad, organización, sistema y orden ejemplares. Trabajaban en equipos, con sogas y herramientas de trabajo en las manos, dedicándose a la tarea de evacuación con una diligencia poco usual en la aldea. Algunos seguían apagando incendios humeantes con sacos húmedos, mientras los tiernos infantes levantaban con todas sus fuerzas las teas para ayudar en todo lo posible, arrojando luz sobre quienes cumplían la tarea sagrada.

De tanto en tanto se escapaba un grito desde uno de los rincones oscuros, acompañado por las voces graves, apaciguadoras, de la gente de la aldea de la cercanía. En uno de los centros de salvamento, junto a un vagón volcado que echaba humo, distinguí la apuesta silueta de Bardón, que dirigía la tarea con sangre fría e inteligencia. Era evidente que lo tenía aprendido y ensayado en su corazón desde hacía mucho tiempo.

Tomé en mis manos un trozo de tea ardiente y empecé a dar vueltas, palpando en la oscuridad, en busca de Ziva. La gente de la aldea me hacía lugar respetuosamente, porque mi prestigio había aumentado ese día. Hasta que finalmente la vi de lejos, a lo largo de la quebrada, junto a una de las paredes, inclinada, ella sola, sobre un herido, un viajero moribundo. Una antorcha enclavada entre dos piedras daba una luz titilante, arrojando sombras que danzaban sobre sus hermosas facciones. Su boca se torcía en una mueca de hondo dolor y sus profundos ojos azules estaban arrasados de lágrimas. Acariciaba el rostro vendado del moribundo, mientras sorbía dentro de su joven persona con toda su abnegación el dolor y la congoja de la muerte, anhelante por absorber dentro de los recovecos de su alma el gran desastre. Por breves momentos permanecí en silencio frente a la figura solitaria, mientras la tea que colgaba de mi mano se iba extinguiendo. Finalmente me sacudí en un estallido de cólera, y acercándome a ella le apreté el hombro. Ella volvió a mí los ojos brillantes de lágrimas y susurro:

—Mira...

Pero mis ojos permanecían fríos y secos; algo como una ira, prolongada y potente, me dominó. Arrojé lejos de mí la tea, tendí mis manos hacia el rostro, hacia el cuello, exigiendo el pago.

—Ven conmigo — tembló mi voz.

—¿Ahora?— preguntó temerosa, resistiéndose.

—¡Ven!— repetí con terquedad, y la sostuve, levantándola. Ella se desprendió del herido y sin ganas se arrastró tras de mí. Pero yo no cedí y con mano fuerte

y ardiente la arrastré por el primer sendero hacia arriba, en dirección a la montaña envuelta en tinieblas.

Marchamos ágiles entre las rocas, por caminos conocidos. La noche fría, descargada ya de la borrasca del día, nos golpeó en la cara, y los arbustos de retama tendieron hacia nosotros su aroma. Jadeantes y un poco atemorizados saltamos sobre las negras rocas, las rocas de granito, como si nos propusiéramos llegar a las cimas envueltas en la delicada transparencia nocturna, a las cordilleras que se esfumaban allá, en alguna parte, sobre nuestras cabezas. Las luces de la aldea desaparecieron de nuestra vista, y la soledad pura nos inundó.

Junto a un añoso olivo me detuve y la tomé en mis brazos salvajemente. Atraje hacia mí su cabeza de cabellera corta, mientras sentía en todo mi ser su juventud en rebeldía. Su hombro blanco que quedó al desnudo me reveló una avidez de placer que no conocía. La abracé, besando como loco su cuello, balbuceando infatigablemente su nombre breve. Mis ojos se nublaron, la cabeza me dio vueltas y me dejé caer, olvidado y feliz, acariciando, gozando, entregándome.

El silencio nos envolvió en las telarañas de la noche fría. Ardorosos yacíamos al pie del árbol, sobre la tierra negra rodeada de raíces, recatándonos en la sombra espesa. Ella descansaba en mis brazos, apaciguada, entornados los ojos, preñada de pensamientos. Después abrió los ojos hacia mí, acarició mi pelo con su mano suave, mientras hablaba, como recordando.

—El desastre... ¡qué espanto!

Sus ojos vistieron el color del nuevo dolor.

Callé.

—La destrucción... la ruina... y los cientos de muertos —prosiguió pausadamente—. Toda la noche seguiremos trabajando a la luz de las antorchas. ¡Ese fue un desastre!

Un estremecimiento me acometió. Me desenlacé de ella, como queriendo huir de su mirada azul y penetrante. Pero ella trasladó parte del brazo extendido a mi pecho, y lentamente fue enunciando una nueva idea.

—Y él, ¿qué haremos con él?

—¿Quién?

Pero ella no escuchaba. Como soñando, siguió urdiendo pensamientos.

—Lo denunciaremos... No puede seguir en libertad.

Una sospecha espantosa se ganó dentro de mí.

—¿Quién? —grité en un susurro contenido—. ¿Quién?

Ella me contempló compasivamente.

—El viejo Arditti, naturalmente —dijo echándose sobre mí—. Todavía seguirán sucediendo cosas...

Sus ojos se tendían hacia la lejanía que de pronto se abría ante ella.

La atraje hacia mí, sorbiendo, borracho, el aroma de la noche que susurraba sobre el suelo pétreo, sinuoso, de la tierra amada...

Amos Oz

Nace en Jerusalem en 1939, hijo del investigador de literatura comparada Yehuda Arié Klausner, fue educado en Jerusalem hasta 1954, cuando se trasladó al kibutz Juldá, donde concluyó sus estudios secundarios y del cual es miembro hasta hoy en día. A principios de los años sesenta cursó sus estudios de literatura hebrea y filosofía en la Universidad Hebrea de Jerusalem. En estos años inicia la publicación de sus primeros cuentos, al igual que su actividad en movimientos de índole política en la izquierda israelí. Desde entonces y hasta hoy en día publica artículos y ensayos acerca de temas políticos, sociales y culturales que atraen la atención de la opinión pública en Israel, al igual que fuera del país.

Entre 1969 y 1970 fue miembro huésped en el Saint Cross College de Oxford. En 1975 fungió como escritor invitado en los Estados Unidos de América, y posteriormente en América Latina y en Europa, donde dictó conferencias acerca de la literatura y la sociedad israelí. Durante todos estos años divide su tiempo en la creación literaria y enseñanza de la literatura en el colegio secundario del kibutz.

Su primer cuento *Grieta abierta al viento*, fue publicado en 1961, sin ser recopilado jamás. Sus cuentos posteriores publicados en revistas y suplementos literarios provocaron gran interés por parte de la crítica literaria y del público lector, especialmente al ser recopilados bajo el título de *Las tierras del chacal* (1965). Su peculiaridad consiste en que los materiales derivados de la realidad israelí, especialmente los de la vida del kibutz, no funcionan con el objetivo de presentarla como una entidad social o nacional. Los personajes tampoco son presentados como en la narrativa realista, sino que se integran, junto con el trasfondo, a un esquema simbólico de esencias y principios generales y abstractos los cuales dominan la existencia humana dentro del mundo en su totalidad. Es por esto, que el kibutz se presenta en forma nueva, como un escenario de lucha entre esencias y fuerzas ocultas que no son sociales o psicológicas, en el cual el tema principal es el dilema existencial del ser humano, al cual no le es posible limitarse en una vida racional y cultural ya que no le posibilita expresar sus cualidades naturales, vitales e instintivas, pero que al mismo tiempo, para realizar la salida de este campo protegido, significa la autodestrucción. El libro obtuvo el premio de la ciudad de Holón a la literatura y Oz fue becado por el Fondo Cultural Israel-América. En 1966 apareció su primer novela *En otro lugar*, en la que se desarrollan las características mencionadas en sus cuentos. La segunda novela titulada *Mi Mijael*, vio la luz en 1968, marcó un giro hacia la realidad

más concreta. Dicha novela narra la historia de un matrimonio joven, de los años cincuenta, en Jerusalem, presentándola desde el punto de vista de la joven mujer, quien se encuentra tambaleando entre la vacía pero protegida realidad, y sus sueños de autorrealización, vital pero peligrosa. La novela fue llevada a la pantalla, estableciendo la posición central del escritor en la narrativa contemporánea. En 1971 aparece su libro titulado *Hasta la muerte* en nombre de una de las dos novelas que lo componen, en la que se narra la historia de una cruzada (ficticia) en el siglo XI, e introduce el tema de las relaciones entre judíos y cristianos, en un mundo carente de benevolencia, en donde la búsqueda de Dios se lleva a cabo por medio de actos violentos e inhumanos.

En 1973 aparece su novela simbólico-alegórica *Tocar el agua. Tocar el viento* cuyo tema es el destino misterioso y paradójico del pueblo judío en el transcurso del corriente siglo. Asimismo se publican de nuevo sus cuentos reelaborados con una tendencia hacia lo real. En 1976 se publica *La montaña del mal consejo* que es una recopilación de tres cuentos largos, unidos por el trasfondo de la última época del mandato británico. En 1978 obtuvo el premio Brenner de la literatura. Su última novela *Descanso digno*, aparecida en 1982, retorna de nuevo a la vida del kibutz, en la que destaca los temas nacionales y sociales actuales. Hace unos meses ganó el premio Bialik de 1985. Asimismo publicó una novela para adolescentes titulada *Somji* (1978). Una selección de sus cuentos fue publicada bajo el título *Personas distintas* (1975). Sus ensayos sobre temas culturales, políticos y sociales fueron recopilados bajo el título *Bajo la intensa luz celeste* (1979). Las crónicas de sus viajes en distintas partes de Israel, iluminando actitudes y conflictos sociales y políticos, fueron recopiladas en el libro *Aquí y allá en la tierra de Israel en el otoño de 1982*. Sus obras han sido traducidas a muchos idiomas, algunas de éstas al español.¹

¹ *Quizá en otra parte*, traducción de Lucrecia Moreno de Sáenz, Editorial Emecé, Buenos Aires, 1978.

Tocar el agua. Tocar el viento, traducción de E. Goligorsky, Editorial Pomaire, Barcelona, 1980.
Mi marido Mikhael, Aymá, Barcelona, 1974.

LAS TIERRAS DEL CHACAL

I

Finalmente, cedió el bochorno.

Una ráfaga de viento marino se introdujo en el compacto sedimento tórrido, hendiendo en él grietas de frescor. Al principio fueron brisas vacilantes, livianas que hicieron estremecer deleitosamente las copas de los cipreses, como si una corriente vital los atravesara, subiendo desde las raíces, haciendo vibrar sus troncos y envolviéndoles con mimosidad susurrante.

Al atardecer el viento del oeste cobró más fuerza, y las huestes del calor fueron subyugadas y desmenuzadas. El aire del desierto fue expulsado en dirección al Este, hacia los montes de Judea, y de allí se fue deslizándose hacia la llanura de Jericó, para seguir su viaje hacia los espinosos desiertos del este del Jordán. Todo indicaba que era el último bochorno del verano. El otoño estaba próximo.

Los niños del kibutz inundaron las extensiones de césped con su algazara gutural, en tanto que sus padres arrastraban reposeras desde las terrazas a los jardines. No hay regla sin excepción, solía decir Sachka.

Esa vez fue Sachka el que se excluyó de la regla y se encerró en su cuarto con el fin de escribir un nuevo capítulo de su libro sobre los problemas del kibutz frente a las mutaciones de la época. Sachka es uno de los fundadores de nuestro kibutz y se cuenta entre sus miembros más activos. Es cuadrado, rubicundo de anteojos, con una expresión de paternal suficiencia derramándose de su rostro de rasgos sensibles y armoniosos. Un dinamismo borboteante animaba a Sachka. El viento fresco que atravesaba el cuarto le obligó a colocar un cenicero pesado, gris, sobre las hojas rebeldes. La fervorosa honestidad que lo dominaba afilaba su estilo preciso. Otros tiempos —decíase Sachka—, otros tiempos requieren otros conceptos. Lo esencial es no estancarnos, no volver sobre nuestras propias huellas, mantenernos lúcidos y alertas.

Las paredes de las casas, los techos de chapa de los galpones, la pila de caños de hierro en la herrería comenzaron a irradiar el ardor acumulado du-

rante las semanas de pesado calor. ¿Conocen acaso los objetos inanimados el deleitoso sabor de descargarse?

Galilá, la hija de Sachka y Tania, somete su cuerpo al placer del chorro de agua fresca. Tiene las manos pegadas a la nuca y los codos echados hacia atrás. El cuarto de duchas está en penumbras, oscureciendo las ondas de pelo opaco que caen con húmeda pesadez sobre los hombros de la muchacha. Si en el lugar hubiera un espejo grande, quizá Galilá se demorara para examinar su cuerpo cuarteado de añicos de agua. Si le fuera dado contemplar su cuerpo, contemplarlo lentamente, con exactitud minuciosa y fría, tal vez lograra ella misma relajarse y participar en esa suavidad azulina y lánguida que el viento del mar trae consigo y con el que envuelve al lugar y su gente.

Pero puesto que no hay en el cuarto un espejo grande, los movimientos de la muchacha son presurosos y tensos. Con impaciencia agitó su cuerpo y sacudió su piel, y sin alegría tendió sobre su cuerpo las prendas de ropa vespertina. ¿Qué es lo que quería Matatiah Damcov? Ese solterón envejeciente le pide que pase por su cuarto después de la cena. De niños, su destreza manual nos tenía fascinados. El mundo está lleno de gente cargosa. La muchacha que es amable con cada latoso que se le pone al paso, pierde las horas más preciosas de la noche en esos cuartos de soltero, húmedos y hediondos. Es verdad que Matatiah Damcov le prometió algo interesante y por lo demás, no es precisamente un latoso. Pero la noche es breve y escurridiza, y fuera de ella no tenemos horas de ocio. No somos sino muchachas trabajadoras.

Cuán solemne se mostró Matatiah Damcov en el momento de salirle al paso en el estrecho sendero de cemento, para decirle que debía pasar por su cuarto después de la cena. Cómo se esforzó en hacer una minuciosa demostración de importancia, mientras su mano hendía el aire en ademán perplejo y su voz se enredaba tratando de extraer del fondo palabras hermosas y adecuadas. Latoso amargado. "Sí, insisto en que sea esta noche —dijo—. Es importante, y te interesará. Entra. No te arrepentirás. Son telas excelentes para una pintora. Me las mandó mi primo León. Está en América del Sur. De hecho, no las necesito. De hecho, tengo pensado regalarte tanto las telas como los pomos. ¡Yo y la pintura! ¿Qué se creyó León? De hecho, me las envió sin tomarse el trabajo de pensar. Pero ahora todo es para ti. Ven."

Un revoltijo de náusea, mofa y algazara acometió a Galilá al recuerdo de esas palabras. Pero al salir de la ducha, algo la excitaba. Un susurro de aventura y misterio chisporroteó y se apagó. Pensó en la fealdad fascinante de Matatiah Damcov. Cómo se le ocurrió imponerle telas y colores. Penetróla un raro desasosiego. No me quedaré en su cuarto más de cinco minutos.

II

En la montaña, el ocaso es rápido y cortante. Nuestro kibutz está situado en la meseta, y la meseta aplana el ocaso y suaviza la caída del sol. Lentamente,

como un ave fatigada, va planeando la oscuridad sobre el poblado. Los primeros en oscurecer son los galpones y graneros carentes de ventana. Allí la oscuridad no causa sorpresa, pues en ningún momento desaparece por completo. Después llega el turno de las casas. El mecanismo automático pone en marcha al generador y su pulsación contenida se extiende por todo el patio. Los hilos eléctricos vuelven a la vida y una corriente oculta late entre nuestras paredes delgadas. La luz al unísono asomando por todas las ventanas del sector de los veteranos. Los cascados dispositivos que sobresalen de la torre de agua acarician los reflejos que se congregan y aferran a ellos por un largo rato. Por último, se oscurece el acero del pararrayos en lo alto de la torre.

Los ancianos del kibutz siguen recostados en las repeseras. Al igual que los objetos inertes, dejan que las sombras se desparramen sobre ellos, disimulando su vitalidad. Al cabo de cierto tiempo se pone en movimiento el kibutz y desciende en lentas corrientes hacia la plazuela del comedor. En ese momento, Matatiahu Damcov emerge de su cueva para solazarse en la compañía de los hombres. En ese momento, él no es la excepción. Echa llave a su cuarto, deja tras él los trastos solitarios y se incorpora a la vida, la bulliciosa vida del comedor.

III

Matatiahu Damcov es pequeño, magro y oscuro, todo hueso y músculo. Sus ojos son estrechos y hundidos, sus mandíbulas un poco torcidas. El negro rostro no cambia con frecuencia su expresión constante, mustia. Cayó sobre nosotros en plena guerra mundial. Es originario de Bulgaria y en los cuentos que nos contó a su llegada hay un borroso capítulo sudamericano.

El cuerpo de Matatiahu está construido de una manera astuta: espalda estrecha, juvenil, fuerte, elasticidad casi antinatural. El cuerpo de un mono. ¿Qué impresión hace ese cuerpo sobre las mujeres? En los hombres, provoca una desazón nerviosa que bordea la náusea.

La mano izquierda de Matatiahu Damcov suele apuntar con el pulgar y el meñique. Entre ellos, se abre un vacío. “De hecho —dice Matatiahu Damcov—, durante la guerra la gente sufrió pérdidas mayores que sus tres dedos.”

Durante el día trabaja el hombre en la herrería. El torso reluciente, desnudo, y sus músculos que danzan debajo de la piel tensa, como resortes comprimidos de metal, prontos a soltarse y cercenar, y a aflojar. Suelda barras de hierro y caños, endereza herramientas que se torcieron y achata utensilios viejos. Su mano derecha, la entera, es suficientemente fuerte como para enarbolarse el pesado martillo y dejarlo caer con contenida violencia sobre los objetos sometidos.

Hubo un tiempo en que Matatiahu Damcov herraba los caballos del kibutz con llamativa destreza. En Bulgaria se dedicaba a la cría de caballos. “Te-

níamos una cabaña para caballos de tiro y caballos de reproducción —decía— mía y de mi primo León. Trabajaban en nuestro establecimiento no pocos gentiles. Pero de hecho, la finca era nuestra.”

El día en que el kibutz dejó de usar caballos, el oficio de Matatiahu Damcov fue echado al olvido. Antaño solían los chicuelos del kibutz congregarse para mirarlo herrar caballos. Con calculada solemnidad, procedía Matatiahu Damcov a hacer una demostración de su habilidad. La pequeña Galilá se plantaba de pie y posaba en él sus ojos alargados y hermosos, los ojos de su madre, y no los de su padre.

Qué le dio a Matatiahu Damcov por abordar a la hija de Tania. Telas y colores. Carnada grosera con el anzuelo a la vista. La hija de Tania es suspicaz como el padre e inteligente como la madre. ¿Acaso también en ella se alberga la fiera destructora? Lo probable es que no venga. Y si viene, nada le dirá. Si le dice, pondrá sobre aviso a Sachka. Por el camino de las palabras no llegará. De hecho, las palabras son redondas y escurridizas. La cháchara es como un callejón sin salida. Ella no morderá el anzuelo y Matatiahu Damcov se enredará en las palabras. Las palabras lo encerrarán. Las cosas están por ocurrir —reflexionó Matatiahu Damcov con vivacidad al entrar al comedor. Los utensilios relucían regocijadamente sobre las mesas puestas, el nombre del kibutz grabado en los mangos de los cuchillos.

—La hoja necesita filo— dijo Matatiahu Damcov a su vecino de mesa, mientras hendía el cuchillo en el túbulo de verduras que se alzaba sobre su plato. —En invierno, cuando merme el trabajo urgente en la herrería, los afilaré todos. De hecho, no falta mucho para el invierno. Yo creo que el invierno nos tomará desprovistos. Yo creo que ese “jasmín” fue el último.

En el extremo del comedor, junto al corredor que lleva a la cocina, se congrega un pelotón de veteranos huesudos, de pelambres blancas, en torno al diario vespertino. Las hojas del diario se separaron una de la otra, dispersándose entre la gente. Filas de “candidatos” esperan su turno a cada trozo de diario. Algunos espetan comentarios con aire de suficiencia basada en la experiencia lúcida, otros posan sus ojos en los comentaristas con una expresión de vejez cansada y condescendiente, y algunos componen un semblante de silenciosa tristeza. Esos, comenta Sachka, son los fieles entre los fieles, los que sienten profundamente el drama del movimiento obrero.

Mientras los hombres se dedican a la vida del espíritu junto al muro occidental del comedor, las mujeres abordan las mesas de los encargados de la distribución del trabajo. Tania, la madre de Galilá, levanta la voz con ira justiciera. Su rostro es rugoso y su mirada inquieta y fatigada. Los dedos juegan con un cenicero decorado y de tanto en tanto golpea con él la mesa con ritmo acompasado. Tiene el cuerpo inclinado hacia adelante, como doblegado bajo el peso de la injusticia. Su cabello gris le cae sobre la frente y las mejillas flojas le tiemblan de ira. Matatiahu Damcov oye su voz, sin percibir las palabras. Seguramente el encargado de la distribución pecó de iniquidad y en esos momentos trata de replegarse y justificarse y darse rápidamente por vencido, ante el

avance de la efervescencia en aumento de Tania. Finalmente, el escándalo aflojó. Tania irguió el cuerpo y dirigió sus pasos hacia Matatiahú Damcov. Su rostro se tranquilizó, cubriéndose de un alivio plácido, pero en un abrir y cerrar de ojos se transformó en una nueva y borbotante vivacidad.

—Matatiahú —dijo— . Si los marcos no están soldados mañana a las diez, pongo al kibutz patas para arriba. Todo tiene un límite. ¿Qué es esto?, ¿el acabóse? Mañana es el último día.

Se pronto se introdujo en su voz una ternura contenida, calculada.

—De veras, Matí, es tan importante para mí. Y para ti es apenas media hora de trabajo. Haz el esfuerzo. Al fin y al cabo, hay que pensar en el prójimo. Es la única manera de convivir. De veras.

¿Qué le dio a Matatiahú Damcov por arrugar el rostro hasta que su fealdad se intensificó y ahondó hasta lo insoportable?

—De hecho —dijo con sorna— , las palabras sobran. De todas maneras pensaba hacerlo mañana por la mañana. No pretenderás azuzarme, Tania, ¿o, acaso, sí?

Tania es una mujer de antenas tenues, nerviosas. Con alarma captó el tono de antaño, tímido y amenazante al mismo tiempo. Como un sensible resorte, se replegó hacia el apaciguamiento meloso:

—Claro, claro, Matatiahú. ¿Azuzar yo? Jamás me atreví a azuzar a un hombre trabajador. Tú comprendes. No te habrás ofendido.

—Comprendo —remató Matatiahú con pesada voz. —No me ofendí.

Esas palabras dieron fin a los asuntos del comedor para dar lugar a los que seguirían. De hecho, hay que encaminarse y salir hacia el cuarto para arrebujarse entre los objetos inanimados y esperar y ver. Un cigarrillo lento y reflexivo, he ahí lo que nos hace falta para esos momentos de expectativa.

IV

La corriente eléctrica late en arterias estremecidas y alumbran los senderos de cemento que en la luz floja parecen marchitos. Ni pureza, ni esplendor, ni alegría. Sólo charcos opacos y vacilantes de luz que alumbran como sin querer, sin entusiasmo. Una luz vieja.

A lo largo del cerco, postes de madera portando faroles arrojan fatigados rayos sobre los campos. Un pequeño círculo de tierra arada gime bajo el peso de las luces del cerco. Más allá, reina la noche. Las noches otoñales no son negras, no en nuestra comarca. El color de nuestras noches es violeta. Una luz violeta opaca y apacible relumbra en los campos, los viñedos, los huertos. Los huertos amarillean ahora. El suave violeta inunda los árboles con piedad infinita, desdibuja su vergüenza y anula la diferencia entre lo inanimado y lo vivo. El violeta tiene la particularidad de distorsionar el aspecto de los objetos inanimados y otorgarles una vibración fresca y estremecida, una vibración letal, que modera la vida nocturna, suaviza sus movimientos y falsea su carácter

oculto. Es por esa razón que no reparamos debidamente en los chacales cuando irrumpen de sus madrigueras. Por fuerza se nos escapa el espectáculo de sus hocicos blandos que descuartizan el aire, sus pezuñas que planean sobre los terrones, tocándolos y no tocándolos.

Cuánta levedad, qué delicada elasticidad hay en sus pasos. Los perros del kibutz son los únicos capaces de descender hasta la intención profunda de ese desplazamiento de hechizo. Por eso ladran con rabia y envidia y pavor. Por eso repiquetean en el suelo con patas groseras y coléricas, y se debaten con sus cadenas hasta que las vértebras de sus pescuezos amenazan con quebrarse.

Un chacal adulto se hubiera cuidado de la carnada. Ese era un cachorro de chacal, redondo y gatuno, blando y erizado, que se vio arrastrado con ansia hacia el olor de sangre y de carne. Su inocencia sancionó su destino. Ciertamente, que no se puede decir que haya caído en la trampa con necedad absoluta. Avanzó hacia el olor y planeó hacia su perdición con paso diminuto y cauto. Varias veces se detuvo a impulsos de una alarma opaca que le atravesó la sangre. Cerca de la trampa aguardó y quedó rígido en su sitio, gris como la tierra y paciente como ella. Irguió las orejas con alarma secreta, pero los olores confundieron sus sentidos.

¿En verdad fue casualidad? Achacamos a la casualidad ceguera, y las casualidades nos miran con mil ojos. Pero era tierno aún, y si sintió los mil ojos clavados en él, no pudo entender su lenguaje.

Una muralla de pinos, ancianos y empolvados, rodea el huerto. Cual es el hilo oculto que va de lo inanimado a lo vivo. Vamos detrás de la punta del hilo con desesperación, con rabia, debatiéndonos, aleteando, clamando, apartando mandíbulas, rechinando dientes, mordiéndonos los labios hasta la sangre, entornando los ojos hasta la locura. Los chacales conocen el hilo; deliciosas corrientes burbujan en él y pasan de un cuerpo a otro, de un ser a otro ser, de vibrador a vibrador.

Finalmente, la criatura inclinó la cabeza, orientó su hocico hacia el olor de la sangre. Húmeda y convulsa la punta del hocico, la saliva asciende en él erizando su piel y poniendo en tensión sus tiernos músculos. La parte anterior del cuerpo toma impulso hacia la meta anhelada, suave como un hálito. Llegó el momento del frío hierro. Con un suave golpe, preciso y minucioso, responde el hierro a la acción del chacal.

La fiera se inmovilizó como una piedra. Tal vez pretendiera despistar a la trampa y pasar por un objeto inanimado. Ni voz ni movimiento. Durante largo tiempo ambos objetos se mantuvieron atentos a la intención del respectivo enemigo. Con pavorosa lentitud, el ser vivo se sacudió y tornó a su vitalidad.

En silencio se movían los cipreses, agachándose e irguiéndose, agachándose e irguiéndose, como en un rito incomprensible y pavoroso. Silenciosamente el inocente abrió la boca y puso al descubierto sus dientes burbujeantes de blanca espuma. De pronto lo acometió la desesperación. En un impulso audaz y destructivo intentó desgarrar la sentencia. Un dolor salvaje hendió su cuerpo. Se tendió jadeante sobre los terrones. Después, abrió el cachorro la

boca y aulló. El eco de su llanto se alzó, extendiéndose, inundando la noche hasta lo más hondo de su vastedad.

V

En esa hora intermedia nuestro mundo está como hecho de círculos concéntricos. El más ancho es el de la oscuridad abstracta, lejana: un lago tenebroso pululante de vibraciones y arrullos.

Rodeado y prisionero dentro de él está el círculo de las tierras nocturnas, salpicado de viñedos y huertos. En la hora nocturna nuestras tierras nos traicionan. Ya no son las parcelas blandas, subyugadas y domesticadas. Ahora nuestras tierras conquistadas son anexadas al dominio del enemigo. Amortiguadas olas de extraños aromas nos llegan de ellas, como una amenaza silenciosa. Ante nuestros propios ojos se erizan en una realidad tenebrosa, hostil y perversa.

Nuestras pequeñas casas están protegidas por el círculo de luces, muralla que se alza contra los olores del enemigo, sus voces de llanto y alegría.

En el centro, en el círculo, dentro del círculo, en el corazón de nuestro pequeño mundo, se encuentra la mesa de trabajo de Sachka, un círculo diminuto de resplandor que se vuelca desde la lámpara de la mesa sobre las hojas. Agudas son las frases de Sachka. Las palabras fluyen de él en corrientes ordenadas y obedientes. Llegan acaso a sentir su soledad ridícula, espantosa. "No hay posición más noble que la posición de los pocos contra los muchos" —suele decir Sachka. Su hija clava los ojos alargados, curiosos, en el rostro de Matatiahú Damcov.

"Eres la fealdad —piensa Galilá. Eres la fealdad destilada, concentrada. Para suerte nuestra, eres solitario. Esos ojos mongólicos, opacos, se irán del mundo sin minarlo con trampas a su semejanza. Quisiera estar en otra parte. ¿Acaso me solazo en la náusea? Si no fuera por la curiosidad estaría libre de esos olores abominables. Todo aquí es encierro, todo es denso, cómo decirlo."

—Puedes sentarte —dijo Matatiahú Damcov entre las sombras. Los trastos que poblaban su cuarto ahondaban su voz cascada.

—Haré café. También mi café es auténtico, café de Brasil. En serio.

En su confusión, el hombre agregaba una nota exótica a su exotismo.

—Y también un cigarillo fuerte, también eso. Pero no te apresures en darte a la fuga. Todavía no. Un poco más. También es posible escuchar música en este cuarto. De hecho, no tienes prisa.

—No tengo prisa —respondió Galilá, asombrada por la mezcla de voces que revoloteaban dentro de ella. Dentro de mí se mueven cosas. ¿Qué me hace ese hombre, qué pretende hacerme?

—Querías mostrarme telas para pintar —prosiguió. —No me imaginé que te molestarías en hacer café, Matatiahú. Sólo quise entrar y salir.

—Entrar y salir —repitió Matatiahú Damcov con esfuerzo. Sus ojos pase-

aron una mirada turbia por el cuerpo de la visitante. La levedad etérea, de gacela, penetró dentro de los tenebrosos escondrijos de su ser. Algo le golpeó en las paredes desde adentro, con alevosía amortiguada.

—Eres clara —dijo de pronto con ardor. —Eres clara. Pero yo no me equivoco. Hay una duda, lo sé, imposible que no haya una duda.

—No entiendo —respondió.

Un hombre paseándose en camiseta por su propio cuarto no es un espectáculo poco frecuente. Pero ese cuerpo peludo, negro, de mono, de Matatiahu Damcov la alteraba en lo más hondo. Algo bullía y se trasladaba en su interior de un sitio secreto a otro. El temor la asaltó de pronto, filoso y abrasivo. Se levantó de la vieja silla y se colocó tras ella, aferrándose a su respaldo como a un escudo.

Su movimiento franco, exagerado, deleitó al anfitrión. Su voz traslucía un dejo de lúcida diversión.

—Cómo te pareces —dijo lentamente. —Tania era felina, malvada y medrosa. De hecho, tu madre era clara en aquellos días. ¿Sabes por qué te pedí que vinieras? Te pedí que vinieras para hablarte de la salvajez de tu madre.

El peligro produjo en Galilá una seguridad enérgica y fría.

—Estás loco, Matatiahu Damcov —dijo la muchacha con contenida repugnancia. Su rostro se cubrió de una dureza tierna. Un semblante secreto y maravilloso.

—Ten cuidado —continuó quedamente.

El hombre se alejó de ella sin desprender el abrazo dominador de su mirada mustia. De pronto, sin previo aviso, se dejó caer pesadamente en su cama, entrelazó con gesto elástico las rodillas y rió largamente, sin alegría.

—Despacio, hija mía —dijo con voz clara. —Sólo hemos empezado. No derroches fuerzas. Las cosas pueden ser largas y fatigosas.

“Mañana vendrá el diluvio —pensó Matatiahu Damcov. Tania se derrumbará en pedazos, como se merece, y Sachka se sacudirá como preso de un demonio. La cosa se hiende. La antigua alucinación se encarna en palabras. Y las palabras se convertirán en hechos. Los objetos inanimados despiertan a la vida. Hermoso momento. No nos emborrachemos. La cosa merece una completa lucidez.”

Los temores de Galilá eran fríos, no tempestuosos. Con rapidez sopesó las posibilidades. Lo seguro frente a lo excitante.

—De hecho —dijo— ¿Qué quieres, Matatiahu?

—De hecho —respondió Matatiahu— el café está listo. Proclamemos una tregua y bebamos café.

VI

El café estaba preparado con suprema pericia. Caliente y fuerte, y su perfume expulsaba todos los olores. Galilá se solazó con los modales refinados del anfi-

trión, que le servía con diestra solicitud. Su destreza habitual, encantadora, suavizó lo sucedido anteriormente. Su mano sin dedos no quedaba atrás frente a su compañera, en sus movimientos leves y graciosos.

—¿Sabes lo que hacíamos en Bulgaria? —dijo Matatiah, en la actitud del anfitrión que trata de entretener a su huésped. —En Bulgaria teníamos una granja para la cría de caballos. Mi primo León y yo. Dos trabajos especiales existen en una granja para la cría de caballos: caballos de tiro y caballos de reproducción. Fecundación y capadura. ¿De qué quieres que te hable primero?

Galilá se relajó, disponiéndose gustosa a disfrutar de las lisonjas de su anfitrión. La fuerte bebida le infundía vivacidad y calma.

—Ahora recuerdo —dijo. Tú solías aquí herrar caballos.

Una sonrisa tierna titiló en torno a los ojos y en las comisuras de los labios.

—Solíamos mirarte. Éramos niños. Pensábamos que lo que hacías era maravilloso. Pensábamos que eras hermoso.

—El trabajo de fecundación es más sencillo que el de capadura —dijo Matatiah, inclinándose sobre la muchacha, mientras empujaba hacia ella un plato de bizcochos. —En realidad, es un trabajo fino. Primero se hambrea al caballo. Cuanto más tiempo se contiene, su simiente es de mejor calidad. Se lo separa de las yeguas y también de los machos. En su locura, puede dañar a los machos, y hasta hacer caso omiso de que son machos y acometerlos. No todo caballo merece ser padrillo. Un padrillo vale cien bestias de carga. La elección es delicada. Se necesitan muchos años de experiencia para ser capaz de elegir uno entre cien. Es el buen ojo lo que decide. El caballo torpe y salvaje es el más indicado para fecundar. Imposible percibir la virilidad sin la suficiente pericia y experiencia. Es difícil descubrir al más torpe de todos.

—¿Por qué el más torpe? —preguntó Galilá, al tiempo que escuchaba alternativamente la voz de Matatiah y las voces que se movían en su interior.

—No siempre el más grande y fuerte es capaz de engendrar a los mejores. A veces el pequeño es precisamente el más ardiente. Se le reconoce por las señales de la locura. Un caballo nervioso es siempre un candidato. Después de mantenerlo aislado algunas semanas, solíamos verterle una botella de vino en el abrevadero. Gracioso. ¿No? Un caballo bebiendo agua mezclada con vino, y emborrachándose un poco. Después hacíamos que pudiera ver las yeguas. Sólo verlas, a través de una reja de hierro.

“En su locura empieza a dañarse a sí mismo. Arremete, trata de voltearse sobre la espalda y cocear en el aire. Se revuelca en la bosta, se restriega contra los hierros de la reja, contra el pesebre, tanto se restriega hasta que se hiere. Y cuando se le ve manando sangre, significa que está a punto. Entonces hay que apresurarse. En un minuto todo puede perderse. Se abre el portón. Pero precisamente entonces el caballo vacila un poco. Todas sus fuerzas están concentradas en un solo punto. Casi no tiene fuerzas para mover las patas. Éste es el momento más importante.”

La muchacha se contrajo. Una espantosa rigidez encadenó sus miembros.

Su mirada, tierna e hipnotizada, está prendida del narrador.

—Sí —dijo con voz extraña.

—Entonces, sucede eso. ¿Viste alguna vez un enorme resorte que se suelta? Pavoroso, espléndido. Como si las leyes de la gravitación se hubieran anulado. El animal no corre, vuela. La hembra se agacha torpemente y levanta la cola. Los ojos de él se inyectan de sangre, jadea, el aire no le basta. Hace girar los ojos y tiembla como un moribundo; la boca abierta, chorreando espuma. Grita sin cesar. Al momento se hace mimoso y lánguido, como un enorme gato. Pero al mismo tiempo se contorsiona y grita. En ese instante, la fecundación se parece a la capadura. Un dolor espantoso. Espantoso.

—Espantoso —repitió Galilá, temblorosa, convulsionada por la emoción.

—Ahora descansemos —dijo Matatiahú Damcov. —¿Quieres escuchar también cómo se capa?

—No, no —imploró la muchacha. —Tú quieres destrozarme.

Lentamente, con voz gimoteante, en el rostro, una expresión de mimo y súplica.

—Basta, basta, Matatiahú.

Lentamente levantó Matatiahú su mano mutilada y la posó sobre el rostro de la muchacha. Cuán extraña era la compasión de su voz, compasión de padre.

—Como tu madre —dijo. —Sobre eso, sobre los dedos y la capadura, conversaremos en otra oportunidad. Tendremos muchas conversaciones, hija mía. Ahora basta. Ahora a serenarse y descansar.

VII

La fría y borrosa luz de las estrellas de desplaza por los campos, extendiendo sobre ellos una delgada membrana azulina. En las semanas de bochorno todas las tierras fueron removidas para la siembra de invierno. Ahora se ofrecen en su desnudez. Senderos de tierra cruzan las parcelas y los bloques de los huertos hacen atigrada la llanura, rodeada por las murallas de cipreses.

Antaño, hace 40 años, nuestros fundadores se atrincheraron en esta tierra. Algunos de pelambres claras, como Sachka, otros de indignados párpados, como Tania.

En las largas y abrasantes horas diurnas maldecían la tierra candente con desesperación y cólera. Pero por las noches la arrullaban con fervorosas canciones, olvidados del lugar y del tiempo. El olvido era el sabor de la vida. Por la noche los arrebujaba como una madre e introducía la confusión en su canto: "Allí" decían por olvido, "allí" y no "aquí";

Allí en la hermosa tierra de los patriarcas
se realizarán todas nuestras esperanzas.
Allí viviremos, allí crearemos,
una vida pura, una vida libre.

Gente como Sachka y Tania se pasmaron en la ira y el fervor. Matatiahú Damcov y otros refugiados tardíos como él no tuvieron parte en ese pasmo. No conocen los latidos del olvido fluyendo dentro de las venas, y tratan de irrumpir por la fuerza en esa realidad y demolerla. En su envidia, se desquitan con las mujeres. Son expertos en otra tristeza. Forasteros eternos.

El cachorro de chacal que cayó en la trampa es presa de una lánguida indiferencia. El extremo de su pata derecha estaba atrapada y su cuerpo se tiende, resignado, sobre los terrones.

Al principio se puso a lamer su piel con prolongada y felina minuciosidad. Después se desplazó un poco para lamer el metal brillante y liso. En entregado arrebató volcó su calor y su amor sobre el objeto inanimado. El amor y el odio, que ambas generan la humillación. Y la humillación del chacal era completa, impregnada de fervor entusiasta. Introdujo la pata libre por debajo de la trampa, frotó con ella lentamente la carnada, luego extrajo con cuidado la pata y lamió el dolor que se le había pegado.

Y finalmente aparecieron los otros.

Chacales grandes, de apelotonada piel, sucios y de panzas hinchadas. En parte cubiertos de llagas pustulentas, en parte hediendo a carroña. Uno a uno fueron congregándose desde todos sus ámbitos, invitados a la infame ceremonia. Ordenados en círculo, posaron sus ojos santurrones sobre la criatura presa. La alegría ante la calamidad ajena pretendía pasar por compasión. Pero la maldad en ascenso arrasó con la apariencia plañidera. Se dio la señal oculta. Las fieras rampantes se irguieron en su sitio dentro del círculo, el hocico de uno olisqueando la cola del compañero. Por mudo convenio comenzaron a girar con paso ondulante, desfile festivo antes que acompañamiento mortuario. El gozo los dominaba, y cuando el gozo desbordó se convirtió en orgía; la ceremonia precisa se quebró convirtiéndose en una danza ritual desenfrenada. Emitiéronse las voces en una noche de pasión, elegía, risa y desenfreno, mezcla de tristeza funeraria y risa orgiástica que se apaga y centellea, que gime y suplica y adula y se exaspera y maldice y demuestra y se destroza en miles de añicos filosos.

Cerca de la medianoche se cansaron. Tal vez se desesperaron de su hijo perdido. En silencio se dispersaron, cada uno a su penuria. La noche, paciente y recolectora, lo recogió todo en su seno y borró todas las señales.

VIII

Matatiahú Damcov se solazaba en la espera, y tampoco Galilá intentó apresurar las cosas. Era aquel un momento sereno entre ellos, casi amable. Con mano febril desenrolló la muchacha las telas y examinó los pomos de pintura. Calidad excelente, auténticos accesorios de pintor. Ella es pequeña, reflexionó Matatiahú, es una criatura, es capaz de ajustarse tanto. A ratos, quería decirlo to-

do, sin dilación alguna. Asestarle como un golpe casual. Con todo, volvía a calcular la situación y se contuvo.

Olvidada y subyugada acarició la niña el delicado pincel, abrió y apretó los pomos y pintó con pasión. La inocencia fluía del cuerpo de ella hacia el de él, y éste correspondía con olas de deleite. El sueño los venció casualmente.

Galilá se durmió extendida sobre las baldosas embadurnadas de manchas de pintura, rodeada de pomos abiertos y telas tendidas a medio. Matatiahu yacía pesadamente en su cama, abrazándose la cabeza con sus manos y llamando a la alucinación.

Las alucinaciones le responden a Matatiahu Damcov. A una orden de él vienen y se desarrollan ante él como en películas cinematográficas proyectadas con la acción de un interruptor.

¿Qué le dio por llamar a la alucinación de la inundación, una de las más difíciles de su repertorio?

Al principio aparecen los canales en las laderas de las montañas. Decenas de canales agolpados, cortándose uno al otro, como mofándose entre sí.

Al momento aparecen multitudes de personas, como pequeños puntos negros que asoman e irrumpen de los agujeros y los recovecos escondidos. Con sorprendente rapidez los puntos se agrandan. Millares de personas entecas y negras se deslizan ebriamente por la ladera de los canales, ruedan como piedras en la avalancha y fluyen en grandes cataratas hacia la llanura. Aquí se parten en miles de cabezas y se lanzan tempestuosamente hacia el occidente. Ya están tan cerca que es posible discernir sus formas. Multitud mohosa, oscura, harapienta, dura, pululante de chinches y piojos, hediendo espantosamente. El hambre les contorsiona el rostro, los ojos brillan de locura. La inundación cubre los valles fértiles y ricos en espumoso torrente. Pasan delante de las ruinas de sus aldeas sin detenerse siquiera. A su paso destruyen todo lo que encuentran. Arrancan postes, destrozan cercos, asuelan campos y huertos, pululan, se arrastran, reptan, trepan sobre los obstáculos como monos distorsionados.

De pronto, con una rapidez que aturde, te ves rodeado de ellos, preso y agarrotado. Los ojos con odio mortal, las bocas se abren desmesuradamente y respiran con pesadez; torcidos cuchillos centellean en sus manos. Te maldicen con sílabas tajantes, ahogadas de ira. Los dientes pestilentes, podridos, se descubren ante ti con amenaza bestial. Las manos mugrientas hurgan en tu carne con febrilidad iracunda. Con tu último resto de vitalidad accionas el interruptor y apagas la alucinación.

—Hija mía —dijo Matatiahu Damcov, mientras con la mano derecha sacudía a la muchacha dormida, y con su izquierda, sin dedos, abrazaba su hombro con codicia tempestuosa. —Yo te salvaré. Huiremos a América del Sur, a lo de mi primo León. Yo te protegeré. Ahora y siempre.

Galilá se despabiló lentamente, como si flotara sobre agua abundante. Su voz era mimosa:

—Déjame —suplicó. —Mi padre te matará. Déjame.

—Tu padre te protegerá ahora y siempre —repitió tristemente Matatiahú Damcov. —Tu padre te llevará a sitios tranquilos.

Galilá se alzó pesadamente, alisó su falda corrida y empezó a bostezar ininterrumpidamente.

—No quiero todo eso, no quiero —su voz se aproximaba al llanto, mientras su pie golpeaba en las baldosas con cólera infantil.

—No vendré más a tu casa. Eres peligroso. Eres feo.

—Soy feo —dijo Matatiahú suavemente— pero te contaré cuán arisca era tu madre. En realidad, deberías odiarla a ella, no a mí. A ella.

Galilá huyó con rapidez hacia la ventana, la abrió de un solo golpe y sacó por ella la cabeza. Gritará —espantóse Matatiahú Damcov. —Gritará y lo planeado no sucederá. La sangre afluyó a sus ojos. Salvajemente se echó sobre ella y le agarró la espalda, hundió los labios en sus cabellos, le descubrió la oreja y susurró dentro de ella con una extraña sonrisa.

IX

Fuertes ondas de aire otoñal y fresco abrazaron las paredes de la casa buscando grietas para introducirse. Desde el patio llegaron ecos de mugidos de bestias y las maldiciones de quienes las atendían. Matatiahú Damcov se inclinó para recoger los accesorios de pintar desparramados por las baldosas. Galilá seguía de pie junto a la ventana abierta. Pesadamente la niña cambió de posición y se puso de espaldas a la ventana y de frente al cuarto.

—Es dudoso —dijo, quedamente. —Es casi imposible. De acuerdo con la lógica las posibilidades son tan pocas...

Matatiahú Damcov clavó en ella sus ojos estrechos mongólicos. Ahora su fealdad era perfecta, una fealdad contraída y opaca.

—Yo no te obligaré —dijo. —Yo me callaré. Serás la hija de Sachka. De hecho, incluso te conviene.

De pronto, inopinadamente, Galilá estalló en una risa profunda y gozosa.

—Tonto —dijo cariñosamente. —Mi tez es clara, mira, clara, clara.

Una alegría ebria se traslucía en su voz fervorosa.

—Yo no soy tuya. Estoy segura que no soy tuya. Estoy segura. Soy clara. Puedo hacerlo. Podemos hacerlo. Ahora puedo ser tuya. Clara. Ven.

El hombre se arrojó sobre ella sin miramientos. Jadeando y gimiendo se apresuró a sujetarla bajo suyo, mientras tanteaba ciegamente su camino. En su carrera, volteó la mesa del café. Tal vez fue el estrépito lo que trajo el enfriamiento.

Antes que pudiera tocarla, acometióles el frío.

Los tocó a los dos al mismo tiempo, sin intercesión. Le alejaron la una del otro, como fustigados, examinándose con ojos enormemente abiertos.

—Papá —dijo Galilá. Nada había en su voz fuera del asombro.

X

La salida del sol tiene lugar entre nosotros sin sutilezas.

Con sensiblería barata asoma el sol desde lo alto de las montañas del Oriente y envía sus rayos vacilantes a nuestra tierra. Ni majestad solemne ni prodigiosos juegos de luz. Sólo una belleza banal y dulzona.

Pero ésta es una de las últimas salidas de sol. El otoño avanza aceleradamente. Pocos días más y nos despertará el repiqueteo de las primeras lluvias. Tal vez vengan acompañadas de granizo. El amanecer ocurrirá detrás del telón de bajas y feas nubes matinales. Los madrugadores se envolverán en pesados abrigos y emergerán lentamente de sus casas, erizados y agobiados por los vientos implacables.

El cambio de estaciones es cosa trillada. Otoño, invierno, primavera, verano, otoño. Quien quiera aferrarse a algo permanente en el fluir del tiempo, ha de hacerse el hábito de escuchar con atención las voces nocturnas, que no cambian jamás. No pueden cambiar. Nos llegan desde las tierras del chacal.

Traducción de Etty E. de Hoter

Amalia Cahana-Carmón

Nació en el kibutz Ein Jarod; es hija de padres que inmigraron a la tierra de Israel en la segunda década del corriente siglo. Su padre participó en la legendaria defensa de Tel-Jai en la Galilea en 1920. Siendo niña se estableció con sus padres en Tel Aviv, donde se educó. Participó en la guerra de Independencia como radiotelegrafista en las filas de la División del Negev del "Hapalmaj", tomando parte en las batallas de Beersheba y Eilat. Al concluir la guerra, cursó sus estudios de literatura hebrea y Biblia en la Universidad Hebrea de Jerusalem. Posteriormente vivió cinco años en Londres y dos años en Suiza. Al regresar, se estableció con su familia en Tel Aviv, donde radica hoy en día. Cursó sus estudios en la Escuela de Biblioteconomía en la Universidad Hebrea de Jerusalem. Al concluir éstos, fue directora de diversas bibliotecas y es miembro de la Comisión de Bibliotecas de la Secretaría de Educación y Cultura en Israel. En los setenta, fue invitada por varias universidades de Inglaterra y los Estados Unidos de América, donde dictó conferencias. Asimismo, fue escritora invitada en la Universidad de Tel Aviv en el año de 1975. Actualmente dirige un taller de creación literaria en la Universidad de Tel Aviv. Es miembro del Comité Israelí del PEN, club internacional, así como del Comité Central de la Asociación de Escritores Hebreos.

Su primer cuento fue publicado en 1956 en *Masá*, editado por Aharón Megued. Pero no fue sino hasta 10 años después cuando se publicó su recopilación de 18 cuentos titulada *Bajo un techo*, la cual provocó gran admiración. En 1964 obtuvo, uno de sus cuentos, el premio de la revista *Amot* y un año después fue electa "Escritora del año" por la revista *Bamajané*. La recopilación de los cuentos la hizo acreedora al premio Steinberg de Zurich en 1967. Los cuentos se destacan por su carácter lírico-simbólico y por su estilo rico y singular. Algunos se enfocan en momentos de cimas vivenciales y otros, teniendo carácter más realista, presentan el desarrollo de relaciones en el transcurso del tiempo, entre miembros de familia o entre el individuo y la sociedad. Sin embargo, lo fundamental en todos éstos, es la intensa actividad psicológica interna, la cual es transmitida indirectamente y por medio de una trama episódica. Los protagonistas, son en su mayoría mujeres pasivas e introvertidas que aspiran al contacto humano y significativo con otro ser, de preferencia por medio del amor, y aun cuando el trasfondo parece social o nacional, se presenta desde el punto de vista subjetivo-lírico. Aún más, los detalles del mundo presentado se convierten en símbolos de esencias abstractas, de modos existenciales. El tema central es el contraste entre lo que se vive intensamente, que se

logra al establecer un contacto humano, que en cada cuento tiene otro significado simbólico, y entre la banalidad y la rutina sin sentido y de la casi imposibilidad de llegar a la autorrealización vivencial por la propia naturaleza de las esencias. Así es, por ejemplo, la relación entre la existencia terrenal y la material, donde domina la sexualidad y el anonimato, pero en la cual puede darse una comunicación humana, y la existencia espiritual pura y elevada, que obstruye las relaciones humanas

En 1971, reaparecen los cuentos y se publica su primera novela titulada *Y la luna en el valle de Ayalón*, la cual obtuvo el premio ACUM para manuscritos en 1969. En la novela se profundizan los temas anteriores, introduciendo como tema central las relaciones entre la ficción y la realidad, desarrollándose así el carácter simbólico de la obra. En el mismo año obtuvo el premio del Primer Ministro a la Literatura. Posteriormente publicó un monodrama titulado *En forma grande* (1976) y un tríptico compuesto de cuentos bajo el título *Campos magnéticos*, ampliando así su búsqueda de nuevas formas literarias y estilísticas (1977). En 1980 se publicó *Altas columnas*, compuesto por dos cuentos, el cual hizo a la escritora acreedora del premio del Primer Ministro a la Literatura, por segunda vez. En 1984, apareció su libro de cuentos *Arriba en Montífar*; nombre de un cuento histórico-simbólico incluido en este libro, el cual narra la historia de una joven prisionera en una época indefinida, aparentemente en la Edad Media. El libro obtuvo el premio Brenner a la Literatura en 1985. Asimismo, publicó artículos sobre literatura israelí y unos ensayos sobre el tema "ser una mujer escritora". Algunas de sus obras han sido traducidas en varios idiomas, y algunos cuentos al español.

NEIMA SASÓN ESCRIBE VERSOS

¿Saben las lágrimas quién las vierte?
¿Saben los corazones quién los remueve?
Remuévelos su luz dentro de la gleba,
y la gleba ignora lo que lleva dentro.

(Yehudá Haleví)

El maestro, señor Havdalá, dijo,

entre otras cosas:

—La alumna Neima Sasón nos ha causado una gran alegría con su hermosa poesía “Mi maestro querido”, que aparece en lugar destacado, en el último número del periódico mural de nuestra escuela.

Toda nuestra escuela, la escuela “Ohel Sara”, leerá la poesía.

Subimos en fila a las aulas. Paso frente al maestro Iejezquel que está de pie junto a la directora. No sé de qué están hablando. Lo escuché decir con esa voz tan suya, una voz vibrante pese a ser cascada, como la voz de Louis Armstrong, “Nada más fácil”, y ella que contesta “Haz la prueba” y él que le replica “¿Qué quieres que haga, que me ponga a bailar en un pie?”, y ella que responde, “Mira quién habla”, escucho que le hablan así y me desgarro.

El maestro Iejezquel, el tutor de nuestra clase. Hemos aprendido que no se alegre el hombre entre quienes lloran, ni llore entre quienes se alegran; no vele entre los durmientes ni duerma entre los despiertos, etc.; y el maestro Iejezquel en cambio se pasa el día entero sentado junto a la mesa que se alza sobre la pequeña tarima, delante de la pizarra, sin levantar los ojos de sus fojas, libros y registros. El recreo de la comida. ¿Cómo, por un minuto, es posible soñar? De casualidad —¿acaso, de casualidad?, distraídamente—, ¿acaso distraídamente? —nuevamente se volvió hacia mí por un instante. Los ojos verdes se posaron en mí. Y bien, no pude resistir. Me acerqué. El sol brilla a través de la ventana. Yo tengo puesto el nuevo vestido veraniego en el que de-

posité mis esperanzas. El maestro Ijezquel se encuentra ya inmóvil en su asiento, como quien trata de trocar el mal humor por la paciencia. Y en actitud de quien espera el golpe —me dije para mi capote, y supe una vez más que todo está perdido. Pasé delante suyo sin detenerme, sacudí los carozos de las ciruelas azules en el cesto de los papeles y el maestro Ijezquel, allá en su asiento, extrajo un emparedado de su envoltorio y se puso a comer; y yo lo contemplo, a través de él veo a un doncel ricamente vestido y débil de voluntad, como un príncipe de ballet, con perfil de Ivor Novelo. Y sé, tampoco es eso, sino: eres un hombre duro, pero con una delicadeza excepcional. Y yo soy una niña tonta. Enferma todo el año. Que padece de algo como una resolución ciega, digamos, de una especie de catarro. Catarro con alta temperatura. Y no quiero curarme. Y nuevamente soy incapaz de decidir. Y nuevamente no estoy alegre. No estoy alegre. Y no soy inteligente, nada inteligente. Y por ti viajo todos los días en el autobús que no corresponde.

Dos veces no hubo asiento, sino a su lado. Me senté a su lado.

Se levantó en la primera parada. Cedió su asiento a una señora no joven, pero la piel rugosa de su escote y brazos despierta simpatía por su tostado. Se sentó, abrió su bolso. Extrajo un paquete de cigarrillos. Encendió una cerilla con gesto varonil, de esas cerillas de mala calidad cuya cabeza se desprende al encenderse, se remonta en un arco y retorna para hacer un agujero en los pantalones. Desde entonces, empero, cada vez que la veo no le quito los ojos de encima, con el fin de revivir el episodio.

Volvi la cabeza hacia él. El maestro Ijezquel está de pie, sosteniéndose de la anilla de cuero que pende de la vara horizontal del techo. La gente ve: rostro de luna morena, ojos verdes, más claros que el rostro. Y lo que la gente no puede imaginar, es el potencial de fuerza que ese mozo alberga. Sólo que es como un campeón de boxeo que se domina para no tocar una mosca.

—Deje que le tenga el cartapacio— traté de proponerle, tartamudeando. El maestro Ijezquel colocó el cartapacio en el suelo, entre los zapatos, apostado ante mí, y el aire entre nosotros tembló.

Y otra vez, pero para entonces ya no hablaba conmigo.

Delante nuestro estaba sentado el maestro señor Havdalá, a quien las niñas llaman a sus espaldas Abdullah, y en quien veo a Hilel el anciano, adalid de Israel, su imagen y semejanza. Junto al señor Havdalá un hombre erecto, que parecía dormido en su asiento, leía el diario que tenía delante. El señor Havdalá se volvió hacia mí, en actitud condescendiente, y conversó conmigo todo el camino.

—Es una suerte que tengas el pelo crespo —dijo—. No necesitas peinarte. Más tarde:

—¿Qué haces al llegar a casa?

—Nada. Leo.

—Lees. ¿Qué lees?

—Nada. Los libros de papá.

—¿Qué hay de nuevo con papá?

—Nada. Está enfermo.

—¿Y qué piensas hacer?

—Nada. Estamos vendiendo el negocio.

—¿Y cuáles son tus planes, joven dama?

—Estudiar.

Durante toda esa conversación el maestro Iejezquel miraba por la ventana hacia afuera. Al llegar a su parada me atreví y me decidí a obrar: me levanté y bajé.

El maestro Iejezquel se quedó sentado y no bajó.

De pie en la acera, veo al señor Havdalá bostezar, y en el bostezo su rostro recobra su expresión infantil. El hombre que duerme sigue durmiendo sentado. Pero el maestro Iejezquel ya no mira hacia afuera.

Sigue hasta la otra parada. Sin duda ahora empezará, a viajar a su casa de verdad, intenté, sin éxito, solazarme con la esperanza. Y pensé, vendrá a su casa. Se pondrá ropa cómoda. Pantuflas. Su mujer en su silla junto a la ventana. A veces paso y la veo. De mayor edad que él. Tiene un perro. Y es menuda, frágil, con una boca pintada de rosado, sólo su cuello es viejo; sentada y mirando a la calle, media ventana ella, media ventana el visillo. Con un diseño de encaje muy intrincado, que mirando bien se puede ver entre las redes y flecos formas de pájaros volando como murciélagos o aves del paraíso en pie. Y debajo de su casa hay un taller de bordado, calado y plisado. Una vez la vi salir de una zapatería; tenía sobre el pecho un medallón con un retrato. ¿El retrato del maestro Iejezquel? ¿El retrato de un perro? Ahora seguramente se levantará de su silla e irá a ponerse, en honor del maestro Iejezquel, su medallón. Sólo quedará el visillo.

Y yo, en cambio, estoy aquí de pie. El cielo espejante fluye sobre la ciudad como un piélago de agua. Más claro que en cualquier otro momento del día. La plaza Sión es como el fondo de un mar sereno y de una transparencia sin par. Civiles, soldados. Sobre la hora vespertina disparan las luces de los anuncios alegres relámpagos: ¿llegaste bien a tu casa, maestro Iejezquel? Merecerías quebrarte una pierna en el camino, maestro Iejezquel. Sucédense el colorido de los semáforos. En los vehículos fugitivos, las luces traseras semejan refulgentes piedras preciosas. Extraño. ¿Cómo es posible todo ese movimiento dentro del agua? Sólo en mí el peso del mar transparente me oprime el corazón, me agarrota la garganta: “¿Cansada, Neima Sasón? —me dijo cierta vez—. Tantas faltas en un sólo problema de aritmética. El mes de julio en memoria de Julio César.” Todas las claridades del mundo estaban en su maravillosa voz quebrada, en su mirada. Con la insistencia y la súplica, la desesperanza. Que es también un pacto. La esperanza, ya no sabía si ella existía. Ahora ya ansiaba saber sólo eso.

Mujeres manejando coches. Tienen mandíbulas hermosas, cuellos inclinados, todas lucen una gracia dura, egoísta y pulida. Pasó un automóvil grande de embajada con chofer de uniforme, conduciendo a un niño solitario. Y las luces en la rotonda, en lo alto de la calle Ben Yehuda, en la continuación

de la calle Yaffo, como metrópolis y urbes marítimas que jamás existieron, brillan en el crepúsculo siete veces más, en hilos de ámbar titilantes, antorchas y centellas de extraño rojo de deleite de fascinaciones idólatras, de éxito y riquezas, que se licuan en un río rojo y anaranjado vivo de azufre y de polvo de oro, verde vibrante, blancura de zafiros del color del hielo terrible, azul y azul-violeta oscuro, siguieron dando cuenta de la fuerza de los mundos rojos, verdes, azules, hacia los cuales no hay sino que hallar el camino. Y tal vez todo eso no sea en serio, sólo para destacar la brevedad transitoria del atardecer perlado que se aproxima a su agonía, que es como una hoja delicada, con coloridas nervaduras en líneas tenues, la primera del otoño en caer, que planea largamente como una mariposa. La noche, que desde entonces hasta la eternidad no habrá nada comparable en el grado de suavidad, de limpidez, de esencia, de angustia. Y el círculo embrujado: he obrado, la disposición a la ofrenda, la ofrenda que nadie aceptó. ¿Por qué nunca me reprocha mi travesura? Tal vez no haya encontrado todavía las palabras. Tal vez el freno natural: ¿quién eres tú, qué eres tú para dar órdenes al prójimo? Tal vez, falta de valor, la esperanza de que todo se arreglará por sí mismo. Tal vez no tenga coraje para hacerme cosa semejante. Tal vez piense en sí mismo y tema perderme. Pero dentro de mí, sabía: nada de todo eso. Sólo eso: hay personas que, sin propónerselo, son una tea para mostrar el camino.

Después de aquella tarde, ponía atención de no sentarse junto a mí. No me examina. No me mira. Qué más le queda para rehusarme, me pregunté.

Y ya estamos a fin del curso. Los últimos días. Días como moscas de invierno exhaustas, que pueden ser tocadas en su vuelo. Estrépito y algarabía de las muchachas, como de costumbre. Las tapas de los pupitres se alzan y caen ruidosamente. Los bancos se desplazan de su sitio. Empero, en el aire hay un veneno lento, como si las paredes estuvieran untadas de arsénico. Y en la monotonía amaestrada, hay algo nuevo. Como vapores de amoníaco que se fueran esparciendo: últimos días. Algo se debilita. Y las muchachas, de pronto tan crecidas dentro de sus anfiados delantales azules, se escriben unas a otras recordaciones en los álbumes de memorias. Se preparan juntas para los exámenes finales que se aproximan. Se reúnen en las noches de viernes en casa de una o de la otra y salen de paseo en grupo, abrazadas, bordando juntas en alta voz sus sueños para el futuro.

Todo eso no me atañe. Yo me porto con cuidado. Todas mis noches para el maestro Iejezquel reservo. Me siento a la mesa de hierro de la terraza del fondo de casa de mis padres. Por la noche, las hojas de eucaliptus como laminillas de hojalata. En el seco aroma del pino que se inclina hacia nosotros desde el patio vecino con una mezcla perfumada, indefinida, excitante como un manjar de gusto fresco. Del otro lado del cerco un despeñadero de piedras y rocas. Las noches son tibias. En el barrio que se extiende en la ladera de la montaña, allende el valle, ladran los perros. Sus luces son como agujeros practicados para mirar por ellos el fuego debajo de la fina cáscara terráquea. El maestro Iejezquel no viene. Nunca viene. Me acerco a la verja. Entre cielo y

tierra comienza a ascender un maestro Ijezquel distinto. Lleno de ojos, envuelto en túnica llamarada. Y noche a noche, leyendo las letras tremendas escritas en la diadema sobre su frente mi corazón flaquea, y sé que al momento caeré sobre el rostro, desmayada. El maestro Ijezquel desaparece detrás de la cortina del cielo. Llegó al lugar donde la alabanza es pan de los muertos. La melancolía su agua. Los riachuelos su angustia, con la pobreza y el dolor flotando sobre ellos como miles de hojas grandes, sus fronteras. Todo eso yo, Neima Sasón, lo escribí en mi cuaderno de versos, del cual envié para el periódico de la escuela la poesía "Mi maestro querido".

Pero a la luz del día, con ojos consumidos, estoy como balbuceando para mí misma el día entero. Y todo el día se mantuvieron a la distancia. Esta vez es un maestro Ijezquel de carne y hueso. Allá, en su sitio. Como en el sueño; viene, se sienta, con el timbre se levanta, se va, con el timbre viene, se sienta. Se mueve con la certeza del sonámbulo, con la sorprendente seguridad del alga arrasada por la corriente. Hace rato que ya no sé en qué mundo vivo. El maestro Ijezquel viene, se para junto a mi pupitre:

—Neima Sasón, estamos en el aula después del timbre. Fin de la clase —y se dispone a regresar.

—Maestro Ijezquel —dije en voz alta, humillándome por millonésima vez, pero la primera desde hace semanas. —Quiero contarle algo. Ayer me sucedió una cosa singular.

Acodado sobre el borde de la ventana, su otro brazo aprieta el hombro de su compañero. El maestro Ijezquel permanece de pie, como contemplando el marco de la ventana, o de la red eléctrica al descubierto pintada con el color de las paredes. O las montañas, montañas de neblina al caer la tarde, cual restos de señales de alta marea estampada la una sobre la otra. Y un camino lejano serpentea y sube en la niebla, como si ascendiera al seno del porvenir.

Pero Alfandari el bedel se acerca a pedir las llaves. El maestro Ijezquel no se queda a escuchar lo que me sucedió ayer.

El maestro Ijezquel no vuelve. Allá, junto a su mesa, se agacha en posición de rana. La camisa celeste se estira sobre su espalda y el cinturón parece a punto de romperse, mientras él coloca un trozo de papel doblado debajo de una de las patas de la mesa, en un intento de equilibrarla. Y por alguna razón, tan joven, tan apuesto, lo que en él se hiende y aplasta. El cachorro de fiera que cargó sobre mi corazón tantos días, con sus uñas en mi carne, ansía restregarse y tira de las riendas.

Un último intento: fui a pararme junto a él.

El maestro Ijezquel sigue examinando tranquilamente la estabilidad de su mesa. Emigra a tus montañas, pájaro. Pero en vez:

—Ayer iba por la calle —digo con labios que parecen tantear sobre la figura absorta intencionadamente en su ocupación vana.

El maestro Ijezquel apoya su palma sobre la mesa, se yergue y permanece erguido, sin expresión. Pero la ilusión tiene un engañoso gusto dulce:

—Iba por la calle —repito, y al no verme estimulada no sé como seguir— ,

una mujer de aspecto descuidado, con la cabeza rapada donde el pelo empezaba a brotar, su vestido harapos y los labios muy hinchados, se volvió hacia dos pequeños y éstos se espantaron. “Estoy loca —les dijo, como haciendo un descubrimiento—. También ella está loca” y me señaló a mí y yo me estremecí. Me pregunté cómo lo sabía. En realidad, en mi ser íntimo se lo pregunté a usted. Porque estaba la urgencia, la sensación de que era la continuación directa de algo cuyo orden fue trastocado. Cómo vivo yo, sólo para que tú me veas y tú no quieres verme, quise decir y no dije. “O tal vez todo era imaginación”.

—¿Imaginación? ¿Qué era imaginación, pequeña?

—Me pregunta usted qué era imaginación. Señal de que no era sino imaginación —mis fuerzas me abandonaron.

Y así pudo haber terminado el año escolar:

El maestro Ijezquel se sostiene de las alas de su mesa, su rostro es el de un enemigo: “Pregunté qué era imaginación para esquivarme. No es imaginación” —dice, y yo lo observo, golpeada por el rayo.

Desde aquel día el maestro Ijezquel se comporta como si mi sitio en el aula estuviese vacío.

No se me hubiera ocurrido, ni en sueños, contarle en palabras acerca de mi poesía “Mi maestro querido”, de no ser por lo que pasó. Durante la lección estaba yo sentada, aburrida, en mi asiento, sola en el último banco. “Rabí Saadia Gaón era un hombre inflexible, y su vida no fue fácil”, decía allá el maestro Ijezquel. Para entretener mi ocio trato de dibujar los rasgos de su cara, las orejas que parece que no estuvieran pegadas en el lugar que les corresponde, los ojos verdes hermosos, claros, con un círculo más oscuro en torno a la córnea. Trato de robárselos, sin éxito. Desespero y desisto. Pero para que no haya lugar a dudas, escribo a la cabeza de la página “El maestro Ijezquel”, y no reparé en que la lección terminó. Y no reparé en que el maestro Ijezquel vino a pararse a mi lado.

—Neima Sasón, estamos en el aula después del timbre. Fin de la clase.

Muchos días no había hablado conmigo. Y ahora hablaba con calma, apoyado en mi asiento y mi pupitre, un poco inclinado, examinando mi cuaderno. Me apresuré a colocar mis dos manos sobre el dibujo del que era ahora. Pero el maestro Ijezquel se irguió, extendió la mano para levantar el cuaderno y mis manos se desprendieron flojamente, y entonces, toda conmovida —y sólo porque estaba conmovida—, sin saber para qué y por qué, dije:

—Envié una poesía al periódico de la escuela.

El maestro Ijezquel siguió contemplando el dibujo y dijo sin interesarse en su propia pregunta:

—¿La aceptaron?

—La poesía le gustó al señor Havdalá. También la directora me detuvo y la elogió. Pero, maestro, el mérito no es mío. Tenía un tema muy especial. El título de la poesía es “Mi maestro querido”.

El maestro Ijezquel dejó de inmediato mi cuaderno, regresó a su mesa para recoger sus folios, libros y registros sin levantar la cabeza.

—Y si tiene oportunidad de leer la poesía —vine tras él y le dije en un susurro— verá que se equivoca con respecto a mí.

No sé si el susurro mismo lo conmovió, en realidad no sé cuál fue su intención cuando respondió:

—Tal vez seas tú la equivocada.

—Ojalá —susurré, mientras él recogía su cartapacio y salía a escape.

El pesado portón de hierro de nuestra escuela. Un portón con umbral y dos arcos inclinados y en cada uno de ellos, calado en el hierro, el versículo “Porque tu Ley es mi deleite”, cubriendo una Estrella de David. Los clavos de las puertas son flores con enormes pétalos. Las puertas ostentan vigas acanalladas y claveteadas, y una especie de gancho, en forma de puño, para llamar. Una de las puertas, créase o no, tiene un pequeño portillo y sobre éste una mirilla, como un juguete de una clueca que tiene adentro otra clueca y dentro de ésta un huevo. Estábamos los dos de pie al día siguiente, era un viernes, en la parada del autobús junto al portón de hierro. El maestro Ijezquel no sabía: lo veo salir, con su andar que tiene algo del andar marinero, y yo concentré mis fuerzas y me dispuse a salir con él. Esta vez asumió el maestro Ijezquel el rostro del que espera impacientemente la llegada del autobús; se golpeaba suavemente las rodillas con su cartapacio, pero algo como una nube flotaba en torno a las comisuras de su boca. Acaso se contagió de mí. Yo estaba embrujada y mi corazón latía tanto:

—Maestro —le dije—, desde el día de ayer no hago sino hablarle de tontearías, de las cuales no puedo menos que arrepentirme. Ahora quiero hacer una pregunta. Una sola. Dígame, dígame la verdad. —Y traje a flor de labios la suposición por la cual me atormento durante las clases y en mi lecho por las noches: el maestro Ijezquel ya no piensa en mí, el maestro Ijezquel piensa en Bat Sheva. (Se ocupa con tanto cuidado de ella. Bat Sheva es oscura como un demonio. Pensamiento absurdo. Si yo no quise ahora hablar de Bat Sheva.)

El maestro Ijezquel estaba bastante sorprendido:

—Vaya novedad. ¿Bat Sheva Jaiún? ¿Por qué Bat Sheva Jaiún, precisamente? ¿Qué sorpresa! Como si las cosas no fueran suficientemente complicadas sin eso. Ninguna preferencia, ni por Bat Sheva Jaiún, ni por nadie más. Que quede claramente sentado: ninguna preferencia por nadie más.

—Por qué Bat Sheva Jaiún. Por lo visto estoy viendo ya visiones, imaginaciones mías —suspiré y el maestro Ijezquel me echó una mirada rápida, pero yo proseguí—. Otra de mis alucinaciones favoritas: por regla general, yo sé que usted es como todos, pero, a veces, y ésta es la alucinación, me parece que es distinto. Diferente, único en su especie. Otra pregunta, una sola. Maestro Ijezquel, dígame, de verdad es un hombre único en su especie.

Las últimas muchachas pasaban delante nuestro: “Ayer estuve en el cine. De repente, un tigre. Ve a Jane. Jane comienza: ‘dios es mi pastor, nada me faltará. En lugares de delicados pastos me hará yacer; junto a aguas de reposo me apacentará’. De repente, Tarzán. Salta de la copa del árbol, se monta sobre el tigre y lo estrangula. Jane coloca la mano sobre el tigre muerto y dice: ‘este

abrigo de piel'. Tarzán dice: 'abrigo, ¿qué es eso?' Jane dice, 'nada, un adorno de salvajes'. Tarzán dice..."

Como de costumbre, el maestro Iejezquel ya está decidido antes de constatar.

—No creo que yo sea un hombre único. Pero cada cual es único para sí mismo. De modo que estoy descartado como testigo.

¿Cuál es el embrujo que se posa sobre nosotros en ese instante? Como la pura luz de la luna, va ascendiendo y vigorizándose. Como un escudo de benevolencia nos envuelve la generosidad, la conciliación. El corazón descansa de su ira. Convirtiéndose en nutrición de sanidad. Y por un momento, hasta yo me acerqué al secreto que convierte al débil en fuerte.

Un harapiezo hace sonar un triángulo trunco de pizarra. Diminutas cornetas de feria del dios Pan. Pasó, metiendo el instrumento en el bolsillo para levantar del borde de la acera una colilla y ponérsela en la boca, lo que presta a su rostro una expresión adulta. Vimos desde lejos el autobús balanceándose y descendiendo hacia nosotros. Dije:

—Maestro, preferencia o no preferencia, para mí siempre será, ¿cómo decirlo? Alguien incomparable. Qué feliz me siento en saber que en el mundo existe alguien como usted. No sé cómo decirlo de viva voz. Por eso traté de expresarlo por escrito.

Hasta ese momento no supe si entregarle el cuaderno de versos que le traje. Ahora apoyé mi portalibros contra el portón de la escuela, entre los dos bandos idénticos, dispuestos en grupos tupidos de líneas, como el muestrario de letras del impresor, todos los tipos, todos los tamaños, escrito para que resuene en todo oído y para anatema: "Sus casas están llenas de riquezas, soberbia y esplendor, pero sobre sus cuerpos bailará el ratón." Traté de abrir las hebillas pero no pude. Avergonzada de que lo estuviera viendo, mis manos temblaban. El maestro Iejezquel sonrió, una sonrisa breve, seguro de que mi intención era extraer el monedero, colocó su cartapacio entre los zapatos y me ayudó a abrir el portalibros. Acción en equipo, como dos personas con un propósito común. Pero yo extraje el cuaderno, se lo alargué, y no miré su rostro.

Un padre de regreso al hogar descendió del autobús y se quedó lívido al ver a su pequeño hijo correr a su encuentro, exhibiendo un pecho rayado, punteado y manchado con lapicero a bolilla, mientras señalaba orgulloso: "Un tatuaje". Dejé al maestro Iejezquel y me dispuse a irme a pie. Los chiquillos se desbandaron ante la presencia del autobús hacia las aceras, dejando abandonados a su suerte los castillos de polvo sobre terrazas de cajas de cerillas, las banderas de carozos de dátiles y los senderillos de trozos de madera puestos en zigzag. Un chiquilín dentro de un cajón estaba convencido de que era un automóvil, y sus labios trabajaban con la rapidez de las alas de un ventilador. Otro hacía rodar un aro, corría tras él. Una joven novia con medias blancas, mangas hasta el codo, el pelo recogido en un pañuelo, una cesta al brazo, pasó, el rostro pecoso sobre un fondo lechoso. Una niña llevaba sobre la cabeza una enorme bandeja con dos panes, y todo tipo de masas, camino al horno de la

panadería. Se volvió para cortar camino, cruzó un baldío donde sólo había cimientos abandonados, un cartel que anunciaba la próxima construcción de una “yeshivá” y montones de basura. Sobre el poste de un kiosco había un diario adherido con una chinche y un hombre que bebía un zumo leía en él de pie. Por encima del diario un anuncio sobre palabras de recordación amargas y de exaltación que alguien pronunciaría a las ocho horas en Europa al cumplirse 30 días de la muerte de alguien que era maestro ilustre y venerado... Un cartel: “Helados para toda la familia, casata en paquetes para llevar a casa”, y sobre el mostrador de mármol el grabado de una sandía roja, cortada. Junto al cartel, como su reflejo, una sandía roja cortada. Detrás mío, una conversación: “Lo encontré en la calle, me dijo: ‘qué es eso, ya andas con la cabeza descubierta’, le respondí ‘muéstrame dónde está escrito que es obligatorio ir con la cabeza cubierta’. Me gritó, ‘caraíta’. En el patio los niños gritan, regocijados: ‘la va-ca—se fu-ga’. Y una voz infantil plañe: ‘yo no soy vaca’.”

Salchichas con solomillos, bifes empanizados, ensalada de papas y sopa de remolachas en sendas fuentes dentro del refrigerador proveída de la vitrina. Un cartelito con una flecha, hacia la casa de baños. Un cartel grande con una flecha, hacia la sociedad de la Caja de Rabí Meir de los Milagros. Una verdulería. Cajones en la acera. Hojas de espinaca. Olor de plátanos demasiado maduros en el que se mezcla el gusto de vainilla. Olor de melón amarillo y guayabas que huelen como sudor. Una mujer rechoncha con una bolsa de papel castaña conteniendo peras, cuenta su dinero hablándose a sí misma, con algo de malicia. De pronto, obreros que trituran la calzada con un martillo neumático. Sus músculos se estremecen como en una convulsión. Repentinamente se interrumpen. Unos hombres conducen una carga y se nota que la carga es preciosa: un arca sagrada. “Y bien, has de saber que el límite entre la tribu de Benjamín y la tribu de Judá pasaba por la calle Yaffo” —dice enfáticamente un teniente primero a otro teniente primero— “es decir, la calle del Rey David, el centro de Rejavia, los edificios de Bezalel, Masqueret Moshé, el mercado de Majaná Yehudá y la calle de Yaffo hasta Mei Neftoaj. Romema es el punto más alto. El pabellón nacional, la posición del décimo batallón romano.” Tras la ventana enrejada una estancia misteriosa, que podría ser una funeraria, con un reloj de pared barnizado de negro, con letras hebreas en vez de cifras y un péndulo de cobre.

Laberinto de nidos humanos; debajo, en el centro, arriba. La mayor parte con particiones de madera, con tramos de peldaño por fuera, empinados como escaleras de mano. Sartenes pulidas puestas a secar sobre el antepecho de la ventana. Tomates verdes y duros puestos en hilera sobre el antepecho de la ventana. Un visillo almidonado recogido en una cinta celeste. En la oscuridad del corredor arde el ojo rojo de un tanque eléctrico. Dintel con tiesto, como una fuente colgada que rebosa hojas violáceas. Sobre un diván junto a la pared una mujer recostada, potes de medicinas y un vaso con una cucharilla sobre el receptor de radio a su lado, una puerta del armario de ropa no está bien cerrada y la niña que prepara sus lecciones junto a la mesa se echa el pelo detrás de

la oreja. Sobre un banco frente a un vano la hermana mayor alimenta a un chicuelo, que alarga los labios como un polluelo, y he aquí una sinagoga de yemenitas en el sótano: alfombras listadas, escaños, almohadas, un anciano dormitando, un trocito de papel sobre su labio partido, y un niño pequeño debajo de una lámpara de hojalata calada y agujereada aguarda con paciencia infinita.

Y yo pensé: toma una calle, agrégale una pizca. Acaso sólo a impulsos de la visión de lo ansiado, las cosas ocultas, que no aspiran a grandezas, pasan de la posibilidad a la realización. Yo soy su expiación. Y pensé: vida misericordiosa. Apenas una montaña. Con judíos pululantes; como hormigas que entran y salen, hacen sus casas en las entrañas de la tierra, pero cada uno de ellos sabe: como ciudad bien unida, en Jerusalem estoy. ¡Qué sensación única, prodigiosa, selecta! Más cerca que nadie de algo como un centro. Qué inmenso el privilegio. Cada cual en su corazón el milagro siente. Pero yo, cuando sea grande, con la ayuda de Dios, sabré expresar el milagro por escrito, todos los milagros. Es forzoso, de otro modo, mi vida no es vida.

El domingo vine temprano a la escuela.

Mientras cruzaba el pórtico abovedado, ancho, con la placa de mármol en eterna memoria de la santa benefactora señora Estela Assa bendita entre las mujeres de la tierra que fundó y levantó esa casa monumento por el alma de su santa madre señora Sara que murió en el terremoto de Esmirna, y he aquí al maestro Iejezquel en el final del corredor, viniendo de la entrada lateral.

En cuanto me vio, se volvió hacia el pasillo. Y no apareció hasta que tocó el timbre. Tal vez tuviera un asunto que atender allí.

Fin de la clase. Cada una de las muchachas ya invirtió su asiento sobre el pupitre. Todas se fueron.

—Maestro. A propósito de los versos. Perdóneme, no sabía. Por la mañana estaba usted, así, aturdido.

El maestro Iejezquel se volvió para mirarme y guardó silencio. Y como si contara para sí hasta diez, dijo, con aire de actor que ensayó su parte:

—Los versos, empecé a leerlos. Leí unas dos hojas. Y me quedé dormido. Se levantó y salió.

No estoy aquí —dije para mis adentros. Estoy en el camino lejano que serpentea allá en las montañas. Una poza como un lago gris, del color de la hoja de olivo. Piedras a la vera del camino. Grietas en el tronco. Olivos: delgadas franjas de tierra al pie de la montaña, surcos estrechos, en hileras aradas de líneas que se redondean. Cercos bajos de túmulos de piedras. Pesados racimos de uvas negras abultándose en el seno de las hojas, de esmeralda extendidas, que se aferran al alambre de púas. Una morera. Oscuros pinos. Y ya es otoño. El aire está saturado, brillante. Los objetos tienen un resplandor de plata. En la línea del horizonte una hilera de pinos ancianos, desgrefñados. Algunos, inclinados. Sus copas rozan el cielo. En los valles proliferan los campos removidos. Yo no veré la espiga empinándose, yo no volveré por ese camino. No volveré a ver Jerusalem. El camino serpentea y sube, y ya los cielos se

muestran grises con rasgados velos desplegados de rojo y gris muy oscuro. Como de pie sobre escaleras rodantes me acerco a la ciudad. En el extremo de la calle se celebra el ocaso. La gente va para allá. La gente viene de allá, como si vinieran de una conflagración. Yo me deslizo a lo largo del borde de la acera, las manos sobre el corazón, como una doliente. Gradualmente se fue iluminando todo el cielo: derramó sobre la tierra un resplandor reflejo de sangre. Resplandor de los días postreros. Por un largo tiempo el resplandor se comprime. Hiriendo y magullándolo, acuchillaron el resplandor rojizo las hileras de agujas de luces de los faroles callejeros, ordenados a distancias iguales, como una serpiente ondulante de luz. Hasta que no quedaron sino los corceles de nube, alzados en dos patas, sobre el horizonte color de naranja. Los rostros de la gente ya parecen envueltos en vendas, que ocultan los ojos que osaron ver. Y ya no hay gente. El camino llegó a la lluvia, al granizo. Sólo caballos de tinieblas, caballos de sombra, caballos de oscuridad, caballos de granizo, caballos de hierro, caballos de niebla. El camino atravesó el invierno. Emergió y llegó a los puentes. Mediodía, y llamaradas se alzan entre puente y puente, con humo espeso y ceniza de brasa esparcida. Mis manos están sobre mis ojos.

—De casualidad —¿en verdad de casualidad?

—Distracción —¿en verdad distracción?

Allí está el maestro Iejezquel, comiendo su emparedado. Parte de su cabello está peinado desde esta mañana hacia el lado que no corresponde, como si se hubiera disfrazado de uno de los pioneros de América. Y en la novedad hay una frescura inesperada, conmovedora, el hermoso hueso de la mejilla, el mentón, como si se esculpieran nuevamente.

Una alumna se acercó a él con su libro, declarando: “Esto no se entiende.” Tomó el lápiz, señaló un párrafo anterior: “¿Aquí, se entiende? Lee, si se entiende.” La paciencia. La lejanía por la que es imposible abrir una brecha hacia él. Apartado de todo, obedeciendo sólo órdenes milagrosas, secretas, ¿cómo me atreví hacer de tripas corazón y decirle, ruborosa y perdida, hace siglos: “Maestro, dígame a su peluquero que la próxima vez lo haga mejor.” Y él pasó, turbado, su mano por la nuca rasurada y sonrió su pequeña sonrisa. Hace siglos. Cuando todavía era capaz de decir, mientras pasaba entre los bancos y veía el grandioso castillo dibujado en el margen de mi cuaderno: “Barrio distinguido, tres amplias habitaciones, cómodas cuotas.”

Terminé de sacudir los huesos de ciruelas. Torné a mi lugar. Desde el patio vino el sonido de las voces de las niñas más pequeñas, contando mientras saltan la cuerda. Al aula entró Bat Sheva, empezó a secretarse con las muchachas. Mi corazón se derrite: mis versos. Los rostros color castaña, melocotón y durazno recorren, examinan, crueles. Ahora se me ocurre que la directora me estuvo hablando con gran compasión, como a un enfermo. Y esta mañana, estando ella de pie junto al maestro Iejezquel, pasé yo y la directora me miró a mí y al maestro Iejezquel, a mí y al maestro Iejezquel. Sólo el señor Havdalá es ciego para los colores. Doblé mi servilleta. “No, no es un árbol con lombri- ces —respondía a alguien el maestro Iejezquel, con su tono indiferente— es

una caoba. ” “¿Caoba?” “Una especie de árbol, rojo”. “¿Por qué caoba, precisamente?” “No sé. Él es el escritor, y escribe lo que quiere. ” Y después: “Para nosotros, lo único que interesa es la idea”

En el corredor me encontré con el bueno del señor Havdalá. El señor Havdalá posa su mano sobre mi cabeza: “Es preciso enviar, lo enviaremos, si Dios quiere, el poema, al periódico *La Voz del Shofar* —y le dice orgullosamente a alguien, por encima de mi hombro— “Toda la sala de maestros comenta: Nuestra Neima Sasón tiene pasta de poeta.” Ahora veo quién se acerca del otro lado de mi hombro: es el maestro Iejezquel. El maestro Iejezquel no respondió. Pasó y se fue.

En cuanto el señor Havdalá me dejó, me apresuré:

—Maestro, quiero hablarle.

El maestro Iejezquel meneó la cabeza negativamente. Y sin dejar de andar, rió y dijo alegremente, perturbado y con un movimiento de brazos, contra su costumbre:

—¡Qué mañana incomparable!

—Qué importancia tiene, maestro —imploré— . Mire usted. En este momento cuando reía, moviendo las manos, no lo reconocí. Era igual que Bat Sheva y las otras muchachas. Como alguien a quien le ponen delante una lámina, digamos, de una escultura de Venus, y él se ríe y señala con el dedo — “Ver, una Venus sin ropa.” Tampoco eso tiene importancia. Ya se lo dije: el señor Havdalá, la directora, me elogiaron el poema. Tampoco eso importa. Fue grato sentirme elogiada. Pero yo sólo quise escuchar su opinión. *Porque los remueve su luz.* Pero no pregunto.

—Neima Sasón, niña demasiado inteligente para mí. —Esta vez se detuvo. Como un hombre esculpido en tiza, como una estatua de sal, de blancos labios y una nube posada en torno a su boca dijo:

—La inteligencia es una virtud, pero sólo una de las virtudes, y no de las más importantes. Otra cosa: no siempre es posible adivinar, tampoco tú, cuándo y por qué razón un hombre ríe. Además, me presionas para que hable de algo. Y tú ves que no puedo, no puedo —y aquí se rebeló—. Y tampoco quiero.

Atormentada, humillada, sin dar importancia a mi honor:

—¿Por qué?

—Porque eso no debe hacerse— remató.

Apreté la boca.

Hombre duro. Con una delicadeza excepcional. De dura piel. Ni siquiera en el infierno se quemará.

—Está bien —sorprendida me vi señalando la sala de maestros—. Puede irse. Está libre.

—Yo voy en esta dirección— dijo con calma, señalando furioso la dirección contraria.

No me moví de mi sitio. El maestro Iejezquel se fue. Pero se detuvo, volvió la cabeza, me arrojó una mirada como un rechinar de dientes y siguió andando.

—Maestro —corrí nuevamente tras él— . *Remuévelos su luz dentro de la gleba y la gleba ignora lo que lleva dentro. ¿Oh, maestro!*

No sé si oyó, porque mientras yo seguía hablando se dirigió a mí.

—Hoy es la escuela. Mañana la vida. Escucha y recuerda: existe un marco. No es admisible que cada uno obre como le plazca. Una tal Neima Sasón, un tal Ijezquel De Silva, se servirán ajustarse a las normas. Así se estila entre nosotros. Y por nuestra propia voluntad. —Y apresuré el paso.

Oh hervía el corazón dentro de mí, oh, me dije dentro de mí, si me llega a traer el cuaderno le diré: “Ves ese tacho de desperdicios enfrente, échalo allí.” Oh. Ojalá no hubiese escrito esos versos, me dije, y no pude contener mis lágrimas. El nombre de una obra de teatro, cierta vez, sobre un tablero de anuncios, vino a mi memoria: *La fierecilla domada*. Y un álbum de discos en una vitrina, con el dibujo de un látigo ornado de rosas, rojas. De pronto acometióme el pavor de la comprensión repentina —como si me hubieran agarrado por la cabeza y arrojado hacia un plano distinto— y ya me golpearon los ojos impactos de luz. Lo dicho. La fórmula secreta que convierte al débil en fuerte. Lo sabía. Todo el tiempo, siempre, lo sabía. Y cómo no supe que lo sabía.

Y respondió el Señor a Job desde un torbellino... Dónde estabas cuando yo fundaba la tierra, házmelo saber... Quién ordenó sus medidas, si lo sabes... Quién encerró con puertas la mar, cuando se derramaba... Nubes por vestiduras y por su faja, oscuridad... y establecí sobre ellos mi decreto y le puse puertas y cerrojos... y dije hasta aquí vendrás y no pasarás adelante ahí para la hinchazón de tus ondas... Por donde va el camino hacia la residencia de la luz y donde está el lugar de las tinieblas... y por nuestra propia voluntad. En la urgencia del remonte, en un instante, la luz que comenzó otrora a abrirse paso, suave como la luz pura de la luna, se intensifica y asciende, cada vez más fuerte, hasta la ceguera.

En medio del camino del maestro Ijezquel se detuvo. Giró sobre sus talones. Regresó a mí.

Qué hilos nos hacen bailar todo el tiempo. Partió. Corrí. Se detuvo. Partió. No me moví. Corrí. Se detuvo. Partió. Me quedé quieta. Giró sobre su eje. Regresó. Qué flauta nos marca el compás. Ahora se detuvo y no supo qué decir. Tampoco yo supe qué decir. Me froté los ojos con el puño. El maestro Ijezquel reparó en mi vestido nuevo. “Adelgazaste, Neima Sasón, adelgazaste” —espetó finalmente con voz lamentable, se volvió de pronto hacia la sala de maestros, y ya no tuvo cara. Me quedé de pie y vi: entró, rodeó la mesa grande cubierta con una carpeta de terciopelo. Solitario, lejano, sentado debajo de la pintura al óleo de la pared, el árbol de hermoso aspecto con la leyenda “Árbol de la vida es para quienes la observan” dibujada como una cinta debajo de las raíces. Alguien estaba contestando algo. Alguien dijo “Aspera bre”. Los libros encerrados en el armario artísticamente enrejado: “El deber de las almas.” “El libro de los principios.” “Perfeccionamiento del alma.” “La prueba eterna.” ¿Hay alguien que los lea? Solitario en su sitio, el maestro Ijezquel juega distraídamente con el cenicero grande y cuadrado de cerámica, ese con la marca

y la inscripción "Hotel Palace", grabados en azul, sentado como si finalmente le hubiera caído el golpe sobre la cabeza. En su cabello peinado para el lado que no corresponde había ahora algo de escarnio. Vino Alfandari y le trajo también a él un pocillo de café turco. Dormido entre los despiertos, despierto entre los dormidos, el maestro Iejezquel movió los labios en dirección a Alfandari sin mirar, atraído hacia sí el pocillo, pero su mano no dejó en paz el cenicero, no cesó. No, maestro querido, por favor, no. Grande es todo muro que pende y se alza antes del suceso, de todo suceso: ora pende y se alza, ora se precipita, hacia un lado o hacia el otro. ¿De qué manera cae? Un nacimiento. ¿Qué nació? Y si todos los cielos fueran folios y todo el mundo escribientes y todos los bosques cálamos, no podrían escribir lo que aprendí de mis maestros. Me alejé para que no me viera. Y la flauta sigue marcando el compás. El alma desborda por comprender el significado de la melodía. Que vive en tu enojo, mi freno en tu labio, y el alma sigue sentenciada a desbordar.

El cuaderno no me lo devolvió. No se qué fue de él. Tal vez lo haya quemado.

Me compré un cuaderno nuevo.

Por la noche, acerco una silla a la mesa de hierro de la terraza. Una preciosa luna se desplaza. Jerusalem duerme. Sólo dentro de mí criaturas fantasmales bailan, vuelan, giran en ronda, un cuadro palpitante se sucede a otro, se intercambian, sin voz, sólo movimiento y gesto, implorando por su vida: la presión, el deslumbramiento y el halo fulgente, aliento del instante vivo, sangrante, por salvar. Para testimonio, para remanente, antes que todo se repliegue, que se deslice de la zona iluminada a la zona de las tinieblas.

Hemos aprendido: un arpa pendía encima de la cama de David. No bien llegada la medianoche una brisa del norte sopla y tañe en él. David entonces dejaba el lecho y estudiaba el Libro de la Ley hasta la primera luz del amanecer. Y yo en cambio, con torpe pluma, escribo y corrijo, escribo y borro:

"El maestro, señor Havdalá, dijo entre otras cosas..."

Traducción de Etty E. de Hoter

Itzják Orpáz-Averbuj

Nació en 1923 en el pueblo de Zinkeiev, en la provincia de Podolsk en la Unión Soviética. De niño, se trasladó con su familia a Lipkani, en la provincia de Besarabia, Rumania. En 1938 partió a la tierra de Israel en el marco de la inmigración juvenil judía y se educó en el instituto educacional de Shfeyá. Al concluir sus estudios fue durante dos años miembro del kibutz Shamir en la Galilea, donde vive su hermano mayor. En 1947 se trasladó a Tel Aviv. Participó en la guerra de Independencia como artillero y posteriormente, durante 13 años, sirvió en el ejército de defensa israelí, como oficial en el regimiento de artillería. En los últimos años de su servicio militar, entre 1959 y 1962, cursó sus estudios académicos en las carreras de filosofía y literatura en la Universidad de Tel Aviv. Al concluirlos fue, durante muchos años, editor nocturno del periódico *Al Hamishmar* (del Partido Unido de los Obreros). En los años setenta fue escritor-invitado en las universidades de Tel Aviv y Haifa. Actualmente es miembro del Comité Central de la Asociación de Escritores y profesor-invitado en la Universidad de Tel Aviv.

Es autor de cuentos, novelas y ensayos de índole literaria, cultural y social, los cuales han atraído la atención pública. Empezó a publicar artículos, poemas y cuentos en 1951, pero no fue sino hasta 1957 cuando comenzó a dedicarse a la creación literaria. Su primer libro que es una recopilación de cuentos titulada *Hierba salvaje* apareció en 1959 y su primera novela *Piel por piel* obtuvo el premio Aher Barásh de la Editorial Masada a manuscritos de escritores jóvenes, y se publicó en 1962 por la misma editorial.

En los años sesenta se desarrolló el carácter simbólico de sus obras, ya existente en los brotes en sus primeras obras, basándolo en elementos fantásticos. Aun cuando el trasfondo parece real —la ciudad de Tel Aviv o el desierto de Neguev, un campo militar o la caza de una cierva cerca de Eilat— los acontecimientos sobrenaturales, la deformación del mundo ficticio y los moldes metafóricos, constituyen el significado simbólico. El tema central es la lucha amenazante entre esencias naturales, libres, llenas de vida y libertad y que por ello son vulnerables y las cuales muchas veces se han deformado anteriormente dentro de un mundo absurdo y entre las esencias “cazadoras”, que se encuentran atraídas por la belleza y que aspiran dominar a esencias opuestas y explotarlas. Finalmente, algunas veces, las destruyen o matan, pero las naturales conservan su carácter moral. Esta es la tendencia en la recopilación de cuentos titulada *La caza de la cierva* (1966) y en las novelas fantásticas *La muerte de Lisandra* (1964), que obtuvo el premio Talpir, *Hormigas* (1967) y *Tres novelas* (1972). A principios de los años setenta

disminuye el carácter simbólico de su obra y penetran materiales de la realidad social y espiritual de Israel, expresando sus agonías y en la búsqueda de los valores humanos, especialmente después de las guerras. En la novela *El viaje de Daniel* (1969) se reflejan los tiempos posteriores a la guerra de Seis Días y la novela *Casa para un sólo hombre* (1975) que es el diario de un soldado que vive en su soledad después de la caída de su sobrino en la guerra del Día del Perdón (1973), se refleja la crisis después de esta guerra. Los aspectos psicológicos del individuo y la representación de la sociedad se vuelven centrales sin ceder a los elementos simbólicos —también en sus novelas posteriores. *La dama* (1983) y *El joven* (1984). Estas novelas pretenden también iluminar procesos espirituales, vivenciales y sociales en Israel; el dolor, las dudas, la búsqueda del significado del sufrimiento, desde el punto subjetivo de protagonistas débiles, sensibles, pasivos y desintegrados de la sociedad, que buscan su camino. Un lugar especial ocupa su libro *La calle de Tomozhena*, compuesto por una cadena de cuentos unidos por su trasfondo —un pueblo en Europa Oriental— y por sus personajes. Éstos son cuentos simbólicos y su tema principal es la búsqueda paradójica de una creencia, del significado de la dolorosa situación humana, de la salvación y redención, en un mundo absurdo y cruel a pesar del reconocimiento de que no existe ninguna posibilidad de encontrarlos. Una selección de sus obras fue publicada en 1973 bajo el título *Una ciudad sin refugio*. Publicó ensayos sobre temas literarios, en los que expresa su concepción literaria. Dentro de éstos destaca *El peregrino secular* (1982). En 1985 obtuvo el prestigioso premio Bialik. Algunas de sus obras han sido traducidas a varios idiomas, algunos cuentos al español.

LA CALLE DE TOMOZHENA*

Papá tallaba en madera. Hacía hombrecillos de madera que daban la voltereta y rodaban vertiginosamente sobre el hilo que los atravesaba en su cordón umbilical. A veces se inclinaban, hacían la reverencia y luego daban la voltereta. Cuando rodaban por el aire, se aclaraban las pústulas que papá tenía en la frente y a sus labios afloraba una especie de sonrisa.

Fuera de eso, mi padre tenía quizás los ojos más legañosos que he visto en mi vida. Legaña de tono gris. Yo estaba seguro de que era por el fuego en que quemaba cada domingo, a la hora en que sonaban las campanas de la iglesia del padre Serafim llamando a misa, a los ratones que atrapaba durante la semana en las ratoneras de madera que les fabricaba con sus propias manos.

Mi padre gozaba viendo mi fascinación y se reía. Sin voz, para que mamá no oyera. Tallaba sus extrañas criaturas en el cuarto de la entrada —una especie de alcoba de madera donde se amontonaban apretujados la leña, el barril del agua, las galochas del lodo y la escalera que trepaba al desván. El extremo de la escalera desaparecía en un hueco cuadrado y oscuro. Nunca lo atravesé. La escalera se iba angostando y le faltaba el último peldaño.

Mi padre lanzó al aire una criatura cuyas zapatillas eran más grandes que todo su cuerpo y éste se esfumó. Solté una exclamación de asombro.

“No hagas ruido”, susurró mi padre. “Sch —mamá, ya sabes.”

La voz de mamá llegó de las habitaciones interiores. Cantaba algo triste.

“El doctor” —dijo papá, como compartiendo un gran secreto conmigo.

Yo sabía. La tía Blumche, siempre a punto de acabar de entretejer su enorme trenza mientras su pequeña boca goteaba de paso por aquí y por allá las cerezas de los últimos pedacitos de información, cuanto más estremecedores mejor, entonándolos como historias de santos y justos, me reveló con sigilo:

“Tu mamá... cuando llega la primavera... comienza a venir su doctor...”

Mamá me recibió en sus enormes brazos. Casi me ahogué, hasta que la oí cantar. Ahora se hallaba nuevamente lejos. Todo el tiempo se empolvaba

* Primer capítulo-cuento del libro que lleva este título. (N. del T.)

frente al espejo. Su rostro era blanco como el de un payaso. Sus enormes ojos estaban de fiesta.

"No te alejes mucho, hijo mío. Él puede llegar en cualquier momento. "

"¿Quién, mamá?"

"Toma" —dijo. Untó un pedazo de pan con una gruesa capa de grasa de ganso y me la encajó. "Toma. Come. Para que estés sano y fuerte. Cuando venga."

Luego tornó a su canción:

Ya viene mi doctorcito,
ellos no lo van a ver,
ellos no lo van a ver.
Ya se abren todas las florecitas
y vuela mi doctorcito
conmigo a la tierra de Israel,
conmigo a la tierra de Israel.

Así, más o menos cantaba mamá en yidish. Quizás agregué o me faltó alguna palabra. Pero el doctorcito y la tonada son suyos.

Salí por la ventana de un salto y comencé a correr. El rebaño regresaba de pastar y el olor de las boñigas se fundió con el olor de las lilas que encendieron de la noche a la mañana las verjas de madera de la calle de la Tomozhena. Arranqué un ramillete y mastiqué. El pimpollo era carnoso, sabroso como la sangre que me chorreaba en ese momento de la nariz a la boca. En mi carrera, choqué con el postigo de madera. Mastiqué y resoplé como un animal.

Del otro lado de la calle, Porjoi, fijando los últimos travesaños de madera del portal de la casa nueva de los Vishnitzer, con los ojos como en resquicio, acechaba. Un olor ajeno, olor a incienso, se desprendía de él como del huerto del padre Serafim en el que siempre se mantenían la sombra y la voz de los perros. El huerto del padre Serafim cerraba la aldea por el lado del norte y la gente tenía que rodear el huerto y los perros y la iglesia para llegar a la estación del tren. En este camino aprendimos a contener la respiración, a andar de puntillas, a palparnos uno al otro los músculos. En este camino maduramos.

No sabíamos dónde se hallaban sus casas. Pero aparecían de pronto, en procesiones, con estandartes y cruces, caminando apaciblemente con la cabeza inclinada y la gorra entre las manos. Y de pronto desaparecían. El olor permanecía en la calle.

Eran pocos en nuestras calles. Los carpinteros, aquí y allá un mozo o una sirvienta en la casa del potentado, las muchachas que volvían al atardecer del campo riendo y cantando canciones lascivas, y el mismo Porjoi, ebanista experto que compone las bodegas y las verjas de los judíos, con su pesado lápiz en la oreja y los ojos como en resquicios, acechando. Cuando los fijaba en mí la sangre se me deslizaba de la nariz a la garganta.

Y mamá, así lo sentí, aparta un tanto la cortina, con sus ojos en los ojos de él.

Irrumpí en el patio de los Vishnitzer. La tarde anterior, junto al pozo, Hirshl había contado milagros y maravillas sobre lo que les sucede a las cabezas que pierden el cuello. Como prueba adujo la superficie del agua en el pozo, donde flotaba una de ellas en forma de luna. De noche, en mi casa, recé con gran y reconcentrada intención el "Oye Israel" y me armé de los ángeles guardianes, colocando por los cuatro costados a Ariel, a Gabriel, a Mijael y a Rafael y, no obstante, soñé toda la noche con huertos sombríos y muros dentro de otros muros. Hacia el amanecer los muros se tornaron en cortinas que se arremangan una tras otra y el rostro de mamá retrocede, blanco como en la vigilia y no como en el sueño.

"¿Qué pasó?", me recibió Hirshl. La voz de su padre, Reb Yakir, se oía bimboneando algo desde las habitaciones interiores.

"Ven".

Salimos. Traje los bolsillos llenos de nueces, y jugamos. Él tenía mano muy ágil y excelente puntería, y yo perdí todo.

"¿Cómo sabes que hay Dios?", pregunté con gran temor.

"Pues está escrito en la Biblia", dijo Hirshl. Recogió las nueces con tranquila seguridad, como cosa obvia.

Fue después que vi los títeres de papá y sus ojos legañosos y el rostro blanco y festivo de mi madre y me eché a correr, con la nariz sangrante, a través de vallas, bestias y gentes hacia el lecho del río y ahí seguí a todo galope por la hierba húmeda bufando hasta el recodo del huerto.

Y, perpendicularmente a la esquina del huerto, sobre el fondo del horizonte occidental, se elevaban en silencio dos cipreses hermosos y quietos. Como entre padre y madre caí de espaldas entre ellos, espiando el perfil de sus sombras que se iban prolongando a medida que el sol se nos hundía detrás en el ocaso y la fiebre me abrasaba la mente: ¿dónde está el fin del mundo? Vi un muro en derredor de un muro en derredor de un muro en derredor de un muro. Cortinas, no vi. Vi un rostro blanco como el de mamá retrocediendo de muro en muro. Y desembocó al final en el hueco cuadrado y sombrío que se abría al desván donde papá arrojaba todos sus payasos de madera.

¡Ese es el fin el mundo!

Luego se oyó ulular a los perros desde el huerto del padre Serafim, y los dos cipreses se levantaron de su lugar, expulsados y altivos, a mi derecha y a mi izquierda, tomando mis dos manos entre las suyas, para pasarme por las aguas crecientes del Bug. Cada año, por la época de Pascua, inundan el valle y están destinadas, como dice papá con los menudos ojos desorbitados, con una extraña concupiscencia, a inundar el mundo entero. Para siempre.

Irrevocablemente. La espada que se revuelve. ¿Qué será la espada que se revuelve? Papá no sabía y mi maestro, Reb Shkolnik, me respondió más o menos así: la espada que se revuelve es una espada, o sea, como cualquier espada, y eso de que se revuelve, o sea, es terrible, espantoso, ya que la sostiene un serafín.

Pregunté qué es un serafín.

Me dijo, un ángel que arde como el fuego.

Pregunté si no se quema.

Me dijo, arde y no se quema, o sea, como la zarza que arde y no se consume.

Volví la cabeza y vi que el sol ya tocaba la esquina del huerto del padre Serafim y parecía un ángel ardiente, fuego encendido y espada que se revuelve, o sea, terrible, espantosamente. Y eché a correr.

El crepúsculo era lento en nuestra localidad. Pero yo tenía que llegar a la parte trasera de la sinagoga chica antes de que oscureciera del todo, donde, como me lo prometió mi primo hermano Shmil, me enseñaría una cosa que en mi vida había visto. Y hasta podría saborearla. “¡Sabe a paraíso!” —me gritó desde lo alto del caballo en que pasó galopando por la calle de la Tomozhena. Y yo ya no cabía en mí de ansia.

Entretanto, la aldea bullía de gente y sucesos. Aún no se había abatido el polvo del rebaño cuando se aparece Antip con su largo palo y una cuerda, atrapa la cabeza de un perro y la aprieta con el palo y el perro arrastra y revuelca la panza por tierra con un gemido ahogado al que responden entonces todos los perros del pueblo, desde el cementerio de los gentiles, por el ‘Monte de Oro’ de los molineros judíos y la calleja del mercado y el barrio de los “katzapes” hasta la calle de la Tomozhena en que vive la flor y nata del pueblo. Antip enarbola impetuosamente la criatura ululante y la arroja de golpe en la jaula enrejada. Los caballos restregan sus herraduras con inquietud olfateando la muerte. Y los perros, apretujan los ojos entre las rejas, anhelantes, ávidos de atrapar una última bocanada de aire. Muy concentrados, dejaron de gemir, respiraban aceleradamente. Al otro día husmeamos ya la carroña en el viento vespertino que soplaba desde el río.

Y yo estaba de fiesta. La expectativa aguzó mis sentidos. Como el perro. Me arrastré sigilosamente, escalé la alta verja de madera de los Vizhnitzer y salté con valor de la jaula imaginaria a la libertad.

Luego restregué las suelas de mis sandalias y tiré del cinturón de mi pantalón corto para centrar la hebilla al frente. Y medí con el palmo a diestra y siniestra para cerciorarme de que la azucena de “boy scout” de plomo fundido, toda mi gloria y poderío, se vería perfectamente del lado de la calle por la que pasaría la bella Cuca. Todos sabían que la bella Cuca era puta, pero nadie podía negar que era bella y que andaba recatadamente vestida casi hasta las orejas menudas y delicadas que tenía, con los ojos llenos de ensueño. De su brazo colgaba Niuma, un joven tísico en trance de morir con el eterno pañuelo blanco en la boca y un grueso libro (dicen que *El Capital* de Marx) abierto delante de ellos. Andaban entre la multitud de paseantes de la Tomozhena como si estuvieran solos, leyendo y discutiendo, y pasaban por la hermosa casa del padre de Niuma el tísico, el potentado Zilberman, que había clausurado el patio, las puertas y las ventanas para no ver la vergüenza ni exponerse a ella, y ellos, se detienen ante la casa como si estuvieran solos, leyendo y discutiendo a voces la revolución social, y sólo de vez en cuando Niuma carraspeaba en

el pañuelo ("¡Sangre, sangre!" murmuraba mamá tras la cortina) y Cuca le enjugaba el rostro con amor.

Se acercan. La sangre martilleaba mis oídos. Arranqué un ramillente de lilas y di un estornudo horrendo. No hay flor hermosa y olorosa que no me haga estornudar pero cómo no iba a darle a la bella Cuca la flor más hermosa y dulce. Quería convidarla a probar, decirle que es dulce, que es buena para todo. No me importaba que hablaran de mí como de Niuma. Estaba un poco enamorado, por cierto, y quería gritar para que todos me censuraran y Cuca me amara, que no hay dios, que el cielo es un agujero negro en el techo al que papá lanza todos su juguetes de madera. Y a veces chirrian desde allí como ratones en llamas que el fin del mundo es sólo otro muro y otro muro como una gran cárcel, y que yo sé que todo lo que dicen de ella que hace con los oficiales de la Aduana a cambio de unas medias de seda de París es todo mentira, falsedad, y que yo también me consumiré de tisis y ya me sale sangre de la nariz.

Era mi truco preferido: cuando alguien se metía conmigo, pellizcando o mordiendo, o cuando el tío Najum comenzaba a interrogarme sobre lo que aprendí en lo de Reb Shkolnik, o cuando mamá se ponía a cantar las canciones de su doctorcito, me daba una palmada en la nariz y me sacaba sangre.

A ellos no los vi aquella tarde. Yánkele el cojo los precedió. Me cogió de la mano y no me dejó estar hasta que no le canté algo que le gustara. Nunca supe qué era exactamente lo que le gustaba y probaba un poco de cada cosa. Tal vez me gustaba cantar, no estoy seguro. Quizás tenía miedo de cantar. No estoy seguro. No le tenía miedo a Yánkele, pero no me gustaba que alguien me asiera de la mano o de cualquier otro miembro o parte del vestido. Y canté de buen grado. Si no cantaba lo que quería, me volteaba la visera de la gorra para atrás y eso me enfurecía, ya que él creía que yo gastaba gorra con visera porque mi abuelo era rabino y pertenecía a la banda de esos hipócritas, los sionistas y demás "vasijas sacras" que ofician en la sinagoga. Era un ardiente "bundista" de rostro encendido cuya voz pasaba de un extremo al otro de la calle, una voz tierna y poderosa a la vez, nunca he oído una voz igual. Los dignatarios, que iban camino a la Casa del Pueblo a una asamblea sionista, se detuvieron a su vera estupefactos, y no intentaron contradecirle. "Banda de estafadores, impostores e hipócritas", los llamó, "el látigo de Jone el Carrero es más guapo y decente que vosotros. Tenéis la boca llena de Torá y el corazón de odio. Desolladores solapados de cadáveres." Por culpa de su pierna torcida e irremediabilmente trabada en la rodilla tenía la misma altura que yo, pero al hablar así, su rostro resplandecía. Yo lo miraba fascinado. Si tan sólo me soltara la mano. Yo estaba convencido de que tenía razón, pero lo odiaba porque se creía con derecho a agarrarme como si fuera su prisionero. Yo era su prisionero, naturalmente. Pues así está escrito en la Biblia: "y tocó en el sitio del encaje de su muslo y se descoyuntó el muslo de Jacob mientras con él luchaba". Reb Shkolnik se vio en grandes aprietos para explicar este pasaje y al final dijo en yidish, "como Yánkele el torcido". Yo estaba seguro de que había lucha-

do con el ángel, lo que lo llenaba ahora de violencia y valor, y de que la cojera era su insignia de héroe.

Le canté “Junto a los ríos de Babilonia” y él me acalló haciendo girar la visera de mi gorra hacia atrás: sólo falta que te pongas a cantar ahora “Y vendrá el Redentor a Sión”, qué asco, ¡tfú!, hipócritas atiborrados de tripa rellena, opresores de pueblo que muelen y despojan a los pobres.

Entonces escogí de las canciones de invierno y escarcha y nieve que se desploma como palomas muertas. Y sobre Guítl, la buhonera de plumas del cubil de madera que el Bug desbordado levantó y acarreó sobre la cama de madera a todo lo largo de la calle chillando a grito pelado en yidish, “Socorro, judíos” hasta que la corriente de las aguas embravecidas y arremolinadas como las del Sambatión la descargó en el regato manso.

Cuando me equivocaba al elegir la canción, Yánkele me regañaba y me recordaba: tu abuelo es una “vasija sacra”. Cantaba entonces en yidish de las canciones y fábulas de Eliezer Steinberg, coraza de los pobres a los que Yánkele el cojo les componía la melodía. “¡Otra vez!”, me gritaba y yo cantaba una y otra vez, y lloraba, y tengo que confesarlo, lo gozaba. Quizás por las palabras, no estoy seguro. O por la melodía de Yánkele. Mis manos se volvían puños y no me daba la palmada en la nariz para sacarme sangre. Pero pude. No estuve impotente. Lo amenacé con que me sacaría sangre. “Bueno”, gritó Yánkele: “que les salga sangre de sus tripitas”. Yo no sabía por qué precisamente tripitas, pero lloré de alegría y canté la canción de Steinberg sobre los simples artesanos que, a diferencia del matarife, son, como el serrucho, una mancha en la familia, y el cuchillo, bien filoso, es quien sale siempre airoso pues degüella y de pilón le dicen la bendición.

Luego correteé persiguiendo a mi abuelo a todo lo largo de la calle de la Tomozhena gritando Reb Srul, Reb Srul, pero él no volvió su rostro hacia mí, entonces salté a un charco y salpiqué de lodo sus pantalones, pero tampoco volvió su rostro hacia mí.

Acalorado y casi temblando de expectación y entusiasmo llegué a la parte trasera de la sinagoga sadigora que se llamaba también “la pequeña escuela”.

“Un cigarrillo de la Tierra de Israel”, susurró Shmil, recargándose en el muro trasero de la sinagoga. El muro estaba lleno de manchas oscuras, de la orina y las flemas de los devotos.

Me estremecí. Vi que también Shmil temblaba. Había traído dos. Mira, aquí está escrito, dijo. Leí, o me pareció que leí, pues cómo podía leerse en la oscuridad, si ya había oscurecido. Pero estaba seguro de haber leído “Sión” y algo más. Me entró miedo a oler, no fuera a brotar la sangre. No me dio. Sólo prendió uno y chupó cerrando los ojos sin exhalar el humo y comprendí que ese humo no podía exhalarse. Luego me dejó chupar de su mano. Pensé en el doctorcito de mamá y de repente comencé a ver el vuelo de su atuendo y los cabos de su barba enmarañada. Yo sabía que no podía ser doctor como el doctor Prozdorov que va de enfermo a enfermo en el carruaje tirado por dos caballos blancos con el maletín de concertina gris y broches de níquel en

la mano. Chupé y cerré los ojos y pensé, qué forma tiene el doctor, qué forma tiene el doctor.

El humo me cortó la garganta y la nariz y me ahogué.

Me desperté en la cama, en casa. Mamá me miraba un momento y un momento miraba a Porjoi, ese gentil salvaje que pellizca las nalgas de las muchachas gentiles y les hace saltar los pezones. Estaba parado allí, con la gorra entre las manos y las manos delante, describiendo cómo me levantó y me acarreó cuando caí, con los ojos clavados en el rostro blanco y doliente de mi madre.

“Gracias”, murmuró mamá.

En sus ojos se detuvo esa mirada de atrás de la cortina.

EL RELOJ DE BOLSILLO DE PAPÁ*

El reloj de bolsillo de papá es una de las cosas más ridículas que he visto en mi vida.

Por última vez lo vi en el vagón del tren, antes de que nos separáramos. Papá sacó el reloj con un ademán espléndido y lo concertó lentamente, escrupulosamente, con el reloj de la estación.

“Ha llegado la hora de partir”, dijo y se levantó para irse.

Ni siquiera tenía manecillas, pero en el interior de la tapa de plata llevaba grabada una palmera y a ambos lados de la palmera había dos figuras que parecían muñecas desnudas.

“Papá”, dije. “Dáme el reloj”.

“No lo vas a necesitar allá”, dijo. “Vas a un país sano con gente sana.”

La locomotora silbó. No recuerdo si me reí. Evidentemente, me reí. Me quedé con la Biblia que había puesto en mis manos. Nuevecita, con tapas de madera de olivo, al estilo de Bezalel, la academia de arte en Jerusalén. El tío Najum la había traído de su viaje a la tierra de Israel. Qué bueno que no me entregó la Biblia vieja, en la que registraba con tinta verde debajo de los grimos, los cálculos cabalísticos, al final del Libro de Crónicas, todos los nombres del árbol genealógico de mamá que se remontaba hasta el Baal Shem Tov, el padre del jasidismo.

Retrospectivamente, me parece que las dos efigies que papá grabó en el interior de la tapa de plata de su ridículo reloj de bolsillo, eran de mamá.

En todo caso, sin el reloj de bolsillo de papá y con la Biblia cuyas hojas, una a una, eran nuevas y crujientes, salí limpio de bolsa. Pero no he venido a contar de mí.

No hace falta decir que el reloj de bolsillo colgaba de una gruesa cadena que atravesaba respetablemente el bajo vientre (pues era delgado y de barriga cóncava) de papá de derecha a izquierda hasta el bolsillo del chaleco al que se prendía con un broche dorado.

* Segundo capítulo del libro. (N. del T.)

“¿Perdone, qué horas son?”, le preguntaban cuando pasaba por la calle los tenderos ociosos sentados a las puertas de sus negocios, que mataban el tiempo revolviendo sus llaveros entre las manos.

“Todavía no es tarde”, decía papá, echándole una ojeada a su reloj de bolsillo.

Ellos no se ríen. Él honra así a Dios y a la gente, con la cabeza erguida, su frente estrecha se alarga y las pústulas de su rostro se aclaran. Y si estaba en movimiento, se detiene, y si estaba sentado, se para, y los cortos dedos se le afinan. Y cuando le da vuelta al reloj y lo afirma de cara a la luz, emana de él algo de la noble apariencia de Reb Bunim Kitl (que así se llama por el caftán a guisa de sudario que no se le despegaba de los hombros de los días terribles del Año Nuevo y del Perdón) cuando éste vuelve la cabeza hacia la ventana y a través de ella hacia el cielo, para ver si ya llegó la hora de sonar el gran trompeteo del cuerno.

Busqué la risa en el rostro de papá. No reía. Quizás para sus adentros, me dije esperanzado.

Una vez me dijo: “Esa es la cara que tenemos: la de un reloj estrellado.”

Pero el reloj ni siquiera estaba roto. Y tenía una corona gruesa, fuerte, acordonada, con la que papá le daba cuerda, sacándola y metiéndola con un golpecito. Se lo acercaba al oído y luego lo acercaba al mío. En aquellos momentos sus dedos eran hermosos y no despedían el olor a cola de carpinteros que habría de tornar a mí después de tantos años como olor de los hombres solitarios. Y la tapa saltarina de plata. Y al pie de la palmera, mamá con mamá.

Yo era un gran aficionado al reloj de papá. Estaba seguro de que albergaba un gran secreto, detrás de las manecillas que le faltaban. Arranqué unos rayos de la bicicleta vieja de mi primo Shmil y no vi que pasara gran cosa. Sólo que ahora las ruedas cabriolaban al montarla y manejar. Con las manos al aire, dejando el manubrio libre, crucé la calle de la Tomozhena, me deslicé por la pendiente del Bug, irrumpí en el portón de la serrería y frené quebrando peligrosamente de lado.

“Tus ruedas casi no tienen rayos”, dijo papá. “¿Por qué no las compones?”

“¿Y por qué no compones tu reloj?”

No comprendí por qué se lo pregunté. Me dio pena.

“Mamá pregunta por ti”, me apresuré a agregar.

Esa era mi misión. Día tras día. Falsa, por supuesto. En mi corazón le pedía perdón al ángel Metatrón, escudo de los pobres. ¡Qué fiesta para mí! El camino entre ambas casas estaba cuajado de sorpresas. Me volvía casi libre como un gorrión. Papá me ofreció dinero para comprar una bicicleta usada. Mamá me ofreció dinero para comprar una bicicleta usada. Ninguno de los dos nadaba en dinero y ¿qué iba a hacer con dos bicicletas? Protesté, rehusé. Tenía que mantener un equilibrio cabal. Finalmente le pedí a Shmil, el hijo del tío Najum, potentado, dirigente y socio del abuelo en la serrería en que traba-

jaba mi padre, que me prestara su bicicleta vieja. Y le quebré varios rayos. ¿Cómo? Con una piedra. No había muchas en nuestra localidad, cuya tierra es de valle fértil. Pero había una piedra cuya existencia canté aun antes de conocerla:

Como piedra solo
estoy sentado y lloro.

Pensándolo bien, no era yo el que cantaba, mamá me la cantaba al oído, en yidish, pero tal vez cantaba la canción junto con mamá, en sus brazos, detrás de la doble cortina.

Y luego salí a buscar la piedra.

Junto al pozo que estaba al pie del “Monte de Oro”, llegando al cementerio de los cristianos, había una gran piedra redonda. Yo estaba seguro de que fue Yánkele quien la removió de la boca del pozo. Había allí además otra piedra más pequeña, sobre la que los aguadores hacían descansar el pesado cubo con que sacaban el agua antes de vaciarla en sus baldes de lata. Y algunas piedras más, en las que los aguadores se sentaban a descansar antes de ponerse en camino. Por las noches se sentaban a veces sobre ellas Dúvidl y Zelig Rainish, en paz descansan, a tocar éste el violín y aquél el contrabajo. Ambos se ahogaron en el Bug el día en que se rompió el hielo —eso fue en Purim hace dos años— con todo y sus instrumentos, cuando se dirigían a una boda en Radovitz en la otra margen del río. En las noches de invierno, cuando el viento se precipita del monte con un sollozo glacial y se desata en nuestras calles, puede oírseles claramente. A veces oigo sus voces en la voz de mamá cuando canta de nostalgias y del corazón que soporta su dolor en silencio, como piedra. Si pudiera, llevaría encima siempre una piedra, como el Yánkele de la Biblia la suya. Pero era una criatura. La clavé entre los rayos y tiré de aquí para allá hasta que los arranqué. Cuando me lancé después cuesta abajo por la calle de las tiendas de telas, con los pies sobre el manubrio y las manos al aire, y las ruedas parecían girar en vacío, la gente huyó despavorida a refugiarse en las puertas, estupefacta:

“¡Qué barbaridad, todo se lo permiten! ¡La tribu de los Rozner!”

Contra el puentecillo de madera en que desembocaba la calle chocamos, mi bicicleta y yo. En realidad, no era exactamente uno de los Rozner. Mi papá procedía de otro lugar y se apellidaba de otro modo, pero no alcancé a apurar este pensamiento hasta el final. La rueda posterior se retorció en algo parecido a la cifra 8 y yo me desgarré la piel del muslo hasta la ingle.

Era otoño. Las hojas revoloteaban aún doradas y libres, antes de que la lluvia les cayera encima para encolarlas en el inevitable lodazal. Cuca, la bella ramera, vino a cuidarme. Sin ella, mamá hubiera estado completamente perdida. No la llamó. Apretó dolorosamente sus delicadas manos y con los dedos crujientes golpeó en la pared. Y entre quejido y gemido (“¡Pobre de mí, se mató el niño!”) susurraba conjuros. Quizá apeló al ángel Gabriel, o a su padre, Reb Isroel, que llevaba el nombre en memoria del Baal Shem Tov, y quizás al

doctorcito, oh doctorcito, para que viniera por fin de los confines de la tierra a recogerla como se recoge a un polluelo.

Sea como fuere, ninguno de ellos la oyó. Cuca la oyó del otro lado de la pared y vino.

Aquellos eran días portentosos. Cuando por fin se descargó el diluvio acompañado de un pesado granizo y las ventanas comenzaron a cubrirse de escarcha, ya me hallaba de pie, sano, atemorizado y enamorado hasta las orejas de la bella Cuca, y con una cicatriz viril en la ingle. Entonces comenzó esa leve cojera que me acompaña hasta el día de hoy.

Después fue Purim. Mamá no me contó nada. Persona tras persona fueron dejando de venir a verla: primero las damas de la asociación en favor de la escuela tradicional para los niños pobres; después las que participaban en la actividad de la organización de beneficencia de la tía Udl; luego las esposas de los propietarios que venían a lamentar la desgracia de un pariente cuyos negocios se habían venido abajo y no tenía ya ni qué comer, para que mamá, embozada hasta los ojos en su chal negro, se apareciera en la casa de aquel hombre y, sin decir palabra, dejara ahí un sobre con un billete de la caja de caridad privada del abuelo. Todos estaban evidentemente en el secreto, menos ella, quizás. Misteriosa, se quitaba el chal al volver, componía el maquillaje blanco con una enorme borla de empolver y se metía entre las cortinas a poner al tanto a su doctorcito. Era un secreto recóndito.

Parece que hasta los limosneros del viernes dejaron de pasar por nuestra casa. Mamá no me lo dijo. Su rostro, como de costumbre, guardaba la blancura de una novia eterna. Últimamente comenzó a empolvarse también los labios y las cejas y eso la hacía atrocemente fea y regia. A papá se le sumieron primero los hombros, luego la cabeza. No hablaba, no reaccionaba, temía tocar. Mamá no era hermosa, era reina. No había una sola línea perfecta en su cara, tenía los ojos arrimados, las cejas recortadas y enroscadas hacia arriba como en sueños y sus labios parecían pequeños por lo ancho de la nariz, que tampoco era especialmente grande. Y lo asombroso es cómo sostenía esa sonrisa etérea, escudriñadora, inquisitiva y sabia, aunque herida, de cierta naturaleza real. ¡Y esa mirada! De pronto, cuando me miraba, sentía como si alguien estuviera parado a mis espaldas. Ahora estoy seguro de que estaba ahí. En realidad, siempre. El doctorcito.

El abuelo eligió una nueva ruta, a través de la calleja de los cargadores, para no tener que pasar frente a la ventana de mamá. La abuela Mirale trató de suavizar el corazón del abuelo con palabras, inútilmente. ¿Cómo es posible? Primero corre a su marido, que el propio Reb Isroel había traído de Podolia, del otro lado del río. Y ahora lo pone en vergüenza a él amigándose con la prostituta del pueblo.

Mamá se puso sus mejores galas, se echó al cuello la piel de zorro cubriéndose las orejas y la pequeña boca cerrada y enérgica y salió apresurada, con mi mano en la suya, en dirección a la oficina del tío Najum, el primogénito que gozaba de la privanza del abuelo. "Pobre niña", oí que mamá decía detrás

de la puerta, “huérfana, y quién va a preocuparse por ella. Acaso ese Niuma de los Zilberman que escupe sangre él solo. Seguramente morirá, cada día se muere un poco”, añadió como si hablara en defensa propia, “y ellos se aman, Nájumke. Se aman tanto.”

No sé si mamá enjugó una lágrima. El tío Najum callaba. La severidad ya había hendido su frente con una grieta autoritaria —la marca distintiva de los Rozner. Cuando salieron, aún no hablaba. Sólo extrajo un reloj de bolsillo semejante al de papá, pero con manecillas, y arrugó la frente. Y entonces le dio una palmadita en la mano enguantada de encaje negro a su hermana.

“Ven”, dijo severa. Ni siquiera el frío había ruborizado su cara blanca. Sólo su boca se tornó aún más pequeña y lívida.

Ahora conversaba con su doctorcito, bien lo sabía.

Aquella noche la luz de la cocina y el fuego de la estufa permanecieron encendidos hasta el amanecer.

Al otro día, la víspera de Purim, a una hora avanzada de la tarde, cuando las puertas de las casas de la Tomozhena se abren de par en par y los hijos de Israel salen familia por familia rumbo a la sinagoga, y la pandilla de chiquillos de la Tomozhena apodada “Ejército de Mardoqueo” se prepara ya para la guerra a muerte contra la pandilla de la calleja de los cargadores denominada por los chiquillos de la Tomozhena “Ejército del Malvado Amán”, y tanto éstos como aquéllos arrancan al pasar las escobas de las brujas de nieve que era tradición de la aldea levantar en cada esquina, callejón y casa tres días antes de Purim. A esa hora desbordante y bulliciosa, mi madre depositó en mis manos la gran bandeja del envío de regalos proverbial con un pastel de miel, orejas de Amán y bollos, dulce de rosas y una enorme hoja de lechuga bañada en miel como tapa. Y sobre el pastel, con letras de natilla: *A Cuca con amor*. Y me ordenó mezclarme entre la gente en la calle y responderle a quien preguntara “es de parte de mamá para su buena amiga Cuca”. La gente se rió o meneó la cabeza o me ignoró. Otros me vejaron o tropezaron conmigo. Los bizcochos se esparcieron por la nieve, los gemelos de Plontig arrebataron lo que pudieron y el remanente se desparramó por el suelo cuando me vi en los brazos de Cuca, en su casa, sofocado de orgullo.

Me siguió Niuma. El rumor había cundido por el pueblo y había traído a Niuma el tísico, en plena luz del día. Y quizá fue Niuma quien llegó antes. Sea como fuere, fue mi herida la que inició todo, a buen seguro.

Una noche cesó la procesión de oficiales en la casa de Cuca, y al día siguiente, en plena luz, se vio a Niuma, hijo del potentado Zilberman, parado en la entrada de la casa de Cuca, carraspeando y escupiendo sangre en su pañuelo.

“Rajav la ramera salvó a Jericó”, me dijo Hirshl en secreto como declarando: ¡estoy de tu parte!

“¿Cómo la salvó? Jericó cayó”.

“La salvó de manos de los gentiles”, asentó Hirshl.

Llegamos al cementerio de los cristianos. Ese era el único lugar en el que

podíamos coleccionar las pelotillas de cardencha denominadas "beiralej", sin salir duramente lastimados por las ortigas venenosas. Las recogíamos en agosto en manojos que escondíamos entre las piedras del muro del cementerio, para Purim. Es cierto que las pelotillas estaban destinadas a las barbas de Reb Bunim Kitl, por costumbre, en el noveno día del mes de Av, día de la destrucción del Templo en Jerusalem. Pero, como decía Hirshl, si en Tishá be-Av que es día luctuoso está permitido divertirse, cuantimás en Purim, que es día de carnaval y alegría. Y no hay nada más divertido a la hora de leer la Meguilá, el rollo del libro de Ester, que esconderse detrás de la casaca de alguno de los rezantes, dispararlas y rociar con ellas la barba roja de Reb Bunim Kitl, el lector. Reb Bunim Kitl lee, jugando la voz, y cada vez que menciona al malvado Amán, se le enreda una pelotilla en la barba, y lo mismo sucede con los diez hijos de Amán, Zeres su mujer, y en todos los lugares en que hay que sonar las caracas. Y cuando Reb Bunim acaba de leer, su barba roja cuajada de pelotillas, arde con la llama de fuego amarilla de la zarza, visión celestial. Y Reb Bunim se va a su casa con la mayor compostura y calma y un cortejo de chiquillos tras él, y ya dentro de su casa, todos los miembros de su familia lo cercan y espulgan sus barbas desde Purim hasta Purim de Susa.

"¡Cuca la puta, Cuca la puta!" —oí una voz detrás de mí. Era Yánkele el chico.

Ese año llegaron pocos. Por el temor que infundía el lugar —ambos cementerios, el de los gentiles y el de los judíos, situados uno frente al otro sobre un monte, nada bueno auguraban. De aquí caen las tormentas de febrero sobre nuestras calles a grito herido, como si todas las manadas de perros de Antip el aniquilador de perros surgieran de sus huesos y resucitaran. Los grandes se hacían sordos junto al calor del hogar, tomaban té y relataban historias y maravillas. Nosotros salíamos precisamente a desafiarlas, pecho al viento y cara a los latigazos de la escarcha. Éramos los leoncillos de la célula del movimiento juvenil y por la Pascua íbamos a recibir el alfiler distintivo con la melena.

Era, pues, de noche y en torno reinaba la oscuridad. Un grito de espanto resonó cuando nos topamos con el zapato que llevaba la pierna dentro. Al otro día encontraron los pedazos helados de un cadáver destripado y descuartizado junto al pozo. Bajo la capa de hielo se veían claramente las señales de una cruz con las puntas encorvadas. Un espanto atroz se adueñó de nuestras calles. El rabino, Reb Yosef Baharav, compuso una plegaria sobre la sangre de los inocentes. Era Anshl, aquél de quien se decía que era ladrón cuatrero, el que sostenía en los días de fiesta el libro de las oraciones al revés, y en los días de trabajo desgarraba la pierna del muslo de las bestias permitidas por el rito con las puras manos, el que hacía cantar la azuela en su mano. No metimos las manos en el crimen, dicen los que viven en la calle de los "katzapes", persignándose. En la procesión de estandartes de la Navidad avanzaban por la nieve pesadamente con sus rostros claros y la cabeza descubierta. Y también ahora caminaban pesadamente, tocando amigablemente en los postigos de las tiendas de los judíos, perplejos. Quizás alguno se había llenado la barriga de aguardiente y

cometió una insensatez. Acaso no viven todos acá en paz con todos, seguramente fue algún demonio, Dios nos guarde, o algún forastero, no un lugareño. Y cómo va a sospecharse de un hombre tan respetable como el señor Gerhart Fromm, el alemán que les enseña a las hijas de los acomodados a tocar el violín leyendo notas. Dicen que fue el incitador. Increíble, un hombre tan quieto e inteligente. Tonterías. La camarilla de Kalb, novicios de carnicería, los cargadores de los molinos y otros simples hijos de carreteros pasaron de tienda en tienda, tocando en los postigos y obligaron a los propietarios judíos a abrir. "Por el honor judío." "¡Para que vean!" "¡Nosotros los defenderemos!"

Y del mismo modo que se habían encerrado antes, así comenzó todo ahora a calentarse y a hervir y las calles se llenaron de gente. "¡Vamos a enseñarles!" —estrenaban el nuevo orgullo. Y los sionistas de Zilberman y Shterenberg de la escuela hebrea Tarbut propalaron el siguiente llamado: "Por el amor de Jerusalem no callaré", mencionaron los disturbios en la Tierra de Israel y establecieron la analogía entre lo que sucedía allá y acá. Pero qué diferencia, ya que acá no cuentas para nada, cualquiera te escupe encima. En el mejor de los casos, "aceitas las ruedas de la historia de los demás. ¿A qué se parece? A un reloj sin manecillas. Pero allá", y así sucesivamente, "y por lo tanto, nuestro lema será: ¡Sin embargo y a pesar de todo!"

Y sin embargo, pocos fueron los que llegaron ese año a coleccionar las pelotillas y fue justamente Yánkele el chico, a quien apodaban Yánkele Mázik, el travieso, el que se presentó:

"¡Cierra el hocico inmundo!"

"¡Cuca la puta!, ¡Cuca la puta!"

"¡Vamos a ver qué tan héroe eres!"

Mi puño cortó el aire. Yánkele Mázik, con la elasticidad de un gato, ya estaba en otro sitio, y su lazo casi me desgarró el brazo de un azote. Era una cuerda como de dos metros de largo con una bolita de plomo en el extremo. La revolvía en el aire como lazo. El plomo lo había arrancado de la cortina que cubría el arca en la sinagoga del abuelo. Cualquiera puede hacerse un lazo, pero no cualquiera mete la mano en la cortina del arca, y además no he conocido a nadie que supiera hacer con el lazo lo que sabía hacer con él Yánkele el chico.

Grité de dolor y corrí tras él.

Tengo que aclarar, que Yánkele no se parecía en nada a Yánkele. Lo único que Yánkele Mázik tenía en común con Yánkele el de la voz de león que recorría sobre la palma de las manos las calles del pueblo para sembrar la inquietud y propagar la causa de la revolución, era el nombre. Yánkele Mázik hacía sus pillerías y se escurría como una lagartija. Fue él quien pegó a la mesa con cola de carpinteros la cortísima barba de Reb Itzik Shkolnik y zampó el envase en la mochila de Hirshl. Su padre, el señor Rejtzig, era el tenedor de libros de los negocios de la familia, y en esta capacidad, entre té y té, como quien no quiere la cosa, le deslizaba a papá una pregunta sobre algún envío de troncos que por lo visto había salido del río Bug, pero no había llegado nunca a las

serrerías. En resumen, tal para cual, de tal víbora tal viborezno.

“Déjalo en paz”, dijo Hirshl. “¡Chinche!”

“¡Cuca la puta! ¡Cuca la puta!”, gritaba Yánkele sin parar y se echó a correr revolviendo el lazo en el aire, conmigo detrás. Quería hacerlo trizas, arrancarle la mano con el lazo y traérsela a Cuca en la misma bandeja en que transporté la vergüenza de mi madre ante los ojos del pueblo entero. Cuando sopla “el furor de la nariz divina”, nos explicó Reb Shkolnik, es como cuando la ira sale por la nariz como fuego. La sangre me manaba de la nariz como fuego. Resbalamos por el monte sobre las asentaderas, en la nieve. Atravesamos el albañal de la plaza del mercado y casi lo cogí por la pierna cuando el lazo silbó sobre mi espalda y saltó por el aire como un resorte. No sentía ya el dolor. Olvidé la cojera, la sangre. Galopé como loco. Cruzamos la plaza de los carreros, la calle de los curtidores, el patio de la gran Sinagoga. En las escaleras de la casa del abuelo cayó Yánkele por fin de rodillas exhausto y dejó de moverse.

“Me rindo. Haz de mí lo que quieras”, murmuró. Parecía pequeño y débil como un polluelo.

No sabía que hacer. Vacilé. En ese momento se encaramó Yánkele por el aire como una llama y antes que pudiera adivinar sus designios, silbó el artefacto y se abatió sobre mi cabeza y por poco me desgarró la oreja.

“¡Cuca la puta! ¡Cuca la puta!”

La sangre se me coaguló en la nariz. Ahora sabía que ya no se escabulliría. Y no habría misericordia que le valiera. Ya no tenía prisa, lo perseguí corriendo al ritmo que él mantenía, seguro de mi venganza, hasta la callejuela de las sinagogas y de ahí a la pequeña casa de estudios del abuelo.

Ahí fue a parar directamente entre las rodillas del tío Najum.

“Déjalo en paz”, dijo el tío Najum. “Es chico y tú ya estás grande. ¿No te da vergüenza? ¿Y dónde está el respeto a los lugares santos?”

El abuelo, desde su asiento oculto detrás del arca, levantó el dedo en señal de “¡Nu!”.

Reb Bunim Kitl, que estaba leyendo la Meguilá de Ester, interrumpió la lectura, las carracas callaron, y yo me lancé como poseído por un espíritu maligno hacia la barriga decorosa y convexa del tío Najum —Yánkele yacía como gallina entre sus zapatos— donde reinaba la magnífica cadena de oro, y tiré de ella con todas mis fuerza. Quería arrancar las manecillas del reloj de bolsillo del tío Najum y quizás también, de paso, estrellar el reloj y hacerlo mil añicos. No existía la menor posibilidad de hacerlo. Por supuesto. Me empujaron. Me cogieron como si fuera una bestia feroz. Mordí y pateé a diestra y siniestra, me liberé y salté sobre la cortina del arca sagrada y colgado de ella me columpié como mono. Quería gritar Yánkele rompió la cortina, no yo, pero me faltó la voz.

“Tu hijo”, amonestó el tío Najum a papá por entre las cabezas de la congregación, “Y tú callas”.

“¡Su hijo y él calla!”

“Por respeto a la santidad del lugar.”

“¿Qué horas son?”, se burlaba ya uno de los muchachos, esperando tal vez que papá extrajera su famoso reloj.

Papá, como un ave atemorizada, hizo ademanes en todas direcciones. El taled se le volaba de las manos, y mientras trataba de doblarlo, se le resbaló el libro de las oraciones y cayó al suelo. Se agachó a levantar el libro y las manos se le enredaron en el taled, y finalmente metió el taled junto con las manos en el saquito y a duras penas las rescató de ahí. Las pústulas de su frente ennegrecieron, sus pequeños ojos empequeñecieron todavía más, el reloj saltó del bolsillo y casi lo abrió, pero no lo abrió, y fueron sólo sus labios los que se entreabrieron en una especie de sonrisa burlona, vergonzosa y bonachona, cuando me tomó de la mano y me remolcó fuera de la sinagoga.

“No hay que enojar a la gente nada más porque sí”, dijo mi padre, “sobre todo al tío Najum, que es tu tío, hermano de tu madre, y es una persona, un hombre, es decir, no tenemos, ni lo quiera Dios, de qué avergonzarnos, acaso no está escrito que Adán es el hombre, y un hombre es siempre un hombre, pero hay superiores y hay inferiores, por ejemplo. Bueno, sin ejemplo, ya lo ves hijo mío. De paso, ¿sabías que tu tío Najum nombra al alcalde del pueblo?”

Luego extrajo su reloj de bolsillo majestuosamente, como siempre, y su honra quedó reparada.

Traducción de Esther Solay-Levy



Aharón Apelfeld

Nació en 1932 en la ciudad de Chernovitz, provincia de Bucovina, Rumania. Durante la segunda guerra mundial fue deportado a Transdníestra a un campo de concentración con su familia, en donde estuvo recluido de los ocho hasta los diez años. Al concluir la guerra vagabundó por Europa hasta llegar a Italia, de donde partió hacia Israel en el marco de la inmigración juvenil judía. Se educó en un instituto perteneciente a esta misma organización, cerca de Jerusalem donde concluyó sus estudios secundarios. Desde entonces radica en esta ciudad. En los años cincuenta, después de haber concluido su servicio militar, cursó sus estudios de literatura hebrea e idish en la Universidad Hebrea de Jerusalem. Divide su tiempo entre la enseñanza en un seminario para docentes y la creación literaria. En los años setenta fue escritor invitado en Argentina, Estados Unidos de América e Inglaterra, donde dictó conferencias sobre literatura judía. Es autor de cuentos, novelas y ensayos.

Durante sus años de estudio en la universidad comenzó a publicar poemas y más tarde cuentos en revistas literarias. Su primera recopilación de cuentos titulada simbólicamente *Humo*, aparecida en 1962, marca los principales temas de su futura obra: la búsqueda del significado del holocausto, no a través de la descripción de los horrores de la época sino por medio de la reconstrucción artística de los tiempos anteriores o posteriores a esta catástrofe o de los acontecimientos aparentemente marginados de la gran matanza de los judíos. En estos cuentos se presenta el destino de los sobrevivientes del holocausto en Europa, aquellos que se salvaron y que se encuentran vagabundeando por Europa o aquellos que llegaron a Israel y tratan de aferrarse a la vida; pero el recuerdo aterrador del pasado y el terror que sienten ante su futuro los persigue como una enfermedad mental que los deja sin fuerzas para vivir o entender el mundo que los rodea. Es por esto que ellos se dirigen hacia la muerte física o espiritual. En su segunda recopilación de cuentos titulada *En el fructífero y envenenado valle* (1963), se profundiza el carácter simbólico de los cuentos. Las situaciones de huida, terror o estancia en albergues especiales para los sobrevivientes, los cuales no pueden salvaguardarlos de su pasado, los conducen hacia el anhelo de liberarse de su identidad judía, transformándose en situaciones simbólicas del destino existencial del pueblo judío. La recopilación posterior titulada *Helada sobre el país* (1965) obtuvo el premio Usishkin a la Literatura. Éstos son cuentos simbólicos en los que se realiza un retorno a la vida judía en la Europa anterior al holocausto. No es un regreso a su existencia social sino a la esencia espiritual, a las

situaciones y tendencias básicas, iluminando la vida judía como paradoja deformada y sagrada a la vez que por su anhelo a la perfección, a lo sagrado dentro de una existencia distorsionada. Estos temas también prevalecen en su libro de cuentos *En la planta baja* (1968), el cual obtuvo en 1969 el premio del Primer Ministro a la Literatura. Su primer novela, *La piel y la camisa*, aparece en 1971 y con la segunda titulada *Como la niña del ojo*,¹ establecieron su posición como uno de los escritores centrales de su generación. La selección de sus cuentos bajo el título de *Como cien testigos*, obtuvo el premio Brenner en 1975, mismo año de su publicación. Posteriormente publicó una recopilación compuesta por dos novelas cortas *Años y horas* (1975) y una novela bajo el título *Tiempos prodigiosos*,² en las cuales se desarrolla la tendencia de reconstruir la realidad judía en Europa antes de la guerra. Aparentemente es una existencia perfecta y estable, pero sobre la cual sobrevuela ya el destino de exterminio, de muerte en un mundo misterioso y amenazante. Posteriormente se publicaron las novelas: *Badenheim, 1939* (1980), *Tzili: el cuento de una vida* (1983) y *Al mismo tiempo* (1985). Sus ensayos sobre temas literarios y culturales se enfocan siempre en su visión personal y han sido recopilados en *Ensayos en primera persona* (1979). En 1983 obtuvo el máximo premio, el del Estado de Israel a la literatura, llegando a ser el primero de su generación en recibirlo. Muchas de sus obras han sido traducidas a varios idiomas, algunas de éstas al español.

¹ *Como la niña del ojo*, traducción de Etty de Hoter, Jerusalem, La Semana, Publicaciones, 1977.

² *Tiempos prodigiosos*, traducción de Etty de Hoter, Jerusalem, La Semana, Publicaciones, 1980.

LA CAZA

La melodía de los remos se fue quebrando, hasta llamarse a silencio. Voces aisladas siguieron cantando para sí, como ecos, el fuego se deslizó por encima del agua. Los botes eran arrastrados hacia adentro, al interior del canal que se fue estrechando. Y el canto acompasado, que persiste en la memoria de generaciones, perduró en el silencio. Era la estación moderada pero el rito de la salida fue el de siempre. Mujeres y niños, en la orilla, agitaron sus manos por largo rato; finalmente quedaron el sol, el viento y el agua, como quedan siempre en este enclave, y sólo una vaca, abandonada, seguía recorriendo con sus ojos embotados el silencio que iba asentándose en derredor.

Un solo bote giraba como perdido junto al estrecho canal, como temiendo penetrar dentro de él, y finalmente fue atrapado también, siendo arrastrado corriente abajo hacia adentro, a la oscuridad tenue. —No hay por qué esperar más —dijo el pescador— no hay nada que hacer. Quieras o no, en esta época del año hay que ir lejos.

Enderezó los remos y estabilizó el bote en la corriente, que se hizo más moderada a medida que se iban alejando. “Aquí no hay pesca. Por un poco de pesca hay que alejarse hasta la loma del diablo.” El bote bogaba con la corriente. El agua verde era cortada por la proa y salpicaba los costados empinados. Pesadas ramas se extendían sobre ellos, irradiando su frío. Janek no escuchaba los bisbiseos del pescador. Durante muchos días lo curtieron los vientos de la montaña y la oscuridad húmeda; las bolsas fragantes inclinaban su cuerpo al sopor. Sentía la corriente que lo llevaba, y todo el peso de su cuerpo atraído hacia el fondo del bote, como un saco lleno y mojado.

El pescador maldecía, cantaba, como si no llevara a nadie entre sus trebejos. Conocía esa ruta desde siempre. Sus padres y abuelos solían salir por ella a las lagunas. Muchas cosas se contaban acerca de ese canal largo y estrecho que devoró en su seno no pocos pescadores. Una roca que se desprendía de su sitio, una rama que se quebraba, a veces, el fondo mismo.

—¿Hacia dónde? —preguntó el pescador, como tratando de trabar conver-

sación— ¿Hacia dónde te diriges?— Janek trató de alzar su cuerpo. La voz del pescador le llegaba como en sueños. “Te pagaré, a las lagunas” —respondió. El pescador lanzó la carcajada y prosiguió con su tarea. El agua fue haciéndose menos profunda y la inmensidad, que el verano inundó de sol, se extendió ante ellos. El pescador detuvo el bote.

Por un momento el pescador quedó absorto dentro del silencio contenido. Janek sintió la humedad de su camisa, el ligero embotamiento de sus miembros. Un sol de fin de verano doraba las praderas rasuradas y los árboles, con manchas de amarillo pintándoles las ramas, aparecían livianos, curtidos, como si flotaran a ras de tierra. No estaba seguro dónde estaba, ni quién era el pescador que aceptó llevarlo en su bote hasta las lagunas.

—¿Y qué harás allí? —dijo el pescador— mientras rasgaba una lonja de pescado ahumado. Estaba sentado a sus anchas en el bote, como si fuera parte de él. Los asomos de barba le ornaban el rostro como cortezas de un árbol.

—No lo sé todavía —y sintió que no debió haber contestado así. La vivencia de la muerte del caballo se hizo palpable, como si el vaho del resto vital brotara todavía de su cuerpo peludo y húmedo. Veía ahora los ojos últimos del caballo que lo miraban con la sabiduría que sucede a todo. Le parecía que no fue sino un leve sopor que cayó sobre él y volteó también al caballo. Tendió el oído y el silencio que se enredaba en el aire trajo a sus narices un olor de heno podrido.

—El caballo murió —dijo Janek.

—¿Tu caballo?

—El mío, que heredé.

Janek extrajo pan de su mochila y el pescador le extendió una lonja de pescado.

Mientras el silencio se acunaba en el agua, emergieron, como si hubieran bajado de los árboles, una bandada de hombres negros. Se piaban unos a los otros y al sentir la mirada del pescador, se enroscaron, y junto con ellos se enroscaron las antenas que les sobresalían por encima. Al parecer, no habían esperado encontrar a nadie.

Los ojos del pescador se aguzaron y las cejas se le pusieron rígidas. El blanco de los ojos produjo una red de venillas rojas. Midió la distancia. Ellos abrieron los ojos que se alzaron y colmaron la frente. También ellos midieron la distancia. “Malditos, no me les acercaré” —dijo el pescador, y posó los ojos en el fondo del bote, como buscando algún proyectil que pudiera arrojar. Por un instante el verano se azuló. Fibras de lino volaban al viento, y los árboles a su sombra. A Janek le pareció que las siluetas delgadas, que se mecían al pie de los árboles, se hundían en la tierra. El humo vino de la aldea y por un instante se demoró con una especie de transparencia, y se desvaneció.

—Se sentaron —dijo el pescador, que no les quitaba los ojos. Durante un largo rato el pescador permaneció inmóvil, sumido en sí mismo. La piel en torno a sus ojos se azuló. La concentración y el examen fueron cuajándose en su rostro, y un músculo involuntario debajo de la mandíbula empezó a moverse

solo, señal de fuerza que se acumula. Había una especie de transparencia en sus cuerpos, una transparencia que enervaba, como una piel tensa movida por las venas rosadas, reticuladas. No eran feos pero tampoco hermosos, como aves que el verano les deja sus plumas por encima del cogote, pero la piel de sus cogotes largos y desnudos despierta, por alguna razón, la idea de un cuchillo filoso.

La mirada del pescador se hizo más práctica, como si se dispusiera a comprarlos. Era la mirada de un campesino en la feria, con las manos cruzadas a la espalda. Janek no pensó que eran pensamientos de caza que se iban tramando en secreto, enfocándose en ese punto en el que ya no hay necesidad de pensar. El pescador volvió a envolverlos con la mirada. No eran miradas de odio. Estaba sereno, como antes de la acción.

—Yo no los puedo soportar.

—¿Por qué? —dijo el pescador.

—Porque no.

—A mí no me molesta mirarlos.

—A mí sí.

—Cuando joven solía entrenarme en la caza de judíos. Por un judío cazado daban una buena suma. Y yo me moría por la plata.

El pescador volvió a mirarlos, mirada de campesino acostumbrado a las bestias, con las que se encariña mientras están vivas.

—Yo no los puedo soportar —volvió a decir Janek.

El pescador no contestó. Aquellos seguían en silencio mientras se instalaban debajo del árbol. Janek seguía sus movimientos. Eran muchos. La sombra de las ramas pintaba franjas pardas en su blancura. Parecían seres llegados de un largo viaje y que tenían todavía mucho por andar.

—Ahora están cansados —dijo el pescador—. Si estuvieran cerca trataría de cazarlos —sonrió con una sonrisa de viejo que se reserva más secretos con los cuales sorprender a los jóvenes. Entretanto miró de reojo y la curiosidad, esa que está acuñada en los campesinos por generaciones, sonrió en su mirada. La pasión por la caza pareció desvanecerse en sus ojos, y la mirada acariciante, que se concentra en los detalles, se enroscó en sus cejas, como si se preparara para tasar edades, pero dijo: “Tienen piernas largas, escondidas debajo de las ropas, y es lo que les ayuda a dar saltos como saltamontes.” La mirada del pescador se fue distendiendo y esa curiosidad aferrada a sus ojos, que usa sus propios sentidos para estudiar la naturaleza, parecía a punto de levantarse para palparles las ropas, las piernas, como hace el campesino con los animales.

—¿Te diste cuenta cómo alzan los ojos por encima de las antenas?, así escuchan.

Se veían cada vez más tenues, y sus miradas fueron creciendo como si su existencia entera estuviera en sus ojos. No fijaban la vista en nada. Erraban con las miradas como si quisieran absorberse o diluirse, y entonces parecía que seguirían así, hasta anularse totalmente y sólo sus miradas persistirían y seguirían obrando sin ellos, sin sus ojos. El pescador también se sintió fascinado.

Era evidente. Un poco más y los llamaría con un silbido, como se llama a un animal doméstico.

El sol persistió con fijeza en el firmamento, sin dar calor. Las aguas del río se movían con lentitud, dejando ver el fondo transparente. El pescador la miraba con seguridad, con leve afecto. El pensar que la sangre de ellos corría por sus venas alarmó a Janek más que nunca, como si hubiera descubierto el secreto de la muerte. Recordaba ahora, como a través de un vidrio grueso y transparente, que su madre le solía decir en un susurro que era gente maravillosa, que los extrañaba, que no eran como los campesinos. El padre era inflexible: en mi casa, ni nombrarlos; y la madre, sumisa, ocultaba sus pensamientos.

—Me pregunto —dijo el pescador— cómo hacen para aparearse.

Terminó de comer. Su moderación lo dejó. Una mofa oculta afloró en sus labios. “Hace años que no cazo judíos. En el invierno solía acecharlos, pero en los últimos años se hicieron más ágiles. Se deslizan entre los dedos como si estuvieran hechos de escamas.” El pescador no estaba enojado. Parecía un artesano que en un momento de buena voluntad sabía apreciar el trabajo de su rival.

Echados debajo del árbol, abrieron sus valijas. Algunos se despojaron de los negros abrigos y el blancor de sus camisas brillaba al sol. Era evidente que ya no sentían temor. Hablaban entre sí levantando la voz como si estuvieran solos. El enigma de la vida de esos seres instalados debajo del árbol estaba más lejos de él, quizás, que del pescador. De ellos extraía ahora el secreto de su propia muerte. Todos a los que esa sangre les corría por las venas debían morir de mala muerte, porque a eso estaban destinados. La antipatía que su padre sentía por ellos la entendía ahora de otra manera. Su padre luchaba contra la muerte que albergaba en su seno.

Levantó los ojos sumidos dentro de sí mismo y los examinó. Una tristeza manaba de sus ojos. Los ojos de Janek sólo se aferraban a sus miradas tristes. Sabía que esa tristeza no podía albergarse sino en ellos, porque era la tristeza de después de todo. Tenía ansia de su tristeza, como de agua, pero estaban lejos, y la tristeza de ellos se deslizó por su rostro sin tocarlo.

—Cuando yo era chico —dijo el pescador— aterrizaban en bandadas y se desparramaban por la aldea para comprar. Nosotros corríamos tras ellos y les tirábamos piedras. Ellos recibían las pedradas y aguantaban sus gritos. Una vez los perseguimos hasta el puente. Al llegar al puente gritaron. Al parecer, no saben nadar. Qué gente rara. El sol se inclinó en los árboles hacia el sur. Se levantaron y sacudieron sus negras ropas. Su talla se estiró sobre las largas piernas. Oteaban la dirección y cuando la encontraron se aferraron a ella como pájaros. Por un momento pareció que se echarían a volar, pero se quedaron quietos.

—Al parecer, tienen un olfato muy desarrollado —comentó el pescador.

La idea de que su padre y su madre habían pertenecido a esas bandadas no lo abandonó. Imaginó cómo se desconectaron, cómo los persiguieron, y el cuadro se fue grabando con una especie de prístina claridad.

—Y qué, ¿no pueden cambiar?

El pescador captó la pregunta y dijo: en todo caso, en esa región no pueden disimular. Los conocemos. A veces lo intentan, pero nosotros los conocemos, desde generaciones.

De pronto algo pareció cambiar en la expresión de su rostro de viejo, y dijo: “Cuidate de ellos, hijo mío. Son astutos, son los zorros entre los hombres. Tú cierras la trampa con pestillo, el oso puede rugir, pero finalmente queda atrapado. Pero el zorro, hijo mío, cuidate de él.” El pensamiento de que el padre fue quien lo extrajo de este destino exaltó por un momento su pequeño egoísmo. Pero no pudo regodearse por mucho tiempo. Recordó que los campesinos solían decirse entre ellos que los judihuelos desafiaron a su Dios y por eso debían rendir cuentas. Se puso triste porque pensó que todavía el peligro no había pasado, y que ese aire quieto en el claroscuro crepuscular no duraría mucho. La maldita oscuridad o una manada de lobos o alguna plaga sin nombre lo alcanzaría. Quien desafía al Dios de sus antepasados, el Dios de sus antepasados no lo perdona; y si bien las cosas fueron dichas por torpes campesinos, pescadores ignorantes, las palabras se le antojaban ahora proféticas. Por un momento le pareció que ese bote, ese claroscuro no eran sino el corredor a través del cual era conducido por la cólera del Dios de sus antepasados.

—Tú no eres pescador —dijo el pescador.

—¿Cómo lo sabes? —se sacudió de sus reflexiones.

Por las manos. Aunque el pescador extienda su mano en la oscuridad, sabré que es una mano de pescador. Los pescadores tienen manos contraídas. Y tú, ¿en qué trabajas? ¿De escribiente del bosque o en los depósitos?

—En los depósitos.

—Sabía que no eras de los nuestros.

Después de una pausa prosiguió, como hablando consigo mismo: “Si un pescador se aleja en dirección a las lagunas y regresa a nosotros después de muchos años, sabremos que es uno de los nuestros.

Los pescadores que traspusieron las lagunas y se fueron a trabajar a las fábricas, murieron allí de nostalgia.

Janek sintió ahora que las miradas se volvían a él. Eran miradas lejanas, perdidas, que se aprehendían en él como en la maraña.

Trató de desprenderse de ellas. Si el pescador dijera, ven, salgamos, vayamos a echarlos, se levantaría y saldría. Pero el pescador prolongó su mirada y como si notara un cambio en la postura, dijo:

—Están rezando.

También él los odiaba, como su padre, pero este odio heredado carecía de fuerza. Y por eso, no quedó de él sino tristeza.

El pescador no les quitaba la mirada, la misma con que solía seguir los movimientos de una multitud de peces, curiosidad con mezcla de pasión de la caza.

El día iba poniéndose y el parloteo del pescador cesó. Empezó a preparar las redes para la noche, la mirada concentrada, como antes. Anudaba hilos ro-

tos, deshacía nudos. Una semana hacía que no levantaba nada. La pesca iba mermando. En la aldea se corrió el rumor de que, desde la primavera, había aumentado la salinidad de las lagunas.

Janek quedó ahora expuesto a sus miradas. Terminaron de rezar y siguieron de pie. La tristeza flotaba en sus miradas, como si hubieran alcanzado el punto más bajo de la esperanza. Al parecer, el día los agotó —pensó Janek. Si aparecen los soldados a caballo no tendrán fuerzas para volar. Ahora comprendió que también él podía transformarse. Sus ropas se tornarían negras, su rostro perdería su tostado, erraría por la faz de la tierra y los campesinos lo perseguirían; y ellos, cuya sangre corre por sus venas, no lo aceptarían en sus bandadas.

Hubiera querido acercárseles, pero sabía que si se acercaba se alborotarían y huirían como aves nocturnas entre los árboles. El día prolongó su crepúsculo. El pescador estaba zambullido en sus redes, ataba, desataba, y todo lo que fluía en el silencio no le interesaba, no escuchaba.

—¿Qué hacen de noche? —preguntó Janek.

—Regresan.

—¿Pueden volar?

—A veces —dijo el pescador, con aire de entendido— mi padre me contó que una vez vio a dos judiitos congelados sobre un árbol. Qué tipo raro eres, que no viste en tu vida judíos y tus padres no te contaron.

—Me contaban —dijo Janek— pero no mucho.

La noche se acercaba y los árboles se llenaron de rojez. De las montañas llegaba un fuerte aroma de frío. La melancolía se desprendió de sus miradas. Se sacudieron como pesados escarabajos que tratan de desprenderse de sus caparazones, pero siguieron pesados y aferrados a la tierra. Cierta opacidad se fue extendiendo por sus ojos, como si estuvieran por perder la vista.

—Tengo ganas de cazarlos —se despertó el pescador.

—¿Por qué? —dijo Janek, sin saber lo que hablaba.

—No viste nunca cómo se cazan judíos.

La mirada del pescador volvió a concentrarse en sus cejas. Era una concentración acompañada de una sonrisa interior.

—Vengan —llamó el pescador a toda voz— quiero comprar sal.

La voz del pescador arremolinó el silencio. Por un momento la sorpresa los congeló, y se apretujaron en un bloque negro. Los ojos se estremecieron, sobresaltados, por encima de las antenas.

—Vengan, quiero comprar sal. Tengo efectivo.

Al principio parecía que vendrían juntos, en bloque, pero al parecer uno de ellos se ofreció para ir solo. Intentaron impedirselo. Otros empezaron a hurgar dentro de sus valijas, sea escondiendo, sea buscando.

Uno alto se desprendió del bloque y se acercó. Fue aproximándose con lentitud y su rostro blanco se aproximó junto con él.

—¿Cuánto quieres?

—Un “pud” —dijo el pescador.

—Tanto no tenemos.

—Y bien, ¿cuánto tienen?

—Un cuarto.

—Lástima. Hubiera querido más.

—No tenemos más.

—¿Por qué no consiguieron más? Y ¿dónde está la sal de la que hablas?

—La tengo conmigo.

—Entonces, ¿por qué no te acercas?

—Tira tú, y yo tiraré después.

—Qué, ¿le temes a un viejo pescador?

—Tira tú antes.

—¿Cuánto?

—Un plateado.

El pescador se agazapó, tensó, extrajo un cuchillo y lo arrojó. El cuchillo no erró el blanco. El hombre se encogió sobre sí mismo. Sus hermanos corrieron a él. Él ululaba, pero ellos, como un equipo bien entrenado, lo arrastraron con rapidez. El pescador saltó del bote, ellos fueron retrocediendo y su retroceso se hizo más organizado a medida que el pescador se acercaba. Al principio se escuchaba aún el lamento del herido, pero poco a poco fue cesando. El pescador no daba el brazo a torcer.

Un olor de sangre fresca mezclado con el olor de plumas arrancadas llenó el aire, y un silencio de después de todo sorbió en su seno el ulular del herido. El silencio no se prolongó. Las aves de rapiña nocturnas parecieron despertar de su sopor y se precipitaron como después de un asesinato, para ser testigos y cómplices. Pero al no encontrar nada giraron y giraron, mientras sus graznidos llenaban el espacio de un olor distinto, un olor frío de decepción colérica, como si se dispusieran a clavar sus picos en la tierra.

—¿Viste? —dijo al regresar— si no los agarras de sorpresa, se deslizan como peces entre los dedos. Hubiéramos debido rodearlos entre los dos.

La noche cayó y en la cabeza de Janek empezaron a sonar campanas. Como en un sueño los sonidos se duplicaron. El ulular del herido se mezclaba con el son de las campanas. La oscuridad era completa. El pescador hundió los remos profundamente en el agua, como sabiendo que también esa noche su mala suerte lo acompañaría en las lagunas. No dejaron ni una valija. Para la próxima vez no se atendería a las reglas de la caza. Sino que los trataría como se merecen, desde la emboscada.

El agua ennegreció. El bote avanzaba sin salpicar, deslizándose. No hacía falta remar. Janek sabía que esa oscuridad rala que ahora tendía sus redes era el portal para una oscuridad distinta. Y también cuando estuvieron adentro, en el canal, dentro de la corriente que los conducía a las lagunas, seguía viendo a los ojos errando por encima de las antenas, ellos mismos demasiado tenues para ser reales; sólo las miradas, como si todo su ser se volcara dentro de las miradas incandescentes.

Traducción de Etty E. de Hoter

Shammai Golán

Nació en Polonia en 1933; vivió durante la segunda guerra mundial bajo la ocupación nazi y más tarde en la Unión Soviética. Después de la guerra trató de inmigrar a la tierra de Israel en el marco de la inmigración juvenil judía, pero su barco fue capturado por la Marina Británica y fue exiliado a Chipre, donde permaneció en un campamento de refugiados durante seis meses. En 1947 llegó finalmente a la tierra de Israel y se educó en el kibutz Ramat Hakovésh. Al concluir su servicio militar, cursó sus estudios de literatura hebrea, historia y pedagogía en la Universidad Hebrea de Jerusalem, dedicándose después a la creación literaria y a la enseñanza en colegios secundarios y en seminarios para maestros, en Jerusalem. Entre 1971 y 1978 fungió como director de la Casa de Escritores en Jerusalem, asimismo fue miembro del consejo directivo de la Asociación de Escritores Hebreos. Organizó y presidió el XXXIX Congreso Internacional del PEN club internacional, que se llevó a cabo en Jerusalem en 1974 y es miembro del consejo directivo de dicha organización. Representó a los escritores israelíes en varios congresos internacionales. En 1981 fue electo presidente de la Asociación de Escritores Hebreos, cargo que desempeñó hasta 1984. Actualmente es consejero en la Embajada de Israel en México.

Es autor de novelas y cuentos. El primero fue publicado en 1962 en *Masá*, el suplemento literario principal de aquella época, editado por Aharon Megued. El manuscrito de su primera novela recibió el premio Asher Barásh de la Editorial Masada, otorgado al mejor manuscrito de escritores jóvenes, siendo publicado por la misma editorial, bajo el título de *La última vigilia*. La novela marca los temas principales de su futura obra: el destino trágico de los judíos en el holocausto y la tragedia de los sobrevivientes, los cuales han perdido la fuerza o la voluntad de vivir. La novela narra la historia de un niño, durante el holocausto, que se enfrenta con el terror, el hambre, la orfandad y la soledad. Esta novela se enfoca a su esfuerzo por sobrevivir, a pesar del desmoronamiento de la fe ante un mundo aterrador, y termina con el surgimiento de la esperanza de llegar a Israel. Su segunda novela titulada *Ofrendas* apareció en 1966 y obtuvo el premio ACUM (de la Asociación de Escritores y Músicos). El título insinúa su tema central: el sacrificio de las víctimas y el autosacrificio de los sobrevivientes motivado por sus sentimientos de culpa por no haber podido salvar a sus seres queridos, así como el enfrentamiento entre judíos y cristianos, entre los sobrevivientes y los británicos y después entre estos mismos sobrevivientes y los nacidos en Israel. En 1971 fue publicada su novela *La*

muerte de Uri Peled, la cual se enfoca al destino de un joven oficial del ejército, sobreviviente del holocausto, que se esfuerza por arraigarse en los principales campos de la vida israelí —el kibutz, el ejército, la universidad y la vida familiar y social— y cuyos esfuerzos se ven frustrados ya que su pasado lo persigue y lo conduce a través de un camino doloroso —de búsqueda espiritual, acompañado por esterilidad física y espiritual— hacia la muerte en la guerra de Seis Días. Esta novela fue galardonada con el premio del municipio de Ramat Gan a la literatura. Sus cuentos, recopilados bajo el título *Escapes a corta distancia*, aparecieron en 1976. Éstos abarcan varios campos de la realidad israelí y se caracterizan por el diseño realista-lírico y simbólico de la vivencia trágica de los personajes que en un momento de crisis se lanzan hacia un dilema existencial, el cual los fuerza a comprender el significado de toda su vida, en un proceso doloroso que los conduce hacia la esperanza o hacia la derrota final. La recopilación obtuvo el premio Agnón del municipio de Jerusalem y su cuento *La desaparición del padre* ganó el premio Valenrod que otorga la Asociación de Escritores Israelíes, al mejor cuento. *Palio*, una novela y tres cuentos, apareció en 1983, introduciendo por medio de monólogos de los personajes, la historia de un matrimonio, así como nuevos temas de la realidad israelí. Este mismo año se publicó una selección de su obra bajo el título *La emboscada*. Asimismo publicó una antología titulada *El holocausto*, compuesta por documentos, obras literarias y ensayos de crítica literaria. Escribió también radioteatros, transmitidos por la radioemisora israelí y el guión cinematográfico de la película *Tres y una*. Sus cuentos han sido traducidos en varios idiomas y una recopilación se publicó en español.¹

¹ *Escapes a corta distancia*, traducción de H. Heidenberg, I. Stoliar y N. Goldgrub, México, Costa-Amic Editores, 1985.

LA DESAPARICIÓN DEL PADRE

Y cae la nieve sobre Jerusalem. Sobre todos los montes está nevando. Sobre el monte del Templo y el Monte Sión, sobre Sheij Yáraj y sobre Wadi Ýoz.

Pinjás Sadé

Qué bien se está ahora en casa, querida Clara. Estoy sentado junto a la estufa de gas escribiéndote mi última carta. La llama arde y va calentando mis piernas congeladas. Me siento muy cansado. Y culpable. A Shaulik, nuestro hijo, lo he echado fuera a la nieve. Ventura, el vecino, estaba en el patio y gritaba, ¡loco!, ¡echa a su hijo inválido! Y yo allí de pie he tirado fuera también las muletas. Para que dejara de arrastrarse como un gusano. Para que anduviera erguido. Aunque fuera con muletas, pero erguido. Ventura gritaba: ¡tu hijo está herido y lo echas de casa! Allí estaba Ventura, frente a mi ventana helada, cargado de pan y leche, gritando, ¿no te da vergüenza, Naileben?, ¿no te da vergüenza!

Ahora fuera todo está en silencio. También aquí dentro, en casa. Sólo se oye el chisporroteo de la llama de la estufa. El carro blindado ya ha pasado y ha recogido a Shaulik. También Ventura se ha metido en casa. Ventura es la quinta generación nacida en el país, séptima por parte de madre. Los nacidos en esta tierra no están acostumbrados a la nieve, por eso se ha puesto a almacenar alimentos.

Seguro que Shaulik ya está con Nitsa en la habitación blanca y caliente del hospital. Tú, querida, prometiste que sólo volverías a este país para mi entierro. Eso fue lo que dijiste al salir de la habitación del hospital donde estaba nuestro Shaulik todo cubierto de vendas. A tu entierro, Naileben, volveré hasta de Canadá. Tanto odio, Clara. Pues prepara un billete de avión para mañana

por la mañana. Shaulik y Nitsa te acompañarán, quizá hasta tu Toronto de Canadá. Nitsa está muy guapa con el traje de hermanita de la caridad. Bata blanca, toda almidonada y la estrella de David como una corona sobre la cabeza. Piedad, querida enfermera, piedad para un pobre hombre viejo. Tienen que casarse en Jerusalem, inmediatamente después de los siete días de duelo. Y no se te vaya a olvidar invitar a Ventura. Nos han quedado pocos amigos. A los vecinos no les gustan los inválidos. Ni yo tampoco con mis erupciones. Pero Ventura está acostumbrado a las penalidades de nuestro país. Séptima generación en esta tierra por parte de madre. Es nuestro signo, dice Ventura, pero a pesar de todo hay que luchar, no hay que rendirse. Hoy ha andado correteando de tienda en tienda, preparando su casa para cualquier emergencia. Pan, leche, harina y azúcar. En una ciudad incomunicada tienes que comportarte como si estuviera sitiada, dice Ventura, que recuerda perfectamente el largo asedio del año cuarenta y ocho. La sesión de la Knesset* ha sido postergada, han anunciado por la radio; la subida del Castel cierra de nuevo la entrada a la ciudad, como en los días del gran asedio. Los coches patinan hacia atrás, se vuelcan. Sólo yo me he atrevido a abrir la ventana. Y la mano blanca, fría, acaricia mis heridas. Una mano invisible, tranquilizadora. Alrededor silencio. Hasta el trinar del gorrión se ha esfumado. Sólo queda una mancha oscura en la nieve, al pie del pino.

Shaulik gritó: ¡Papá, te has vuelto loco! ¡Salir con esta nieve!

No te preocupes, Clara, Shaulik se arreglará. Nitsa está aquí. Y el ministerio de defensa. Si nosotros lo logramos allí. Tú en el convento. Yo en el bosque. Me hacía ochenta kilómetros al día en el trineo por el bosque. Después de que volamos la vía con el tren que llevaba los soldados. Y la nieve sigue cayendo borrando nuestras huellas. Baruj Naileben que enterró a su madre, a su hermano y a su hermana en una fosa común se venga de los alemanes y se escapa en un trineo como el príncipe de un cuento.

Sólo a Jerusalem se le declara ciudad sitiada un día de nieve. Se instala un cuartel de emergencia. Por la noche salen los carros blindados a despejar las calles, a limpiar las arterias vitales. El ilustre alcalde en persona va al frente del ejército que desparrama sal y arena por las calles principales. Para las camionetas de abastecimiento, para las ambulancias que tienen prisa por llegar a los hospitales, para los coches fúnebres que se apresuran a los cementerios, ¡que el muerto no pase la noche en casa!

A través de la ventana seguí a Shaulik con la mirada, Clara. Al principio estaba echado ahí en la nieve, una mancha oscura, negra, agitándose como un gorrión atacado por el frío. Después empezó a reptar arrastrando sus piernas paráliticas. Se arrastraba como un verdadero guerrillero haciendo avanzar el cuerpo ayudándose de los codos. Hasta que le tiré las muletas. Enseguida se levantó y se fue hacia la carretera. El doctor Shadmon me advirtió que si no ponía voluntad nuestro hijo nunca se levantaría de la cama. No todo herido

* Cámara de diputados en Israel. (N. del T.)

de guerra es además héroe, señor Naileben. De todo hay. Los periódicos, le dije al doctor Shadmon. Quería justificar a nuestro hijo, Clara. Como si necesitara justificación alguna. Como si no fuera yo el culpable de que un obús egipcio hubiera alcanzado su tanque.

Pero yo le conté al doctor Shadmon cómo de pronto nos abandonaste, Clara. Cómo conociste a ese Weinberg paisano tuyo y te sedujo para que te fueras con él a Toronto. Y cómo no volviste porque Toronto a orilla de los lagos te gustó, y cómo Weinberg produce en su fábrica salchichas y embutidos en cantidad suficiente como para abastecer a todo Canadá.

Y también le conté que no te resignaste a perder a Shaulik. Exigiste que el niño se reuniera inmediatamente contigo. Weinberg se alegraría de poderlo adoptar como hijo. Incluso pusiste un hábil abogado que le pedía al juez, en nombre de la justicia, que nuestro hijo se separara de su padre y marchara con su madre como lo manda la Madre Naturaleza. Hasta me llamó loco. Todo en nombre de su clienta, así lo dijo. Su clienta le había dado pruebas. El juicio tuvo lugar en un cuartucho estrecho, asfixiante, con barrotes en las ventanas, una pesada puerta y, claro está, el guarda. En los bancos pares de ojos curiosos, como si estuvieran viendo una obra de teatro. En aquel momento odiaba hasta al juez que no me miraba sino que tenía la mirada fija en un punto perdido de la pared, indiferente a lo que hacía tu abogado, Clara, que me estaba descubriendo, dejando desnudo ante todos. El abogado ese hasta se atrevió dando un salto a colocármese delante y arremangarme la camisa para descubrir las cicatrices de las erupciones del brazo, y me tiró del cuello de la camisa mientras gritaba: aquí también, aquí también tiene heridas. Después intentó explicar, haciéndose el entendido, que mi enfermedad es psicósomática, que es incurable, una especie de locura, señor juez. Si, por ejemplo, uno de nuestros soldados resulta herido en alguna operación en la frontera, unos terroristas infiltrados asesinan a un trabajador nuestro en el naranjal, unos niños resultan heridos en la sinagoga por una granada, o simplemente hay cierta tensión en la frontera, al momento le sale la erupción al señor Naileben. Y dígame su señoría ¿cuándo no hay tensión en nuestras fronteras?

Me acuerdo muy bien de tu abogado, Clara. Bajo, peinado, embadurnado de brillantina, bigotito fino, corbata negra sobre camisa blanca, gemelos dorados, y los brazos extendidos bajo la capa como unas alas negras. Con sus cortos dedos intentaba mostrar cómo me desgarró la carne cuando me sobreviene el acceso, y es que él no sabía que las cicatrices se abren por sí solas. Al final, allí de pie, resumió con voz dramática, imposible, señor juez, dejar a un niño de diez años en manos de un loco.

Tu abogado cometió un solo error, Clara, y por tu culpa. No le contaste que fui combatiente en los bosques, y que en el fondo seguía siéndolo. Tú, seguro que le prometiste al abogado que me rendiría en seguida, que comprendería que por el bien de Shaulik tenía que ceder. Pero yo no quería entender. Por eso empecé a contar que la madre de Shaulik era una mujer ligera de cascos y que debía considerársete como adúltera. ¿Cómo es posible que una madre

abnegada abandone a su hijo y a su marido y se vaya con un tal Weinberg que le promete una casa llena de salchichas y sirvientes y unas fronteras seguras? Tu abogado, de puro asombro y nerviosismo se desabrochó los gemelos. Les conté también algunas intimididades, Clara, también a los jueces les gusta oír chimes de alcoba. Y también les hablé de tu crueldad para con nuestro hijo, cómo le pegabas cuando te enfadabas hasta el punto de que Shaulik huía de ti y se refugiaba en mí que jamás le puse la mano encima, señor juez.

Ahora me marchó para siempre, Clara, y te dejo a Shaulik. Ha vuelto casi a convertirse en un niño. No puede andar, se enfada con facilidad, hay que tener mucha paciencia con él. Ahí tienes a tu niño, Clara, y yo soy el culpable, claro. Por eso dicto el veredicto y me castigo según me corresponda. Porque me atreví a vencerte en los tribunales. Si hubieras ganado el juicio aquel día, nuestro hijo estaría en Toronto llevando los negocios de salchichas de tu Weinberg. *Strictly kosher*, embutido estrictamente kosher, *Made in Canada*. Nuestro Shaulik guiando la flota de camiones frigoríficos de ciudad en ciudad, atravesando al frente de su caravana caminos nevados, ríos helados, hasta Alaska, hasta el Polo Norte. Nuestro hijo, que fue capaz de conducir su tanque desde los arsenales de emergencia de Beer Sheva hasta el Canal, hubiera triunfado en sus viajes a Alaska. Si pudiera volver a estar frente al estrado del juez, le besaría la mano a tu pequeño y reluciente abogado y reconocería: señor juez, su clienta tiene razón, estoy loco.

Porque a no ser por mi locura no hubiera salido esta mañana a buscar a Nitsa para traerla a casa, ni me hubiera quedado solo con ella en el coche cuando el taxista salió en busca de ayuda. Aunque quizá no esté tan loco, Clara, quizá quise sembrar en Nitsa lo que Shaulik ya no sembraría, por pura desesperación, para que quedase memoria de la familia Naileben.

Y el caso es que fue Shaulik el que me mandó, ve, papá, vete deprisa al hospital y trae a Nitsa. Sin Nitsa, papá, no hay cumpleaños. Intenté disuadirlo, le dije que el hombre del tiempo había anunciado nieve. Pero Shaulik se burló de mí, ¿desde cuándo son profetas los meteorólogos? Un frente de bajas presiones en Turquía, esperé la voz del hombre del tiempo. Paparruchas tú y tu Turquía, me gritó y golpeó con las muletas en el suelo, vas a coger un taxi y vas a traer a Nitsa, dijo despacio, recalcando cada palabra, no mirándome más que con sus piernas paralíticas, por ti, como ustedes dicen, he llegado a esto, por eso vas a ir a buscar a Nitsa.

Pues bien, fui, Clara, y ahora estoy de vuelta en casa calentando poco a poco mis congeladas piernas. La obscuridad va cayendo de prisa. La casa de Ventura oculta los últimos resplandores del atardecer. No me queda mucho más por explicar, Clara. Tienes que entender. Porque hubo un tiempo en que amamos, allí, entre las paredes de lona de las tiendas de campaña en el campo de exiliados de Chipre. * Tú, con tu largo vestido, el pelo corto y rubio, vagando

* Los ingleses capturaron a los sobrevivientes del holocausto, quienes trataron de llegar en barco a la tierra de Israel, exiliándolos en los campos de Chipre. (N. del T.)

por entre las tiendas como una niña que se ha perdido. Quise ayudarte a encontrar el camino. Y tú me dijiste que no estabas buscando nada. Yo me eché a reír. Había intentado, por lo visto, ayudarme a mí mismo, dije y enrojecí. Y tú sonreíste y yo empecé a jactarme ante ti y te conté que los alemanes a mí no habían logrado mantenerme encerrado en el *ghetto*. Yo había sido un guerrillero, libre por el bosque, y también de aquí podría salir. Después nos encontrábamos con regularidad, entre las tiendas, y yo te hablaba de la vida en el bosque, los ataques a los trenes de los alemanes, las emboscadas, y también cómo lavaba la ropa en agua de nieve y cómo me la ponía endurecida por el hielo como si fuera una armadura de la Edad Media. Y tú me hablaste de la vida en el convento y las misas de los domingos, y tus oraciones a Jesús de Nazaret para que salvara a tus padres de manos de los alemanes, y también me hablaste de Shatz que te sacó de allí y de Amnón, el enviado de Eretz Israel que te enseñó lucha cuerpo a cuerpo. Pasamos unos días maravillosos en Chipe, Clara, bañados de sol. Yo no sabía que el sarpullido me aparecería de repente y precisamente en Eretz Israel.

Fuera, crepusculares resplandores blanquecinos. ¿Cuándo llegará la señal? Se hace difícil distinguir entre el crepúsculo y la noche cuando está la blanca nieve que sigue iluminando también durante la noche. A pesar de todo me he fijado un límite, Clara, cuando no pueda ver ya las letras que escribo. Entonces se llenará la habitación de gas. Dulzón. Cálido. Embriagador. Y tú podrás decirle a tu Weinberg, ya decía yo que Naileben acabaría mal, que tendría un triste fin. Sobre todo que no se te vaya a olvidar la boda de Shaulik. Nitsa ya ha dado el sí. Y el doctor Shadmon lo prometió, ¿te acuerdas? Dos o tres operaciones más, señora Weinberg, y estaremos completamente sanos. Y cuando le conté al médico que habías venido especialmente desde Toronto, añadió, que como mucho después de cuatro o cinco operaciones nuestro hijo podrá viajar incluso a Toronto. Después de que se haya casado con Nitsa, claro está. Él sabía del amor que había entre ellos. Cuando trajeron a Shaulik en la camilla lo reconoció enseguida. El novio de Nitsa, lo llamaba. Lo recordaba de estudiante esperando a que Nitsa terminara su guardia. Lo dejaremos que se vaya de luna de miel, señora Weinberg, dijo el médico y moviendo el dedo amenazadoramente añadió, pero tendrá que volver para seguir el tratamiento. Después se dirigió a Weinberg y dijo que la cirugía de hoy en día es un verdadero milagro de Dios, pero que a pesar de ello necesitamos de la ayuda del hombre. El doctor Shadmon sonrió, pero Weinberg no le devolvió la sonrisa. Simplemente estaba allí, apoyado en el marco de la puerta, con la corbata negra con lunares blancos colgándole sobre el pecho, y los flecos de un pequeño *talud** por encima de los pantalones. Sólo que además, añadió el doctor Shadmon como intentando agradecerle a Weinberg, tendríamos también que curar al padre de Shaulik, someterlo a un tratamiento psicológico y quizá milagroso, porque las heridas esas que se le abren de repente influyen directamente en el

* Paño que los judíos usan en su oración. (N. del T.)

empeoramiento del estado de su hijo. Imagínate, Clara, Baruj Naileben sin esta sarna, sin estas manchas rojas en la piel, sin las cicatrices. Una nueva piel, pura y limpia como la de un bebé. Y con nosotros Shaulik, sano y salvo, volviéndonos a reunir, la familia Naileben resucitada como el ave Fénix. No me avergüences, Clara, porque la realidad es que de tu Weinberg no has tenido hijos y de nada le han servido todas sus oraciones, limosnas y renombrados médicos de Toronto.

Todavía pueden verse las flores que el hielo ha dibujado en la ventana. Sin aroma alguno llenan las flores el cuarto. Pero están ahí. Como el gas que sube por las tuberías de cobre. Fluye silencioso, como promesa del reposo que traerá cuando llegue la hora. Así van fluyendo las cosas, Clara, a escondidas, ocultas, y de repente saltan obligándote a actuar. Como esta maldita nieve en Jerusalem. Cae uno o dos días al año. Y a veces ni eso, sino que se queda amenazadora en el cielo gris, en el helado viento, recordándonos su existencia por unos copos solitarios, por las salidas de Ventura para comprar pan y leche, o se deshace enseguida bajo los pies de la gente, bajo las ruedas de los coches. Y justamente hoy ha cuajado. Como para que se sepa que es todopoderosa. El día que quería celebrar el cumpleaños de Shaulik. Veinticuatro años tiene Shaulik y se empeñó en que trajera a Nitsa. ¿Habrá querido ponerme a prueba? Quizá sabía mejor que yo lo que iba a suceder. Dicen que a los inválidos se les desarrolla como un sexto sentido sobrenatural.

También tú eres culpable, Clara. Te fuiste a Toronto con tu Weinberg y nos dejaste solos a nosotros, a los hombres. Te llevaste tus vestidos finos, floreados, que tanto me gustaban, las finas medias elásticas que te llegaban hasta lo más alto de la pierna, y te llevaste tu sedosa ropa interior. Y a nosotros nos quedó Nitsa. Casi la única mujer que entra a nuestra casa. Una muchacha de sexto curso, de séptimo, de octavo. Haciéndose cada año más y más mujer. Los hombros, el pecho, los muslos. Y claro está la ropa que va cambiando, pantalones vaqueros, minifaldas, pantalones cortos, jerseys ajustados. Y después Nitsa en la escuela de enfermeras, una bata blanca sobre un cuerpo de mujer desnudo, y Shaulik ya soldado, de uniforme, esperando licenciarse para matricularse en la facultad de ciencias sociales. Será economista, quizá hasta contador, no como su padre que no pasó de ser toda la vida un contable. El departamento lo comprarán en un barrio cercano al hospital, para comodidad de Nitsa. Todo está pensado. Hasta los hijos, nietos de Baruj Naileben, biznietos de su padre. Teníamos muchos sueños, Clara. Durante todo ese tiempo el enfermo era yo. Nitsa me vendaba las heridas en el consultorio del doctor Shadmon. Su enfermedad es crónica, decía el doctor Shadmon, porque siempre tuvimos guerras y tensiones en la frontera. A las cicatrices no les había dado tiempo de secarse y ya estaban abriéndose de nuevo.

Hasta esta mañana lo han hecho, volviendo del hospital, en la nieve. Empecé a sentir el familiar ardor en las axilas, entre los dedos, en los brazos, en el cuello. Todo el camino me estuve rascando, dejándome marcas como de herrumbre y cuando empujé a Shaulik afuera, a la nieve, me gritó: "no me toques

con tus repugnantes manos". La misma frase que me dijiste cuanto intenté impedirte que te fueras con Weinberg. Te agarré por el brazo y te supliqué, Weinberg no es más que un simple turista canadiense. Pero tú dijiste, aparta tus repugnantes manos, Naileben. Y yo me vengué de ti ante el juez aquel. Le conté cómo de repente por la noche te sientas en la cama llorando, no puedo más, Baruj, no puedo. Disparan desde las murallas, tantísimos, montones, millones, nos están acechando detrás de las persianas, detrás de la puerta. Eso también se lo conté al juez, Clara. Porque una persona normal no habla de millones de árabes que la quieren matar. Y el juez me entendió. Nosotros, su señoría, vinimos a esta tierra a construirla y a construirnos en ella, y ¿cómo vamos a hacerlo sin Shaulik? Temí que tu abogado le revelara al juez cómo me esperabas en la cama por las noches mientras que yo, en pijama, andaba de un lado a otro de la habitación rascándome y gimiendo. Pero el abogado no lo sabía, o no se acordaba, o tuvo un descuido. Estaba tan seguro de su victoria. Hasta que el juez se dio cuenta de quién era el miedoso y el cobarde y por eso sentenció que Shaulik se quedaría con su padre, sería educado según la tradición de Israel y echaría raíces en nuestra tierra, que sería un judío entre judíos. Yo deseaba esa victoria porque tenía la esperanza de que volvieras. Porque qué se te había perdido a ti en Toronto sin Shaulik, y qué tenías tú que ver con Weinberg que rezaba tres veces al día al Dios de Israel mientras que tú habías sido la novia de Jesucristo en el convento.

Pero tú no volviste más que después de ese terrible Yom Kippúr* Para ver a nuestro hijo herido. Todo sucedió de repente. En medio de la oración se lo llevaron a la guerra. Tu Weinberg seguro que tiene mil explicaciones. Como la del pecado y el castigo, el precio que hay que pagar, la puesta a prueba y la vanidad del hombre. Pero Shaulik se fue y no dejó más que un pedazo de papel: me han llamado papá guerra. En el descanso que hay entre el "musaf" y la "minjah" vine a casa y encontré la nota. Como un niño balbuceante la había escrito, con toda seguridad tenía mucha prisa por irse a la guerra, me han llamado papá guerra. Si hubiera llegado un poco antes quizá todavía lo hubiera encontrado. Pero aquel Yom Kippúr que cayó en sábado el rabino se extendió en el sermón. Antes de la oración en memoria de los difuntos subió al estrado y empezó a hablar de las almas de los seis millones de víctimas inocentes asesinadas por los nazis, maldito sea su nombre. Las almas puras de los inmolados, decía el rabino, no necesitan de nuestras oraciones. Ellas ya están junto al trono de Dios. Nosotros somos los que las necesitamos, por eso rezamos, para que intercedan por nosotros el día en que el Santo y Terrible nos llame a juicio y nos dicte nuestra sentencia. Muchas veces, Clara, he intentado recordar las palabras del rabino, y es que en aquel mismo momento le estaba siendo dictada la sentencia a nuestro hijo Shaulik, y entonces para qué todo aquel te-

* Yom Kippúr —Día del perdón. Éste se considera el día más santo de la religión judía, día de ayuno. El 6 de octubre de 1973, siendo Yom Kippúr, los países árabes atacaron al Estado de Israel, estallando así la guerra. (N. del T.)

atro. Tenía que haberlo comprendido, que haberlo sabido, por los coches que pasaron por nuestra calle aquel mediodía de Yom Kippúr.

Apresuré mis pasos y hasta empecé a correr hacia casa, pero las zapatillas de lona se me pegaban a la acera. Y aquel día no dejó de hacer calor hasta que no se puso el sol. Quizá Shaulik sabía que lo iban a llamar y por eso no fue conmigo a la sinagoga. Me han llamado papá guerra, escribió en una hoja de su cuaderno de apuntes de estudiante. Y de repente la alarma, Clara, las sirenas empezaron estridentes a aullar, como allí, ¿te acuerdas? Y la voz del locutor sonando en la radio en medio de un Yom Kippúr*, informando sobre las duras batallas que se están librando a orillas del canal, y en los Altos del Golán, y sobre la perversidad del traicionero ataque del enemigo. Estas palabras resultan familiares ¿verdad?, 1939. El 1 de septiembre, ¿te acuerdas? El día de la apertura del curso. El locutor de la radio hablaba desde Varsovia del ataque a traición de los alemanes. Y es que la historia se repite, sólo que esta vez nuestro Shaulik está dentro de ella. Aquella noche no dormí. La pasé entera sentado en el sillón mientras que la radio informaba una y otra vez sobre la crudeza de la lucha. Podía sentir esa dura pesadez oprimiendo a Shaulik. Un enorme monte rodeando hasta alcanzar su tanque. Y cuando amaneció salió. Al trabajo, es decir, a la oficina. Pero en realidad fui a todos los lugares por los que paseé con Shaulik cuando era pequeño, a los barrios que lindaban con la frontera. Desde pequeño intenté acostumbrarlo al peligro. Talpiot, Abu Tor, Mamila, e incluso la calle King George a lo largo del muro de cemento; Shaulik atisbaba por los ventanucos hacia las murallas de la Ciudad Vieja, como provocando a los legionarios árabes. Y cuando volvíamos a casa lo adivinaba por el polvo del desierto que nos cubría la ropa. A Shaulik le gustaba hablar de las nubes del alto cielo que morían al borde del desierto. Y tú, Clara, murmurabas, están locos. Una vez nos estabas esperando con el periódico en la mano. Hablaba del asesinato de los niños en aquel pueblo del sur y había una fotografía de manchas de sangre. Los infiltrados llegaron del otro lado de la frontera y lanzaron granadas de mano en la sinagoga cuando los niños estaban rezando. Tú gritabas, ¡siguen matando a nuestros niños, Baruj, quiero huir de aquí, marcharme ahora mismo! Fui a aquella sinagoga del Neguev, Clara, para verlo con mis propios ojos, y vi las marcas de los charcos, la cortina agujereada, el arca profanada. Y cuando regresé busqué a Shaulik y me encerré con él en el dormitorio. No sé por qué. Quizá quería protegerlo. Y tú llorabas al otro lado de la puerta, dame a Shaulik, Naileben, abre la puerta y dame al niño. A mí entonces se me abrieron las cicatrices y la sangre goteó sobre la alfombra, hasta que llegó Ventura, forzó la puerta y me llevó al hospital que está en el monte.

Y así, aquella mañana del día siguiente de Yom Kippúr, estuve deambu-

* El día de Yom Kippúr es de oraciones y silencio en Israel. Regularmente no hay transmisiones ni por radio ni por televisión, así como tampoco hay tránsito de coches. (N. del T.)

lando por los barrios de Jerusalem, y de vez en cuando me acercaba a grupos de soldados que veía en las gasolineras, disfrutando de la esperanza de que quizá Shaulik se encontrara entre ellos. Los oí asegurando que les romperíamos los huesos al enemigo, que muy pronto llevaríamos la guerra a territorio enemigo, que la ganaríamos de un solo golpe certero y elegante tal y como lo habían prometido nuestros oficiales. Hasta contaban chistes verdes, como si la guerra no existiera y no estuvieran a punto de salir en caravana militar hacia el sur, o el norte, a los puntos donde la dureza de la lucha era mayor. Después me fui a la oficina, quería sentarme al lado del teléfono a esperar la llamada. Pero el edificio estaba vacío. El ascensor no funcionaba. El empleado de información se disculpó diciendo que habían detenido el ascensor para que la gente no se quedara atrapada en él. Pero si de todas maneras estamos atrapados, balbuceé, pero él no me entendió. Subí por la escalera y me senté a la mesa, aparté las calculadoras, las hojas llenas de números y esperé a que sonara el teléfono. Estaba seguro de que llamaría a la oficina. Mi cuerpo se convirtió en un oído atento. Sólo por las noches me quedaba en casa, al lado del teléfono. Pero él permanecía en silencio. Sólo tu voz, Clara, llegó de pronto desde el lejano Toronto. La cuarta noche. Querías hablar con Shaulik. Shaulik está en la guerra, grité en el auricular. Pero tú te empeñaste. O quizá no habías oído mi respuesta. Me suplicabas que trajera a Shaulik inmediatamente, que las llamadas desde Canadá le cuestan a Weinberg una fortuna. ¡Shaulik! ¡Shaulik!, llamabas, intentando esquivarme para llegar directamente a nuestro hijo. Después, silencio. Como una muerte repentina. Quizá Weinberg te cortó la llamada.

Al día siguiente llamó Nitsa a la oficina desde el hospital. Me pedía que fuera inmediatamente. Habían traído a Shaulik. Herido, pues claro que herido. La voz tenía un tono impaciente, como a punto de estallar: “venga, de prisa”, y colgó. Noté que se me acartonaba la cara como si me la hubieran embadurnado con barro blando. Unas agujas invisibles se me iban clavando en las cicatrices. Abrí la boca pero de pronto el cuarto se había quedado sin aire y no podía hablar. Ventura me dio agua. Me temblaban los labios y el agua se derramó por mi ropa. Por fin pude balbucear: “gracias a Dios”.

En el patio del hospital pude ver desde lejos a chicos y chicas llevando a empellones camillas hacia el helicóptero y a Nitsa entre ellos. Intenté sonreírle, quería darle las gracias, como si gracias a ella Shaulik hubiera vuelto vivo, pero el rostro se me quedó petrificado. Ella estaba allí con su uniforme de enfermera con manchas de óxido, las mejillas tensas, pálidas. Sin decir una palabra echó a andar delante de mí, con paso apresurado, y yo tras ella, corriendo, intentando alcanzarla, sacarle detalles. Hasta que se detuvo al lado de una cama, se quedó parada mirándome a mí y al herido, que todo envuelto en yeso y vendas estaba tapado con una sábana blanca. Y yo reconocí en él a nuestro hijo, Clara. La cara vendada no ocultaba los ojos castaños, los labios gruesos que tantas veces había besado. Ahogué un grito en mi garganta pero Shaulik me miró como si lo hubiera oído. Vi lágrimas en sus ojos. Le besé los ojos, con la lengua le limpié las lágrimas, me incliné sobre sus pies descalzos, como en

los tiempos en que lo bañábamos en la bañera, ¿te acuerdas, Clara? Él chapoteaba y yo le hacía cosquillas en los pies, se los besaba. También ahora me arrodillé y le besé los pies, pero él no reaccionó. Sólo los ojos se le movían salvajes, como atrapados. Yo lloré allí junto a la cama de nuestro hijo, Clara, y después salí al pasillo porque de nuevo se me abría la carne y empezaba a sangrar. Me rasqué con una mezcla de furia y placer, abriéndome heridas ya cicatrizadas, urgándome la carne. Hasta que llegó Nitsa y me pinchó con una aguja y ya no supe nada más.

Cuando me desperté pedí que me proporcionaran un rincón junto a nuestro hijo, y allí me quedé. Vertiendo en sus oídos vendados palabras reconfortantes. Como que se curara pronto porque la fecha de la boda ya estaba fijada y eso no se aplaza por una simple herida. Él me sonreía, y yo le recordaba que él no se parecía a los demás nacidos en el país, porque él había nacido del holocausto, y los nacidos del holocausto nunca se rinden. Le recordé también cómo solíamos subir al monte Sión a la cripta de las lápidas de mármol. Abajo, junto al Estanque del Sultán, los perros nos acompañaban con sus alocados ladridos, amenazando con hacernos trizas. Y cómo leíamos los nombres de las comunidades grabados sobre las losas de mármol para la eternidad, desde allí bajábamos hacia el oeste y subíamos al Monte del Recuerdo, no lejos del hospital. Le dije que ese monte hasta se podía ver desde su habitación y que en cuanto se pusiera fuerte él mismo podría acercarse a la ventana y comprobarlo. Quería que se acordara de aquel paseo, de cómo habíamos subido los montes y cruzado los valles, desde Emek Refain pasando por Bayit wa-Gan hasta el monte.

Tú, Clara, seguro que me acusarás de ser cruel, de tener el corazón como una piedra. Cómo pudiste, Naileben, hablarle así a nuestro hijo cuando lo que necesitaba eran palabras cálidas y tiernas de consuelo. No, Clara, no tienes derecho a acusarme. Porque tú no te quedaste a cuidarlo. Lo único que querías era arrebátarmelo, trasladarlo a un hospital de Toronto con tal de que no se quedara aquí. Él todavía tenía las heridas abiertas y a ti no te importaba. Yo sabía los dolores que él padecía, Clara. Por sus silencios, la frente de repente empapada en sudor; largas noches estuve sentado al lado de su cama. Es verdad, Nitsa también estaba allí, sentada muy cerca, con la mano sobre la frente de él y casi tocando mi mano, secándole con un trapo la cara húmeda. De vez en cuando se levantaba y se inclinaba sobre él pasando sus blandos labios por sus mejillas. Su cuerpo estaba tan cerca del mío, y yo me avergonzaba de los pecaminosos pensamientos que se me venían allí, junto a la cama de nuestro hijo. Estaba solo, Clara, desde que te fuiste con Weinberg. No me busqué otra mujer. Me bastaba con Nitsa, la novia de Shaulik. Me ponía a hablar de mis hazañas en la guerra mundial. Se lo contaba a Shaulik, pero sólo cuando Nitsa estaba allí sentada, dándole de comer a nuestro hijo con una cucharilla, cambiándole las vendas, arreglándole la cama.

Hasta le conté el milagro que le ocurrió a mi padre cuando estaban quitando la nieve. Hay que creer en los milagros. Tú seguro que te acuerdas de

la historia, Clara, de cómo se irguió de repente mi padre del montón de nieve, de aquel montón que los alemanes habían ordenado a los judíos que quitaran de en medio, y salió solo hacia el centro de la calle. No miró al vigilante alemán armado ni les dijo adiós a los judíos que estaban allí. Sólo anduvo por entre los postes del tranvía. Como si fuera aire diáfano, vapor de agua, un arroyo subterráneo. En el *ghetto* corrían muchas leyendas sobre la fuga de mi padre, y yo se las conté todas a Shaulik en los oídos de Nitsa. Cómo se quitó mi padre el distintivo amarillo y la banda de "Jude" y se marchó ante las mismas narices del alemán que en aquel momento estaba encendiéndose un cigarrillo para calentarse con la llama y defenderse así de la helada. Hasta que después del final de la calle se topó con un no judío. Se ha confundido de camino, señor Jüdek, le dijo el polaco, y con el hombro lo empujó hacia un callejón. Le pidió un rescate por su vida. Sólo que a mi padre no le quedaba más que la vida, y un segundo milagro ya no lo hubo. Cuando lo fui a ver al día siguiente a la cárcel había envejecido de repente y parecía que tenía cien años. Por la barba, que se le había puesto blanca aquella noche, por la boca, herida y desdentada, por la cara hinchada. Le habían pegado toda la noche, querían saber quién le había ayudado a escapar. Pero mi padre sólo alzaba los ojos al cielo y callaba, eso fue lo que me contó, y los alemanes no entendían que eran los ángeles de Dios los que le habían ayudado a marcharse. Huyé, Barujel, me pidió mi padre aquel día, cuéntaselo a todo el mundo, para que sepan que hay un Dios, y tú véngate de ellos con los nietos que me traigas al mundo, con mis bisnietos los vencerás. Te acuerdas, Clara, que cuando te lo conté dijiste, yo quiero tener hijos por amor y no por venganza. También le conté a Shaulik a través de los oídos de Nitsa mi huida al bosque, las largas marchas, teniendo por la noche de guía a la estrella polar, y por el día el musgo del tronco de los árboles, comiendo setas, bayas del bosque, brotes.

Y así día y noche junto al lecho de nuestro hijo, Clara. Mis pies apoyados en el barrote metálico de la cama, mi mano rozando de vez en cuando su mano, su cara. Seguí hablando de las luchas interiores por las que pasé, de cómo intenté marcharme a Australia, a Alaksa. Quería huir, no estar más ahí, cambiarme el nombre, la identidad. Hasta que descubrí la tierra de Israel. Shaulik abrió los labios y susurró, menuda imbecilidad ha sido tu sionismo, papá, si no lograste que mamá se quedara en casa. Sí, Shaulik habló, y yo me alegré de oír su voz. Nitsa se sobresaltó, lo reprendió, cómo le hablas así a tu padre. Ella, con su bata almidonada, corta, las mejillas pálidas, las trenzas rubias y finas adornándole las sienes. Me pidió que me fuera a descansar, que me cambiara las vendas del sarpullido. Pero yo permanecí allí sentado, perdonándole a mi hijo todo lo que dijera con tal de que siguiera hablando. Miré por la ventana y me di cuenta de que la presa de Ein Karem se había llenado de agua. Eso es buena señal, pensé para mis adentros.

Tú, Baruj, eres un incorregible optimista, me decías ya en la época en que estábamos en el campo de exiliados de Chipre. Porque dije que Chipre era casi la tierra de Israel. En aquel lugar, rodeados de alambradas, de garitas y de

ametralladoras de los ingleses, dije que las naranjas y el mar nos daban un cierto sabor a Eretz Israel. Yo era feliz en aquel campo de refugiados. Porque tú estabas conmigo, Clara, y yo te quería mucho, menuda, con tu pelo rubio, con tus vestidos largos que siempre hacían juego con tus ojos castaños. Sabía que tenías que haber sido para el enviado del Palmáj, * para Amnón que te había sacado de allá y te había metido en uno de los barcos de la inmigración ilegal, hacia la tierra de Israel.

Cuando nos separaron en Haifa aquel verano del cuarenta y ocho y me movilizaron, prometiste que me esperarías en Jerusalem. A causa de la batalla de Latrún llegué y pude tenerte de nuevo. Nunca te he hablado de aquella batalla, Clara. He querido ocultar el origen de mi sarpullido. Porque allí fue donde me empezó. Salimos al amanecer, y cuando ya brillaba la mañana nos descubrieron los legionarios. Yo estaba echado detrás de la roca pelada y disparaba como loco. Ellos nos bombardearon. Sentí como si la metralla de los obuses me buscara. Los espinos ardían a mi alrededor. Y yo, solo, estaba allí echado disparando. Más solo que en el bosque, entre los no judíos. Aquí nadie me llamaba por mi nombre y me decía lo que tenía que hacer. Vi soldados de los nuestros pasando y pasando ante mí, sin armas, sin los cascos, yendo por el campo con la cabeza cubierta, medio desnudos, sedientos, cayendo, levantándose de nuevo, como el ejército polaco en retirada que pasó por mi ciudad en el año treinta y nueve. Y yo en aquel calor creciente, y los mosquitos, y la horrible sed. Sabes, Clara, que en el bosque nunca me faltó agua. Siempre había algún río, alguna corriente de agua, arroyos, nieve que derretíamos en las trincheras. Y aquí estaba condenado a morir o por las bombas o de sed. Yo era un soldado de bosque experto. Esperaba una orden, pero los que pasaban ante mí hablaban entre ellos hebreo y yo no entendía su lengua. Decidí seguirlos. Pero no me levanté ni anduve al descubierto como ellos. Empecé a arrastrarme hacia atrás como un cangrejo, lentamente, para que no se diera cuenta el enemigo. Primero una mano, y la otra, luego una pierna. Hasta la pendiente que tenía detrás. Me dejé caer rodando hacia abajo, el fusil entre las rodillas, hasta el valle. En el bosquecillo me ofreció agua una muchacha y de repente empecé a rascarme. Estaba sentado apoyado contra el pino. Arañándome con placer, desde los dedos de los pies hasta la cabeza. Así fue como empezaron las heridas, Clara, las cicatrices. Te lo dije, tengo metralla de Latrún en el cuerpo, y tú, cuando me viste con las vendas acostado en la cama de aquel hospital rompiste a llorar: no salimos de allí, Baruj, para venir a morir aquí. Yo intentaba justificarme, empecé a tartamudear que la batalla había sido muy dura, ni los alemanes nos habían bombardeado como los legionarios esos. ¿Te acuerdas que intentaba justificarme? Empecé a cantar, a esta tierra hemos venido/a construirla y a construirla..., sí, por entonces todavía tenía sentido del humor.

Ahora estoy cantando pero las ventanas que me rodean están cerradas.

* Comando israelí clandestino en las vísperas de la guerra de Independencia. (N. del T.)

Nadie puede oírme. Ventura se ha preocupado de tapar hasta la última rendija. Un jerosolimitano de séptima generación sabe prepararse para el invierno. Alrededor la blanca nieve. Y las huellas de Shaulik negrantes en ella. Las palmas de las manos. Las rodillas. Seguro que Nitsa le tiene ahora los pies entre sus manos. Le frota las rodillas. El doctor Shadmon lo ha prometido, dos o tres operaciones más y todo irá bien. Nuestros jóvenes, señor Naileben, se recuperan muy bien, para los padres es para los que ya no hay esperanza. Las heridas de éstos siguen estando ahí, como si no hubiera medicina ni médicos y sólo existiera un Dios colérico y vengativo. Nitsa llega y se sienta al borde de la cama de Shaulik. Sus rodillas desnudas le sonríen, invitando a sus dedos. Una cura moderna a través del deseo. Venga, Shaulik, lo anima Nitsa, como en el partido de baloncesto de la escuela. Iban a casarse en primavera, en Lag Ba-Omer, * y tú, Clara, hubieras venido a la boda en vez de al hospital. Hacen buena pareja, decían. Shaulik se parece a su padre. Alto, pelo negro, rizado. Y Nitsa se parece a ti con el pelo claro, el cuerpo frágil y sus grandes ojos verdes.

Y así, Clara, viniste al hospital en vez de a la boda. Weinberg estaba detrás de ti como un guardaespaldas. El sombrero negro de ala ancha adornándote la cara, y ésta más hermosa que nunca. Y el familiar aroma a rosas. Hasta tu cuerpo seguía siendo esbelto, estrecho de caderas, como si los años no hubieran pasado. Como en el convento. Como en el campo de refugiados de Chipre. Como durante nuestros primeros tiempos en nuestra casa. Quizá porque no has tenido hijos de Weinberg, Clara. Besaste a Shaulik en la frente y en la mejilla y a mí ni me miraste. Y para que me sintiera todavía más culpable sacaste un espejo pequeño, como para arreglarte el pelo, y con un movimiento repentino se lo pusiste delante a nuestro hijo. Nitsa te arrebató el espejo, Shaulik no tiene otro aspecto que el que tiene que tener, dijo. Tenéis una enfermera muy inteligente, murmuraste enfurecida. Todavía querías luchar conmigo. Y yo, Clara, cuando te vi a ti y a Shaulik, reconocí mi derrota. Hasta supe que no me habías perdonado lo de aquella noche cuando volvimos de una película de amor. Fuiste a ducharte y prometiste volver fresca a la cama. Después llegaste con tu camisón corto que emanaba olor a rosas, pero a mí se me escapó un suspiro de indiferencia, para qué tanto cuento. Y quizá a causa de aquel suspiro te marchaste con Weinberg. Cuando vinieron les ofrecí mi casa. Vi el relámpago de asombro que cruzó tus ojos, el tan conocido temblor de tus labios. Todo está como lo dejaste, añadí, estás invitada a venir a verlo, me dirigí sólo a ti. Pero Weinberg se metió en la conversación y dijo que ya había hecho la reservación en un hotel. Tú callaste, y Weinberg añadió, al contrario, señor Naileben, hemos venido a invitar a Shaulik a nuestra casa. Tú te deslizaste el ala del sombrero sobre los ojos y asentiste moviendo la cabeza. De repente dije, si los médicos de Toronto no han podido ayudarle a usted, señor Weinberg,

* Una fiesta judía, en la que está permitido contraer matrimonio después de treinta y dos días en los que por tradición no se celebran estas ceremonias.

¿cómo van a poder ayudar a Shaulik? Entonces vi tus ojos mirarme con odio y los puños de tu marido apretarse. Shaulik puede marcharse si cree que su lugar está allí, añadí. Muy despacio, como quien saborea la dulce venganza de sus palabras dijo Weinberg: un judío, señor Naileben, se siente allí como pez en el agua. O como pez en la red, dije sin rendirme. Pero cuando miré a Shaulik ya no estaba tan seguro de mis palabras. Las lágrimas me ahogaban, ¿quizá tengan razón allí en Toronto, y todos estos años aquí hayan sido inútiles? Unas gotas de lluvia resbalaban por la ventana. La presa de Ein Karem se desbordaba. Shaulik se incorporó de pronto en la cama y se sentó, sus oscuras gafas se le resbalaron y se estrellaron contra el suelo. ¡Dios mío!, gritaste, Clara, ¿qué te han hecho! Por primera vez viste sus pestañas quemadas, sus cejas llenas de cicatrices, sus ojos rojos. Y creías que nos ibas a asustar con el espejito que Nitsa te arrebató de las manos. Agarré a Shaulik por los hombros y empecé a gritar con una voz que no era la mía, ¡te vas a ir con ellos, me oyes, vete inmediatamente! Estaba cansado, Clara, mis nervios no podían resistir más. Quizá porque llegaste de repente, o quizá porque en lo más profundo de mi ser yo también quería huir. Shaulik nos miró con sus ojos desnudos, quemados, como si leyera mis pensamientos, váyanse todos al diablo, dijo en voz baja. Nitsa se acercó corriendo. Como un radar percibía de lejos su voz, hasta sus pensamientos. Le puso la mano en la frente y nos miró furiosa. Vi su muslo muy cerca de los dedos de Shaulik, el vientre pegado a su cara. Despacio se inclinó y posó sus labios sobre los de él.

¿Te has acordado de que hoy es el cumpleaños de nuestro hijo, Clara? Podías haber mandado un telegrama, por lo menos. ¿O quizá lo has mandado y no ha llegado todavía por culpa de la nieve? Para celebrar este día he hecho una tarta de chocolate y crema. ¿Te acuerdas cómo le gustaban a Shaulik las tartas con crema? Yo mismo la he hecho. Además la fiesta hoy es doble, Clara. El cumpleaños de Shaulik y su primer permiso del hospital. De pronto dijo, ¿pero cómo, mi cumpleaños sin Nitsa? Llueve, intenté escabullirme, y además Nitsa tiene guardia. Pero Shaulik se empeñó, ve a traerla, papá. Me levanté y furioso le tendí el auricular del teléfono, llámala, por favor. Alzó hacia mí la cara llena de cicatrices, las oscuras gafas, papá, dijo, si no vas a buscarla no vendrá. Se acerca un frente de baja presión proveniente de Turquía, dije, imitando al hombre del tiempo, la lluvia se irá convirtiendo poco a poco en nieve. Qué me importa a mí Turquía, papá, me interrumpió impaciente, nosotros queremos a Nitsa, eso fue exactamente lo que dijo: nosotros.

Fue también él el que marcó y llamó al taxi. Le advertí al taxista que la carretera que lleva al hospital Hadasa es peligrosa con un tiempo tan malo. Señor, me dijo el taxista, no venga ahora a darme leccioncitas sobre las calles de Jerusalem. La carretera serpenteaba entre las nubes. Los faros del coche iluminaban una niebla amarilla mientras tanteaban la blanquecina calle. Por la derecha nos acechaba el precipicio. Cristales de granizo cubrieron el parabrisas. No se me vaya a ir, le dije al taxista cuando hubimos llegado a los altos edificios. Salí y el paraguas se hinchó como un paracaídas con el viento. En

las escaleras de la sinagoga tropecé y me caí. Cerré el paraguas y me levanté. Las tribus de Israel dibujadas en los ventanales parecían emitir voces de llanto en el viento. Como el llanto de los niños circuncidados en la sala de ceremonias, abajo.

Una ola de aire viciado me dio en la cara al entrar al corredor. Tal y como le correspondía a esa hora, estaba Nitsa detrás del mostrador, la cabeza inclinada, pasando a las tablas cuadrículadas las órdenes del médico. El primer botón de la bata brillaba a la luz del neón. Estaba desabrochado. Intenté esconder el paraguas que goteaba.

¿Cómo se encuentra Shaulik en casa?, preguntó sin levantar la vista y sin dejar de escribir.

Como un pez en una red, me apresuré a contestar.

Ella sonrió con la vista todavía dirigida hacia el papel que tenía en la mano. Después alzó hacia mí la cabeza. Ya está usted con sus bromitas, dijo, el doctor vendrá enseguida.

Allí estaba yo, delante de ella como un pordiosero, callado.

¿Qué ha pasado?, preguntó.

Shaulik te pide que vayas, tartamudeé.

¿Ahora?

Asentí con la cabeza, es su cumpleaños.

Hoy tengo la guardia de la mañana, me susurró como si me estuviera contando un secreto.

Me quedé ante ella tembloroso. Esperaré, murmuré. Veía su cabeza inclinada, sus labios, su cuerpo esbelto en el uniforme de enfermera. Me aterroricé de mis pensamientos. Tenía que haber salido huyendo. Pero Nitsa con sus caritativos dedos intentaba quitarme el abrigo mojado. Tiene un aspecto horrible, horrible, repitió recalcándolo. Me enrollé todavía más en el abrigo, como un niño tozudo.

El taxi nos está esperando, le toqué el brazo. Disimuladamente me quité nuestra alianza, Clara. Hoy celebramos también tu pedida de mano, dije. Le agarré la mano y con un gesto rápido le puse en el dedo nuestra alianza. Ella se sobrecogió. Dio un paso atrás. Intentaba quitarse el anillo con la mano libre, con los labios, con los dientes, pero en vano. No puedo, dijo medio en broma, medio asustada. Estoy trabajando, me reprendió.

Me senté en el banco de espera. Como los enfermos. Sabiendo que también a mí me tocaría mi turno. Repetía en mi interior la promesa del doctor Shadmon de que a pesar de todo Shaulik quizá podría llegar a ser padre. Quise que me lo asegurara, y el doctor Shadmon me dirigió su fatigada sonrisa, quién puede hoy en día asegurar nada, señor Naileben.

Quizá estuve dormitando. Hasta que noté que me tocaba suavemente el hombro. Nitsa estaba de pie ante mí, con su abrigo verde, largo. Le he dicho al director que tengo un caso urgente, me sonrió.

Su sonrisa me dio ganas de llorar. Me levanté y la ayudé a abrocharse el abrigo. Bajamos por la escalera de emergencia. Enlacé mi brazo al suyo como

para que tuviera un apoyo contra el vendaval. Intenté abrir el paraguas sobre nuestras cabezas pero aquella especie de palio nupcial de nailon no resistió el embiste del viento. Plumas blancas, suaves, nos cubrieron la cabeza, los hombros. Avanzábamos despacio, con precaución, para no resbalar nos en la blanca capa. Las tribus de Israel dibujadas en las vidrieras de la sinagoga seguían llorando. De pronto me llegó el sonido de la bocina del taxi. Como una sirena. Corrimos y nos metimos de prisa con los abrigos enredados. Estábamos sentados en el asiento trasero, muy cerca uno del otro, tiritando y dándonos calor. Entonces me puse agresivo y le dije al taxista: ¡el taxímetro está en marcha y le estoy pagando!

Nitsa intentó apaciguar al taxista: tenemos una fiesta en casa.

Pues vaya con la fiestecita, gruñó el taxista.

El coche empezó a moverse despacio, como dudando si pisar el mantel de blanca nieve. Las rodillas de Nitsa relucieron por un momento por entre el abrigo. Ella seguía intentando calmar al taxista. Señalándome dijo: su hijo tiene estas cosas, de repente se le ocurre que tengo que ir a su cumpleaños.

Los hijos siempre dan lata, se congració el taxista, pero qué se le va a hacer, lo principal es que tangan salud.

Yo permanecía sin moverme, entregado al cálido cuerpo de Nitsa, a su suave voz.

He prometido volver enseguida, me murmuró.

Asentí con la cabeza. No quería deshacer el hechizo que su contacto me producía. Blancas plumas besaban los cristales de las ventanillas.

Es muy peligroso conducir con este tiempo, dijo el taxista.

Yo seguía callado, pero Nitsa dijo: mire, la vida en sí es un gran riesgo. Lo dijo con voz risueña. Salir en pleno trabajo, dejar a todos los enfermos, ¿eso no es peligroso? Y enseguida añadió con su voz suave, dulzona: de pronto se aparece el padre de Shaulik y me dice que vaya con él, sólo porque cree que tanto él como su hijo me pueden comprar con sus heridas.

Sus muslos tomaban forma redondeada sobre el asiento de plástico negro. Me atreví a mirarlos. Toca, toca, provocaba a Shaulik, acercándose a las manos de él, intentando despertar el deseo en los dormidos dedos.

Las ruedas del taxi patinaron y se detuvieron de repente chirriando. El taxista soltó una palabrota. El motor resoplaba como un caballo agotado. Los limpiaparabrisas pintaban la ventanilla de oscuras sombras. El taxista salió y con la manga del abrigo quitó la nieve del cristal. Los limpiaparabrisas se movieron, titubeantes, pesados. Me acuerdo de todo, Clara, voy pasando por mi mente cada momento, como en una película a cámara lenta.

El taxista volvió a sentarse al volante y de nuevo nos pusimos en marcha por la carretera blanca, despacio, forzando el motor, las ruedas patinando de vez en cuando, gimiendo, y la voz del taxista: ¡Ocurrírseles celebrar un cumpleaños justo un día de nieve!

Miré a Nitsa y nuestros ojos se encontraron. Nos echamos a reír. El taxista nos dirigió una mirada colérica, y entonces, de repente, el taxi se desvió hacia

la derecha, hacia la cuesta. Nitsa se vio lanzada hacia mí, casi cubriéndome con su cuerpo. Por un momento abracé sus caderas, casi sin tocarlas. El motor se ahogó y enmudeció. El taxista salió, intentó abrir la tapa del motor pero no pudo. Volvió enfurecido, como si nosotros tuviéramos la culpa. Sacó el manójo de llaves del contacto y de muy mal humor nos dijo: voy a ir a buscar ayuda, quédense a cuidar el coche.

Nitsa se abrochó el abrigo, intentó levantarse. Tenía que haberla dejado levantar, Clara, irse con el taxista, volver con sus enfermos. Pero le agarré el abrigo, Shaulik y tú, susurré indeciso como siguiendo una conversación interrumpida, ¿te lo ha dicho el doctor Shadmon?

Lo sé, dijo, no me importa.

Pero a mí sí me importa, dije, eres joven, puedes ser madre...

Deslizó un dedo sobre mi boca, todavía hay esperanza, murmuró.

No la hay, la interrumpí como quien pronuncia una sentencia, no hay esperanza, volví a repetir como un demente.

La nieve se fue acumulando en las ventanillas. Un cortinaje blanco, hermético. El viento soplaba por entre las rendijas de la puerta penetrando mi abrigo húmedo. Despacio fui deslizandome la cara por el regazo de Nitsa, reteniendo la respiración. Una especie de calidez me inundó el cuerpo. Sabía que fuera seguía nevando sobre los montes, sobre los tejados de las casas, sobre las copas de los árboles, todos los barrios de Jerusalem estaban enterrados bajo la nieve. Y yo sentía calor, tanto calor bajo el manto blanco. Y los dedos de Nitsa en mi pelo. Hasta me imaginé de repente que oía su voz cantándome aquella canción, Clara, que aprendimos en Chipre del enviado: brotarán de pronto mil flores/cubrirán el manantial del desierto. Y la agradable voz de Nitsa volvía a susurrar junto a sus dedos, mil flores de pronto brotarán, mientras mis manos se movían entre su ropa, con vida propia, desabrochando botones, arrancándolos, rasgando la tela, venciendo una capa tras otra, hasta que fuimos un solo cuerpo y no había fuerza en el mundo que pudiera ya separarme de ella, Dios mío. No tenía que haberlo hecho, lo sé, Clara, mi cuerpo se abrió y se derramó. Y de repente me vi gravitando ligero por la blanca nieve, cansado, adormilado, algo indescriptible...

La nieve cubre Jerusalem, Clara. Los barrios que lindan con el desierto están adornados de blanco. Como novias que se dirigen a su boda, como muertos haciendo su último camino. Arnona, Talpiót, Abu Tor, Sanhedria. Seguro que Shaulik volverá a pasar por estos barrios. El doctor Shadmon lo prometió. Sólo yo estoy acabado, Clara. Un triste fin para Baruj Naileben. Nitsa huyó hacia el hospital. Yo también dejé abandonado el coche que me había comprometido a cuidar. Eché a andar con las piernas heladas, cruzando los montes hacia el Este. Me caí muchas veces pero volvía a levantarme haciéndome el valiente.

Shaulik estaba acechándome en la puerta. Estaba allí de pie, apoyado en las muletas, la cabeza hundida entre los hombros: ¿dónde está Nitsa! reclamó. Lo empujé a un lado. Se cayó y se levantó enseguida, ¿dónde está Nitsa!

Entré, me senté y me quité los zapatos. Tenía los dedos de los pies amoratados. Me los froté despacio. Pero Shaulik seguía allí de pie, Clara, exigiéndome una respuesta. De pronto murmuró, todo está perdido, todo.

Todo, repetí como un eco. Levanté la vista. Entonces vi la estufa de gas, los tubos de cobre que llegaban a la bombona y la llave de paso de bronce que brillaba. Me sentí aliviado. Como si hubiera encontrado lo que estaba perdido. Shaulik se percató de mi mirada. Se lanzó hacia la estufa y giró el mando. Un olor dulzón, nauseabundo, se extendió por la habitación. Corrí hacia allí y con mano temblorosa cerré la llave. Después encendí la estufa. Mis dedos helados se vieron inundados de calor. Todavía no está todo perdido. Vi claramente cómo las puntas de los dedos de nuestro hijo manoseaban con nerviosismo los asideros de las muletas. Esos mismos dedos a los que Nitsa les había infundido deseo.

Para ti no está todo perdido, le dije.

Los dos sabemos la verdad, papá.

El doctor Shadmon nos ha prometido que con el tiempo..., insistí.

Siempre lo supiste, me cortó Shaulik, por eso no has traído a Nitsa, tenías miedo de que nos quedáramos solos y no pasara nada.

Eso no es verdad, le dije, no es verdad, supliqué.

Tú alejaste de mí a mi madre, me echó en cara de repente, porque a ti lo único que te importaba era ganar el juicio. ¡Sólo te querías a ti, a tus heridas, a tus cicatrices!

Alargué la mano para abrazar a nuestro hijo, Clara, para acariciarle su cara enfurecida, para besarle los enrojecidos ojos. Pero él retrocedió. Me amenazó con la muleta: no me toques con tus repugnantes manos, Naileben. Como si fuera un extraño para él. Ésta es tu verdad, Naileben, siempre supiste esquivar el peligro. Tus heridas te han servido de escudo. La enfermedad crónica. Inútil total. Exento hasta de los entrenamientos periódicos de la reserva. Rompió a reír de una manera salvaje. De pronto se avalanzó sobre mí. Las muletas cayeron al suelo con estrépito. Sentí sus fuertes dedos apretarme la garganta. Con una mueca de sufrimiento en la cara que tenía muy cerca de la mía seguía gritando y llorando: tú supiste cómo escapar incluso de allí... pero yo estoy perdido... perdido...

Nuestro hijo sollozaba abrazado a mi cuello, Clara, como cuando era un niño pequeño papá-papaíto. En ese momento sentí un gran amor por sus fuertes manos, su cara cubierta de cicatrices y mojadas por las lágrimas. Supe que estaba vivo y que no era indiferente. Supe que no estaba todo perdido. Lo abracé por la cintura, le besé la frente, los labios, mi pobre niño. Lloré con él. Mi Shaulik.

Me soltó. Se fue escurriendo hacia el suelo como un pájaro herido, temblándole el cuerpo y sollozando en silencio. Y entonces supe, Clara, que yo debía morir.

¡Fuera!, le grité, ¡fuera!

Lo agarré por los brazos y lo arrastré hasta el umbral. Me quité el abrigo

y le cubrí con él los hombros, Clara, y después, con el pie descalzo, abrí la puerta y tiré de él hacia fuera, hacia el patio. La nieve me abrazaba los pies, ¡vete, vete!, le dije. Y Ventura estaba allí en frente gritando ¡está loco! ¡Naileben!, ¡está loco! Pero yo cerré la puerta y vi a nuestro hijo arrastrarse, y después le tiré las muletas. Las tiré por la ventana y la cerré bien cerrada.

Estoy muy cansado, Clara, quiero descansar. Me acabo de levantar a apagar la llama de la estufa. Sólo el gas sigue saliendo. Vuelvo a oír los carros blindados. Abren caminos en la nieve. Pasajes de vida. Ya han llevado a Shaulik con Nitsa. Y yo sigo escribiendo, Clara, sin ver ya lo que queda escrito. Tan sólo huelo el aire embriagador, dulce.

Traducción de Ana María Bejarano

Itzják Ben-Ner

Nace en 1937 en el Mosháv (pueblo agrario-colectivo) Kfar-Yehoshúa en Emek Jezreel, donde adquirió su educación. Comenzó a escribir siendo adolescente, publicó sus cuentos en la revista juvenil *Ha'aretz Shelanu*, editada en aquella época por Binyamín Tamúz. Al concluir su servicio militar se trasladó a Tel Aviv, donde radica hasta el día de hoy. Se ocupó de varios trabajos literarios y desde principios de los años setenta produce y conduce programas culturales y noticieros para Galei Tzahal, la radioemisora del ejército de defensa israelí y para Kol Israel, la radioemisora del país. En los últimos años ha sido columnista del periódico *Davar* (del partido de los trabajadores), asimismo, es crítico de cine.

Su primer cuento fue publicado en 1954, bajo un seudónimo, en el suplemento cultural del citado periódico. A finales de los años cincuenta y principios de los sesenta, publicó en revistas literarias, cuentos de carácter simbólico-fantástico, sin hacer referencia a la realidad nacional actual. Al concluir la guerra de Seis Días (1967), se publicó su primer novela bajo el título *El hombre de allí*, que narra la historia de un soldado israelí, quien después de haber participado en los combates de la segunda guerra mundial, en las filas de la brigada judía, queda atrapado en su camino a Israel, en la Franja de Gaza donde se desarrollan relaciones complicadas de amor y repulsión, de entendimiento y alienación, con los árabes. La novela fue escrita antes de la guerra, pero adquirió actualidad después de la misma. Sin embargo, sólo a principios de los años setenta comienza la etapa principal de su creación literaria y es entonces cuando provoca gran interés por parte del público lector, así como de la crítica literaria. En aquella etapa se adhieren sus cuentos a la realidad nacional actual y destacan por su tendencia a introducir materiales y temas sociales y políticos actuales, los cuales se encuentran en el centro de la opinión pública como, la guerra del Día del Perdón, la crisis nacional que le siguió, las relaciones entre los oriundos de distintas comunidades, etc. Sin embargo, los acontecimientos nacionales y sociales sirven de trasfondo, frente al cual se desarrolla una trama en la que los personajes, después de haber sido afectados por estos acontecimientos en el marco del amor o en el seno familiar, se lanzan en un proceso doloroso, que los conduce hacia un nuevo entendimiento de su vida o hacia la derrota final. Su proceso interno se trasmite por medio de una confesión o por el fluir de la conciencia reflejando así, la realidad nacional en forma subjetiva y distorsionada debido a sus temores y sufri-

mientos. En esta forma representan también la realidad israelí y la existencia humana en una nueva forma. La primera recopilación de estos cuentos realistas-líricos, la cual apareció en 1973 bajo el título *Ocaso campestre*, obtuvo el premio del municipio de Ramat-Gan a la literatura. La segunda, titulada *Después de la lluvia*, fue publicada en 1979, y obtuvo el premio Agnón del municipio de Jerusalem. Posteriormente aparecieron dos novelas. La primera titulada *País lejano* que lleva el subtítulo de *Novela de seis cuentos*, ya que está compuesta por seis monólogos, de seis personajes, que se relacionan. Estos personajes, representantes de campos centrales en la vida nacional actual entre los años 1977 y 1979, cuando ocurre un cambio político decisivo en Israel y que por haber sido transmitidos en forma de monólogos desde sus puntos de vista, combinan un sistema de "reflejos" subjetivos, parciales y torcidos. Dicha novela obtuvo el premio Berenstein de las editoriales en Israel. La segunda novela titulada *Protocolo*, publicada en 1983, vuelve a una etapa histórica del renacimiento nacional de los años veinte de este siglo, los cuales se caracterizan por la dinámica colonización del país, por los nuevos pioneros y por polémicas culturales e ideológicas sobre los rumbos y el futuro del pueblo judío. Frente a este trasfondo se presenta la trama de un pionero comunista, perteneciente a un grupo marginal de comunistas en Haifa, en las profundas tensiones de su vida familiar y social. La novela fue concluida después de habersele otorgado al escritor una beca que le permitió permanecer un año en los Estados Unidos de América.

Asimismo, publicó tres libros para niños y adolescentes y dos de sus cuentos fueron llevados al cine: *Atalidá* (1984) y *Novela romántica* (1985). Sus cuentos y novelas han sido traducidos a varios idiomas, algunos cuentos al español.

DIECIOCHO MESES

I

Soy padre de gemelos. Dices “padre de gemelos” —y ya estás en la fábula. Los gemelos siempre han sido fábula. Y yo soy padre de gemelos. Yoáv va a cumplir 21 años en junio. Idó tendrá entonces 19 años y siete meses. He buscado a Idó muchos, muchos días, pero desapareció.

Mi mujer los tuvo con gran dolor. Veintiún años tenía yo también entonces y 20 mi mujer. Yoáv fue el primero e Idó el segundo, y no se prendió el segundo del calcañar de su hermano. Éramos entonces padres muy jóvenes. Nuestros amigos y amigas se encaminaban a las universidades, a las poblaciones de inmigrantes en el Neguev y a las capitales del mundo. Su juventud se abría ante ellos. A nosotros nos parecía entonces que estar el uno en el otro era de por sí juventud. Es posible que lo fuera, pues éramos jóvenes. Con el rostro muy blanco, en blanco camión de parturienta, sobre la sábana blanca, bañada en luz de neón, agotada, yacía mi mujer Alexandra en la cama del parto, con la tenue sonrisa del fin del tormento en las comisuras de su boca. Los dos bebés, de negros cabellos húmedos, con los ojos fruncidos, se le acurrucaban a ambos costados: uno aquí, callado —y el otro aquí, llorando. Cuál de los dos lloraba entonces no sé. Se parecieron el uno al otro hasta la mocedad. Entonces, de pie, los contemplaba, a ella y a ellos, estremecido de placer, de confusión, de gran piedad.

Desde entonces, mi mujer se fue marchitando. Flor de breves años cuya belleza, tierna y delicada, se decolora y se pierde con rapidez. Le recuerdo aquellos días y no me bastan los recuerdos. Los días, tan crueles, hicieron de las tuyas sin que ella se resistiera. Yo, bien lo sé, todavía soy joven a ojos de numerosas muchachas, incluyendo aquéllas cuyo padre podría ser. Mi carne es aún firme, mi cuerpo alto, erguido. Mi rostro, a pesar del dolor, no delata los años, no relata mi angustia. Sin que lo quisiera mi cabello se tornó gris hace ya 10 años, cuando aún era joven. Mis gemelos tenían entonces 15 años

y el extremo parecido entre ellos se iba esfumando. Yo competía y corría con ellos al borde de la carretera en temprana hora de la mañana y hasta les ganaba. Mis muchachos llegaban a la casa árabe abandonada, resollando, excitados, sudorosos y yo los esperaba ya —tranquilo, sonriente, relajado.

Por las noches su madre nos preparaba cenas familiares. Mucho tiempo ha pasado desde que probé cenas como aquéllas. En la luz amarilla, suave, de la antigua lámpara de petróleo que convertí en luz eléctrica, cenábamos. A veces pasaba mi padre a vernos y se sentaba con nosotros. Ensaladas, tortillas de huevo, cuajadas —odio las cuajadas. Las ingería noche tras noche para enseñarles lo buenas que son —y chocolate. Su buena madre, mi mujer, Alexandra, nos servía de pie encantada con nuestro apetito. Ya entonces su pelo raleaba, descuidado, vencido, y los vestidos que elegía como de pasada los llevaba desaliñados y sin remendar. Ninguno de los dos encontró su camino con el correr de los años, ni ella ni yo —ella aún menos que yo. A veces me atormento y me digo por mí se postró aún antes de que se irguiera sobre sus pies. Rápidamente se apagó. No tenía ni 30 años y ya era una mujer vieja y encorvada. Taciturna. Con pequeñas arrugas de dolor bajo los ojos. Resignada. No se rebela nunca. Recoge en sí todo el dolor, todas las decepciones. Se va encerrando en sí misma al marchitarse. No es la destinataria de las pequeñas dichas que suavizan el dolor infinito, monótono, quieto. En mis recuerdos, aquellas cenas son para mí pequeñas alegrías. Mis muchachos y yo nos acogemos a la luz amarilla y mi mujer, su madre, de pie, nos sirve y mi padre, su abuelo, nos contempla desde la distancia de sus años. Felicidad.

Más tarde, hace poco más de un año, hallé la belleza perdida de mi mujer en una muchacha llamada Shulamit. Tres o cuatro años mayor que mis muchachos. Su belleza es más dura. Exenta de maldad, quizás —pero yo busco en ella calor, en nuestros precipitados encuentros arrebatados, y no lo hallo. Todo el tiempo busco en ella calor. Se escurre entre mis búsquedas, consciente de su belleza y del poder que conlleva. Hundo en ella mi amor, casi sin retribución. Quizás trato de preservar así mi juventud que se fue. Como muchacho anheló que vuelva a amarme como en los primeros días. Como hombre experimentado, más allá del anhelo, sé que no volverá. Se aleja de mí. Es fuerte. No necesita para sí misma sino a sí misma —y con todo, extrañamente, no quiere que me desprenda de ella para siempre. Mantiene su lazo flojo. En alguna parte, me consuelo, en algún regazo cálido, pequeño, escondido, que no logro ni revelarme ni revelarle, guarda un rincón para mí. Pero yo busco el amor grande, el otro. No me conformo con eso. No puedo detener las tempestades que hay en mí. Lo he dicho todo: 42 años y joven aún; padre de dos hijos, el vivo y el perdido; una mujer que se extingue; una amante que no ama; una tierra doliente sin goce y sin serenidad hirviente —y un miedo punzante que no deja en paz.

Muchos días me los he pasado buscando a mi hijo menor, Idó. Me escapo del trabajo para ir una y otra vez a las oficinas militares destinadas a ello. Pasaron aquellos días amargos. Los corredores están vacíos. Ya no están ahí las

decenas de mujeres con los ojos desgarrados de terror ni los padres acorralados por la exasperación sin remedio. Algunas de esas oficinas ya han sido clausuradas. Los corredores están vacíos. Los que se perdieron se perdieron y ya no están y los que no se han resignado al dolor desistieron y aprendieron que no encontrarían ahí alivio para su aflicción. Sólo yo voy todavía y todavía vuelvo a incomodar a los amigos de mi hijo perdido. Todo lo sé: su uniforme de faena ardiendo —no alcanzó a firmar, al salir, ni a recibir el nuevo, el incombustible— y él, Idó, mi hijo, herido en el muslo, salta del tanque que se alza en llamas como pira y se revuelca en la arena. Se levanta y corre más allá de las olas del humo y nadie más lo ve. ¿A dónde te has ido hijo mío? Busco tus últimos pasos en las arenas acalladas, más allá de las nubes del humo que se han desvanecido. Entre los cadáveres de la muchachada caída pasó. El viento borró tus pasos, hijo mío —y yo sé que todavía estás ahí. Vivo. Caminando. Me parece oír el eco de tu voz. Me apresuro hacia ti, hijo mío. Llego. No hallo nada.

El sábado antes de que salieran. Una semana después ya había estallado la guerra de Yom Kippúr. El sábado antes de que salieran. Estamos en la calle. En la mañana. Camino al parque. Sábado, inesperadamente sin reyertas intensas, sin enojo irremediable. Había en ellos tranquilidad y resignación, como si supieran lo que nos esperaba. “¿Qué tal si damos una vuelta mientras mamá prepara la comida?”, preguntó. Idó en su uniforme —tiene que regresar esa misma mañana a su unidad— y Yoáv, a pesar del temporal, en corto pantalón de deporte. Como tres hermanos nos paseamos gravemente juntos por esa calle helada. Hablando poco. Asintiendo. “A tu Dayán”, dice Yoáv, “lo metes, ya sabes dónde” Idó dice: “Oye, si ni siquiera eres capaz de examinar los hechos como son. Pon tú que es estratega, ¿sí? Estratega político y militar. Hay una tendencia, hay una línea de acción, es continua, es consistente.” Y Yoáv dice: “consistente ni por mis nalgas, camarada. En cada uno de sus discursos contradice el discurso anterior. Y habla mucho, tu Dayán” Y yo digo: “¿Qué tal si se dejan ya de tantas idioteces? Apenas si tienen 19 años y medio, iá-Alá. ¿De dónde saben tanto sobre la administración del mundo?”

Fueron rivales desde que nacieron, y cuanto más crecían —qué pronto crecieron, insensiblemente, como por distracción y de golpe— tanto más se acrecentaba y multiplicaba su rivalidad. Hasta la Bar-Mitzvá¹ (qué satisfacción la de su abuelo, mi padre, cuando se levantaron juntos a pronunciar su discurso. Ya entonces torcía Yoáv los labios con desagrado, ya entonces reía Idó con la sorna escogida de su timidez) anduvieron siempre juntos, no se separaban para nada. En la infancia se parecían, pero el bebé Idó lloraba más que su hermano y el bebé Yoáv se enojaba más que su hermano. Su madre los vestía con ropas distintas para aminorar el parecido —y ambos intercambiaban rápidamente pantalones y camisas, en el cuarto de baño o en el viejo

¹ Confirmación del muchacho judío a los 13 años de edad como miembro responsable de la grey.

refugio del patio, y regresaban a hacernos reír. Yoáv-Idó, Idó-Yoáv. Reñían mucho. A los siete años aprendió Idó a no llorar y a pegarle de vuelta a su hermano, que siempre fue más hombre de puños que él. Cuando se amostazaban se golpeaban de lo lindo, con los dientes apretados, con obstinación, con saña. Rodaban por el suelo y su madre palidecía y yo la calmaba contemplando su brega hacia la hombría. Ninguno de los dos estaba dispuesto a ser vencido.

En la escuela fueron a dos clases paralelas y bien pronto cada uno tenía su propia pandilla y no volvían a necesitarse hasta que regresaban a casa. Idó era un alumno dedicado, atento y receptivo. Yoáv exasperaba a sus maestros, era argüidor, escéptico. En la escuela secundaria, cuando comenzaron a sentir cosas con oídos adolescentes, trillaban horas enteras cada cuestión, leían cada renglón de los periódicos abriendo los ojos con la primera elación de la madurez, y su rivalidad tomó otro cariz. Yoáv arrastraba a su hermano a la discusión. Fue extremista desde el principio. Cuando tenía 12 años se hizo amigo del diputado B. del partido de derecha Jerut y se convirtió en ardiente betarí, en miembro del movimiento juvenil del partido. Durante tres años aserrucharon frases cortantes, duras, filosas, el ámbito de la casa. Idó, que no era miembro de ningún partido juvenil, se dejó remolcar un tanto y luego desistió. Ingresó a un club de aeromodelistas. Eran niños aún, pero la infancia quedaba ya lejos, atrás. Esta tierra no deja a sus niños ser niños. Ya entonces dejó Yoáv de escucharme. "Ustedes, la gente de izquierda, están minando los pilares del estado", me enjaretaba chisporroteando. Tendría 13 o 14 años cuando su mirada terca se afirmó y ya no se podían refutar sus palabras.

Con la misma intensidad, sin arrepentimiento, sin vacilación, de golpe, pasó al otro polo, al opuesto. A los 15, su primera novia, la hermana del instructor de la Gadná, los destacamentos juveniles paramilitares, odiado por todos. Un año mayor que él. Creo que ella tenía conocimiento de ciertas cosas que hasta entonces él ignoraba. Él y ella se convirtieron en los activistas de la escuela en materia de izquierda indefinida. Sacaban voceros. En líneas groseras y crudas, con gran maldad ingenua que nada perdona caricaturaban en ellos a Golda Meir, Abba Eban y Dayán. Por las tardes repartían volantes y folletos en la calle Dizengoff. Así, sin estación ideológica intermedia, sin crisis ni conflicto de lealtad, arrumbó ideas y amigos y se encontró otros amigos e ideas. Nunca cedió. Una vez tuve que ponerlo en libertad bajo fianza y sacarlo de la estación de policía. Una vez golpeó a uno de sus ex camaradas del Betar que le gritó: "Pedazo de Matzpenista.² Traidor." Después tuvo otra novia, nuevamente un año o más mayor que él, dura, pelisuelta, en jeans y grueso suéter de lana. Con ella y con otros iba a verlo a Dan ben-Amotz en su casa en Jaffa; se contó entre los que actuaron en el asunto de los desarraigados de Ikrit y Biram y los expulsados de las afueras de Rafiáj. A las representaciones de la sátira *La reina del baño* llegaba con los miembros de su banda como a una ceremonia, con sus ojos negros a la caza de opositores, de gritadores de

² Matzpen: brújula. Grupo de extrema izquierda.

platea. Asistía como oyente a las clases de Meir Pail en la universidad, por la admiración que le infundía el hombre, y en las manifestaciones frente a la casa de la primer ministro siempre se plantaba en la primera fila. Frente al fervor sagrado de su hermano, Idó sonreía, más indulgente y maduro, comprendiendo las cosas sin decirlas. Sobrio, lúcido.

Yoáv amó siempre a su madre. También ahora la ama. Es el niño grande de su mamá. Su amor por ella es tierno, sorprendentemente compasivo, confortante, sostenedor. Ahora viene a verla en sus licencias, sobre todo cuando me ausento de la casa, para no entristecerla con nuestras controversias o nuestros silencios. Hace tiempo que me considera como traidor a los principios —un padre que envió a su hijo a morir en los arenales del desierto por una causa falsa. “Por la consagración de la orfandad nacional como tal”, me echa en cara indignado. Su madre le acaricia el rostro, el único que le quedó, con ternura desvalida, con amor. Yo deambulo por la casa, cuando está con nosotros, confundido, tenso. Hay odio, alienación, entre nosotros, y se van intensificando y yo no sé cómo tender un puente sobre ellos. De padre me convertí en su rival. Y ahora, no soy ni eso.

II

En tiempo remoto, a su edad, fui como él. También yo, con los años, cambié velocidades, troqué rumbos e ideas, pero no en forma tan abrupta ni tan irrevocable. Entonces me atraían la imagen del Dr. Sneh y sus ideas. Mis camaradas y yo lo rodeábamos por donde quiera que iba, como escudo y defensa. Alimentaba y nutría nuestro pensamiento político y la izquierda era para nosotros ancla a la que nos asíamos en la existencia que se gestaba en el Israel de aquel entonces. Luego, se levantó un buen día el doctor y se afilió al partido comunista, y nosotros, tantos otros como yo, nos quedamos en el umbral. Hasta aquí y *non plus ultra*. ¿Y qué sí? El comienzo de una dura confusión. Agarrarse a las hilachas de las ideas rasgadas. El temor al recuento moral que no dejará en pie detrás lo que fue, que no resiste el examen de la autocrítica. Y entonces, ¿en dónde estamos? ¿Dónde estoy?

Los años pasan, el entusiasmo se ahoga. He desesperado de la compostura del mundo y de sus reparadores y, demasiado tarde, vuelvo la cara a la preocupación por mis propios asuntos. Dos niños pequeños. Una mujer a la que el tiempo no perdona y que hace más que yo por la manutención de su hogar, con una guardería infantil. Una casita alquilada por la que pagó derecho de llaves con la ayuda de mi buen padre y sus padres y con grandes fatigas y deudas. Y un mundo de materia fríamente enajenado de los valores del espíritu con los que, así lo creía, luchaba. Voy de trabajo en trabajo para traerle y asegurarle el pan a mi familia. Me convierto en inepto, cero a la izquierda que se mira de reojo, y que tal vez lo es también a los ojos de los demás. Tengo que irrumpir y atravesar las murallas que se alzan frente a mí. Soy extraño, con

mis opiniones, con mis posiciones. Susplicacia. Desconfianza. Recelo. Intolerancia. Enseño literatura en una escuela vocacional de artes y oficios —dominio ajeno y superfluo en tal institución. Doy conferencias sobre diversos temas de los kibutzim, en otras instituciones —y me da la sensación de que estoy nutriendo de lo marginal, de la caridad. Edito y cuido en la imprenta los pliegos y galeras de tal o cual semanario, de tal o cual vocero. Pruebo mis fuerzas tratando de escribir género chico y canciones. Soy instructor de muchachos descarriados de los barrios pobres en un centro municipal. Descubro que mi juventud se ha ido y no cuento con ninguna profesión concreta, aparte de mi sentido común y mi capacidad de adaptación. Con grandes esfuerzos, con la ayuda de mi mujer y mi buen padre, termino mis estudios y obtengo el primer grado —en literatura inglesa y filosofía— más viejo que todos los demás, en la Universidad de Tel Aviv en Abu-Kabir, y obtengo por primera vez un puesto fijo como catedrático en el seminario de maestras de primaria y jardín de niños. En las horas libres cuido la impresión y corrijo las pruebas de una revista literaria trimestral. Poquito a poco voy publicando en esas antologías una serie de artículos intitulada “El miedo que acecha a la vuelta de la esquina” y trato de presentar en ella, en un marco determinado, la formulación primaria, incierta, del pensamiento que ha cristalizado en mí a través de los años en materia política y social. Me sorprende la resonancia que despiertan mis palabras. No tardan en descubrirme detrás del seudónimo, reaccionando con indignación o asentimiento. Exigen más. Explayan sus objeciones en los periódicos, me invitan a polémicas públicas, a coloquios radiofónicos. Y aunque yo ya me había distanciado de las cosas y no sentía el más mínimo interés por ellas, fuera del alivio de descargarme en ellas, entré tímidamente, algo desmañado y hasta un tanto contento, en las puertas de aquella feria. Después de la guerra se cerró este capítulo. Por decirlo así, me interné en las entretelas y reconditeces de mí mismo, nutriéndome de mí mismo.

Las muchachas del seminario, mis alumnas, sienten atracción por mí. Algunas de ellas. Yo, por mi parte, descubro tardíamente la necesidad de los pequeños goces robados, de las diminutas mentiras. Por primera vez, le oculto cosas a mi mujer. Me pregunto si sabrá, si le importa, si le duele el conocimiento. Así como así, me duele su dolor. Tres meses después de la guerra y ya en busca de mi hijo perdido, por primera vez desde que conocí a mi mujer, me acuesto con otra mujer. Mi alumna. Se llama Erela. En su cuarto, cerca del seminario, después de la cátedra vespertina. Es bonita y de cuerpo lleno y me invita a sí misma y a los placeres anhelados que encierra sencilla y directamente. Casi. Yo temo. No me acostumbraron así en mis mocedades. No creí que podría así, sin cubierta de amor. Así nomás. Me hallo a mí mismo, como a un muchacho, susurrándole palabras de amor, apasionadas, volcánicas. Ella, seguramente, se regodea en sus adentros con una extraña madurez incompatible con su edad. Me abraza y la buena tormenta que guarda en su interior está calculada y planeada para llegar a tiempo y desvanecerse a tiempo, sin dolor, sin dejar huella. Al concluir nuestras hazañas uno en otro se abre la puerta

del departamento y su vecina, la que comparte con ella, entra. Shulamit. La primera vez. De claro cabello, lo recuerdo desde entonces, de torso delicado, fría, con anteojos de fino engaste que no pretenden más que adornar. Yo estaba tan corrido, y en cambio ellas, en sus tontos y benditos 20 años estaban exentas de todo embarazo. Se desengarzan con una leve sonrisa comprensiva y ella, Shulamit, se encierra en su cuarto, en tanto que nosotros nos vestimos.

En casa, recuerdo, más allá de la medianoche, Alexandra lee *La Omisión*, el libro en boga sobre la guerra de Yom Kippúr. Día a día consume más y más libros. Una luz amarillenta descansa sobre su rostro y está acurrucada en un viejo y grueso edredón. Me mira con buenos ojos, algo muertos, mientras me desnudo murmurando algo sobre una clase que se prolongó hasta tarde, sobre las preguntas que me hicieron y las respuestas que di. “¿Qué tal es el libro?”, pregunto. “Regular”, me contesta, y se detiene. Me meto en la cama con la garganta atorada, el cerebro opacado y el corazón golpeando en otra parte, angustiado. “Es atroz saber que así comenzó, que así se perdió Idó. Por...” dice con voz tenue y flotante. Yo la interrumpo diciendo secamente: “Idó no se perdió.” Me contempla callada. Me duermo como una piedra. Hace ya mucho tiempo que no nos tocamos, que no nos conocemos como hombre y mujer. En mi sueño oigo el hojeo de las páginas de su libro al volverse una tras otra. Su respiración apacible y callada. La sangre que golpea en sus venas. Al día siguiente me levanto a trabajar, a buscar. Mi cabeza martillea como después de una noche de crápula. Me siento avergonzado y humillado. Escondo los ojos de los de mi mujer, ignoro las miradas de la joven Erela y de sus amigas jocosas cuando se cruzan conmigo en las escaleras con los ojos fijos en mí. Soy un viejo libertino.

Noche de lluvia en Natania, un mes después. Espero un taxi después de una conferencia. Una muchacha envuelta en un vellón de cordero espera también, bajo el mismo balcón goteante, alternando el equilibrio de las piernas, por el frío. Pide fuego. Le prendo el cigarrillo que tiene en la boca. Me ofrece uno. “Nelson”. Tabaco áspero, rasposo —y yo, que casi no fumo. Sólo por distracción, de vez en cuando. Entablamos conversación. Es muy hermosa. La más bella que he visto en mi vida. No puedo desprender los ojos de ella. El tiempo pasa y no hay taxi. Las calles están vacías y la lluvia las golpea con furia. “Qué miedo”, dice y tiritita en su vellón. Con los ojos en mí. Y los míos en ella. “Qué oscuridad más horrenda”, dice, asustada. Y en su temor, se salta todas las pautas y gracias de la adaptación. Al cabo de un cuarto de hora ya sé casi todo acerca de ella —menos su nombre. Su padrastro. La madre sin carácter. Su trabajo como secretaria en la universidad. Sus aventuras casuales con los estudiantes. Su gran amor al joven catedrático. Su soledad. Su inocencia. Su cuarto en la calle Smolenskin. Su compañero y amante, un estudiante de Natania, con quien acaba de concluir la velada con una tremenda riña. Su cabello es corto como el de un muchacho. Su cuerpo sutil. Su rostro delicado. Consume el cigarrillo y pide ya que le encienda otro. Le tomo la mano para calmarla. Cesa el flujo de palabras. Su boca se retuerce apenas en una mueca.

Silencio. "Qué hubiera hecho aquí si no me hubiera topado contigo", suelta de pronto.

En un hotel local pasamos la noche juntos. Telefono a mi casa. En el otro extremo levanta el auricular mi hijo Yoáv. Me confundo. Sí. Pegó un brinco por 24 horas. "Y yo justamente me atasqué en esta espantosa lluvia en Natania", digo, como disculpándome. "No hay taxis. No. No. Pasaré la noche aquí en algún hotel. Dile a mamá que no se preocupe. Mañana en la mañana pego un salto a la casa para verte, para saludarlos antes de ir al trabajo y enseñarles que estoy vivo." Cuelgo. Le hago una seña al empleado del hotel que se ha despertado de su cabeceo para aplicar el oído con recelo y veo ante mí la cara de mi hijo. Rememoro su voz. Recapitulo. Hay algo forzado, constreñido, escéptico, en el tono de sus palabras. Entro en el pequeño cuarto sombrío que alberga en el verano jóvenes parejas en su pobre luna de miel, y la puerta, la cierro yo. Noche de amor febril, desesperada, de tan peregrina hermosura, de dos anónimos. Como náufragos dementes gritamos amor el uno a oídos del otro, una y otra vez, insaciablemente. Y afuera la lluvia golpea las tinieblas y la sombra arremolina las aguas.

No la he visto desde entonces. Me dijo su nombre aquella noche pero no lo recuerdo. ¿Dina? ¿Idit? ¿Mijaela? Los nombres se arremolinan y, desde entonces, hubo otras. Pero no como ella. En la mañana nos separamos. Me insinúa, con dolor, su deseo de volver a verme. Yo lo esquivo, temeroso del lazo que se creó. El dolor torna a sus ojos. Le pago al empleado del hotel y me apresuro a alejarme de ella, mareado, hacia la lluvia. Mucho tiempo después deploro mi huida. La busco y no la encuentro.

Una gran angustia se apoderó de mí entonces, cuatro meses después de la guerra. De pronto. Como si alguien oprimiera un botón oculto. Tengo miedo. No sé de qué. No de la violencia de los otros. Noches enteras me revuelvo de miedo en mi lecho y otras noches me escondo del miedo en un sueño pesado, atormentado. Veo a mi hijo Idó —en las noches de insomnio, y en pesadillas inacabables, abrumadoras, sudorosas. Lo veo. No en el contexto de su muerte y su vida. Lo veo, como quien dice, en circunstancias extrañas. Así son tal vez los sueños —y yo no doy con su solución. Por calles nocturnas, al sur de Tel Aviv, corre. La calle de la Aliyá, la calle Levinsky, la Levande. Sin aliento. Sin reposo. ¿A dónde corres, hijo perdido? ¿Qué buscas? Trato de alcanzarlo, pero su miedo es mayor que el mío, y sus pies casi no tocan el suelo en la carrera. Luego lo veo cogido de la mano de mi bella, frígida Shulamit —y todo el calor que atesora y que no fui capaz de extraer fluye de ella hacia él. La veo inclinarse hacia él, desnudez a desnudez, lentamente, en la plenitud del goce y del amor —y trunco dolorosamente horrorizado mi sueño. Lo veo solo, junto a la cama de su madre, agachándose a acariciar su cabeza con gran compasión y veo sus ojos que todo lo saben —y me miran a través del tiempo.

Estoy angustiado y no sé por qué. La guerra ya terminó y el país entero sigue avolcanado, en erupción, poseído por la ira y el furor. Manifestaciones en Jerusalem. Revelaciones en los periódicos. Las imágenes de nuevos persona-

jes aparecen en la pantalla de la televisión. Nuevos nombres: Moti Ashkenazi. Asa Kadmoni. La Comisión Agranat. Y otros. El país está convulsionado —y yo necesito, por naturaleza, precisamente ahora, que una especie de calma descienda sobre mí. Lo más horrendo sucedió y todavía estoy de pie y no he perdido la razón. Tengo que resignarme, me digo. Atravesé muchos días de búsqueda. Tengo que resignarme, como los otros. Mi hijo se perdió y ya no está. Ahora vuelven los prisioneros. Ahora se desentierran y se descubren cadáveres en los campos de batalla. Los deudos bajan la cabeza. Los corredores de las oficinas de localización se vacían. El llanto se convierte en gemido, en suspiro, en sofocado rugido, en infinito dolor que nunca se extinguirá —pero yo sigo buscando todavía. Incansablemente. Con serenidad febril. Yo, que nunca estuve entre los que lanzan los puñetazos y arrojan las acusaciones, que intenté examinar, y saber, con la más pura lógica y acepté la lógica confusa de los encargados, no me tranquilizo. Todavía busco. Busco solo, para mí solo. Me distancio a propósito de las aflicciones de la nación que gesticula alterada, retorciéndose de dolor. El dolor de todos ya no es mi dolor. Ni Alexandra sabe que sigo buscando, ni tampoco a mi hijo Yoáv lo hago más participe de estas cosas. Busco solo, para mí.

Y así es como busco: bajo a Refidim, en el Sinaí, a las tropas que lamen todavía sus heridas, como conferenciante. Voy de aquí para allá en un jeep militar con un paciente oficial de educación que se llama Aarón, que me acompaña en memoria de mis olvidados artículos y me interroga sin cesar sobre mis opiniones. Yo ya no tengo opinión alguna. Hambre infinita de búsqueda, es lo que tengo. Paso por todos los caminos que recorrió la brigada B. en su marcha rumbo a la guerra. Ya me sé todas las rutas retorcidas, imprevistas, precipitadas, pavorosas, que siguieron desde el momento en que llegó la orden. Examino todas las posibilidades, como en un juego lógico. Mi pequeña incógnita debe tener solución. Me siento horas y horas a hablar con la gente. Cautelosos, incómodos, se repliegan ante el padre enlutado que no acepta la orfandad, presa del amor. Una y otra vez repiten —cómo despertaron a Idó, por la mañana; cómo corre y salta a su vehículo y arranca y viaja con sus camaradas, con la máscara de niebla del sueño guareciendo largo tiempo aún sus ojos y su cerebro; cómo lamenta, bromeando como de costumbre, que no alcanzó a firmar el recibo por su mono de faena; cómo recibió el golpe en el muslo en la cubierta atorada de la torrecilla y cómo enmudeció el aparato de enlace y cómo conforta al que maneja el tanque, en esa jornada espectral sembrada de horrores rumbo a la muerte. Analizo cada una de las posibilidades. Examino todas las rutas. Todas las dunas de esa sección del frente. Ahora callan, muertas. La arena y el polvo y el humo se abatieron. Localizo a todos los compañeros de mi hijo, todos los que podían haber estado a su lado, aquel día, domingo, siete de octubre. Los muertos y los vivos. Me encuentro con sus padres, con sus parientes, con sus esposas, con las amantes de los muertos. Les exprimo, con la hoz del dolor, la ira, el miedo y el amor, todo lo que puede iluminar el cuadro. Ya sé quién quería a Idó y quién no lo podía soportar. Sé lo que sintieron los

miembros de la dotación del tanque —quién tuvo miedo y quién lo sobrellevó en silencio.

Uno de ellos quedó vivo. Un muchacho de Ashdod. Tres meses no recordó nada. Estaba sumergido en un terror casi hipnótico. Su cuerpo quemado se iba restableciendo, pero su alma empequeñecida, encogida, no hallaba abrigo del espanto sino en ese sueño. No lo dejó en paz. Cada semana volvía a visitarlo. Me sentaba junto a su lecho en el hospital Tel ha-Shomer y sus familiares se acostumbraron a mí como a un hombre extravagante. Finalmente, poco a poco, se fue abriendo. Fue él quien me relató los últimos instantes de mi hijo. “Dime”, me susurró con gran temor, “¿perdimos la guerra?”, como regresando de un largo, largo camino. “No te fíes de su memoria”, me dijo el psiquiatra que lo atendía. De qué voy a fiarme, si no.

Así me muevo sin parar. Sin darme tregua, sin tregua para los demás. Los presiono quedamente. Sin aflojar. Recojo todo lo que se relaciona con mi hijo desaparecido con una sed insaciable. No quiero mitigarla. Visito también a los padres del comandante del tanque en el kibutz Naan. Ellos son diferentes. Se resignan con dignidad. Eso es lo que se dice de la gente que es así. El duelo les presta grandeza, les añade majestad. Se muerden los labios y siguen adelante. En el pequeño salón de la familia está el retrato de su hijo. Con cara de bebé, más joven aún que mi hijo. La frente alta, el cabello rizado. Una criatura. Los padres me pintan su imagen de otra manera: decidido, obstinado, arrojado, impetuoso, arrogante, sociable, independiente, capaz de juzgar, determinar y ejecutar en el acto. Igual. Comandante de tanque. El comandante de mi hijo. Veintiún años al morir. El primero en morir. Lo sé. Al sacar la cabeza de la torrecilla. Puedo reconstruir la escena. El que manejaba el tanque sufrió un ataque de histeria, cuando le cayó encima el cadáver del muerto. Mi hijo trata de tranquilizarlo. Se corta la comunicación. El muchacho de Ashdod logra frenar el vehículo que se desvió del trayecto. El misil da en el flanco. Saltan. Idó. Su mono en llamas. Salta y rueda por la arena. Se levanta y corre, perdido, hacia las entrañas de las nubes de humo, y desaparece.

¿Por qué tengo tanto miedo? ¿Qué me pasó? ¿De qué tengo miedo? Ahora tengo 42 años. Mi abuela vivió hasta los 91. Mi padre tiene 77 y todavía es fuerte y tiene la mente tan clara como siempre. Todavía me restan años por vivir en el mundo y ya estoy tan atemorizado del fin. Sepulto la cabeza en la almohada, en mi cama, para sobreponerme al temblor que traspasa mi cuerpo. Me aferro a los brazos del asiento en el ómnibus, para dominarlo. Caminando por la calle me colma de pronto el miedo de olvidar quién soy, adónde voy, de dónde vengo, dónde estoy. Tengo 42 años, trato de decirme para serenarme. Soy padre de dos hijos adultos. Marido de una mujer. He pasado muchas cosas. Sé dónde estoy. ¿Acaso sé dónde estoy? Y el miedo acecha a la vuelta de la esquina. Me espera y me invade. Todos tienen miedo. Todos, como yo, esconden sus temores. A todos nos espera la catástrofe en la esquina de la calle. Todos tratan de ignorarlo. Yo no puedo. Vivo el miedo. No es a las guerras a lo que tengo miedo. A lo que está más allá de ellas. Como profeta. Estuve en

aquellas guerras: en la Campaña del Sinaí en el 56, en la guerra de los Seis Días. La última guerra. Estoy dispuesto a arrostrar los peligros corporales. Sólo al miedo le tengo miedo. Yo solo. Solo.

Soy casi un huésped en mi propia casa. Sólo cuando ya no queda otro lugar. Sólo como último refugio. No pude soportar la tristeza pasiva, casi muda, de Alexandra, cuando se conformó. Comenzó a fumar. De pronto. A cambiar cosas, contrariamente a lo que acostumbraba. En silencio. De noche. Cuando yo creía que se otorgaba a sí misma, por fin, un descanso, oía el roce del cerillo en la caja y una luz diminuta me perforaba los ojos, maltratando su rostro. Se va encogiendo y secando en su dolor. Me contempla en silencio. Casi no tenemos qué decirnos el uno al otro. Otrora fue bella. Vuelvo a decir y a repetírmelo. Unos cuantos años, entre los 17 y los 25. Su hermoso cabello oscuro, convertido en mechones retorcidos; la suave piel de su cara, arrugada; sus ojos verdes se opacaron y agrisaron; sus pequeños pechos se avellanaron; su cuerpo, encorvado; su ropa, de mal gusto. Entre sus muebles, los retratos de sus hijos, el vivo y el muerto, sus libros y sus enseres de cocina, se encierra. Sola. Con su otro hijo. Con dos o tres amigas. ¿De qué hablan todo el tiempo? Huyo a la casa por falta de otro refugio, en el colmo de la angustia, la opresión y el miedo. Mis visitas a la joven Shulamit se van espaciando. Y si voy allá, es enteramente a otro lugar al que voy. Prohibido tener miedo en su presencia. Con los residuos de mis fuerzas juego al juego de la fuerza, la madurez y la indiferencia en su cuarto, entre cojines de terciopelo y alfombras. Guardo mis temores para mi casa. Muchas veces, cuando llego, mi mujer y sus amigas alzan los ojos en dirección mía, por encima de las tazas de café vacías, en la cocina, en la niebla del humo de los cigarrillos. Me desprendo de ellas con un par de palabras, me desplomo en la silla de mi rincón de trabajo en el dormitorio y me entrego a mi adicción al espanto, hasta que, lentamente, se desvanece el temblor que se adueña de mi cuerpo.

A Shulamit vuelvo a encontrarla tres meses después de aquel tropiezo casual en el cuarto de mi alumna Erela. Me trae algunos de sus poemas para publicarlos en la revista trimestral entre cuyos editores me cuento. Un hombre joven —pintor, al parecer— la acompaña, hablando a destajo, con la autosuficiencia de los necios, sobre todos los temas habidos y por haber. Alzo los ojos de los poemas y veo una cara conocida. Silenciosa, glacialmente, me examina a través de sus anteojos mientras leo sus poemas. Malos. Formulados con inteligencia fría, con comprensión de la técnica, con conocimiento de los diversos modelos. Fórmula tras fórmula, en una letra redonda y atractiva, inmaculada. Como ella. Tras ella, el joven barbado no acaba de ensartar sandeces. Y ella, la del claro cabello, minuciosamente vestida en tonos claros y amenos, con sus finos labios y torso delicado, sutil, espera serenamente mis palabras. “Hay aquí cosas bellas”, digo. Todos mentimos de vez en cuando. Y tampoco quería lastimarla, entonces. Buscaba ya entonces granjearme su corazón. “Tienes que elaborar éste un poco más. Y éste también. Y también éste.” Vuelve un tanto la cabeza y le dice secamente a su acompañante: “Arik, basta

ya, ¿no te parece?" Y entonces me dirige la pequeña sonrisa complaciente, conciliadora, que tanto anhelo ahora: "No me reconoces", dice. "Vivía con Erela Mandelman, la que estudiaba contigo...". Me siento desconcertado. Ella no me deja mucho tiempo en mi turbación: "Di, ¿crees que podrías orientarme? Es decir, yo sé que mis poemas se hallan lejos de la perfección, pero ignoro el rumbo exacto..."

Nos convertimos en amantes al cabo de una semana, en el bosquecillo de uno de los suburbios. Primero me siento con ella en la infima oficina de la editorial, anexa a la imprenta, y escribo de nuevo junto con ella sus malditos poemas. Quedaron tan pésimos como antes. Banal, bien lo sé, pero no hay esencia de poesía genuina en el alma de aquél cuyo corazón nunca se desgarró. Su corazón nunca se desgarró:

De día, el sol en mis cabellos
y sobre mi cadáver, de noche, me doblego.
Ruina, dolor, aguaceros
y despertar sin objeto.

Algo así. Arrepentido de mis mentiras, trato de destilarle, gota a gota, delicadamente, mi opinión sobre sus poemas. Ella comprende mi intención. No se enoja, ni se ofende. Un poco. Casi imperceptiblemente. Siente mayor apego por mí cuando le hablo con dureza y rectitud, sinceramente. Clava los ojos en mí. El humo asciende a mí desde su boca. La tomo de la mano para calmarla. No es necesario. Su calma supera a la mía. Sonríe esa sonrisa de entrega sin ápice de rendición que me inviste de santidad. Mi santidad, a sus ojos, dura pocos días. De noche nos abrazamos en aquel parque suburbano y todo su cuerpo me penetra, está en mí. Mi amor ardiente, lozano, perdido, olvidado, lo hallo en ella y a ella se lo entrego. "Te amo, te amo, te amo." Como niño perdido. Ya es verano. Pero el olor limpio, punzante, de la noche de lluvia en Natania me hiere la nariz. Y ella se aferra a mí. Todo su cuerpo me penetra. Toda su hermosura está en mí. Toda su fuerza. Toda su alma, imagino entonces. Todo su calor. "Te amo, me dice, te quiero, te quiero." Nos encerramos en la espesura del bosquecillo, nos recogimos plenamente, hasta el fin. No volvió a desearme nunca como entonces; no me susurró más, como náufrago demente, enloquecida, devorada, palabras de amor como entonces. No volvió a perderse conmigo, arrastrada, arrebatada, apasionada, sumisa. Nunca más se me sometió.

Volvimos a encontrarnos en los días siguientes —y ya había frialdad en ella. Sin explicación. Y yo la amo y busco su amor. Quizás, más que amarla, busco la capacidad de entrega amorosa que posee, aquel calor, aquella voluntad de dar y recibir, de tomar y ser tomado, sin límites. Y no hay nada. Ya no se desborda, ya no suelta la rienda. Sus ojos me miran. Más allá de mí. Busco, más allá de ella. Aquella muchacha de lluvia, hermosa, triste. Conozco también la historia de Shulamit. Es franca. A los tres años llegó a Israel. De Polonia. Madre judía. Padre cristiano que se convirtió. Hogar en Acre. Casi no visi-

ta a sus padres. A los 16 años conoció a su primer hombre. Desde entonces, muchos hombres la han conocido. "Mi cuerpo", dice. "Nada más." Filosofía de pequeñas putas de novelas para sirvientas, me digo con despecho. No oculta nada. No se adjudica santidad. Las cosas son bastante simples y cómodas y no vale la pena santificarlas. Amor, dice, no ha sentido por ninguno de ellos. Tampoco por el hombre que se casó con ella, aquel pintor barbado y parlanchín del que se divorció. Y todavía se cuenta entre los que vienen a visitarla. Quizás carezca de amor, en general.

Sus formulaciones son maduras, equilibradas, calculadas. Como sus poemas. Palabras elegidas con gélida meticulosidad de un tesoro infinito de verdades comprobadas extraídas de los diarios de muchachas de la escuela secundaria y de poetas, ídolos de los liceos. ¿Por qué amamos a personas como ésas? Le grito mi amor y no sé si me estoy engañando tanto como ella. Quizás no la amo, siquiera. Quizás ni su amor más entregado me complacería, ni me traería el edén.

No la veo días enteros y no puedo apartar su imagen de mi pensamiento. Sí, tal vez me trae juventud renovada. Cuanto más ignora y se desliga del principio de nuestra relación, de nuestro primer encuentro, cuanto más se rehúsa a reconocerlo, tanto más la deseo. Publico sus poemas después de elaborarlos, arduamente, yo mismo. Mucho tiempo. Conturbo a mis amigos: ¿quién es ella y por qué lo ha merecido? Por mis extravagancias y rareza, piensan seguramente. Sea. Voy a su departamento, en la calle Hess, a altas horas de la noche, con las pruebas de sus poemas en mis manos. Espero largos minutos hasta que abre su puerta. Junto a la pequeña mesa de la cocina veo a un joven oficial, del ejército omenita, muy guapo, aproximadamente de la edad de mis dos hijos. Se me encoge el corazón. Intercambio algunas palabras ociosas con él. Ella lee inmediatamente con los ojos mi dolor. ¿Está gozando? No sé. ¿Hay maldad en ella? No lo creo. Me dispongo a partir, pero ella ve los pliegos de las pruebas y se para de un salto, con su cuerpo delgado, casi varonil, envuelto en la túnica amarilla. Despide al huésped en el acto. Casi se emociona al ver su nombre en letras menudas sobre sus poemas, al palpar el basto y áspero papel de estracilla entre sus dedos. Estamos solos y su alegría se torna ceniza al ver lo que he hecho de sus poemas. Me lanza insultos, vulnerada, mucho más allá de su serenidad, fuera de sí. Indignado, me contento con no humillarme. Le digo que no tiene talento y que no es capaz sino de trazar líneas geométricas sobre el papel, sin conjugarlas en poesía. Ella grita: "A lo mejor. Quizás no soy poetisa del todo. ¿Qué demonios importa? Lo que es tú, no te atrevas a tocar mis poemas." Cosas por el estilo. Nos insultamos, gritando, y con todo mi ser la ansío, sus manos, su cuerpo. Pero no. Su cólera y su afrenta son demasiado grandes. "¿Qué te crees? No sólo café bebió ese joven aquí", dice cortante, sabiendo dónde golpearme. "Y entonces, ¿para qué escribes poemas? Hay por lo visto cosas que sabes hacer mejor", digo yo.

Salgo, despedido. Recorro un largo camino esa noche. Solo. En dirección a mi hogar. A las tres y media de la madrugada deposito mi cabeza en la almo-

hada y la pequeña luz junto a la cama de mi mujer ilumina su rostro al leer *Tierna es la noche*. No pregunta nada. No tiene celos. No teme. Nada espera ya. “¿Qué tal es el libro?” “Muy bueno”, dice. “Es increíble cómo sabe Fitzgerald describir cómo un hombre se lleva solo a despeñarse y destruirse de tal modo.”

Sólo tres semanas después vuelvo a oír algo de Shulamit. Sus poemas aparecen publicados. No me exige que no los publique. Aparecen y vuelven a desaparecer en la conciencia de sus contados lectores. Como vinieron se fueron. Me deprime su recuerdo y me mortifican los pensamientos acerca de ella. La espero, ansío su llamada. Alguna señal. Me arrastro, de algún modo, por mis trabajos. Sólo las búsquedas me infunden fuerzas. Lleno mi tiempo con entrevistas. Soldados lisiados. Rastreadores de cadáveres. La gente encargada de buscar los cadáveres. Oficiales de enlace de la ONU, exploradores, patrullas de reconocimiento. El tiempo pasa. Las grandes tormentas llegan a su fin. Como entonces, antes de que mis dos hijos se enrolaran en el ejército. Yoáv creía que no lo reclutarían por sus actividades políticas —y helo aquí uniformado. “¿Sabes qué? En mi grupo todos piensan como yo”, dice, porfiado. “Y entonces,” le observa su hermano perdido, lúcido, claro, “¿por qué prestan servicio en los territorios ocupados? ¿Por qué no tienen el coraje de ir hasta el final? Si esos son territorios ocupados y no quieres ser opresor —pues quítate el uniforme y vete a la cárcel con ese papahuevos, Guiora Neumann.” Los sábados, o cuando recibían licencia, se la pasaban discutiendo. Todo el tiempo. Guiora Neumann. Vietnam. Golda. Dayán. Identidad palestina. El Plan Rogers. Matzpén. La nueva izquierda israelí. El Dr. Shaib. Al-Jabari. Abba Eban. Goerge Jabash. Watergate. Daniel Ellsberg. El general Sharón. Soporte aéreo. Uri Avneri. El rabino Kahana. Los Altos del Golán. Aqraba. El obispo Raya. Gemelos. Ahora me pregunto más de una vez si se querían. Creo que sí. A su modo. Una vez salen juntos con unas muchachas al cine. Yoáv, con su tercera o cuarta pareja, como siempre, mayor que él, periodista y activista de izquierda. Negligentemente vestida, de voz ronca y alta. Los dedos amarillos de nicotina. Muy apegada a mi hijo, que es guapo, robusto, y nada tonto, aunque hallo en él fanatismo todo el tiempo y, aparentemente, la satisface plenamente también en el amor carnal. Idó tiene una nena a la que le faltan dos años para el bachillerato, menuda, dulce, extraviada, cándida, Nili. La conoció aproximadamente un año antes de la guerra. “Nili-dame-Nili”, le dice y vuelve a repetirle. Ella se ríe. “Pero ¿de veras te da?”, le pregunta el hermano ostensiblemente. Idó se ruboriza. Yo creo que, bueno como es, no se ha acostado aún con ella. Quizás se perdió virgen. Aquella noche, en el cine, se desató una amarga discusión entre ambos hermanos. Hasta el punto de tener que abandonar la sala en medio de la proyección, por sacar de quicio a los vecinos. “La naranja mecánica” En el cine Peer. Tan característico: Yoáv no pudo aguantar la película. Idó se apasionó por lo que vio con todo el corazón. “Tienes que ir a verla, papá,” dijo. “Cuéntame lo que pasó al final. Si la siguen exhibiendo en la próxima licencia, la voy a ver otra vez. Quiero verla con calma. Sin este

mico de Yoáv de cola. " Iremos juntos, Idó. Buscaremos y hallaremos la película e iremos, me digo ya 18 meses.

Luego de tres semanas estériles, sin propósito, me llama Shulamit. No se identifica. Con razón. Segura de su victoria me invita a su templo —y yo me apresuro a desocuparme de todo y voy hacia ella, listo para todos los sueños, borrando el recuerdo de mi hijo desaparecido de mi mente. Y ella, fría, cortés, reservada, mujer que sabe manejar el arte de la conversación, sonríe para sus adentros a través de la pequeña mesa de cocina. Habla tocando todos los temas del mundo. Me cuenta sobre el hombre que conoció en mi ausencia. Me lastima, seguramente a sabiendas. A ella nunca le dolió el amor. La tomo, por fin, en mis brazos, y se deja tomar, indiferente. ¿Por qué me llamó? ¿Por qué me buscó? ¿Por su soledad o por su deseo de mortificarme? Abrazo un cuerpo ansiado, sutil, cálido, suave y esterilizado de emociones. Su cuerpo se endurece en mis manos. Sus brazos cuelgan muertos. Casi desesperado, la llevo a la cama. Trata de rechazarme. Una y otra vez. Sus ojos están desnudos de amor. Por una razón que no alcanzo a comprender se somete, finalmente. Su cuerpo desnudo. Mi dolor. Mi pasión. Mi deseo. Desesperado de antemano, fallo en la empresa del amor. Nunca me sucedió antes tal cosa. Me maldigo por haberme enredado en este rasgal. Me siento tan humillado. Y entonces, triunfante, se permite recogerme, apoya mi cabeza en su pecho blando, menudo, tallado —para confortarme y calmarme. Casi con amor, diría yo.

III

Y OCHO MESES ANTES ESTALLÓ LA GUERRA

Durante dos semanas despertó entonces mi mujer, Alexandra, a una nueva vida. Como leona terca. Entonces no sabíamos nada de nuestros hijos. Uno en el norte. El otro en el sur. Yo sirvo en la Guardia Civil, al sur de Tel Aviv y mi mujer me arrastra, en mis escasas horas libres, entre turno y turno, a buscarlos a los dos. El oficial municipal de información. Oficiales de enlace y reserva. Padres de miembros de la unidad. La mujer del comandante, por teléfono. La mujer de otro comandante, junto a su casa. Oficinas huérfanas de comandantes de movilización de tropas de retaguardia, vacías, a no ser por la multitud angustiada de familiares y algunas muchachas-soldados empleadas ahí, niñas, perdidas. Ex amigos, conocidos, conocidos de conocidos, oficiales retirados y olvidados en el curso de la guerra, corresponsales militares que van y vienen de los campos de batalla. Giramos en círculos tratando de hallar ayuda, de localizar, de descubrir, de encontrar, de saber. Y en las pocas horas en que duermo, Alexandra sigue febril junto al teléfono, incesantemente, sin fin. Leona de dos semanas aventando espanto y desesperación, en busca de sus cachorros.

A las tres de la madrugada, luego de dos semanas, suena el teléfono. Yoáv. Del norte. Trata de no asustar a su madre. "Todo está requetebién", le dice suavemente. Ella lo interroga casi salvajemente. "¿Oyeron algo de Idó?", pregunta él. Le pido que me deje hablar con él, pero ella se niega a pasarme el aparato; se resiste con todas sus fuerzas. Yoáv está vivo. Yoáv está vivo. Yoáv está vivo. De ahora en adelante la incertidumbre relacionada con Idó se torna más desesperada y calcinante aún. No hay respuesta. No hay eco. Por favor, Idó, por favor. Como en los juegos infantiles: Idó, ¡di algo! Por favor. Por favor. La niebla, la confusión de la guerra, sus horrores y espantos, sus embrollos y complicaciones, sus convulsiones y pesadillas se desvanecen y mi muchacho no está. ¿Dónde está? Recuerdo que tres días después de su reclutamiento, sonó el teléfono. Yo contesté. Recuerdo nuestras palabras. Estoy en el pasillo de la casa y él, en el campamento al que acaba de llegar —probablemente con el pelo atusado, en un nuevo uniforme más grande que él y pesadas botas. Cuánto amor había en aquellas palabras sencillas: "dentro de dos semanas nos darán la primera licencia, ¿me oyes?", me grita desde muy lejos. "Nos sentaremos un poco a platicar. Iá-Alá me muero por sentarme un rato contigo en el balcón, así nomás, y platicar." El horror de su desaparición va en aumento. Mi mujer se amolda y se hunde en sí misma y en su vejez. Yo recapacito, me recobro. Los retratos de Idó, de la infancia al uniforme, surgen y flotan por todos los rincones de la casa, con marcos livianos. Le pido que los remueva. Ella se niega con una obstinación ajena a su naturaleza. Yo desisto, sustrayendo la vista de los retratos. Continúo buscando.

Soy padre de dos hijos gemelos. Uno desapareció en la guerra. El otro se me convirtió en enemigo. Al principio, cada vez que pasaba por la casa, en los meses que siguieron a la guerra, me ayudaba. Él y yo corríamos, telefoneábamos, repreguntábamos, sonsacábamos, sondeábamos, confrontábamos. Él se descorazonó muy pronto. Muy pronto se resignó. Se serenó. La tragedia se acomodaba a su concepción del mundo. Como si cabeceara contra todos: ¿no se lo dije? Terco, abandonado, sin desesperar, me quedo solo. Casi quieto, me presento día tras día con la multitud de padres, esposas, hermanos, hermanas y amantes desesperados que claman por los corredores de la oficina de búsqueda de los desaparecidos. Me ganó el cariño de uno de los encargados, el rabino militar, mayor Cahana, por ser distinto a los demás. Entablo relaciones con él. Le hablo por teléfono a su casa, de noche, cuando se toma un breve respiro del infierno. "Hay algo en ti que merece admiración", me dice. "No desesperes. Hay que esperar siempre. No perder la esperanza, Dios quiere que esperemos. La verdadera fe está en la esperanza." Yo lo escucho y me entero de ciertas cosas. Las oigo de otros. Me comienzo a figurar el principio del cuadro. Oigo y leo los primeros testimonios. Escucho las voces de los prisioneros en las estaciones de radio de El Cairo y Damasco. No oigo la voz de mi hijo. Examino, entre los primeros, con gran angustia, las fotografías de los prisioneros, gigantesca y ampliamente amplificadas, extraídas de la prensa egipcia. Enjutos, asustados, sombríos, con los ojos bajos, perdidos. Analizo cada facción —puntos negros

y gruesos de imprenta hinchados— pero los rasgos de mi hijo no me alcanzan. Y sin embargo, cualquiera de ellos, me sobrecojo de pronto, es quizás mi hijo. Compró y devoró la prensa extranjera, ávido de artículos y fotografías sobre la guerra, sobre los prisioneros. Con una lente de aumento trato de identificar en las fotografías a mi hijo. No lo logro. ¿Por qué no puedo, de repente, evocar la imagen de mi Idó, con todos sus rasgos? ¿Por qué veo puntos y más puntos negros conformando su rostro? Yo sé que su cabello es negro y conozco su manera de peinarse, su cara algo aniñada, sus ojos, su cuerpo enjuto, recuerdo sus medidas, el modo en que su boca se entreabre al reír —tan tímidamente— o cuando discute o conversa. Cómo come, cómo duerme, cómo se enoja, cómo explica, calla, triste, alegre, avergonzado, fastidiado. Cómo es. Cada punto y cada tilde. Todo. Y, sin embargo, no puedo trazar con todo eso su imagen completa. La nostalgia no junta los detalles. Lo veo y no lo veo. Por eso, como loco, sigo buscándolo. Para que no se me olvide su imagen. “Hay algunos que no aparecen en las fotos”, me dice mi rabino militar. “No nos revelan ni medio. Hay rumores. Tienen en sus manos otros prisioneros, de los que no han publicado ninguna noticia. Esos les servirán a la hora del regateo, cuando sea mester. ”

LOS DÍAS SE SUCEDEN Y MI HIJO PERDIDO SE VA ALEJANDO DE MÍ

Y mi otro hijo: quijadas algo cuadradas, mayor solidez, labios más apretados, cabellera más tupida. Como yo, no es débil, no afloja. No se le ve flaquear. Tampoco en su interior. Yo, para no venirme abajo por la tremenda debilidad que se ha adueñado de mí, me mantengo de pie todo el tiempo —de prisa y corriendo entre mis trabajos, mis búsquedas, mis miedos y mis amores escamoteados. Es mi hijo. Su modo de lanzarme una mirada dura, hermética, pasando a contemplar a su madre con otros ojos. Sargento de tanques. Podía haber llegado a ser oficial. Creo que hasta lo deseaba —pero su arrogancia se lo impidió. “Claro que con la marca que tengo desde la secundaria”, dice con marcado desprecio, “con todo mi activismo, cómo me van a dejar ascender a oficial”. Un niño grande. También él se va alejando de mí, día con día. Muchas veces me pregunto si está al tanto de los secretos que oculto. A veces, cuando regreso a tan avanzadas horas de la noche, lo encuentro en su uniforme, con sus pesadas botas, sentado frente a su madre. Conversan. Halla por ambos de qué hablar. También le trae a su amiguita. Una pequeña familia. Y yo estoy como fuera del círculo. Entro y se corta la conversación. Me sirvo una taza de café y la conversación no revive. Él y su compañera se despiden de nosotros y nos quedamos solos. Cada día me detesta más. Al principio me reprocho el pensamiento, justificándolo con mis impenetrables temores recónditos. Luego me voy convenciendo de ello más y más. Todos nuestros diálogos son cortos.

Yo entro y él se apresura a salir. No lo arrastro más a la discusión, como antes. Hablo y ya se mueve en su lugar inquieto, impaciente. A veces me interrumpe enfadado, mirándome de soslayo: "Oye, ahora no. Ahora tengo que salir corriendo." Ya no le oigo decir "papá". Ya no me necesita. No sé cómo interpretar su rencor. No pregunto. Temeroso, quizás, de su respuesta. Porque si le pregunto, me va a contestar.

También la joven Shulamit se va apartando de mí, en la misma neblina. Encuentros fugaces que se van distanciando entre sí. Me vuelvo exigente. Trato enconadamente de mortificarla. Le hablo de mí, de ella. Quiero su amor. Ella se retrae con una especie de serenidad tensa. No se intimida. Me mira directamente a los ojos. Calla. Me deja hablar. No lloro. Hace muchos años, desde mi infancia que no lloro. "Para qué demonios quiero que te apiades de mí. No quiero tu compasión", digo casi amagallado, sintiendo que sin querer eso es lo que quiero. Abrir una brecha en el muro que tiene adentro. Del otro lado del muro me espera su luz. "¿Me amas?" —exijo saber. Ella se escurre, evasiva. Me contesta de mala gana, respuestas estilizadas y frías. Le gusta definir sus sensaciones y sus emociones. Insisto. No. Ella no me ama. Renuncio ya, con dolor. "¿Me deseas?" No. No ahora. Otra vez, quizás. Quizás. Quizás de esperanza menuda. Amor chico en lugar de gran amor, espléndido, abrasador, que lo consume todo. No me conformo con eso. "Me voy a la calle Smolenskin", digo y me pongo de pie. En su mirada hay sorpresa. No pregunta nada.

La dejo, rogando ya por la próxima vez. Quizás sea mejor así. Quizás en alguna hora de soledad, entre todos los otros hombres que conoce, tendrá necesidad de mí. Quizás. Pero por dentro sé que es fuerte. Sé que la soledad es para ella casi un ideal, un soberbio estado de ánimo donde encastillarse. Anhele su amor, aunque sea en pequeñas dosis. La caridad. Como andar de sopista. No, mi orgullo no puede soportarlo. Sólo quiero el amor más sublime. Como entonces, como en aquella noche de lluvia. Y salgo, acosado por la esperanza, a recuperar mi amor perdido de entonces. Paso por la calle Smolenskin. ¿Cuál es el número de su casa? ¿Cómo se llama? Interrogo a los que transitan por la calle lóbrega. Entro en los zaguanes y reviso los nombres en las casillas de correo. No encuentro.

Los días transcurren y mi amor, para cuyas preguntas no hay respuesta, se va opacando. El agravio se va embotando. No hallo refugio donde meterme. Entre mis raros encuentros con Shulamit, busco refugio en otras muchachas. Jóvenes. Poetisas. Pintoras. Estudiantes. Alumnas del seminario para maestras. Desgreñadas y desaliñadas, de belleza burda y desteñida, gastada. Las encuentro en los salones de clase, junto a mi mesa en la editorial, en los cafés nocturnos, en fiestas remotas. Tanteo un poco y, generalmente, hallo una mano extendida, y la cojo. Todos buscan ciegamente alguien de quien asirse. No las recuerdo. Una tras otra. En sus pequeños cuartos. En el pasto. En la playa. Breves amores miserables, enconados, arrebatados, casi salvajes. "¿Me amas? ¿Me amas?", les grito dentro —y ellas me responden sorprendidas o rutinariamente: "¡Oh, te amo, ven. Ven. Ven!!!" Y nos aquietamos, uno junto

al otro. El dolor amaina. Nos miramos, con agradecimiento mutuo, tímido. Nos levantamos. Arreglamos nuestras ropas, nos separamos. Todos mis amores. Soy un hombre atractivo y por lo tanto he tenido más de una docena de esos, aparte de Shulamit —y su imagen no me deja en paz todavía. Pero pasará, me digo. No la amas, me digo. Es una fuga, me digo. Y pobre del que se escapa.

IV

En la mínima caja de una escalera, en un barrio viejo casi despoblado de juventud, estrecho a una de ellas, en la oscuridad. Nos sobreviene un breve momento de esponsales. Soy suyo y es mía. Gime. Me ajusta las cuentas. Lucho con ella. Se deja caer sobre mi hombro. “¿Me quieres, amor mío?”, pregunto. Gime y no responde. Vuelvo a preguntar. Me estrecha entre sus brazos delgados, sufriendo el placer, y para mí, el placer es martirio. “¿Me quieres, condenada? ¿Me quieres? ¿Me quieres?” Una luz blanca, maldita, deslumbrante, nos inunda. “¡Epa! ¿Por qué aquí? Hay casas”, dice una muchacha. La que tengo entre mis brazos se repone en seguida, alisa sus ropas sonriendo. Una cara conocida me mira. Mi hijo. Su novia. Mi hijo Yoáv, hélo aquí —toda la estupefacción, el desdén, el asco, el distanciamiento, el rencor. Cara a cara, también ahora. La compañera de Yoáv recoge a su amiga —otra vez. Comparte con ella el departamento, supongo— y desaparecen. Yo me quedo con mi hijo. Mi hijo me mira y yo bajo los ojos, humillado. No puedo soportar la escena. Mi hijo es mayor que yo, muchos años más maduro. Él calla. Atragantándose con la intensidad de su abominación. Finalmente, en otra voz, dice: “Ven. Te llevo a casa. Estoy aquí con el jeep.” Quiero decir: “No. No hace falta, iré solo” —pero de pronto soy un hombre viejo, muy débil, pelado, un pobre diablo embotado. Al jeep se le traba la palanca de cambio de velocidades. “Chinga a tu madre”, me enjareta en árabe. Me estremezco. Su mano vigorosa se mueve con furia, para adelante, para atrás. “Chinga a tu madre”. Trato de decir algo: “Mira, mejor me voy a pie. Yo...” —me corta: “¡Aquí te quedas sentado. Aquí! ¿Me oyes? ¡Aquí!” Ahora se me sube el humo a las narices. Por él, por mí. Por la muchacha. Por todo. Abro la puerta de lona. “Yo voy a donde se me da la gana, Yoáv”, le digo sintiendo cómo se me pone el rostro lívido. Me agarra del brazo. Las palabras las dice entre dientes, filtrándolas: “¡Quédate sentado ahí! ¿Me oyes? Pedazo de putañero, viejo verde, ensartador de niñas. Ahí. Te voy a llevar a casa. ¡¡¡Siéntate!!!” Me zafa y él me salta encima, sobre los asientos, con todo su cuerpo pesado y, sin embargo, elástico, tenso, listo. Parados frente a frente en la esquina de una calle silenciosa, padre e hijo. A la luz del farol puedo ver el movimiento de sus músculos, sus quijadas apretadas, sus ojos contraídos, la plenitud de su odio. “Oye. Ya vas a cumplir 21 años, dentro de poco,” digo. “No tengo que rendirte cuentas ni disculparme” —le doy la espalda y me voy andando, en la noche. Desde entonces no

nos hablamos sino cuando nos encontramos, fugazmente, en la casa, en presencia de su madre. Una palabra o dos, con los ojos bajos, para que no se entere. Dos meses han pasado desde entonces —y dentro de tres meses se quita el uniforme y se libera del ejército.

A mi casa voy a dormir tres o cuatro horas, de noche, al lado de mi mujer que lee y fuma sin tregua. Me paso los días trabajando y buscando a mi otro hijo, el bueno. Sus amigos ya me rehúyen. Sus comandantes se niegan explícitamente a verme. La carga abrumadora de la guerra que no se acaba los oprime y tratan de liberarse de ella. Vuelvo a bajar al desierto. La línea se fortifica y las excavadoras mecánicas revuelven la arena. Están enterrando quizás su cuerpo vivo, me estremezco. Vuelvo nuevamente a ver al rabino militar de buen corazón. “Hemos examinado mil veces el lugar, antes de que prepararan las fortificaciones”, me dice, cerrando con llave su pequeña oficina. Por la tarde. “Hemos reconocido, hemos patrullado. Hemos revisado cada pliegue del terreno. Cada piedra. Cada señal.” Me le paro enfrente, bloqueándole el paso. “Pero me dijiste que no desesperara”, lo encaro, por primera vez. Se encoje de hombros. “Está prohibido desesperarse”, dice. “Me dijiste que ellos, los egipcios, escondían otros prisioneros israelíes. Ya pasaron 17 meses desde la guerra”, le reclamo. Suspira. “Si los egipcios nos dejaran buscar de nuevo en el territorio que está en sus manos”, dice. “Tu hijo llegó quizás hasta allá...” Y yo grito: “¿Qué ‘quizás’? ¿Qué ‘quizás’? Hablaste de Dios. Dijiste que no hay que desesperar. Espera, dijiste. Todo el tiempo. Dieciocho meses pasaron desde entonces. Dieciocho meses. Yo busco algo. Una señal, una huella, un recuerdo, un indicio. No hallo nada. Y tú con todo tu gran ejército, mensajero braguetero de Dios, ¿no hallas en tu alma el coraje para decirme que mi hijo se fue y no volverá?” Baja la cabeza. Siempre se mantuvo callado, seguro de su fe, en su misión, frente a Dios, frente a todos los huérfanos furiosos, desesperados. Lo agarro y lo sacudo: “Me tienes que dar una respuesta, condenado,” chilló. “Me debes una respuesta al fin y al cabo, pregúntale a tu Dios. Pregúntale. ¿Dónde esconde a mi hijo? ¿Dónde está mi hijo?” Lo sacudo con todas mis fuerzas y él no me detiene. Aleja con la mirada a dos o tres de sus muchachos que se apresuran a correr hacia los gritos. Nuevamente mis brazos cuelgan flácidos. Me doy vuelta y me voy.

Anochece. No tengo nada qué hacer y ya no le hallo sentido a nada. Todo se aleja de mí. Pierdo el sostén del tiempo. He aquí 10 años, un año, un mes, una semana, un día y una hora. Todo se me condensa en niebla. Paso cerca del departamento de Shulamit. Deseo torturarme. Espero parado hasta horas tardías de la noche en la esquina de su casa, hasta que llega. Un joven pelilargo la abraza, ríen y suben a su departamento. Se enciende la luz en la ventana. Espero. La luz se apaga. No siento nada. No tengo miedo. No amo. No tengo celos. No me imagino nada. Me despabilo y camino por las calles con las emociones entorpecidas. Mi hijo Idó ha muerto. No puedo ahora, después de tanto tiempo, ponerme a lamentarlo. No puedo ahora llorar amargamente. Paso por los cafés iluminados. Algunas de las muchachas me sonríen, me saludan con

la mano. Tal vez insinuantes. Mis alumnas. Otras. Tal vez de aquéllas con las que estuve hace un mes, hace un año. No deseo una mujer. Puedo conseguir la que quiera, por dos o tres horas, con una sonrisa. No quiero.

Retorno a casa. En la ventana veo al hijo que me quedó, sentado junto a su madre. Platican. No entro. Vacío de todo, bajo el refugio. Sobre una vieja cama de hierro, a la luz amarillenta de una bombilla desnuda, trato de arreglar mis cuentas, pero no lo logro. Sin temor sagrado decido quitarme la vida. Juciosamente pondero cómo hacerlo. Así. Con la cuerda. Del ventanillo allá arriba. Considero, casi divertido, todas las posibilidades. Me levanto a anudar el lazo corredizo. Me río y me dirijo a la escalera para subir a casa. Afuera, mi hijo se despidе de su madre con un portazo, se va.

Y entonces, vuelve la angustia a saltarme con toda su fúeza. Todo mi cuerpo tiembla. Abandono el refugio y subo las escaleras. Me apoyo en la pared para mitigar el miedo. Todos tienen miedo hoy en día, vuelvo a consolarme, como siempre. Pasa el temblor. Abro la puerta. En mi recámara mi mujer alza hacia mí los ojos de las páginas de un nuevo libro. "Creo que no queda esperanza alguna", digo. "Está muerto. Perdido. Tenemos que resignarnos a ello. Qué bueno que nos queda Yoáv." Ella me examina en silencio, con una extraña luz en su mirada.

Me desvisto y me meto a la cama, a su lado. "Te ves muy cansado", dice suavemente. "Sí", digo. "Estoy muy cansado. Y tengo frío. Tengo tanto frío. En mi vida he tenido tanto frío." Se levanta y trae los cobertores de invierno, regalo de sus padres de hace 22 años, y los despliega sobre mí. Mi cuerpo entero tiembla. No puedo evitarlo. "¿Quieres otra cobija?" pregunta mi buena mujer de 41 años, como madre piadosa. "Sí", respondo. "Sí". Aunque la primavera comienza ahora y las pascuas ya están a la puerta y los días y las noches son cálidos, mi carne tiembla de frío. Mi mujer prende el fuego en la estufa de petróleo, cierra las puertas y las ventanillas del dormitorio. Diminutas gotas de sudor surgen en su frente. El cuarto es un horno y yo me estremezco de escalofrío. Ella vuelve a la cama, se desliza bajo la manta, sigilosamente, como acostumbra, y su cuerpo descansa junto al mío. Me toma de la mano fría. "Me estoy helando", me quejo. Sus manos, cálidas, pasan sobre mi cuerpo para calentarlo. El cuarto arde como un crisol, el aire riela como el del campo en un día de "sharav", el viento que sopla del desierto. Mis pies son como dos barras de hielo. Mis labios se rajan por la terrible escarcha. La sangre se me coagula en las venas. Escondo la cabeza debajo del gran cobertor, como en los días de la infancia. Llora con lágrimas de nieve, para mí solo, a hurtadillas. "Mamá. Mamacita", llora suavemente.

Poco a poco mi cuerpo se deshíela. Con la luz del alba comienzo a revivir. Lo recuerdo todo, como quien se levanta de un largo y límpido sueño. Y ya no tengo miedo.

Shulamit Lapíd

Nació en 1934 en Tel Aviv, hija de un periodista que fue de los fundadores del periódico *Ma'ariv*. Se educó en Tel Aviv, ciudad donde radica hoy en día. Cursó sus estudios de literatura inglesa e historia de la tierra de Israel en la Universidad de Tel Aviv. Fungió, algunos años, como la editora del suplemento literario semanal de "Kol Israel", la radioemisora de Israel y tradujo libros infantiles del inglés al hebreo. Desde 1984 ocupa la presidencia de la Asociación de Escritores Hebreos, siendo la primera mujer elegida para este puesto.

Es autora de cuentos, novelas históricas y una pieza teatral. Comenzó a publicar cuentos a mediados de los años sesenta y su primera recopilación de cuentos fue publicada en 1969, bajo el título de *Piscis*. Posteriormente aparecieron otras dos recopilaciones tituladas *Tranquilidad de tontos* (1974) y *Fiebre* (1979). Los títulos insinúan la temática: los protagonistas, muchas veces mujeres, son personas cuyas vidas aparentemente plenas o equilibradas se lanzan a una crisis, a una tempestad emocional o instintiva, algunas veces provocadas por acontecimientos que motivan una nueva conciencia, lo cual conduce al desmoronamiento del falso equilibrio en el amor o en el marco familiar y la trama los lleva hacia una nueva madurez. Esta trama psicológica se lleva a cabo frente al trasfondo urbano israelí, casi siempre en la ciudad de Tel Aviv. En 1982 apareció su primera novela, marcando un cambio significativo en su creación literaria. Es una novela histórica titulada *Gef-Oni*, primer nombre de la Moshavá Rosh Pina en la Galilea, fundada en 1882 por pioneros de Rusia y Rumania. En la novela se reconstruye la historia de aquella época difícil y heroica basada en numerosos documentos, pero su enfoque es la trama de una joven mujer, quien después de haber sido salvada de un "pogróm" (matanza de los judíos en Rusia), en el que sus padres fueron asesinados y ella violada, llega a la tierra de Israel la pobre y pequeña Moshavá en donde se enfrenta al hambre, a las enfermedades, a la muerte, a los ataques de ladrones y al secreto de su pasado y donde se cristaliza su conciencia como mujer, pionera, esposa y madre, en un proceso doloroso, librándose así de la carga de su pasado y de los convencionalismos de su época. La novela obtuvo gran éxito, apareció en Francia traducida a ese idioma y en estos días se encuentra en fase de preparación una película y una obra de teatro basadas en esta novela.

En 1984 apareció su segunda novela histórica titulada *Como una vasija quebradiza*. La novela reconstruye la biografía de Mosiés Wilhelm Shapiro, un judío convertido al cristianismo a mediados del siglo pasado, quien era coleccionista y comer-

ciante de antigüedades así como falsificador; éste declara que ha encontrado unos rollos antiguos, conteniendo los Diez Mandamientos, en Cisjordania, todo esto frente al trasfondo de Jerusalem en aquella época. Publicó también un libro para niños y una pieza teatral titulada *La herencia*, la cual fue puesta en escena en 1973. Algunos cuentos suyos han sido traducidos a varios idiomas.

LAS MANOS DE SINWANI

“No me parezco a ella” —piensa Ziva mirando a su madre. “No me le parezco para nada”. Pequeño consuelo. Y sin embargo, consuelo.

Está sentada junto a la ventana, con Sigalit en su regazo y la piedra en el pecho. Mesías maneja el carretón de verduras por la calle, la cruza entre fango y fango arrojando rábanos hinchados en dirección a los niños que corren detrás. Una col ya pasada, clavada entre las sortijas, gira arriba y abajo, presa de la rueda del tormento, revolcándose entre los terrones de polvo y tamo. Se recuerda corriendo tras el carretón y gritando con la garganta enronquecida “¡Mesías! ¡Mesías! ¡Tírame una a mí!, ¡a mí!” con las manos extendidas, ondulando en el aire, los pies ágiles, la boca callada y en el corazón, oh emoción abrumadora —¡a mí!, ¡a mí! ¡Aquí estoy, repara en mí, tírame a mí! Y qué alegría, qué alegría cuando cae de pronto una calabacita o una zanahoria en las manos menudas. Los dedos se cierran con fuerza sobre la verdura, no vaya a arrebatársela algún niño y luego se le lleva orgullosamente el botín a mamá. “¿Para qué me traes estas podredumbres?” —grita mamá y las arroja al patio. La gallina picotea las verduras con ardor, mirando acá y allá indignada, no la vaya a despojar alguno de la presa, ella recibe, comprende, dulce gallina, gallina amada, qué bueno es abrazar el cuerpo cálido, acariciar las plumas suaves... El autobús se encamina lentamente tras el carretón de Mesías. En vano toca la bocina. La calle es demasiado angosta. A la vuelta de la esquina la calle se ensancha y aquí, sólo aquí, el chofer da un bocinazo largo y poderoso, resonante. Mesías tiene experiencia, sabe lo que le espera. Ase las riendas con fuerza y al mismo tiempo llueven de su boca las maldiciones sobre la cabeza del chofer y todos los miembros de su familia, los muertos y los vivos.

El bocinazo embrolla el sueño de Saúl, qué cambia de posición, y la punta de su frente asoma debajo de la manta. Saúl es el hijo menor de Sinwani y de su primera mujer, y Ziva recuerda cómo pintarrajeó un día todos sus cuadernos. El horror ante la destrucción, el miedo, la miseria. “Di que tu hermano

te lo hizo. " ¡No es mi hermano!" Y los golpes. "Yo soy tu padre ahora y Saúl es tu hermano. " Dolor aplastante y fuga hacia el mar. Arena blanda, las sandalias en la mano, niñas jugando a la pelota, arrullando como palomas, las olas acarician los ojos quemantes de llanto y el pecho apretado de asma. "No debes andar cerca del mar, te produce ataques. " Una semana no fue a la escuela, temiendo presentarse con los cuadernos. Al volver un día del mar, mochila en mano, la esperaba Tova Goldman, la señora de la asistencia social. Ahora está sentada otra trabajadora social en la habitación de la entrada con su mamá y dos de las vecinas. Están acostumbradas a esas visitas. Habla de limpieza y de niños, con voz serena, comedida, mujer de oficina. El radio plantado siempre en la estación de Monte Carlo entretiene el rato que las mujeres se han tomado para sentarse ociosas a tomar café, risueñas, inclinando la conversación a las píldoras, los abortos, los casos horribles. El radio, las erupciones de risa, no incomodan a Saúl. A mediodía se disculpó: "Necesito descanso. Dormir como la gente. De noche duermo con Menajem. Le tiene miedo al brazo amputado y grita en sueños. Luego ando cansado todo el día. Cuando entré al ejército pensé, eso es, no vuelvo más por acá. Y aquí estoy. ¿Adónde voy a ir? Trabajo no me dan. En el certificado de liberación está escrito: por enfermedad. Así que no me creen que fui herido en la guerra. " Su voz es la voz de los sinwanes, arrogante, rencorosa, pero el rostro es mortificado. Su propio hijo y cuánto tormento.

"Sigui-Sigui-Sigui", cosquillea Anat, su hermanastra, a Sigalit, con las uñas negras y la nariz manando. Su hermanito trata de compartir la diversión y logra una rápida patada en la cadera. Estalla en un chillido y la madre salta de su lugar, entra agitada gritando "¡Yá! ¡Váyanse afuera! ¡Me vuelven loca estos niños hoy!" Echa a los niños al patio y, por la puerta que se ha abierto por espacio de una mirada, Ziva percibe la entrada del depósito y las dos camas que alberga. ¿Quién duerme allí ahora? En las fiestas llegaban los hijos de Sinwani de las instituciones en que permanecían todos los demás días del año y a ella y a sus hermanos los enviaban al depósito. La vida pulula en el suelo de arena, en las paredes de madera, en la yerba seca del jergón, en una noche sin fin. ¿Despachará ahora a Anat, su hija, su carne propia? Por ella le cupo hoy a su madre el privilegio de recibir la visita de la trabajadora social. Otra niña más que se ausentó de la escuela. Más de 12 años han transcurrido entre niña y niña y algo debería haber cambiado, por ley. Hasta en esta casa. Su madre se justifica: la niña está enferma y los niños de la escuela la acosan. ¿Vieron la calvita que tiene la pequeña en la cabeza? ¡Le arrancaron el pelo los malos!

—Pero anda vagando por las calles— protesta la trabajadora social —la vi con mis propios ojos.

—Le ayuda a su abuela a recoger fierros. La abuela es ciega y ése es su modo de ganarse la vida, los fierros.

—¡Está muy bien que ayude, pero no en horas de clase!

Eso sí que es novedad. ¿Entretanto se quedó ciega la madre de Sinwani?

Esos ojos menudos, perversos, le vinieron de ella, con la arrogancia y el odio. Se los heredó como una verruga, como la forma de los huesos, como las memorias mudas tendidas entre ellos para alzarse entre nosotros y ellos.

Tengo que irme, piensa Ziva otra vez, tengo que levantarme e irme, y sigue sentada. Oye cómo se estiran en la voz satisfecha y campanuda de la madre las cuerdas de la nerviosidad. ¿Cuántos años tiene? ¿Cuarenta y cinco? Una mujer grande, hermosa, el cabello negro adorna el rostro salvaje, los ojos refulgentes y la boca gruesa y roja. ¿Qué relación guardan todas esas cosas con su vida? Los dientes niveos me vienen de ella. Ciertamente ha grabado en mí, a pesar de todo. Por un momento se alegró con Sigalit, su única nieta, la estrechó contra su corazón y enseguida volvió a doblar la espalda bajo la prensa de los niños, las vecinas, la trabajadora social. ¿Cuántos hijos tiene ahora? Los tres del patio, Saúl, yo... Ziva calcula, comienza por los cuatro hijos de Sinwani, sigue con los tres que eran de ella y sus dos hermanos y termina con los cuatro que su madre tuvo con Sinwani...

Su padre se mató al caer del andamio del edificio en el que trabajaba. Dejó a su madre con tres hijos, de los que Ziva era la mayor. La madre salió a trabajar e invirtió su salario en bellas ropas, en diversiones, buscando novio. Una grata fragancia envuelve a mamá, hermosa mamá que duele de tan hermosa. Prohibido abrazarla, no vayan a ensuciar su bello vestido. Pórtense bien y les traigo un regalo. Y en la mañana, sobre la almohada, había una tablilla de chocolate, una rosca salpicada de ajonjolí, una bolsita de dulces. Un año después de que enviudó, mordió el anzuelo Shlomó Sinwani, viudo, dueño de una pescadería. Su contribución al negocio fue de cuatro niños desparramados en varias instituciones. No vio con buenos ojos el hecho de que los hijos “de ella” estuvieran con ellos en la casa. Los hijos de Sinwani y su nueva mujer comenzaron a llenar las camas de la casa y Ziva y sus hermanos dormían en la misma casa. Sus hermanos mojaban la cama noche tras noche y ella arrastraba detrás una estela de olor a orina hasta la escuela. Por el camino brincaba y saltaba, sacudía sus ropas tratando de deshacerse del olor, entregándose al aire puro. En la escuela los niños la rehuían entre cuchicheos y muecas de repugnancia. Ella les pegaba, correspondiendo a golpes, obligándolos a soportar su compañía, robando una goma de borrar, robando una mandarina, enrollando su vida con sus vidas. La maestra aprendió a no quejarse a oídos de la madre, ya que el padrastro fumigaba entonces la plaga del único modo que conocía: a golpes. Sinwani era un hombre religioso. “No robarás” era para él precepto evidente y “el que ahorra la vara aborrece a su hijo”, mandato bíblico. Primero el contacto de la carne con la carne, lo más terrible era el primer golpe y luego, ese sonido que hiende los oídos mientras los huesos flotan y la respiración se va acortando en llanto y espanto y desesperación y la asfixia va apretando, va apretando y comprimiendo hasta que se ansía que llegue, que llegue ya...

Tova Goldman fue enviada a la escuela por el departamento de asistencia social de la municipalidad. En sí, no era sino una empleada pensionada del departamento de abastecimiento del agua. Todos los días de su vida trabajó

para ganarse el pan y ahora buscaba una ocupación para llenar la vida que se le vaciaba.

Conoció a Ziva cuando tenía ocho años. Una niña sucia, mocosa, grefiuda, de cuerpo graneado de llagas infectadas. La maestra refirió que el padre de la niña había muerto y su madre se había vuelto a casar y que la niña sufría de ataques de asma y retraso en los estudios. Su condición física repele a los niños, que evitan su compañía y ella les retribuye con golpes. Si aprende a ser limpia, los niños la querrán y será buena alumna.

Tova le enseñó a Ziva a coser un botón, a peinarse, a forrar cuadernos y trató de meterle en la cabeza —inspirada por la experimentada trabajadora social— que ya está grande y es capaz de cuidar de sí misma. Pero su corazón desmentía lo que sus labios decían. Sentía que Ziva no era ninguna niña grande. Al contrario. Era una niña pequeña en necesidad de cuidado, de preocupación y cariño. Tova carecía de criterios ya que nunca tuvo hijos propios, pero una vez, en el pasado remoto, también ella fue niña de ocho años, niña con mamá. Todo lo que recuerda emana precisamente de entonces, cuando mamá era regazo y era caricia y era algo cálido que traspasa y remueve con una dulzura que no tiene nombre.

Un día hurtó Ziva dinero de la caja de la pescadería de Sinwani y él la denunció en la policía. Tova consultó a Jaim, su marido, y ambos decidieron llevarse a Ziva a su casa. La oficial de vigilancia de menores lo recomendó, en vista de que no se trataba de una adopción legal. La trabajadora social convenció a los Sinwani y un día llegó a casa de los Goldman una niñita con su mochila al hombro y un maletín en la mano.

Los Goldman transfirieron el sofá desplegable a la sala y Ziva mereció un cuarto propio con una cama propia y una mesa propia y un ropero propio, y hasta un espejo grande le compraron. Una semana estuvo muy contenta. ¡Qué aventura! Casi como partir a un campo de veraneo, estar todo el tiempo con esta gente simpática en la casa limpia y quieta. Más tarde reparó en las orejas amarillas de Jaim y en el gran peine de Tova, en los niños extraños del patio que la miraban con curiosidad, en las puertas selladas en torno a la caja de la escalera. El primer año fue duro de nostalgia de su madre y sus hermanos, de las comidas picantes y los grandes ruidos de la vecindad gorgoteante de vida, en la que cada cual conoce del prójimo hasta los biznietos. A duras penas concilia el sueño en la habitación silenciosa. Las disposiciones de la casa se muestran tan exigentes. La vecindad, su vecindad, parece alejarse de ella día a día y la invade el temor de que un día desaparezca y ella se quede aquí, cautiva, en la casa de esta gente extraña. Ingiere grandes cantidades de pan tratando en vano de llenar ese hueco que se le abrió en el pecho. Pero la ceiba no ayuda, en la caja del pecho yace un bloque de plomo que es la nostalgia de mamá, y ella lo amasa y amasa, hasta que se convierte en odio. Sólo cuando aprendió a querer a Tova y a Jaim se embotó el odio, y sólo el paso de los años le prestó cierta suavidad al embotamiento como el musgo que acaricia la faz de la piedra. Sin sentir cuándo ni cómo, comenzó a tranquilizarse y a ascender de la cuenca por

un sendero lento, horadado. En la fotografía de su confirmación, a los doce años, todavía se ve como un monstruo hinchado, pero en la fotografía de la graduación de la escuela aparece ya una muchacha atractiva y sonriente con una trenza radiante descansando en el hombro.

Cuantos más años pasan, menos vuelve a la casa de su madre. Como si la niña limpia le recordara a Sinwani sus pecados, no se alegra de verla en casa. Lavada y peinada se sienta a la mesa, como visita, su mamá coloca un pedazo de pastel ante ella, trata de hacer preguntas. Los intervalos entre una visita y otra van creciendo y se le hace cada vez más difícil contestar. La mugre y la violencia despiertan en Ziva aversión y culpabilidad. Cuando descubrió que los ataques de asma le sobrevenían en los días en que tenía que ir de visita a la casa de su madre, dejó de visitarla.

Los Goldman costean sus estudios en la escuela de comercio y a los 16 años comienza a trabajar y a ganar lo suficiente para comprar ropa e ir al cine.

Un sábado por la noche se encontró a Moshi sobre el barandal de hierro de uno de los círculos de baile. Esa semana festejaba su liberación del ejército. Era alto, de talle delgado, y vestía las nuevas ropas que se había comprado en honor de su retorno a la "ciudadanía". Sus negrísimos ojos y sus negros bucles adornaban de gracia su rostro. La sedujo con sonrisas, esforzándose por alegrarla, y ella probó de pronto plenamente el sabor de la dicha. Los automóviles embadurnaban con sus llantas el asfalto escurriéndose con un murmullo a sus espaldas. Bandadas de muchachos y muchachas entraban y salían del club y ellos seguían sentados sobre el barandal, como surtidor, como eje en cuyo torno se agita la vida y es la médula, el espinazo, ellos y todo lo demás. Como no estaba acostumbrada a la dicha, la atravesó con un estremecimiento y llenó sus ojos de lágrimas. La miraba sonriendo —se le llenaban los ojos de lágrimas. La abrazaba —se le llenaban los ojos de lágrimas. "Cuando empiece a pegarte dejarás de llorar" —se desprendía de ella divertido, burlón.

Un día regresó a casa y lo encontró sentado, conversando con Tova y Jaim. Cuando entró en la habitación, Moshi se levantó con los ojos chispeantes de ira. Nunca lo había visto enojado y se quedó plantada en su lugar, las piernas se le derretían debajo y en el pecho se despertó el miedo viejo, ya, ya van a soltarse los golpes, ya se le acorta la respiración, se le atraganta, si tan sólo pudiera llegar a la ventana, abrirla y respirar, respirar a pleno pulmón, pero los pies, los pies se niegan a moverse...

—“¿Por qué no me contaste nada de ti?”— le tiembla la voz y sale de la casa con un portazo. ¡Qué alivio sintió cuando salió sin ponerle la mano encima! Diez años pasaron desde que salió de su casa, una niña de ocho años con el cuerpo adornado de moretones azules, amarillos y verdes, regalos de despedida de sus hermanos y padres, de los niños de la escuela y los niños del vecindario. Hace mucho que dejaron de pegarle y ya se le había olvidado hasta el sabor del miedo a los golpes, y sólo ahora, al ver el rostro de Moshi, le volvió a la memoria, como olor a medicina que recuerda la enfermedad.

Tova y Jaim dijeron que hablaron con él sobre su madre y su padrastro

sin que les pasara por la mente siquiera que no sabía nada de ellos. Y como habían revelado el extremo del rollo, lo extendieron entero a sus pies.

—Debiste haberle contado a Moshi la verdad —dice Jaim.

—No se me presentó la oportunidad.

—No tienes que avergonzarte, Ziva —dice Tova— ellos son como son, y tú eres como eres.

—¡La quiere, el muchacho! —se esboza una sonrisa pícara en el rostro de Jaim y Ziva estalla en lágrimas.

Jaim estaba reclinado en el sillón, con las piernas envueltas en la manta a cuadros, un viejecito de mejillas hundidas con una bufanda al cuello y el recuento de sus años liquidado. El último ataque lo dejó desvalido. Cuando le ayudaba a incorporarse en el sillón o le llevaba la comida a la cama, la reprendía meneando sonriente la cabeza: “Debimos haberte adoptado cuando teníamos veinte años. ¡Un par de vejestorios que se caen de maduros!...”

Cuando Moshi pidió su mano, lo llevó a casa de su madre. Lo llevó por la noche, cuando los niños ya están en la cama. Sinwani, bañado y rasurado, despedía, sin embargo, olor a pescado. Su madre araba con los ojos apagados surcos en la oscuridad. La botella de licor que trajeron los Goldman fue galantemente rechazada y se extrajo del ropero con suma dignidad la botella de Sinwani. Generoso y solemne envía a su madre a traer copas, a servir viandas, a hervir agua, varón en su casa, modelo consagrado que Moshi debe ver e imitar. Intimida al esforzarse por ser simpático, alza la voz, aconseja, se mofa de Ziva. “Y al menesteroso levanta del muladar, eso es Ziva, amigo mío, en las tortas que sacaron de Egipto, de la casa de servidumbre, probaron el sabor del maná, ¡já! No seré sabio, soy vendedor de pescado, pero algo aprendí yo también en la casa de mi padre, y yo, Shlomó Sinwani, te lo digo: las aceitunas hay que machacarlas para sacarles el buen aceite. ¿ah, Goldman?, ¿no tengo razón?, ¡já!...” Ziva piensa admirada ¿de dónde le vienen todas las bellas palabras? Las tenía escondidas todos estos años y no sabíamos, se cuidó bien de despilfarrarlas en nosotros, no éramos dignos de la pureza de su estilo. Nos repartió regaños, abusos y golpes, y todo el tiempo sabía que podía dar también regalos. Pero no los dio.

Moshi y Ziva adoptaron una costumbre: una vez al año, en la víspera del Año Nuevo, visitaban la casa de sus padres. Durante los demás días del año trataban de borrarlos de su corazón y lo conseguían. Las fiestas las pasaban en casa de los padres de Moshi o en la casa de Tova y Jaim.

Ahora se halla sentada aquí junto a la ventana. No es fiesta, ni víspera de fiesta. Desde la mañana se halla aquí sentada con el corazón agitado: Moshi. Moshi. Una bagatela la trajo hasta aquí. Una tontería. Se ha fugado de su rectitud, de su enojo, de lo que ni sabía, ni dijo. Suena el timbre de la puerta, una muchacha pregunta algo y la faz del agua se arremolina, los pies todavía bregan en el fondo, se traga aire en virtud de una ola, pero el anillo aprieta los pulmones, aprieta y comprime, de pronto ya no hay tierra bajo los pequeños pies y la boca se llena de agua salada, el temor asfixia el grito y las fuerzas

se van acabando, se van acabando, y luego, de pronto, unas manos fuertes y luz y aire y una entrega blanda al desmayo... ¿Cuántos años tenía? ¿Cinco? ¿Seis? El hombre grande y fuerte le gritó a su mamá y su mamá le gritó a ella porque se alejó y se metió sola en el mar...

De repente se te aparece una muchacha desconocida en la puerta, con una maleta en la mano, y dice: "Me llamo Yardená. Busco una habitación". ¿Qué hubieras hecho tú en mi lugar? —le pregunta Ziva a Moshí que yace en esos momentos debajo de las ruedas de un automóvil en el garaje y ni siquiera sabe que comparte un diálogo imaginario que su mujer mantiene con él en una vecindad alejada en el extremo de la ciudad.

¿Por qué vino precisamente a mí? —se pregunta Ziva, trillando una y otra vez la cuestión al mecér a Sigalit en su regazo.

—¿Quién te dio mi dirección? —le preguntó a la muchacha.

—Una amiga me dijo que en este barrio había un cuarto para alquilar.

—¿Qué amiga?

—No la conoces.

—¿Te escapaste de tu casa?

—Sí.

—¿De dónde eres?

—De Ramle. Y no vuelvo a casa.

—¿Te peleaste con tus padres?

—Sí.

—¿Cómo te las vas a arreglar?

—Trabajo en una fábrica de zapatos y gano un sueldo. Tendré dinero para pagar el cuarto.

—Te pedirán la dirección, el apellido.

—Puedo dar la dirección de la fábrica en que trabajo. Allí me conocen. Me darán referencias.

—En mi casa no hay lugar.

Ziva se acuerda de la señora Mijlin, la viuda del bedel de la sinagoga, que alquila habitaciones a muchachas. Le clava un chupete en la boca a Sigalit, se echa un chal a los hombros y sale con la muchacha.

La señora Mijlin perfora a la muchacha con miradas suspicaces. ¿Quién eres? ¿Cómo te llamas? ¿De dónde eres? La muchacha se encoge y palidece. ¿Quién sabe qué habrá hecho? Seguramente alguna necedad que puede repararse todavía, pero ahora se irá enredando más y más. La suspicacia de la señora Mijlin afianza la desesperación y la rebeldía.

—¿Es parienta suya? —le pregunta la señora Mijlin a Ziva. Ziva se apresura a contestar "¡no!", con demasiada alacridad y trata de esfumar con una risa nerviosa la vehemencia con la que refutó el menor parentesco con la muchacha. La cálida respuesta ahonda la sospecha de la vecina. Ella sabe lo que quieren decir esas miradas: no hay humo sin fuego. ¿Qué sabe de mí esta gente?, piensa. "Es una parienta nuestra", dijeron los Goldman cuando la trajeron a su casa. "Todos los judíos son hermanos, ¿no?" —bromeó Jaim. "La niña

de los Goldman", la llamaban. Por la ventana abierta oyó un día de verano a una niña decirle a su amiga: ni siquiera es hija de ellos, son su abuelo y abuela. Acercó una silla al lavadero, llenó una olla de agua y la vació sobre sus cabezas. ¡Ah! ¡La felicidad!

La Mijlin las despidió y Ziva condujo a la muchacha a las casas de otras vecinas. En todas partes la recibieron con la misma curiosidad y la misma suspicacia. Ziva no se atreve a recomendar a la muchacha ya que, de veras, no sabe nada de ella. Percibe el desaliento, la angustia, la decisión desesperada de no volver al lugar de donde salió. Ni el diablo sabe lo que dejó detrás.

El abarrotero dice que le parece que en lo de la costurera hay un cuarto.

—¿Quién la mandó? —conduce la costurera a Ziva a la cocina—. ¿Por qué me la trajiste a mí? ¿Crees que voy a meter en mi casa a una muchacha que ni sé quién es ni qué es? ¿Qué sé yo? ¿A lo mejor robó? —la voz, santurrón, las mejillas encendidas, y el índice acusador oscilando amenazante a dos dedos de la cara de Ziva.

Ziva quiere decir: ¿Qué quieren de ella? Si no es más que una pobre niña que busca techo. ¿Habría venido a un barrio religioso si anduviera buscando aventuras? Busca protección, tiene miedo, es tan fácil advertirlo, tan fácil... Pero no dice nada, no interviene. La mojigatería de las vecinas la asusta. Es una desconocida, yo tampoco la conozco, como ustedes.

Por la cabeza le cruza una vaga reflexión sobre Tova y Jaim. Ellos la recibirán en su casa, tal como lo hicieron con ella entonces. Pero desde entonces pasaron más de una docena de años. Y los Goldman están viejos y enfermos y ya no pueden ni valerse por sí mismos. Y al final tendrá ella que ocuparse tanto de ellos como de la muchacha...

Al volver de la cocina descubre que el pájaro se voló.

—¡Tienes que avisar a la policía! —dice la costurera—, ¿qué clase de muchacha es ésa?, ¿quién sabe? A lo mejor la mandó algún ladrón. ¡Y se dio la vuelta y revisó todas las casas del vecindario!

Ziva se asustó de repente y corrió a su casa. Sigalit dormía apaciblemente con la carita clavada en el chupete. Ziva retira cuidadosamente el chupete por debajo de la mejilla cálida, sonrosada, besando la suave plumilla de la nuca.

En la pequeña cocina prepara el cereal, la cuchara revuelve y los pensamientos giran en torno. Le parece oír las palabras de las vecinas: ¿a quién trata de engañar? Todavía me acuerdo muy bien cuando llegó a la casa de los Goldman. ¡Qué sucia y descuidada estaba, daba miedo! ¡Esos Goldman se merecen todo nuestro respeto! Se van a ir directamente al paraíso. Podrías figurarte que después de tantos años olvidaría quién es y de dónde vino, ¡pero no! ¡No se olvida! ¡Se lo lleva en la sangre! Tal para cual, una cualquiera vino a buscar otra que la comprenda. Ella la comprendió. Vieron cómo se le pegó. Olfateó a alguien de la misma camada. Es muy importante pertenecer. Para todos los seres humanos. También Ziva se sentiría mejor en su vecindario.

No, no, está imaginando cosas, no se lo dijeron, ni siquiera les pasó por la mente. La angustia la envuelve, qué castigo sin crimen. ¿Qué le dirá a Moshi

cuando vuelva a casa? ¡No le dirá nada! ¡Qué gran acontecimiento! Entró una muchacha en busca de una habitación. ¿Y qué, si le llega el rumor de boca de alguna de las vecinas? ¿Qué tiene que ver contigo? Preguntará. Sospechará de ella, que ya sucedió otras veces. En sueños, de noche, arrastró hasta aquí su casa de antaño, los escalofríos nocturnos, la arena sobre el jergón húmedo, los cuerpos de los niños que se rozan con el suyo, la piel irritada, los gritos de la vecina asida por los dolores del parto, el duro olor de Sinwani, el cuerpo lleno, rendido, de mamá, frente a los silbidos viperinos de su marido —ellos han estado aquí, llegaron hasta aquí, los años pasaron y todavía están con ella. “Gritaste en sueños”, la despierta Moshi y ella esconde su rostro en el hombro cálido temiendo voler a conciliar el sueño.

Quién sabe dónde estará ahora la tal Yardena. Las vecinas tienen razón. Es materia blanda para amasijo de un rufián experimentado. Puede granjearse su corazón con una buena palabra. Aspirará una pulgarada de cariño por las ventanillas de la nariz y se embriagará. Antes de que se percate, tendrá compañía. La peor compañía. Relamía un caramelo en forma de gallo, sentada sobre una cerca, y Oren, dos años mayor que ella, trataba de sacárselo con diversos señuelos. A la postre le susurró al oído: si me das el caramelo te enseño una puta. Y cayó en la tentación. No sabía lo que es un puta. Una palabra que se dice entornando los labios y los párpados para encubrir el fulgor, para dominar las chispas. Corrieron a la esquina del mercado y Oren la vigilaba todo el tiempo que duró aquella carrera, no fuera a seguir lamiendo “su” caramelo. Llegaron a una barraca con un quiosco empotrado al frente, junto al que los hombres que volvían del mercado canasta en mano se detenían a renovar fuerzas. A través de los resquicios entre las vigas apiladas en el patio vio a una mujer acicalando a otra y ni bien comenzaba a ponderar la visión, Oren le sacó el caramelo de la mano y, muy decepcionada, no se atrevió a protestar. Al llegar a la calle le gritó “¡mentiroso!” y él le dijo “ven conmigo de noche y te las enseño acostadas”. “¡No te creo!” gritó otra vez, lamiendo el azúcar adherido a sus dedos vacíos y pensando para sus adentros, qué le hace si están sentadas o acostadas. “¡Pregúntale a Sinwani!” le rió en la cara y huyó con el gallo rojo entre los dientes.

Debí haberla recibido en mi casa, se dice Ziva, no debí dejar que se fuera, ¿pero por qué yo? ¿Qué le debo? Ya es una persona adulta y no un perrito extraviado. Moshi la conoció y conoció a sus adoptadores y a los miembros de su familia, pero ella no le refirió cuán profunda es la sensación de ofensa en las entrañas perpetuamente hambrientas de una pizca de trato digno. Qué pesada es la piedra de la pobreza que cierra el pecho. Sólo Moshi fue capaz de levantarla.

Casi se le olvidó la muchacha, pero en la noche, a través de los párpados cerrados, la vio escapándose de Sinwani, desgreñada y con los ojos enturbiados. Era ésta la escena de una película que había visto una vez, pero el rostro era el rostro de Yardena. Al amanecer sufrió un ataque de asma y mientras Moshi fue a traer las medicinas concentró la mirada en la pared blanca y supo

que no hallaría reposo si no daba con la muchacha.

Después de que Moshi salió al trabajo, preparó un biberón de té, envolvió a Sigalit en una cobija de lana y salió con ella a la ciudad, a buscar a la muchacha. Registró las calles, atisbando en los patios por los zaguanes, entre los techos de basura y la ropa tendida al sol sobre las cuerdas, buscando a su hermanito menor, al viejo carrito en que lo sentaba, con el corazón palpitante, estremecido como pájaro atrapado, los niños saltaban a la cuerda y ella estaba sentada cuidando a su hermano, siguiendo con ojos ávidos los piecitos que brincaban ágilmente... “¡qué fastidio!”, rezongó Sami y se sentó a su lado torciendo el gesto y ella sabía que se le habían agotado las fuerzas. Le alegrará pretender que sólo por ella se veía forzado a sentarse en la cerca, que si no fuera porque ella le pidió cuidar a su hermano, seguiría saltando con los demás. Brincaba agitada, sudorosa, con las plantas de los pies ardiendo, cuando descubrió de repente que la cerca de piedra estaba vacía, Sami había desaparecido y con él el carrito de su hermano. Oscureció y ella seguía correteando por las calles, sin atreverse a regresar a su casa. Los gatos que se lamentaban en uno de los patios trajeron leones y tigres al vecindario y la llenaron de un miedo más grande que el temor a Sinwani. Más tarde se enteró de que Sinwani se había topado con Sami cuando éste pasaba con su hijo y el uno se alegró de cargar con el bulto del que el otro deseaba deshacerse. Esa noche durmió en el depósito, poniendo gran cuidado de no tocar con la espalda el jergón.

El mar la atisba entre las aberturas de las casas, insinuante, gracioso. ¿Qué azul es! Las barcas se mecen en la distancia, subiendo y bajando las olas invisibles, los pescadores entran al agua llevando las redes de dos en dos, desde el muelle un muchacho lanza su caña al agua. El olor del mar, olor penetrante, salado, trae a su nariz efluvios de algas y peces y gaviotas, olor de goces prohibidos. En su infancia le inculcaron que no se acercara al mar. “No es bueno para tu asma.” Y ella aprendió a amarlo a escondidas, ese espacio veleidoso, cuyo principio no es principio y cuyo fin no es fin. De repente se asustó. ¿Y si la muchacha se tiró al mar? Nuevamente tiene ante sí la mirada decidida, desesperada. No, no había ropas en la playa, ni cadáver en el agua. Lo hubieran dicho en las noticias. Los curiosos se apiñarian en la arena. Los pies le arrastran del paseo al vecindario de su infancia. Atraviesa por la pescadería de su padrastro y descubre a su hermano parado en la tienda, ayudándole a Sinwani. De todos sus hijos, justamente él. ¿Cuántos años tiene? ¿Dieciocho? Pronto tendrá que ingresar al ejército. ¿Habrá recibido ya la orden de presentarse? ¿Cómo creció desde que lo vio en el último Año Nuevo! ¿Y qué guapo es! Quién sabe, ¿a lo mejor tiene novia ya? Su hermanito, carne de su carne, está más cerca de Sinwani de lo que lo estará alguna vez ella. Debería entrar y decirle *shalom*, pero sus pies la llevan adelante, más allá, hacia el corazón del barrio. Cuando viene en las vísperas del Año Nuevo, la vecindad se viste de fiesta. Las calles la reciben silenciosas, las familias metidas en sus casas, los faroles bañan los postigos cerrados. Muchos años transcurrieron desde que se aventuró por sus arenas. La gente le sonríe, sintiendo su pertenencia, sin identi-

ficarla. Ya no ve harapos, ni niños descalzos. El café todavía está vacío. Pregunta por la muchacha, con cautela, no vaya a dejar detrás el rastro de sangre que encamine a los cazadores a la presa.

Ve su imagen reflejada en un escaparate, el cabello desordenado, los ojos grandes y llenos de angustia. Sigalit llora. Le mete el biberón de té en la boca, pero la criatura lo rechaza con la lengua volviendo la carita y el llanto aumenta. Ha mojado seguramente el pañal y tiene hambre. Trata de acallar a Sigalit mecendo rítmicamente el carrito. Recorrió mucho camino desde su casa y ¿qué será ahora de Sigalit?

Su madre desempolva una silla con su delantal. La sienta. Se apresura a cerrar puertas, cajones, a estirar las colchas en las camas revueltas, clava horquillas en sus cabellos, suena los mocos de los niños. Tiene visitas, su hija, y con ella, su única nieta. Ziva siente la confusión, el temor. Le pide a la madre que le prepare el cereal a Sigalit, que le dé un pañal seco.

Las horas pasan, el crepúsculo suaviza las figuras, baja las voces de los niños en el patio, las vecinas hace mucho que ya se fueron, Saúl se levanta de la cama y se mete en la ducha, mamá prepara la cena en la cocina, ¿por qué no se levanta para regresar a su casa? ¿Por qué sigue sentada?

De pronto todo se corta, se impone el silencio. Los muebles se yerguen en la sombra, más pesados, conteniendo la respiración, y ella sabe, siente, que Sinwani volvió a casa. El estallido de un grito afuera parte de pronto el silencio, un alarido resquebrajado, y todo vuelve luego a respirar. ¿Quién chilló? ¿Cuál de los niños? Saúl sale de la ducha, bañado y reluciente, toma su saco y se despide de Ziva llevando el dedo a su sien. Sale a la calle por la puerta de la cocina, cuidando de no cruzarse con su progenitor. La madre menea de nuevo en la olla, con la cabeza inclinada hacia el guiso, de espaldas al grito. Sinwani entra llevando a la rastra a Anat, arrastrándola del pelo, una niña pequeña y un hombre grande, “¡no me columpié en la puerta!” —chilla Anat, tratando de bloquear con sus pequeñas manos el puño cerrado, ¡el pelo!, ¡el pelo!, ¡mamá!, ¡mamá!, ¡me está abriendo la cabeza, mamá! Y mamá, por entre las lágrimas y los gritos, mamá que no viene, los grandes pasos de él, las piernitas que corren tras la mano torturadora, para aminorar el dolor, el peligro, ¿qué fue lo que sucedió entonces?, ¿qué fue?, ¡el abrigo!, un abrigo olvidado en la calle, junto al charco, ¿te has ganado un solo centavo en toda tu vida?, ¿qué andas tirando ropa en la calle? Entonces habló, todavía hablaba, ahora ya no habla, sólo el odio habla y las manos, son las manos de Sinwani...

De pronto saltó sobre él, lo empujó con fuerza para sacárselo de encima a la pequeña, con las uñas en el pellejo hirsuto, arrancándole a él el cabello ralo, arrancándoselo de cuajo, de cuajo, ¡a él!, golpear ciegamente el miedo, el odio, quitarle de una vez por todas la corona real a Asia Digmi, ¡te voy a matar! Asiando con todas sus fuerzas las trenzas de Asia, aporrea con su cabeza la acera, ciega y sorda, sólo sus propios gritos: ¡te voy a matar! Y el asco, la náusea a la vista de la sangre, Asia tendida en las baldosas y ella vomitando en la arena del patio con la cara empapada de lágrimas, sabiendo que de hoy

en adelante no le pegarán más los niños de la escuela... Sinwani se sacude de encima horrorizado al extraño que lo asaltó desde el cuarto oscuro y le hunde un puñetazo en el vientre y ella cae, cae, cae lentamente, suavemente, cae en el crepúsculo en la oscuridad.

Abrió los ojos y descubrió que estaba acostada en la cama de Saúl. De más allá de las crestas de las altas montañas, las montañas azules, desde el terciopelo de la sombra acariciadora llega una voz, la traspasa un temblor, no es grata la voz, no quiere oírla, es Sinwani, Sinwani el que habla, su voz, apagada, "le he dicho mil veces que no se columpie en la puerta"... Anat jadea en el rincón del cuarto, se asfixia en llanto callado, ¿qué será de ella? Un milagro como el de los Goldman no sucederá dos veces en la vida de esta familia maldita, malditos Sinwani, sobre los Sinwani pesa una maldición. Su madre está parada junto a la ventana con Sigalit en los brazos, meciéndola. Una mujer corpulenta, sumisa y tonta. Sus ojos perciben ahora al interlocutor de Sinwani. Es Moshi, Moshi está parado junto a su cama, pálido y serio y ahora ella sabe que todo acabará bien. Acabará bien.

Cuando salieron a la calle le contó sobre la muchacha esa, Yardena, y sobre las malas vecinas.

—¿Qué quieres de ellas? —pregunta Moshi— si tú tampoco le ayudaste. ¿Por qué no me lo contaste?

—Me dio miedo.

Los hermosos dedos de Moshi se ajustan a los mangos del carrito. El mar se ha ennegrecido entre tanto, encubriendo sus secretos, sopla un viento frío y ella ajusta el chal sobre sus hombros.

—¿Te acuerdas cómo te enojaste conmigo cuando te enteraste de que no soy hija de los Goldman?

—¡No me enojé contigo porque no eras hija de los Goldman! ¡Me enojé porque me ocultaste la verdad! Me enojé porque creías que eso cambiaría en algo mi actitud.

—Pensé que por mamá. Que tenías miedo. Que también yo sería como ella.

—¿Qué idea! —le responde enojado— ¡tú, eres tú la que tiene miedo!

En el departamento se desplegaron ante ellos las camas que no fueron arregladas y los trastos del desayuno que descansaban aún sobre la mesa. Ziva sacó a Sigalit del carrito, acariciando con los labios el cabello suave.

—¿Moshi?

—¿¿?

—¿Por qué no nos traemos aquí a Anat?— las palabras se le escaparon de la boca sin que se diera cuenta, como por sí solas.

—¡Eso es lo único que me faltaba! ¡Que toda clase de Sinwanis comiencen a paseárase aquí por la casa.

—Le pondremos una cama en el cuarto de la entrada.

—Vamos a tener muchas dificultades con ella.

—No tienes idea de cuántas penas les causé yo a los Goldman.

—Si devuelves lo que les debes a los Goldman, les borrarán el punto bueno que les anotaron en su favor en el cielo.

—Yo también quiero un punto bueno en el cielo.

—Házme la cena entonces, Ziva.

—Moshi...

—¡Tengo hambre!

Traducción de Esther Solay-Levy

Shulamit Hareven

Nace en 1931. Se educó en Jerusalem, donde vive hoy en día. Fue miembro del movimiento clandestino "Haganáh" durante los últimos años del mandato británico y sirvió como médico-adolescente durante el estado de sitio en Jerusalem en la guerra de Independencia. Siendo oficial del ejército se ocupó, a principios de los años cincuenta, de ayudar a los refugiados judíos de los países árabes en los campamentos de tránsito. Fue una de las fundadoras de "Galei Tzahal", la radioemisora del ejército de defensa israelí. A principios de los años sesenta acompañó a su esposo en una misión diplomática a París. Es poetisa, novelista, traductora y publicista. Sus ensayos sobre temas sociales, culturales y políticos que se publican en la prensa israelí se cuentan entre los formadores de la opinión pública. Ha publicado traducciones de literatura clásica de varios idiomas al hebreo, entre éstos se encuentran el polaco y el inglés; asimismo ha traducido dramas para el teatro los cuales han sido puestos en escena en Israel. Actualmente es la única miembro mujer de la Academia del Idioma Hebreo. Es políticamente activa, siendo miembro del movimiento "Paz ahora".

Sus primeros cuentos y poemas fueron publicados en los años cincuenta y en 1962 salió una recopilación de sus poemas bajo el título de *Jerusalem rapaz*. La primera colección de cuentos titulada *En el último mes*, apareció en 1966. Posteriormente publicó otro libro de poesía titulado *Lugares separados* (1969), pero su principal creación literaria se encuentra en la narrativa que se destaca por sus características líricas, las cuales se profundizan en la segunda recopilación de cuentos titulada *El permiso está dado*, aparecida en 1970 otorgándole el premio del Primer Ministro a la Literatura. En sus cuentos las personas se encuentran ubicadas en la realidad social y nacional y algunas veces se encuentran involucradas en acontecimientos dramáticos nacionales (anteriores o posteriores a la guerra de Independencia). Con esto, el enfoque está en el proceso emocional y espiritual de los protagonistas los cuales son, en su mayoría, mujeres pasivas, sensibles, solitarias e introvertidas, activas en su mundo interior, aunque no siempre en forma consciente y el significado de éste se transmite indirectamente por medio de descripciones metafóricas y simbólicas. Es así como se consolidan sus temas sobre la vida de la mujer, de la vida marital y de la familia o de la persona solitaria frente al trasfondo israelí singular y algunas veces frente a las características peculiares de las distintas comunidades, concentrándose en el difícil proceso de madurar, de pasar de la ilusión hacia la verdadera realidad de la existencia. Estas características se profundizan aún más en

su última recopilación de cuentos aparecida en 1980 y titulada *Soledad*. El libro apareció en algunas ediciones y el cuento, del cual toma su nombre la recopilación, fue elegido para representar a Israel en el Año Internacional de la Mujer en una antología internacional de la literatura femenina, *Carnets de mujer*, la cual incluye nueve cuentos de nueve escritoras de diferentes países; fue publicada simultáneamente en los nueve idiomas así como en los nueve países (en España, por la editorial Argos Vergara, Barcelona). Asimismo publicó dos novelas, la primera *Ciudad de muchos días*, que narra la historia de una familia sefardita en Jerusalem la cual provocó gran interés del público, así como de la crítica. La segunda novela titulada *El rival de los milagros* aparecida en 1983, es una novela histórica de carácter lírico y simbólico. Publicó también un tomo de poesía para niños titulado *A mí me gusta olfatear* (1976). Sus ensayos se encuentran recopilados bajo el título *El síndrome de Dulcinea* (1981). Obtuvo el premio Valenrod para el mejor ensayo periodístico del año en 1978. Algunas de sus obras han sido traducidas a varios idiomas, algunos de sus cuentos al español.

SOLEDADE

La señora Dolly Jacobus, que en los últimos años había alcanzado un estado de segura y serena autosatisfacción, se hallaba sentada ante su escritorio intentando decidir la mejor manera de terminar una carta. Era una carta dirigida a su marido. Durante toda la mañana se había estado regocijando con la idea de que él estaba en un congreso de arquitectos en Malta y podría escribirle allí, tendría ocasión de escribir la palabra Valletta, de alegre y caballeresca entonación, una palabra que evocaba en ella la imagen de un joven caballero perfectamente ataviado desmontando rápidamente y quitándose con elegancia los guantes de montar: Valletta. Sólo después de sentarse a escribir empezó a sentirse abrumada bajo el peso de la realidad: ¿qué sabía ella, de hecho, sobre esos lugares o sobre el espacio, convencional o exótico, que en ellos ocupaba Meir Jacobus? Siempre le resultaba imposible imaginarse a su marido cuando ya no le tenía a su lado. Puede que su existencia cambiara en esas circunstancias, puede que tuviera otra cara.

La señora Dolly Jacobus cogió la pluma y siguió escribiendo:

Ahora son las diez de la mañana. Una intensa luz se proyecta sobre la mesa entre las ramas del gran olivo. ¿Recuerdas mis dudas sobre si habrías situado adecuadamente esta ventana? Parecía tan alta. Pero ahora me alegro: deja entrar la cantidad precisa de luz justo a las horas adecuadas. Es una casa preciosa, Meir. Cuando voy a la ciudad y luego regreso —y no voy demasiado a menudo, pues sigue haciendo un tiempo muy lluvioso y entre una lluvia y la siguiente todo el mundo sale a la calle intentando recuperar el tiempo perdido— tengo la impresión de que alguien ha entrado en la casa y ha logrado escabullirse mientras yo todavía subía las escaleras. Doy una mirada al espejo e intento averiguar quién era. Tal vez sea una señal de que tú piensas en mí y en la casa. Si has pensado traerme un pañuelo de encaje de Malta, por favor que sea dorado, blanco, o color marfil y, en cualquier caso, que no sea negro. Y ya que no tengo la menor idea de cómo estás ocupando tu tiempo allí, permíteme recordarte el consejo que una vez me diste: *surtout, pas trop de zèle*. Adieu, querido amigo.

Releyó rápidamente la carta: sí, resistiría el aguzado sentido crítico de su marido. No contenía ninguna fastidiosa pregunta del tipo ¿cómo estás?, ¿cuándo volverás?, ningún agobiante te-echo-de-menos o todo-es-tan-difícil-sin-ti. Meir Jacobus le había enseñado tiempo atrás que una excesiva preocupación por los aspectos prácticos de la vida era un rasgo de carácter claramente plebeyo. Después de uno o dos años de matrimonio, ella había aprendido a no preguntar qué ocurriría en el futuro. Será lo que deba ser, le respondía serenamente él. A veces, apiadándose de su ansiedad; añadía: "Con la posición social que ahora has alcanzado, Dolly, puedes permitirte el lujo de no ser práctica."

La señora Dolly Jacobus cogió un sobre alargado, lo cerró con la carta dentro y escribió encima la dirección del hotel de Valletta con letra ligeramente inclinada. Tenía una letra poco corriente: escribía con caracteres alargados, altos, personales, de bordes un poco angulosos, como si se hubiera esforzado en desarrollar una caligrafía personal propia. Sólo su firma era pequeña y encogida, un refugio dentro de un refugio dentro de un refugio. Un grafólogo la había asustado una vez con su comentario de que ésta era un dibujo de un feto en la matriz. Cuatro abortos espontáneos y consecutivos, de causa indeterminable, la habían dejado sin hijas y con la perpetua irritación de un espíritu impaciente que ansía la plenitud y no puede comprender por qué no la ha alcanzado ni qué la puede estar retardando tanto. Sólo en los últimos años había empezado a desvanecerse esa irritación. Ahora atendía su casa, a su marido y sus muchas macetas de plantas con un cierto grado de optimismo. Se miraba en el espejo con expresión satisfecha aunque ligeramente crítica, iba a la universidad, donde tenía algunos profesores preferidos cuyas explicaciones no se perdía nunca y algunas amistades académicas pasajeras con su acompañamiento de saludos con la cabeza por encima de las hileras de los bancos y sus bromas entre clase y clase.

La satisfacción de sí misma había ido inundándola poco a poco, paso a paso; se había desarrollado con buen pie sobre la base de ese cariño más amplio que sentía por su bonita casa, por sus libros, sus cuadros, sus zapatos caros, demasiado elegantes para ser israelíes, sus restaurantes, sus tarjetas de crédito (sí, señora Jacobus, naturalmente, señora Jacobus), su vista sobre la antigua ciudad amurallada de Jerusalem sobre la que se abrían las ventanas de su casa. Dolly Jacobus consideraba esa vista como una representación privada montada en su honor, que ella contemplaba desde su galería en todas sus múltiples variedades de luz y de tiempo atmosférico. Un día una amiga de la universidad que había ido a visitarla se sentó junto al ancho ventanal bañado de luz hero-deana y, tras un largo silencio, preguntó:

—¿De verdad eres capaz de contemplar esto a todas horas del día sin sentirte angustiada?

Dolly Jacobus levantó un hombro y lo dejó caer otra vez.

—¿Y eres capaz de quedarte mirando siempre todo esto? —volvió a preguntar extrañada la visitante—. ¿Mirando sin hacer nada?

—Debo ser una mariposa —dijo Dolly Jacobus. Sus facciones se abrieron

en esa sonrisa ladeada que contribuía a hacerla tan atractiva.

—Pero quiero que sepas —añadió— que me cuesta un gran esfuerzo ser una mariposa.

Era demasiado rica para que nadie sintiera realmente lástima de ella, pero aun así la gente decía “pobre Dolly” cuando la mencionaban. Nadie sabía por qué. Un año atrás había aprendido a hacer *batik* y había regalado sus numerosas creaciones, pero el teñido acabó pareciéndole un trabajo demasiado sucio y al final lo dejó. Entonces intentó escribir *haikus*. De hecho habría preferido mandarle a su marido algunos concisos versos en vez de la carta, de no ser por el temor de que los pemas resistieran mal el viaje y se estropearan durante el vuelo sobre el océano innecesariamente grande que la separaba de Meir. Todo el espacio que realmente necesitaba una persona, había pensado una vez refiriéndose a su propio caso, era un entorno de tres o cuatro calles. Sólo alguien que nunca hubiera sido un refugiado podía tener la osadía de desear océanos y grandes extensiones de espacio. Y 25 años atrás Dolly Jacobus había sido una refugiada. Y todavía la asombraban cosas tales como la calefacción central que seguía encendida y calentando, realmente encendida, en el interior de una casa mientras la lluvia quedaba excluida fuera. Realmente, “fuera” no era una mera ilusión óptica.

Se encontró con que se le habían terminado los sellos de correos y, puesto que tenía pensado ir a un *delicatessen* del centro en cualquier caso, decidió salir a comprarlos. Ya instalada en su cochecito, sacó de la guantera un par de zapatillas bordadas que prefería usar para conducir. Con los pies enfundados en las blandas zapatillas, el mismo coche se transformaba casi en una habitación privada. El espejo retrovisor le mostró una atractiva cara afilada con una levísima sombra... —no es que realmente empezara a salirle, pero la piel de encima del labio tenía una coloración ligeramente más oscura que el resto y tenía que hacer difuminar esa zona en todas sus fotografías— ... de bigote sobre el labio superior. Dolly ajustó la posición del espejo e hizo girar la llave del contacto. Con gran satisfacción por su parte, el motor arrancó en seguida a pesar del frío.

La ciudad se acercó velozmente a su encuentro en acelerada confusión. La gente no sabía si abrir o cerrar los paraguas: si los abrían, el viento los volví al revés como un embudo, y si los cerraban, corrían el riesgo de quedar empapados por un súbito aguacero. Ambos grupos avanzaban con impaciente rapidez, alargando un paso para sortear un charco o acortando otro para protegerse de una ráfaga de viento. El pelo de las mujeres se agitaba desordenadamente; de vez en cuando se veía a una muchacha corriendo entre risas en pos de un pañuelo arrastrado por el viento. Oscuras manchas de lluvia ensuciaban las paredes de las casas. Moteadas nubes surcaban veloces el espacio de cielo entre los tejados, a través del cual intentaba asomar a ratos el sol. Unos niños hacían navegar barquitos de papel en un charco de agua sucia. Un camión gris, cuyo conductor parecía absorto en sus pensamientos, pasó directamente por encima del charco, proyectando el agua fangosa mezclada con trocitos de pa-

pel en todas direcciones. Las piedras de la ciudad tenían un aspecto lúgubre y cansado. Toda la calle desprendía un desagradable olor a pelo de perro mojado. Por un instante Dolly pensó en dar media vuelta y regresar al refugio del limpio, cálido *confort* de su casa con su calefacción central encendida, realmente encendida, en todo momento, sin flaquear nunca. Pero ya se había alejado demasiado.

Dejó el coche en un estacionamiento del centro. El despacho de Meir Jacobus estaba allí cerca, en la última planta de uno de los nuevos afilados rascacielos que parecían decididos a elevarse todo lo posible por encima de la ciudad que detestaban. Ningún particular se haría construir jamás nada parecido; la gente hacía esas cosas en grupo para enriquecerse rápidamente a costa de la ciudad. La empresa constructora que había erigido ese edificio concreto también pagaba a los vigilantes y personal de mantenimiento, así como a los empleados del estacionamiento contiguo. Una vez, mientras esperaba que le lavaran el coche, uno de ellos susurró al oído de la señora Jacobus que la empresa no era demasiado honrada y que incluso estafaba a sus empleados en el sueldo. Durante un tiempo pensó que debía hacer algo para intentar solucionarlo; después de todo, los trabajadores deberían tener un sindicato que defendiera sus reivindicaciones. Aunque no dominaba la materia, ni mucho menos, pero todo el mundo leía esas cosas en el periódico: los trabajadores tenían sindicatos e incluso hacían huelgas. La molestaba ver que maltrataran a la gente y un día planteó el asunto en el despacho de Meir. Era por la tarde y había acudido a recogerlo para llevarlo a casa en el coche. Su hermana y socia, Bilhah, arquitecta como él, una mujer divorciada tres veces, de figura exageradamente esbelta y con una pasión por las joyas, también estaba presente. Casi en tono de pedir perdón por sus palabras, Dolly Jacobus murmuró algo sobre la explotación, las horas extras, los sindicatos. Bilhah levantó la mirada de los planos mientras sus pulseras y brazaletes guardaban un frío silencio, y dijo:

—Francamente, Dolly, no logro comprender tus ansias de aparecer como la defensora de los pobres.

Dolly no quería parecer la defensora de los pobres. No volvió a insistir en el tema. Pero siguió conservando parte de su buena voluntad, parte de esa indefinible simpatía que todo el mundo capta aunque nadie sepa decir en qué consiste, de manera que los hombres le sonreían de un modo especial y le preguntaban por su salud. A veces ella también les hacía alguna pregunta y ellos respondían. Así sabía, por ejemplo, que el empleado que ese día estaba de guardia en el estacionamiento se había divorciado recientemente de su mujer tras un sinnúmero de tribulaciones y de comparecencias ante los tribunales. Después de estacionarse siguiendo sus instrucciones, que más bien parecían una súplica, Dolly le observó atentamente a través de la ventanilla, luego sacó una libretita del bolso y escribió:

“El hombre divorciado: la camisa mejor planchada que de costumbre (lavanderías), los hombros más encorvados que de costumbre (restaurantes)”.

Su libreta y la perspicaz observación que acababa de anotar le levantaron

el ánimo. Dolly es muy observadora, solía decirse a menudo. Cerró rápidamente el bolso al ver que el empleado se acercaba a la ventanilla del coche.

—Buenos días, señora, ¿cómo está usted hoy?, ¿quiere que le lavemos el coche?

—No, gracias —respondió ella exhibiendo la amplia sonrisa que resevaba para sus fieles seguidores—, dejaré el coche aquí muy poco rato, pero no se olvide de recordármelo la próxima vez, por favor, ya sabe cuán olvidadiza soy, en verdad no sé qué haría sin usted.

Mientras lo decía comprendió que estaba exagerando la nota, hablando y sonriendo demasiado. Meir habría expresado lo mismo con un par de palabras y un breve gesto de la mano. El empleado también estaba desconcertado y no sabía si quedarse o retirarse. ¿Querría decirle algo más la señora? Por suerte en ese momento otro coche entro en el estacionamiento y lo sacó de sus dudas.

Dolly cerró la portezuela del coche y decidió que le haría un regalo al hombre en recompensa por su amabilidad en cuanto se presentara una ocasión adecuada. De hecho, la semana siguiente se celebraba el Purim: tal vez no estaría mal ofrecerle un frasco de desodorante importado. Era lamentable que tan poca gente comprendiera la importancia del desodorante en ese sudoroso país. Un regalo así resultaría práctico y agradable a la vez. Pero Dolly Jacobus no era una insensata: ¿qué ocurriría, se preguntó, cuando se terminaran las reservas del caro desodorante? El empleado del estacionamiento tenía que pasarle una pensión a su mujer y sin duda no podría permitirse tales lujos. Por otra parte, ella y Meir difícilmente podrían abastecerle de desodorante durante toda su vida; un frasco cada vez que se celebrara una fiesta, o tal vez incluso cada semana, ¡era absurdo! Mientras tanto volvió a salir el sol y los pensamientos de Dolly también se despejaron de nubes. Se lo regalaría sólo en esta ocasión y correría el riesgo. ¿Qué había de malo en hacer feliz a un hombre aunque sólo fuera una vez? La vida era una sucesión de altibajos en cualquier caso.

Haber logrado resistir la tentación de sucumbir también esa vez a una desmesurada preocupación por cuestiones prácticas, una constante fuente de ansiedad para ella, la puso todavía de mejor humor. Dolly Jacobus era una mujer ordenada y no le gustaba dejar problemas pendientes, ni siquiera en potencia. Se alisó el vestido y se dirigió hacia el edificio. Un silencioso ascensor la transportó rápidamente hasta la última planta, donde se hallaba el despacho de su marido.

La puerta estaba abierta. Bilhah estaba sola en la oficina, inclinada sobre un papel calca, con un compás en la mano. Siempre estaba inclinada haciendo algo. Una baja lámpara de escritorio proyectaba un intenso chorro de luz sobre la mesa, bajo el cual bailoteaban los anillos de Bilhah como si el calor los hiciera hervir.

—Oh, eres tú —dijo Bilhah Jacobus sin ningún entusiasmo. Sus anillos permanecieron quietos un instante, luego empezaron a bailotear otra vez.

—¿Estás sola? ¿Dónde está Esther?

Esther era la secretaria, una muchacha alta, fea, desagradable, que siempre estaba masticando chicle; llevaba una peluca de cabellos ajenos y todavía no había aprendido a contestar correctamente el teléfono. Además, ni siquiera necesitaba el trabajo, y Meir y Bilhah tampoco necesitaban realmente una secretaria; pero sus padres pertenecían a una importante familia de Jerusalem emparentada con los Jacobus a través de dos o tres matrimonios distintos y habían intercedido en su favor.

—Esther ha estado trabajando tanto durante todo este año —respondió Bilhah con sarcasmo— que ha decidido tomarse unas vacaciones. Pensó que ahora que Meir no está también le tocaba divertirse un poco.

—A lo mejor tiene razón.

Bilhah le lanzó una mirada burlona que no perdonaba ni olvidaba nada, desde la malhumorada ineficiencia de Esther masticando su chicle hasta las mezquinas vibraciones en demanda de compasión que emitía la muchacha. Dolly Jacobus no tuvo más remedio que inclinarse ante tales realidades. La tolerancia de Meir y Bilhah hacia Esther contenía, a su modo de ver, una cierta hipocresía, algo así como un estoicismo burlón que desbordaba su capacidad de comprensión.

—¿Qué estás haciendo ahora, Bilhah?

—Lo mismo que antes de que se fuera Meir.

—¿Y qué es?

—Los accesos a la Zona Tres del barrio judío. ¿No te lo dijo Meir?

Bilhah sabía perfectamente que Meir nunca le decía nada.

—Déjame verlo.

Pero Bilhah tapó el papel con un mano.

—Todavía no se ve nada. Y además tampoco lo entenderías.

Dolly volvía a experimentar cada vez hasta qué punto estaba fuera de lugar en ese despacho que constituía el mundo laboral cotidiano de Meir. Siempre que telefoneaba y le respondía la voz inexpresiva de Esther, le entraba tal depresión que no lograba recordar para qué había llamado. En más de una ocasión incluso había llegado a olvidar algún asunto urgente y luego no se había atrevido a telefonear otra vez. Era como estar apoyada en una barandilla junto al mar y ver que iban cayendo cosas de las propias manos, cosas que luego desaparecían irrecuperablemente en las aguas.

—Voy al correo, Bilhah. ¿Hay alguna cosa urgente para Meir?

—Mira en su escritorio —fue la indiferente respuesta. Bilhah continuó tomando medidas. Dos pesadas pulseras se balanceaban en su muñeca.

Dolly Jacobus se acercó a la ventana, que no era una verdadera ventana, sino un panel de cristal fijo. La inquietaba el brillo de la bombilla desnuda, sin la protección de una pantalla, en medio de la intensa luz natural que llenaba la habitación. Había algo anómalo, algo híbrido y sin vida en él, parecía casi un pecado contra los procesos naturales que siguen su propio y relajado curso. Esa mareante habitación, demasiado elevada, demasiado cerrada, con su ambiente perpetuamente acondicionado, sus ventanas herméticamente ce-

rradas y su intensa luz artificial, a las once de la mañana, mientras un prematuro viento primaveral soplabá en el exterior, había perturbado su serenidad mental, causándole una enorme depresión. Sintió necesidad de salir al encuentro del aire fresco y el viento, aunque la golpeará con los papeles y hojas que arrastraba. De vez en cuando una inconfundible ráfaga del sur atravesaba el desenfrenado torbellino atmosférico, excitando su olfato con una ansiosa añoranza del desierto; esa brisa del sur sólo se captaba en Jerusalem durante el otoño y la primavera. Huir lejos, lejos, galopar veloz, abandonarse a su impulso.

Todas esas sensaciones eran imposibles en el despacho. Bilhah Jacobus permanecía encerrada dentro de los límites de su blanco haz de luz, desde donde declaró:

—Hay una carta de la abuela Haya que Meir aún no ha visto. Nos ordena que tapiemos las ventanas de su comedor que dan a los nuevos bloques de viviendas. Dice que no soporta verlas, que cada vez que ve cómo han destrozado su montaña le sube la presión.

Siempre había alguna nueva anécdota sobre la abuela Haya, contada siempre con el mismo impotente afecto. La abuela Haya era un monumento y los monumentos tienen sus propias leyes. Tenía 89 años, aunque sólo reconocía tener 87, y todavía cocinaba todas las especialidades de las grandes fiestas para sus nueras, quienes no tenían fuerzas para hacerlo ellas mismas —¡las pobres!—. Una vez hizo una visita mayestática a la casa de Dolly y Meir, donde permaneció sentada largo rato frente a la ancha ventana que se abría sobre la Ciudad Vieja. Sí, sí, dijo. Todo eso le pertenecía. Ella podía mirarlo tranquilamente puesto que nunca había sido una joven refugiada hambrienta con un curioso apellido que sería preciso cambiar, recién llegada a una tierra desconocida. La abuela Haya examinó severamente a Dolly y le preguntó si tenía cucarachas en la cocina.

—No, abuela Haya, no hay ninguna —respondió Dolly disimulando una sonrisa.

—Te felicito —declaró firmemente la abuela Haya.

La abuela de Meir y Bilhah vivía en una vieja casona llena de arcadas, con *water* exterior que ella utilizaba de día y de noche, en verano y en invierno, y que se negaba a cambiar por otro interior y moderno como el que Meir y Bilhah venían rogándole que se hiciera instalar desde hacía muchos años. Las habitaciones de su casa eran corrosivamente inmaculadas, de una limpieza superlativa, con sus cortinas blancas, sus manteles aún más blancos y sus pesados candelabros de plata lustrados hasta tal grado de brillo que parecían relucir incluso por las noches. Meir aseguraba que de niño le asustaba dormir en la misma habitación que los candelabros por la luz que desprendían. Cada vez que se despertaba creía ver la linterna de un ladrón.

Un gran mapamundi lleno de banderitas clavadas cubría una pared del dormitorio de la abuela Haya. Ella era jerosolimitana de sexta generación, tenía nietos y bisnietos en todos los puntos del planeta y quería saber dónde se en-

contraba exactamente cada uno de ellos. Una banderita anaranjada con el nombre de Nurit estaba clavada sobre Londres. Una badera azul brillante que decía Elisha y Tali se alzaba cerca de Tel Aviv. En un lugar del Sinaí había una banderita rojiza que representaba a Yoáv. (Aunque Yoáv no había estado destinado nunca en el Sinaí, la abuela Haya daba por sentado que si estaba en el ejército, sólo podía encontrarse allí.) También había estado una vez en el Sinaí con su difunto esposo, el médico, acompañando a una expedición de ingleses, y había montado de lado como solían hacer las señoras en aquellos tiempos. Entre sus recuerdos del viaje —más retratos que recuerdos, a decir verdad— figuraban los cuervos, los desfiladeros e incontables peligros. Tal vez aún le quedaba una difusa añoranza del lugar, pues qué otra razón podía impulsarla a insistir tan obstinadamente en que Yoáv se encontraba allí, enfrentándose a todos esos peligros, cuando no era así, sobre todo teniendo en cuenta que ni siquiera recordaba demasiado bien su aspecto.

A la abuela Haya le acongojaba que tan pocas de sus banderitas se alzaran sobre Jerusalem, mientras que sólo en los Estados Unidos ya había tres, una de ellas la de Adi, quien se había casado por la Iglesia católica en ese país. Al principio, la abuela estuvo a punto de eliminar esa banderita de su mapa, pero se desdijo en el último momento y la banderita continuaba un poco inclinada en su sitio como si en realidad no le correspondiera del todo estar allí. Dolly recordaba nítidamente el momento, casi 20 años atrás, en que la abuela Haya se había levantado de su asiento para clavar en el corazón de Jerusalem una banderita color limón con los nombres de Meir y Dolly inscritos en ella. Ya llevaban dos semanas casados cuando eso ocurrió, pero a todos les pareció que ésa había sido la verdadera boda. Dolly había llegado por fin a buen puerto. La desnuda colina que se alzaba frente a su ventana le parecía hasta entonces una zona catastrófica en potencia que sólo a ella la asustaba. Pero al ver su banderita firmemente clavada en el mapa de la abuela Haya, Dolly sintió que también ella podía respirar tranquila.

Dolly Jacobus, de pie en el despacho de su marido, aplastaba la cabeza contra la ventana permanentemente cerrada, expuesta a todas las tormentas. Bilhah, sentada bajo el intenso chorro de luz, maldecía calladamente ante una dificultad en los cálculos, mientras sus joyas iban entrando otra vez en lenta ebullición, y mientras tanto en su colina, la abuela Haya bullía de ira contra las intrusas construcciones que habían venido a agraviarla en su vejez. Por una vez en su vida tampoco ella había tenido fuerzas para defenderse de la humillación.

En correos había una larga cola. El ventilador del techo no funcionaba. Al principio de la cola había un botones de un despacho con varias docenas de cartas certificadas. Cuando hubo terminado, dos soldados se adelantaron saltándose su lugar en la cola y exigieron que les atendieran. La oficina de correos seguía llenándose de gente; parecía como si media ciudad hubiera decidido acudir allí, cada persona con varias cosas que franquear. El empleado que atendía la ventanilla era lento e incompetente, empezaron a escucharse protes-

tas. Dolly Jacobus se habría marchado gustosa, pero ya estaba más allá de la mitad de la cola y abrirse paso a codazos hasta la salida entre la densa multitud le parecía más molesto que esperar su turno. Sobre su frente empezaron a formarse gotas de sudor.

Inmediatamente delante tenía una adolescente muy menuda, con la demacrada delgadez casi simiesca de una criatura raquítica. Sólo su pecho y sus nalgas se proyectaban prominentes, cual falsos apéndices que no le pertenecieran realmente. Tenía un aspecto tristemente anguloso y encogido, como si las privaciones hubieran detenido su desarrollo en el claustro materno; parecía más un homúnculo que una verdadera persona, una pequeña vela extinguida y sin luz. Su cuerpo despedía un fuerte olor al más barato perfume con aroma de violetas con el que se mezclaban efluvios de tabaco y sudor. Sin duda el perfume sustituía al baño diario y muy probablemente dormía sin quitarse la ropa. En medio de la enorme aglomeración de gente, su pelo rizado había quedado justo debajo de la nariz de la señora Dolly Jacobus. Vestía unos minúsculos tejanos de muñeca ligeramente entreabiertos en la cintura y una blusa encarnada que aún conservaba el brillo del mostrador de rebajas. Una franja de piel desnuda, patéticamente deslustrada quedaba al descubierto entre las dos prendas demasiado cortas y sobre ella crecía una oscura mata de vello casi animal. La niña tenía una expresión concentrada, brumosa y malsana. Su cuello necesitaba un lavado.

La señora Jacobus vio que la niña tenía en la mano dos cartas certificadas de la oficina jurídica del abogado Yitzhaki de la calle Ben-Yehuda. Dolly Jacobus y su marido conocían muy bien a Yitzhaki y le habían visitado muchas veces en su gran casa de la colonia alemana, lo cual le hizo sentirse menos distanciada de la niña en cierto modo. Con su habitual ansiedad por conquistar la bienquerencia de sus inferiores, o tal vez impulsada por una soledad tan habitual que ya ni siquiera advertía su existencia, Dolly ofreció una alentadora sonrisa a la chiquilla. Las quejas y las apreturas se habían intensificado todavía más si cabe y Dolly Jacobus intentó liberarse del agobio avanzando un poco; y entonces, de pronto, advirtió sorprendida que la morenita desarrapada no sólo no avanzaba a su vez, sino que pareció retroceder deliberadamente, volviendo la cabeza de manera que su boca sucia se apoyó claramente, como el hocico de un gatito curioso, sobre el suave corpiño de seda que cubría el pecho derecho de la señora Dolly Jacobus. Un extraño fuego estremeció el cuerpo de Dolly, y con él, también la sacudió un inconfundible temor. Intentó apartarse otra vez, cosa nada fácil entre la multitud que desde mucho antes había dejado de mantener ni un atisbo de orden en la cola. Pero en esta ocasión ya no hubo posible error: la niña se apretó otra vez contra el vientre de Dolly Jacobus, en lo que parecía un gesto de franca y explícita insinuación. Notó el ardiente calor simiesco de su cuerpo en apariencia crónicamente enfriado. Y repentinamente la chiquilla levantó los ojos y miró a la señora Dolly Jacobus con penetrante y lúcida impudicia.

Una densa oleada de intenso calor húmedo y tropical recorrió el cuerpo

de Dolly Jacobus. Retiró bruscamente la mano para no tocar la cintura de la chica y apretó con fuerza la boca, ofendida. Sin embargo sabía, con débil, derrotada certeza, que ya no sería capaz de oponer resistencia a la oleada de deseo que había empezado a inundarla con ilimitada desvergüenza. Aunque no por ello dejaba de percibir el elemento de sadismo implícito en esa repentina nueva pasión, su necesidad de aplastar, de atacar. Pero a la chiquilla no parecía importarle, parecía captar exactamente la situación con una omnisciencia tan antigua como el mundo. A su lado soy una aficionada, pensó Dolly Jacobus, una principiante. Cerró los ojos, consciente de que en seguida volvería a apretarse voluntariamente contra el astuto cuerpecillo. Pero en ese preciso momento el director de la oficina de correos hizo abrir una segunda ventanilla, la cola se deshizo y la chiquilla avanzó con sus cartas certificadas en la mano como si nada hubiera ocurrido. Las franqueó y salió de la oficina de correos sin volver a mirar a la señora Jacobus.

Dolly Jacobus pegó los sellos sobre la carta con destino a Valletta, que ya no era un caballero y ni siquiera un nombre geográfico, sino sólo un sonido. Compró unos cuantos sellos de reserva y echó la carta en el buzón, como si le alegrara deshacerse de ella. Cuando se volvió buscando con los ojos a la chiquilla, ésta ya había desaparecido entre los viandantes, tragada por la calle. Dolly Jacobus empezó a rehacer el trayecto hasta el estacionamiento, por el camino, se detuvo en una cafetería mal iluminada, bebió apresuradamente cualquier cosa y creyó haber apaciguado la tormenta. Pero al entrar en la calle Ben-Yehuda sintió de pronto tal debilidad y la cuesta de la acera le pareció tan empinada, que temió tener que bajarla arrastrándose. No comprendía cómo podían avanzar a paso tan veloz todos los demás. Nunca llegaré abajo, se dijo casi en alta voz. Empezó a caminar vacilante, paso a paso, hacia su coche y entonces se cruzó por azar con un conocido, un alto y alegre estudiante de la universidad que se protegía de las inesperadas ráfagas de viento bajo un chaquetón de paño, y que la acompañó caritativamente parte del camino. Cuando se despidió y desapareció dando pasos de siete leguas, Dolly ya se sentía mejor y lamentó verle partir.

Dolly Jacobus se había interrogado con frecuencia sobre el significado de la palabra hogar. Había tantos hogares en el mundo, tantas casas, y entre todas ellas cada persona sólo tenía una en la cual supiera dónde estaba todo. Entre todos los cientos de miles de casas, pensó, sólo tengo la llave de una y sólo en ella sé que en el cajón de arriba de la cómoda del dormitorio de la izquierda hay un jersey beige de pelo de camello; entre todas las impenetrables casas anónimas sólo hay una en la cual puedo localizar en seguida la vajilla que Meir trajo de España. El encendedor. La escoba. Las sábanas de tergal. Pero en ese momento, mientras permanecía inmóvil en su coche, empezó a sentirse menos segura de ese nexo de conocimientos que la unía a su casa. Tuvo la impresión de que si hubiera regresado a ella en ese instante, la llave tal vez no entrase en la cerradura y se encontrara encerrada fuera, prisionera del espacio impersonal. Y aunque la llave se ajustara a la puerta, tal vez a sus recuerdos no les ocu-

riese otro tanto. A lo mejor el jersey no estaría en el cajón y quién sabe si incluso la cómoda habría desaparecido; si una mesa distinta no ocuparía el lugar de la que ella conocía; si la casa que le era familiar no resultaría ser un sueño, y la casa a la cual regresara un lugar con muebles extraños que ella nunca habría decorado. En vez de sus rosales, tal vez habría una franja de cemento sobre la cual traquetearía intolerablemente un generador eléctrico. Tal vez habría una brigada de obreros. A lo mejor la casa ya había sido condenada a desaparecer sin que ella lo supiera.

Se pasó la mano por la frente para ahuyentar la pesadilla. No era la primera vez que tenía esas visiones terroríficas en las últimas dos o tres semanas. Había soñado varias veces que un desconocido, alguien a quien ella debería conocer pero que por alguna razón no lograba identificar, irrumpía en su casa; cada vez, mientras se debatía aún intentando desvelar el horrible, insultante secreto de su identidad, había conseguido deshacerse de él con un gritito ahogado. Cuando Meir estaba en casa, él la despertaba. Ahora estaba sola y le costaba despertarse a mitad de la noche. Muchas veces dejaba una luz encendida. Pero el pánico seguía latiendo en secreto.

Esto no puede ser, se dijo Dolly Jacobus dudosa; no puede ser. Con un esfuerzo, introdujo la llave del encendido y decidió ir a visitar a la abuela Haya.

Aunque afuera el tiempo todavía seguía revuelto, en casa de la abuela Haya, que tenía su propia meteorología, no se notaba. Meir le había comentado una vez que la abuela era la única ecologista que quedaba en la familia. Jamás se le habría ocurrido comprar perejil u otras especias; las cultivaba ella misma en el patio, junto a la higuera y el limonero. Vaya una idea, decía la abuela, comprar un limón en la tienda. Ella misma, o una de sus nietas cuando a ella le dolía demasiado la espalda para hacerlo personalmente, recogía en las colinas el bálsamo con el cual perfumaba su armario de la ropa blanca. Un huevo constituía toda una comida para ella y quién podía explicarle, por el amor de Dios, por qué la gente corría de esa manera en la actualidad provocándose toda suerte de dolencias del hígado y el corazón. La gente ya no vive en una dimensión humana, decía: construyen demasiado alto, viven a un nivel demasiado alto, hablan demasiado alto. Es un insulto contra la Creación. Los despachos, todo el mundo quiere tener un despacho.

Realmente era una suerte de Meir y Bilhah que ella no hubiera estado en su despacho, pues de haberlo visto quién sabe si no les hubiera dado una azoatína en castigo por esas ventanas que no se podían abrir, ventanas fraudulentas, vaya arrogancia en un edificio. Cuando en cierta ocasión fue a la ciudad a comprar tela para un vestido, la abuela Haya sólo dio un vistazo a los precios y arrojó la tela sobre el mostrador. "No tenéis vergüenza", le dijo a la vendedora. "No tenéis vergüenza." Y allí mismo juró que no volvería a comprar nada más hasta que el mundo abandonara su impudicia. Los especuladores tendrían que pasar sobre su cadáver si querían enriquecerse a su costa. Varios años atrás había hecho un viaje a Tel Aviv y regresó furiosa; desde entonces, su frase de

desprecio preferida era decir: "Eso es de Tel Aviv." Si alguien le ofrecía una caja de chocolates, bien envuelta en celofán y con un lazo, fruncía sarcásticamente la boca y preguntaba: "¿Es de Tel Aviv?" Y cuando Dolly le regaló un libro de un joven autor, declaró después de leerlo: "Debe ser de Tel Aviv." Era del dominio público que nadie le ofrecía a la abuela Haya unas flores que no hubiera cultivado en su propio jardín. Mataderos de flores era el nombre que empleaba para designar a las florerías.

En plena guerra del Yom Kippur, durante la cual se hartó de hacer pasteles para los soldados, la abuela Haya decidió salir; tenía un apremiante deseo de ver los vitrales de Chagall del hospital Hadassali. Los autobuses podían pasar o no pasar en aquellos días; más de media hora más tarde Dolly la encontró sentada en el banco de piedra de la terminal de autobuses y le sugirió que cogiera un taxi. "¿Qué te ha cogido, niña?", la regañó la abuela. Y además, los taxis eran demasiado bajos, no se veía nada metido allí dentro. Los autobuses eran altos, al menos una podía mirar por la ventanilla y ver algo.

La abuela Haya ya no salía nunca. Estaba cansada, con ese callado cansancio que señala el fin de todo deseo, incluso del esbozo de un deseo. No me asusta morir, declaró a su familia. Nunca he luchado contra mi cuerpo y no tengo intención de hacerlo ahora.

—Pasa —le dijo a Dolly abriéndole la puerta con una alegre sonrisa. Me ayudarás a cortar las judías verdes en la cocina.

La abuela Haya nunca cortaba las judías transversalmente, a la manera cómoda. Siempre las cortaba a lo largo, atravesando con el cuchillo los pequeños granos de la vaina. Luego tenían un sabor totalmente distinto.

Estaban sentadas en la cocina frente al gran reloj de pared del abuelo. La luz se filtraba tenuemente a través de las cortas, almidonadas cortinas de muselina. Dolly ignoraba por completo qué la había llevado hasta allí. Si su intención era sincerarse, ella misma no sabía muy bien qué secretos podía revelar. Una opaca sensación que no conseguía interpretar le impedía regresar a casa. Se hallaba en ese estado de ciega expectación en que una intuye vagamente que las cosas se aproximan a un desenlace, sin saber exactamente de qué cosas ni de qué desenlace se trata. La abuela Haya siguió cortando las judías verdes mientras hablaba.

—Una vez cuando Menahem, que en paz descansa, aún vivía, dos jóvenes estudiantes *yeshiva* acudieron a su encuentro un sábado por la mañana. "*Doktor, kumi*" "¿Dónde hay que ir?", preguntó Menahem. "Nuestro rabino ha sufrido un ataque al corazón." Menahem ya estaba a punto de salir de casa con su maletín de médico cuando yo decidí abrir la boca. "¿Cómo queréis que os acompañe en sábado?", les pregunté. "No podrá entrar con el coche en vuestras calles." "Pues que vaya andando", dijeron los estudiantes. "Oh, no —dije yo—, oh, no. Mi marido es un hombre de más de 70 años y no irá andando a ninguna parte." "Un momento —me dijo uno de los estudiantes—, Déjenos deliberar sobre este asunto a solas." Y salieron y estuvieron susurrando un rato, psss, pss, pss, y después volvieron a entrar. "*¡Doktor, kumi!*" "¿Cómo

va a ir?”, pregunté yo. “En su coche”, respondieron. “Pero en vuestras calles tiran piedras a los coches que circulan durante la celebración del sábado”, protesté yo. “*Doktor, kum!*”, insistieron ellos. “Si él nos sigue en coche, despacio, no ocurrirá nada. ”

—Conque él se subió al coche, en paz descanse, que entonces no podía circular demasiado rápido de todos modos, tanto por el coche como por el conductor, y avanzó lentamente detrás de los dos estudiantes, que le abrían paso gritando “*¡Shaa! ¡Shaa!*” a derecha e izquierda. Cuando Menahem llegó junto al cordón policial que impedía el acceso del tráfico rodado al barrio, los policías estaban profundamente dormidos, jamás imaginaron que nadie intentaría entrar en coche en Mea She’arim durante la celebración del sábado. Cuando se despertaron, los dos estudiantes ya habían retirado la barrera y Menahem había entrado con su coche. Un policía corrió tras ellos horrorizado gritando: “¡Eh, es *shabbes!*” ¿Y que crees que hicieron los dos estudiantes? Se volvieron hacia él y dijeron: *¡Shaa!* Y así fue como Menahem entró en su coche en Mea She’arim un sábado, escoltado por los dos estudiantes que gritaban *shaa* a todos quienes exclamaban gritando *shabbes*. Menahem examinó al rabino, le dio un calmante y regresó a casa. Nos reímos mucho con lo ocurrido.

—¿Y cómo volvió a salir, con los estudiantes?

—No, él solo.

—¿Y qué ocurrió?

—Le apedrearon, naturalmente, ¿pues qué creías? Dolly, tú eres más joven que yo, tira estos desperdicios y pon un poco de agua en la tetera. ¿Dónde está Meir?

—En Malta. En un congreso de arquitectos.

La abuela Haya puso mala cara.

—¿Cómo puede ocurrírsele ir a Malta? ¿Qué puede buscar un hombre en Malta? ¿Cuándo regresa?

—No lo sé —confesó Dolly—. No me dio una fecha exacta. La semana próxima seguramente.

La abuela Haya estaba molesta.

—¿Pero qué significa esto? Un marido se va a Malta y su mujer ni siquiera sabe cuándo regresará. Sois una generación de idiotas. Supongo que ni siquiera sabes qué dice tu contrato de matrimonio. Un contrato de matrimonio judío dice que un marido no debe marcharse al otro extremo de la tierra sin pedir permiso a su mujer primero. ¿Te pidió permiso Meir?

—Yo le di permiso, abuela Haya —replicó sonriendo Dolly, con la vieja, conocida pesadumbre en el corazón—. Y usted sabe que se habría ido sin mi permiso de todos modos. Así son los hombres.

De pronto reunió el valor suficiente para añadir:

—¿No cree que sería mejor que las mujeres no se casaran con los hombres? A lo mejor lo que una mujer realmente necesita es otra mujer.

Pero la abuela Haya no quiso ni oír hablar de eso y agitó las manos desolada:

—¿Qué tontería es esta? Francamente, decís cada cosa. Que una mujer necesite otra mujer, *feh*. ¿Dónde estamos, en Tel Aviv?

Dolly abrió suavemente las palmas extendidas, como acariciando con gran dulzura la cabeza rizada de la oficina de correos, como si acariciara una flor. Se levantó para marcharse.

—Le serviré el té, abuela Haya, y luego me iré. No se levante, por favor.

La abuela Haya se levantó de todos modos. Sólo en la tumba dejaré de levantarme para despedir a mis invitados, dijo. Ya en la puerta besó a Dolly con los labios fríos de una persona a quien ya no le quedaba mucho calor vital.

—Y dile a Meir que no me ha gustado nada esta desaparición. Además, quiero que él y Bilhah me tapien las ventanas del comedor. Hay trabajo más que suficiente aquí en Jerusalem. ¿Qué necesidad tiene de recorrer medio mundo?

Su casa, cuando Dolly regresó a ella, estaba caliente y muy limpia, y desprendía un inconfundible olor a comodidad y riqueza. Se quitó el abrigo y se sentó junto a la mesa, cansada de antemano como si la aguardara un horrible e inevitable desastre y no tuviera fuerzas para empezar. Pero pronto la inundó un intenso estallido de energía salido de Dios sabía donde: en el acto, sin demora, esa misma noche, tenía que comprender de una vez para siempre todo lo que le ocurría. Ya era hora de averiguarlo. Hurgó en el armario, sacó todos los álbumes y empezó a buscar febrilmente las escasas fotos de sus tiempos de refugiada. Ninguna despertó en ella la más mínima emoción. No se identificaba con ninguna de ellas. A lo mejor, pensó, si tuviera alguna foto de mi niñez, de cuando tenía cuatro o cinco años, entonces tal vez. Pero no podría conseguir esa foto en ningún lugar del mundo. Era como si Dolly hubiera nacido dos veces y su primera vida, la más real tal vez, hubiera terminado bruscamente a los 14 años de edad. Después había comenzado una nueva vida, posdiluviniana, con sus disfraces y nombres cambiados.

Una gran oleada de sádica compasión, una sensación parecida a la de una niñita que juega cariñosamente con una muñeca y segundos más tarde empieza a arrancarle furiosamente los cabellos le hizo recordar a la chiquilla de la oficina de correos. Qué vergüenza, pensó Dolly con la boca seca, qué espléndida vergüenza. Pero si prácticamente necesito su presencia. Ya había empezado a planear cómo se sentarían las dos junto a esa mesa y estudiarían inglés juntas. Dolly le enseñaría pacientemente, aunque a veces perdería el control en un estallido de erótica ira; y como haría calor, y el sistema de aire acondicionado estaba estropeado, las dos se quitarían las blusas. Se lavarían la una a la otra en la ducha. Un paso más y la chiquilla sería suya, una desnutrida y despierta criatura recogida en el arroyo.

Después de medianoche el impulso se desvaneció tan repentinamente como había aparecido. Se ha terminado, pensó cansada, se ha terminado definitivamente. He estado a punto de cometer un terrible error. Gracias a Dios me he recuperado a tiempo. En qué situaciones es capaz de meterse una persona, francamente. Dejó una lámpara encendida, se tomó un somnífero y se des-

lizó imperceptiblemente en un profundo sueño embotado.

A las diez de la mañana del día siguiente, sin saber ni un instante antes qué se proponía hacer, Dolly Jacobus montó con vehemencia en su coche, cerró la puerta de un golpe con los labios apretados y arrancó con un violento chirrido de la caja de cambios. Se estacionó en el lugar habitual, vigilado esa mañana por una nueva cara desconocida y se alejó a paso rápido rumbo al despacho del abogado Yitzhaki. Era tal su temor a reconsiderar su decisión y cambiar de parecer, que casi corrió escaleras arriba. El despacho del abogado se componía de dos habitaciones a las que se entraba a través de un viejo pasillo desconchado que albergaba varias oficinas, así como un lavabo con una gigantesca llave vieja en la puerta y un pequeño cubículo ocupado por un viejo de aspecto inmortal que hacía té y café para los oficinistas. Corría el comentario de que a medida que envejecía más brillantes y pulidas tenía las bandejas de cobre y más sucios los vasos que éstas sostenían.

Dolly Jacobus todavía estaba examinando las placas de la pared cuando se abrió bruscamente la puerta del lavabo en el fondo del pasillo y apareció la chiquilla de la blusa encarnada quien se detuvo a dar dos vueltas a la llave de la puerta que acababa de cerrar. Parecía más delgada que el día anterior en la oficina de correos. Una antigua y perversa expresión de triunfo iluminó sus ojos cuando descubrió la presencia de la señora Jacobus. Se le acercó hecha un manojo de impudicia, demasiado denso para proceder de una niña.

—¿Te gustaría venir a trabajar a mi casa? —preguntó Dolly Jacobus. Su voz habitualmente musical le pareció desprovista de toda expresión, tan poco armoniosa como un bloque de madera.

—¿Qué cuernos haría en su casa? —preguntó la chiquilla con un dejo de desdén—. No soy una fregona, trabajo para un abogado, ¿sabe?

—Lo sé —respondió la señora Jacobus—. Eres la chica de los mandados del abogado Yitzhaki. ¿Pero no te gustaría prosperar un poco? Yo podría enseñarte inglés, si quisieras.

La chica se le quedó mirando con expresión vacía.

—No te costará ni un centavo —dijo Dolly Jacobus—. Puedes venir a estudiar cada día una hora o una hora y media.

La chica meneó escépticamente la cabeza.

—Se arrepentirá de habérmelo ofrecido. —Parecía retener las consonantes en la boca para escupirlas luego como una amenaza. Con desfachatez.

—¿No te gustaría intentarlo?

La chica la miró recelosa. Para eso tuvo que echar la cabeza hacia atrás, pues la señora Jacobus era mucho más alta. De ella se desprendía un olor a barrita de sésamo recién masticada.

—¿Cuándo terminas tu trabajo aquí?

—¿Yo? A las seis.

—Estupendo. Baja al edificio Agron a las seis. Te estaré esperando allí en mi coche.

—¿Yo? Hoy no puedo. Tengo una cita con mi novio, ¿sabe?

Tan pronto, tan pronto y ya empezaba la degradación. Dolly Jacobus sintió el contacto del cuchillo hurgando lenta, casi tiernamente en su cuerpo. Ya estoy a la merced de sus caprichos, de su novio, que tanto puede ser real como imaginario, muy posiblemente lo segundo. Una terrible compasión le llenó los ojos de lágrimas. Acercó suavemente una mano a la mejilla de la niña.

—Está bien, niña mía. Nos veremos mañana.

La niña no debió saber cómo reaccionar ante un contacto inocente, pues en el acto adelantó las caderas como una ramera, como si eso esperara de ella. Dolly Jacobus sintió un nudo en la garganta, dio media vuelta y empezó a bajar las escaleras.

—¡Eh, señora! —gritó la niña a sus espaldas, inclinándose sobre la ba-
laustrada—. ¡Señora! Escuche, señora. De acuerdo, quedemos para hoy.

Y Dolly Jacobus se sintió desfallecer de alegría.

En casa le aguardaba una carta de Meir, enviada por correo especial, como él tenía por costumbre. Aplazó el momento de abrirla. Recibió dos llamadas telefónicas. Un amigo telefoneaba para invitarlos, a ella y a Meir, a cenar el viernes por la noche, pero cuando supo que Meir aún no había regresado se apresuró a decir: "Muy bien, pues lo dejaremos para otro día. Adiós, Dolinka, y dale mis recuerdos a tu marido." Después llamó la abuela Haya, quejosa, enfadada y muy vieja. ¿Por qué no había vuelto todavía Meir? ¿Por qué nadie se ocupaba de sus ventanas? ¿Creían acaso que ella viviría eternamente? Había olvidado por completo que Dolly la había visitado la tarde anterior.

Nada que hacer por lo demás. El deseo se transformó en una serie de preparativos prácticos: una comida dispuesta en la nevera, los platos listos encima de la mesa, un disco que le costó mucho escoger, una blusa nueva en el dormitorio, todavía en su envoltorio, para regalársela a la chica. La había comprado en una tienda de ropa infantil, pues sólo allí se encontraban tallas tan pequeñas. Salíó tres veces de compras a la ciudad y las tres veces regresó. Todo resultaba tan nuevo, tan ciego, tan inevitable. Deprisa, deprisa.

El edificio Agron resplandecía muy blanco bajo la luz del crepúsculo. Sobre la bruma gris que se levantaba de las acacias e iba a mezclarse con los gases de escape de numerosos coches, se dibujaban nítidamente los postes de las farolas y las vallas amarillas. Dolly Jacobus sintió que todas las impresiones adquirirían una nueva intensidad: todas las formas parecían más significativas, como si todas ellas —el blanco resplandor de la piedra de la fachada del edificio de oficinas, esa lámpara de allí que intentaba expresar una frase bien definida— formaran parte de un código que era preciso aprender a descifrar. La luz crepuscular amortiguada por las nubes y tamizada por la bruma no la sorprendió; en efecto, desde la noche anterior todo su mundo había empezado a ensombrecerse —desde mucho antes de la noche anterior en realidad— con ese último resplandor inquietante que anuncia un desastre seguro. Estoy esperando a mi adorada, se dijo, a mi pobre, fea adorada con su olor a sudor y a violetas sintéticas. Para mantenerla con el lujo al que ella se habituará. No le escatimaré nada.

Esperó largo rato. La muchacha no apareció. Una pandilla de chicos pasó junto a su coche camino de Morassa y se le quedaron mirando apáticamente a través de la ventanilla. Una madre joven le chillaba a su hijo con gritos bien ensayados, desesperados, casi ceremoniales. Dos periodistas extranjeros conocidos suyos la saludaron de lejos camino del club de la prensa. De pronto, bajo una ráfaga de brisa nocturna, las acacias empezaron a tocarse, a charlar entre sí. La ciudad hacía girar el crepúsculo en su seno, en un sinfín de círculos concéntricos; pronto sería la hora de cenar, pronto se haría de noche, pronto se encenderían las farolas y empezarían los cines y la gente se agolparía en torno a los puestos de palomitas de maíz calientes. Los anillos concéntricos fueron cuajando lentamente en una oscuridad compacta. La muchacha no había aparecido.

A las siete de la tarde, helada, derrotada y dolorida, Dolly Jacobus apretó el acelerador y emprendió el regreso a casa. Por suerte, al menos no conoce mi nombre ni mi dirección, pensó. Sólo me faltaba verme envuelta en un caso de chantaje, ella y su novio confabulados, no intente hacerse la lista con nosotros, señora, sabemos perfectamente quién es. O una enfermedad venérea, ¿quién sabe? ¿Cómo podía emplear Yitzhaki a una muchacha tan espantosa? Vamos, habría que... habría que...

Se apresuró a entrar en la casa, que ahora le parecía pertenecer toda entera a Meir; allí estaban sus ropas en el armario, sus zapatillas en el suelo. Francamente era una desgracia, las cosas que había pensado hacer allí dentro. Incluso la camisa de la tienda infantil estaba en su lado de la cama. La cogió sonrojada y la tiró al cubo de la basura. No he hecho nada, Meir, dijo para sus adentros, sólo lo he pensado, y los pensamientos no son acciones, ¿verdad, Meir? Abrió las pesadas cortinas, que le revelaron el paisaje más espectacular de la tierra: las antiguas murallas de Jerusalem, el monte del Templo y el monte Sión. Todo está allí, se tranquilizó, todo sigue en su sitio, los millares de casas sumergidas ahora en la oscuridad como si... como si fueran las únicas casas de verdad y merecieran ver realizados sus deseos. Miró a su alrededor. Los cuadros continuaban colgados de las paredes, los libros no habían desaparecido, su pie descalzo se hundió tan sensualmente como siempre en la alfombra de Meshad. Dios mío, ¿cómo he podido? ¿Cómo? Qué locura.

De pronto decidió telefonear a Meir. Ciertamente que él le había advertido firmemente que no lo hiciera, con toda la autoridad de un hombre racional, de manera que Dolly temía su enfado y su sorpresa... pero tenía que escuchar su voz, aunque sólo fuera para hablarle de las ventanas de la abuela Haya, o para averiguar el número de su vuelo de regreso, para hablar simplemente con él. Explicó a la operadora de larga distancia que no sabía el número, pero que deseaba hablar al Hotel Phoenix de Valletta. Si, Valletta, la capital de Malta, eso es. Nuevamente le pareció la más caballeresca y elegante de las ciudades. Sin embargo, le costaba tanto imaginarse a Meir recorriendo sus calles sin su coche; en efecto, hacía tanto tiempo que se había convertido en un centauro, mitad hombre y mitad automóvil. Posiblemente sólo en la cama aparecía a veces

desprovisto de sus capas protectoras y sin defensas. ¿Conservaría su fuerza en las calles de Valletta, sin su coche?

Se hizo un sandwich mientras esperaba la llamada de la operadora, y se lo comió sentada en el brazo del sillón, cruzando los pies desnudos. Pronto hablaré con Meir, pensó, oíré el milagro de su voz, el mismo pequeño milagro que oigo cada vez, como si la vida misma no fuera como él esperaba. Meir Jacobus, el arquitecto, el hombre a quien le resultaba más fácil hablar de los accesos a la Zona Tres del barrio judío que de lo que ocurría dentro de su persona. Nos hemos ido distanciando un poco últimamente, Meir, pensó Dolly, pero todo se arreglará, ¿verdad? Ahora hablaremos y todo se arreglará.

Ya se había comido el sandwich. Dolly acababa de ir a buscar una manzana a la cocina cuando sonó el teléfono. Dejó la fruta sin lavar junto al fregadero y corrió descalza a coger el auricular.

La operadora le indicó que esperara. Dolly la oyó hablar con la operadora de Valletta. Luego con la recepción del hotel. Tantas voces distintas hablando desde tan lejos; a Dolly siempre le había costado entender esas cosas. *Attendez un moment*, dijo la telefonista del hotel. Y después:

—Señora Jacobus, su conferencia.

—¿Diga? —Una desagradable y familiar voz de mujer sonó en el oído de Dolly. Por un instante no alcanzó a comprender; pero sí, era la voz inexpresiva de Esther, la fea Esther con su peluca y su goma de mascar. La secretaria. Entonces comprendió. Muy despacio, colgó el auricular.

La operadora era una mujer tenaz. Volvió a llamar.

—Su conferencia con Valletta, señora Jacobus.

He cambiado de parecer —dijo Dolly—. Anúlela, por favor. He cambiado de parecer.

Conque era eso, exclamó Dolly en voz alta en medio del piso vacío. Así ha sido siempre. En realidad siempre lo supe. Pero qué bien sabemos representar cada uno nuestro papel.

Apagó la luz y se sentó en el alféizar de la ventana, contemplando la amplia bóveda celeste y el sinfín de luces. Algo se desprendió de ella y cayó; las trayectorias tal vez se divudiesen en adelante, con velocidad cósmica, hasta que ya no le fuera posible recordar ni siquiera la época en que aún conservaba su identidad indivisa.

Vamos, habría que..., dijo Dolly en voz alta a los cuadros envueltos en sombras, cuyos marcos resplandecían calladamente en la habitación a oscuras. Habría que...

Mañana, se dijo, mañana sabré lo que habría que hacer.

Amnón Shamósh

Nació en 1929 en la ciudad de Alepo, Siria; es hijo de padres oriundos de esta ciudad y descendiente de una familia radicada en la misma desde hace muchos años. A los nueve años de edad inmigró a la tierra de Israel, donde cursó sus estudios en la escuela Bialik y en el liceo Herzliá de Tel Aviv. A los 18 se incorporó a las filas de la "Haganáh" y del "Hapalmaj", integrándose con su grupo al kibutz Kfar Guiladí en la Galilea. En vísperas de la guerra de Independencia en 1948, fue uno de los fundadores del kibutz Ma'ayán-Barúj, en la Alta Galilea, junto a la frontera con Siria y Líbano, donde reside hoy en día.

Se graduó en el seminario de docentes Beit Berl y en la Universidad Hebrea de Jerusalem, donde cursó las carreras de literatura y lengua hebrea, así como de literatura inglesa. En el kibutz trabajó como pastor de ovejas, instructor juvenil, secretario del kibutz, maestro y director de la escuela primaria de éste, siendo nombrado más tarde director del colegio secundario regional en el que estudian los adolescentes de los poblados del valle de Hula. Hoy en día está dedicado a la enseñanza y a sus trabajos literarios.

No fue sino hasta que cumplió 40 años de edad cuando empezó a publicar cuentos y novelas, poemas y ensayos en revistas literarias. Sus ensayos se centran en temas literarios, lingüísticos, artísticos y sociales, y sus obras, destinadas a niños, adolescentes o adultos, se centran en la vida del kibutz y en la reconstrucción novelística de la vida de su comunidad en Alepo. En éstas se reviven las costumbres, las relaciones familiares, la concepción de la vida, la fe religiosa, los trabajos y las relaciones con los árabes, que prevalecían antes de 1948. Algunos de sus cuentos fueron recopilados en el libro *Mi hermana la novia*¹ en 1974. Su novela *Michelle Ezra Safra y sus hijos*² apareció en 1978 y obtuvo el premio del Primer Ministro a la Creación Literaria. La novela narra el destino de una familia alepina en las tres últimas generaciones: a raíz del desmoronamiento de la comunidad judía en Alepo, ésta se disemina por todos los confines del mundo: por la tierra de Israel, México, Argentina, Francia, el Lejano Oriente y los Estados Unidos de América. La misma fue filmada como una serie de televisión y proyectada en 1983 en la televisión israelí. Esta serie obtuvo el premio para la mejor obra de televi-

¹ *Mi hermana la novia*, traducción de Bar-Kojvá Malaj, Tel Aviv, Editorial Massada, 1977.

² *Michelle Ezra Safra y sus hijos*, traducción de Bar-Kojvá Malaj, Jerusalem, Editorial Sema-na, 1984.

sión, Kinor David. Otras recopilaciones de sus cuentos son: *Caña y canela* (1979); *Conmigo desde Líbano* (1981) y *Manantial cerrado* (1984). Asimismo se publicó un libro que contiene cuentos, una obra de teatro y comedias de la vida del kibutz, bajo el título: *Kibutz es kibutz es kibutz* (1980) y dos de poesía. En el verano de 1982 se proyectaron en la televisión israelí dos programas continuos sobre la vida del escritor en el marco del programa "Vidas destacadas".

Sus cuentos y novelas han sido traducidos a otros idiomas dentro de los cuales se encuentra el español. Visitó México en 1984, en donde fue presentado su libro de cuentos *Mi hermana la novia*, traducido al español.

LAS LECCIONES DE NAÍM

Naím Mizraji era un modesto y humilde adolescente, en esos días. Sus éxitos en la escuela no le hicieron perder el sentido común; sólo le infundieron autoconfianza y le despertaron el deseo de adquirir una instrucción adicional en el futuro. ¿Pero qué podía hacer un jovencito huérfano de padre, que no tenía quién lo enviara a estudiar a Beirut, que a partir de ese momento recaía, sólo sobre sus hombros, todo el peso de mantener la familia? Desde el día en que cayó enfermo su padre, Naím se sintió como un pájaro cuyas alas se trababan paulatinamente; el prematuro fallecimiento de Abu Naím le significó un corte cruel de sus alas.

Esas alas podrían haber volado muy alto, en opinión de mucha gente... A partir de entonces, empero, se suscitó una divergencia de ideas en la comunidad: según unos, el pájaro de alas cortadas está destinado a terminar sus días recogiendo migajas, para sí mismo y para los suyos; según otros, en cambio, quien nació para ser pájaro, recobraría sus alas, tarde o temprano... Unos y otros se compadecían del mozuelo Naím y de su madre viuda, a cuyo pesar se sumaba el pesar del hijo. Es una mujer tan joven —movían la cabeza y se lamentaban— y ya tiene que abastecer siete bocas cerradas por la pena alrededor de su mesa: Naím el primogénito, David, Rachel, Garaz, Nisim, Sarín y Iom Tov, guárdelos Dios de los malos instintos, del mal de ojo, del infortunio, de todo mal, instile en ellos su ley y su amor, llénense sus almas de veneración, amén.

Zakíe, la viuda, era una mujer muy agradable, de unos 32 años; si no fuera por las ocho anclas amarradas a su alrededor, su barco habría zarpado con el correr de los días y habría encontrado el asilo adecuado. Siete de esas anclas las hemos mencionado, pero la octava le pesaba más que todas: su padre, un anciano que siempre guardaba cama, y repartía su tiempo entre quejidos, órdenes y la lectura de Salmos, todo a los gritos, en voz alta y ronca. Zakíe halló un poco de consuelo en sus hijos buenos, inteligentes y amorosos; halló consuelo pero no sustento. Los miembros del consejo directivo de la comunidad

resolvieron que se debía ayudar a la viuda y a los huérfanos, que no se podía dejar expuestos sólo al favor del cielo. De no ser por el anciano *Jajam Daud*, que dependía por completo de su hija y que no le permitía cambiar de derrotero, la comunidad los habría enviado por su cuenta a la tierra de Israel, para sacárselos de encima de una sola vez; además, habría cumplido con ello un buen mandamiento.

Cuando la doctora Altschuler llegó a Alepo y quiso aprender el árabe, curzó una idea por la mente del presidente de la comunidad, quien hizo venir a Naím a su presencia. El adolescente cursaba su último año en el Lycée y parecía razonable buscarle un trabajo que no le obstruyera los estudios, ya a punto de finalizar.

—Una mujer judía de Alemania llegó ayer a nuestra ciudad— le dijo el presidente de la comunidad.

Dejó de hablar, aspiró de la boquilla de su narguile y miró al adolescente, quien se sonrojó desconcertado. Naím cavilaba: ¿No le estarían tramando un desposorio? Sabía que la comunidad se entrometería en su vida, de ahora en adelante, que haría todo lo posible para liberarse de esa molestia. Miró con ojos oscuros las burbujas de agua en el frasco del narguile y la tempestad que azotaba su alma se adecuaba al ritmo del agua en ebullición, que embestía en vano las paredes que la retenían aprisionada. Su agitación y su ira no se calmaron, hasta que le oyó decir al anciano:

—Es soltera. Una mujer anciana. Médica. Y nuestra sociedad “Sedaka y Marpe” (Auxilio y Salud) busca médicos, como sin duda debes estar enterado.

“¿Pero qué tengo que ver yo con ella?”, quiso preguntar Naím; sin embargo se abstuvo, contuvo la lengua y sólo preguntó:

—¿Y qué la trajo hasta nosotros?

—Busca refugio, quiere ponerse a salvo de Hitler, maldito sea. Hace dos años que ejerce el poder en su país y emitió pérfidas ordenanzas en contra de nuestro pueblo. Ella, la doctora, cree que si el instituto “Sedaka y Marpe” accediera a emplearla, podría salvar su vida y sus bienes de Alemania. Se llama señora Altschuler. Quiere formar su hogar aquí. Y se empeña en aprender el árabe. ¿Estarías dispuesto a enseñarle?

—¿Yo? Yo nunca enseñé nada, ni árabe ni ninguna otra cosa.

—El que hunde la cabeza en la arena, *Ye Naím*, no venga a preguntar: ¿cómo podré respirar? Son pocos los que saben el árabe tan bien como tú y hay pocos tan dignos como tú para enseñarlo.

Examinó con la mirada al adolescente de baja estatura. Vestía con escrupulosidad, como si tratara de limpiarse de su ropa el polvo de la orfandad. Su cabello recortado igual que un cepillo, la frente angosta, las cejas espesas y los ojos brillantes, cuyo color variaba del pardo al negro. El anciano aspiró una breve bocanada del narguile, fijó la mirada en las brasas que se encendían en la parte superior y como reflexionando en voz alta, añadió:

—El bolso de esa mujer está lleno. Lleno, muy lleno. Quiere lecciones todos los días. No te extrañe, ella no tiene que alimentar siete hijos. La encontrarás

en el hotel Barón. Ve ahí y dile que yo te he mandado.

Naím emprendió la marcha, enderezó las rodillas que le flaqueaban y fue hasta la puerta del hotel. Nunca había entrado a ese hotelucho, ni a ningún otro, le parecía como si hubiera llegado en sueños a un palacio de reyes. Las palabras se le escaparon de la boca y olvidó el nombre de esa alemana. Rebuscó en su memoria y ni siquiera vio a la anciana esbelta, sentada en la sala vecina, concentrada en un montón de cartas y tarjetas postales, que estaba escribiendo unas líneas y clavaba la mirada en la ventana abierta, enrejada, escribía y levantaba la vista cada tanto, como si a través de esas rejillas volaran hasta ella las palabras. Naím permanecía de pie, desconcertado, examinaba la elegante ropa de servicio del empleado, se arañaba una uña con la otra y se mordía el bigote con los dientes. Se acordó que el nombre empezaba con "Al", como si fuera árabe, y lo que seguía tal vez fuere parecido a "itush", que quiere decir mosquito. Murmuró algo, se atragantó, volvió a intentarlo y dijo:

—¿Se aloja aquí una señora alemana, la doctora Al...?

—Altschuler —vino en su ayuda el empleado—, por supuesto que sí. Se inclinó hacia él y le susurró: Es esa sentada allí, *Ye ustaz*.

Ese "*ustaz*" pronunciado por el empleado, que literalmente significa "maestro", tranquilizó a Naím ni que fuera una profecía circunstancial, confirmatoria de su derecho a ser el maestro de la doctora. Recordó de pronto los relatos del abuelo Daud acerca de su propio abuelo, que había sido rabino, juez religioso *dayán* y *moré tzedek*, docente de la comunidad. Naím se llevó la mano a la sien para devolver un cabello rebelde a su sitio, cuando la doctora Altschuler se acercó desde la izquierda. Carraspeó algo y dijo con un murmullo: Perdón... levantó la cabeza y clavó en él sus ojos azules, fríos, indagadores y filosos; tenían la belleza y pasión de un florete pulido, en el que se refleja con color gris el azul del cielo. El lapicero quedó aferrado entre sus tres dedos, sólo la pluma se elevó en dirección a Naím, como dejando una pregunta pendiente en el aire.

—Yo... yo... —tartamudeó Naím y bajó los ojos, como un enamorado novicio— ; ¿la señora Altschuler?

—Sí, soy yo. La doctora Altschuler se puso de pie. ¿Y quién es el señor?

Hablaba un francés perfecto. Cuando se presentó y dijo quién lo mandaba, ella le tendió su pequeña mano y apretó con fuerza la suya, hasta hacérsela doler. Una cálida mirada anegó sus ojos. El hielo que los separaba hasta un minuto antes se derritió de súbito, como si sólo hubiera sido una espada de Purim, aparente, cuyo presunto acero no es más que una cartulina plateada y tirante. Se quitó los anteojos que se había puesto sobre su pequeña nariz para leer y examinó al pequeño maestro con visible ternura, hasta que él se sonrojó como remolacha hervida y mondada.

—Yo soy médica. Tal vez ya se lo han dicho. Para cumplir debidamente con mi trabajo estoy obligada a hablar con la gente en su propio idioma.

Indicó un sillón y tomó asiento en una silla reposera, mirando a Naím desde arriba.

—En ese caso, usted quiere aprender el árabe coloquial.

—El coloquial y también la lengua literaria. Si resuelvo quedarme aquí, quiero ser una mujer del lugar.

—Las mujeres locales hablan el árabe, pero escriben y leen el francés. La lengua literaria —la *najawi*— es difícil y sólo los hombres ilustrados...

—Yo estudiaré también el idioma literario —se apresuró a decir con aplomo y añadió, como en broma—, si usted acepta enseñarme, por supuesto.

La sonrisa que se extendió por su rostro destacó las arrugas y los pliegues maquillados. Su piel era verdosa y el cabello rubio empezaba a volverse blanco.

—A sus órdenes, como usted lo quiera.

—¿Cuándo podemos empezar?

—Hoy es martes, por mi parte podemos empezar incluso la semana próxima. ¿Qué le parece el domingo?

—¿La semana próxima?— ¿Y por qué no hoy mismo? Ahora.

—Pero... —Naím se aferró al respaldo de la silla, como si tratara de levantarse.

—Empezaremos con las letras del abecedario. Para eso no necesitamos libros y usted no precisa preparar la lección por anticipado. ¿Cuántas letras tiene el idioma árabe?

Y ya acercó un lápiz y una hoja de papel, a la vez que arrimó un sillón para sentarse a su lado. Naím no sabía si se burlaba de él o no.

—¿Quiere ahora? ¿En serio?

—Muy en serio. Nos espera una larga tarea y será mejor iniciarla cuanto antes. Dígame, por favor, ¿acaso existe un aforismo árabe que exprese algo parecido al “no dejes para mañana lo que puedas hacer hoy”?

Naím revisó en su memoria, movió la cabeza de un lado a otro, atisbó por la ventana que tenía frente suyo y se sintió desconcertado por esa mujer a su lado.

—Si existe algún aforismo así, me gustaría anotarlo.

Cuando vio que los ojos de él casi se salían de las órbitas por el asombro, le aclaró:

—Lo anotaré con letras latinas, por ahora. Me parece que me hará mucha falta en esta ciudad.

“A mi abuelo, la paz sea con él, le escuché decir” —empezó su narración el *Jajam* Daud, con el rostro brillante de dicha porque había quien lo escuchara—, “a mi abuelo le escuché decir que descubrió en los antiguos manuscritos, que esta gran sinagoga sagrada fue construida antes que el Primer Templo”. Levantó la vista penetrante y cansada para averiguar si sus palabras habían sido entendidas, habían causado la debida impresión. “Precedió al Primer Templo”, volvió a decir y alzó el dedo índice delante de la doctora Altschuler. Naím lo tradujo de nuevo, con fidelidad, pese a que no comprendía qué cosa podía encontrar de interés en esos cuentos triviales esa ilustre doctora.

“Cuéntale quién fue mi abuelo, *Ye Naím* —le habló a su nieto— y no te olvides de recalcar su título de *moré tzedek*; dile que era de la familia Hadayán, de los descendientes del rey David”. El *Jajam* Daud estaba recostado, con la cabeza erguida, rodeado por abundantes almohadones, la cara amarillenta iluminada por la luz interna. Desde que se enteró que su nieto había llevado a la mujer ashkenazí a ver la antigua sinagoga, se preparó para narrarle personalmente esa tradición que guardaba en su memoria desde sus años de adolescencia. Tal vez gracias a esa mujer el nieto escucharía y recordaría, meditaba el anciano, con el alma compungida por la generación que se reducía y aminoraba. Daud entrecerró los ojos y siguió contando, confundiendo los géneros masculino y femenino, tal como lo había recibido de sus antecesores:

“Y así ocurrieron las cosas. Cuando el rey David, que en paz descansa, estaba poniendo los cimientos del Muro Occidental, el rey David, que en paz descansa, solía salir de madrugada hasta el atardecer para hallarse junto a sus obreros y ver su trabajo. Una vez Joab, hijo de Sarvia, bendita sea su memoria, pensó que sería conveniente que también el rey David participara junto con los obreros en la construcción de la morada del Señor. Si yo fuera rey, construiría por mí mismo una morada para el Señor. De noche le anunciaron a David, en sueños, que él no construiría el Santuario, pues había derramado mucha sangre. Tu hijo Salomón construirá el Santuario, le dijeron, y tú te dedicarás a hacer las guerras. Así lo hizo, hasta que llegó a Aram de Soba; la conquistó Joab, hijo de Sarvia y el rey se la dio como obsequio. Y dijo Joab: si es así le erigiré una sinagoga al Señor. Trajo operarios y construyó esta sinagoga, la que tenemos hoy en día. Y Joab solía transportar sobre sus propios hombros las grandes piedras y las subía por la escalera, para ponerlas sobre el muro de la sinagoga. Cierta día lloró Joab y dijo: ¿Acaso es posible que el Señor, bendito sea, abandone el Santuario que Salomón debe construir en el futuro e inspire con su Divina Presencia esta casa, que yo construyo? De pronto resonó un eco y le dijo: Joab, Joab, dos Templos serán destruidos en el futuro, pero tu casa que construiste se mantendrá de pie. ”

Uno escuchó la leyenda transmitida oralmente y la otra, por traducción. Cuando el anciano dejó de hablar y entrecerró sus ojos cansados, los ojos de la doctora Altschuler estaban cubiertos por un velo nebuloso y el labio inferior le temblaba un poco. El día de emociones había llegado a su punto culminante: un día que le devolvió las raíces olvidadas y le resucitó nostalgias por su padre, el único hombre al que amó y quiso profundamente... Cuando salieron de allí, se apoyó en el brazo de Naím y murmuró como para sus adentros: Un hombre admirable. Un personaje antiguo. Un patriarca. Salido directamente del Libro del Génesis. Yo estoy segura que exactamente así hablaban la lengua sagrada. Y en su fuero interno recordaba al padre acostado en su lecho de enfermo (es extraño, pero cuán parecidas son las dos camas: las bolas de cobre y todo lo demás), la majestuosa expresión del rostro, le cuenta el itinerario de su vida y le exige el juramento de irse de Alemania, de abandonar el Occidente que se desintegra, de partir al Oriente...

El padre de Lote Altschuler había sido un hombre acaudalado. Tenía muchas propiedades y muchas acciones financieras, y una hija única. Puso a un lado la mayor parte de su capital, con el fin de acumular más capitales, pues como se sabe el dinero atrae dinero. La parte menor la consagró a su pasatiempo favorito: a una colección de *Judaica*, de objetos de valor judaico. Una colección muy singular, en ella había de todo. Candelabros y lámparas de Janucá, todo tipo de paneles murales “Mizraj”, indicadores de qué lado está el Oriente y de qué lado el Occidente. Rollos de pergamino, cortinados, estuches para guardar los Rollos de la Ley con sus respectivos *rimonim*, cuchillos del *mohel* circuncidor, bocinas *Shofar* para hacer sonar durante los días temibles, una silla del profeta Elías, matracas de Purim, talismanes y amuletos para conjurar diablos y espectros, vestidos de novia, zuecos de baño, pañales de circuncisión y todo tipo de cosas, que si alguien intentara enumerarlas se lo tildaría de fastidioso.

Sentía un especial cariño por los objetos del culto procedentes de las comunidades orientales. Pues en su adolescencia había estudiado el arte islámico, que le enseñó un anciano profesor que le hizo sentir amor por esos temas y trató de orientarlo para que centrara su tesis de doctorado en la influencia del arte islámico sobre los objetos del folklore y la religión judía, o cosa por el estilo. Pero la vida siguió un rumbo distinto y acabó por doctorarse en economía; su interés por el arte oriental se le convirtió en un mero pasatiempo, en una especie de amor de adolescente que no alcanzó a materializarse. Sea como fuere, tal vez su interés por el arte y por el Oriente lo llevó a coleccionar objetos judíos de todos los confines del mundo.

Mientras guardaba cama, de la que ya nunca bajó, le habló a su hija sobre las cosas que había comprado, sobre cosas que para verlas viajó sin llegar a comprarlas, y le relató que cada uno de sus viajes había sido una verdadera aventura que podía bastar para un cuento completo. Las palabras se enredaron y también le contó acerca de la ciudad de Alepo y de la antigua sinagoga y de los tesoros que ocultaba en su interior. Uno de esos tesoros, el *Kéter Tora* —la Aureola, la Corona del Rollo de la Ley— estaba más guardado que las coronas reales de Londres, valga la diferencia. No, no se trataba de una corona de rey, sino de la aureola que coronaba el Rollo de la Ley. Además de una prohibición explícita, de anatemas y maldiciones impresas al comienzo mismo, se le agregaron en cada una de sus pocas páginas las expresiones “No se lo venderá”. “No se lo empeñará”, una y otra vez, para evitar que nunca fuera sacado de su sitio.

Otro tesoro —le contó el padre a Lote, mientras los ojos le brillaban— tenía un gran valor no sólo por su santidad y por su antigüedad, sino por su contenido artístico: un estuche de plata pura para el Rollo de la Ley, delicado y perfecto trabajo de orfebrería realizado en el año 1710; una conjugación sin paralelo del arte oriental y judío. A un viajero, coleccionista, que había recorrido Alepo de paso a Persia y a la India, le escuchó hablar del maravilloso estuche —tallado en plata— y desde entonces abrigaba el sueño de verlo.

—Yo ya no tendré ese privilegio, hija mía. Pero tal vez tú puedas verlo.

En otra ocasión le confesó a Lote, muy entrada la noche, que había anhelado ese estuche para que fuera la culminación virtual de su colección. Estaba dispuesto a pagar por él la mitad de su fortuna, pero aquel viajero le había contado que los alepinos son hombres obstinados y que ni por todo el dinero del mundo se desprenderían de los tesoros de la comunidad, en especial de los objetos sagrados; va sin decir que no renunciarían al estuche que descendía del estuche que había guardado los Libros del Pentauteco y que traía en letras grabadas por un orfebre la inscripción “Maldito sea el que lo venda y maldito el que lo empeñe” Por ello se conformó con tomar nota de la descripción del estuche, que le hiciera el viajero: constaba de ocho paneles, uno de ellos con los nombres tallados de los que habían donado dinero para esa obra, y otros siete paneles describiendo la antigua sinagoga, un panel para cada uno de los siete recintos a su alrededor. Y en la parte superior un Salmo inscrito en plata pura y un hermoso poema compuesto para alabar a la comunidad y a sus eruditos; las letras habían sido talladas por un diestro artífice, como corresponde al arte oriental.

La doctora Altschuler no podía creer que Naím nunca hubiera oído hablar de ese estuche del Rollo de la Ley. Su sorpresa se hizo mayor a medida que conoció más a Naím y comprobó cuán poco sabía de su ciudad. Se interesó y supo que todos los jóvenes eran iguales, que la ciudad les parecía insuficiente y que ansiaban irse lejos, que se mofaban de todas las “antigüedades” y querían lo novedoso y moderno del “esclarecido” Occidente. Eso le dolía y trató de sacarlos a todos de su error; si no a todos, por lo menos a Naím. Le contó cómo los viñedos de Goethe y de Beethoven habían producido frutos silvestres; y él —aunque no sabía quiénes habían sido Goethe y Beethoven— sabía lo que son las vides silvestres y comprendió la intención. Ella solía decirle que no todo lo moderno brilla y que no todo lo que brilla es oro; y él se obstinaba formulando preguntas de joven que había vivido poco y tenía un largo futuro por delante. Hasta que logró orientarlo —su mente y su alma— hacia el pasado de su pueblo, de su ciudad y de su comunidad, para que lo encarara con una luz de cariño.

¡Vaya uno a saber cuán grande es el poder de la ironía! Naím se sintió atraído por las palabras de su alumna y encontró en ellas una revelación; fue ella quien lo indujo a partir hacia Jerusalem y construir allí su hogar. Pero no pasó otro tanto con la doctora Altschuler. Las palabras de ella lo conmovieron a él, pero no bastaron para conmoverla a ella. Si la tierra de Europa no abrió sus fauces para tragarla, cabe suponer que fue presa de esas vides silvestres. Sea como fuere, desde el día en que volvió a su país (¿acaso para salvar su dinero y sus posesiones?), se perdió su rastro por completo. Pero no nos anticipemos en demasía. Estábamos en las puertas de Alepo.

Cuando la médica empezó a coleccionar jarros, trastos viejos y deteriora-

dos, la gente se reía y se burlaba. Cuando empezó a pagar por las “antigüedades” en dinero contante y sonante, se propagó la voz de que estaba loca. Las cosas llegaron tan lejos, que cuando alguien pronunciaba la palabra “el doctora”, no podía contener la sonrisa. Para su suerte, la asociación “Sedaka y Marpe” velaba por los pobres, por la gente de muchas privaciones y que se conformaba con poco. Pero entre los instruidos de la ciudad, si alguien arrojaba algún trasto al tacho de desperdicios, bromeaba primero y preguntaba con una guiñada si la doctora no estaría dispuesta a pagar por eso o por cuánto lo compraría.

Cuando Naím oía observaciones de ese tipo, se encolerizaba. Es cierto que él conocía mejor que nadie los caprichos de la extraña médica, pero también sabía valorar su nobleza de espíritu; e incluso aprendió a respetarla y venerarla. Quiso resistirse, contrarrestarlo, pero no pudo. La opinión pública era más fuerte, el parecer lugareño lo venció: era una forastera rara y distraída. Algunos añadieron: aunque por cierto es una buena médica.

Varios miembros honorables de la comunidad, personas cultas, pusieron de manifiesto paciencia y trataron incluso de defender a la extranjera. Decían: sus maneras son de ultramar y no está más desvariada que el resto de los pobladores de la ciudad. Hasta que circuló un rumor que desmoronó sus argumentos. ¿Qué decía el rumor? Que la doctora se bañaba todas las mañanas con agua fría, helada, fuere en verano o en invierno; y que cantaba al bañarse. Y *qué clase* de cantos, añadían las habladurías, agitando la cabeza. Los entendidos explicaban: arias de ópera...

Todos los días se encontraban, Naím y la doctora Altschuler, se concentraban en el estudio y en el trabajo; con excepción de los sábados y días de fiesta. Con el correr del tiempo pasaron a reunirse también los días sábado, cuando la madre de Naím comenzó a invitar a la alumna a su casa; ambas se ejercitaban en versículos y aforismos árabes, se consultaban sobre problemas de mujeres. Hablaban en susurros, igual que una madre con su hija, e interrumpían las charlas cuando se acercaba Naím u otro conocido. También las vecinas y amigas de Zakíe se aprovechaban de esas visitas y fastidiaban a la doctora formulándole preguntas sobre dolencias de mujeres. A algunas se les fue mucho la mano y Zakíe debió reprenderlas y recordarles un viejo aforismo: Aunque tu amado sea meloso, no lo lamas hasta el cansancio.

A la médica le gustaban esas visitas, pero no le agradaba prolongarlas como era habitual entre las mujeres de nuestra localidad. Se ponía de pie y se marchaba. Le molestaban las cortesías. Los ruegos de la ama de casa que le suplicaba que se quedara otro rato y probara por lo menos los manjares que le había preparado, resultaban vanos. Muy raras veces se quedaba para sorber el café de despedida, es decir el *kahava ma'a-salme*, que por norma común se alargaba mucho para que los huéspedes no se sintieran como expulsados. Siempre tenía algo que hacer, pues además de su trabajo que cumplía con fide-

lidad (aunque nunca ni un minuto después de la hora dos cero cero), tenía sus clases diarias y su viejo pasatiempo: los paseos a pie.

Desde que llegó a la ciudad recorrió todos sus recovecos, ordenada y sistemáticamente, como si se tratara de un deber ineludible. En una mano llevaba un bastón de andar, en la otra una guía "Baedeker" en alemán: salía a hacer sus reconocimientos, a veces sola y otras con Naím a su lado. Nada le encantaba más que esos paseos, a excepción tal vez de las borratinas que hacía en su libreta de anotaciones, es decir, "Jame el-Hayyat (la Mezquita de las Víboras) ya la hice...", o el "Midrás Beit Ades, lo he visto...". A Naím le pedía que fuera su guía, pero en verdad el libro "Baedeker" los guiaba a ella y a él, que descubría su propia ciudad en su compañía. Si él se disculpaba y le decía que no es eficaz como guía en los mercados, ni entre los antiguos muros o en la ciudadela (con inscripciones judías de 700 años de antigüedad, según lo declaraba el "Baedeker"), ella le pedía que la ayudara a llevar su mochila; y él no podía rehusar. Que la mochila estaba repleta (una chata cantimplora y varios anteojos, pañuelos y muchas libretas de anotaciones y cartas que se acumularon desde que llegó a la ciudad), era verdad; que necesitaba un escudero para cargarla, era verdad pero sólo a medias. Y esa media verdad, tampoco lo era del todo: por un lado buscaba la compañía de Naím, por el otro quería que viera con sus propios ojos su ciudad. Y si alguien dijera que este último argumento era un mero pretexto para su propio orgullo, ¿quién soy yo para ponerlo en tela de juicio?

Naím escuchó de boca de la médica, por primera vez, que la antigua sinagoga "amarilla" fue construida en el siglo v, cuando Bizancio dominaba en todo el Oriente. Él no entendía qué podía haber sucedido si la hubieran construido antes del siglo v o incluso del x. Los rebuscamientos casuísticos que ensayaba con él la doctora Altschuler, aun en contra de su voluntad, no tenían para él ninguna importancia. Pero una mujer como Lote Altschuler no se iba a desesperar por un alumno terco. No pasó mucho, ciertamente, y el joven se enardeció y empezó a polemizar con ella y con el "Baedeker", como también con las suposiciones de ese anciano profesor de Leipzig que le había enseñado el arte islámico al padre de ella y que redactó algunos ensayos sobre la antigua Alepo y sus judíos. La conciudadana de ese profesor no sabía si alguna vez había visitado nuestra ciudad o si sólo mandó a ella su espíritu, quedándose mientras tanto sentado junto a los libros. Y Naím no comprendía cómo un hombre, radicado en el corazón mismo de la admirable Europa, podía sacrificar muchos días y noches estudiando el Oriente.

Existe una tradición en la comunidad —le contó Naím a su alumna— según la cual esa sinagoga fue construida en los tiempos del Segundo Templo, "pero no es más que una tradición y carece de asidero", añadió de inmediato, para mostrarle a la doctora que había asimilado algo de su doctrina. Dices que "no es más que una tradición" —le reprochó sus palabras con una exclamación— "pero nada hay más maravilloso que la tradición." Cuando vio dibujados el desconcierto y la confusión en el rostro del joven, se apresuró a agregar: "La

tradición, aunque no encierre una verdad arqueológica, guarda empero grandes e importantes verdades". Pensó entonces que tal vez encontraría interés en los cuentos triviales del abuelo Daud. Cuando estuvieron frente a frente, comprobaron ambos que tenían un idioma común, aunque no se entendían sin la mediación de un traductor. Ella gozaba mucho de los cuentos y leyendas que él le relataba, pese a ser entrecortados y confusos; escuchaba con los ojos entrecerrados las melodías que él entonaba con voz ronca. Y también él obtuvo gozo y provecho de la médica meticulosa; gozo, porque ella le prestaba oídos y lo miraba con aprecio; provecho, porque le traía pastillas que, aunque no curaban las enfermedades, calmaban por lo menos los dolores; y no le cobraba ni un céntimo por ellas.

Se sintió tan ligada al anciano, que Naím no pudo evitar los celos. Sin saber que celaba, por supuesto. Se enojaba porque ella le prestaba ayuda al anciano que tosía, y se enojaba por haberse enojado. Al ver las manos ajadas que se asían de los brazos rosados de la mujer, como si fuera un parral trepando por una pared enyesada, lo dominaba un encono que no lograba contener; un sentimiento irracional, pero no obstante real. Naím se repetía de continuo que también la doctora es una anciana, pero no se consolaba. Redujo las visitas de ella a su casa, recurriendo a todo tipo de argumentos. Al principio le asustaba parecer un sujeto mísero delante de esa mujer culta y que pudieran resultarle desdeñables las sandeces que él dijera. Primero se había avergonzado de su ancianidad; ahora se avergonzaba de sí mismo, por no ser capaz de gobernar sus sentimientos.

¿Por qué la llamaban la sinagoga "amarilla"? quiso saber la doctora Altschuler, pero no recibió respuesta. Naím no sabía qué contestarle, tampoco lo sabían los bedeles de la sinagoga ni los ancianos de la comunidad. En los libros no encontraba la respuesta. "Yo, en tu lugar" —le dijo a Naím— "habría dedicado diez años de mi vida para averiguar el origen de ese apelativo." Pero él no sabía si ella se burlaba cuando le decía esas cosas o si pretendía argüir que ese nombre o algún otro merecía que le dediquen años de vida, pues en tanto tiempo se podían hacer cosas importantes. Cuando él le enseñaba algunas palabras que en otras partes se pronunciaban de un modo, pero en Alepo de un modo distinto, como por ejemplo "dónde", que en árabe se pronuncia generalmente "wein" pero en Alepo "fein", ella le preguntaba asombrada: ¿Y no trató de averiguar el porqué de esa diferencia?: ¿No habría dedicado diez años de su vida para averiguar la procedencia de la singularidad del árabe coloquial alepino?

A decir verdad, si hubiera dedicado todos esos años —una década a cada una de las investigaciones aconsejadas por la doctora Altschuler— Naím habría cumplido los 120 años de edad sin haber tenido tiempo de formar su hogar.

En una cosa sí concordó Naím con su alumna: que el estuche del Rollo

de la Ley era maravillosamente hermoso. Solía meditar en el número de años que el orfebre, llamado Josef Lajam, debió haber trabajado y la satisfacción que debió haber sentido cuando quedó concluida esa obra perfecta, que había hecho con sus propias manos. Sin modestia indebida ese hombre grabó su nombre en el estuche e incluso añadió: "Tuve el privilegio de hacer este estuche para el Rollo de la Ley, conforme a lo que dictan los preceptos." Feliz el hombre que puede ver en vida el fruto de sus esfuerzos, un fruto que se conserva para el bien de las generaciones; lo es mucho más si se trata de una obra artística y sagrada. Naím envidiaba en secreto a ese orfebre Lajam y se preguntaba si sus descendientes vivían aún en nuestra ciudad o, en caso contrario, dónde se encontraban y a qué se dedicaban. Se lo preguntó a sí mismo y se lo preguntó a otros, que por supuesto no supieron qué contestarle; pero sin duda, ni remotamente pensaba dedicar 10 años de su vida para averiguarlo.

Por cállejuelas intrincadas llegaron a la sinagoga. La duda los carcomía: ¿Tendrían el privilegio de ver con sus propios ojos el estuche? Pues ya habían hecho indagaciones y se enteraron que ese Rollo de la Ley no lo sacaban más que una vez por año, en el Yom Kippúr, el Día de la Expiación, para leer de su texto. Que el resto del año lo guardaban bajo llave herméticamente cerrado. Entraron a la sinagoga por la puerta septentrional, cruzaron en medio de antiguas columnas a la derecha y a la izquierda. Sus pasos resonaban en el silencio. Los ojos miraban a todos lados y a duras penas contenían el suspenso. Se decía que junto a la puerta no cerrada había un hombre, pero el silencio que los recibió probó que no había nadie. Atisbaron la antigua ala de la derecha y vieron el púlpito interior en su centro, atisbaron el espacio de la izquierda y vieron el púlpito exterior en su centro; no vieron ningún bedel ni administrador. Sólo cuando cruzaron ese patio y llegaron a la nueva ala oriental, tropezaron con el bedel que guardaba las llaves.

La doctora abrió su bolso y así se abrió paso al corazón del hombre. Les indicó el lugar de la pared, en la cueva del profeta Elías, donde se guardaba el *Kéter Tora* y salió con ellos hacia el púlpito exterior, que es un lugar singular de nuestra ciudad, pues allí solían rezar al aire libre en verano, sea de pie o sentados sobre esterillas, cada familia sobre una esterilla. La mujer volvió a abrir su bolso y preguntó por el antiguo estuche. El bedel les mostró el pozo al lado del púlpito e indicó las hermosas columnas y arcos en torno al patio; cuando descubrió la impaciencia que los dominaba y la curiosidad que sentían, entonó cánticos de alabanza a la sinagoga, que habían sido compuestos en pasadas generaciones. Ella le hizo una insinuación a Naím. Éste tomó al bedel por los codos, lo empujó a un rincón detrás de las gradas que llevaban a la cámara de donde se hacía sonar la bocina, le formuló súplicas y trató de persuadirlo. Pero el bedel movía la cabeza en señal de negativa absoluta. Si ella quiere ver antigüedades, le dijo a Naím, le mostraré inscripciones hebreas de antes de las reflexiones que se hicieron en la sinagoga, tras la destrucción cau-

sada por los mongoles. Se acercaron a ver las inscripciones, una en el patio y otra en la pared occidental. "La gloria de este último santuario será mayor que la del primero", leyó Naím y lo tradujo. La miró y comprendió que no se sentía satisfecha.

Sacó un tentador billete de dinero y lo retuvo en la mano. Tenía la certeza de que si se lo entregaba, sería sólo por el canto, la inscripción y el hermoso púlpito. Retuvo el billete entre el pulgar y el puño y le dijo: quiero ver el antiguo estuche de plata. Y se sonrojó avergonzada, pues sabía que estaba comprando una buena acción por medio de una infracción, que su conducta era de pecadora. El bedel se alisó el bigote, miró a su alrededor, murmuró algunas palabras y tras pedir a Naím que le preguntara a la mujer si en ese momento era pura, se fue a "tratar" de encontrar las llaves. El desconcierto de Naím en presencia de la mujer, lo sonrojó y confundió. Ambos estaban de pie y se sonrojaban mutuamente, igual que dos enamorados esperando la llave por primera vez. Pero el final de ese fastidioso capítulo fue afortunado.

La puerta se cerró por dentro y ellos se volvieron al recinto intermedio. El bedel besó el cortinado, volvió a besar la puerta del armario tras retirar el cortinado, besó el Rollo cuando se acercaron a la puerta y no lo sacó. De no ser por la gente que había a su lado, seguramente habría besado el tentador billete verde que le acababan de dar.

Lote se emocionó. Se acercó y besó el Rollo de la Ley, pareciéndole que estaba besando el rostro de su padre y a sus antepasados. Cuando se serenó, recorrió con los dedos cada uno de los paneles y cada rincón, como una ciega que tantea la cara de su amado para familiarizarse con ella. Calculó el alto y el ancho del estuche, fijó la mirada en sus distintos detalles. Vio lámparas, velas y *rimonim* sobre el estuche, arcos, dinteles, arcas sagradas, redes, ventanas, columnas y muchas palabras hebreas. Le pidió a Naím que le leyera cada palabra y cada nombre, que se los tradujera, hasta que llegaron a los últimos términos: "Bendito sea el que lo custodia, bendito el que lo lee". Revisó y comprobó que los paneles de plata tallada estaban adheridos con clavos de plata a los paneles de madera que había detrás de ellos. El bedel y Naím dieron vueltas al Rollo de la Ley, para que lo viera de todos lados. Ocho vueltas dieron con el Rollo hasta reintegrarlo a su sitio. Y no se les ocurrió abrir el estuche para ver el texto de la Ley en su interior.

La doctora Altschuler hizo sensacionales progresos en el estudio. Aprendió a escribir y leer con asombrosa rapidez y su vocabulario aumentó de continuo. Siempre llevaba consigo una libreta en la que anotaba palabras y cuando Naím estaba a su lado la libreta permanecía abierta y su mano anotaba sin tregua... Sólo le resultaba difícil la pronunciación gutural del árabe, cosa que le molestaba y no le permitía disfrutar de sus éxitos. Se alegraba con cada logro y le entristecía todo inconveniente. Cuando ya se había acostumbrado a Naím, golpeaba incluso con los pies en el suelo como una niña consentida que se

equivoca o fracasa en algo. ¿En qué se equivocaba? En las letras “kof”, “tet”, y “tzade”, que deben ser guturales (a diferencia de las letras “caf”, “thaf” y “samaj”), así como en otras dos o tres consonantes, que no tienen equivalentes en los idiomas europeos. Con un supremo esfuerzo se sobrepuso a la “jet” y aprendió a acentuar la “ain”, pero no pudo llegar más lejos. Son muchos los que estudian el árabe y tropiezan con dificultades para pronunciarlo correctamente, pero la mitad de ellos no se dan cuenta que su acento es extraño y la otra mitad, que sí se da cuenta, no le atribuye mucha importancia; la doctora Altschuler, sin embargo, con su oído musical muy aguzado se hacía exageradas exigencias. Se desesperaba por los inconvenientes de pronunciación y no quería dar el brazo a torcer; era perfeccionista, a todas luces.

Se pasaba largas horas frente al espejo tratando de gobernar su lengua, sus dientes, sus labios, sus encías y manejarlos de acuerdo con las instrucciones fonéticas. Los vecinos de las otras habitaciones, que la oían chasquear y rezongar con voz ronca, creyeron que se había vuelto loca y se lo insinuaron incluso al dueño del hotel. El hotelero espió por el hueco de la cerradura y vio lo que había escuchado. Pero cerró los ojos y se tapó los oídos, pues se trataba de su cliente preferida; sin embargo, no contuvo la lengua.

Los que conocían a la doctora, que no eran muchos, pensaron que tal vez su fracaso al querer pronunciar debidamente el árabe, fue la causa de que resolviera abandonar nuestra ciudad; no le explicó a nadie el porqué de su decisión, que sigue siendo un misterio aún hoy en día. No es que ese argumento le pareciera lógico a alguien, pero nadie encontró una explicación mejor en esos años del treinta, cuando se fue, ni tampoco en los años del cuarenta, cuando los eventos acaecidos hicieron recordar nuevamente a la buena médica de Leipzig.

Naím habría de recordar aún muchas veces a esa primera alumna suya, cuando fue maestro y luchó con sus alumnos por los ejercicios y deberes. La doctora Altschuler le había suplicado a menudo que la atormentara y le mandara hacer muchos ejercicios. Ella llenaba cuadernos con su letra caligráfica; uno de esos se conservó entre las pertenencias de Naím. Su letra manuscrita no revelaba en absoluto su origen, pero no pasaba lo mismo con su idioma. Apenas descubría una sonrisa entre quienes la oían hablar, se ponía de pie, se le trababa la lengua y perdía su seguridad, lo que la llevaba a equivocarse, inclusive a pronunciar mal palabras que sabía muy bien.

Desde Jerusalem, Naím trató de escribirle a Lote. Lo hizo una y otra vez, pero no obtuvo respuesta. Cuando después de la guerra resolvió averiguar la suerte que había corrido, comprobó que sólo sabía su nombre y el de su ciudad. Ni siquiera tenía noción del nombre del padre, pues ella nunca lo había llamado por su nombre. Su llegada había sido sorpresiva y su partida precipitada. Empaquetó sus pertenencias una noche y se fue en la mañana.

Naím recordó otra vez a Lote. Fue cuando se recibieron las noticias sobre los desórdenes en la ciudad de Alepo, al día siguiente de proclamarse la creación del Estado de Israel. En esos desórdenes —dijeron en Jerusalem— habían

incendiado la antigua sinagoga y lo que guardaba en su interior, también le prendieron fuego a otras sinagogas y a los *batéi-midrás*, las academias de estudios talmúdicos en Alepo. Con respecto a ese día aciago y violento dijeron los eruditos de "Aer-s" (Aram de Soba) residentes en Jerusalem: La "Aer-s" (es decir la tierra, en su aféresis hebrea) atronó estrepitosamente y el cielo dejó caer gotas. Y explicaron que incluso el cielo vertió lágrimas sobre los Rollos de la Ley y las Sagradas Escrituras, así como sobre las escuelas y la santa comunidad destruida.

Y Naím sintió un gran pesar por ese exclusivo y singular Rollo de la Ley guardado en un estuche de plata, que si no lo quemaron los alborotadores salvajes, sin duda lo saquearon. Temió que nunca volvería a verlo y se sentía complacido porque siquiera una vez lo había visto gracias a esa mujer. Una sombría tristeza le hizo empero de lado la alegría. Sólo por milagro le sería factible ver nuevamente a esa mujer. Y en nuestros días abundan los perturbadores, pero escasean los milagros; tanto en el Occidente como en el Oriente.

Traducción de Bar-Kojvá Malaj

Cuentos contemporáneos de Israel

se terminó de imprimir en agosto de 1988
en los talleres de Programas Educativos, S.A. de C.V.,
Chabacano 65-A, 06850 México, D.F.
Fotocomposición, formación y negativos: Redacta, S.A.

Se imprimieron 1 000 ejemplares,
más sobrantes para reposición.

Diseñó la portada Mónica Díez-Martínez.

Cuidó la edición el Departamento
de Publicaciones de El Colegio de México.

Centro de Estudios de Asia y África

Acercarse a la literatura israelí a través de esta antología de cuentos, publicados por primera vez en español, es acercarse a la historia de la narrativa que ha surgido en Israel desde la fundación del Estado hasta los años ochenta. En efecto, esta colección de cuentos refleja las esperanzas, promesas, esfuerzos y vacilaciones en estos años de la formación del Estado de Israel.

La compilación de textos está integrada por una selección de la obra creativa de dieciocho escritores destacados en la narrativa israelí que fueron elegidos con base en dos criterios principales. El primero, es la presentación de la dinámica literaria, aquella que se revela en cambios constantes de géneros dentro del sistema literario israelí. El segundo, es el "reflejo" de la realidad de la narrativa, que subraya y enfatiza ciertos aspectos de la vida así como las costumbres israelíes.

En suma, esta antología presenta una visión que nos permite un mayor conocimiento de la situación actual de Israel.

Cada cuento es antecedido por una breve biografía del autor, la mención de sus obras y la aceptación que éstas han tenido ante los lectores.

La selección y el prólogo estuvieron a cargo de Arna Golán, profesora de la Universidad Hebrea de Jerusalem, quien fue, durante la época de creación de este libro, visitante del Centro de Estudios de Asia y África en El Colegio de México.



El Colegio de México